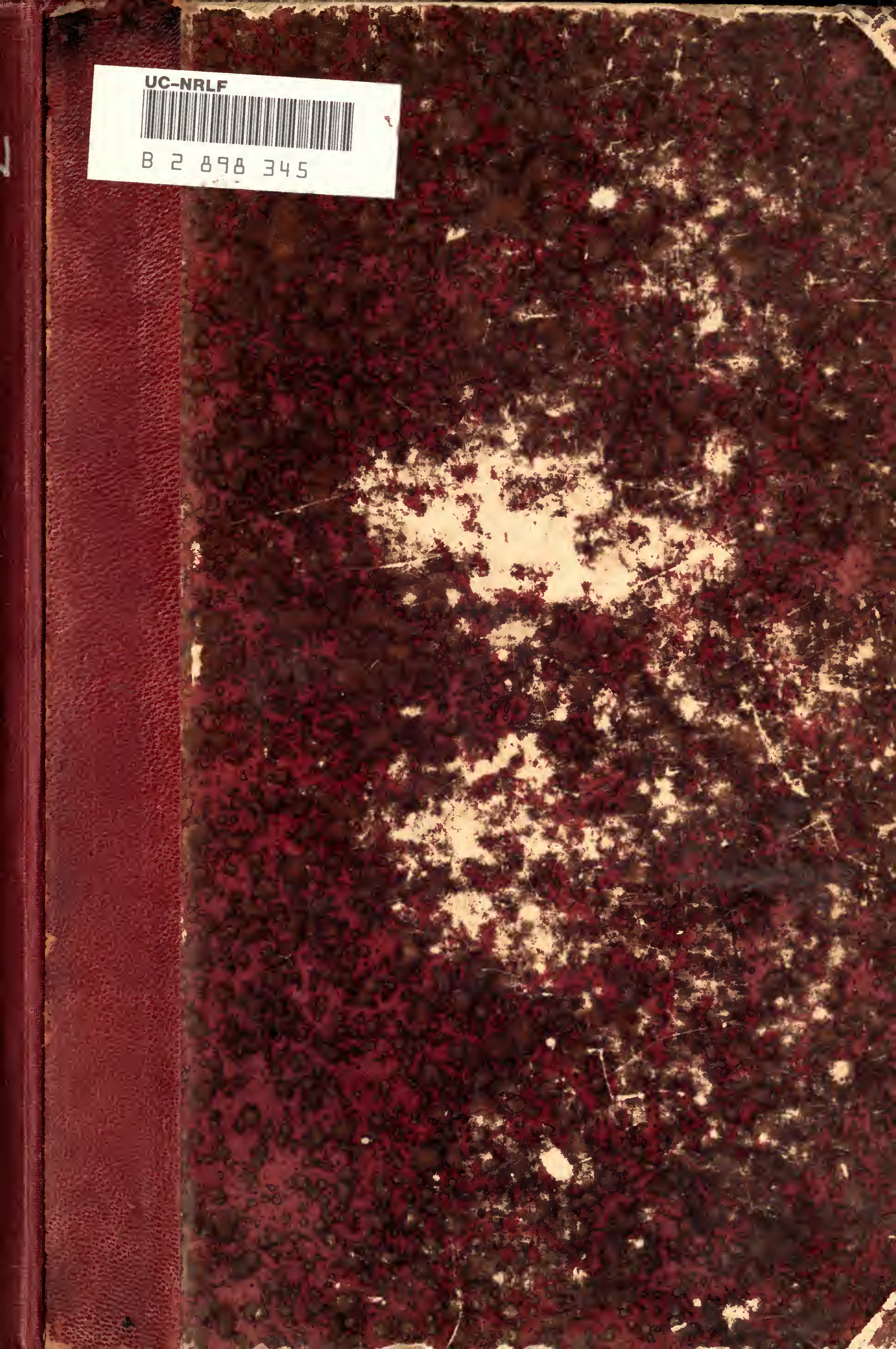

UC-NRLF
B 2 898 345

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class

NOTICIAS HISTORIALES

DE

LAS CONQUISTAS

DE

TIERRA FIRME

EN LAS

INDIAS OCCIDENTALES

POR FR. PEDRO SIMON

DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO DEL NUEVO REINO DE GRANADA



TOMO IV

TERCERA PARTE

PUBLÍCASE POR VEZ PRIMERA SOBRE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
Y CON INTERVENCIÓN Y AUXILIO DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

BOGOTA
CASA EDITORIAL DE MEDARDO RIVAS
1892

25462

E123
.S5
v.4

TERCERA PARTE

PRIMERA NOTICIA HISTORIAL



CAPÍTULO XII

1.° Hace gente el Gobernador Heredia para venir á su Gobierno—2.° Embárcase y llega á San Juan de Puerto Rico—3.° De allí á la Isla Española, donde se le junta alguna gente—4.° Salen de Santo Domingo y toman puerto en Calamar—5.° Entran en el pueblo y huyen los indios.

DESPACHADO Heredia de la Corte con algunos avisos que le dió el Real Consejo por la noticia que tenía de la ferocidad de estos indios y lastimosa memoria del suceso del Capitán Francisco Becerra, que con otros españoles pereció en la Provincia de Cinú (como queda dicho), tomó la vuelta de Sevilla con toda su casa, donde comenzó luégo, al paso de su caudal, á disponer el viaje para su Gobierno, dando principio en la compra de un galeón y una carabela con otro navichuelo ligero á propósito para correr las costas, en que se embarcaron muchas suertes de abundantes matalotajes y cosas de rescates, con que suelen atraer á estos naturales, como bonetes, cuentas, espejos, cascabeles, machetes, hachas y alpargates para las jornadas. Voló luégo la fama de esto por toda España, á que movida mucha gente cuando llegaron á embarcarse, escogió hasta ciento cincuenta hombres, que era para los que traía licencia, de lo más granado y noble de la gente que se le había juntado, y así la trajo por la mayor parte de estas condiciones: eran entre ellos Sebastián de Riza, vizcaíno; Héctor de Barros, portugués, con dos hijos y un sobrino, hombres de suerte y valor; un Lusiaga, guipuzcoano; Pedro de Alcázar, natural de Sevilla; Juan Alonso Palomino, que después mató Francisco Hernández Bión; Sebastián de Heredia, pariente del Gobernador; dos hermanos (parientes) llamados los Albadanes, y otros dos hermanos Robles, que después fueron rebelados del Perú; el Capitán Nuño de Castro Burgales, que fué grande amparo de pobres

206031

y necesitados; Gonzalo Fernández, Pedro Martínez de Agramonte y el Capitán Alonso de Monte con otros.

2.º Después de todo, y á pique la jornada, se embarcaron en las fustas dichas, trayendo por pilotos á Gines Pinzón y Juan Gómez Cerezo, y se dieron á la vela á los últimos del mismo año de 1532, y con viento próspero, sin mal suceso, á vista en las Canarias del gran picacho Jeya, llegaron á la ciudad de San Juan de Puerto Rico, donde se desembarcaron para alentar la gente y hacerse de matalotajes. Los años antes, que fué el de 1526, había capitulado con el Consejo un Sebastián Gavoto, Piloto Mayor del Rey, que armaría con tres navíos y pasando el estrecho de Magallanes, iría en demanda de las islas de los Molucos y de las demás islas sus convecinas, recién descubiertas, con que embarcó y sacó mucha gente noble de España; y entendiendo más de pilotaje que de Capitán, faltóle la disposición y vituallas, por mal repartidas; con que apretado de la necesidad, pasado el cabo de San Agustín y bahía de Todos los Santos, determinó, dejando el viaje de los Molucos, por parecerle imposible, meterse por el río que llamaban de Solís y ahora de la Plata, no porque en él se haya hallado alguna cosa hasta hoy, sino porque muchas leguas arriba de su boca hallaron en poder de ciertos indios algunos planchones de ella que habían bajado del Cuzco en rescates. Este Capitán Gavoto, después de haber descubierto algunas provincias en este río, tomó la vuelta de España á dar noticia al Rey de sus facciones; en el cual viaje, ó por varios sucesos que por instantes ofrece el mar, ó por querer guiar de intento por allí su rumbo, tocó en la isla y ciudad de Puerto Rico, donde se le quedó alguna de su gente cansada ó disgustada de tan larga peregrinación, pues había sido de tan largos años y tan poco provecho. Algunos de éstos halló Pedro de Heredia, y entre ellos á un Francisco César, cuyas obras correspondían con su nombre, bien conocidas de todos los de Gavoto, aunque no le acreditara otra cosa que una hazaña (si no fué temeridad) que hizo en la costa del río de la Plata, tomando sus riberas arriba con sólo diez compañeros, y trastornando tierras de innumerables y valentísimos indios, no fueron bastantes á retardarles el intento ni á verle dar un paso atrás hasta dar vista á los Andes y tierras del Perú, desde donde volvió á darla por los mismos pasos á sus compañeros que había dejado en el mismo puesto del Real de la Plata. Conociendo el Gobernador los deseos que mostró de venirse con él, lo hizo su Teniente, de que no quedó Heredia engañado, pues sus valientes hechos desempeñaron las obligaciones en que le puso el Gobernador en esto y con agradables tratamientos y cortesías, como veremos. Juntáronse de los mismos casi otros treinta soldados, y entre ellos dos hermanos llamados los Valdiviesos, y otros dos llamados Hogacones, toda gente de ánimo, valiente y bien versada en guerras de estos naturales.

3.° Con esta gente que se le juntó en Puerto Rico y toda la suya, por no haberle faltado hasta allí ninguna, se dió á la vela y á vista de la Mona y el Mónico, islas, en pocas horas tomó la Española y fué á desembarcar en Azúa, donde tenía sus haciendas, y dejando allí la gente y orden de lo que se había de hacer, sin perder tiempo, para reformar las cosas del viaje que restaba, tomó el Gobernador el de la ciudad de Santo Domingo á dar cuenta de él á la Real Audiencia y sus amigos, que le recibieron con no pequeño gusto, y con muy acrecentado algunos Capitanes y soldados de las reliquias y desperdigados del Capitán Cedeño y Don Diego de Ordás, de cuyos disturbios y disensiones, que fueron causa de dividirse por aquí y otras partes, dejamos tan largamente tratado en nuestra primera; fueron de éstos poco menos de cincuenta los que luégo manifestaron al Gobernador Pedro de Heredia los deseos en que estaban de servirle en esta jornada, ninguno de desechar por sus buenos bríos y curtidos yá en hambres, fríos y calores tolerados en conquistas iguales á la que se emprendía, por ser yá en esto baquianos y por consiguiente gente prevenida y cuidadosa. Era uno de estimación por cien chapetones que hasta que han tomado el curso á las jornadas tienen malogrados mil buenos sucesos en ellas por su descuido, pues siempre es el que los da malos, porque con poco cuidado que los nuéstros tengan, siempre llevan lo peor los indios. Los más señalados de éstos que se le juntaron fueron: Juan de Victoria, Gonzalo Cerón, Sebastián Pérez, Martín Yañez Tafur, el Bachiller Soria, Montemayor, que después fué Alférez, Pinos, Alonso López de Ayala, Bautista Zimbón, Bartolomé de Porras, Villafaria, Rivadeneira, Diego Maldonado, Julián de Villegas Alvarado, Juan de Peñalver, el Capitán Hurones, Juan de Orita y otros.

4.° Entre las demás prevenciones y pertrechos de guerra con que en Azúa acrecentaron los que traían, fué uno, salido de un donoso arbitrio, de aferrar las puntas de muchos cuernos de vaca, y después de blandos al fuego, abrirlos á la larga y juntándolos con ciertas correas hacían unas como corazas, pareciéndoles buena defensa de espaldas y pechos contra las flechas de los indios, de que cargaron muchas para suplir la falta de armas milanesas, si bien todo esto fué trabajo bien excusado, como veremos. Esto, prevenido con gran copia de matalotajes, caballos, yeguas y carabelas donde embarcarlos con otros animales de cría, vacas, puercos (aunque la tierra de Calamar y sus contornos era y es hoy, por ser montuosa, poco acomodada para tales crianzas), y pasada allí la fiesta del Santísimo Nacimiento, se dieron todos á la vela, sin dejar por poca cosa que importase á la jornada y con buen viaje á escotas á dos puños, por ser vivas y frescas las brisas por popa, en poco tiempo atravesaron y se hallaron en el puerto de Gaira, costa de Santa Marta, dos leguas de la ciudad al Poniente, donde habiéndose detenido poco, se dieron á la vela con las mismas brisas

y peores sucesos, pues hallándose en breve á la boca del Río Grande con pilotos más diestros, los embates del oleaje salado con el dulce eran tan furiosos, que con facilidad pusieron las fustas á pique de trastornarse, porque aunque el galeón resistía más, al navichuelo, por ser de cubierta entera, fué forzoso clavarle la escotilla, con que aunque lo cubrían las olas, salía de debajo el agua, fortuna menos mala que la que corrió la carabela, pues habiendo perdido el timón por la fuerza de los embates de las olas, anduvo desde media noche hasta otro día á las diez á la cortesía del mar, hasta que con cierta traza que dió un caballero que había seguido más la Corte que navegación, pudo gobernar; con que se hallaron casi de milagro y sin pérdida de gente juntas las tres fustas, y siguiendo su derrota se pusieron á vista de Calamar, pueblo de indios, en el mismo sitio que hoy tiene la ciudad de Cartagena, y entrándose en su puerto, que está al Surueste, se anclaron al abrigo con seguro de las naves, á trece días del mes de Enero del año de 1533, con más de trescientos hombres de pelea, algunas mujeres y negros é indios esclavos y libres alxamiados (?) y lenguaraces de aquellas costas.

5.º Apenas los Calamares descubrieron á una vista los navíos, cuando avispados de las ocasiones pasadas, ellos y sus convecinos se juntaron en el girón de tierra que corre Norte Sur desde la boca del puerto, y prevenidos los unos y los otros con multitud de arcos y flechas y otras de sus armas y con valientes bríos para resistir el pisar los españoles sus tierras, y viendo que yá iba cubriendo la noche cuando entraban las naves por el puerto, determinaron hacer espesas y grandes hogueras, para que con su luz no pudiese la capa de la noche encubrir la entrada y desembarcación de los nuéstros, tañendo á vueltas de estas cuidadosas diligencias de fuegos, con gran estruendo, gran número de caracoles y cornetas, de que retumbaba la tierra y mar con tanto ruido, que á no ser los nuéstros españoles y poco espantadizos de estos y otros más peligrosos ruidos, pudiera meterle en cuidado el mucho que veían en el gran número de naturales de que estaba cubierta la playa por ambas partes, sin que en toda la noche diesen lugar al sueño; con que el Gobernador tuvo por más cierto, visto no ser posible saltar en tierra sin ser sentidos ni poderse cubrir con la capa de la noche, se dejase para la mañana, como se hizo al primer quebrar del alba, desembarcando gente y caballos con todos los pertrechos de guerra que pareció importar para aquella primera vista. Pisando yá todos la tierra, por haber ojeado de ella desde los bateles con las escopetas á los indios que pretendían hacer frente á la desembarcación, con la brevedad posible se ensillaron y armaron de algodón colchado los caballos, caballeros y peones, probando también su intención los de las coracinas de cuernos, que habiendo á poco visto lo poco que les aprovecharían á la resistencia y la

demasiada carga que les era en tierras calientes, les dieron carta de herro, como dicen, pareciéndoles bastaba espada y rodela, lo que también llevaban algunos jinetes, supliendo esto en otros la lanza y adarga. Con estas prevenciones y la que pedía el orden militar, en bien formado escuadrón, llevando los jinetes á las ancas á los peones porque llegasen descansados á la ocasión de la guazabara, fueron marchando la frente al pueblo de Calamar, á donde se iban retirando los naturales (atemorizados de las escopetas que les disparaban), los cuales advirtiendo llevaban de veras los nuéstros la entrada en él, con la brevedad posible echaron fuera de él en canoas, y por la parte contraria de la cinta de tierra, donde está fundado el pueblo, sus hijos y mujeres, y lo que á priesa les dió lugar á arrebatar del pobre y miserable menaje de sus casas, quedando ellos con buenos bríos haciendo rostro á los nuéstros, hasta que viendo ser menores que los que los soldados traían, por llegar haciendo demostraciones valientes con banderas tendidas y gran ruido de cajas, al llegar á las primeras casas sin disparar flecha, libraron los Calamares en la ligereza de sus piés la defensa de sus vidas, dejando limpio el pueblo de todos sus moradores, fuera de un viejo llamado Corinche, que por serlo tanto no pudo imitar á los demás en la huída.

———

CAPÍTULO XIII

1.º Habla una india intérprete á los indios de parte de los españoles—2.º Guazabara que dan á los nuéstros—3.º Vencen los españoles, con muerte de muchos indios.

ENTRE los indios cautivos y libres de servicio que traían los nuéstros, venía una india llamada Catalina, natural de Zamba, muy ladina en nuestra lengua y más en las de estas costas, de donde la llevó á Santo Domingo los años de antes Diego de Nicuesa, cuando desde allí frecuentaba estas riberas. Esta habló á Corinche lo que el Gobernador pretendía informarle, que era de los intentos que traían los españoles de hacerse sus deudos y parientes y tratando á todos los indios con afabilidad y amigables obras, dejarlos seguros en sus tierras y casas, con sus haciendas, mujeres é hijos, pretendiendo sólo vivir con ellos alumbrándolos en las tinieblas con que los traía ciegos el Demonio y enseñándoles caminos excelentes para gozar de grandes bienes y descansos en la otra vida ; y que al presente, trayendo determinado de hacer asiento en aquel puerto y sitio, sólo deseaban ir pacificando la tierra y la primera la de Zamba (que es una isla pequeña que mete una punta en la mar catorce leguas de Cartagena), por la mayor noticia que traían de ella, por los muchos naturales que la ocupaban, y que pues él sabía para ella camino más breve, lo fuese guiando. No le había bien declarado Catalina estos intentos á Corinche, cuando se determinó, cubriendo con amigable y obediente respuesta su malicia, guiarlos por el pueblo de Turbaco, indios (como hemos visto) de los más valientes de estas provincias, donde tenía seguro el viejo perecerían los nuéstros, ya que no todos, gran parte de ellos, como en la de Juan de la Cosa y Ojeda.

2.º Rancheóse á la noche el Gobernador Heredia en Calamar, librando el sueño de los demás en el desvelo de cuidadores centinelas, hasta que viniendo rompiendo la mañana, un religioso de nuestra Orden, llamado el Padre Mariana, les dijo misa y echó á todos la bendición para la entrada á que estaban aprestados jinetes y peones. Y habiendo despachado el Gobernador algunos soldados con el orden que había de guardar la gente de los navíos, fué siguiendo con el resto los pasos de Corinche, que lo llevaban bien á la mira los más cuidadosos peones, y guiando la frente á Turbaco, no sabiendo ninguno de los nuéstros otra cosa que lo que el indio disponía en el camino, en cierto paraje de él, no lejos del pueblo, se sentó á llorar el viejo, y preguntándole la causa, respondió, porque habían de ser todos presto muertos. En otras preguntas acerca de esto estaba ocupado el Gobernador y soldados, cuando de repente vieron en unas medias laderas tanta multitud de indios que las cubrían y que con

tan levantada grita de voces, caracoles y fotutos apresuraban la llegada á los nuéstros, con levantados penachos de plumería y con los ademanes que ellos suelen hacer de victoriosos, que sin poderse poner los nuéstros en más orden militar que el que llevaban, se hallaron á tiro de escopeta de ellos, de suerte que comenzando los salvajes á despedir nubes de flechas, á cada cual de los soldados le fué forzoso defenderse y ofender en la ferocísima canalla, que aunque desnudos, andaban tan valientes que fué menester fuesen los nuéstros quien eran, con que de una parte y de otra se encendió la guazabara tan sangrienta, que en breve rato no les eran á todos de poco estorbo los cuerpos muertos y heridos que ocupaban la tierra.

3.º El Gobernador Heredia, en un valiente caballo (que de ordinario las cosas parecen á sus dueños) tanto se fué cebando en alancear y destripar los indios, que en poco rato se halló bien apartado de sus soldados y á solas, que gozando los bárbaros la ocasión, lo cercaron en tan gran número, que habiéndole ganado la lanza, fué menester aprovecharse de la espada, con que hacía tan valientes hechos que no me atrevo á decirlos por no dejar su credulidad en cortesía; si bien siendo solo entre tantos, le fué bien necesario el socorro que le llegó de algunos soldados que lo andaban buscando, que rompieron el escuadrón bárbaro, lo sacaron entre todos á fuerza de espada y lanza, dejándose la suya entre los indios, y sacando erizadas sus armas y las del caballo con innumerables flechas, que por ser ambas hechas con cuidado, las conservaron sin peligro, aunque á Heredia le pusieron las suyas en tanto de calor, por la fuerza del pelear y ser poco más de medio día, y la tierra calidísima, que el primer socorro que pidió fué que le desabrochasen el sayo de armas, con lo cual y un jarro de agua que bebió, quedó tan alentado, que por andar en su fuerza la batalla, y tan en un peso que no se habían conocido ventajas de ninguna parte hasta allí, revolvió al punto á ella acompañado de Francisco César y de un Capitán Montes, Juan Alonso Palomino, Juan de Villorria, Pinos y Villafaña, que todos juntos hacían mil valentísimos hechos, cayendo sobre el suyo el ánimo que les ponía el Gobernador; la sobra del que tenía Francisco César, su Teniente, le fué bien necesario para salir de los riesgos en que le ponía su caballo, por ser tan duro de boca, que sin serle posible guiarlo por donde quería, lo metía en lo más fuerte de la batalla, si bien por todas las partes que entraba hacía valentísimos hechos; pero aunque eran así, no eran bastantes á sacarle de tales peligros sin milagrosos socorros, como á una boca lo confesaban todos, porque escapó hecho un erizo de innumerables flechas: veintiuna le traspasaban el sayo de armas, hasta topar con una cuera de Anta que llevaba debajo de él; las de su caballo no eran menos que mortales, pues muchas le traspasaron, de suerte que á no vencer su peligro el

lavarle muchas veces con agua del mar, muriera como otros. Atribuía César esta su buena suerte á algunas devociones que tenía de rezar á Nuestra Señora todos los días, sin olvidarse. No era mucho menor el fuerzo que los peones traían, por las partes que se hallaban los escopetazos, tirando de mampuesto: no disparaban tiro en balde, y de ordinario solía (como la resistencia era sola) pasar una bala á tres, cuando los topaba á propósito, uno tras otro; que todo fué causa para que los indios, aunque se iban en tropas aumentando, reconocieran ventajas en los nuéstros y se fuesen muchos deslizando poco á poco, y amparando de lo más espeso del monte; con que el Gobernador mandó hacer reseña á recoger su gente, que la halló sin faltar ninguno, con solos treinta heridos, que habiéndolos curado principalmente con fuego, los remitió al puerto con una escuadra de soldados, donde prosiguiendo en la misma cura y lavádoles con agua de la mar, teniendo dieta y dándoles á beber agua de membrillos, sólo murió Juan del Junco Montañés, quedándoles á los vivos, por la fuerza del veneno, una mortal amarillez en todo el cuerpo. Murieron cuatro caballos de los mejores, más por la gran fuerza del veneno que por lo penetrante de las heridas.

CAPÍTULO XIV

1.° Recoge su gente el Gobernador, que andaba derramada—2.° Háceles un parlamento y embisten á los indios—3.° Matan á muchos y huyen los demás—4.° Fúndase la ciudad de Cartagena.

DIÉRONSE luégo los soldados, por estar ya vacío de gente, á ranchear el pueblo, que aunque fué poco el pillaje, por haber puesto las mujeres en cobro lo mejor mientras la batalla, con todo no sacaron las manos vacías, y sacaran más con el cuidado que trastornaban las casas, si el que tenía el Gobernador de prevenir los inconvenientes que podía haber andando derramada la gente, no los hiciera recoger, á quien junta, les habló diciendo: "No es de valientes ánimos despreciar al enemigo, en especial si los tiene valientes, como hemos conocido en estos indios, de quien podemos temer el revolver sobre nosotros á deshoras, y más si sus espías, que sin duda las tienen, dieren aviso de algún descuido nuéstro; y pues no es razón lo tengamos, no sólo en el estar alerta, pero en que no cuidemos de buscar lugar llano para valernos bien de los caballos, que son los nervios de la guerra, contra estos naturales, mudémonos al llano que tenemos enfrente, que parece acomodado á todo." Hiciéronlo así, mudándose, poco trecho, á ciertas labranzas viejas, llanas y limpias de estorbo, donde estuvieron tan apercibidos, que ni al caballo se quitó la silla, ni al jinete las espuelas, ni á ninguno las armas de la mano, ni de á cuestas, cuidado bien importante para el que tenían los indios, pues apenas se habían puesto los nuéstros en las labranzas, cuando se descubrieron infinitos, que descendían con poderosa mano de apariencias y armas, de levantados penachos de rica plumería, con sus acostumbradas señales de rompimiento, que eran crecidas voces y ruidos de caracoles y cornetas.

2.° Dispusiéronse en un punto los nuéstros, con gallardos bríos, á recibir al contrario y púsoselos el Gobernador, diciéndoles con breve arenga: "Bien advertís, caballeros y amigos, cuán nos importa en esta ocasión hacer mérito de la sangre española que han criado nuestras venas, pues sobre la virtud valiente que debemos mostrar en todo trance, en éste se requiere mayor, porque de conseguir esta victoria contra estos valientes indios, que lo son más que cuantos hay en estas provincias, quedarémos seguros en ellas, estimándonos los demás por quien somos, que pues hemos vencido á quien ellos temen, no les estará bien no entregarnos los cerriles cuellos, en nombre de nuestros Reyes Católicos." Al último acento de estas breves razones llegó á saludar á los soldados una gran nube de flechas, disparadas de manos tan feroces, que su-

cedió con una pasar de parte á parte uno de los más briosos caballos, con que el Gobernador en el suyo embistió el primero á la desordenada caterva de los bárbaros, á quien hacía tan terrible estrago con su lanza, jugándola de una parte y otra, que á no ser la multitud tan inmensa, bastaran solos él y su caballo á concluír la pendencia, según los muchos que, el uno atropellando, y el otro alanceando, despachaban de esta vida ; á quien imitaba César no con menos valerosa mano, que haciendo los demás como españoles, presto se vido cubierto el campo de cuerpos muertos y heridos, regado de sangre, rodando los ricos penachos fundados sobre planchas de oro. La furia de los indios crecía por instantes con bulliciosos y ligeros saltos, sin ser incitados á estos furiosos bríos de ninguna cabeza, que no se conoció entre ellos, por procurar cada cual serlo en la defensa de sus tierras, y no se les ha conocido á estas provincias tenerla, sólo Caciques, señores de parcialidades, aunque para la guerra se juntaban todos contra los españoles.

3.º Apretábanlos mucho los peones cegando á cercén piernas y molledos, que sembrados por los campos piernas y brazos mezclados con los sesos de cabezas rotas, hacían un lastimoso espectáculo ver perecer tantos bárbaros sin querer admitir las voces que les daban los nuéstros, que dejasen aquella tan costosa porfía y se diesen de paz, que era lo que deseaban; á que no querían advertir, poniendo todo su fin en defender su tierra, aunque viendo eran tantos los muertos y flaquear conocidamente la mano de los vivos. Los que estuvieron para ello al irse, ya poniendo el sol, se fueron poniendo en cobro por entre el boscaje más espeso, con que los nuéstros, alentados del demasiado calor con que estaban, dieron infinitas gracias á Dios, de cuya mano conocidamente (pues otro poder no bastaba) consiguieron aquella victoria, determinada de sólo su infinita disposición, cansado yá de tantas idolatrías como entretenían á estos miserables; lo que dió bien á entender Heredia á sus soldados, dándoles las gracias de lo que de su parte habían hecho, prometiendo en cuanto era de la suya dar noticia al Rey de sus valerosos ánimos y buenos primeros pasos que habían tenido en la conquista que habían tomado á su cuenta, para que los premios no fuesen postreros á los merecimientos.

4.º Pareció á todos asegurarles los dos buenos sucesos y miedo con que quedaban los indios, para poder pasar la noche confiados en vigilantes centinelas dentro del pueblo de Turbaco, como lo hicieron hasta las primeras luces del siguiente día, que tomaron la vuelta del puerto, alegres con tan bien lograda salida, que aunque les bastara por premio la vida y honra con que volvían, con muertes de tantos indios, sin faltar de los nuéstros más que uno, y seis ó siete caballos, el del pillaje no fué poco, con que también perdieron las mohínas que al principio tuvieron con Corinche por haberles guiado por allí y pués-

toles en aquella ocasión maliciosa en el viejo; pero un *rectum aberrore,* pues se convirtió en buena fortuna, guiada por la causa superior que sabe de tal suerte disponer los males, que de ellos saca colmados bienes. Llegados á Calamar, que aún se estaba vacío de sus moradores, saltaron en tierra los de los navíos, y habiéndoles dado mil parabienes merecidos del buen suceso, ordenó el Gobernador se sondease de propósito el puerto, y hallándole fondo para naves de doscientas toneladas y más hasta poder barbear en la tierra cerca de Calamar, determinó, con parecer de todos, se fundase de propósito ciudad en el mismo pueblo, como de hecho se hizo el mismo año de mil quinientos treinta y tres, á veintiuno de Enero, tomando posesión en nombre del Rey el Gobernador. Trazaron las cuadras, calles y plazas, con iglesia, que fué la vocación de San Sebastián, por ser éste su día, á quien tomaron por patrón, si bien después se hizo en otra parte cerca y más acomodada la Iglesia Catedral, con título de la Concepción, quedándose la de San Sebastián para iglesia de un hospital, como hoy permanece, que con otros dos, uno del Espíritu Santo en Getsemaní y otro de San Lázaro, fuera de la media luna, sustenta la ciudad tres. Eligiéronse Alcaldes y los demás oficios de República. Talóse el manglar de la parte de Levante para que mejor gozase la ciudad de los dos mares que le baten; comenzóse á edificar luégo de lo que así á más coger pudieron. No se le puso otro nombre que el que tenía el pueblo de los naturales, Calamar, como dijimos se hizo en la ciudad de Tunja en el Nuevo Reino, Tocaima y otras, con que permaneció algunos años, hasta que poco á poco se fué perdiendo este nombre con el que le daban del puerto de Cartagena, en que permanece. Avispados y ausentes estuvieron los indios de él por algún tiempo, hasta que conociendo el buen tratamiento de los españoles, se redujeron algunos y vivieron en la misma ciudad, como en las demás se ha hecho y permanecen hoy, pues la de México tiene cuatro ó cinco mil naturales, con que se acrecienta, y la de Lima, Santafé y Quito lo mismo, más ó menos.

El bramo de esto, que en pocas horas llegó á los oídos de todos los vecinos de la costa, los dejó tan perplejos y absortos, que sin saber dar salida á determinación alguna, no se bullían de sus buhiuelos en pro ni en contra de los nuéstros, de que tomó ocasión el Gobernador para despachar á Corinche, para que así á sangre caliente y ocupados del espanto, fuese más fácil el negociar con todos el darse de amistad á los hispanos, y habiéndole informado de lo que les había de decir y sanos consejos que para su bienestar les había de dar y cómo era mejor la paz que la guerra, y dádole algunas cosillas de bujerías, bonetes, cascabeles, tijeras, espejos y otras que les diera, prometió hacer más fielmente la embajada que la pasada y dar la vuelta con respuesta de lo que pudiese negociar, en tres días, por estar cerca los dos pueblos de Carex que lla-

maban el Rico, el uno el Grande, y el otro el Chico, que fué á donde pareció fuese primero. Llegó el viejo, y habiendo hecho fiel é hidalgamente su embajada con levantados encarecimientos de que sólo venían los nuéstros á hacerles amigos, le respondió el Carex, Cacique que así se llamaba, acordándose de ocasiones pasadas con españoles, que mentía en todo aquello, pues sólo venían á robarles sus haciendas y personas, de que la larga experiencia les era más verdaderos que él, y así que estimaba en menos su vida que su defensa y de sus tierras, y añadiendo á esto mil amenazas y bravatas, concluyó diciendo que si algo querían los hispanos, fuesen ellos á él, que allí les daría á entender quién era Carex.

CAPÍTULO XV

1.º Prenden los nuéstros al Cacique Carex, con muerte de algunos españoles—2.º Hace un indio una embajada á otros de parte del Gobernador—3.º Junta el Cacique su gente para tratar si convenía dar la paz á los españoles—4.º Efectúase ésta entre el Gobernador y el Cacique.

NO valiendo las persuasiones de Corinche para sacar otra cosa de su embajada, en el tiempo que dijo, volvió con ella á Heredia, que luégo determinó no librar en dilaciones la conclusión de Carex, y embarcando con él en un bergantín y una buena chalupa más de doscientos soldados, y llegando en breve, por estar sólo dos ó tres leguas, á ponerse en frente de Carex, que es donde hoy llaman la Boca-chica del puerto, hallaron la playa cubierta de innumerables indios, todos embijados y con sus armas y penachos y señas de rompimiento por las voces y estruendos de caracoles y cornetas, mezclados con valientes ademanes y acciones demostrativas de sus victoriosos deseos; venciendo los bríos españoles los temores que podrían causar estas aunadas catervas, arrojando el rejón del bergantín algo apartado de la playa y apegándose más la chalupa, saltaron de ella, como leones, tres valientes mancebos, llamado el uno Juan Dexio y otros dos hermanos llamados los Cerones, que con sus espadas y rodelas rompieron por el escuadrón espeso, sin ser bastante poderosa resistencia, hasta llegar á la principal y más eminente casa, que luégo se conoció ser del Cacique, á quien hallando dentro procuraron prender, como lo hicieron, contra mil lanzas y macanas opuestas; á cuyos golpes rindió la vida Cristóbal Cerón, y sucediera lo mismo á los dos compañeros, si con mejor ventura é iguales bríos no se defendieran sus personas y el preso, hasta que llegándoles socorro pudieron alentarse y con los demás defenderse de una tan

sangrienta batalla que luégo se comenzó entre la braveza de los nuéstros y furia de los bárbaros, á quien exhortaban y animaban dos valentísimos indios que llamaban Piorex y Curixix, señores principales de los vasallos de Corex y sus Capitanes Generales, que entre los demás que murieron en la batalla rindieron las vidas, sin serles de importancia, para sacarlos en salvo, sus bríos. Los de ambas partes, bárbaros y cristianos, eran tan feroces, aquéllos en recobrar y librar, como buenos, á su señor cautivo, y éstos en defenderlo y sujetar á los demás, que en breve tiempo y espacio murieron de los nuéstros diez ó doce soldados, y de los bárbaros tanta cantidad, que embestidos de sobrado temor los que quedaron vivos, dieron lugar con su huída á que los Castellanos ranchasen sus casas, de donde sacaron poco menos de cien mil castellanos de oro, por donde le llamaron Carex la rica.

2.º Prosiguiendo el Gobernador en su conquista, pasaron al pueblo de Cerón, que se portó más cuerdamente redimiendo el sosiego de su casa y vasallos con amistad y buen agasajo que les hizo, mezclado á vueltas con gruesas y mal labradas joyas de oro fino, prometiendo, como lo hizo siempre, amistad. No pasaron de aquí á los pueblos Matarapa, Cocón y Cospique, vasallos todos de Carex, ó á lo menos sus muy familiares y aliados, para darles con esto más término de poderse determinar en mejores resoluciones que Carex, y así, lleváronle preso con muchos de sus indios, y entre ellos á un gran hechicero llamado Carón, á quienes el Gobernador hizo buen tratamiento. Volviéndose á embarcar, llegaron á su nueva ciudad con más acrecentados caudales, que había cosas entonces en qué emplearlos; desde donde despachó luégo á Carón á los demás pueblos de su comarca para que procurase por todas vías reducirlos á la amistad cristiana, excusando estruendos de guerra, que raras veces se intentan sin minorarse sangre y vidas, y para que más se cebaran los ánimos de los indios, le dieron algunos rescates de Castilla que les diera en nombre del Gobernador: alfileres, cuentas de vidrio y otras cosas. No rehusó Carón este viaje, y para que surtiera mejores efectos, aconsejó al Gobernador sería de gran importancia le acompañasen dos hispanos, con que echarían de ver los naturales no hacía aquella embajada de sólo su capricho, que pocos de los soldados lo aprobaban; atribuyendo más el hecho á temeridad que á medio importante á los fines del deseo, y no mostrando ninguno de los más tenerlo de hacer la entrada, se ofrecieron á ella dos valerosísimos y briosos mancebos, el uno llamado Don Francisco Valderrama, cordobés, y el otro Don Pedro de Abrego, hijo de Sevilla, que no recelándose de lo que les pudiera suceder entre aquellas bárbaras naciones, no dudaron poner la frente á donde la ponía Carón, con que en breve tiempo llegaron al gran pueblo ó ciudad de Bahaire, á donde el Cacique, que se llamaba Duhoa, recibió á Carón con tan grandes demostraciones

de alegría y gusto (por ser conocido y estimado por el más famoso Mohán y hechicero de aquella tierra), como admiraciones de ver en la suya y en su compañía los dos mancebos á quien venían á ver tantas tropas y multitud de indios, que los ponían en aprieto, si bien los miraban con respeto y admiración, por mandarlo así el Cacique, que siempre se les tuvo con muy buen agasajo.

3.º Después del primero que les hizo Duhoa recién llegados, le trató Carón la razón de su viaje con larga arenga y bien propuestas razones, á quien oídas por el Cacique, pidió dos días de término para responderle. En el primero hizo junta de sus Capitanes y principales, y proponiéndoles el caso é intentos que le había significado Carón tenían los Castellanos de ser sus amigos, y los que él tenía, que eran los mismos, por parecerle convenía así para la quietud de sus tierras, vasallos, mujeres é hijos, se levantó el más viejo de la junta y aprobó el parecer de Duhoa, habiendo advertido desde el principio de su plática ser conveniente su determinación y tener por amigos y vecinos á hombres tan valientes como calificaba la fama y victorias contra los Turbacos. Bien al contrario sintió otro valentísimo indio de los de la junta (por ser tentar imposibles pretender que el vulgo ha de ser siempre de un parecer), pues levantándose con soberbio y arrogante aspecto, reprendió la determinación de Duhoa, atribuyéndola á cobardía, y pues ésta no cabía en su corazón, no pensaba sujetarle jamás á nadie, sino con más braveza defender como hasta allí sus tierras. No pudiendo la de Duhoa sufrir tan vanas arrogancias y que podían ser principios de que otros las tuviesen, las procuró atajar levantándose con valiente brío y dándole un golpe de macana tan á tiempo y en tan buena parte, que le hizo dos pedazos la cabeza, suceso que lleva por premio el agradecérselo los demás, por haber merecido aquel castigo quien levantaba crestas de arrogancias contra la voluntad de su Rey, á que se sujetaron todos, y por consiguiente á dar la obediencia y paz á los españoles, como Carón lo negociaba.

4.º Mucha le parecía yá al Gobernador Heredia la tardanza de Carón y los dos mozos, y así, solicitado del deseo de saber de ellos y sus sucesos, pareciéndole no fiar esto de otros, se entró con veintidós soldados en un barco, que llegando allá á la ligera y no teniendo la boca del estero por donde había de entrar al pueblo el fondo que demandaba la fusta, hizo disparar un arcabuz, para que entendiendo los dos soldados la seña, si estaban vivos (cosa muy usada en estas jornadas), acudiesen á ella, como lo hicieron al punto por tierra, en compañía de algunos indios amigos. Aunque los previno Duhoa en compañía de Carón, bajando con tanta brevedad en una barqueta, que por mucha que tuvieron los dos españoles hallaron yá al Gobernador con el Cacique, que con grandes sumisiones le estaba haciendo cierta la paz que había prometido en su nombre á los dos soldados y á Carón y lo que le había sucedido con el Capitán

que había mostrado en la junta contrarios intentos, y que para más asegurar desde luégo los que tenía de darle una muy asentada y firme paz, pasase con él á ver su pueblo y casa, donde le serviría, si no conforme á la grandeza del huésped, sería con la de la voluntad. Agradeciendo con amorosas palabras lo uno y lo otro el Gobernador, se fué mano á mano hablando con Duhoa, agradeciéndole ambas cosas, en especial la paz que admitía y aseguraba con perpetuo vínculo en nombre de su Rey y Señor. Hiciéronsele las superiores fiestas que los bárbaros sabían, sin cesar, todo el resto del día, hasta que cubriendo yá las luces, despidiendo los ruegos de Duhoa sobre que se quedara allí hasta la mañana, determinó embarcarse con todos sus soldados la vuelta de Calamar, dejándole rogado al Cacique se sirviese de irle á visitar á su nueva ciudad con los mejores de sus vasallos, en especial los Caciques de Cospique, Cocón, Corecocox y Matarapa, con quienes deseaba asentar la misma paz que con él.

CAPÍTULO XVI

1. Hace un presente el Cacique Duhoa al Gobernador—2.º Salen de paz muchos indios por medio de una india intérprete—3.º Promete ayuda el Gobernador á un Cacique contra otro enemigo suyo.

SOBRE la quedada de los dos soldados, Don Pedro de Abrego y Don Francisco Valderrama, en el pueblo de Bahaires y sus convecinos, no fué poca la variedad de pareceres, teniéndolos algunos ser de importancia para asentar más de veras la paz de aquellos pueblos, que se quedaran los dos por más tiempo del que los dos también gastaron, por haber llegado sus caudales á razonable estado desde que estaban entre los indios y tener esperanzas de acrecentarlos por el mucho y fino oro que bullía entre ellos. Venció este parecer á los demás, con que se quedaron los dos llenos de arrogancia, y el Don Pedro con el resto y la barca llena de maíz, tomó la vuelta de su nueva ciudad, que llena de regocijo le salió á recibir (aunque se desembarcó á media noche), por las buenas nuevas que aun antes de desembarcar daban á voces los soldados, de la paz que habían dado Bahaire y su comarca, con toda la cual ó lo más granado de ella y de su pueblo se partió Duhoa á dos ó tres días, en muchas canoas cargadas de maíz, carne de monte y otras comidas la vuelta de la nueva ciudad, donde lo recibió el Gobernador y toda su soldadesca con grandes salvas, y aposentó al Cacique y á los más principales en su propia casa, que le pagaron bien la posada y regalos que les hizo con más de sesenta mil ducados que le presentaron; con que quedó también satisfecho del vino de Castilla, que alegraba

el convite de los bárbaros con demostraciones varias y menos libres de juicio que á los principios en sus fines, de quien quedaron aficionadísimos hasta el día de hoy, que no es pequeña la parte que gastan estos bárbaros en sus fiestas á vuelta de su chicha y brevajes. En dos ó tres días que gastaron en el hospedaje quedaron tan asentadas las paces en estos pueblos, que no han sido posibles contra ellas el largo tiempo y varios sucesos que siempre ofrece. Concluyóse la fiesta al fin de los tres días con dar á todos cosas de Castilla, de menos valor que apariencia y estima de los indios, como cuentas de varios colores, corales, bonetes colorados, cuchillos, machetes y hachas.

2.º Quedándole al Gobernador Heredia sabrosa la mano con el suceso de Bahaire y su comarca, que se extiende (como hemos dicho) por la costa al Sur, quiso luégo probar ventura por la de la otra banda al Norte, y teniendo apercibida de su gente la que había de quedar guardando el pueblo, con el resto, unos por mar y otros por tierra, tomó la vuelta de Zamba, cerca de donde, caminando con el recato de entre bárbaros y enemigos, no lejos de la isla y pueblos (á quien da paso una pequeña y poco sondable ciénega que se ceba de la mar grande) dos soldados de á caballo y el Teniente Francisco César, hubieron á las manos dos indios pescadores del mismo pueblo, á quien hablándoles Catalina, que, como dijimos, era nacida en él, les certificó venir los cristianos de buenas para ellos, y á ser sus hermanos y parientes y defenderlos de quien los quisiese ofender, para que con paz y gusto pudiesen gozar sus tierras, casas y haciendas, y que tomasen ejemplo en el tratamiento que á ella le hacían, siendo de su mismo pueblo, y así que les sería partido ir á él y decir á todos lo que ella les decía, para que sin costa de sangre recibiesen á los españoles valentísimos para quien les resiste, de cuya compañía se podían prometer muchos bienes, como lo habían empezado á experimentar los pueblos de Bahaire y toda aquella costa. Admirados los pescadores de ver á Catalina tan en otro traje (llevaba el español) que el que traía la que la parió, que sólo usaba de las galas que le dió naturaleza, partieron con priesa al pueblo, y habiendo referido al Cacique y principales lo que les enviaba á decir el Gobernador por medio de Catalina, á quien conocieron por su vecina, respondió con palabras blandas y dispuso con brevedad el salir á recibir con la mejor gente á los españoles, á quien recibió el Gobernador con muchas cortesías y con mayor codicia las muchas joyas que le ofrecieron, con abundantes comidas que de todas partes les traían. Rancheados ya en el pueblo, de donde venían á ver á montones las indias á Catalina, y en reconocimiento de ser su paisana, le ofrecieron no pequeña cantidad de oro, en especial la Cacica, que con mayores demostraciones la regaló y acarició.

3.º La misma paz fueron dando los demás pueblos de la costa á donde lle-

gaban los nuéstros, como fueron Tocama, Macaguapo, Guaspates, Turipana y el Cacique Cambayo, señor del pueblo de Mahates, á todos los cuales iban dando algunos de los rescates de Castilla que hemos dicho otras veces. Aunque todos los indios de estas provincias se llamaban con un común nombre, los Mocanaes, y todos se originaban de los que habían venido á poblar allí en canoas, la costa abajo, desde Maracapana y Caracas, con todo eso, por intereses particulares, se abrasaban con guerras y disensiones, pero luégo que las conoció, no le faltó advertencia en esta salida al Gobernador, de una razón de Estado que á todos ha salido bien en las conquistas de estas tierras, como le sucedió á Hernando Cortés en las de Nueva España, que es saber de las guerras y enemistades (que en pocas partes han faltado) que tenían unas parcialidades y señores con otros, porque arrimándose á la una, demás de tenerla, según engrosaban nuestros Capitanes su ejército, lo hacían más hábil para entender las trazas y ardiles de guerra con que se habían de conquistar. Esto, pues, usó el Gobernador Heredia con Cambayo, que habiendo sabido las sangrientas guerras que traía con el Zipacuá, le ofreció su gente y ayudarle, si no fuese que Zipacuá le saliese de paz, porque en tal caso, no pudiendo hacerle guerra justa, trataría de considerarlos y tener á ambos por amigos. No era tan bárbaro el Cambayo que no conociese la sustancia de esta determinación del Gobernador, de que le alabó mucho. Pero tras la alabanza, añadió que la arrogante y poderosa mano del Zipacuá jamás consentiría sujetarse de su voluntad á nadie, menos habiendo sido vencido por otra más poderosa, y pues la de los hispaños lo era, por aquel camino se había de negociar con el Cacique que con facilidad se haría, si al ejército de los españoles allegaba el de sus guerreros, como si los quería admitir con brevedad se los daría á su gobierno y disposición. Conociendo el Gobernador lo bueno que esto tenía para contra el Cacique, si se determinase á rebelde resistencia, le dijo á Cambayo que apercibiese su gente para las primeras luces del siguiente día, en que vería cómo el valor de ella, acrecentado con el de sus soldados, bastaría á dar ejemplar castigo al arrogante Zipacuá. Pareciendo á Cambayo estarle bien el concierto, trató luégo, sin perder un punto de tiempo, de emplear en cuidadosas diligencias la noche, previniendo su gente, que no las hizo menores el Gobernador y la suya, no dando mayor confianza de seguro á la amistad de Cambayo, en cuyo pueblo estaba rancheado, que á la que se podía tener del Zipacuá ; con que estuvieron sin cuajar sueño unos ni otros toda la noche.

CAPITULO XVII

Huye el Cacique Zipacuá con sus indios—2.° Hace amistades el Gobernador con él—3.° Entra en su pueblo y templo, donde halla un puerco espín de oro.

DESCUBIERTO á la mañana el sol y toda la marina cubierta de bien apercibidos bárbaros, y habiendo ordenado el Gobernador todos sus jinetes y peones y puesto todo á pique para marchar, comenzó Cambayo en alta voz á exhortar los suyos, diciendo con bien concertada plática: "Ocasiones han venido á las manos con el ánimo que tenemos de estos cristianos, hijos del sol, para quedar hoy vengadas nuestras afrentas si no flojea nuestra dura mano, con que quedarán resueltas las antiguas contiendas y las crueldades que han tenido nuestros antepasados con el Zipacuá, de que se seguiría, vencido él, el gozar nosotros con paz y quietud segura nuestras haciendas y casas y aun las suyas: para ahora es vuestra destreza y valentía en el manejo del arco, lanza y macana, cuando no fuera para otra cosa que para mostrar quién sois á vista de los españoles que nos acompañan." Esto dicho, comenzaron luégo todos á marchar con buen orden, los indios delante sin desmandarse á una parte ni á otra, hasta que llegaron temprano aquel día á un pequeño pueblo llamado Oca, vasallo del Zipacuá, que lo hallaron vacío de gente por haberles hecho el miedo de los Mahates y españoles huír al amparo de la gran ciudad de Zipacuá, y esto tan de priesa por haberlos cogido la voz sobresaltados, y ya que iban sus enemigos pisando sus términos, que no dándoles lugar el miedo, procurando más el seguro de las personas que de las haciendas, se dejaron en las casas cuantas tenían, sin sacar alguna; que hallándoles así el Gobernador, mandó echar luégo un bando, con pena de la vida, que ninguno tocase nada, como lo hicieron los españoles, que sirvió sólo de dar más lugar á la desenfrenada canalla de los indios, que llevados de la furia enemiga y sin reparar en amenazas de los nuéstros, dieron á saco todo el pueblo, robando cuanto en él hallaron, y pegándole, en remate de su malicia, fuego á todo el pueblo, huyó cada cual por donde pudo, hasta que dejaron solos á los españoles, que retirándose á un lado la tierra adentro, fueron á dar á otra gran ciudad llamada Tubara, gente rica, valiente y robusta, como se echó de ver en la resistencia que hicieron á los nuéstros, defendiendo su pueblo con tan valientes bríos, que á no ser los que eran los de los españoles, saliesen con la suya; pero al fin, después de derramada mucha sangre y vidas de indios y haber muerto un caballero llamado Don Juan de Vega, que dejó bien vengada su muerte con la de muchos bárbaros, los ahuyentaron del pueblo, y rancheando las casas, sacaron

de ellas gran suma de oro, sin hacer ningún daño á la chusma de mujeres y niños, que por sus pocas fuerzas no las tuvieron para huír.

2.º Tomó el Gobernador, hecho esto, la vuelta de Zipacuá, que estaba avispadísima del incendio y robo de Oca, de que dió muestras el recibimiento que les salieron á hacer, llegando ya cerca del pueblo, todos los de él, embijados y con un haz de flechas y macanas, con voces tan desatinadas, que más parecían infernales que de hombres, si bien hicieron alto á tiro de escopeta de los nuéstros, sin dispararse de una parte ni de otra, con que se dió lugar á que el Gobernador, con la lengua, les pudiese dar á entender no haber sido ellos los ocupados en la maldad de la aldea, sino sus enemigos los Mahates, contra quien si gustaba el Zipacuá, revolvería y haría un ejemplar castigo merecido á tal maldad, y más por haber sido en su presencia, sin haberlo podido reparar y haberse huído y dejádole solo con los suyos; pero que entretanto que determina el Cacique la última resolución en esto, se sirva de no pasar de aquel puesto donde tienen hecho alto, él ni ninguno de sus indios, pues él tampoco ni su gente pasarán del que tienen, sino que antes se rancharían donde el Cacique les señalase, sin entrar en su ciudad, por no desasosegarla. No le pareció mal al Cacique lo uno ni lo otro, en especial el prometerle vengarle de sus enemigos, en pago de lo cual prometió amistad al Gobernador toda su vida, como lo ha hecho hasta hoy, como á él se la guarden, y lo que le han prometido.

3.º No se trató por entonces de otra cosa, y así el Gobernador, con sus soldados, se rancheó en el mismo sitio donde pasó esto, y tomando el Zipacuá la vuelta de su ciudad, le despachó cuatrocientas viejas cargadas de maíz, carne de monte y otras comidas, porque las había entre estos indios, como dejamos dicho, las cuales, como pareció á algunos, envió maliciosamente el Cacique, aunque tuvieron otros por más cierto haberse ido ellas por su voluntad, por ser aquél su trato, que luégo, antes que entraran en el Real, les hizo volver el Gobernador á su pueblo. No hubieron llegado las primeras luces, cuando el Cacique Zipacuá se halló en los ranchos de los españoles, y preguntando por el Gobernador, le hizo un más que razonable presente de piezas de oro fino, rogándole se sirviese de visitar su ciudad con algunos de sus compañeros, donde con gusto le serviría. Hízolo con mucho Heredia, y habiendo visto sus casas y gran templo de su adoración, halló en él un puerco espín de oro que dijimos adoraba aquella gentilidad, que romanado pesó cinco arrobas y media. Este se llevó el Gobernador, declarando al Cacique la supersticiosa adoración que hacían en él, lo que también hizo en el pueblo de Carnapacuá con otros ocho patos de oro que adoraban, de peso de cuarenta mil ducados. Volviéndose á la estancia de sus soldados en compañía del Cacique Zipacuá, le aseguró que en otra ocasión en que estuviese más desocupado haría el castigo prometido á Cambayo

porque la priesa que llevaba de ver los pueblos de adelante no se lo prometía por entonces, pero que estuviese seguro de esto y del amparo que le haría en todo, pues ya era su vecino de asiento, habiéndolo tomado y fundado ciudad en el pueblo de Calamar, donde jamás habían de faltar españoles vasallos del gran Rey que los había enviado allí, á quien él debía dar la obediencia y segura paz, si quería gozarla en sus tierras, mujeres é hijos, que él en nombre suyo se la daba y su palabra de conservársela siempre. Habiendo apercibido el Zipacuá todas estas razones, y advertido serle convenientes, se resolvió en hacer todo lo que le decía el Gobernador y serle obediente á su Rey, de que tuvo agradable respuesta, dando las gracias con palabras y obras de un solemne convite que le hizo en su tienda, cuyo remate fué cargarle de mil bujerías de Castilla y darle machetes y hachas para sus talas y labranzas y encargarle que pues era tan gran señor de aquella tierra, hiciese con sus vasallos guardasen lo mismo y con los señores fronterizos, que se daban por sus amigos; con que se despidieron, tomando el Cacique la vuelta de Zipacuá y el Gobernador la de los pueblos de adelante al Este hasta las márgenes del Río Grande, que todos se le fueron dando de paz hasta que llegó á darle vista, sin haber querido ranchearse dentro de ninguno, sino siempre en el campo, por no serles pesado, no obstante que todos le convidaban á sus casas y ciudades; con que los dejó contentos y con algunos donecillos de cuentas y otras cosas que les iba dando.

CAPÍTULO XVIII

1.º Da la paz el Cacique Malambo á los nuéstros—2.º Vuelven á Cartagena y en el camino les hacen unos indios resistencia—3.º A la fama de la riqueza de Cartagena vienen de España muchos mercaderes.

YA había dado vista el Gobernador Heredia, cuando fué Teniente de Santa Marta, á las dos riberas del Río Grande, en especial á esta de la parte de Cartagena y barranca del pueblo de Malambo, cuyo Cacique, como dejamos dicho en nuestra segunda parte, fué el primero que hizo amistad á nuestros españoles, aunque no muy fundada, por vía de Santa Marta, y así sólo se detuvo aquí Heredia con su gente lo que bastó para asentar nueva amistad con el Cacique Malambo y darle á entender que también estaba poblada de españoles la costa de sus espaldas en el pueblo de Calamar, como la que tenía enfrente de Santa Marta, con que pasando adelante por la margen del mismo río arriba y cargándose desde la barranca que hoy llaman de Mateo (donde es toda la carga y descarga y primera embarcación del Nuevo Reino para la ciudad de Cartagena y de la de Cartagena para el Nuevo Reino) á la mano derecha, fueron á dar á unas tan grandes poblaciones de naturales, que por ser tantas y de tan gran número cada una, después el año de 1534 pobló entre ellas para su mayor seguro, aunque las más se le dieron de paz en esta ocasión, un pueblo que se llamó María, que hoy sólo conserva el nombre la provincia, con algunos pocos indios que le han quedado, que se ocupan en cultivar estancias de los vecinos de Cartagena.

2.º Para donde revolvieron desde allí enderezando su viaje, para de camino visitar otra vez la isla de Zamba, donde habían quedado aguardando, por orden del Gobernador, los barcos que habían llevado á la ida, que no les fué de poco gusto á todos hallarlos y sin ningún peligro, después de cuatro meses que los había retardado esta vuelta, ordenándoles desde allí que tomasen los marineros la de Calamar costa á costa; los soldados, con el Gobernador, tomaron la misma vuelta por tierra, caminando con el mismo recato que hasta allí: á dos leguas yá de la ciudad dieron en el pueblo de Canapote, que parece había guardado para esta vuelta el hacer la resistencia á los nuéstros en el pasaje y entrada á su pueblo, pues no habiendo hecho ningún ruido al primer pasaje de los soldados, aunque fué por cerca de él, en este segundo lo hicieron tan grande que fué menester el valeroso brío de los nuéstros para que llevara Canapote lo peor, con algunos indios muertos y otros presos y buen pillaje de oro de rancheos de las casas y adorno de las mujeres doncellas y casadas que prendieron peleando al lado de sus padres y maridos. No estaba lejos este

pueblo de la gran laguna ó ciénega de Tescatán, llena de pescado de muchas suertes, que hoy es el principal socorro de la ciudad de Cartagena, á donde llegando el Gobernador con toda su gente sin habérsele minorado de ella cosa de consideración por los buenos sucesos que hemos dicho, repartió el pillaje de oro que les había valido la entrada, que fué de tanta consideración, que sacados los Reales quintos, cupo á cada soldado á más de seis mil ducados, sin defraudar las ventajas de Capitanes y otros Oficiales mayores y menores: razonable paga para un soldado en cinco meses.

3.º Halló el Gobernador más gente de nuevo en su ciudad, que se la habían enviado de la de Santo Domingo en un navío, con el orden que él había dejado, en que también vinieron algunos indios é indias lenguas de esta costa y ladinos en la castellana, para lo que se ofreciese, con que el Gobernador determinó fuesen saliendo algunas tropas de soldados á más prolongados descubrimientos, que se fueron haciendo con buenos efectos y á poca costa. Llegaron también á esta sazón dos navíos despachados de la ciudad de Nombre de Dios para la vuelta de España, que no les fué de poco gusto hallar aquí escala y seguro para sus navíos; ni al Gobernador le fueron ellos mala ocasión para que en España y los puertos que surgiesen diesen la voz y nuevas de los gruesos y ricos principios que tenía aquella fundación y conquista; que habiéndolo hecho así y volando la fama por ventura aun más de lo que era (con ser mucho) por todos los rincones de España, trastornó gente de todos ellos, solicitados del deseo de ver y gozar tan gran cosa como se les representaba; ocasión bastante para que posponiendo los balances y rigores del mal seguro mar, se arrojasen á él mercaderes de gruesos empleos, de toda ropa, sedas, granas, perpiñanes, holandas, ruanas, géneros, caballos y de buenas razas, toda suerte de oficiales mecánicos, y á vuelta de ellos gran número de mujeres de toda broca, con que en poco tiempo se acrecentó tanto la ciudad, que se hallaba en ella de cosas de Castilla y de las Indias cuanto pedía el deseo para la vida humana, pues aun hasta melcocheros, buñueleros, pasteleros y otros de este pelaje le hacían vecindad, hasta que con sus crecidos caudales les crecían los pensamientos á más graves oficios, como le crecieron al Gobernador Heredia de mayores caudales, no siendo pocos los que yá poseía, frutos de su Gobierno, que fueron la piedra imán de más altos pensamientos, verificándose en él el común dicho, que crece la codicia del dinero al paso que él crece, y adquirido alguno, es como beber salado, que queda mayor la sed, sin ser bastante á satisfacerla, al fin como cosa para que no nacía el corazón humano. Este le solicitaba, desde los primeros pasos que dió en su Gobierno, á Heredia para que descubriese la verdad de unas gruesas noticias de ricas sepulturas que estaban en la provincia del Zenú, treinta ó cuarenta leguas al Sur de su ciudad. Que

viendo la ida numerosa de gente y de poca ocupación, se determinó á este descubrimiento por el mes de Enero que daba principio al año de 1534, y escogiendo de los más lucidos y alentados hasta doscientos soldados, los cincuenta de á caballo y aun cada uno de éstos con dos ó tres de remuda y carga para las vituallas, como también los llevaban los peones entre dos ó tres, uno para cargar sus mochilas, se fué disponiendo todo lo demás que parecía convenir á la largueza y dificultad de la jornada, como eran hachas, machetes, azadones, barras de hierro para allanar caminos si la ocasión se opusiese, alpargates, escaupiles, armas para los caballos y herrajes, y un Capitán de macheteros con la compañía de veinte hombres que se señalaron para ir abriendo caminos.

CAPÍTULO XIX

1.° Trátase de dónde les puede haber venido á los indios de esta Provincia el oro, no teniendo minas—2.° Rescates que daban por el oro y causas de hallarse tanto en las sepulturas del Zenú.

POR haberse movido graves dificultades acerca de las grandes sumas de oro que se hallaban entre los indios de esta costa, como hemos visto, desde el Río Grande de la Magdalena y hasta el del Darién, sin haberse hallado hasta hoy en toda ella rastro de mineral de donde lo pudieran haber sacado, con haberse hecho en sus descubrimientos apretadas diligencias, me hallo obligado á la satisfacción de estas dudas, como lo haré con la verdad que he podido rastrear, que bien pienso valdrá para quietar los alborotos que el entendimiento levantara acerca de esto, para lo cual se ha de advertir que por las noticias dadas por los naturales de mejor talento, tres provincias á la parte del Sur de la ciudad de Cartagena les llamaban El Zenú, aunque con variedad de nombres, porque á la primera, que es la que hemos dicho está treinta leguas de la ciudad, llamaban Finzenú, á otra más adelante, al mismo rumbo, pasada una valiente cordillera que las divide y está yá aguas vertientes al gran río Cauca, llamaban Panzenú, y pasado el río de Cauca, llamaban á otra gran Provincia Zenúfana, en que se comprendían las Provincias que hoy llamamos del Guamoco y donde está poblada la ciudad de Zaragoza con todas sus tierras y el río arriba de Cauca hasta las sabanas de Aburrá, donde hallaron los españoles que las descubrieron con el Capitán Jorge Robledo un gran pueblo, donde estaba el Señor principal, que se llamaba Zenúfama, y los nuéstros le remudaron el nombre llamándole Zenúfana, de las cuales tierras ha mostrado la experien-

cia ser todas una pasta de oro finísimo, por lo mucho que de ambas partes se ha sacado y saca. Este labraban los naturales de estas tierras, porque siempre lo estimaron con tanta codicia, que las han hallado los españoles todas desvueltas y contraminadas de labranzas suyas, que les han servido muchas veces á nuestros españoles de guías para seguir gruesos y caudalosos minerales de oro finísimo, de tal manera que se tenía por dichoso el que andaba cateando con estos intentos en la Provincia del Guamoco y Zaragoza, si daba en algunas labores viejas de éstas de indios, por haber sido ellas, hablando por lo general, las más abundantes, porque, como se daban poca maña á la saca y conductos de aguas los indios, y sus instrumentos eran de palo, no podían seguir las vetas hasta profundarlas, que parece sólo hacían demostración de ellas para que los españoles las siguieran con los provechos que se han visto, sacando aguas y haciendo otros ingenios que han tenido maravillosos efectos; de suerte que de este Zenúfana sacaban y poseían los naturales la innumerable grosedad de oro que podemos conjeturar por el que los nuéstros han sacado, porque aunque en el Panzenú y Zenú se sacaba alguno, era muy poco en comparación del de Zenúfana.

2.º De éste se iba extendiendo de mano en mano en rescates y contrataciones hasta las costas marítimas, donde quedaban grandes sumas de él en compras de sal, que era el más grueso trato que andaba entre ellos, por tenerla sólo los de la costa, y los de la tierra adentro no poderla haber rastreado en ninguna parte; hacían también los de la costa hamacas y chinchorros de hilo de algodón, que también tenían gran salida, por ser las camas de todos los indios de países calientes, como lo son los tres Zenúes nombrados, en los cuales tienen por tradición los naturales hubo tres demonios que fueron caciques y señores de ellos grandes tiempos, al modo que dejamos dicho en nuestra segunda parte lo hubo muchos años en el distrito y ciudad de Tunja y Ramiriquí: de estos tres el más principal era el de Zenúfana, que por tierra más rica la escogió para su particular gobierno, y en el Finzenú gobernaba una hermana suya, á quien él era tan aficionado que deseaba que todos sus vasallos y los de los otros dos Zenúes le hiciesen la misma reverencia que á él, para lo cual ordenó que todos los más principales señores de los otros dos Zenúes se enterrasen en este Zenú de su hermana con todo el oro con que se hallasen á la hora de la muerte, según su costumbre, ó á lo menos que tuviesen sepulturas en el cementerio del Gran Santuario y buhío del Diablo que había en este Finzenú, como lo hallaron los españoles, y que no gustando de enterrarse en ellas sino en su tierra, á lo menos enviasen la mitad del oro con que se hallasen á la hora de la muerte y se enterrase en lugar de ellos en su sepultura señalada, ley tan irrefragable que nadie se atrevía á quebrantarla, con que vino á ser aquella tierra y sepulcros

de tan innumerables riquezas como veremos; fué también no menor causa de la riqueza de esta Provincia el ser los más indios de ella plateros de labrar oro con primor, á su modo, á que acudiendo los de las otras, les hacían grandes pagas por su trabajo. El pueblo principal era el más crecido, lucido y bien poblado de cuantos había en doscientas leguas de contorno y reducido á vecindad por haber libertad para poderse venir á vivir á él todos los que quisiesen de los otros dos Zenúes, de donde también tuvo origen la costumbre, después que dejaron estos tres demonios el gobierno de estas tres Provincias, que duró hasta que Dios lo permitió por sus secretos juicios, el gobernar mujer y hombre esta Provincia del Zenú, siendo más respetada de todos los indios de los tres Zenúes que ninguna de los otros Caciques con que se sabía estimar y reverenciar, de manera que la majestad de su Cacica era de una gran princesa incenea; ponía los piés en el suelo desnudo, porque cuando se acostaba en su hamaca se echaban en el suelo, á los lados de ella, dos de las más hermosas doncellas de su casa, la boca y pechos hacia abajo para subir y bajar de la hamaca, poniendo el pié en ellas; estando lo demás del suelo por donde andaba cubierto de espartillo ó paja menuda, que eran los alcatifas y alfombras de los Reyes y gente grave y de sus templos, como dejamos dicho usaban y hoy usan los indios del Nuevo Reino de Granada.

———

CAPÍTULO XX

1.º Tiene el Gobernador noticias de las riquezas del Zenú y entra con su gente al descubrimiento de ellas—2.º Dáles un Cacique por guía á un hijo suyo—3.º Llegan al Finzenú y entran en su población.

YÁ dejaba el Gobernador su nueva ciudad cerca de un fuerte palenque de maderos gruesos, para amparo de sus moradores si sucediere algún alzamiento de los indios fronterizos, de quien aún no se podía tener cierto seguro, aunque por aquellos tiempos se tenía de piratas por la mar, por no haber aún los extranjeros extendídose á venir por aquellas costas, como después algunos años lo comenzaron á hacer y hoy lo hacen con más frecuencia, como iremos viendo; todo esto ya dispuesto con lo demás que dejamos dicho y dadas órdenes en la nueva ciudad para su buen gobierno, salió de ella el Gobernador otro día, después de la fiesta de los Reyes del año de mil quinientos treinta y cuatro; siguiendo las guías que habían dado noticia de las sumas riquezas del Zenú á la parte del Sur, se fueron entrando la tierra adentro y llegando á diversas poblaciones, en que no les faltaron muchas guazabaras con los indios que iban encontrando, en que le mataron algunos soldados, en especial en un gran pueblo llamado Guatena, donde les hicieron los indios rostro tan valientemente, que sin cesar duró la pelea una noche y un día, en que habiendo muerto un soldado, tomaron á manos otro, que despacharon de esta vida con cruelísimos tormentos; salieron heridos algunos peones, y de los jinetes Alonso Montañés, sobrino del Gobernador, y Ponce, Alguacil Mayor, y Martín Yañez Tafur, que queriéndose señalar sobre los demás, se metieron en el mayor conflicto de la batalla, de donde salieron con crueles y penetrantes heridas, de que fué Dios servido sanasen, aunque el Tafur perdió gran parte de la vista por toda su vida, de un flechazo que le dieron en una ceja; pero con todo eso desbarataron á los indios, quedando muchos muertos, de que tuvieron no pequeño pillaje, que se acrecentó con otras victorias de menos consideración que fueron teniendo de indios que les iban picando por el camino y rumbo que llevaban, en el cual se entraron entre las barrancas de una quebrada seca, bien fatigados de sed por el gran calor y falta de agua que les afligía, hasta que encontraron sobre una de ellas un pueblezuelo, cuyos moradores, á vista de los soldados, lo desampararon, fuera del Cacique, con algunos que le acompañaron, que se hizo fuerte en su caney, procurando con mucha valentía desde allí defenderse con flechas, sin que los nuéstros, viendo que eran pocos, les acometiesen antes; antes el Gobernador, por las lenguas que llevaba, le hizo llamar y que viniese de paz, en que puso tanta diligencia porque no pe-

recieran los indios, que mitigado el Cacique con las buenas palabras que le decían, sacó por la puerta del buhío (que era pequeña) en las manos una criatura de hasta siete ú ocho meses, y preguntándole el Gobernador que qué era lo que pedía con aquello, respondió que se la daba para que comiese, y diciéndole que no venían á comer hombres sino á ser sus amigos y parientes y tratar de paces con él, les preguntó el Cacique que de qué se sustentaban aquellos hombres que él jamás había oído ni visto: respondióle el Gobernador que comían maíz, carne de puercos y de venados y que también comían oro, si tenía alguno que darles. Al momento el Cacique, metiendo dentro el niño, arrojó fuera del buhío una chaguala ó plancha de oro, finísima, que pesaba hasta ocho libras castellanas, diciendo: "Tomar comete ese oro, que mientras te ocupares en eso estaremos seguros yo y mis indios, porque no me puedo persuadir sino que también coméis hombres."

2.º Alegróse no poco el Gobernador á la vista de la chaguala, y llenándose de esperanzas de mayor abundancia de aquel metal, comenzó á hacer nuevos halagos al Cacique é indios, que fueron bastantes á salir fuera del buhío y llegársele con familiaridad, que se la acrecentó con algunas bujerías que les dió de Castilla, y preguntándoles que de dónde habían habido aquella chaguala, respondieron que un su señor de que lo era del Finzenú se la había dado, y que si querían más de aquello, que él los llevaría allá, donde había mucho. Allí se acabó de cebar la codicia y deseos del Gobernador de ver la tierra en cuya demanda venía y que ya no le iban saliendo vanos sus deseos, y así con notable ahínco rogaba yá al Cacique lo guiase con brevedad á aquella tierra que decía, haciéndole otras preguntas de la grosedad de ella, de la distancia que habría y del oro que á su parecer podrían haber á las manos; á todo lo cual fué respondiendo el bárbaro bien á propósito del deseo del Gobernador y sus soldados; pero que aunque el camino era corto, su vejez no le daría fuerzas para andarlo, lo cual supliría la diligencia de un muchacho, hijo suyo, que llevándoles por camino derecho los pondría presto donde deseaban. Temióse el Gobernador de esta respuesta, no fuese alguna burla que le quisiese hacer metiéndolos en alguna gran dificultad, y declarándole esta su sospecha, le dijo no quería fiarse de su hijo sin que él fuese en persona á guiarlos; de que recibió el viejo Cacique tan grande alteración, que la significó con enfados de palabras, no tanto por querer que anduviese el camino con tanta violencia y sacarlo de su tierra, cuanto porque no querían fiarse de su palabra, y así la comenzó á dar de nuevo y certificar del buen suceso que tendrían guiándolos su hijo sin ningún engaño, pues aunque él quisiera, no había habido tiempo para poderlo ordenar, habiendo sido de repente su llegada. Viendo el Gobernador y los demás principales de sus Capitanes la sinceridad con que hablaba el Cacique y la buena razón que daba

para el seguro del camino, admitieron por su guía al muchacho, y rancheándose allí aquella noche, en que les dió el Cacique de las comidas que tenía, luégo otro día siguiente prosiguieron su viaje.

3.º Llegaron á hacer noche á otro pueblezuelo vasallo también del Cacique del Finzenú, la gente toda amontonada por haber tenido noticia de su llegada, con que pudieron con comodidad alojarse hasta que á las primeras luces del siguiente día comenzaron á marchar con buen orden y cuidado; y á pocas leguas, saliendo de la tierra algo fragosa que habían caminado hasta allí, que llamaban las Sierras de Abila, dieron vista y se entraron en unas sabanas llanas y rasas y á perder de vista, pues son de más de quince leguas en contorno. Fueron caminando por ellas guiados del muchacho, y á las tres leguas, en uno de los mejores puestos de la campiña, estaba el pueblo del Finzenú, que era como la Corte del gran Cacique, ó por mejor decir, de la gran Cacica y señora de muchos pueblos sus vasallos que tenía en su comarca. Este era á la sazón pequeño, por lo que después dirémos, pues sólo tenía tasadas veinte casas muy capaces, que eran las principales en que los indios se juntaban á hacer sus fiestas, aunque cada una de éstas tenía á la redonda de sí otras tres ó cuatro menores, aunque bien capaces, donde tenían sus graneros, gente de servicio y lo demás de sus haciendas. Estaban hechas casi á la traza y hechura de las nuéstras; preciábanse de tenerlas aseadas, limpias y bien barridas, para lo cual tenían escobas con cañas largas como las de los conventos de frailes; dormían todos en hamacas, en especial la señora y Cacica, que no sólo la tenía muy curiosa y pintada, sino que á los lados de ella hacía durmiesen en el suelo, los rostros para abajo, dos doncellas mozas y de buen parecer, sobre quien ponía los piés al subir y bajar de la hamaca, por grandeza, como dejamos dicho. Aquí era donde dijimos estaban los mayores sepulcros de toda la tierra, por las razones dichas, y éstos eran tan altos de montones empinados sobre la tierra, hechos á manos, que se divisaban desde muy lejos, y una era tan alta, dedicada á su mayor ídolo (por ventura desde el tiempo que el Demonio los gobernaba, á quien los españoles le pusieron la sepultura del Diablo), que se divisaba desde una gran legua de distancia.

———

CAPÍTULO XXI

1.° Entran en las casas, donde hallaron veinticuatro gigantes planchados de oro—2.° Cantidad de oro que sacaron de este pillaje—3.° Díceles el muchacho guía la mucha riqueza que había debajo de unos árboles—4.° Dáles también noticia de unas sepulturas, y sacan mucha riqueza de ellas.

HABIENDO llegado á este pueblo la voz de los españoles antes que ellos y por ser ya poca la gente para poderles hacer cara, como ya los años de antes se la habían hecho y muerto tantos españoles, como dejamos dicho, de repente desampararon todos el pueblo casi á vista de los soldados, que siguiéndolos los más ligeros, vinieron á las manos al Cacique y á su mujer, que se llamaba la Tota, y algunos pocos indios y gente menuda que les fueron de importancia para su servicio. Aposentáronse aquí de propósito, por haber entendido de la guía era éste el pueblo donde los llevaba ; y habiendo satisfecho el hambre con que iban con el mucho maíz que había en las casas y algunos venados que cogían los soldados á uña de caballo, por ser innumerables los que crían aquellas sabanas, con muchos conejos, perdicillas, tórtolas y otras cazas, un negro ladino del Gobernador Heredia, codicioso de algún pillaje, entró en una de las casas, y lo primero que encontró fué con una múcura grande cubierta la boca con una chaguala de oro fino tan grande, que pesaba cuatrocientos castellanos ; vino con ella y la buena nueva á su amo, que llamando á sus Capitanes y mostrándosela, los comenzó á alegrar diciendo que tierra que llevaba aquella fruta, digna era de estimación, pues no estaría aquélla sola, y que si la diligencia de todos no faltaba, no daría por cien mil pesos la parte que se prometía le había de caber de los rancheos, los cuales comenzaron á hacer luégo cada cual por donde más podía, picados de la grandeza y valor de la chaguala ; trastornando cuanto había en las casas, entraron en una que estaba á la esquina de la plaza, tan grande y capaz que so podían alojar en ella dos mil hombres sin estrecharse; en la cual hallaron á la primera vista veinticuatro ídolos ó bustos de madera, como unos grandes gigantes, todos planchados de oro fino desde la cabeza á los piés : estábanse mirando unos á otros, la mitad de ellos con aspecto y figura de hombres y la de frente de mujeres : cada cual tenía una como mitra ó tiara de finísimo oro, bien tallada, en la cabeza, y de un hombro á otro de los que se estaban mirando, sustentaban una vara gruesa, y de ella colgaba una hamaca en que echaban el oro que ofrecían los indios en aquel gran santuario, que era el común de todo el pueblo. Estaba este oro en piezas labradas á martillo y alguno en tejuelos de fundición, pero todo finísimo, si bien por encima estaba denegrido el ofrecido y el de los gigantes, que debió de ser por ha-

berse quemado en algún tiempo el buhío y volviéndolo á edificar no osasen tocar el oro de los bultos y al ofrecido, y así se lo dejaron ahumado, si bien había otro de nuevos ofrecimientos que no lo estaba.

2.º Cerca de este santuario estaba una montañuela de diferentes árboles, muy gruesos y más delgados, en cuyas ramas estaban puestas en hilera muchas campanas de oro fino no bien talladas, pues eran á la forma de almirez de boticario y algunas tan grandes; cogiéronles lo primero esta fruta á estos árboles, yendo luégo á desnudar las estatuas del vestido con que las habían hallado, que les fué de más gusto que si fuera de brocado, y más lo tenían cuando topaban las planchas más toscas, porque éstas eran más gruesas. Fué tan buena la suma que de todo este pillaje recogieron en dos ó tres horas, que sacados los Reales quintos, quedaron para repartir entre la compañía más de ciento cincuenta mil ducados, que siendo bien principio, y para llenarse de mayores esperanzas, sólo les sirvió para cebar el apetito de buscar más, pues las riquezas de este siglo, como no nació nuestro corazón para ellas, son como quien bebe agua salada, que no sólo no satisface la sed, sino la pica más en estos tiempos y muchos después. Hubo costumbre en estas tierras y las del Perú que de las sepulturas y santuarios que así se sacaba, se diesen á las Cajas Reales sólo el quinto, como del oro, plata, esmeraldas y otras piedras que se sacan de sus minerales, hasta que después despachó el Rey Cédula á todas estas provincias, en que mandaba se le diese la mitad de lo que se hallase en estos santuarios ó sepulturas, quedándose la otra mitad para el que las descubriese y sacase.

3.º Cebados estos nuestros españoles con lo que aquí habían descubierto, para darse á buscar más oro, le preguntaron al muchacho que hasta allí los había guiado, que dónde lo hallarían, el cual (al fin como muchacho á quien no se les puede encomendar secreto, que por ventura si fuera ya hombre no lo descubriera, á lo menos con tanta facilidad) respondió que no estaba lejos el sitio donde pudieran haber á las manos cuanto quisiesen con no mucho trabajo, "pues todos los árboles, decía, de esta montaña que aquí veis junto á este buhío y de donde habéis descolgado las campanas, están plantados encima de sepulturas (como lo he oído decir á mis mayores), donde están enterrados indios é indias de los principales de estas tierras y de otras muy apartadas, que se traen á sepultar aquí con todas sus riquezas, y metiéndolas consigo en sus sepulcros con sus macanas, si son hombres, arco y flechas, dardos y otras sus armas, y si es mujer, la piedra de moler, múcuras, cazuelas y otras cosas que les pertenecen ; y comunmente á todos les ponen vasijas de chicha, bollos y otras comidas, y con los más principales se entierran las mujeres más queridas y los criados que ellos escogen para esto, porque la sepultura es capaz para todo, pues la hacen cuadrada y bien ancha. La tierra que le sacan la retiran lejos,

porque con la que la vuelven á cubrir es bermeja, traída de otra parte, y sobre ella enterrados ya los vivos y los difuntos, plantan un árbol, que son éstos que veis aquí, de cuya grosedad echaréis de ver los grandes tiempos que aquí se plantaron." Eran éstos, los más, hobos y ceibas, algunas tan gruesas como dos novillos.

4.º "Son también sepulcros de enterramientos, de la misma suerte que veis en la circunferencia de este pueblo, porque dejando este modo antiguo que tenían de enterrarse plantando árboles encima, los hombres de estos tiempos lo mudaron en amontonar tierra sobre los sepulcros (á quien los españoles llamaron *mogotes)*. Esta tiene mayor ó menor altura, según los mayores ó menores caudales del difunto, pues después de metido en ella dura el echar tierra, encumbrándola, lo que dura la chicha que se les da á los indios que la amontonan; y si del caudal llegaba á que fuese mucha y que durase muchos días, en éstos hacían más crecidos montones y más encumbrado el túmulo que el del que teniendo poco caudal, eran pocos los días que duraba el beber, y á este paso y por la misma razón había también algunos sin túmulo ni levantarse de la tierra;" los cuales descubrían los soldados pegando fuego á la paja de las sabanas que las tenía ocultadas; "y porque no dudéis, decía el muchacho, en lo que os digo, os llevaré á cierto sepulcro que yo vi hacer los días pasados, y enterrar con el muerto mucho del oro que vosotros buscáis, donde lo hallaréis si queréis abrirlo;" lo que pusieron luégo por obra, ordenándolo el Gobernador y aun dando prisa por la que le daba su codicia, que no fué trabajo en vano, pues abriéndola en poco tiempo, por estar la tierra fresca y recién echada, sacaron de ella nueve mil quinientos pesos de oro, con que dieron crédito á todo lo demás que el muchacho les decía, procurando acariciarlo y regalarlo más que hasta allí, por pretender sacarle otras mayores cosas de los secretos de la tierra. Pusieron sin pereza luégo todos manos á la labor de desenterrar muertos, abriéndoles sus sepulturas, que eran las de los *mogotes*, que á las de la montaña no llegaron por entonces, por lo que luégo diremos. Hallábanlas tan ricas que sacaban de ellas á treinta mil pesos, á veinte mil, á doce mil, á seis mil, á siete mil, y de ahí para abajo hasta quinientos, que fué en la que menos hallaron. Las señales de las que descubría el fuego por no tener *mogotes*, eran dos dedos de tierra negra en la superficie, y tras ella otros dos de arenilla blanca, por donde conocían con evidencia ser sepultura, pues ninguna que fueron siguiendo con estas señas hallaron sin que les pagase bien su trabajo. Todo el oro que hallaban en ellas estaba puesto del lado del corazón del difunto, y aun en el propio corazón lo descubrían en algunos cuerpos que hallaban no acabados de consumir. La experiencia de esto les libró á los soldados de algún trabajo, pues en descubriendo la sepultura, volvían el rostro al Oriente

del sol (que estos indios se enterraban mirando al nacimiento del sol), y descubriendo al lado izquierdo, sacaban el oro que había en ídolos, chagualas, tejos y algunas figuras de animales, y no se cansaban en desenvolver más, porque en ninguna otra parte del sepulcro lo había. Esto era en las sepulturas que estaban sobre la tierra, que eran muchas, porque entre los demás modos que tenían de enterrar sus muertos, era éste uno: ponían el cuerpo en el suelo raso y haciendo una señal del largo y de lo que cogía, lo apartaban y cavaban cuanto lo pudiesen meter al parejo de la tierra, y luégo le echaban aquellos montes encima, que eran los *mogotes* que llamaban.

CAPÍTULO XXII

1.º Abren los nuéstros otras sepulturas y hallan en ellas gran cantidad de oro—2.º Pregunta el Gobernador á los indios si tienen noticia de alguna tierra de más riquezas. 3.º En demanda de ellas hacen jornada al Panzenú—4.º Suben la cumbre de una sierra y dales un huracán en ella, que mató algunos españoles.

DETERMINARON los españoles entre estas sepulturas más fáciles que á los principios fueron sacando, tentar lo que había en aquella tan empinada á quien dijimos se le daba vista desde más de una legua de distancia (que era á quien llamaron los soldados El Sepulcro del Diablo), donde se enterraban los Mohanes ó Jeques, unos cerca de otros, con todas sus riquezas sobre la haz de la tierra, de la cual iban amontonando en el entierro de cada una tánta, que á la sazón tenía la altura que dijimos de ésta; fueron cavando con trabajo inmenso y casi de balde, porque cansados, antes de llegar á la grosedad de los entierros, le dieron de mano con mayor pillaje del que harán y después se halló pasando adelante lo que iba descubriendo, si bien se reparó esto en lo que les sucedió en otros doce *mogotes* de sepulturas que estaban á la redonda de éste en treinta pasos de circunferencia, iguales todos en altura de á siete estados, pues de cada uno sacaron más de doce mil pesos, que junto con lo que en las demás habían sacado y los ciento cincuenta mil de los gigantes y campanas, fué cosa innumerable lo que en esta primera vista juntaron de este pueblezuelo, sin llegar por entonces á las sepulturas de los árboles, por parecer del Gobernador, que lo tuvo de que por entonces se quedasen así, pues era imposible con tan poca gente poderlas sacar y si comenzaban á desvolverlas y no concluían con todas, siéndoles forzoso hacer ausencia de aquellas tierras, en el entre tanto las sacarían los indios, y así sería lo mejor dejarlas al disimulo, pues bastaban las que habían sacado por entonces, y que

no era bien se estorbasen los intentos que tenían de pasar adelante á mayores descubrimientos.

2.º Túvose por maliciosa esta determinación del Gobernador entre los soldados de más cuenta, y aun entre todos se murmuraba que lo hacía por gozar á solas de aquellas grosedades enviando sus esclavos y gente de confianza á descubrirlas y sacarlas, sin que tuvieran acción al repartimiento otros que los de su casa, ó por mejor decir, otro que él. Asentada ya esta determinación con desabrimiento de todos los soldados, que lo requerían poblase allí, pues era tierra tan rica y de tantos naturales, hizo llamar á la Tota, Cacica, y á su marido, y delante de algunos otros indios preguntó el Gobernador que si había en alguna parte más oro del que allí hallaban en aquellas sepulturas, porque aún no estaban contentos con aquello; y admirados los indios de la insaciable hambre de oro que conocían en los nuéstros, respondió el Cacique que si tanto deseaba, fuese al Panzenú, que estaba de allí treinta soles (que es lo mismo que treinta días) la tierra adentro al Sur donde ellos señalaban, y que del que tenían los indios en sus casas, se podían cargar todos los que iban con él y sus caballos y sobrarle mucho, sin lo que en las sepulturas comunes y particulares estaba enterrado, porque el que allí había no se podía contar, pues era la tierra de donde lo sacaban y traían á aquélla; pero que advirtiese que eran pocos todos los soldados de su compañía para vencer á los indios de aquella tierra y los que en el camino encontrarían. De oír tan buenas nuevas el Gobernador, quedó tan alegre, que tomándose entre las manos las narices, comenzó á cantar: "Cuando yo sea gañán, Joanica, me llevaré el pan." A los últimos días que se detuvieron en aquel puesto en las ocupaciones dichas, por haber llegado á los oídos del Gobernador las murmuraciones de los soldados acerca de pasar adelante sin acabar de sacar las sepulturas, tuvo algunos encuentros con algunos soldados de más consideración, que eran de los que habían venido de Santa Marta, como un Juan de Orozco y otros, á quien comenzó á amenazar que á la vuelta los había de dejar colgados antes de llegar á Cartagena; de que se acedaron tanto contra el Gobernador aquellos á quien tocaba esto y sus amigos, que le amenazaba una gran ruina y desdicha en sus conquistas si no se reportaba, pues por sus personas y las de sus amigos podían emprender cualquiera determinación, que son las que suelen á ojos cerrados causar mil desgracias entre gente libre, como es la de la soldadesca.

Advirtiendo los nuéstros en el consumo de aquel pueblo por las grandes ruinas que se descubrían en él y otras señales de haber sido de gran número de vecinos, preguntaban la razón de haberse reducido á tan poco, á lo cual respondieron que desde que mataron los indios de aquel pueblo los años atrás á muchos españoles, les habían venido tales y tantas enfermedades, que de los

innumerables que había, los habían reducido á los pocos que estaban ; de cuya verdad hallaron rastros evidentes los españoles, pues entre los demás que rancheaban por las casas, encontraban con muchas armas, como corazas, escaupiles, espadas, dagas y algunas escopetas y otros géneros de armas de las nuéstras, con que pudieron presumir ser aquello de la compañía del Capitán Francisco Becerra, á quien mataron en aquellas tierras el año de mil quinientos quince, con ciento cincuenta españoles, de que ninguno pareció, habiéndolos enviado allí á buscar oro Pedro Arias de Avila, Gobernador del Darién, ó por ventura de las del Capitán Alonso de Ojeda, que ya que él no muriese allí sino en la isla y ciudad de Santo Domingo, perecieron á manos de aquellos bárbaros los más, como dejamos dicho.

3.º Prevenida ya la nuéstra á la jornada que determinaba el Gobernador, pasando adelante en demanda de mayores descubrimientos de provincias y riquezas, y habiendo enterrado, con secreto, para la vuelta, las que allí habían recogido en los diez ó doce días que estuvieron, pidió el Gobernador al Cacique guías confidentes que los llevase por las mejores trochas á la Provincia del Panzenú ; á quien respondió el Cacique que el mismo muchacho que los había guiado allí era bastante para guiarlos á aquella tierra, por haber ido y estado en ella muchas veces, de que se satisfizo el Gobernador por haberle hallado verdadero y de sincero ánimo en todo lo que hasta allí les había dicho ; y así, dejando pacíficos al Cacique y Cacica, comenzaron á marchar con menos matalotajes de los necesarios, pues luégo que dejaron las sabanas y llegaron á las faldas de la serranía, les fué picando la hambre por habérseles acabado y no hallar en los pueblezuelos que encontraban con qué socorrerla, por tener todos alzadas las comidas. Con estas desgracias y otras muchas de aguaceros, crecientes de ríos y malos temporales, llegaron á la división de dos caminos, que aunque ambos, según decía la guía, iban al Panzenú, el mejor y más acomodado y por donde el Cacique del Finzenú mandó al muchacho los guiase, era el que llevaba el rumbo de la mano izquierda, y como estén estos indios tan sujetos á sus Caciques, decía la guía que no se atrevería á llevarles por el de la mano derecha, porque lo mataría el Cacique en volviendo. Comenzó á sentir lo contrario el Gobernador, sospechando no fuese algún engaño ó ardid del Cacique en guiarlos por aquel camino para dar con ellos donde todos pereciesen ó por malas tierras por gran fuerza de la gente que les podía estar aguardando en emboscadas ó con otras estratagemas, como de ordinario ha sucedido en los descubrimientos de estas Indias, de que experimentado Heredia y con cautelosa prudencia, se determinó á no querer ir por el camino de la mano izquierda, sino por el otro, que se inclinaba más al Sur, si bien por ambos habían de atravesar forzosamente aquella valiente y áspera cordillera que tenían á los ojos.

No faltaron soldados de opinión contraria, harto baquianos y experimentados, que le representaron al Gobernador la pérdida de algunas buenas facciones que se había tenido en otras partes por no haber estimado consejos de indios guías que los encaminaban por diferentes rumbos de los que tomaban los caudillos, y que podría ser que en no guiar por donde el muchacho decía, se viesen en algún desgraciado fin; pero como el negocio estaba dudoso de ambas partes y no se podía conjeturar lo mejor para elegirlo y haya sucedido mal y bien en muchas ocasiones en seguir lo uno y lo otro, pareció más conveniente la resolución del Gobernador, pues era fundada en prudencia, y al fin si hubiera algún engaño en el camino por donde guiaba el muchacho, se desmentía caminando por el otro, como lo hicieron sin advertir á las voces del muchacho, que decía que demás del mayor trabajo y maleza de aquel camino que querían seguir por ser mayor la aspereza de la serranía y más larga de atravesar, habían de encontrar con algunas cordilleras de páramos de insufrible frialdad y claros peligros de ser todos muertos, por ir ya acostumbrados á tierras calientes, como eran las que habían andado hasta allí, y por la misma razón ser poca la ropa para resistir al frío, y sobre esto los caminos inaccesibles para los caballos. A veinticuatro de Marzo, víspera de la Anunciación de Nuestra Señora, y día en que la Iglesia celebra la fiesta del Angel San Gabriel, comenzaron nuestros españoles á subir medio trepando por partes la más alta y encumbrada de las sierras que iban encontrando, que llaman la de Abiba, por el valle que tiene á su pié, llamado de este nombre por su Cacique, tierra caliente y de grandes algodonales y poblado de buena gente, aunque poca, de que hacían muy buena y fina ropa, con que contrataban en los pocos pueblos que había en la serranía.

4.º Llegando ya á tomar los nuéstros la cumbre de ésta, un día sobre tarde les vino una tan gran borrasca y huracán deshecho de agua-nieve tan fría, que les fué forzoso á todos retirarse con la mayor brevedad que podían por los mismos pasos que habían llevado. Era tan vehemente y con tanto rigor el viento y frialdad envuelta en la nieve, que el que antes podía se metía entre las marañas de los chaparrales y al amparo de los montes y árboles, si bien esto aun no les bastaba á resistir la frialdad, pues sin poderse socorrer unos á otros, padre á hijo, hermano á hermano, amigo á amigo, soldado á Capitán ni Capitán á soldado, porque harto tenía cada cual en ampararse y huír de la tormenta, vinieron á perecer muchos aquella misma tarde, pues fué el primero la guía y quince españoles tras ella, y entre ellos Pedro de Alcázar, sobrino de Francisco Alcázar el de Sevilla, hombre de consideración. También rindieron la vida todos los indios é indias, aunque eran pocos, que llevaban de servicio los nuéstros. Los que quedaron con ella sin darles lugar la tempestad á detenerse á enterrar los muertos, fueron descolgándose cada cual por donde mejor podía las

breñas abajo hasta llegar al reparo del valle, donde estuvieron descansando y reformándose algunos días, en los cuales no les dejaron á los nuéstros sosegar del todo algunas tropas de indios que se descolgaban de la otra banda de la cordillera, gente lucida y crecida, que con sus arcos y flechas en las manos acometían de repente á tentar para cuánto eran las de los españoles, á quien no hicieron ningún daño, antes llevaron la peor parte haciéndoles retirar dejando algunos indios muertos.

No fué esta retirada de los indios de mayor distancia que la que tomaron, donde no pudieran, desde el alojamiento, hacerles daño los nuéstros, y así se quedaron á la vista, con que el Gobernador tuvo traza de enviarlos á llamar y traerlos de paz, que no les fueron de poco provecho, pues entre los demás servicios que les hacían no fué el menor bajarles de las montañas algunos maderos gruesos para hacer puente en un furioso río que por la prisa del invierno y grandes aguaceros iba creciendo y les era forzoso pasar por otra parte de la que lo habían pasado á la ida, porque por la prisa que les había dado el temporal, habían llegado á él por otra diferente parte, por la cual hecha la puente por donde pasaron los soldados, echaron al agua los caballos, que con la gran corriente y malas salidas de barrancas altas que se hacían á la otra parte, se ahogaron los más, que después no les hicieron poca falta. Representaban gran bizarría estos indios, porque demás de ser bien dispuestos, venían aderezados de muchas joyas de oro fino, así al cuello como en los brazos, narices, labios y orejas, de que rescataban los nuéstros con algunas cosillas de Castilla con que quedaban todos contentos, y se despidieron los unos de los otros.

———

CAPÍTULO XXIII

1.º Vuélvese el Gobernador con su gente al Finzenú con grandes trabajos—2.º Persuaden los soldados al Gobernador pueble en aquella tierra—3.º Vuélvense á Cartagena, donde hallaron recién venido al primer Obispo de ella—4.º Trátase de las causas por qué se gastó con tanta brevedad el mucho oro que estos soldados sacaron—5.º Muertes desgraciadas y malos fines que han tenido los conquistadores de estas Indias.

LA condición de los varios sucesos de este siglo es andar mezclados los buenos á los malos, los malos á los buenos, porque el buen suceso suele ser víspera del malo, y al contrario, y así habiéndole dicho al otro discreto que había de tener un día malo y otro bueno, que escogiese primero el que quisiere, escogió primero el malo, para sin temor gozar después del bueno. Todo esto experimentaron estos nuestros conquistadores, pues tras la grosedad de riquezas que encontraron, padecieron las borrascas que hemos dicho en su viaje, del cual volviendo la frente al Finzenú, no experimentaron menores trabajos con la fragosidad del camino, raudalosas y crecidas quebradas, por estar el tiempo metido en aguas, pantanosos caminos, profundas ciénegas, con que enfermaban y morían muchos por estas inclemencias y faltas de comidas, pues les forzaba á sustentarse de tallos de *bihao* entremezclados con alguna carne de los caballos que se morían (calamidad insufrible) y que sólo la pudiera consolar la esperanza de volverse á ver entre las riquezas que todavía dejaban en el Finzenú, á donde llegaron harto minorados en número y consumidos en salud, si bien luégo se comenzaron á alentar con el recibimiento que les hicieron el Cacique y su mujer con algunas comidas, aunque pocas, por tenerlas alzadas los indios, y con más de siete mil pesos de oro que le presentaron al Gobernador en un canastillo, los cuales decían habían sacado del rebusco de las sepulturas que habían abierto los soldados, que por falta de diligencias no habían dado con ellos.

2.º Aunque por más cierto tuvieron los nuéstros haber sido de sepulturas que en el entretanto que hicieron esta jornada habían abierto los indios, como lo echaron de ver en las frescas aberturas que hallaron de muchas, y no serían las menos caudalosas, como aquellos que las tenían conocidas, que según echaban tanteo el Gobernador y los suyos, debieran de haber traspuesto los indios al sitio que después diremos tuvieron noticia, más de un millón de oro con harto dolor de todos, bién apesarados de haber dejado aquel sitio y hecho aquella jornada tan en balde y trabajosa, pudiendo haber ocupado el tiempo en ir cateando ó por mejor decir, gateando sepulturas, pues aunque sacaron muchas, como hemos visto, y los indios atrás hallaron también ahora que sacar, pues

desvolvieron algunas en que hallaban á treinta y á cuarenta mil ducados ; con que volvieron á requerir al Gobernador no desamparase sino poblase en aquellas tierras, sin embargo de estar á la sazón faltas de comidas, porque al reparo de esto se obligaban los soldados y Capitanes trayéndolas de las tierras convecinas, mientras se hacían sementeras, y más añadían otras comodidades, diciendo se podía hacer un bergantín ó más en el río del Zenú, que es de caudalosas aguas para esto, y le tenían cerca, por donde saliendo al mar era más breve el viaje que por tierra para ir y volver de Cartagena con lo necesario al sustento del pueblo. No fueron estas ni otras eficaces razones de fuerza para contrastar la que tenía puesta en su imaginación el Gobernador, para hallárselas á solas con las sepulturas, y así poniendo su fuerza en la necesidad que habían de pasar de comidas todos mientras se proveían, pues ningunas tenían al presente, y que todos eran pocos, flacos y enfermos, y que no sólo no tenían armas para defenderse, pero ni aun instrumentos para cavar las sepulturas, tomó última resolución de que volviesen todos á Cartagena, dándoles esperanzas de que después de reformados y con más copia de gente podrían volver á proseguir aquellos descubrimientos, pues bastaría por entonces la grosedad de oro que habían sacado.

3.º Al fin siguiendo este parecer del Gobernador todos, de fuerza ó de grado, tomaron la vuelta de la ciudad de Cartagena con todo el oro que habían juntado, que serían trescientos ó cuatrocientos mil pesos, llegaron á la ciudad cuatro ó cinco días antes de San Juan, de Junio del mismo año de mil quinientos treinta y cuatro, donde fueron bien recibidos, aunque entraron sólo la mitad y aun menos de los soldados que habían salido, y éstos con graves enfermedades, los rostros tan amortiguados que parecía haberlos desenterrado de los sepulcros que ellos habían abierto. Fueron grandes los lloros por los difuntos, si bien los consoló la gran suma de oro que fueron descubriendo, de que todos participaron, porque habiendo dado alguna parte á la gente de guerra y presidio que quedaba en la ciudad, luégo fueron mejorándose los soldados en vestidos, plumas, galas, cadenas de oro con medallas de rica pedrería, juegos largos y otras bizarrías de caballos y fiestas, que fueron las principales polillas de estos tesoros, si bien no se olvidaron el Gobernador y principales Capitanes de acudir con gruesas limosnas al hospital é Iglesia Catedral que se fundó por este tiempo; porque alguno antes que el Gobernador emprendiese esta jornada, habían llegado á la ciudad los Capitanes Mena y Sosa, que habiendo bajado del Perú, iban á España á dar cuenta al Rey de los grandes descubrimientos que iba haciendo Don Francisco Pizarro en aquellas tierras, y viendo á sus ojos el crecimiento que iba teniendo esta ciudad de Cartagena y habiéndolo escrito el Gobernador con ellos y enviádose otras relaciones demás de otras

que mucho antes se habían remitido, determinó el Rey de enviar Obispo á aquella ciudad, como efectivamente vino en este tiempo que llegó el Gobernador de esta jornada, llamado Fray Tomás de Toro, varón docto y de gran santidad, de la Orden de Nuestro Padre Santo Domingo. No pudo hacer este Obispo la erección de la Iglesia Catedral de esta ciudad por otro accidente ó por lo poco que vivió en el obispado, como dice su sucesor en la erección que hizo de ella, dejándola con el título de Santa Catalina Virgen y Mártir, que desde sus primeros fundamentos le tenía. Fué el primer Dean Don Jerónimo de Vallestejos, primer Arcedeano Don Francisco Díaz de los Santos y primer Chantre Don Antonio Verdugo, y no sé si gozaron de sus prebendas desde ahora ó desde que se hizo la erección de la Iglesia el año de 1538, como veremos.

También llegó pocos días después que el Gobernador un hermano suyo, llamado Alonso de Heredia, que bajó de la Provincia de Guatemala con buena hacienda, porque se había hallado en aquellas conquistas y las de México y otras provincias, con cuya venida se le acrecentó el gusto al Gobernador, por ser su hermano mayor y hombre de mucha suerte y á quien él respetaba y consultaba los casos arduos que le sobrevenían, por los cuales respetos y por ser hombre capaz para negocios de paz y guerra, le hizo su Teniente General, reformando en el oficio de Francisco César, que á lo menos si tuvo sentimiento de ello lo supo disimular por entonces, si bien en ocasiones que después se ofrecieron (como veremos), no pudo dejar de hacer demostraciones de lo que tenía en el pecho, como en esta ocasión las hacían sus amigos juzgándose por agraviados del hecho, aunque mitigaba algo de estos sentimientos el haber caído el oficio en persona tan capaz y hermano de su Gobernador.

4.º Bien han sido menester tantos y tan acreditados testigos como fueron los que metieron las manos en la masa de tan grandes riquezas de oro, como hemos dicho y diremos de estas sepulturas, para que el tratar de ello no pareciera paradoja y cosa soñada ó tesoro de duendes y un imposible tal, que parece excede á todo aquello que, echando á volar el pensamiento, pudiera imaginar; pero yá que á lo menos en la realidad fué así, como hemos dicho, y en el hallarlo y poseerlo, es cierto que en sus efectos para quien lo hubo á las manos ha parecido una cosa fingida y de sueño, pues no alcanzando nadie en qué consista este secreto é impenetrables tinieblas, ha lucido tan poco que no ha pasado á segundo poseedor, ni aun al primero vemos le haya sacado de miseria y conservado en abundancia y lucimiento por todo el curso de sus días, pues todos ó por la mayor parte murieron pobrísimos y en hospitales; fortuna igual á la que corre en los encomenderos que viven de los tributos de sus encomendados, que parece se les deshace entre las manos, pues los vemos no sólo

no descansados con estas rentas, sino antes adeudados, empeñados, perseguidos de acreedores que parece lo reciben con maldición y que el pedirle á un Virrey, Presidente ó Gobernador que les dé una encomienda de indios, es decir, que les eche una maldición que les llegue hasta los huesos á ellos y á sus hijos nietos, que á todos los vemos alcanzar de ordinario estas desventuras, y aun no ha faltado cierto religioso de buen entendimiento que viendo estas calamidades tan comunes que caen sobre las haciendas de los Encomenderos, no sólo las que les vienen de estos tributos de indios, sino aun las que tienen por otras granjerías (que parece aquéllas destruyen también á éstas), y lamentándose mucho de ver tan empeñado el patronazgo Real, y que esto comenzó desde que se descubrieron estas Indias, dijese si acaso sucedía esto por ser el Rey Encomendero, y que por eso entraba (no obstante la jurisdicción de este tributo) en la regla común estar siempre adeudados los tales Encomenderos.

No quiero meter ahora la mano en los agravios que se hacen á los dueños de estas sepulturas en sacarles su oro y despojar sus muertos, por ser materia tan odiosa para tantos, y que está asentado lo contrario (aunque podrá ser después lo haga para descargar las conciencias de algunos que no habremos hecho poco si ésta se consiguiese, tope en quien topare); pero á lo menos ahora de paso no puedo dejar de ser de parecer se debiera reparar en no hacerse tan señores como se hacen del oro que hallan los que lo sacan, no obstante que paguen los quintos, porque si lo primero no es lícito y es anejo á restitución, también será lo segundo y el Rey no quiere nada con estos escrúpulos, antes prohíbe estas acciones escrupulosas para sí y sus vasallos.

5.º De estas tales acciones y de otras mayores insolencias en que han ido creciendo los españoles en estas tierras (por ser ordinario un menor vicio de asiento abrir puerta á muchos mayores) y que no han sido poderosas las justicias ordinarias á castigarlas, ha venido á suceder que (cansado Dios yá de sufrirlas) unos sean verdugos de otros, como lo advierte admirablemente el Obispo de Chiapa, Casas, lo que vemos ha sucedido casi en todos los descubridores y conquistadores. A Don Cristóbal Colón, que fué su primer Hércules en descubrir, le pusieron tantos y tan graves pleitos los mismos que le acompañaron al descubrir estas Indias, que esos le acabaron la vida; lo mismo le sucedió al Marqués del Valle, Don Hernando Cortés, descubridor y conquistador de la Nueva España; no neguemos: sí tuvo alguna parte en esto la envidia. Los descubridores y conquistadores del Perú, el Marqués Don Francisco Pizarro y Don Diego de Almagro, perecieron con muertes violentas, matándose el uno al otro, pues el Don Diego de Almagro murió dado garrote en la cárcel y después degollado en público por Hernando Pizarro, hermano del Marqués Don Francisco Pizarro, con su sabiduría y orden; y después el Mar-

qués murió á estocadas, lanzadas y alabardazos á manos de los amigos de Don Diego de Almagro, vengando su muerte. Gonzalo Pizarro, hermano de esos otros dos Pizarros, después de haber muerto como tirano á muchos, murió hecho cuartos, como también Francisco Hernández Girón, después de haber ejercitado innumerables tiranías; á los cuales siguió Lope de Aguirre con sus secuaces, que después de haberse muerto unos á otros de los mismos de su compañía, murió con otros muchos hecho cuartos, como dejamos dicho en nuestra primera parte. El Adelantado Sebastián de Belalcázar, con haber sido leal servidor del Rey, por haber cortado la cabeza de su autoridad al Mariscal Jorge Robledo, murió miserablemente en Cartagena, condenado primero á muerte por el hecho. El Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, que llevó doscientos mil pesos á España del descubrimiento de este Nuevo Reino, se le hicieron sal y agua, como dicen, y sin lucirle en negociación ninguna volvió al Reino con tantas deudas que ni las pudo pagar en su vida ni tuvo con qué satisfacerlas en su muerte; y con los fines de éstos se pueden meter en cuenta los de todos los demás que se han señalado en estos descubrimientos, aunque nos olvidemos de las escandalosas muertes que cada día vemos en otros más altos Ministros que han comido de los tributos de estos indios y teniéndolos á su cargo, sin que de nada se pueda alcanzar el misterio que esto tenga, dejándolo á los divinos juicios.

CAPÍTULO XXIV

1.º Ordenanza para los Tesoreros Reales de lo que deben cobrar de los santuarios y sepulcros—2.º Dos modos que tienen los indios de esconder y ocultar sus riquezas, y lo que se debe hacer cuando se hallan—3.º Tercer modo y parte donde las ocultan, que es en sepulcros, como otras muchas naciones del mundo—4.º Lo que se debe hacer en conciencia y la modificación que se debe guardar cuando así se hallaren.

OCASIONADO de lo que dejamos dicho acerca de la saca de los sepulcros y sus tesoros y deseoso de aquietar las conciencias de los escrupulosos en materia tan grave, me ha parecido tratar con brevedad algo de esto, atendiendo la inteligencia de una cláusula de ciertas ordenanzas y determinaciones que despachó el Rey nuestro Señor á sus Tesoreros y Oficiales Reales de estas Indias, en 21 de Febrero de 1572, para el modo que habían de tener en cobrar sus derechos y que tan justamente pertenecen á sus Reales cofres, la cual dice así:

"Así mismo de todo el oro, plata, perlas y piedras y otras cosas que se hallaren así en el enterramiento ó que es sepulturas ó templos de indios, como en otros lugares que ofrecen sacrificios á sus ídolos y lugares religiosos, escondidos ó enterrados en casa ó heredad ó tierra ó en otra cualquier parte pública, concejil ó particular, de cualquier Estado, preeminencia ó dignidad que sea, de todo ello y de lo demás que de esta calidad se hubiere hallado ó hallase, así por acaecimiento como buscándolo de propósito, se nos ha de pagar la mitad y la otra mitad ha de quedar para la persona que lo descubriere; con que si alguna persona encubriere el oro y plata, piedras y perlas y otras cosas que se hallaren en los dichos enterramientos y no lo manifestaren para que se les aplique lo que conforme á lo susodicho les pueda pertenecer, hayan perdido todo aquello y más la mitad de los otros sus bienes para la nuestra Cámara, y todo lo que así nos perteneciere de lo susodicho, lo habéis de cobrar vos el Tesorero, de que os habéis de hacer cargo como de la demás hacienda nuéstra, con que por esto no han de ser defraudados los indios en lo que ellos tuvieren por suyo para lo tener guardado, por cuyo respecto ó por miedo de los españoles ó por otra causa lo tengan escondido."

2.º Para cuya mayor inteligencia y claridad de lo que diremos, se ha de suponer que en tres modos se hallan escondidas las riquezas de estos indios, como son oro, plata, esmeraldas, perlas, cristales, veriles y otras piedras de menor estima (que son los frutos de estas tierras), mantas de algodón y otras cosas, si se hallaren. El un modo es tenerlas escondidas con miedo que no se las hurten españoles ú otros indios ó negros, porque como no tienen cofres ni

cajas con llaves en qué guardarlas por su pobreza ó desaliño y son sus casas tan flacas, miserables y sin cerraduras ni aun puertas sino es de cañas, como se estaban en su gentilidad, esconden el oro, plata y lo demás que tienen debajo de la tierra, entre la paja de la casa, en campos ó montes donde lo tengan seguro, sin atender en esto á otra cosa más que á esta seguridad, que es lo que tan justificadamente toca la cláusula á lo último; y tratando de este modo de guardar sus riquezas, cosa cierta es (sin que más nos detengamos en averiguar cosa tan clara) que tomar ó sacar cualquier cosa de éstas y quedarse con ella, es hurto y anejo á restitución por entero, como si se lo hurtase á cualquiera otra persona, y así es necesario cuando se hallare alguna cosa de éstas así escondida, se advierta se le debe al dueño, si se hallare inquiriendo de él, y si no se debe dar á los pobres ú obra pía, como cualquiera otra cosa hallada.

Otro modo es meterlas en sus santuarios, que suelen ser templos, ó cuevas, covachas, bohiuelos muy pequeños, en sus casas, labranzas, montes, árboles, en ollas y aun enterradas y de otras maneras, que el miedo de que nadie les vea y el Demonio les enseña. Aquí suelen ofrecer, por modo de religión y adoración á sus ídolos que tienen de palo, algodón, barro y otras materias, pedazos de oro, plata, cuentas, esmeraldas, perlas, mantas y idolillos mal formados de cobre ó figurillas de personas de Mohanes tomando tabaco ó yopa, hechas de plata ú oro, piedras de moler maíz, tiraderas, arcos, figuras de animales y otras cosas. Si estas cosas ú otras se hallaren entre indios gentiles ó que entonces se convirtieren á la fe y no se les puede hacer guerra justa (otra cosa será de la guerra justa, como luégo diremos), no se les puede quitar cosa ninguna de lo que así se hallare en sus santuarios ofrecido á sus ídolos. Así lo siente el Obispo de Chiapa, Casas, en su libro manuscrito de su propia letra y firma, que yo tengo en mi poder, y las razones, porque aquello que allí está ofrecido no es hacienda derelicta (?) desamparada y sin dueño, pues es su dueño el que la ofreció, porque cuando la ofreció fué una condición tácita que era el verdadero Dios á quien la ofrecía, como él lo entendía, y que si no lo fuera y él lo entendiera así que no lo era, no la ofreciera. Luégo, hallando que no lo es, no se cumplió la condición y así se le debe á su dueño, como lo que se da á uno por yerro de cuenta; no debiéndoselo, se le vuelve á repartir y recobrar como de quien tiene lo que no es suyo, porque el errar excluye la voluntad libre, como lo dice la ley. *L. cuius per erroremss de regul, jur. de condi. indebit. L. I et L. cum et soluta per tatum illii titulum,* y en otras partes. Luego también esto que se halla aquí ofrecido por error, se puede volver á repetir y tomar por suyo su dueño y no es de otro.

Y se confirma con lo que dijo Jacob á su suegro Laban cuando buscaba los ídolos que le había hurtado su hija Raquel y criados: "Búscalos, y si los

hallas, llévatelos, pues son tuyos,'' dando á entender que pues entendía que aquéllos eran de Dios; y él no conocía otro Dios sino aquellos ídolos, que ellos y lo que les ofrecía era suyo y no de otro, y Micas iba llorando tras los que le llevaban sus dioses, porque eran suyos. Y así hallándose estos santuarios y que tengan dueños, si no son cosas de precio, se deben disipar y destruír, y si lo son, deben volver á sus dueños, declarándoles no ser aquello á quien deben adorar. Otra cosa sería si á éstos se les hiciese guerra justa, porque entonces, así como las personas, vidas y los demás bienes están sujetos al vencedor, también lo estará lo ofrecido á los ídolos, y con alguna mayor razón, como David, que tomó la corona de Melchor, dios de los Moabitas, y muchas piedras preciosas, y hizo de ellas una corona para sí, porque les era guerra justa.

Si estos santuarios y riquezas de ellos se hallasen entre indios cristianos y que tienen bastante conocimiento del verdadero Dios, y que aquellos ídolos no lo son, pero con todo eso porfían á darles honra de tales, por tener la idolatría tan embebida en el alma y heredada de tantas generaciones atrás, estos tales santuarios se deben quitar, en castigo de su apostasía y infidelidad, pero con autoridad del príncipe ó de quien tiene sus veces, y satisfaciendo los trabajos que en las sacas hubiere habido, lo demás se debe dar á las iglesias ó pobres, y sería más á propósito y justificado se diese á las iglesias de los mismos indios y á ellos los de aquellas provincias ó pueblos donde esto se hallase, pues por lo general estos indios son los más pobres del mundo. Así lo siente el mismo Obispo, y dice Pedro Comestior, capítulo treinta y cuatro sobre el Génesis, y es tradición de los hebreos que los ídolos que halló Jacob entre sus criados que habían sacado de su tierra y enterrado á las raíces del terebinto de Bethel, los halló y sacó David y los dejó á su hijo Salomón para el uso del templo, el cual parecer admiten el Abulense y Hugo Carrense, aunque diga otra cosa Pineda de Rebus Salomonis; donde se ve que no será nuevo en el mundo emplear los ídolos y sus riquezas en los gastos del templo ó en obras de piedad, pues á ninguna parte mejor pueden ir á pasar que consagrarse á aquello, que es lo de la sábana de San Pedro llena de aquellos animales inmundos.

3.° El tercero y último modo con que ocultan sus riquezas estos indios, es encerrándolas en los sepulcros con los cuerpos muertos cuando los entierran, modo que se ha usado en las más alumbradas naciones haber querido celebrar su nombre en valientes y bien fundados sepulcros. No acaba la Sagrada Escritura de engrandecer la majestad y grandeza del sepulcro que hizo el Macabeo Simón á su padre y hermanos, muy alto y que se pudiese ver de muchas partes. Consiste en encumbradas pirámides que rompían los aires, sobre siete cuerpos que estaban enterrados. Estas cercó de soberbias columnas, y sobre éstas las armas para memoria eterna. El sepulcro de Marco Antonio y Cleopa-

tra no acaba de celebrar Suetonio, *in Augusto, C.* 17, y de otros innumerables ha sido lo mismo, de que trata largo Lilio y Kirmano, y hoy vemos lo mismo entre nosotros, poniéndose más cuidado en la memoria y grandeza del sepulcro que de la vida, y aun para engrandecer más estas memorias hacían meter con sus cuerpos grandes sumas de riquezas, pretendiendo que al paso de la veneración que el mundo hace de ellas, lo haga de sus huesos. Dice aquel historiador, Fénix de España y aun del mundo en esto, Fray Juan de Pineda, en su Monarquía, que se le tuvo por atrevimiento atrocísimo al Emperador Alexis, haber abierto los sepulcros de los Emperadores, y sacádoles las riquezas que tenían, de que hizo gran suma de moneda y que hiciera lo mismo en el del gran Constantino si ciertos ladrones no se le hubieran adelantado á robarlo: señal clara que en todos había grandes riquezas ; y de las que encerró Salomón con el cuerpo de su buen padre David en su sepulcro, dice Josepho, 7, Antiqui. Cap. 12, que mil y trescientos años después sacó el Pontífice Hircano, apretado de la necesidad del cerco que el Rey Antioco tenía puesto sobre Jerusalén, mil talentos de oro, que son cuarenta y cuatro millones de nuestros ducados ; y que mucho después el Rey Herodes, abriendo otro retrete, sacó otra gran suma (aunque en esto anda vario el Josepho), que á lo menos sería otro tanto como lo que sacó Hircano. Y si como dice Pedro Comestior, 3. Reg. 3, el sepulcro de David tenía ocho retretes, y de los dos se sacaron ochenta y ocho millones de ducados, gran suma se puede colegir habría en los ocho ; todo para mayor honra y veneración de los muertos y los vivos sus descendientes.

Y así el robar estos sepulcros es hacer injuria á los unos y á los otros, así de afrenta deshonestándolos, como de justicia robándoles lo que es tan derecho suyo ; lo que ponderan bien las leyes llamando sacrílegos á los que roban los sepulcros de sagrado y á los demás ladrones, poniéndoles, como á tales, penas de muerte. *Cat.* 2. 5. *Duig. Adriang. ff. de sepulcro violato,* da esa pena al que violare sepulcros, en especial con mano armada, y entre las leyes de Castilla, L. 1.ª y 3.ª tit. 2. Lib. 11, dice estas palabras : "El que quebrantare sepulcro de muerto y sacare alguna cosa de ahí, muera por ello, y si no sacare nada, peche cien sueldos de oro, la mitad al Rey y la otra mitad á los parientes del finado," y á este modo hay otras muchas leyes, porque los sepulcros de *jure gentium* han sido siempre cosa sagrada.

4.º Encerrando, pues, estos indios, como hemos visto en el Zenú y vemos cada día en sus sepulcros, sus riquezas, parece que corren por las mismas leyes los que las sacan, pues pretenden lo mismo que otros los que sepultan estas riquezas, que es eterna memoria con ellos y sus sepulcros ; aunque habiendo conocido bien, como conocemos, la naturaleza de estos indios y lo poco capaces que son de tales honras y memorias por lo poco que se les da de ellas aun en

cosas muy mayores, y que parece aman más la infamia y vileza que la honra, juzgo meten allí aquellos tesoros por avaricia y que no lo gocen sus parientes, de que son de bien poco conocimiento, aunque sean sus padres; ó que los meten allí con el mismo intento y superstición que las comidas y bebidas, mujeres y criados vivos, que es por engaño en que el Demonio les tiene persuadidos que en la otra vida han menester todo aquello para vivir en ella y por consiguiente las riquezas. No niego podrá ser que otras naciones de mejor discurso, como m. dicen de las de Nueva España, Pirú, La Florida y otras, encierren sus riquezas por lo primero que hemos dicho, ó á lo menos los Reyes como los Incas en el Pirú y otros; pero es cierto que todos los indios son unos ó con bien poca diferencia, si bien no por esto hay ya licencia para que á su albedrío cada uno saque estos tesoros desvolviendo estos sepulcros, pues aquello tiene dueño y no está desamparado; esté allí por éste ó por otro fin, al fin es del dueño que puso allí aquella riqueza ó de sus herederos según sus leyes, y así el sacarlo y quedarse con ello sin licencia de estos tales, es hurto y anejo á restitución, sáquelo quien lo sacare, y esto dice la cláusula, diciendo que no se haga en ello agravio á los indios, porque en esto se les hace.

Pero si acaso se hallasen algunos de estos sepulcros desamparados en inmemorables años y en tierras despobladas y sin rastro de gente ó que de ninguna manera se pueda hallar de quién sea, tendrán ya razón de tesoro y ha de correr con las leyes de tesoro que se define en la L. uni. c. de Tesauro, Lib. 10. Tesoro es pecunia de dueños no conocidos, escondida de mucho tiempo, de cuya disposición ya no hay memoria, y así se podrán entonces sacar; y los santuarios que se hallaren con estas condiciones, guardando las leyes de los tesoros, y de ésta pienso que habla la cláusula de la Ordenanza diciendo se dé al Rey la mitad de lo que se sacare, según lo cual vean si tienen algún cargo de restitución los que han sacado de estos sepulcros ó santuarios, ó cómo los sacan de aquí adelante para no verse en angustias de restituciones, pues no hay mejor tiempo de restituír ni más acomodado, que á tiempo de tomar la cosa que lleva consigo aneja restitución.

———

CAPÍTULO XXV

1.º El General Alonso de Heredia sale de Cartagena con doscientos hombres á las noticias del Panzenú—2.º Han sido muy curiosos los indios del Finzenú—3.º Sacan los soldados algunas sepulturas, y sale el Capitán Francisco César con una compañía el río del Zenú abajo.

PICADO el Gobernador y sus soldados de la codicia del oro de los sepulcros del Zenú, y no menos su hermano Alonso de Heredia de la fama de lo mismo, mostró luégo deseos de hacer la propia entrada, aunque con intentos de pasar á los descubrimientos de las noticias del Panzenú que había intentado el Gobernador, como hemos dicho. Comunicados los dos hermanos, determinaron que tomase esta empresa el Alonso de Heredia, y señalándole hasta doscientos y diez soldados de los más baquianos y versados en conquistas, bien pertrechados de armas y caballos, sin olvidar los instrumentos de abrir sepulturas, que era el principal fin que llevaban, y habiendo hecho su Teniente el Alonso de Heredia á Francisco César, por aplacarle algo de los sentimientos que pudiera tener de haberle reformado en su plaza, y con muchos de los soldados y Capitanes que habían andado en la jornada con su hermano el Gobernador, salió el General Alonso de Heredia de Cartagena á los últimos del mes de Agosto del mismo año treinta y cuatro, y tomando la vuelta del Zenú, se hallaron en el pueblo de las sepulturas con más brevedad y menos trabajos del camino que antes, por tener ya más bien conocidas que la primera vez las trochas y rumbos de aquella tierra los baquianos que en la ocasión iban. Apenas hubieron llegado, cuando conocieron haber abierto los indios más de trescientas sepulturas, con que comenzaron nuevos desabrimientos contra el Gobernador, por haber dejado la tierra sin sacarlas del evidente peligro que veían había sucedido, de haberles trasmontado los indios sus riquezas á otra parte, que jamás pudieron sacar á luz con claridad á dónde había sido, por apretadas diligencias que hicieron con el Cacique y otros indios que sólo sirvieron de rastrear que cuando la primera vez el Gobernador había estado en aquel pueblo, tenían escondida gran suma de oro en una espesísima montaña que llamaban de Faraquiel, por una aldea de indios de este nombre, poblada allí ocho ó nueve leguas del Finzenú, en la cual montaña el Cacique del pueblezuelo, por ser lugar retirado y más escondido entre maleza de breñas y arcabuco, tenía fabricado un grande y espacioso caney en forma de templo, dedicado al mismo Demonio y con el mismo nombre, que era la gran sepultura que dijimos estaba en el pueblo del Zenú y se descubría á una legua.

2.º Toda esta sepultura hallaron desvuelta nuestros soldados cuando lle-

garon ahora, con las demás que hemos dicho, y algunos rastros de que el oro que sacaron de ella y de las demás, lo metieron en el gran santuario de Faraquiel, con quien no se ha podido dar jamás, por diligencias apretadas que se han hecho de parte de los españoles. Muchos rastros ha habido de haber sido estos indios de los más curiosos en sus templos y adoraciones, de cuantos se hallaron por estas provincias de tierra caliente de la comarca de Cartagena, pues aun los años pasados sacaron en el paraje de la Villa de Tolú, que bajaba por las aguas del río del Zenú, un valiente madero de guayacán, que debió de ser de algún templo de sus santuarios, pues estaban en él esculpidas de medio relieve muchas figuras de indios, de no mala talla, unos bebiendo, con sus totumas en las manos, otros tañendo y otros danzando con cascabeles, y de éstos hallaban los nuéstros en sus santuarios muy gruesos de oro, puestos en sus pretales, casi al modo de los que ponen á los caballos, y muchas suertes de sabandijas de oro hechas con razonable perfección, como eran culebras, sapos, ranas y aun hasta hormigas, porque el arte de la platería de los indios de este Finzenú llegaba á hacer todas estas cosas.

3.º Ibase entrando el invierno aprisa con crecidas aguas, porque este es el tiempo de ellas en aquellos países, y así hubieron de asentar ranchos de propósito, esperando el verano que les diese salida á los descubrimientos que pretendían; pero para no estar ociosos el que hubiesen de estar allí, hicieron compañía entre todos, tratando que los unos saliesen á buscar comidas, y el resto se ocupase en desvolver sepulturas y que se repartiese entre todos el oro que se sacase de ellas, aunque no quiso entrar en esta compañía el Alonso de Heredia, por tener esclavos y buena copia de indios de servicio que le sacasen por sola su cuenta, y comidas no le habían de faltar si los demás las tenían. Dividióse luégo la gente con este concierto, ocupándose desde luégo en sacar sepulturas los que les cupo esta tarea, que no fueron los mejor librados, pues faltándoles las comidas por no enviárselas á tiempo los que las andaban buscando, dieron á las veces por un puño de maíz cuanto oro habían sacado en seis días, que no era poco, poniéndoles el hambre en esta ocasión, que también lo fué de que determinase Alonso de Heredia hiciese su Teniente Francisco César una entrada con los mejores soldados del ejército á la parte del Poniente, siguiendo las corrientes del río del Zenú hasta dar vista á la costa del mar. Salió César á esto, dejando hecha la misma compañía y concierto de entrar á la parte los que quedaban en el pueblo en las ganancias que á él se le ofreciesen y á su gente en aquellas jornadas, como á él en lo que sacasen de las sepulturas. Fué trastornando el César toda aquella provincia que llamó de las Balsillas, por algunas lagunillas de agua que hallaban en algunas partes, que ahora llaman la Provincia de Tolú por la Villa que después se pobló allí, llamada de este nombre por

un Cacique llamado así, en cuya tierra se pobló. Desvolviendo estos senos el Francisco César en encuentros y ocasiones que tuvo de prender algunos Caciques y principales y otras rancherías, hubo á las manos hasta diez mil pesos de oro, en que, como hemos dicho, entraban á la parte los compañeros del Zenú. No pareciéndole mal al Capitán aquella tierra para que en ella se pudiese poblar un pueblo de españoles y por estar cerca la ciudad de Cartagena y ser bien enviar á decir al Gobernador los sucesos que habían tenido en aquella Provincia, hizo fabricar ciertas balsas de madera, lo más fuertes que se pudieron, por no tener otras fustas en qué poder navegar para el aviso, y entrándose en ellas con otros cuatro soldados Alonso de Ayala, vecino de la ciudad y hombre de mucha estima, sin reparar en los peligros que tenían á los ojos, así del mar como de los indios de tierra. Favorecidos del cielo, sin ningún peligro, costa á costa, llegaron á Cartagena, donde los recibió con mucho gusto el Gobernador, así por la noticia que le daban de la Provincia de Balsillas, como del oro que se iba sacando de las sepulturas del Zenú, de que se mostraba tan aficionado, que no podía menos con su condición que hacer sobradas demostraciones de alegría cuando le platicaban de oro, que sacarían oro y le darían oro, con que turbaba algo del lustre de otras muy buenas partes de que era adornado este Gobernador, porque no es pequeña polilla de las virtudes morales la codicia, pues sola ella, como dice la Escritura, arrebata tras sí la tercera parte de los pecados del mundo.

CAPÍTULO XXVI

1.º El Gobernador Heredia envía á pedir á César diez mil pesos que tenía de rancheos, y no tiene efecto el darlos, de que resultan algunos disgustos—2.º Prende Alonso de Heredia á César y Ayala y senténcialos á muerte—3.º Sale Alonso de Heredia del Finzenú á la jornada del Panzenú—4.º Viene el Gobernador al Finzenú y envía socorro de gente á su hermano Alonso de Heredia.

HABÍA en este tiempo llegado á Cartagena el Contador Durán, de los Reinos de España, con doscientos soldados que enviaba el Rey de socorro á aquella ciudad, y para que se fuesen haciendo mayores descubrimientos de provincias, por las relaciones que el Gobernador había enviado de noticias que tenía, y escaseando al llegar el caudal que había traído de las sacas de las sepulturas, le pareció al Gobernador intentar si podía sacar por buen modo al Francisco César los diez mil pesos que le dijeron tenía juntos de los rancheos de la Provincia de Balsillas, coloreando esto con que los quería para pagar los fletes de los navíos que habían llegado allí con los soldados, y que volviesen á España con más breve despacho. Determinado en esto, le despachó con brevedad cartas y algún socorro de gente á César, que recibiéndolas, como tocaba en materia de interés y no había acabado aún de digerir las asedias que traía de haberle reformado en su plaza para dársela á su hermano, le respondió despidiéndole, diciendo que aquel oro era de la compañía que tenía hecha con los del Zenú, sin los cuales y sin haber hecho la partija de lo que á cada uno les venía de una parte y de otra, no podían disponer de nada, y juntamente con esta respuesta se resolvió César y los demás (sospechando, según tenían conocida la condición del Gobernador, que había de dar algún madrugón sobre ellos) de tomar la vuelta del Finzenú y juntarse con sus compañeros y el General Alonso de Heredia, á quien también tenía avisado el Gobernador de la diligencia que había hecho con Francisco César y de lo que debía hacer por su persona con los demás soldados que estaban en su compañía. Estas cartas y el César con sus soldados llegaron casi á un tiempo al Real del Zenú, y tomando la mano el Alonso de Heredia para sacar de los soldados lo que le encargaba el Gobernador, no sólo no se consiguió el fin por tocar en materia de intereses y estar todos avispados de haberles quitado en las ocasiones pasadas el Gobernador mucho de lo que á todos les tocaba, pero antes se avisparon más soltando la rienda á palabras sobradas, en que se señalaban el Francisco César y Alonso López de Ayala, que yá había vuelto con el recaudo del Gobernador.

2.º Pasó esto tan adelante con palabras desiguales, que le fueron ocasión al General para prender á los dos y ponerlos en cadena y grillos, de donde no los

soltó en muchos días, en que padecieron hartos graves trabajos y aun estuvieron á pique de padecerlos mayores, pues llegó á condenarlos á muerte, que sin duda tuviera efecto si hubiera quien se atreviera á ejecutar la sentencia, que nadie quiso hacerlo, por no quedar obligado á dar cuenta de la injusticia que todos juzgaban se hacía, pues lo más que tenían las palabras que habían hablado era la ponderación que les quería dar el Alonso de Heredia, el cual, socorriendo á su hermano el Gobernador por otros caminos en la necesidad fingida que le representaba, ponía notable calor en la saca del oro de las sepulturas, no obstante la notable hambre que padecían, echando bandos con penas de azotes y prisiones á los que dejasen de cavar y abrirlas, que todavía las iban hallando de tanta grosedad, así las que estaban debajo los árboles como las de los *mogotes*, que pesaban por quintales el oro que les sacaban en diversas maneras y figuras de animales acuátiles y terrestres, dardos y tiraderas con cercos y hierros de oro, grandes tambores de cercos de lo mismo, cascabeles, flautas fotutos, trompetillas, vasijas de diferentes hechuras, que todo venía á ser una gran suma.

3.º Habiendo llegado á la ciudad y á las manos del Gobernador el oro que le remitió su hermano y la fama de lo mucho que se iba sacando cada día en el Zenú, luégo se les levantaron los pensamientos y deseos á los chapetones que habían llegado con el Contador Durán para ir allá y á los demás descubrimientos que se ofreciesen, y así se determinó el Gobernador de enviar con un Capitán los más lucidos de ellos, entre los cuales iban Don Juan de Guzmán y Don Martín de Guzmán, deudos y caballeros conocidos, Lorenzo Estupiñán y Giraldo Estupiñán, Don Juan de Sandoval, Peralta de Peñalosa y otros, que lo mejor pertrechados que se pudo tomaron la vuelta del Finzenú, y en pocos días se hallaron con Alonso de Heredia, que los recibió con mucho gusto aunque con poco regalo, pues la necesidad que tenían él y sus soldados aun de maíz, les obligó á que partiesen lo que llevaban de comidas los recién llegados, que aun no llegó á suplir las faltas que tenían de ella, por lo cual y verse tan cargado de gente, con que era fuerza apretasen más estas necesidades y que se iban ya alzando las aguas y apuntando el verano, determinó abreviar el salir del puerto en prosecución de la jornada determinada al Panzenú, y así dejando en el sitio los dolientes y alguna otra gente para que no cesase el cavar y descubrir sepulturas, y por su Teniente á García Avila de Villarrey y al Contador Juan Villorria, señalado ahora en este oficio para que no se usurpase nada de los Quintos Reales de lo que fuesen sacando, á la entrada del año siguiente de mil quinientos treinta y cinco, con más de cuatrocientos españoles, buena copia de caballos y pertrechos de guerra, instrumentos para facilitar pasos dificultosos en el camino, tomaron la vuelta del Este, y comenzaron á caminar por

unas grandes campiñas despobladas, por donde, á uña de caballo y con perros, cogían no pequeña cantidad de venados, que no les ayudaba poco á las pocas comidas que llevaban. No fué posible, con ser la tierra fragosa y de grandes dificultades en caminarla, sacar de la cadena en que llevaba presos al Francisco César y al Ayala, hasta que lo vencieron ruegos y necesidades de defensa, á que por ser tan valientes para ella los dos, les hubo de dejar libres.

4.° En llegando á Cartagena la nueva de la partida á esta jornada del Alonso de Heredia, determinó hacer otra el Gobernador al mismo Finzenú y pueblo de sepulcros, pareciéndole por ventura no quedaba puesto en la ausencia de su hermano el recaudo bastante que él quisiera en la saca de las sepulturas, y así, tomando consigo doscientos soldados con el mejor avío que pudo, se embarcó por la mar y llegó á la Provincia de Balsillas ó Tolú, desde donde luégo que se desembarcaron despachó la gente que le pareció, debajo del gobierno del Capitán Alonso de Cáceres, con orden que no se detuviesen hasta que se hubiesen juntado con la gente de su hermano Alonso de Heredia, quedándose él dando vista á aquella Provincia de Tolú, desde donde llegó al pueblo del Finzenú, donde aguardó hasta la vuelta á su hermano, á quien alcanzó con su gente el Capitán Alonso de Cáceres yá bien la tierra adentro, cerca de un río que tenía yá descubierto el General, que le llamaron y hoy se llama de San Jorge los que lo descubrieron la primera vez y al de Cauca desde Santa Marta, como dijimos en la segunda parte, que antes de entrar en Cauca baña las sabanas de un gran señor y Cacique llamado Yapel, con cuyo nombre permanecen hoy aquellas grandes campiñas, que sirven de apacentar los ganados mayores, que pasando desde el paso del Adelantado los grandes ríos de la Magdalena y Cauca, paran en estas grandes sabanas y desde ellas en las de la villa de Tolú, de donde se abastece el sustento de la ciudad de Cartagena.

CAPÍTULO XXVII

1.° Llega Alonso de Heredia con su gente á las sabanas de Yapel, donde les dan los indios una guazabara—2.° Entran los nuéstros en el pueblo del Cacique Yapel—3.° Trastornan las casas, en que hallan algún rancheo de oro—4.° Prosiguen su viaje con grandes incomodidades y trabajos.

CAMINANDO nuestros conquistadores siempre al Este, aunque á ciegas para el intento, por habérseles muerto las guías, dieron inopinadamente sobre un pueblezuelo, principio yá de las sabanas de Yapel, donde habiendo habido á las manos algún rancheo é indios de otros que se huyeron, fueron á dar algunos aviso al Gran Cacique Yapel, que vístose salteado de gente tan peregrina en su tierra, apercibió la suya á la defensa, y no pudiendo ser tan de repente la que pudiera y quisiera, juntó, con la brevedad que pedía el caso, hasta dos mil guerreros, que prevenidos de sus armas, flechas, hondas, dardos y macanas, embijados y con levantados penachos de rica plumería, los puso al paso de nuestros soldados, que era el camino bien abierto que guiaba á su ciudad, ocultos y de emboscada entre los levantados pajonales que cría aquella tierra. Iban caminando los nuéstros sin sospechar de la emboscada, por parecerles, siendo sabanas, no había dónde se la pudieran echar, cuando los primeros de los jinetes descubrieron por encima de la paja algunos de los penachos que ondeaban al aire, con que dieron aviso á la compañía y pasó la palabra hasta la retaguardia, y haciendo todos alto para la determinación de lo que se haría, la tomaron los indios, viendo que por estar reparada la nuéstra eran sentidos, de salir de repente, como ellos suelen á la primera embestida, con brava furia, grita y algazara, cubriendo el sol de nubes de envenenadas flechas á vuelta de muchas piedras disparadas con hondas, dardos y otros instrumentos, con que no dejaron de poner en cuidado á los nuéstros, por verse de repente cercados de tantos bárbaros y al parecer bien alentados; pero siéndolo más los Castellanos y el sitio á propósito para poderse servir de los caballos, comenzaron con ellos la primera batería con tanta furia sobre los indios, que en poco tiempo estaba la tierra tan teñida de sangre de los heridos y ocupada de los cuerpos muertos, que les eran no poco estorbo para mejor defenderse de los bárbaros, que viéndose ir yá de vencida de repente, convirtieron la grita en silencio, procurando los que quedaron para poder hacerlo, valerse de los piés, pues les eran de poca importancia las manos para no perder la vida, y aun muchos, para con más brevedad asegurarla, no hallando otro amparo más á la mano, se metían entre los cuerpos muertos y revolcaban en la sangre que

derramaban, para que quedando todos de una librea, no se hiciese distinción de unos á otros y así los dejasen con vida, habiendo pasado plaza de muertos.

2.º Hubieron á las manos no pocos vivos que sirvieron de llevar las cargas á los soldados hasta el pueblo de Yapel, á quien dieron vista con brevedad los de á caballo, siguiendo el alcance, que estaba situado en un alto, para donde guió todo el ejército á más largo paso que habían traído hasta allí, prometiéndose gran presa por haber entendido era tan rico y gran señor aquél como los del Finzenú, lo que sin duda sucediera á no ser hombre prevenido el Yapel, que desde que vido andar de malas con los nuéstros sus guerreros, comenzó á desocupar á prisa su pueblo ó por ventura desde antes que los enviara, previendo lo que le podía suceder; y así, cuando llegaron los nuéstros anhelando por la presa, hallaron las casas vacías de todo menaje y gente, que, según las demostraciones que se vieron, era tan curiosa como las del Finzenú, pues estaba el pueblo dispuesto en calles, plazas y casas bien trazadas y limpias, gran copia de huertas cultivadas, maravillosamente llenas de diferentes frutales, como eran: curos, guamos, caimitos, extensisísimas labranzas de yucales, batatas, ajíes y otras, si bien no hallaron rastros de usar estos indios de maíz, que fué cosa peregrina y aun de inconvenientes para los nuéstros, pues aunque la abundancia de estas raíces satisfacía el hambre, no acrecentaba las fuerzas como lo hace el maíz, cuya falta suplían estas raíces en los indios de aquella Provincia, pues de ellas como de él lo hacen en otras; hacían sus comidas y bebidas haciendo masatos y aun chicha, en especial de la masa de las yucas. Eran los aires de este sitio templadísimos, sin frío ni calor en todo el año; la tierra despejada y sin montaña en mucha distancia, por todas partes el temple sano, muchas y delicadas agüas de ríos y quebradas, con abundancia de muchas suertes de pescados.

3.º No perdiendo del todo los nuéstros ó no dejándoselas perder su codicia las esperanzas de hallar algún rancheo en las casas, comenzaron en entrando luégo á trastornarlas, que no les pareció había sido en balde, pues se recogieron al montón hasta seis mil pesos de oro, sin lo que cada uno se puede creer ocultaría. Dieron vista desde éste á otros pueblos menores, á distancia de una y dos leguas, vasallos y tributarios de Yapel, que siempre hacia en éste su asistencia, á quien los nuéstros llamaron respecto de los otros el Pueblo grande. Criaban sus sabanas innumerable copia de venados, conejos, curíes, tórtolas, perdicillas, que son al modo en el cuerpo y color de nuestras codornices y levantan un penachillo de tres ó cuatro plumas en la cabeza. Aunque la población que más agradó á los soldados como quien venía yá cebados en ello, era la de muchos *mogotes* de sepulcros que con difusión se descubrían á la redonda de aquel y de los demás pueblos, en que quisiera desde luégo el ejérci-

to emplear las manos si no las detuviera el General Alonso de Heredia con rígidos bandos de penas de muertes, de que se originaron luégo, como en las ocasiones del Finzenú, agudas murmuraciones contra él, sospechándole todos los mismos intentos que á su hermano cuando prohibía el desenvolver los sepulcros del Zenú; á que satisfacía, llegando estas murmuraciones á sus oídos, casi con las mismas razones de él, diciendo que allí se estaban aquellas sepulturas; que pues el tiempo del verano les convidaba á buscar otras y mayores grosedades que en aquéllas, no era bien perdiesen tiempo, á que también ayudaba no hallar allí rastro de maíz, que era lo que más les importaba para su sustento. Hubieron de seguir de mala ó buena gana el parecer de su General y habiéndose reparado allí algunos días con las poco sustanciales comidas que hallaron, prosiguieron su viaje, siempre el pico al Oriente, como dicen, y encontrando con otro pueblezuelo, tampoco les fueron de importancia sus diligencias para hallar un solo grano de maíz ni rastro de él y así se hubieron de acomodar así para la necesidad presente como para la de adelante, con mucho pescado de aquellos ríos que hallaron ahumado en barbacoa, costumbre de todos los naturales de estas tierras en las partes donde se coge con abundancia y no alcanzan sal para salarlo.

4.º De esto cargaron cuanto les sobró, después de haber satisfecho medianamente la hambre, que como todo era de tan poca sustancia, no le podían hacer resistencia al viento que los bamboleaba á una parte y á otra, como si fueran cuerpos de maguey ó de pluma, ni aun á su porfía con ir tan flacos y desacomodados, pues desde aquí comenzaron á subir la cumbre de las sierras y montañas de Notacima hasta poder dar vista á otras sabanas de la provincia de Ciritabe que les demoraban más al Sur, si bien en esta ocasión no las vieron, que no les fuera de poca comodidad verlas y entrar en ellas, como les fué en otras á otros soldados del mismo Gobernador Don Pedro de Heredia que en otras ocasiones las hallaron y después á otros que entraron desde Antioquia, de cuyas sepulturas todos pillaron, pues de los rebuscos sacaron seis ó siete mil castellanos.

CAPÍTULO XXVIII

1.º Llegan los nuéstros al río de Cauca, fatígalos la hambre y mueren muchos de ella—2.º Obliga esto y otros trabajos á que el General determinase volverse, como lo hizo—3.º Matan algunos caballos para comer y llegan al Finzenú—4.º Por no haber allí comidas, envía los soldados el Gobernador á la Provincia de Balsillas.

DEJÁNDOSE caer desde la cumbre de esta serranía, llevando siempre por guía sólo el nacimiento del sol, para donde les habían guiado en demanda del Panzenú desde los principios de su jornada, dieron vista y se vieron sobre la margen del gran río de Cauca, por cuyas riberas arriba, aunque pobladas de mil malezas de arcabucos, pantanos, mosquitos, tigres, leones y otros animales y sobre todo la pestilencia de la hambre, de que morían no pocos al día, fueron caminando muchos, aunque á cortas jornadas, hasta que dieron vista en una de las islas de este río á un pueblo bien fundado, dividido por barrios y calles, el cual intentando luégo pasar, los retardó algunos días el gran raudal del brazo que dividía la isla, si bien venció esta dificultad la buena diligencia de algunos jinetes, que aunque no muy fácil le hallaron vado y pasaron al pueblo, que hallaron ya convertido en ceniza por haberle pegado fuego sus moradores cuando entendieron comenzaban á pasar á él los nuéstros, y metiendo en sus canoas (de que no tenían poca abundancia) mucha que tenían de comidas y hacienda, huyeron el río abajo sin dejar en el pueblo cosa que pudieran llegar á la boca los soldados, pues no fueron bastantes á hallarla las apretadas diligencias que les hacía hacer la hambre cuando llegaron, y así les fué forzoso asirse al común suplefaltas, que eran los tallos de bihao, cosa que llegó á tal extremo en todos los del ejército, que tenían por más bienaventurados á los muertos que estar tragando la muerte con la hambre á todas horas. No se veía en ninguno de ellos, por ser plaga común de altos y bajos, más que el pellejo, que parecía servía de costal para tener los huesos, de donde echará de ver el que ha tenido por leves las conquistas de estas tierras, cuán engañado está en su parecer, pues es cierto que tomaron de mejor gana estos soldados y otros muchos con quien ha corrido la misma fortuna, pelear comiendo con valientes enemigos, que perecer á manos de tantas calamidades, pues de aquéllos pudiera ser salir vencedores y de éstas era sin duda salir vencidos.

2.º Estas calamidades hicieron al General Alonso de Heredia y á los demás Capitanes desistir desde allí del tesón que llevaban en su descubrimiento y tomar la vuelta del Zenú, como lo hicieron con acrecentamientos de trabajos, pues sobre la flaqueza que hemos dicho, iba cayendo la de cada día, sin poderla

reparar ningún socorro, por ser tierra de despoblados por donde caminaban los de mejor aliento con la mayor prisa que podían, huyendo de tantas desventuras, al reparo de ellas; pero como esto, aunque fuese muy aprisa, había de ser muy despacio, por sus pocas fuerzas, íbanse minorando las de todos con tanto estrago, que de dos en dos y de tres en tres los dejaba la hambre muertos y los compañeros descubiertos y expuestos á que se los comieran aves y fieras, porque aunque mandaban á los peones y macheteros los fuesen enterrando, eran tan pocas las fuerzas de todos y la tierra tan dura, que no sólo los dejaban á medio cubrir, pero aun muchas veces sucedía que á los que estaban abriendo la sepultura, antes que la acabasen, les sobrevenía la muerte, y se quedaban sin ella los muertos y los que las hacían. Érales á los vivos de algún socorro alguna frutilla que cogían de ciertos árboles llamados guácimos: es redonda y del grueso de avellanas y áspera, y necesítase de buenas muelas para haberla de comer y de buenos estómagos para digerirla por su dureza, que sólo la apretura de la necesidad y un rastro de dulce que tiene pudiera obligar á comerla á otro animal que á los caballos, á quien la dan en la provincia de Venezuela y dicen les son de tanto sustento como los algarrobos.

3.º Con estas y otras miserias que se pueden conjeturar de éstas y que á poderse decir no fueran muchas, sin detener el paso más de lo que era menester para rancharse de noche, llegó Alonso de Heredia al pueblo grande de Yapel con trescientos soldados menos de los que sacó de aquel sitio, que lo halló también sin gente, por haberse huído como la primera vez, donde habiéndose reparado con las pocas raíces que hallaron de rebusca de las que habían dejado á la ida, dándoles fuerza la codicia, dieron principio á abrir algunas sepulturas y á conocer en ellas, según ellos decían, sus daños, pues las hallaron vacías por haberlas abierto los indios, sospechosos de que les sucediera lo que tenían noticia había sucedido á los del Finzenú con los nuéstros, los cuales viéndose allí sin reparos para la hambre, que iba creciendo á largos pasos, determinaron guiar los suyos con la brevedad posible al Finzenú, y no siéndolo el poder conseguir esto sin buscar por una ú otra parte algunas comidas, determinó el General Heredia que se fuesen matando y dando de ración los más ruines de los caballos que les habían quedado, que fueron su total remedio, no desechando de ellos cosa fea ni asquerosa que no les fuese de gusto al paladar, pues aun había quien moliese los huesos y los aprovechase en la comida. Bien se deja entender, sin mayores comentos, la flaqueza, rostros pálidos y amarillos con que todos los que quedaron llegarían al Zenú, donde, como dijimos, los estaba aguardando el Gobernador Pedro de Heredia y los salió á recibir dos leguas antes de llegar al pueblo de los sepulcros, á quien le pareció, cuando los vido, que todos habían salido de ellos; también se deja

entender la alegría que recibirían los unos y los otros: unos por hallarse yá fuera de las garras de la muerte, y otros por ver á sus amigos, si bien destempló esta alegría la tristeza de la muerte de tantos como echaban menos los del Zenú, de que eran buenos testigos los ojos llorosos de los unos y los otros, y no la destempló menos la resolución que tomó el Gobernador después de haber hablado con su hermano, en que no se detuvieran en aquel sitio, diciendo no ser posible hallarse en él ni en todo su país un grano de maíz para sustentarse, y así, que era lo más acertado pasarse á la Provincia de Balsillas ó Tolú, de quien yá tenían noticia abundaba de maíces y comidas, por los muchos naturales que tenía.

4.º Estomagados los Capitanes y soldados de esta resolución del Gobernador, por acordarse de las que debajo de los mismos intentos había tenido en otras ocasiones y ésta caer sobre tantos trabajos como habían padecido sin provecho, con atrevimiento de soldados libres y casi desesperados, le comenzaron á decir: "Bien alcanzamos, señor Gobernador, sus intentos, y que sólo los tiene de disponer su gente para con sólo la de su causa gozar los provechos de estas sepulturas y las que dejamos descubiertas, y que los que á costa de nuestras vidas hemos hecho estos descubrimientos, no saquemos más que los trabajos que nos han puesto muchas veces en los umbrales de la muerte, y así será bien que pues todos hemos participado del trabajo, llevemos del provecho siquiera para zapatos y no se quede todo en querernos satisfacer con razones"; pero como las tenía tan buenas el Heredia, haciendo á las veces orejas de mercader á las que le decían y á las veces mezclándolas con algunas amenazas, se hubo de poner en ejecución su intento, tomando la vuelta de la Provincia de Balsillas en compañía del mismo General Alonso de Heredia, á donde hallaron á lo menos bien donde satisfacer su hambre, y algunos lo hicieron tan sin consideración, que como los estómagos estaban por el poco uso destituídos de calor natural, hallaron entre las comidas su muerte. Estando ya sosegados en esta Provincia los soldados por la comida y algunos rancheos que hallaban, tomó la vuelta del Zenú Alonso de Heredia, á donde quedaba su hermano el Gobernador, dejando á cargo del Capitán Cáceres toda la gente, que impacientísima de los agravios que juzgaban les hacía el Gobernador después de tantos trabajos y pobreza, diciendo mil blasfemias contra él, determinaron juntamente con su Capitán, que no vino mal en esto, desamparar aquella tierra y tomar la vuelta de la ciudad de Cartagena, lo que pusieron luégo en efecto rancheando primero algunos pueblos de indios á título de pacificarlos, pretendiendo con esto no ir tan descalzos de caudales á la ciudad como estaban.

CAPÍTULO XXIX

1.° Sale el Gobernador del Finzenú y llega á Cartagena—2.° A la fama de las riquezas del Finzenú suben mercaderes por el río, del que proveyeron de comida á los que estaban allí—3.° Puebla Alonso de Heredia la villa de Tolú en la Provincia de Balsillas—4.° Los indios de esta Provincia dan una guazabara á los nuéstros, asiéntase paz con ellos y trátase de sus costumbres.

LA astucia y experiencia del Gobernador Heredia llegaba á tánto, que desde el Zenú parece les leyó los pechos y determinación á estos soldados, porque como dijo el adagio castellano: "Si quieres acatar, piensa en el enemigo mal," y así del haberlos visto salir tan acedos y desabridos del Zenú, conjeturó habían de parar poco en aquella tierra de Balsillas, antes yéndose á la ciudad, la habían de llenar de quejas contra él y ponerle con los vecinos en peor opinión de lo que estaba, y así tomando determinación en que esto había de ser como lo fué, la tomó también de echarse el río abajo del Zenú (que es tan caudaloso como Tajo por Toledo) y llevando consigo más ánimo que gente en un bergantín y todo el oro que le habían sacado desde que llegó esta postrera vez al Finzenú, salió á la mar y por la costa de ella, sin contraste de malos sucesos, llegó á la ciudad de Cartagena veinte días antes que el Capitán Cáceres y sus soldados de Tolú llegasen á tomar tierra cerca de la ciudad, donde viéndolo pasear al Gobernador por la playa con algunos caballeros vecinos de ella, chapetones recién llegados de España, quedaron como pasmados, y pareciéndoles ser fantasma, por el imposible que juzgaban en poder hallar allí á quien pocos días antes, respecto de la distancia que hay de tierra, habían dejado tan de asiento en el Zenú. Al fin, viéndose juntos los soldados con el Gobernador, no pudiendo disimular la cólera y enojos en que venían encendidos, hubieron de echar palabras en corro, bien alteradas y de sentimiento, que procuró mitigar el Gobernador con otras tan blandas que suplían el socorro que parece les había de ofrecer de su dinero, porque éste procuró quedase siempre horro, y que del poco ó mucho que traían los soldados se socorriesen, pareciéndole no les hacía poca cortesía en no pedirle cuenta de ello.

2.° Volando la fama tan á la continua una tras otra de estas riquezas del Zenú, y habiendo dicho el Gobernador que por el río de él, como él lo había experimentado, se podía llegar en barcos cerca de las ricas sepulturas que tanta gente estaba descubriendo, no faltaron ánimos codiciosos que con barcos llenos de comidas y otras mercancías hiciesen viaje por aquí al Zenú, donde vendían cuanto llevaban por crecidísimos precios, pues por un queso de Canaria daban á treinta y cinco y cuarenta pesos de oro; una arroba de tasajos de vaca

por veinticinco, y lo mismo valía una ristra de ajos, un barril de vino más de cien pesos, y á este paso lo demás que llevaban de ropa y comidas, hasta que á la golosina de tan grandes ganancias fueron acudiendo tántos, que la abundancia bajó los precios, pero no tanto que el que menos ganaba no ganase á mil por ciento.

3.º Con esta acrecentada frecuencia de los muchos que iban al Zenú, quedó tan llena de gente aquella Provincia, á donde todos procuraban ir á mejorar su capa, que fué ocasión á Alonso de Heredia para determinarse á hacer una población de españoles en la Provincia de Balsillas y tierra de un Cacique que se llamaba Tolú, como lo hizo, con parecer del Gobernador, á los últimos de este mismo año, en un sitio despejado y de buena vista, á la margen de un río claro y de agua dulce llamado Catarrapa; señaló y dividió solares, nombró Justicia y Regimiento y haciendo las demás ceremonias que en tales poblaciones se suelen, le puso por nombre la villa de Santiago de Tolú, que hoy permanece con este mismo nombre, aunque no sé si en el mismo asiento. Los indios circunvecinos, que á todo andaban á la mira y bien avispados de agravios recibidos de los españoles que habían pisado sus tierras, viendo que éstos tomaban tan de asiento el estar en ellas, pues poblaban de propósito y con veras, las tomaron ellos y última resolución de venir sobre la villa, no de noche ni á traición, pues de la banda contraria del río, en frente de la nueva población, se aparecieron, prolongándose por la orilla, más de tres ó cuatro mil indios, que á compás de sus tambores, roncos caracoles y otras trompetas, ordenados por escuadras é hileras, sin faltar de doctrinas militares más que las banderas, caminaban con muy buen compás y disciplina militar, representando batalla (y debió de ser que lo habían aprendido de los nuéstros), unos con largas picas, otros con arcos y carcajes al hombro de flechas, y todos tan gallardos, con sus ricas plumerías sobre diademas de oro y otras joyas de lo mismo al cuello, brazos y piernas, y con tan lindo hollarse y postura de cuerpo, que hasta allí no entendían los españoles había indios de tan gallarda postura.

4.º El escuadrón primero que llegó á afrontar con la nueva villa, disparó con admirable gallardía una gran nube de venenosas flechas, no tan en vano que no le matasen los caballos (que tenía á la vista dispuestos para lo que se ofreciera) á Don Martín de Guzmán, cuyo sentimiento de la desgracia fué tál, que le hizo perder de todo el juicio. Causa les pareció á los nuéstros bastante ésta para no reparar en la orden que daba el General Heredia de que no se les disparase á los indios ballesta ni escopeta, antes se les procurase atraer con palabras blandas, y así, mal sufridos, dispararon algunos de lo uno y de lo otro, con que debieron de herir y matar á algunos de los naturales y obligarlos á que se pusieran en huída, en cuyo alcance fueron con algunos soldados los Capita-

nes Antonio Pérez y García Avila del Rey, que se dieron tan buena diligencia, que en poco tiempo estuvieron con ellos, y prendiendo á muchos y á todas sus mujeres y chusma, con quien luégo se hicieron paces que las han guardado hasta hoy, con que quedó seguro el paso y contratación del río del Zenú, porque estos indios son de naturaleza ahidalgada y saben guardar la palabra que dan. No les falta prudencia en su trato; son de grandes y bien proporcionados cuerpos; no carecen de vida política en la fábrica, aseo y limpieza de sus casas; su dormir es en hamacas, aunque comunes las costumbres con todos los demás en las embriagueces. Al mismo talle de cuerpos son las mujeres, bien dispuestas, preciadas de buenos rostros, pulidas en su traje, pues desde la cintura hasta los piés traen ceñida una manta á modo de mantellina, de algodón, que hace razonable compostura, unas pintadas y otras blancas, conformándose con la diferencia del gusto de cada una; el cuello, molledos y gargantas de los brazos llenos de chaquiras con planchillas de oro y á las veces bien crecidas, de que se preciaban mucho ellos y ellas y de estimarse, no sé si por ser ricos, pues entre las demás fuerzas de las riquezas no es la inferior levantar los ánimos á valientes estimaciones de que antes de ellas no osaban, como la pobreza tiene por singular efecto envilecerlos y hacerlos otros de lo que eran antes que ella les visitara sus casas.

CAPÍTULO XXX

1.º El Gobernador Francisco de Barrionuevo envía á Julián Gutiérrez á poblar la villa de Acla, yá casado con una hermana del Cacique Urabá—2.º Determina el Gobernador Heredia hacer una población de españoles en la tierra del Urabá y envía á su hermano al efecto—3.º Dánle una guazabara los indios, matan algunos españoles y pueblan á San Sebastián de Buenavista—4.º Hace Julián Gutiérrez requerimiento á Alonso de Heredia para que no pase la población adelante.

GOBERNABA á esta sazón la Provincia de Castilla de Oro, que comenzaba desde la ensenada Acla y comprendía en sí á Nombre de Dios, Puertovelo y Panamá, el Gobernador Francisco de Barrionuevo, el cual, pareciéndole no ser bien estuviesen del todo desamparadas las costas de la dicha ensenada, determinó se reedificase la villa de Acla, que antes había estado en aquellas márgenes poblada. Dió para esto comisión y gente, haciéndole su Teniente al Capitán Julián Gutiérrez, hombre de valor, de que había hecho demostraciones en ocasiones de honra en tiempo que gobernaba aquellos ancones y ciudad de Nuestra Señora de la Antigua Pedro Arias de Avila, y cuando por aquel rumbo se descubrió el Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa, como dejamos dicho, y también hemos dicho que la parte y costa que está á la parte del Poniente de esta gran ensenada (que tiene de longitud catorce leguas y seis de latitud) se llama la costa de Acla, y la contraria que mira al Levante llamaron y llaman, desde los principios de sus descubrimientos, Urabá, por un gran Cacique llamado de este nombre, que era señor de toda aquella costa, que comienza desde la punta de la entrada en esta ensenada que llaman punta de la Aguada, hasta otra punta de tierra bien prolongada que se entra en las aguas, llamada Urabaibe. Este Capitán Julián Gutiérrez, en los tiempos de Pedro Arias de Avila, tomó tan grande amistad con este valiente Cacique Urabá, en las entradas que hizo en sus tierras, que aficionado el uno del otro, no supieron con qué enlazar más su amistad que con casamiento, y así le dió el Urabá á una hermana suya, doncella de muy buen parecer, á Julián Gutiérrez para casarse con ella, como lo hizo, habiéndose hecho primero cristiana y puesto en el bautismo nombre de Isabel, que era el de la madrina, añadiendo el sobrenombre de Corral, llamándose Isabel del Corral.

2.º Lucióle este parentesco á Julián Gutiérrez con el Urabá, pues desde su villa de Acla podían entrar él y su gente todas las veces que querían y por donde les era de más importancia, sin alguna resistencia, á hacer rescates (que eran los mejores y más ricos de todas aquellas costas), por tenerlo así ordenado el Cacique. No sintió bien el General Alonso de Heredia de esta

población de Acla, yá por parecerle caía dentro de la demarcación del Gobierno de su hermano y no de la del Francisco de Barrionuevo, y yá porque habiendo allí pueblo de españoles y más gobernándolo un cuñado del Urabá, á lo menos se habían de partir las ganancias de los rescates que él pretendía hacer desde la Provincia de Tolú en la Provincia de los Urabaes. Solicitado de éste (no quiero decirle codicioso pensamiento), determinó tomar la vuelta desde Tolú de la ciudad de Cartagena á avisar del hecho y su pensamiento al Gobernador, con quien habiendo conferido el caso, se determinó se hiciese otra población de españoles, ó por mejor decir, se reedificase en la parte más acomodada de la tierra del Urabá. La determinación y efecto de esto se vieron en un punto juntas, pues luégo se escogieron de los mejores y más baquianos soldados y Capitanes que á la sazón estaban en la ciudad, doscientos, entre los cuales se contaban un Quevedo, Don Martín de Guzmán, Martín Yañez Tafur, el Capitán Francisco César y otros, que con nuevos pertrechos de guerra y lo necesario á la nueva población que pretendían, se embarcaron en tres buenos bergantines y se dieron á la vela yá entrado el año de mil quinientos treinta y cinco, á los primeros de Mayo, llegando con buen viaje á entrar por la ensenada y doblar la punta que hemos dicho de la Aguada. No olvidándose el Capitán Francisco César, que iba por cabeza del un bergantín, de los agravios recibidos de los dos hermanos y sospechando habían de tener mayor crecimiento cada día, se desgajó con su bergantín y compañeros gobernando al Surueste hasta llegar á la nueva población de Acla con intentos de tomar todos desde allí la vuelta de Panamá y Perú á buscar mejor ventura que hasta allí les había corrido, como lo hicieran si el Julián Gutiérrez, viendo en su pueblo gente de tan buena suerte, valiente y baquiana, no los supiera obligar, con dádivas y promesas, á que, mudando de intento, se quedasen con él.

3.° No fué pequeño el sentimiento de Alonso de Heredia cuando vido se le hacía el bergantín á lo largo, y desamparándolo á él engrosaba su gente de tanta y tan buena el Julián Gutiérrez; pero contrastando su valiente corazón estos y otros inconvenientes, no volvió pié atrás de sus intentos, hasta que puso el suyo y de sus soldados en la tierra del Urabá, que como valiente enemigo se opuso luégo á la resistencia y defensa de su tierra, con tan lindos ardides de guerra, así en emboscadas como á lo descubierto, que primero que tomaran sosiego ni asiento en la población, murieron en diferentes ocasiones algunos españoles, como fueron el Capitán Juan Torrero, Alvaro de Jaen y un hermano suyo y otro llamado Montero, y un italiano llamado Diego de Artes, el cual, burlándose al principio de los indios y sus flechas, experimentó ser muy diferentes de lo que él pensaba, tan á costa suya, que herido del veneno de algunas, murió rabiando, vuelta el colodrillo la boca y haciendo muchos y espan-

tables visajes, efectos ordinarios de este penetrante veneno. No era el camino de su General y de los españoles á quien habían de espantar estas estratagemas, muertes y malos sucesos, para que no saliesen con su intento, y así buscando un sitio acomodado, que fué en cierta sabana algo levantada y limpia, en frente de una punta que hace la tierra al mar, llamada de Piedras, comenzaron á fundar su pueblo, precediendo las ceremonias que suelen en tales ocasiones, señalándole calles, plaza, casas é iglesia, horca y cuchillo, y llamáronle San Sebastián de Buenavista. No sé si fué éste el mismo sitio en que dijimos que el Capitán Alonso de Ojeda había edificado un fuerte y ranchería de este mismo nombre, tomando por devoto á este santo contra el veneno de las flechas.

4.º Apenas hubo sabido Julián Gutiérrez de la nueva población de Alonso de Heredia, cuando atravesó desde su pueblo en sus bergantines y compañía de su regimiento y de Don Martín de Guzmán (que yá había vuelto en sí, en la ciudad de Cartagena, del accidente que le vino por la muerte de sus caballcs en la población de Tolú), y habiéndose desembarcado, hizo un gran requerimiento, con trompetas y tambores, al Alonso de Heredia y sus Capitanes, que se despoblasen de allí, pues no pertenecía á la demarcación del Gobierno de Don Pedro de Heredia, sino á la de su Gobernador Francisco de Barrionuevo, y habiendo respondido á esto que á su tiempo darían la respuesta, tomó Julián Gutiérrez la vuelta de sus bergantines y atravesó á su pueblo, quien, sospechándose lo que podía suceder, comenzó á fortificarse y velarse con mayores cuidados y cordura, si bien la de ambos pueblos no dió lugar por entonces á que de ninguna parte se hicieran más diligencias que éstas, aunque no se olvidaba de sospechas cada uno, en especial el Julián Gutiérrez, por tener yá conocida y experimentada la astucia del Gobernador Heredia. Pareciéndole á Julián Gutiérrez no se había hecho nada en la venida, tomó otra resolución con parecer de sus soldados y Capitanes, de volver á atravesar en los bergantines con la mejor gente que se hallaba, y poblar un pueblo en la tierra de Urabá y paraje donde había poblado el suyo Alonso de Heredia, para que tomando aquello de asiento y con el favor del Urabá para su amistad y medios de su mujer, que siempre traía consigo, procurar atraer á su devoción todos los naturales y que no sirvieran al Alonso de Heredia, de que se había de seguir forzoso el desamparar la tierra, pues es cosa cierta, como dijimos en nuestra primera parte, que tanto duran en esta tierra las poblaciones de los españoles, cuanto los naturales circunvecinos á ellas en servirlos y no más. Puso en efecto esta determinación Julián Gutiérrez, poblando cuatro leguas más al Sur de San Sebastián de Buenavista, en la tierra y con favor del Urabá y fortificándose lo mejor que pudo, de que envió á dar cuenta Alonso de Heredia á su hermano el Gobernador á la ciudad.

CAPÍTULO XXXI

1.° Suceden algunos disturbios en Cartagena, originados del desabrimiento del Gobernador—2.° Da el Gobernador un golpe con una partesana al Tesorero Saavedra y toman la demanda unos huéspedes suyos—3.° Trábase la pelea entre los huéspedes de Saavedra y el Gobernador—4.° Pide favor el Gobernador al Cacique Carex para venir sobre Cartagena—5.° Dále el Cacique mil indios. Viene á Cartagena y aplácale allí Juan de Orosco.

MIENTRAS pasaba esto en Urabá, no faltaron disgustos en Cartagena, originados de desabridas correspondencias del Gobernador con los vecinos de ella, por tenerles, como ellos decían, usurpado su trabajo y dinero, habiéndoles tomado, por los modos que había podido, á soldados y vecinos, todo el oro que de la primera y segunda vez habían sacado del Finzenú y otras partes, el cual, según común opinión, tenía enterrado el Gobernador en la isla de Carex, que es la que divide la entrada del puerto, á donde él, por su persona, con algunos criados suyos más confidentes, lo había escondido, pesándolo primero con la romana, que declaró ser sobre trescientos mil pesos de oro, á razón de más de treinta quintales que hubo de ello. Pero no pienso fué ésta la última disposición de sus encuentros y principal piedra de escándalo, sino el haber llegado por entonces á la ciudad, que venían de España, nueve mancebos, todos nobles, naturales de Madrid, entre ellos un Diego Luján, Don Juan de Guevara, un Don Nuflo y un Lureña, hermano de otro del mismo nombre, con quien en Madrid había tenido sangrientas diferencias el Gobernador, que le fueron ocasión de pasar á las Indias, como dejamos dicho, y otros; los cuales, en saltando en tierra, después de haber reconocido por posada la casa del Tesorero Alonso de Saavedra, fueron á besar las manos al Gobernador por paisano y cabeza de aquella tierra, que aunque los recibió con semblante alegre, por ser antiguo su conocimiento, no pasó el ofrecimiento que les hizo de comodidad más que á palabras, cosa muy inferior de lo que debiera hacer, conociendo la sangre de los sujetos, de que quedaron con notable sentimiento y disgusto, pues casi sólo por verle habían pasado á las Indias.

2.° Tomaron con este desabrimiento la vuelta de la casa de su huésped, á quien hallaron con mayor contra el Gobernador, por ser mortales enemigos en razón de particulares intereses que allá ellos se entendían, de que no dejaban de salir sobremesa, y en otras ocasiones muy ordinarias, entre el huésped Saavedra y los chapetones, y aun no debieran de quedarse en plática de sólo palabras, sino en determinaciones de lo que después sucedió de cosas peores, de que eran muestras las diligencias que de allí á pocas semanas comenzaron

á hacer los mozos, pidiéndoles las espadas á título de prestadas á cuantos pasaban de noche por la puerta de su posada, de lo cual no sospechando bien el Gobernador, luégo que vino á sus oídos, que no fué tarde, y que esto era en casa de su enemigo el Tesorero, tomando consigo un fiel amigo suyo, valiente soldado llamado Saucedo, y sin más armas el uno ni el otro que sayos y saragüelles de algodón colchados y morriones en las cabezas, espadas ceñidas y dos partesanas en las manos, entraron sin más escolta ni compañía una noche en demanda de estos mozos, casa del Tesorero, que acertando á no estar ellos allí, sino sólo el Saavedra, alterado con la entrada repentina del Gobernador, no pudiendo disimular el sentimiento y enemiga que se tenía, dijo que "qué buscaba á aquellas horas en su casa," á quien no con menos demostraciones de enfados respondió el Gobernador: "¿Qué es esto, Saavedra, qué cautelas, tratos y traiciones son los que se hacen en vuestra casa, como si estuviéramos en el monte de Torosos? Viví bien y advertid, Tesorero, que ha de llover todo sobre vos." Al cual replicando el Saavedra que su casa no era de aquellos tratos y que si algunos había en la ciudad que oliesen á aquello, salían de él y de su mal gobierno, alzó la partesana el Gobernador y le dió con ella un tan bien asentado coscorrón, que lo echó á rodar medio aturdido, con que salieron disimuladamente él y su compañero de la casa hasta que llegaron á la suya, en cuya puerta se anduvieron paseando los dos sin prevenirse de más defensa, confiados en su mucha valentía para cualquier trance de los que pudiesen resultar del hecho, de que no podían prometerse otra cosa que un grande alboroto, como sucedió luégo, pues habiendo llegado los nueve á la casa del huésped y sabido la afrenta que le habían hecho, tomaron á su cargo tan de veras la venganza, que conjurados y de una intención tomó cada cual de ellos una lanza y salieron en demanda del Gobernador, que viéndolos venir á un buen trecho, les salió al encuentro, donde comenzando los chapetones á hablarle palabras vastas y sin cortesía, le comenzaron á afirmar todos con las lanzas, sin meter ninguno mano á la espada.

3.º Habíanselas tan bien todos en su defensa y ofensa del contrario, y en especial el Gobernador y su compañero Saucedo, que antes iban cobrando tierra y arrollando atrás á los nueve, por ser la destreza y valor de ambos tan superior á las de los enemigos, en quien hacía tanta riza el Gobernador, rebatiéndoles las lanzas, como si fuera un león desatado, tánto, que corridos los chapetones de que dos les durasen tanto á nueve, dijo el Don Diego Luján en alta voz: "¡Oh! reniego de mi linaje, pues no hemos acabado yá con estas dos gallinas y dado fin á este tirano! ¡á él! ¡á él! hidalgos castellanos, si tenéis celo de una honra!" con que embraveciéndose de nuevo los mozos, tantos botes de lanza le dieron al Gobernador, que le hicieron hincar en tierra una

rodilla, la cual levantó y se volvió á poner en pié asido de una de las lanzas enemigas. Crecían al paso de la furiosa y doméstica batalla las voces de la chusma y gente plebeya que se había ido juntando, lo cual aún no fué bastante para que salieran de sus casas al socorro del Gobernador ningún soldado ni vecino, fuera de Pedro Romero, su Teniente, y Juan de Orosco y Suer de Nava, los cuales, en especial el Teniente, con la vara de justicia en la mano y con sus espadas desnudas, comenzaron á apellidar: "¡Aquí del Rey!" hallando al Gobernador en tales angustias, de que salió con el socorro que le llegó y la huída de los nueve, que retirados á su posada se hicieron en ella tan fuertes, que no fué posible prenderlos, aun con las apretadas diligencias que para esto hizo el Pedro Romero, por no hallar á su lado en su favor á ninguno de la ciudad, que á esto llega la indignación del vulgo contra la cabeza cuando les acrecienta los agravios; experiencia que tomó el Gobernador en cabeza propia en esta ocasión y peligro de que sólo Dios pudiera haberlo sacado á él y á su compañero y sin herida, quedando con ellas los dos de los contrarios, sin embargo de las cotas y otras armas de que venían prevenidos.

4.° Fué tanto el enojo del Gobernador contra los vecinos y soldados de la ciudad, que jurando no se le habían de escapar sin venganza, les apellidaba con nombre de traidores y que les había de hacer publicar por tales, pues según había sucedido, debieran todos de ser parciales en la conjuración y alevosía. Entrándose con estos terribles sentimientos en su casa, se encerró de tal suerte que no dió lugar á templarle los enojos el Teniente y los demás que habían salido en su favor. Sólo pudo rogarle el Saucedo que reparase, lo que tampoco quiso admitir, pues sin desarmarse anduvo paseándose muy aprisa por una espaciosa sala hasta media noche, que fué cuando se puso la luna, porque entonces llamando á los mejores de sus negros y diestros en el pilotaje y velambre en aquella costa y algunos de sus criados, se entró con ellos y con su compañero Saucedo en los bergantines que tenía varados á la lengua del agua, desde donde tomó la vuelta y rumbo de la isla de Carex, sin comunicar á nadie sus intentos, hasta que saltó en ella, que habiéndolo salido á recibir el Cacique Carex por amor ó temor que le tenían, con muchos de sus vasallos, le dijo el intento que traía, que era de destruír á Calamar, su ciudad, por el notable agravio que le habían hecho, contándoselo por menudo, y que para el efecto había menester mil indios, los mejores y más buenos guerreros de sus vasallos, en cuya ayuda confiaba destruír todos los cristianos que había en ella.

5.° Reíase el Cacique al principio de esta plática, viendo que el Gobernador le pedía ayuda, entendiendo ser negocio de burlas; pero certificándole Heredia no ser si no de veras, con ellas hizo luégo á aquellas horas se juntase la gente que el Gobernador pedía y pertrechados de sus armas, pintados los cuer-

pos y embravecidos en el ánimo, se embarcaron en los bergantines y en otras canoas suyas, y yendo delante de todos en el suyo el Gobernador para más animarlos, llegaron á la ciudad á poco más de medio día, con tan grande estruendo, amenazas y muestras de rompimiento, que á lo menos en las mujeres y gente menuda causó tan grandes temores, que pensaban venía ya el mundo sobre ellos. Tomaron las armas con que se hallaron los soldados que había para ello en defensa de la ciudad, contra quien ya estaban para desembarcar todos estos indios y su Capitán el Gobernador, á quien llegándose cerca, de suerte que lo pudiera oír Juan de Orosco, le supo decir tales razones, que consideradas por el Don Pedro de Heredia y la mala resolución que había tomado, en que estuvo un buen rato perplejo, respondió al Orosco, llegando más el barco, estas razones: "Confieso haber sido bastantes vuestras palabras dirigidas á templanza para que yo la tenga en mi determinación, pero bien sabe el mundo que seré yo tan vil como los de esta ciudad, si en algún tiempo los tuviere en otra estimación é hiciere de ellos más confianza que de hombres tales, y así vuelvan estos indios á sus tierras, pues no me faltará ocasión en qué tomar venganza de maldades tamañas, comenzando desde luégo mi sentimiento en volver las espaldas á esta ciudad por ahora, pues no me fuera posible entrar en ella sin ejecutar el castigo." Temiendo éste los nueve de Madrid, ayudados de gente deseosa de atajar disgustos, tomaron la vuelta de Santa Marta, desde donde nunca más parecieron, y los mil indios la de su pueblo Carex.

CAPÍTULO XXXII

1.º Sale el Gobernador Heredia de Cartagena : llega á San Sebastián de Buenavista y dispone su gente contra la de Julián Gutiérrez—2.º Trátase de medios de paz entre los dos y no se consigue—3.º Determina el Gobernador venir en rompimiento con Julián Gutiérrez y pónelo en efecto.

AUNQUE estuvo el Gobernador fijo en su parecer por algún tiempo en no entrar por entonces á la ciudad, se dejó vencer de los ruegos de su Teniente y otros para entrar en ella, como lo hizo, atendiendo á la necesidad que tenía de llevar algunos soldados á Urabá, por lo que su hermano le había avisado de la población de Julián Gutiérrez, por donde dispuso luégo la jornada, habiéndose primero compuesto con algunos de la ciudad y sacado los soldados que mejor le pareció, con quien en dos ó tres bergantines bien capaces llegó con buen tiempo á San Sebastián de Buenavista, donde fué recibido de su hermano y el resto de la demás gente del pueblo con grande aplauso y demostraciones de gusto, de que él también lo estuvo, disimulando el poco con que andaba y desabrimientos contra la ciudad. Tratáronle del fronterizo que tenían á la puerta y del César y la demás gente que se le había pasado á su bandera, con que estaba más de reforzado y brioso y que sólo había tratado allí de hacer requerimientos y diligencias pertenecientes más á la pluma que á la lanza ; á que el Gobernador respondió que si él había escogido ese camino, también él lo iría siguiendo, pero que si no se ponía en buenas dejando la tierra, se habría de dar de mano á la pluma y venir á las manos con las espadas, de donde por ventura se seguiría, por lo voltaria que suele ser la guerra ; que llenasen bien las manos del pillaje de su ranchería, que ya tenía bien en qué, por haber llegado aquellos días no pocos mercaderes á ellas al husmo de la ganancia. La que pretendían tener en esta ocasión los soldados de los Heredias que oían esto los alentó tanto, de más de ser todos gente de hecho, que deseaban ya se pusiese aquello en ejecución antes hoy que mañana, con que también se alentó el Gobernador, prometiendo salir con la suya, para lo cual hizo disponer el viaje, ordenando que fuesen treinta jinetes por la playa, pasando por cierto vado oculto el caudaloso río que estaba en medio, que llaman (como hemos dicho) de la Vaca ó del Caimán, y caminando por la playa llegasen á cierto paraje que él les señaló, para que allí se juntasen el día que les nombró con otros sesenta que él en persona determinaba llevar en los bergantines.

2.º Embarcóse el Gobernador con su compañía y pertrechos de guerra, y comenzando á navegar la ensenada con buen suceso hasta que llegó á la boca del río y á vista del Julián Gutiérrez, que lo descubrió de lejos, poniendo des-

de luégo Heredia banderilla de paz, saltó en tierra con su gente, á la margen del río que estaba á la parte de su población, estando á la suya el Julián Gutiérrez, en distancia que de ambas partes se podían oír. De la del Gobernador comenzó el Escribano á hacer notificaciones al Gutiérrez, que arrogante y confiado respondió: "Yo, señor Gobernador, soy mandado, y caso que la población no sea acertada, tampoco lo sería que sin nueva orden de quien me lo mandó, la demoliese, y así pendiendo esto sólo de mi Gobernador, con quien estando el negocio en el estado que está, sólo se ha de negociar, viéndose que corre por mi cuenta el defenderla, lo que usted quisiera también hicieran sus Tenientes en semejantes casos." No fueron las palabras que de la respuesta se siguieron de una y otra parte tan medidas, que alterados los ánimos de la del Julián Gutiérrez, no se disparasen algunos versetes que tenía plantados en su puesto con pelotas, aunque sin daño de Heredia, por estar plantado en sitio bajo y al amparo de cierta montañuela que lo defendía. Con todo eso, pasada esta furia, trataron de medios de paz y de dar asiento á las diferencias, poniéndose algunos de los más bien intencionados más á la vista de una y otra parte del río, y pareciendo que no se podía dar asiento á nada, dijo un Capitán llamado Quevedo, natural de Hamusco, que era de la parte del Julián Gutiérrez y de los que se le habían juntado con César, al Capitán Martín Yáñez Tafur, que era de la de Heredia, como pronosticando su muerte: "Quedaos con Dios, amigo, porque yo voy advirtiendo en estos negocios estar de suerte que hemos de venir todos á las manos, y por ventura haciendo yo el deber en defensa de Julián Gutiérrez, de quien me veo obligado, habré de morir por ventura el primero," como sucedió.

3.º Viendo el Gobernador que no se daba á nada asiento, determinando en su pensamiento que se librase aquello en las armas, se volvió á embarcar con su gente y hacerse á la vela, habiéndose despedido de la del Julián Gutiérrez, que quedando ufana á su parecer por no haber admitido al Gobernador, echaban á volar contra él razones excusadas, en especial los fugitivos, diciendo: "¡Cuerpo de tál con él y sus narices postizas! Pensaba ahora, con sus palabras de santiguadera, volvernos á encabestrar debajo de su yugo; cada cual tiene manos para valerse de ellas, y basta lo que hasta aquí le hemos sufrido." Acrecentaban á éstas otras razones contra el Gobernador, no imaginando ninguno había de revolver sobre ellos, como lo hizo, pues sólo navegó hasta montar la punta de piedras y esconderse allí donde no le pudiesen dar vista los de Gutiérrez, hasta que los cubriese la noche; pero en llegando hizo volver las proas á los bergantines y que fuesen navegando sólo con remos, sin tender vela, por no ser descubiertos por ella, hasta tomar una punta ó promontorio que hacía la tierra á la otra banda de la ranchería de Julián Gutiérrez, para desde allí dar por las

espaldas sobre él, entendiendo que los treinta de á caballo habían de llegar á aquella hora sobre él mismo por la parte del pueblo, por ser ésta la orden que les había dado. Fuéronse haciendo bien á la mar los bergantines, con sospechas de no ser sentidos de los navíos de Julián Gutierrez, que estaban surtos enfrente de su alojamiento, si bien no salieron con estos intentos por las grandes corrientes del Darién, que los hizo descaecer tanto, que viniéndolos á sentir la gente de los navíos, dispararon una pieza dando aviso á los de la ranchería del Julián Gutiérrez, que no viniendo tampoco con descuido, tenía puestos treinta hombres de guarda con dos versetes en el puesto donde iba á surgir el Gobernador, por ser parte señalada y por donde podía tenerse sospecha de que se podría desembarcar. Poca mella hizo en el ánimo del Gobernador y sus soldados, que eran de los más valerosos que tenía, el conocer que habían sido sentidos y que les habían de hacer resistencia al tomar tierra, pues no sólo revolvieron atrás, pero ni aun retardaron su navegación, que no la pudieron abreviar de manera que no los hallara aún navegando el romper de la mañana, cuando pudieron darles vista y conocer los treinta que guardaban el desembarcadero; desde donde, en tanteando que estaban á tiro, dispararon á los bergantines el uno de los versetes, sin que hiciesen más daño con el tiro que llevarles una bandera que venía tendida, en que estaba pintada una imagen de la Concepción, y asegundando con el otro versete, tampoco les fué de inconveniente, pues sólo les llevó la asta de la misma bandera; y así, sin perder un punto de ánimo, llegaron á abordar á tierra y saltar en ella, sin embargo de la resistencia que les hacían con ballestas con que disparaban algunas jaras y saetas que sólo hicieron daño en un Hernán Gómez Cerezo, piloto de un bergantín, que le clavaron los pechos.

CAPÍTULO XXXIII

1.º Trábase la pelea entre el Gobernador y Julián Gutiérrez, con muerte de algunos españoles—2.º Vence el Gobernador y prenden á Julián Gutiérrez—3.º Cuya mujer pide socorro á los indios de Urabá contra el Gobernador, y dánselo—4.º Envía el Gobernador á Martín Yáñez con cartas para la mujer de Julián Gutiérrez, con que se aquietó y vino á verse con el Gobernador.

NO consintió el Gobernador disparase ninguno de sus soldados hasta haber saltado en tierra, donde luégo comenzaron á embestirse los unos á los otros con tan gran ventura de la parte del Gobernador, que siendo los soldados de ambas de igual número, en poco espacio de tiempo y antes que de la ranchería les viniese socorro á los contrarios con no estar apartada más de quinientos pasos, los del Gobernador los desbarataron, rindieron y desarmaron, sin recibir ellos casi ningún daño. Habiendo tenido Julián Gutiérrez aviso de que el Gobernador saltó en tierra, aunque no de la rota de sus soldados, compuso los que tenía en el pueblo y comenzó á caminar con ellos la vuelta del promontorio, sólo puestos en orden y á paso de tambor, no como que fuesen á pelear con su contrario, sólo como haciendo reseña, muestra y ostentación de ellos, pensando todavía que no se había de venir á las manos; pero dándose vista los unos á los otros, adelantándose uno de los de Gutiérrez llamado Rodrigo Nieto y advirtiendo que traían presos á los treinta, sin más reparación arrojó la lanza que traía en las manos á los primeros que venían, que no ofendiendo con ella á ninguno, un soldado de los de Heredia la arrebató con diligencia y con ella misma le pasó los ijares, con que cayó luégo muerto. No tuvo mejor suerte el valiente Capitán Francisco de Quevedo, pues saliéndose del cuerpo de los demás á caballo, vestido muy á lo galán, de tafetán amarillo, sin más armas ofensivas ni defensivas que una lanza, se la arrojó al Gobernador, que iba de los primeros de todos, con un montante y su sayo de armas, que valió á resistir la lanzada sin daño ninguno, más que el del agravio, el cual tomando por suyo el Capitán Villacreces, caballero del hábito de San Juan y Juan de Céspedes (que después murió en la ciudad de Tunja), que iban al lado del Gobernador, al pasar por cerca de ellos el Quevedo le tiraron á un tiempo sus lanzas é hirieron, de suerte que al punto, sin hablar palabra, cayó muerto á los piés de los que pocos días antes habían sido sus amigos y compañeros, de lo que él, como dijimos, había sido pronóstico cuando se despidió de Martín Yáñez Tafur.

2.º No tomaron pocos bríos el Gobernador y su gente, ni pequeñas esperanzas de estos dos primeros sucesos, para prometérselos buenos en lo que res-

taba de la contienda, y así apellidando ¡ Santiago ! embistieron con valiente furia á los de Julián Gutiérrez, que no dejaba de haberlos amedrentado algo el haber sabido venían presos los treinta de la costa; pero siendo lance furioso haberse de valer cada cual de sus manos, se mostraron bien en la refriega las de los unos y los otros, peleando todos con valientes bríos, aunque no con igual fortuna, como dice el vulgo, pues siendo más próspera la del Gobernador, quedó victorioso, con muerte de más de veinte hombres (sin perder uno de los suyos) de los de Julián Gutiérrez, á quien prendió el Capitán Martín Yáñez Tafur y libró de la codicia de los soldados la hacienda y el oro con que se hallaba, que fueron en joyas y barras más de seis mil pesos de buen oro, porque luégo todos los soldados de Heredia, aunque algunos mal heridos, comenzaron el saco de la ranchería, donde hubo bien en qué meter las manos, en especial en las tiendas de los mercaderes, que hacían notables sentimientos de su desgraciada suerte, pues no siendo de los culpados donde habían venido á buscar ganancias, habían hallado pérdida y cautiverio.

3.º Había dejado el Julián Gutiérrez, cuando salió con sus soldados de la ranchería, en guarda de su mujer Isabel del Corral, algunos de los mejores que tenía, como eran el Capitán Francisco César, los dos Guzmanes y otros, á los cuales viendo la mujer que iba de vencida su marido, persuadía con arroyos de lágrimas se metiesen con ella la tierra adentro, con intentos de pedir socorro á su hermano el Urabá contra el Gobernador, lo cual pareciendo justificado y no de pequeña importancia á los soldados y Capitanes, lo hicieron así y llegaron á algunos pueblos de indios, que contándoles la Isabel el caso y apretura en que dejaba á su marido, se convocaron y determinaron salirle al socorro, como efectivamente lo hicieron, y comenzaron á caminar la vuelta de la ranchería, en la cual se entretenía el Gobernador y los suyos haciendo fiestas y comidas opulentas, con que celebraban la victoria, cuando llegaron los treinta de á caballo harto afligidos, hambrientos, bien picados de mosquitos, por haber hallado el camino pantanoso y lleno de manglares á la costa del mar, que ni le podían hallar salida ni pasto para los caballos, causas que los retardaron para no venir á tiempo. Detúvose también el Gobernador allí más días de los que quisiera, por haber escrito, luégo que llegó allí, cartas amigables á la Isabel del Corral y á los que la acompañaban, prometiéndoles buenos partidos y todas cortesías si quisiesen salir y verse con él.

4.º Éstas tomó á su cargo el llevar y sacarlos el Capitán Martín Yáñez Tafur, por ser de buenos deseos en concordias y amistades de todos. Pareció ésta ser más temeridad que valentía, pues habiéndose de meter forzosamente entre los pueblos de aquellos valientes é indómitos indios, poco enseñados á escuchar palabras ni buenas razones, sólo llevó en su compañía á un clérigo

de la de Julián Gutiérrez y un criado suyo. Caminando iban la tierra adentro estos tres, sólo confiados más en Dios que en sus fuerzas, cuando encontraron de repente con una copiosa tropa de valientes indios guerreros, que con sus Capitanes y Caciques de sus pueblos iban en defensa del Julián Gutiérrez por la solicitud de su mujer, que también iba con ellos con los españoles que la acompañaban, los cuales sabiendo que iban ya tarde, determinaron volverse á sus pueblos, queriendo matar primero al Martín Yánez Tafur, por ser de la parte del Gobernador, como lo hicieran, si no mediaran las intercesiones de la india y de los españoles sus compañeros; y así sólo se contentaron los indios con arrebatar al Martín Yáñez Tafur y embetunarlo de pies á cabeza con su bija, de que tomaron gran gusto los bárbaros y les era materia de entretenimiento. Leyéronse las cartas que llevaban del Gobernador y supiéronse los conciertos que había hecho por instrumento público, de que cada cual siguiese el bando que le pareciese, con que se determinaron á salir juntos con el Tafur todos los retirados hasta verse con Heredia, que los recibió con grande aplauso, en especial al César, de quien siempre era aficionado.

CAPÍTULO XXXIV

1.° Sale el Gobernador Heredia de San Sebastián de Buenavista y llega á Cartagena, donde prende al Tesorero y otros indiciados en su pendencia—2.° Sabiendo el Gobernador de Panamá la prisión de su Teniente Julián Gutiérrez, viene á Cartagena, donde con su llegada se compuso todo.

Al cuarto día que se habían detenido todos en esta ranchería de Julián Gutiérrez, mandó el Gobernador se dispusiesen todos á salir de ella y que Francisco César, Julián Gutiérrez, su mujer y otros de su devoción se embarcasen en su bergantín y los que le quisiesen seguir, y los otros en los demás pasasen á la otra banda de la ensenada y se fuesen la vuelta de Panamá ó donde quisiesen, y que los treinta de á caballo volviesen por donde habían venido, por no tener navíos en qué poder llevar los caballos. Siguiendo al Gobernador hasta treinta soldados de los de Julián Gutiérrez y los demás el rumbo por donde hemos dicho, llegó en sus bergantines á San Sebastián de Buenavista, donde fué recibido de su hermano como tál y su Gobernador y victorioso, celebrando esto con toros y juegos de cañas á costa de lo rancheado en la victoria. Yá le pareció al Gobernador ser tiempo de manifestar las asedias que aun no traía digeridas contra la ciudad de Cartagena por el agravio recibido y los intentos en que todavía perseveraba de hacer en ellos un gran castigo, y contándoles por extenso el caso, que fué causa de irritar los ánimos de todos sus soldados á ayudarle en la defensa, dijo su Maese de Campo Juan de Montemayor: "No sólo me parece eran los nueve en la traición, sino otros muchos de la ciudad, y así juzgo por necesario que vaya buena copia de gente á su castigo". "No está en la mucha gente, replicó el Gobernador, sino en ser buena, pues de ésta sólo me bastan dos docenas de los que yo nombraré," como lo hizo, y embarcándose con ellos con buen viaje, llegó á media noche á la ciudad, á donde entrando todos sin ruido y habiéndolo puesto á buen recaudo y con guardas, hicieron lo mismo con Nuño de Castro y con Ayala, diciendo ser éstas las cabezas principales del alboroto, que lo comenzaron luégo á pagar, bien fuese así, no con la gravedad de prisiones y estrechura de cárcel en una tierra tan caliente y enfadosa de mosquitos, sin descuidarse el Gobernador en hacer apretadas diligencias en sus casas.

2.° De lo que había pasado con su Teniente Julián Gutiérrez tuvo noticia en Panamá el Gobernador Francisco de Barrionuevo, y advirtiendo ser cosa que le tocaba, por haberle sucedido aquello por causa suya y estar preso el Julián Gutiérrez con su mujer y otros y que pudiera ser les fuera la prisión molesta, partió de Panamá y llegó al puerto y ciudad de Cartagena, á donde le

salió á recibir el Gobernador, sabiendo su llegada, con toda la ciudad y con las posibles cortesías; le aposentó en su casa, donde confiriendo sobre las provisiones y jurisdicciones de ambos Gobiernos, quedó desengañado el Gobernador de Panamá de que la tierra de Urabá no caía en el suyo, y el Heredia con la posesión pacífica de aquella costa. Dióle el Gobernador Heredia á Julián Gutiérrez y á su mujer algo del pillaje de su pueblo, que con el que le había reservado el Martín Yáñez Tafur, fué razonable caudal, aunque del que tomaron de los demás no se hizo memoria. Después pasó este Julián Gutiérrez al Pirú con el Marqués de Cañete, Don Andrés Hurtado de Mendoza, que fué por Virrey de Lima, desde donde pasó con su hijo Don García á las conquistas del Reino de Chile por Capitán, donde hizo cosas muy valerosas. No se olvidaron los de la ciudad de ponerle por intercesor de los presos, que lo supo hacer tan bien y tan á tiempo, que no sólo fué poco el que estuvieron en prisión desde que él llegó, pero aun trajo el negocio á términos de que se concluyese á gusto de todos y se quemasen los papeles, con que no se atajaron pocas discordias entre los vecinos y Gobernador.

FIN DE LA PRIMERA NOTICIA.

SEGUNDA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

1.º Los deseos de honras y modos traen siempre inquietos los hombres: pónense algunos ejemplos—2.º Ambición de un portugués, por donde quería que quedase en perpetua memoria su nombre—3.º A la fama de las riquezas del Dabaibe sale el Gobernador Heredia con gente á su descubrimiento—4.º Padecen muchos trabajos en esta jornada y vuélvese el Gobernador á San Sebastián de Buenavista.

LOS encendidos deseos con que quedó el pecado, caldeada nuestra humana naturaleza, de apetecer honra, no dejan piedra sin mover en razón de esto, pareciéndoles poco todo lo posible, con que se levantan á intentar imposibles humanos y sólo posibles divinos, de donde no nos alargaremos si dijéremos está siempre mordiéndonos aquella venenosa serpiente que quedó relamiéndose de aquel tan sabroso bocado que con tanto estrago de su alma y las nuéstras dió nuestra primera abuela Eva de aquel *seréis como dioses*, pues en riquezas, sabiduría, estimación, andan siempre anhelando por parecerse en algo á Dios, que tiene por excelencia y esencia estas cosas. Su sabiduría, dijo David, no tenía número; rico le llamó San Pablo de Sabiduría y de Ciencia, y en otra parte de Misericordia. En su mano, dijo el mismo David, están todas las riquezas, y que su nombre era sobre toda la fama del mundo; de suerte que el

hombre que pretende en este mundo algo de estas cosas, pretende parecérsele algo en ellas. Innumerables ejemplos pudieran de esto llenar los libros, de que sólo traeré uno, que por ser peregrino y acomodado á nuestra materia de estas Indias, me pareció ponerlo aquí, aunque me fuera más á propósito (si lo hubiera visto á tiempo) cuando traté del descubrimiento de ellas en mi primera parte. Vilo en el *Teatro del Mundo* que hizo Abraham Hortelio, en el título de *Nono orbe*, donde dice :

2.º Que cierto español portugués llamado Hermo Carado, en tiempo del Rey de Portugal, Don Manuel, en cierta parte de aquel Reino, cerca del mar llamado Rochansesinna, llevado por ventura del deseo de gloriosa fama y que se dijera dél haber hallado aquella novedad encubierta á todos los siglos, acerca del estar pronosticado el descubrimiento de la India Oriental por los portugueses, hizo grabar en una gran piedra cuadrada ciertos versos latinos en que decía haberse de hacer en algún tiempo aquel descubrimiento, lo cual hizo después que se hubo hecho. Los versos son éstos :

Volventur saxa Citteris, et ordine rectis
Cum videas Occidens Orientis opes
Ganges, Indus, Tagus erit mirabile visu
Merces commutabit suas uter q.e sibi;

que en nuestro castellano dice así : "Volverse han las piedras y podránse leer las letras que tuvieren con derecho orden, cuando tú, ó tierra del Occidente, veas las riquezas del Oriente ; porque entonces será cosa de ver por qué se contratarán y comunicarán entre sí sus mercancías los Ríos Ganges, Indo y Tajo ;" que en suma quieren decir que las riquezas de la India significadas por Ganges é Indo, ríos que están en ella, vendrían al Tajo, esto es, á Lisboa, cuyo puerto es la boca del famoso Tajo y son las partes Occidentales de España, y la India en su respecto está al Oriente, por donde se le llamó Oriental. Esta piedra, grabada con estos versos, metió el portugués, yá que se había descubierto la India Oriental, debajo la tierra, en una heredad ó granja que tenía, donde estuvo el tiempo que él quiso, hasta que le pareció estarían ya con la tierra infletas (?) las letras y que mostrarían antigüedad, sin poder él ser cogido en la trampa de novedad, y así el año de mil quinientos cinco, pareciéndole ser ya tiempo de sacar á luz esta su estratagema y celebrar su nombre por haberse hallado en sus tierras esta profecía ó presagio de alguna Sibila, hizo á ciertos peones jornaleros que viniesen cavando por la parte y hondura que no pudiesen dejar de encontrar con la piedra, y para el día que había de suceder esto, para que fuese en todo más célebre y quedase en boca de más testigos de los que iban cavando, hizo un famoso convite á sus amigos y gente más noble del pueblo, los cuales todos es-

tando comiendo á mesa espléndida en las casas que tenía de placer en la heredad, llegó de repente á ellos uno de los cavadores ó el mayordomo de la hacienda, dando por nueva con mucha alegría, que viniendo cavando habían encontrado en el tajo de la tierra, escondida en ella, una gran piedra que tenía muchas letras. Alteró esto de tal suerte á los convidados, y en especial al fingido Hermo Carado, por haberle salido bien su traza, que, dando de mano á mesa y manjares, fueron á largos y apresurados pasos á ver la piedra y leer las letras, que hicieron con tanta afición, que besaban con grande alegría lo uno y lo otro, y no faltaba más que adorarla. Comenzóse luégo á publicar por boca de tantos como vieron esto antes que se supiera el secreto, que no debió de durar muchos tiempos ó por el mismo que lo inventó é hizo, ó por los que le ayudaron al hecho, con que se cumplió el dicho del Santo Job: "que la palabra secreta ¿quién la podrá retener?" El tiempo que duró el secreto de esto, y que se tuvo por profecía, dice Abraham Hortelio que andaba aparejando para sacar á luz su libro *Teatro del Mundo*, y que le escribió un amigo suyo legista desde Roma, llamado César Roblando, que aquella profecía no era antigua sino moderna, como él lo había sacado de los escritos de Gaspar Varreno, y que después lo leyó el mismo Hortelio en *Arnilo Recendio*, que lo cuenta como hemos referido; industria notable y sutileza nunca vista de adquirir honra y quererse hacer semejante á Dios, aun en descubrir futuros contingentes.

3.º Este es el paso á que han corrido con estos intentos innumerables hombres, á quien iba siguiendo nuestro Don Pedro de Heredia, Gobernador de Cartagena, pues no contento con la fama de lo que hasta allí había conquistado y poblado, volando tras otras (que hasta hoy sólo han quedado en eso) de inmensas riquezas en cierta provincia de las márgenes del Darién, al lado llamado el Dabaibe, determinó hacer jornada en su descubrimiento luégo que se desocupó de los estorbos que dejamos dicho, para lo cual, dejando asentadas lo mejor que pudo las cosas de su ciudad y sacando de los mejores soldados de ella doscientos diez, los sesenta de á caballo, tomó la vuelta de San Sebastián de Urabá, desde donde dispuesto todo y á pique para la entrada, la comenzó á hacer el año siguiente de mil quinientos treinta y seis, por el mes de Abril, entrándose por una de las bocas del gran Río Darién en bergantines, á cuya poca distancia, guiados por los indios origen de estas nuevas, á quien llevaban á buen recaudo porque no se les huyeran, saltaron en tierra despoblada y pantanosa, tan enmarañada de balsares espesos, árboles altos y bajos, que parecía jamás haberle visto el rostro al sol, por cuya causa no hallaban otros animales ni aves mayores ni de otra especie que murciélagos que cruelmente los mordían y á sus cabalgaduras, haciéndoles desangrar hasta perder la vida, é innumerables mosquitos, hormigas y sapos. Era el país tan lluvioso, que con andar entre

montaña no hallaban leña para hacer lumbre, tan empapada estaba en agua.

4.º Conociendo el Gobernador la evidente perdición suya y de sus soldados, y que aprisa se iban enfermando ellos y sus cabalgaduras, amenazó de muerte á las guías por el engaño con que los traían, si no mejoraban los caminos, lo que no fué de mucha importancia, pues aunque prometieron hacerlo, los metían en mayores dificultades casi tres meses, con que yá pocos de los hombres y caballos estaban libres de enfermedades ni de apreturas de muerte, en especial por un país que encontraron de tan ácidos y fuertes tremedales, que á veinte pasos de donde ponían el suyo los soldados temblaba la tierra. Aquí, viendo ciertos peones tan claros peligros de muerte, con más valiente ánimo pidieron licencia al Gobernador para solos ellos, sin poner en contingencias todo el ejército, pasar á dar vista á lo de adelante, y dejando aquellos tremedales, se metieron por una montaña clara y limpia por abajo, donde hallando infinitos rastros frescos de gente y oliendo el humo del fuego, sin poder hallar lo cierto de lo uno y lo otro, levantando los ojos en los árboles más altos, vieron algunas casillas fundadas entre sus ramas, de gente débil, desnuda y de pocos mantenimientos, por no ser de eso la tierra respecto de su destemplanza y demasiada humedad. Usaban de dardos en su defensa y de agua caliente contra los que se llegaban á sus casillas, que no era mal ojeo para sus convecinos, por andar desnudos, de que también usaban con los nuéstros cuando los veían cerca. Hubieron á las manos dos de aquellos indios gandules, con que volvieron los soldados á dar cuenta al Gobernador de lo sucedido, que preguntados por las lenguas que llevaban, no daban relación de cosa de provecho, lo cual viendo el Gobernador y que las enfermedades y muertes de soldados y caballos iban aprisa adelante, determinó tomar la vuelta de San Sebastián de Buenavista, á donde, por hallar los caminos abiertos y hechos puentes de la subida, bajaron en cuarenta días, y en menos de otros tantos, con el mucho regalo que hubo para los soldados y cabalgaduras, se reformaron de suerte que pidieron al Gobernador se volviese á proseguir aquella jornada en demanda del Dabaibe, cuyas noticias iban creciendo por momentos, y que fuese el Capitán Francisco César por caudillo de los que con tantos deseos pedían este descubrimiento.

CAPÍTULO II

1.° Sale el Capitán César al descubrimiento del Dabaibe con cien soldados—2.° Llegan á la tierra del Cacique Utibara y dícense sus costumbres—3.° Tiene noticia Utibara de los nuéstros y hace gente contra ellos—4.° Dáse la batalla, con muerte de muchos indios.

CONCEDIDOS por el Gobernador y señalados de su mano cien soldados, quedándose en el pueblo de San Sebastián de Urabá, salió César con su gente, y tomando por diferente rumbo del que había llevado el Gobernador, no hallaron á sus principios menos dificultoso camino de montañas, breñas ásperas é inaccesibles, como son las de la gran serranía de Abibe, llamada así desde entonces por un pueblezuelo que hallaron ahora al pié de ella, cuyo Cacique se llamaba Abibe, donde estuvieron rancheados algunos días, y á un gran pedazo de esta larguísima cordillera que corre Norte Sur, se llama así, y si bien á las márgenes de los arroyos que de dulces y claras aguas se descuelgan de ella hallaban muchos árboles frutales de guamos, guayabos, palmas de donde se sacan pan y vino, que es el palmito, y cierta humedad que se destila de ellas por cisuras, que sirve de vino, muchas y olorosas piñas, de esto no hallaron tanta abundancia como de riesgos de la vida en las montañas, pues lo más con que en ellas se sustentaban eran yerbas silvestres, y los caballos con cañas-bravas, rompiéndoseles aprisa los vestidos, y á mayor prisa se llenaban de llagas y de cierta zarna los caballos, que se pelaban, de más de faltarles las herraduras, con que no se atrevían á subir en ellos por ir despeados, y así los llevaban del diestro por irlos reservando para la ocasión, pues como baquianos sabían que la fuerza de las guerras de indios son los caballos, pues hace más uno donde puede pelear, que diez soldados. Con todo eso, en pocos días se les murieron diez de los mejores y veinte de los soldados, por falta de medicinas y sobra de trabajos é innumerables dificultades de la serranía; les socorrió Dios (que nunca falta en ellas) dando con cierta senda muerta que salía de un arroyo, con que resucitó toda la gente, ya tan decaída, que más iban para dejarse morir que pasar adelante; pero al fin, cobrando ánimo con esto, la siguieron hasta que los sacó á tierra menos trabajosa, más descubierta al cielo y de mejores influencias y templanzas. Desde cierta cumbre donde subieron divisaron á perder de vista tan grandes campiñas y extendidas poblaciones con labranzas y arboledas frutales, y tanta gente que bullía por todas partes, que ya se hallaban más confusos que hasta allí, advirtiendo en la innumerable gente que se iba descubriendo y en los pocos que eran, todos enfermos, fatigados de hambres y afligidos de llagas y con esto débiles en las fuerzas, en especial los caballos,

que habían de ser nervios de aquella guerra, por ser llanos los países, á quien llamaban, como luégo supieron, el valle de Guaca, que quiere decir valle del Diablo, porque así le llaman aquellos indios, tierra muy rica y de grandes minerales de oro á una y otra parte de sus cordilleras, aunque toda esta tierra en común es la que dejamos dicho se llamaba Zenúfana.

2.º El Rey y señor de esta Provincia se llamaba Utibara, hijo de Anunaibe, que también había sido señor de ella, porque aquí heredaban los hijos. Este Utibara tenía un hermano, que se llamaba Quinunchú, que á la sazón era su Lugar-Teniente sobre todos los indios montañeses de las sierras de Abibe, los cuales, entre los tributos que le daban de oro fundido y en joyas y muchas mantas, le proveían sus despensas de muchos puercos zahínos, que son los que tienen el ombligo en la región de los riñones, y otros que llaman de manada, frescos y disecados en barbacoa, mucho pescado, aves, curíes, conejos y otras cosas de la tierra. Cuando salía á la guerra ó á dar vista á estos valles y poblaciones de sus vasallos, iba acompañado de grandes escuadrones de gente con sus armas, en hombros de valientes y principales indios, en andas tachonadas de oro. Eran las señales de sus trofeos y victorias las cabezas de sus enemigos colgadas á la puerta de sus aposentos, cuyos cuerpos yá se habían comido, lo que también tenían por privilegio sus Capitanes, que aquella gente toda es carnicera de carne humana, sin escapar ninguno de los que habían á las manos en guerras ó en otra ocasión que no se lo comiesen, como no fuesen naturales de su pueblo; ceguera miserable en que los tenía puestos el Guaca. Servíase Utibara de muchas mujeres, y los demás tenían las que podían sustentar; su religión era adorar al Demonio en grandes y bien formados templos, donde se les aparecía en varias figuras, en especial de tigre, cuando los quería amenazar y meter en temor.

3.º Con el que nuestros españoles tenían respecto de lo que hemos dicho, y para enterarse más de la tierra donde estaban, determinaron estarse ocultos hasta otro día, que al romper del sol bajaron con buen orden hasta meterse en las primeras poblaciones, sin resistencia que por entonces les hiciesen los indios, que admirados de que pisase sus tierras gente tan nueva, así por sus aspectos como por los caballos, de quien se espantaban en oírles relinchar y resollar, les daban el maíz y comida que podían, estando tan sin ánimo del espanto, que temblaban en verse delante de ellos. Hablóles el Capitán César con la lengua que llevaba, que, aunque no del todo, entendía algo de ella por los contratos ordinarios que solían tener los de esta Provincia con otras; pero supliendo lo que faltaba en la lengua las amorosas acciones con que Capitán y soldados los regalaban, se iban esforzando, perdiendo el miedo y trayendo grande abundancia de mantenimientos, con muestras afables de que no se fiaba César, como

Capitán vigilante y diestro, para no velarse sin punto de descuido, viendo también la flaqueza de su gente en número y fuerzas y ambas estas dos cosas muy acrecentadas en los indios de que se veía cercado. En los tres ó cuatro días que se detuvo el César reformando su gente aquí, tuvo tiempo Utibara de saber de la llegada por sus tierras de nuestros españoles y de informarse de la gente que eran, caballos y armas, y determinarse á salirles á la resistencia. Hizo juntar veinte mil guerreros, según dice Cieza, de quien debió tomarlo Heredia, aunque en otros he visto que sólo eran diez mil y en otros dos mil, si bien cualquier número de éstos era notablemente excesivo para el poco de los nuéstros, que aunque Herrera dice eran sesenta y tres, Cieza no ser más que treinta y nueve y trece de á caballo.

4.º Comenzó á despuntar al cuarto día este ejército de Utibara por la cumbre de una sierra, á donde les dieron vista nuestros soldados, que á no destemplarse el gusto en verse tan pocos, lo fuera muy grande ver el innumerable ejército de salvajes en tan compuesto orden y disciplina militar, tan relumbrante y de brillantes joyas y patenas de fino oro á los rayos del sol, con tan levantados penachos de rica y vistosa plumería, con que mostraban apariencia de acrecentada corpulencia sobre la mucha que tenían. Oíanse innumerables instrumentos de guerra, con confuso estruendo de caracoles, flautas, fotutos, tambores y otros á su modo, cargados de arcos y flechas, hondas, macanas y lanzas; acompañábalos gran suma de mujeres con ollas y cargadores para cargar y cocer la carne de los nuéstros, teniendo por cierta y segura la victoria, por verse en tan crecido número los bárbaros, á quien gobernaba el Quinunchú, porque del Utibara sólo era presidir, cargado, como hemos dicho, en sus ricas andas, en hombros de sus más principales. Bajaron todos hasta lo llano y ponerse en frente de los nuéstros, que habiendo primero encomendado mucho á Dios, de rodillas, como á Señor de las batallas, la que les era forzoso dar á aquellos indios, no confiando en su flaqueza sino en el poder de su divina mano, embistió César el primero, con Martín Yañez Tafur y Juan de Céspedes á sus lados, al primer escuadrón que se les iba llegando, y siguiéndole los demás de á caballo, que cuando mucho eran hasta veinte, y á éstos los peones, comenzaron á hacer tal estrago en los indios, y el César cosas tan valientes y dignas de tal nombre, que en poco rato, atropellando á unos, matando á otros, yá les eran los cuerpos muertos notable estorbo para ofender á los vivos y defenderse á los nuéstros. Andaba el César en su flaco caballo, que parecía tenía fuerzas milagrosas, tan veloz de una parte á otra animando sus soldados, que se aparecía como instantáneamente al cabo de cada uno de ellos, yá sacándolos de peligros, yá esforzándolos con voces contra las infinitas que daban los bárbaros, haciendo empleo de sus feroces golpes en los contrarios que veía más alentados, y así caían al

golpe de su lanza y espada los más granados al un lado y al otro, entrándose con diligencia entre los bárbaros y con la misma recogiéndose á los suyos, bríos y sucesos tales en cuanto intentaba, que pudieran anublar el sol del otro Julio César, que tánto celebra la antigüedad.

——

CAPÍTULO III

1. Mata César á un hermano del Utibara que gobernaba los indios, con que desmayan todos y alcanzan victoria los nuéstros—2.° Despojan á los indios muertos de las joyas que tenían, y sacan de una sepultura cien mil pesos de oro—3.° Tiene noticia César de que Utibara hacía de nuevo gente contra él y determina volverse—4.° Relación que dió un soldado á la Real Audiencia de las riquezas del Dabaibe y de sus entradas para buscarle.

QUEDABA fuera de sí Utibara viendo desbaratada tanta multitud de los suyos con las valentías de tan pocos hombres flacos y de cuerpos debilitados, de que no menos se admiraba su hermano; pero sin perder un punto de ánimo, recogiendo muchos de los que yá se iban retirando de la batalla, formó un escuadrón de largas lanzas, tan cerrado, que embistiendo con él á los nuéstros, les hacía perder tierra, y aun se conocía traer yá la mano floja en su defensa, porque en ofender de los bárbaros parecía imposible, pues embistiéndoles el César con algunos otros, no le fué posible romperlos, por tener todos afirmados los cuentos de las lanzas en la tierra y las puntas á la vista de sus contrarios. Bramaba el César en ver tanta resistencia, y levantando el corazón al cielo, poniendo en él su pensamiento, lo tuvo de embestir con el Quinunchú, que gallardeándose entre todos, era la fuerza de toda la batalla, y así, hallándolo en acomodada distancia, puso los piés sobre los estribos y arrojóle la lanza con tanta destreza, que le pasó el cuello por la garganta, de que cayó luégo muerto y con él el ánimo del resto de su ejército, de suerte que no teniéndole para resistir más á los nuéstros, cada cual, habiendo levantado primero un lastimoso alarido, á más coger procuró asir de él, porque no viniese el cuerpo á poder de los nuéstros, y lo llevaron á su hermano Utibara, que lo recibió con sentimiento notable, mandando á todos se fuesen retirando, como él también lo hizo á pié, por haber mandado que llevasen en sus andas el cuerpo de su hermano. Quedaron con esto los nuéstros todos con vidas, aunque todos con heridas, ninguna de peligro, pues ninguno murió, y libres de la ocasión de tantos contrarios, aunque no sin milagro, como todos afirmaban,

diciendo que vieron una lucida visión en el aire que favorecía á los nuéstros, que según les parecía, era el apóstol Santiago, patrón de nuestra España.

2.º No se desordenaron los nuéstros de estar á pique de guerra, no obstante el gran cansancio con que quedaron de la pelea é insufribles calores, hasta que vieron que habían traspuesto la cordillera todos los indios, que entonces, hincados de rodillas y reconociendo haber sido la victoria puramente de la mano de Dios, le dieron infinitas gracias por ello y haberles sacado con las vidas. Despojaron luégo á los que quedaban sin ellas, habiendo á las manos gran cantidad de joyas de oro, diademas, chagualas, orejeras, casacuríes, brazaletes, y aun muchos de ellos traían capacetes del mismo oro, que por todo fué muy gran pillaje. Refeccionáronse con una ligera y sobresaltada cena, dieron abundante maíz á sus caballos y á más alerta que descuidado sueño pasaron en el mismo sitio tres días, en que no pareció un tan solo indio de guerra, sino fueron dos indios principales, que llegaron temblando á los nuéstros y sin levantar los ojos de tierra pidieron de parte del Cacique les dejasen llevar dos cuerpos de indios principales, muertos en la batalla, que luégo se les concedió, y preguntándoles que de qué tenían tan gran temor, respondieron: que de un hombre que andaba entre los de á caballo cuando peleaban, sobre un caballo blanco, con unas armas y espada resplandeciente, que era el que mayor estrago hacía en los indios, al cual no veían ahora allí entre ellos, ni aquel caballo entre los otros caballos, por donde quedando admirados los nuéstros, vinieron á decir que fué el Señor Santiago que los socorrió. Sólo hubieron á las manos una vieja, á quien con caricias y amenazas le pedían descubriese los enterramientos y sepulcros de todos los que morían en aquel valle, entendiendo sería allí lo mismo que les había sucedido en el Zenú. No les salieron estas diligencias en vano, pues por los medios ó de su voluntad se ofreció la vieja á enseñarles un sepulcro, tres leguas de allí, de donde decía podían sacar el oro que quisiesen. Viendo el César que estaba el peligro en la tardanza, alzando al punto ranchos, fueron siguiendo la vieja guía hasta llegar á un caudaloso río, que era necesario pasar, como se hizo, sin que lo estorbasen sus grandes aguas y furioso raudal, en que sólo peligró un Gonzalo Hernández, natural de Alcántara, que arrojándose en su caballo al agua con una india de su servicio á las ancas y no teniendo fuerzas para resistir y cortar las corrientes, se dejó vencer y se ahogó con los dos que llevaba encima. Estando todos á la otra parte á poca distancia de su margen, les enseñó la vieja una losa llana y bien labrada, que era tapa de la sepultura, que quitándola, fueron bajando los escalones que tenía, y alumbrándose con mechones que llevaban de resina, hallaron dentro un bien labrado sepulcro de cantería, á manera de bóveda, que debiera de ser de algún gran señor calificado de aquellas provincias, donde descubrieron entre

los huesos de los muertos y otros escondrijos de sus paredes tan gran cantidad de oro, que llegó lo que se manifestó á cien mil pesos de buen oro, sin lo que cada cual de los que entraron sacó escondido.

3.º Íbase acercando aprisa la noche, en que pudieran ser sentidos y dar sobre ellos los indios, y así determinaron los nuéstros, viéndose con tan buen pillaje, no detenerse en los rebuscos, sino salir á campo raso para todo acaecimiento. Llegaron con este cuidado á la margen del río, donde hicieron noche con alertas centinelas, hasta que al romper del alba, habiéndose informado que había otras muchas sepulturas y tan ricas por todas aquellas tierras, lo fueron pasando y tomando la vuelta de su primer alojamiento. Hubieron á las manos en el camino otra vieja, que preguntándole por cosas de la tierra, les dijo cómo toda ella se juntaba por orden de Utibara para dar sobre ellos, que no fué menor bien el que les hizo que la otra, pues el aviso y oro con que se hallaban y poca salud y muchas enfermedades hizo á los nuéstros determinarse en tomar la vuelta de Urabá, como lo hicieron, aunque por diferente rumbo que habían ido, siendo guía un soldado llamado Pablo Hernández, baquiano yá de aquella tierra, por ventura, desde los tiempos atrasados de Pedro Arias, y así en diez y siete días volvieron al pueblo de Urabá ó San Sebastián de Buenavista, ricos á su parecer de oro, bien informados de mayores riquezas de la tierra que dejaban, aunque flacos y amarillos y con pérdida de muchos de los que salieron en su compañía en los nueve meses y más que había habían salido y había entrado el año de mil quinientos treinta y siete. Súpose después por los soldados que fueron con Pedro de Vadillo (según dice Cieza), que le dijo la misma vieja que le enseñó esta sepultura, haber otra muy más rica cerca, poco más adelante, á que no se quiso detener el prudente Capitán César, por lo dicho; la cual y otras que no debieran de ser de poco caudal, hallaron sacadas los de Vadillo, y dice el mismo Cieza que le dijo una india que servía á un soldado de su compañía llamado Bautista Zimbrón, que luégo que volvió las espaldas el César á aquella tierra, se juntaron todos los principales de ella, y hechos sus sacrificios y ceremonias, consultando acerca de lo sucedido y que les podía suceder con hombres semejantes, les apareció el diablo (que como hemos dicho le llaman en su lengua Guaca) en figura de un fiero tigre y les dijo que aquellos cristianos habían venido de la parte del mar y que presto volverían otros muchos con ellos, que ocuparían y se enseñorearían de la tierra, por lo cual sería bien se previniesen de armas para la defensa, y que habiéndoles avisado esto, desapareció; con que comenzaron luégo los indios á prevenirse de armas y sacar gran suma de tesoros de las sepulturas, que (según divulgó la fama y lo divulga hasta hoy) lo llevaron á la provincia y gran santuario del Dabaibe, á cuyas noticias se ha levantado muchas veces la tierra de Car-

tagena y la de Antioquia, aunque sólo hasta hoy se han quedado con ellas y con algunos rastros, y por si alguno en algún tiempo tuviere bríos para seguirlos con buena suerte de hallar esta famosa casa y santuario del Dabaibe, no me pareció fuera del intento poner aquí un memorial que dió á la Real Audiencia de este Nuevo Reino de Granada, el año de mil quinientos noventa y cuatro, Gonzalo Rodríguez Delepe, vecino de Timaná, gran baquiano de aquella tierra, que dice así:

4.º "Señor: Caminando desde Cartagena á Nombre de Dios, tierra á tierra, está un golfo de mar que entra veinte leguas la tierra adentro y combate con el río del Darién: entrando por este golfo, antes de llegar al río, se harán á la mar y verán dos grandes farellones; frontero de ellos está una ciénega que tendrá cuatro lanzas, y entrando dentro, que siendo V. A. servido de ello, si se duda de mi verdad, me ofreceré á ir en prisión y con guardas hasta que se vea serlo. Envíese esta memoria al Rey nuestro Señor. Guarde Dios á V. A., como desea este su vasallo—GONZALO RODRÍGUEZ DELEPE."

CAPÍTULO IV

1.º Trátase del río Darién, su nacimiento y alturas—2.º Divide una cordillera los ríos de Darién y Cauca—3.º Envía Don Pedro de Acuña, Gobernador de Cartagena, á descubrir un brazo del río Darién, que dicen va á dar al Mar del Sur—4.º Fondo y anchura del río Darién y su corriente hasta el Mar del Norte.

NO pudiendo excusar esta historia el tratar del gran río del Darién (á quien tantas veces hemos nombrado), por partir él los términos de la Real Audiencia de Santafé con la de Panamá por la banda del Occidente, me pareció ser éste el lugar más á propósito para con más luz ir tratando de él en lo que se siguiere y le tocare de la historial, que no puede dejar de ser mucho; y así digo que en cuanto á su nombre, no sabiendo otro más fundado principio por qué se haya nombrado del Darién, pienso que correría con la razón común con que han corrido el poner nombres los españoles á las demás cosas que han descubierto en estas Indias, que era de ordinario dejarlos con el nombre del Cacique ó señor que hallaban en las tierras, y así pienso que los primeros que descubrieron sus bocas, como fueron Rodrigo de Bastidas, el Capitán Alonso de Ojeda, Vasco Núñez de Balboa y el Bachiller Enciso, debieran de hallar en las islas de sus bocas ó en la Tierra firme algún Cacique ó señor que se llamaba Darién, como sucedió en la misma senda á la parte que hoy llaman Urabá, por un Cacique que hallaron allí de este nombre, como dejamos dicho y en lo de las tierras de Abibe, y así ha corrido el nombre de todo el río hasta hoy, á lo menos lo descubierto de él desde sus bocas, que han sido más de ciento treinta leguas, porque de allí para arriba, que lo han ido descubriendo á pedazos, tiene otros varios nombres, según las provincias de indios que han hallado á sus márgenes ó por otros accidentes. La grandeza de este río no es tanta como el de la Magdalena cuando entra en el mar, porque, como hemos dicho, entra juntamente con el de Cauca, pero será tan grande como uno de los dos al juntarse; corre del Sur muy paralelo con la Equinoccial al Mar del Norte, donde entra en la ensenada de Acla por cinco bocas que hasta hoy están descubiertas, divididas por ocasión de cuatro islas que le hacen frente á su entrada; otros dicen entra por siete y deben de ser algunos caños por donde se divide á llenar algunas ciénegas; entra en el mar ó ensenada en altura de longitud del meridiano de Toledo (que es desde donde tomo la medida en todas las demarcaciones de esta historia) en sesenta y cuatro grados y ocho y cincuenta minutos de latitud. La graduación de sus nacimientos no la podemos dar tan puntual, pero puédesele asignar la que tiene la villa de Cali, que son setenta y dos grados y diez minutos de longitud, dos y cuarenta minutos de la-

titud, porque aunque hasta hoy no se han podido descubrir puntualmente sus nacimientos, es cosa cierta que son á las espaldas de la cordillera de la ciudad de Anserma, detrás de los farellones de Caramanta, á la banda del Sur, donde le nombran el río de San Francisco.

2.º Corre derecho desde aquí á donde hemos dicho, con muy pocas vueltas, que por ser río caudaloso atropella con sus muchas aguas por todas las dificultades que se le oponen para no ir su camino derecho, propiedad de todos los ríos grandes, como dijimos del de la Magdalena, que el año de mil seiscientos tres, por parecerle ser mucha flema para la prisa que él lleva de llegar al mar dar cierta vuelta en el paraje á sesenta leguas arriba de la villa de Mompox, rompió un gran cerro é hizo su curso más derecho; así como dijimos que dividía los dos grandes ríos de la Magdalena y Cauca una valiente cordillera, tierras de los indios Pijaos, Paeces y otras innumerables naciones, así dividen estos dos grandes ríos Cauca y el Darién otras cordilleras tan ásperas, encrespadas y dificultosas, que son las que hay en la Gobernación de Antioquia, y más cercanas á él las que hemos dicho de Abibe, dichas así de los españoles por la razón que dejamos apuntada en el capítulo pasado, que es un ramo de aquella gran cordillera que corre desde el estrecho de Magallanes por todo el Perú hasta el Mar del Norte, de quien hemos tratado tantas veces; de esta gran cordillera va recogiendo las aguas, por la parte que miran al Poniente, este gran río Darién, de que acrecienta las suyas ayudándose de las que le entran, aunque son pocas, por la parte del Poniente y distrito de la Audiencia de Panamá, porque al Levante le demoran las sierras que hemos dicho de Abibe, que también corren al Norte con mucha inclinación al Poniente; su ordinaria anchura es de veinte leguas, y de ahí abajo hasta quince. No faltan en ellas poblaciones de indios, es tierra muy lluviosa y por esto de muchos ríos, todos de oro, de que no gozan poco sus moradores.

3.º Las primeras provincias que baña este río son las de los Chocoes, Naonamas y Cirambiraes: á pocos pasos de donde nace son crecidísimas sus aguas por las muchas que luégo le comienzan á entrar, y á sus parejas y á que va bien crecido corre otro famoso río al Mar del Sur, que los divide una tan pequeña cordillera, que han querido decir algunos que es brazo de este río Darién, que allí se divide caminando una parte al Mar del Sur y otra á la del Norte, aunque otros ponen esta división á ciento cuarenta leguas de sus bocas, en la ensenada de Acla; pero todo esto hasta hoy se está en noticias ciegas, aunque por salir de ellas puso gran diligencia Don Pedro de Acuña, Gobernador de Cartagena, el año de mil quinientos noventa y ocho, enviando una barquetona grande llamada "La Napolitana," con doce soldados y otras buenas boyas, por cabo de todas á Juan Rodríguez Bermejo, Alguacil Real de las

galeras de aquella ciudad, con orden que fuesen navegando por este gran río Darién, hasta hallar esta subdivisión que publicaba la fama. Navegaron desde diez y seis de Febrero del año dicho, que entraron por la segunda boca á la parte del Poniente, hasta ciento treinta leguas río arriba (como á mí me informó en Cartagena el año pasado uno de los soldados que iban en esta compañía), sin que topasen indios de consideración en todo el viaje, hasta que habiendo pasado el río que llaman de Oro Mira ó de Oro Menor, de cuyas arenas se ha sacado gran suma de oro, que entra en el Darién á la parte del Poniente y del vallano de Baeza, que está á las ciento noventa leguas, y llegados á las ciento treinta, les mataron los indios seis españoles, por un gran descuido que tuvieron, con que determinaron volver el río abajo hasta llegar á Cartagena; con que se quedó con la misma duda la división al Mar del Sur de este río.

4.º El cual lleva de ordinario sus aguas clarísimas y saludables, por descolgarse todas de minerales de oro (excédele en esto al de la Magdalena, que siempre las lleva turbias y llenas de arena). Tiene de ancho por donde más un tiro largo de mosquete, y de fondo desde diez hasta catorce brazas, y más por alguna parte por donde se hace navegable con barcos y aun navíos de buen porte hasta más de ciento cuarenta leguas. Por esto y por poderse ayudar de velas, por ser limpias sus márgenes por la mayor parte y por ir tan manso hasta el paraje dicho, que parece que no corre sino es en tiempo de invierno, que se embravece y turba con gran exceso que inunda y empantana sus dos márgenes por ser llanas, á cuya causa se han hallado rarísimas poblaciones de indios, y éstas puestas las casas en árboles, hasta el paraje de más de cien leguas, puédese navegar de noche como de día, por no tener estorbos de palos ni troncos, por su mucho fondo. Las partes que tiene de montaña son de árboles muy claros y por la mayor parte de palmas, de que se hallan muchas especies muy diferentes. Navégase con la brisa el verano, que es por el mes de Abril; abunda de pescados de muchas especies, sabrosos y buenos; caimanes tiene pocos y pequeños respecto de otros ríos, y no suben más que hasta el paraje de ochenta leguas, y debe ser por ser sus aguas frescas, cosa que aborrecen mucho estos fieros animales. Más son las sabanas que serranías de sus márgenes, en que se crían mucha diferencia de animales y aves. Serán sus corrientes desde que nace hasta que entra en el mar, distancia de casi trescientas leguas, de grandes poblaciones á una parte y otra desde el río de Oro Mira para arriba, que está á las ochenta leguas de su boca; en especial la parte del vallano á la parte del Poniente, opuesta á la de los Chocoes, que está al Levante, llena grandes ciénegas á sus márgenes cuando los inviernos crece. Esto es lo que hasta hoy se puede decir de este gran río Darién.

CAPÍTULO V

1.º Dan quejas algunos vecinos de Cartagena contra el Gobernador á la Real Audiencia de Santo Domingo—2.º Viene por Visitador el Licenciado Vadillo y prende al Gobernador y á su hermano—3.º Secuéstranles sus bienes y hácense otras diligencias contra ellos—4.º Muere el Obispo de Cartagena y trata Vadillo de enviar á César, su Teniente, al Dabaibe.

MIENTRAS el Capitán César hizo esta su jornadilla, hubo mil disturbios en la ciudad de Cartagena, porque los vecinos de ella, estomagados y aun ofendidos de las cosas del Gobernador, se quejaron á la Real Audiencia de Santo Domingo, cuya jurisdicción entonces se extendía á todo lo poblado de españoles en islas y Tierra firme, para poder poner y quitar Justicias y Gobernadores y tomar Residencias y visitas, según viesen ser necesario, lo cual después se les cercenó cuando se fueron fundando otras Audiencias y la jurisdicción de tomar residencias, reservando esto para sí solo el Real Consejo de Indias, como hoy lo tiene. Uno de los Oidores que en esta sazón estaba en aquella Real Audiencia se llamaba el Licenciado Juan de Vadillo, muy pariente del otro Pedro de Vadillo, que dijimos en nuestra primera parte había venido á gobernar á Santa Marta, por muerte del Adelantado Rodrigo de Bastidas, y traído por su Teniente General al mismo Pedro de Heredia, por la grande amistad que había entre los tres en la ciudad de Santo Domingo, de donde, como dijimos, á la sazón era vecino el Pedro de Heredia, que procuró conservar esta amistad con cartas y otras demostraciones, aun cuando ya era Gobernador de Cartagena, en la cual, fiado el Oidor Juan de Vadillo y á la fama de las grandes riquezas de la ciudad de Calamar ó Cartagena, le remitió dos sobrinos suyos desde Santo Domingo, para que á su amparo hallasen mejor ventura y enriqueciesen, como otros lo habían hecho, en los descubrimientos de tan ricas sepulturas. Recibiólos con agasajo el Pedro de Heredia, y habiéndolos enviado á una de las jornadas que hemos dicho, para que se valiesen por sus manos á vueltas de los demás que murieron en ella, pasaron de esta vida, de que salió fama entre los émulos del Gobernador que habían muerto de malos tratamientos que les habían hecho, lo que no fué de menor disgusto cuando llegó á los oídos del Juan de Vadillo en Santo Domingo, que llegar á perder la amistad con el Gobernador.

2.º Ofreciéndose, pues, ahora que aquella Audiencia le nombrase por su Juez de Residencia, por los agravios representados por los vecinos, llegó con sus recaudos á la ciudad de Cartagena, donde fué bien recibido, trayendo por su Teniente General á Fernán Rodríguez de Sosa, portugués, caballero del hábito

descrito (á quien después degolló en la Gobernación de Antioquia, juntamente con el Mariscal Jorge Robledo, el Adelantado Belalcázar, como veremos), por su Alguacil Mayor á un Pedro de Jureta y por Escribano á un Juan Rodríguez, que después en su Residencia condenaron por falsario. Pregonada la visita y secuestrados los bienes del Gobernador, que por algún camino halló pertenecerle, lo envió á prender con su Teniente, en compañía de un Cáceres y otros soldados, al pueblo de Urabá, donde, como dijimos, se quedó cuando despachó al César á su jornada, que habiendo tenido noticia de la venida del Licenciado Vadillo á la ciudad, se embarcó con su hermano para venir á ella, á tal tiempo que se encontraron con los que le iban á prender, y conociéndose, le dijo el Cáceres que se pasase á su bergantín para servirle en lo que se ofreciese, á quien respondió el Gobernador que antes él se pasase al suyo, como lo hizo, que quería saber cosas de la ciudad, y habiéndolas sabido, respondió no darle mucho cuidado la visita, por tener por su amigo al Oidor, que lo disimuló bien, pues apenas hubo llegado al pueblo, cuando puso á los dos hermanos en tan ásperas prisiones y cárcel, que el Alonso de Heredia, por haberla tenido más larga, quedó tan tullido, que por todo el resto de su vida no le faltaron sentimientos en las piernas.

3.º Apretaba el Oidor cada hora más las diligencias para descubrir la hacienda y oro que publicaba la fama tenían escondido los dos, prometiendo al descubridor de diez uno y dando tormento á sus esclavos y criados, que por redimir su vejación fueron descubriendo unos por una parte y otros por otra al pié de cien mil pesos de buen oro, fundidos, marcados y pagados quintos que los dió por perdidos y envió al Emperador á Castilla, los cuales se lo volvieron á dar al Don Pedro de Heredia cuando se hubieron visto sus pleitos y la poca justificación que tuvo el habérselos quitado, porque el Rey, de quien dimana la justicia en la tierra, no consiente injusticias, aunque parezca van dirigidas en pro de sus cofres Reales, pues lo contrario yá no le fuera pro sino daño. Intentó también dar tormento al Alonso de Heredia, y saliera con ello si no le tuviera recusado y lo contradijera su acesor, el Licenciado Martín Rodríguez, hombre de temerosa conciencia, lo que no juzgaban tener el Escribano, pues al examinar los testigos no iba á las palabras que decían, sino al sentido de la confesión, que á él le parecía más acomodado para contra los residenciados, ó para abrir puerta para acrecentar los caudales suyos y del Juez, que no dejaba ninguna ni vado que no tentase Vadillo para esto, pues se atrevió á enviar á Baltasar de Ledesma y á un Montemayor, Capitanes, con alguna gente, á cazar indios, como dicen, ora fuesen de guerra, ora de paz, para hacerlos esclavos, por usarse en aquellos tiempos con tanta ofensa de Dios y del Rey, que si dió algunas licencias para que hiciesen algunos indios esclavos,

eran con tantas limitaciones y condiciones, que si todas se cumplieran, como no lo hacían, no hallaran causa justificada para hacer uno tan solo esclavo; pero fuese lo uno ó lo otro, sin mirar mucho en esto, estos dos Capitanes trajeron en veces gran suma de indios, pues de sólo el pueblo de Zipacuá (de quien yá hemos tratado) sacaron más de quinientos indios, hombres y mujeres, de todas edades, que envió por esclavos con los demás á la ciudad de Santo Domingo, donde tenía fundadas sus haciendas, para que sirviesen en trapiches, labranzas y crianzas y aun para que se vendiesen algunos.

4.º Las cuales insolencias y otras muchas y aun las del Gobernador, no pudiendo sufrir ni llevar á paciencia el cristiano pecho del Obispo Fray Tomás de Toro, las escribió apretadamente al Rey, que tuvieron el efecto que después veremos, por el gran crédito de su buena y ejemplar vida que tenía el Obispo en el Real Consejo, como se echó de ver en lo que sucedió en estos tiempos, pues velando la ciudad las postas que estaban de ronda, cierta noche vieron desde las garitas grandes resplandores en una parte de ella, que les pareció ser algún incendio, que diciéndolo á la mañana, hallaron haberse engañado en su imaginación, pues fueron los resplandores en la casa del Obispo, que dió su alma á Dios aquella noche, con opinión de gran siervo suyo. Estas cosas fueron la razón por qué cuando el Capitán César llegó de su jornada á San Sebastián de Buenavista, lo halló medio despoblado y sin el Gobernador allí, y así, sabiendo el estado de las cosas, se volvió á embarcar, y llegando á deshoras á la ciudad, fué lo primero á visitar al Gobernador en la cárcel, cubierto con la capa de la noche, á quien mostrándose apesarado de su aflicción, le entregó lo que según buena cuenta le había cabido de parte de la jornadilla, ofreciéndole el resto que á él le había quedado y á los demás soldados, que con voluntad de todos llevaba licencia para hacerlo. No le fué de poco gusto y provecho al Gobernador esto, pues junto con el mucho caudal que él tenía, le fué de gran importancia á sus negociaciones en España, para donde se embarcó de allí á pocos días, no faltándole trazas para soltarse de la cárcel para el efecto. Fué al romper del día Francisco César á hablar al Visitador, que le recibió con muy buen agasajo y demostraciones de amistad, por desearle ver días había para conocer las buenas partes que la fama publicaba de él y saber del suceso de la jornada, que contándoselo y las noticias que traía de las riquezas de la tierra y sepulcros de Utibara, picó de tal suerte en la codicia el Licenciado Vadillo, que se determinó á que se volviese á hacer entrada á aquella misma tierra, para lo cual le hizo su Lugar-Teniente al César, asegurándole toda buena comodidad, pues yá todo aquel Gobierno corría por su cuenta, estando los Heredias en tal estado que yá no se hacía ninguna de ellos, y que él tomaba á la suya sus acrecentamientos, de que el César se mostró agradecido y pro-

metió no faltarle en lo que se le ofreciese, comenzando luégo á hacer demostraciones de esto, disponiendo lo conveniente á la jornada, yá como señor de ella.

CAPÍTULO VI

1.º Tiene noticia el Licenciado Vadillo que le venía Residencia y determina ir en persona á la jornada de César—2.º Capitanes y otros Oficiales y soldados que fueron con Vadillo á esta jornada—3.º Siguen su viaje y dánles ciertos indios una guazabara—4.º Llegan al pueblo de Abibe, despéñanse unos caballos y padecen otros trabajos.

NO fueron tan pocos los días que se gastaron en lo que hemos dicho, que no fuese yá bien entrado el año de mil quinientos treinta y siete, en que hubo tiempo para haber llegado, por las cartas del Obispo y otras relaciones, al Real Consejo las cosas del Licenciado Vadillo, ó por ventura por haber llegado yá allá también el Don Pedro de Heredia, después que se soltó de la cárcel, y para que llegasen nuevas ciertas á la ciudad y Audiencia de Santo Domingo de cómo le estaba nombrado por Juez de Residencia el Licenciado Santa Cruz y yá para venírsela á tomar, de lo cual siendo avisado el Licenciado Vadillo por sus amigos y confidentes de la misma ciudad y Audiencia, y que lo más acertado sería meterse la tierra adentro y aplacar al Consejo con algún gran servicio que se le hiciese al Rey, sintiéndose no del todo libre de émulos y de sus cosas, determinó ir él en persona á la jornada que se iba disponiendo, aunque no falta quien diga haberse determinado á esto por irse á aquellos grandes Reinos del Perú, para probar mejor ventura entre aquellas grandes riquezas que eran piedra imán de tántos y probar si de camino podría sacar algún tesoro de aquellas sepulturas de que el César y sus soldados habían dado noticia; no contradice poder ser lo uno y lo otro. Dispúsose con esta determinación más á prisa la jornada con todos los pertrechos de guerra que les pareció ser necesarios de armas ofensivas y defensivas, el mayor número que se pudo de caballos, aunque me parecen muchos quinientos, que dice cierto autor que eran los que llevaban, porque hoy, con hacer noventa años que se pobló la ciudad, no se hallaron quinientos en su término, por no haber cría de ellos ni ser las tierras acomodadas á esto, pues por la parte del Norte y Occidente cerca á esta ciudad la mar, y por la de Oriente y sus montañas tan bravas y espesas desde la misma ciudad, que no hay donde soltar una cabalgadura fuera de las calles, y si algún caballo tienen en ella de raza ilustre, se baja de este Nuevo Reino con gran trabajo ó se llevan desde las ciudades de la laguna ó Río de la Hacha con grandes costos por tierra y mar, como las

mulas para el servicio; cuánto menos serían estos caballos en aquel tiempo, cuando sólo había tres ó cuatro años que era fundada la ciudad, y este Reino no era aún descubierto, y todos los que tenían se traían en las naves de la isla de Santo Domingo ú otras partes, y esto se ve claro que aunque fuesen muchos no podían ser tantos, pues ni aun donde mantenerlos tenían en la ciudad, y las sabanas de Yapel, Zenú y Tolú, donde al presente tienen entabladas algunas crías de ellos, estaban entonces ocupadas con sus dueños, indios innumerables, como hemos visto; pero pudo ser que al husmo de las riquezas de esta ciudad, que á la sazón publicaba la fama, embarcasen para allí muchos de estos animales, porque se cumpliese la emblema del otro, que "un asno cargado de oro sube una lanza arriba," para decir que el dinero imposibles facilita, como lo hizo en la disposición de esta jornada, en que dicen se gastaron más de cien mil pesos.

2.° Iban gran número de negros y negras, pues eran más de ciento, indios é indias de servicio; su Teniente General fué el que había asignado, Francisco César; Maese de Campo, Juan de Viloria; su Alférez Mayor, Don Alonso de Montemayor; Capitanes de infantería, Don Antonio de Rivera, natural de Soria, y el Tesorero Alonso de Saavedra, natural de Tordesillas, de los demás Oficiales y soldados. Iban muchos caballos y gente noble, como el Comendador Hernán Rodríguez de Sosa, Lorenzo Estupiñán de Figueroa, natural de Jerez; Alvaro de Mendoza, de Don Benito; Martín Yañez Tafur, de Córdoba; Melchor Suer de Nava, de Toro; Arias Maldonado, de Salamanca, y Baltasar de Ledesma, Antonio Pimentel, de Mayorga, Alonso de Villacreces, de Sevilla; Pedro de Cieza, de León de Llerena, que fué el que escribió la crónica del Perú; Francisco de Mojica Escuadra, un Medina, otro Noguerol, francés, que fué el primero que murió de estos soldados; por adalid Pablo Hernández, gran baquiano y diestro en todas jornadas; Juan de Frades, extranjero; Portalegre y un Alonso Pérez, y otros muchos caballeros é hijosdalgo y gente común, que por todos eran trescientos cincuenta, que los más fueron aviados á su propia costa, sin que se olvidasen de cuatro sacerdotes, uno de los cuales se llamaba Francisco Frías, y buen recado para decir misa, porque no faltase quien administrase los Santos Sacramentos y predicase á los naturales que se fuesen descubriendo. Con todo este aparato y gente de guerra salió de Cartagena el Licenciado Vadillo, más de mediado el año de treinta y siete, con que algunos dicen fué en sus principios, lo que me parece no concuerda con el cómputo que llevamos; y dándose á la vela en un bergantín y otras fustas con viento golerno, dando vista á San Sebastián de Urabá, pasaron á desembarcar á la bahía y puesto donde dijimos había tenido su ranchería Julián Gutiérrez, en que se gastaron y en disponer las cosas al viaje de tierra, cuatro días.

3.º Después de los cuales comenzaron á marchar la vuelta de Urabaibe, pueblo grande y antiguo de los naturales, aunque á la sazón retirados al monte. Llevaban muchos soldados sus caballos cargados de harina de maíz, temerosos de la falta que podía haber de ello en los desiertos que sabían habían de pasar, que no les fué poco útil. Desde estas poblaciones pasaron adelante hasta llegar al río que llamaban de los Gallos, donde se ranchearon algo de asiento por haber hallado algunos rastros de naturales, que fué siguiendo el adalid Pablo Hernández, con alguna gente, á quien á pocos días fué siguiendo la del ejército, hasta llegar al Río del Tigre, llamado así por uno que había muerto el César en el camino, porque aquellas mismas trochas había él llevado. Aquí los halló Pablo Hernández, volviendo con alguna gente presa y cuatrocientos pesos de oro fino, que no alegró poco el ejército, por ser el principio de las esperanzas que les hizo emprender la jornada. Era gente la que trajo toda desnuda, hombres y mujeres, honestadas ciertas partes de su cuerpo, ellos con caracoles y ellas con ciertas pampanillas de hojas. Siendo forzoso á los nuéstros subir por las aguas de este río arriba, en una estrechura de barrancas altas y peinadas, lugar escogido de los indios bien á propósito: había tan gran emboscada de ellos en una y otra parte, que comenzando á pasar el ejército, lo pensaron hundir con dardos, flechas y pedradas arrojadas de tan buen brazo, que no sólo hacían pedazos las rodelas y abollaban las celadas borgoñonas, sino que quebrantaban cabezas, derribaban dientes, lastimaban brazos, con tanta fuerza, que les hizo retirar á los nuéstros por no poderlos ojear desde abajo, hasta que ciertos peones, amparados de sus rodelas, les ganaron las barrancas, y después de una pelea bien reñida, les hicieron que se valiesen de sus piés, viendo no eran poderosas sus manos para con las de los nuéstros. Matáronle aquí el caballo á Saavedra y quedando otros mal heridos, con la buena cura sanaron, como también sanó un trompeta herido, llamado Tiedra. Pasaron de aquí al Río de los Caricuríes y de allí al de las Monterías, hasta llegar al de las Barbacoas, donde se ranchearon de asiento, por ser menos malo el país que el que hasta allí habían andado en muchos días.

4.º Mientras descansaba aquí el ejército, salieron dos tropas por diversas partes y algunas noticias que les dió el Teniente César, una con Pablo Hernández y otra con el Capitán Mujica, con intentos de ir descubriendo la tierra y tomar algunas guías, y prosiguiendo cada cual por su paraje, vinieron á juntarse en un día en el pueblo de Abibe, llevando de camino entre ambos quinientos pesos de joyas de oro fino, aunque mal labrado. Dieron aviso desde allí al General Vadillo, que, levantando ranchos, hizo caminar el ejército hasta llegar al pueblo, donde se ranchearon por veinte días, reformándose gente y caballos de los malos caminos que hasta allí habían llevado, que lo habían sido

tanto, que por su aspereza y mal país habían muerto seis caballos despeñados, sin ser bastantes los reparos de empalizadas que se hacían en los peores pasos. Muchos soldados enfermos se escondían en las espesuras de los montes porque los sanos no los hallasen, esperando allí la muerte, teniendo aquello por menor mal que pasar adelante con tan inmensos trabajos, los cuales hacían huírse también los negros.

CAPÍTULO VII

1.° Salen del pueblo de Abibe y llegan al Valle de los Pitos con grandes incomodidades— 2.° Júntanse los indios de este valle y dan una guazabara á los nuéstros, de que quedan victoriosos—3.° Salen algunos á descubrir la tierra y percibir á un peñol en que estaba fortificado el Utibara—4.° Sube César el peñol y le hacen los indios tan gran resistencia, que le obligan á volverse.

DESPUÉS de los veinte días continuaron su viaje por tan continuados malos caminos de derrumbaderos por la aspereza de la tierra de Abibe, que el primer día se despeñaron otros cuatro caballos y la gente iba con tantas descomodidades, que todo lo que no eran despeñaderos eran pantanos y tremedales tan horribles, que los que pasaban los primeros se tenían por más dichosos, pues al paso que hallaban hollado el camino, crecían las dificultades de pasarlo, que á haber por aquellos países algunos indios, fuera fácil destruír mucha de nuestra gente, la cual se dividió en dos partes, ordenándolo así el General para más comodidad, tomando él á su cargo la primera, y el Capitán Viloria los rezagados. Siendo cosa imposible contar los innumerables trabajos que en estos parajes padecían todos, pondremos el dedo del gigante de ellos, para que por él se pueda sacar su grandeza, porque gastaban los días enteros en sacar los caballos con sogas de los cenagales, y á muchos cuando los sacaban, se les quedaban los basos y uña de piés y manos entre las raíces de los árboles, y los que se ocupaban en este ministerio salían tan encenagados todo el cuerpo como los mismos caballos. Sobresalió con tropa de gente el adalid Pablo Hernández á descubrir si hallaban tierra descubierta, que se la deparó Dios á dos jornadas, dando vista á un espacioso valle que llamaron el de los Pitos, por los muchos que había en él, que son unos animalejos al modo de chinches, aunque más nocivos. Avisó luégo al General del descubrimiento, con que fué caminando luégo el ejército hasta donde los esperaba Pablo Hernández, y haciendo allí rancheos la noche que llegaron, determinaron salir por la mañana al campo raso y á vista de las grandes poblaciones del valle; pero jinetes y caballos bien armados y prevenidos á todo acontecimiento.

2.º Admiráronse los naturales á la primera vista que dieron á los nuéstros, por no haber visto hombres ni bestias semejantes, pero como cursados en guerras, con facilidad se juntaron en escuadrones y sus armas ordinarias, procurando hacer frente en defensa de sus tierras á los nuéstros, que dando ¡ Santiago ! en ellos, hiriendo y atropellándolos con los caballos, señalándose entre todos el César, aunque con poca salud, les hicieron volver pasos atrás á los bárbaros y desamparar sus casas, en que se entregaron los soldados y hallaron gran copia de mantenimientos, con que determinaron ranchearse allí por algunos días, y por aguardar á Juan de Viloria que llegase con los rezagados, como lo hizo á cuatro días después de la victoria, con cincuenta y tres caballos menos, la gente toda fatigada, hambrienta y llena de cieno, que hacían poca diferencia los españoles de los negros. Después de haber acariciado el General á los recién llegados y socorrido la necesidad de la hambre y sabido que quedaban rezagados dos ó tres soldados desmayados y algunos negros, despachó á buscarlos á algunos de los más alentados, que sólo hallaron indicios de que los habían muerto indios salteadores que iban á la mira tras el ejército. Sabiendo esto el General Vadillo, despachó al Pablo Hernández con tropa de gente y orden para que castigase con todo rigor á los agresores, si los había á las manos, como sucedió, pues cogiéndoles el rastro dieron tan de repente sobre sus buhíos, que cuando volvieron sobre sí los indios, ya tenían muertos los nuéstros ciento cuatro, y trastornando sus casas, hallaron los retazos de los vestidos y carne de los miserables muertos, colgados en garabatos piés, manos y brazos y algo de esto á medio cocer, porque lo demás yá lo habían comido, como gente tan caribe. Recogieron la chusma de hijos y mujeres y algún oro, con que se volvieron al Real ; lo mismo hicieron el Capitán Noguerol y Carvajal, que habiendo ido á descubrir por otra parte y llegado á un valle que le llamaban Maurí, donde dieron de noche sobre algunos pueblos y recogieron algún oro y gente antes de ser sentidos de los demás, se volvieron al ejército.

3.º Después de veinte días que estuvieron en este Valle de los Pitos, en que se reformó gente y caballos, pasaron al de Maurí (toda tierra sujeta al Utibara), por hallarse el General más cerca del río y Valle de Guaca, desde donde deseaba que hubiese traza de reducir á la amistad de los nuéstros al Utibara, de grado ó de fuerza, el cual, conociendo lo que los nuéstros llevaban de gente y caballos, tenía tomadas las cumbres de una alta sierra, con gran número de guerreros, donde estaba fortalecido, teniendo consigo sus mujeres, hijos y tesoro. Habiéndose despachado una tropa de soldados con Pablo Hernández á descubrir tierra, se despachó también el Tesorero Saavedra con otros sesenta peones y diez jinetes, en demanda de ciertos pueblos retirados, de quien le daban noticia las guías; pero dejando ésta, determinó tomar la vuelta de los forti-

ficados con Utibara, los cuales intentos retardaron una gran tropa de indios, con quien encontró al pié de un reventón y pasada de una puente, que le pusieron en tanto aprieto, que le forzaron á enviar á pedir socorro al Licenciado Vadillo, que se lo despachó luégo con su Teniente Francisco César (aunque todavía mal sano) con veinticinco peones y cinco de á caballo. Llegado este socorro al Saavedra, determinaron subir, cubiertos de la noche, al peñol y fortaleza donde estaba Utibara, por senda tan estrecha y áspera, que se había de subir lo más gateando con piés y manos y á tan gran riesgo, que si escapaban de ella por cualquier lado, daban en despeñaderos de dos mil estados; pero al fin, pareciéndoles fácil todo lo posible, con el silencio de la noche comenzaron á embestir aquellas dificultades, trepando por el asperísimo reventón, la rodela á las espaldas y la espada en los dientes.

4.º De esta suerte llegaron á cierto llano, donde juntos tomaron algún aliento al amparo de algunos árboles, que con la oscuridad de la noche ayudaban á ocultar los más, hasta que salió el lucero, que dándoles muestras, se llegaba á más andar el día, yendo delante de todos el César por camino menos dificultoso que hasta allí, se hallaron antes que rompiese el alba en lo más alto, donde se hacía una ancha mesa bien poblada de muchas casas y atalaya de graciosas vistas por toda su circunferencia. Reportándose un poco los soldados, dieron ¡Santiago! yá entre dos luces de repente sobre los del pueblo, que como avispados ya de la ocasión que habían tenido con el César, y conociendo aquella gente nueva en su tierra, estaban tan alerta, que en breve tiempo se hallaron juntos innumerables indios con todas sus armas, gritas y algazaras, con que se trabó una pelea tan reñida entre cristianos y bárbaros, éstos con flechas, piedras, dardos y macanas y los otros con sus espadas, que en breve espacio no fueron pocos los heridos y muertos de los naturales; pero como iba recargando siempre más el número sobre los nuéstros, teniendo por imposible el vencerlos y ganar el peñol, tuvieron por cordura irse retirando con recato por la dificultad de la bajada, yendo haciendo rostro al ímpetu de los salvajes, en especial á la entrada de lo más angosto de la senda, donde el César hacía frente con gran valor á la multitud y deteniéndola con sólos cuatro compañeros. Viendo algunos indios de los más alentados ser tan pocos los cinco, tuvieron atrevimiento de embestirlos hasta venir á las melenas, que les salió mal, pues quedaron sin vida, con que quedando escarmentados otros, por no perderla, no se atrevieron á pasar hasta entrar en el monte, temiéndose de alguna emboscada. De esta suerte los fueron entreteniendo los cinco hasta que el resto de los demás tuvieron lugar de bajar á lo llano, porque entonces el César con sus compañeros se fué bajando tras los delanteros, habiendo hecho tan valerosos hechos en su defensa, que parecían imposibles á humanas fuerzas, y así se tiene por cierto que más fueron

divinas las que los escaparon hasta llegar á donde habían dejado los caballos, que fué tan á buen tiempo como era menester para defenderlos de más de mil indios que los tenían cercados y á los pocos soldados que habían quedado con ellos, intentando llevárselos á todos, aunque viendo venir á los demás soldados, les pareció á los bárbaros mayor seguro defenderse huyendo que peleando, que á detenerse el César poco más, los hallara á todos menos. Enviaron aviso de todo esto al Licenciado Vadillo, que lo recibió á tiempo que ya era de vuelta al Real Pablo Hernández con algún oro y gente; pasó luégo el ejército al puesto donde aguardaba el Teniente Francisco César, habiéndose ahogado un Santa Cruz con su caballo al pasar del río, que no causó poca pena á todos.

CAPÍTULO VIII

1.º El Cacique Utibara alcanza victoria de otro Cacique enemigo suyo llamado Tuatoque—2.º Prosiguen los nuéstros su viaje con grandes dificultades—3.º Vence Pablo Hernández á unos indios que le dieron una guazabara—4.º Llegan los nuéstros al Valle de Nore; dáles un indio noticia de tierra rica y pasan á descubrirla algunos soldados.

ADORABAN estos indios en grandes y bien fabricados templos, aunque de paja, al sol y al Demonio, que como padre de disensiones y que se complacía en el derramamiento de sangre humana, tenía tantas sembradas entre estos miserables, que pocas parcialidades había que no estuviesen encendidas en crueles guerras, siendo carnicerías los unos de los otros; pero entre los demás, quien más sangrienta las traía, como más poderoso, era el Utibara, con otro gran señor llamado Tuatoque, el cual aprovechándose de la ocasión de que los cristianos picaban al Utibara, subió una noche por una senda excusada que él sabía, con mucha gente, al peñol, y dándole un albazo de repente al Utibara, pensando estaría descuidado de él con el cuidado en que lo tenían los españoles, se trabó entre los dos una sangrienta batalla al romper del día, de la cual, después de muchas muertes de una y otra parte, escapó apenas el Tuatoque con algunos pocos de los suyos, dejando los demás muertos en lo alto y laderas, de que recibió tan gran coraje que propuso dar la paz á los nuéstros, pareciéndole camino cierto para por allí vengarse de su enemigo. Esto puso en ejecución viniendo en persona al Real de los soldados, trayéndole en joyas y oro fundido al General mil quinientos castellanos y cien indios cargados de comida, que recibiéndole todo con gusto el Vadillo y con más los intentos que le significó ofreciéndole acudir á ellos con su gente si el Cacique enviaba la suya al

cuarto día, como se hizo el concierto, se volvió á su tierra sin más volver al Real, aunque le estuvieron aguardando ocho ó diez días, al fin de los cuales hizo una plática á su gente el General, proponiéndoles sería acertado hacer asiento en aquella tierra, por ser rica y de buenos países y temples, hasta haber sujetado al Utibara, á lo que no vino su Teniente César, dando razones tan eficaces, como más baquiano que él y otros muchos, que no sólo se convenció á ellas el Vadillo, sino todo el resto de los demás Capitanes, con que de buen pláceme y común consentimiento determinaron pasar á los valles y tierra de Noro y Buritoca, para donde tenían buenas guías y publicaba la fama común ser muy más ricas y de mejores temples que aquellas de Utibara ó Guaca.

2.º Resueltos todos en esta determinación y levantando ranchos, fué prosiguiendo el ejército por donde los llevaban las guías, comenzando desde luégo á hallar en los caminos más dificultades que hasta allí, por ser de sierras más encrespadas, donde se les oponían tantos estorbos en pasos dificultosísimos, que era menester gastar mucho tiempo con barras y azadones, mejorando pasos, para poder pasar gente y caballos, que aun con todas estas diligencias á cada paso sucedían mil peligros. Echaba de ver el General la turbación de las guías y que por esto, ó por ventura por malicia, los llevaban desaviados; de suerte que los hubo de amenazar de muerte, por cuyos temores prometieron sacarlos á tierra rasa dentro de tres días, que no lo pudieron cumplir ni aun en otros muchos, hasta que en cierto paraje dificultosísimo de pasar, viendo en tanta aflicción al ejército el adalid Pablo Hernández, se adelantó con una razonable tropa y rompiendo por unas entretejidas y valientes malezas de balsares y monte alto, fué servido el cielo (cuya ayuda en las mayores dificultades les era propicia) que diesen con un camino mal trillado. Fuéronlo siguiendo hasta que de lejos dieron vista á algunas lumbres, que para certificarse de ellas alentados yá todos, subió uno á un árbol, desde donde á tres cuartos de legua dió vista á un gran río y á sus márgenes, ocupadas con grandes poblaciones y labranzas, de que se dió luégo aviso al ejército, donde todos dieron gracias á Nuestro Señor por verse yá cerca de salir de tanta miseria como iban padeciendo, en especial de hambre, de que se hallaban todos á las puertas de la muerte.

3.º Mientras con esta nueva comenzó á caminar el ejército, se determinó el adalid Pablo á pasar adelante con sus compañeros, enterándose más de lo que habían visto. Esto hicieron una mañana al rayar el sol, entrándose en lo llano y principio de las labranzas, donde encontraron inopinadamente con un valiente y bien formado escuadrón de indios tan fornidos, crecidos de miembros, bien armados y tan alentados (porque debieran de estar advertidos por sus espías de la gente que llegaba), que sin haber visto otra vez españoles ni

tener noticia de ellos, pensando que eran como los demás hombres sus comarcanos, les embistieron con valentísimo denuedo y demostraciones de saber menear bien las manos y armas, que eran largas lanzas y fortísimas macanas, aunque todo el cuerpo desnudo. Los nuéstros, que no llevaban un punto de descuido, advirtiendo que pedía la ocasión bríos y fuerzas de españoles, mostraron bien serlo entrándose con ellos con tan gran estrago, que en breve rato tenían yá muchos á sus piés, en que en especial se señalaban un Juan Ruiz de Molina y Juan de Frades, y el Capitán Alvaro de Mendoza, el cual, habiendo recibido en la rodela un tan gran macanazo que se la hizo pedazos y le dejó lastimado el brazo, cobró tan grandes bríos y coraje, que después de haber muerto al que le dió el golpe, hacía estragos en los demás como si fuera un león desatado entre ovejas. Andaba el Pablo Hernández como un viento socorriendo las partes más necesitadas; no les hacía perder un punto de su valentía á los indios el ver tantos muertos de sus compañeros, con que andaba la pelea tan encendida, que les fué necesario á todos las valientes manos con que se defendían, pero al fin fueron aflojando las suyas los indios y á lo último escaparon huyendo, quedando los nuéstros con algunos que pudieron haber á las manos, pero no sin recelo de que pudiesen recargar sobre ellos mayor multitud, y así determinaron dar la vuelta en demanda del ejército, para donde caminaron toda la noche y la mitad del día siguiente, hasta que lo encontraron y dieron cuenta de lo sucedido, para que se pusiera más vigilancia en caminar, pues iban entrando en tierras de gentes de tan buenos alientos.

4.º Llegaron al fin todos al mismo sitio que le habían dado la batalla á Pablo Hernández, no sin algunas otras que les dieron en el camino, pero yá allí ni en todo el Valle de Nore, donde después se pobló la ciudad de Antioquia, que era aquél en cuya demanda iban, no encontraron ni vieron indio que les pusiera miedo, porque con el que les habían cobrado á ellos se habían retirado á sitios fuertes. Con este seguro se rancheó el ejército en el mejor, más bien poblado y cultivado pueblo (aunque todos lo estaban, por ser estos indios grandes labradores), donde tomaron de asiento los nuéstros el descansar de tantas aflicciones como habían padecido, y tuvieron algunos días de gusto con la mucha comida, aunque no tan cumplido como quisieran, pues ni en sepulturas que abrieron ni en rancheos que hicieron en las desparramadas casas, hallaron cantidad de oro de alguna consideración, en especial según las esperanzas con que iban buscando aquel valle, si bien es verdad que algunos indios de los que hubieron á las manos confesaban haber mucho, pero que todo lo tenía recogido un gran señor que estaba retirado en ciertas montañas apartadas. Viendo un indio de buen discurso, de los prisioneros, que no acababa de llenar á los nuéstros la abundancia que tenían de maíz, yucas, batatas y otras comidas,

sino que la hambre que tenían era de oro (por ventura por echarlos de su tierra), dijo que á tres días de ella estaba un pueblo riquísimo de aquel metal, para donde fué tomando luégo la vuelta Pablo Hernández con una escuadra y esta guía, por caminos no poco dificultosos, hasta que al día tercero, como había dicho el indio, dieron en una campaña de árboles raros, gruesos y altísimos, sobre que estaba fundado un gran pueblo, dividido por barrios y bien fabricadas casas, con ayuda de muchos horcones, que las sustentaban de más de doscientas personas en cada una, puestas en aquella altura para mayor defensa de sus enemigos y seguro de tigres, osos y otros animales, de que hay muchos en aquellas tierras. Ocupa esta nación mucha tierra, porque al Poniente llega á la mar del Sur, y al Levante confina con el Darién, y cerca de ella ó en ella publica la fama están las riquezas del Dabaibe, que tan abobados traen á los codiciosos, como por esta parte de los llanos el Dorado. Eran los indios é indias gente bien dispuesta, aunque desnudos del todo, valientes y diestros en el manejo de sus armas, que eran las comunes que muchas veces hemos dicho. Pretendióse con las lenguas tratarles de paz y amistad, á que no arrostraban de ninguna suerte, por lo cual los nuéstros, sin recelo de lo que les sucedió, llegaron á querer cortar los árboles para que cayesen las casas; pero desde ellas, que estaban por muchas partes abiertas por los suelos, comenzó en un instante á llover agua hirviendo y brasas, que les fué forzoso retirarse y valerse de los arcabuces y ballestas, aunque encajando con ciertas troneras mataron algunos dentro de aquellos albergues, ocasión apretada y que les dió tanto temor, que hizo el Cacique arrojar una escala desde lo alto, por donde bajó con cincuenta indios, mujeres y niños y otros de otras casas, dejándoles primero pegado fuego y abrasándose ellas con el oro y menaje que tenían.

CAPÍTULO IX

1.º Prenden los soldados á un Cacique y sale de paz el de Nore—2.º El Cacique Nabonuco guía á los nuéstros á la tierra de Buritica—3.º Ofrécenseles algunas dificultades en el camino y llegan á una fortaleza de indios—4.º Hacen estos indios gran resistencia á los nuéstros á la subida de la fortaleza, y al fin huyen y se gana.

Lo primero que el Cacique habló, en bajando, en nombre de todos, fueron las razones del villano del Danubio: "que qué pretendían los nuéstros en sus tierras y para qué los venían á buscar é inquietar, pues no les habían hecho ningún daño en las suyas". Declaráronle los intentos, que era venir á ser sus amigos y parientes, y otras cosas en orden al bien de sus almas, á que no acudiendo, como los nuéstros quisieran, antes dando muestras de contradicción, lo hizo prender Pablo Hernández con ocho principales señores que lo acompañaban, de que se alborotaron tanto los pueblos convecinos, á quien luégo se dió la voz, que en breve tiempo se juntaron más de quinientos valientes guerreros, tan feroces y bien apercibidos con sus armas, que si los nuéstros con las suyas, que eran ballestas y arcabuces, no les hicieran frente sacando con los tiros de la vida á algunos, de que los demás quedaron como pasmados, por ventura les quitaran la presa y aun fuera sin duda si llegada la noche no tomaran con los presos la vuelta del ejército, á donde llegaron con más brevedad que á la ida, por tener yá sabido el camino. Mientras esto pasó con los sobresalientes, salió de paz al General el Cacique de Nore llamado Nabonuco, trayéndole de presente hasta dos mil pesos y otras cosas de estima, que lo recibió Vadillo con demostraciones afables y de amistad, mandándole dar un bonete colorado con una galana pluma, cuentas de vidrio, peines y otras bujerías de menos costa que estimación para el bárbaro, que no lo era tanto que no fuese de muy buen discurso, de conversación afable y venerable persona y aun no poco astuto, pues preguntándole el General por dónde iría ó lo guiaría para llegar á tierras ricas, por echarlos de la suya dijo: "que en la de Buritica hallarían en qué meter bien las manos;" y dice Pedro de Cieza en su primera parte, capítulo 12, que á este Cacique venían también acompañando tres mujeres, y viniendo la noche, las dos de ellas se echaron á la larga encima de un tapete ó estera y la otra atravesada para servir de almohada, y el indio se echó encima de los cuerpos de ellas, muy tendido, y tomó de la mano otra mujer hermosa que quedaba atrás con otra gente suya, que luégo vino, y como el Licenciado Juan de Vadillo le viese de aquella suerte, preguntóle que para qué había traído aquella mujer que tenía de la mano, y mirándolo al rostro el indio, respondió mansamente que para comerla, y que si él no hubiera venido,

lo hubiera yá hecho. Vadillo, oído esto, mostrando espantarse, le dijo: «¿Pues cómo, siendo tu mujer, la has de comer?» El Cacique, alzando la voz, tornó á responder diciendo: «Mira, mira, y aun al hijo que pariere tengo también de comer». Esto confirma la costumbre de los de este valle, que usando como de sus mujeres de las esclavas que prendían en la guerra, los hijos que parían se los comían, después de tener doce ó trece años y criados con mucho regalo, y lo mismo era de los esclavos, pues casándolos con sus parientas, se comían los hijos que parían y aun á los mismos esclavos, cuando no eran aptos para la generación; terrible ceguera en que el Demonio los traía.

2.º No hubo menester más la codicia del Vadillo y sus soldados que esta noticia del Cacique para levantar luégo ranchos, y llevando por guía á Nabonuco, ir siguiendo el camino abierto por donde los guiaba, que les duró dos ó tres días, hasta entrar en ciertas montañas tan oscuras, bravas é intratables, que toda la tierra era tremedales, á que se acrecentaban otros tan innumerables trabajos, que los de hasta allí los tenían por tolerables en su comparación, pues tras cada paso desesperaban de la vida; las más de las noches dormían sin camas, arrimado cada cual donde se hallaba al árbol más vecino que le cogía la noche, los piés en el cieno y tremedales, tasadísimas las comidas y sin poder hacer lumbre con qué tostar el maíz y guisar la miseria que llevaban para comer. Vistas por el animoso Licenciado las miserias de su gente, y pareciéndole tenía la culpa Nabonuco, se la echaba diciéndole: «Tú, perro, me has engañado y me traes con mis soldados al matadero»; á lo que respondió el prudente Cacique que no corría por él mejor fortuna que por ellos, pues iba con iguales trabajos, los cuales no prometió el excusar en las dificultades de los caminos, sino sólo el sacarlos á la tierra rasa que les había dicho, á donde saldrían dentro de dos días, con que quedaron todos alegres, pues al tercero se vieron en tierra rasa de sabana y sin arcabucos, si bien toda ella era doblada y sin ningún llano, tierra más fría que caliente, á lo menos en las cumbres de los cerros, causa por qué andan todos los indios vestidos de telas de algodón, gente gallarda, de buena disposición, sueltos, valientes y atrevidos, de todo lo cual era causa la gran riqueza que tienen de minas de oro, á que se dan más que á labrar la tierra, porque en rescates de él les traen á sus casas de otras provincias cuanto han menester para comida y vestido, con que ellos quedan ricos de esto y los convecinos de oro, por ser toda esta tierra una pasta de este rico metal.

3.º Púsolos Nabonuco al primer entrar de esta Provincia en un camino bien descubierto y trillado, desde donde pareciéndole había ya cumplido con su obligación, diciéndoles siguiesen aquel para donde su ventura los guiase, se despidió del General y los demás, que quedaron con mucho gusto con él por lo

que había hecho y haberles prometido paz y amistad en toda ocasión que se les ofreciese. Iba el Licenciado Vadillo tan constante en salir con sus intentos de llegar al Perú ó á lo menos ver el mar del Sur por aquel paraje, que no se ofrecía dificultad en que no la acometiese el primero, como sucedió ahora, que por animar á sus soldados quiso llevar la vanguardia en la de aquel camino, que desde luégo comenzó á empinarse por ir subiendo á un peñol altísimo é inaccesible y de tantas dificultades en la subida, que sólo era una cuchilla tan angosta que más parecía apeadero de gatos, pues no daba lugar para ir más que una persona tras otra, con derrumbaderos á ambos lados de más de quinientas brazas. Hacíase en lo alto una espaciosa mesa, llena de una gran población, donde estaba recogido mucho número de gente con gran copia de sustento y diversas armas, y para más fortaleza sobre la natural, cercado el pueblo de palenque de muy gruesos maderos y no sin cuidado, á lo que pareció, de lo que les podía suceder con los nuéstros, de cuya entrada ya les había llegado la voz. Puso perpleja á nuestra gente la dificultosísima subida, hasta que esforzándolos el Licenciado, diciendo ser necesario apear la dificultad de aquella fortaleza, pues sin duda por parecerles á los indios ser mucha tenían allí recogidos todos sus bienes y que era propio de españoles poner el pecho á las mayores dificultades, se determinó á ser el primero que emprendiese aquélla. Esforzáronse con esto tanto todos, que ya les parecía mucha tardanza el detenerse á armarse, como lo hicieron, de sus escaupiles, rodelas embrazadas, cascos, morriones, escopetas y buena munición, ballestas arponadas, y con orden de que fuese adelante un rodelero y detrás un arcabuz ó ballesta, comenzaron á subir el recuesto, yendo el primero un Noguerol, mancebo valiente y de grandes bríos.

4.º Seguía sus pasos Juan de Orosco y tras éste Hernando de Rojas, que ambos á dos fueron después vecinos en la ciudad de Tunja, donde murieron. Iban tras éstos, enhilados, los demás, y á la postre los caballos armados del algodón colchado que tenían dispuesto para el efecto. No había concavidad en la subida, por pequeña que fuese, que no estuviese ocupada de belicosos indios con sus armas, dardos, hondas para las piedras, macanas, lanzas y otras, de que comenzaron á jugar cuando se llegó el tiempo, que llovía de todo aguaceros sobre nuestros soldados, que llevaban tan valientes bríos, que todo esto no les era causa de retardar un punto la subida, hasta que se fueron acrecentando, de manera que se hubo de detener el Noguerol, como aguardando que pasara un gran turbión de armas que caían sobre él, y parece no fué sino aguardando la muerte, pues estando así detenido, se la dió una lanza pasándole la garganta de parte á parte, de que cayó luégo muerto, y cayera por uno de los derrumbaderos, haciéndose mil pedazos en aquellas profundidades, si Orosco no detuviera el cuerpo, dando una voz que pasase la palabra, á que hiciesen alto y rezasen

un *Pater Noster* y un *Ave María* por Noguerol, que era muerto; usanza en estas guerras cuando suceden casos semejantes. Sabido esto por Vadillo, los esforzó más á la subida, diciendo: « Adelante, caballeros, que si es muerto un Noguerol, ciento quedan en el ejército »; no retardaron con esto más el paso, en especial que ya se echaba de ver la mano floja y menos armas de los indios, y así fué prosiguiendo Juan de Orosco hasta ganar un mogote, aunque no llano, pero que aseguraba más de los piés que hasta allí, desde donde daba lugar el camino para que pudiesen subir de dos en dos y de tres en tres, hasta llegar á una plazuela de tierra llana, donde esperaron que llegasen los caballos, defendiéndose con más comodidad de la furia de aquellos salvajes, que quedaron tan asombrados de ver los caballos (en que subieron luégo los jinetes), cosa que jamás habían visto, que convirtiendo en silencio la grita que hasta allí habían tenido, con amarillos rostros de temor dejaron la resistencia y salía cada cual á la mayor prisa que podía, á poner en cobro el hatillo y riquezas de sus casas; lo cual hecho con la priesa que les daba lugar la ocasión, se dejaron caer por el otro lado del peñol, quedando solo el Cacique, como hombre más valeroso, dentro de su cercado con algunos pocos indios, con intentos de hacer frente á los nuéstros, aunque los mudó luégo viendo la fortaleza de los caballos, y fué siguiendo á los demás sus vasallos por el mismo derrumbadero, desamparando sus casas y mujer, donde la prendieron los nuéstros con dos hijas y otra mucha chusma que no pudo seguir á los gandules en la huída: era moza de muy buen cuerpo y cara, y en su compostura de muy buen parecer. Rancharon el pueblo de todo lo que hallaron, en especial de algunas joyas de oro, bien labradas, aunque no muchas, pero hallaron muchas fraguas y hornillas de fundiciones de oro, muestras de lo mucho que poseen aquellos indios, que á la sazón lo tenían puesto en cobro.

CAPÍTULO X

1.º Promete un Cacique doce cargas de oro por la libertad de su mujer que tenían cautiva los nuéstros—2.º Hace quemar Vadillo al Cacique por haberlo engañado—3.º Pasa el ejército adelante, llegan al río de Cauca y de allí á la Provincia de Iraca—4.º Los indios de esta Provincia les dan una guazabara, véncenlos y mueren algunos soldados de los trabajos del camino.

HIZO el ejército asiento en este puesto por hallarlo abundante de matalotajes, á donde á dos ó tres días del rompimiento envió el Cacique á decir al General que si le daba licencia quería verse con él, de que no alegrándose poco Vadillo, se la concedió con mucho gusto y le envió á decir le tenía de tenerle por amigo y hermano y que se viniese á su casa, donde le serviría en cuanto le quisiese emplear. Alegre de la licencia el Cacique, no retardó su venida más que hasta el día siguiente, que llegó acompañado de muchos principales, todos vestidos de tela de algodón, pintados que parecían bien, y mejor el Cacique, por ser de grande estatura y bien compuesto. Era astuto y bien considerado, como se echó de ver en lo que hizo, pues habiendo entendido el insaciable apetito de oro de los nuéstros, pidió le diesen su mujer é hijos y que pidiesen por ellos el que quisiesen, porque todo lo ofrecía en rescate: doce cargas de buen oro y más que le enseñasen los minerales de donde lo sacaban, todo lo cual no rehusó de conceder el indio (como el que no tenía intento de cumplir nada), pero que le soltasen á su mujer que fuese á traer el oro, y para más seguro él quedaría en prendas hasta dos ó tres días que volvería la mujer con lo que prometía. En todo vino con gusto el Licenciado Vadillo, hasta que habiendo aguardado diez días sin que volviese la mujer, ni con lo prometido, desahuciado ya de que aquello se cumpliría, hizo meter al Cacique en una collera de hierro (porque hasta allí había estado libre) y que debajo de buenas guardas lo tuviesen en seguro, para que si no cumplía con traer el oro, á lo menos cumpliese con el mostrarles los minerales, como lo prometía el Cacique, dando en lo demás algunas excusas frívolas.

2.º Sin dilatar esta diligencia, quiso por su persona el Licenciado Vadillo, en compañía de su Teniente y de otros buenos soldados, hacer esta diligencia del descubrimiento de las minas, llevando al Cacique en su corriente y asidos del ramal de ella, con mucha vigilancia, cuatro buenos soldados: un Patiño, Portalegre, Alvaro García y Suero Díaz. De esta suerte y bien apercibidos todos de sus armas para todo suceso, bajaron del peñol y comenzaron á subir una asperísima cuchilla por donde los guiaba el indio, que poniendo en ejecución sus intentos, cuando llegó al paraje que él se sabía, que era en los mayores derrum-

baderos, se arrojó de repente por un lado, llevando tras sí los cuatro compañeros, que dando vueltas unos encima de otros, sin desasir el ramal de la cadena, fueron á parar, después de haber rodado gran término, entre unos zarzales por misericordia divina, porque á pasar de allí, se hicieran todos mil pedazos. Los compañeros, que los veían rodar desde arriba con tanto peligro, sin tener esperanzas de sus vidas, les encomendaban á Dios las almas. Desenzarzáronse los cinco como pudieron, y por otra trocha algo menos mala de la que cayeron, subieron gateando arriba, deshechos los labios y narices, atolondradas las cabezas, rasgado el vestido y aun el pellejo; miserias intolerables y aun abominables en que los metía la codicia de ser ricos. Hallaron tan enojado al Vadillo del suceso del indio, que tras que él era poco reportado en los enojos, lo fué menos ahora, pues sin bastar ruegos de los más principales de sus Capitanes y soldados, hizo á sus negros que lo quemasen vivo, como se ejecutó, apesarado del hecho todo el ejército.

3.° Desamparando otro día el peñol, fueron caminando todos por tierra nada menos áspera, pues aun apenas podían ir de diestro los caballos. Después de tres días que caminaron con esta aflicción, dió Pablo Hernández, sobresaliente, con ciertas sabanas, que no pudo saber el nombre de la provincia por no haber podido haber á las manos algunos indios. Dieron con un gran río, que entendían ser el de la Magdalena, de quien ya tenían tan larga noticia desde la Provincia de Santa Marta; pero no fué sino el de Cauca : intentaron pasarle diez soldados nadadores por si podían haber á las manos algún indio de ciertas labranzas que se aparecían á la otra parte, pero fué tanto el frío del agua, que atemorizados revolvieron á la ribera, de que se holgó Vadillo por haberse hecho sin su orden. Afligía á todo el ejército el no hallar ningunas comidas ni de quien tomar lenguas de aquellas tierras, por andar todos huyendo de los nuéstros, hasta que el ánimo de Pablo Hernández, no reparando en dificultades, hubo á las manos treinta indios que les fueron guías para la Provincia de adelante llamada Iraca, de grandes poblaciones y labranzas, de que dió noticia al General, que andaba bien afligido por estarlo tanto su gente ; con que respiraron todos y alentados llegaron con la brevedad posible á donde los esperaba Pablo Hernández, que escarmentado de lo que le había sucedido en las ocasiones pasadas, no quiso descubrirse en campo raso hasta que estuvo junto todo el ejército, que en estándolo y armados todos y los caballos (que parece se engreían y tomaban nuevas fuerzas viéndose así adornados, aunque con armas de algodón), llevándolos del diestro por no ser descubiertos yendo sobre ellos, fueron caminando la vuelta del Oeste una mañana al romper del sol, y entrándose por la sabana, no hallaron dormidos á los indios como pensaban, sino en campaña, bien armados y alerta, esperando los peregrinos que comenzaban á

pisar sus tierras, á quien acometieron con tan brava determinación (después de haber pegado fuego á sus casas porque los nuéstros no las gozasen), que luégo que vieron la ocasión en las manos, las menearon tan bien, que llovían lanzas, dardos, piedras y macanas sobre los soldados.

4.º Que nada perezosos, así peones como de á caballo, les embistieron también con tanta furia, que espantados muchos de los indios, se arrojaban al suelo y pegaban los rostros con la tierra por no ver las visiones de los caballos, que para ellos lo eran, en especial cuando, atropellados de ellos, experimentaban sus rigores. Llevaban á cercén brazos, piernas y cuellos, abriendo con facilidad las barrigas y costados, por estar todos desnudos, hasta que viendo los que quedaban vivos lo malo que andaba su partido, tomaron por amparo la huída, pareciéndoles llanas las cuestas donde se iban escapando. No recibieron los nuéstros ningún detrimento ni peligro en esta refriega, porque en el que tenían de la hambre parece se resolvieron todos, la cual repararon pasando de aquel pueblo quemado á otros enteros que estaban cerca, donde por las muchas comidas y sal que se hacía en aquella provincia, cuajada de agua salada que sacaban de ciertos pozos, hicieron asiento por dos meses, y para reformar los enfermos y heridos, si bien enfermaron otros de nuevo, como fué el valiente Pablo Hernández, que del mal pasar en tantas ocasiones de esta jornada le dieron unas calenturas tan pestilentes, que habiendo recibido los sacramentos, rindió al seteno la vida con harto sentimiento de todos, por ser de tan gran importancia como hemos visto en todas ocasiones de necesidad. Murieron algunos otros españoles en este sitio, todos con prevención cristiana, ayudada del cuidado del General Vadillo, que en esto lo tenía por extremo y en que se conservasen hostias y vino y el santo ornamento para decir misa, la cual hacía celebrar muy de ordinario con singular consuelo de todo el ejército y celebrar todas las fiestas dobles de primera y segunda clase con vísperas y misa cantada, lo que se podía hacer con mucha comodidad entre los cuatro sacerdotes que iban y otros devotos sacristanes que se les apegaban en tales ocasiones.

CAPÍTULO XI

1.º Van unos negros á buscar comidas; matan los indios á dos de ellos y sale al castigo el Capitán Carvajal—2.º Salen de Iraca los nuéstros para la Provincia de Naratupe por grandes asperezas de caminos—3.º Llegan á la Provincia de Cori, donde tienen algunos encuentros con los indios—4.º Mueren allí algunos soldados y entre ellos el Capitán César.

En el tiempo que se detuvieron en este valle de Iraca tuvieron noticia, por indios de él, de otra tierra adelante llamada Naratupe, á cuyo descubrimiento despachó el General, con buena copia de soldados, á Juan Ruiz de Molina y Francisco de Mojica; pero entre tanto sucedió en el sitio del ejército, que enviando diez negros á buscar algunas comidas entre ciertas labranzas, los saltearon una emboscada de indios que no pudieron matar más que á los dos, porque los otros ocho, escapándose por piés, vinieron á dar noticia al General Vadillo, que despachó luégo al Capitán Carvajal con una tropa de soldados en demanda de los agresores, los cuales sin algún temor le estaban aguardando en el mismo puesto que habían muerto y despedazado los dos negros los bárbaros, en los cuales hizo tal estrago el Carvajal y con tan buena maña, que salió la cuenta de cien muertos por cada uno de los dos que ellos mataron y se comieron. Con esto y algunas joyas de oro que traían al cuello los muertos, volvió con brevedad á los ranchos, desde donde salieron luégo seis soldados á lo mismo que los negros, con otros doce negros en compañía, á los cuales ya que volvían cargados de maíz, yucas y otras raíces, les asaltó otro escuadrón de aquellos valientes indios, que meneaban tan bien las armas, que aunque no se descuidaban los soldados ni negros, era tanta la muchedumbre de los bárbaros que iban recargando por instantes, que murió á sus manos un Fernando de Hoyos y Diego de Tapia. Hicieron frente con mucha valentía los cuatro españoles que quedaban y los doce negros gran espacio de tiempo, en el cual diez de los negros tomaron la huída, la cual abominando los otros dos, pelearon hasta perder la vida.

2.º Clavóle una lanza de herida penetrante á un soldado llamado Fresno, con lo cual y ver lo poco que podían hacer cuatro españoles entre tanta multitud, se fueron retirando y emboscando entre espesas matas, donde Pedro de Villegas, yendo demasiado fatigado, cayó en un hoyo sin saberlo los tres, por ir cada uno por su parte, hasta que llegaron al Real, de donde yá, por las nuevas que habían dado los diez esclavos, había despachado el General á Baltasar de Ledesma con buena tropa de soldados al socorro, que no sólo llegó tarde, pero ni aun pudieron dar vista á ninguno de los bárbaros; sólo hallaron las cabezas de los muertos,

porque los cuerpos los habían retirado para comerlos. Hízolas enterrar Ledesma y dar voces por si acaso las oía Villegas, como sucedió, pues á ellas salió de los matorrales dando mil gracias á Dios que lo había sacado de tan inminente peligro. Las cumbres veían llenas de indios vocingleros, pero por estar distantes y ser desacomodado país para los caballos, no tuvieron comodidad para el castigo y así tomaron la vuelta del Real, donde estaba el General deseoso de saber los sucesos de los Capitanes Molina y Mojica, que no se descuidaban en trastornar la tierra de Naratupe, ni aun los dejaban descuidar sus naturales, andándoles á la mira y contándoles los pasos por donde quiera que andaban. Despacharon á Juan de Frades que diera noticia al General de lo que habían descubierto, que con el deseo que tenía de pasar adelante, luégo que recibió el recaudo, levantó ranchos del valle de Iraca para ir en demanda de Naratupe, que comenzaron á proseguir el camino por tan ásperos reventones como hasta allí habían traído en las mayores malezas de su viaje, pues las más de las noches se rancheaban en cuchillas tan ásperas, que dormían los caballos amarrados á los árboles de los cabestros, tan empinados, que sólo restribaban en los piés y más parecían estar ahorcados, sin poderse de ninguna suerte echar en toda la noche sin peligro de despeñarse, como le sucedió á cuatro de ellos, que dejándose caer para descansar, se derrumbaron é hicieron mil pedazos.

3.º Con estas incomodidades y otras que sin duda irían siguiendo á ellas, tantas que es imposible detenernos á contarlas, llegaron al gran río de Garú, donde los estaba esperando el Mojica y Molina: entre gran gentío tenía bien pobladas y labradas sus riberas, y aun ya tenía noticias el Mojica, dadas por algunos de aquellos indios, de cierta ciudad llamada Cori, muy rica, lo cual sabido por el Licenciado Vadillo, despachó en su demanda al Capitán Francisco César con cincuenta y cinco soldados, entre jinetes y peones, de los menos enfermos, porque en común más ó menos todos lo estaban. Estos fueron por tierras tan dobladas como las habían traído hasta allí, porque en todos estos países se hallan muy pocas llanadas. Desde cierta cumbre dieron vista á la población é indios de ella, que sin descuido estaban puestos en armas, esperando por ventura los nuevos huéspedes, de cuyas carnes se prometían cena espléndida. Repararon los peones esperando los caballos que venían detrás á vista de los indios, los cuales entendiendo lo hacían de miedo, les acometieron con bravos bríos y lozanía, entendiendo haberlos vivos á las manos. La grita levantan al cielo, rompen los aires con bocinas, caracoles y trompetas, cercan á los nuéstros como hambrientos lobos, arrojándoles innumerables dardos, piedras y lanzas. No siendo tiempo de que dejasen los nuéstros ociosas las suyas, se afijaron como raíces y apiñaron en poco espacio de tierra, desde donde se defendían y ofendían á los bárbaros, que, ajenos de temor, se llegaban á medir las macanas

con las espadas, de que sacaban siempre lo peor, si bien de los nuéstros en poco rato se vieron doce mal heridos y aun á peligro todos de perder la vida, hasta que llegaron los jinetes, que de la ferocidad de los caballos fué tanto el temor de los indios, que cada cual escapó por donde pudo, convirtiendo la muchedumbre de silbos (costumbres de estos indios en sus guazabaras) en un callar mudo y desamparar aprisa sus casas, en que hallaron los nuéstros poco rancho, así de menaje como de oro.

4.º En diez y siete días que hizo asiento en este sitio el General, por ser mal sano y venirlo también de muchas de tantas calamidades del camino, rindieron la vida, hechas cristianas diligencias, tres ó cuatro valerosos soldados, que fueron: el Capitán Miguel Vizcaíno, Juan de Soto y Esquivel, y después de ellos le recargó tanto la enfermedad al Teniente Francisco César, que aunque él decía no era nada, le acabó la vida una miserablemente, pues no entendiendo se le llegaría tan presto, se fué descuidando en hacer prevenciones cristianas, hasta que lo ocupó la muerte de sobresalto, al tiempo que ya no las pudo hacer para que pueda entrar esta desgraciada muerte en cuenta con las de los demás grandes conquistadores de estas Indias, como dejamos dicho. Quedaron todos apesarados de ella, por haber sido de esta suerte y ser un Capitán de tanta importancia, que fué otro Alejandro en ánimo, otro César en buena fortuna y otro Aníbal en trabajos, como hemos visto, para toda ocasión de necesidad. Harto lo fué ésta para decirle algunos al General no lo acertaba en retirarse tanto de Cartagena, pues veían yá á los ojos la perdición de todos, si bien él á todo hacía las orejas sordas, no dejándole volver atrás las sospechas y el miedo que tenía de su visita, que no eran en vano, pues habiendo llegado después de algunos meses de su partida á Cartagena el Licenciado Santa Cruz á tomarle Residencia, sabiendo de esta jornada, despachó al Capitán Luis Bernal con una buena compañía en su alcance, que doblando jornadas, lo vinieron siguiendo por el rastro hasta el valle de Lile, que ahora se llama Cali, de que después trataremos más largo cuando hayamos concluído con esta jornada de Vadillo.

———

CAPÍTULO XII

1.º Tiene Vadillo noticia de la Provincia de Caramanta y de sus riquezas y pasa adelante el campo en su demanda—2.º Y de allí á la Provincia de Cuycuy con insoportables trabajos—3.º Aflígeles la hambre y aspereza del camino y descubre Juan de Frades tierra limpia, con que se alientan todos—4.º Halla Juan Ruiz de Molina tierra de muchas poblaciones, que dijeron los indios ser la de Anserma.

NO retardando un punto de sus intentos el Licenciado Vadillo, trató de llevarlos adelante en demanda de la Provincia de Cartama, para donde despachó con soldados al Capitán Mendoza y á Carvajal, que llegando al sitio de un pueblo quemado, tuvieron tan reñido encuentro con indios que los estaban aguardando, que salieron ambos bien descalabrados, aunque no mejor librados los indios, pues muertos algunos, trajeron otros presos al Vadillo, á quien le dieron nueva, por habérselo preguntado muchas veces, que más adelante estaba una Provincia llamada Caramanta, abundantísima del oro que les piden. Alegres de estas nuevas (que aunque engañados tantas veces, como les habían salido en vano, no se quería dar por engañado el deseo que llevaban de oro), comenzaron á caminar en su demanda por tierras del mismo pelaje y mayor aspereza que hasta allí, hasta dar vista con las guías dentro de tres días á valientes poblaciones y de indios valientes, que con menos temores y atrevimientos que cuantos hasta allí habían encontrado, los esperaban para comérselos, por ser esta gente tan carnicera y voraz de carne humana, que todos cuantos han á las manos paran en esto, llenando de cenizas los cueros y poniéndolos así con las cabezas por trofeos á las puertas de sus casas en puntas de altísimas guaduas. Estos bríos los cortó la vista de los caballos, de quien se podían aprovechar poco, por ser tierra tan áspera, razón también por donde no pudieron haber á las manos ningún indio, habiéndose retirado todos á la cumbre, desamparando los pueblos, en que hallaron los soldados bien poco pillaje.

2.º Tuvo traza Juan de Frades con siete soldados de haber á las manos siete gandules, de quien con un mal experto intérprete que tenían y habían llevado de la Provincia de más atrás (porque de unas iban llevando á otras, de suerte que muchas veces lo que decían iba pasando por siete ú ocho intérpretes), vinieron á entender que otra de más adelante llamada Cuycuy era muy rica, que parece el Demonio, enemigo de aquella gente, se convirtiera á Dios, les iba dando trazas y un mismo lenguaje para que fuesen echando á los cristianos de sus tierras y se quedasen en su fidelidad y tinieblas é idolatría y culto que le hacían. Iba Vadillo tan obstinado en salir con sus intentos, que cada día les iba añadiendo fuerza á fuerza, sin que dificultad le retardase á no poner el

pecho á todo lo que era salir con ellos, y así trató luégo de que tomasen la vuelta de Cuycuy, que fué por unas malezas tamañas, que parece se habían juntado todas las de atrás en ellas, con que iba toda la gente tan desesperada, y más por no dar lugar el Licenciado á que nadie le aconsejase lo que importaba, que al fin, topase donde topase, se atrevió el Comendador Sosa, en nombre de todos, á decirle lo mal que lo hacía en llevar toda aquella gente desesperada al matadero, pues después de diez meses que caminaban con muerte de tantos buenos, no se hallaban medrados sino en nuevas desgracias que por momentos les sobrevenían. Alteróse de manera el General de estas y otras razones que con cortesía le dijo el Comendador, que los intentos que hasta allí tenía de pasar adelante los confirmó, jurando al Omnipotente Dios de no dar paso atrás hasta que los viese cumplidos ó rendida la vida; con lo cual, mohíno, comenzó á caminar á pié un recuesto arriba.

3.° Vista esta resolución, la tomaron también los Capitanes y soldados de más brío de hacer lo mismo que él, diciéndole que no por ellos se dejaría la prosecución del viaje hasta morir donde él muriese, y así fueron todos caminando por empeorados caminos que hasta allí de enmarañados arcabucos, lodazales y recuestos tan dificultosos de mejorarlos los gastadores y macheteros, que había día que no se caminaba más que media legua, y no era poco. Aquí eran los desabrimientos de todos, las voces y blasfemias contra el General, que las oía; sufría y toleraba mil palabras sobradas, haciéndose sordo, por ver la razón de sentimientos que todos tenían en tantas calamidades, pues iban tan hambrientos y sin fuerzas, que si daban un paso adelante, volvían tres atrás, descalzos de pié y pierna, hechos pedazos los vestidos del que mejor los llevaba, sin tener cosa que llegar á la boca ni esperanza de poderla alcanzar en mucho tiempo, según la fiereza de arcabuco que se les iba poniendo delante. Dióles la vida aquí y en otros parajes semejantes, para no perecer más de los que murieron, hallar ciertos árboles que parecían fresnos, que tenían el corazón blanco y tan dispuestos para el fuego aun entre tanta humedad de lluvias, que en encendiéndolos ardían como teas, sin apagarse hasta que se acababan, porque la otra leña, por estar tan empapada en agua, antes apagaba la lumbre que se encendía. Determinóse entre tantas angustias Juan de Frades á sobresalir con algunos soldados de los menos caídos á buscar si hallaba tierra limpia, con orden de volver luégo á dar aviso en hallándola, como sucedió, torciendo un poco el viaje al Este, dejando picados los árboles para señas por donde le fuesen siguiendo. Pasadas dos jornadas, descubrió tierra limpia y de muchas poblaciones, con que tomó la vuelta del Real con todos sus compañeros á dar la nueva, yá tan faltos de fuerzas, que les faltaron del todo á dos de ellos al pasar de un río, donde los hubo de dejar con compañía el Frades para no

retardar el llegar al ejército, que lo encontró caminando, aunque todos iban de los cabellos y llenos de angustias, y más que todos el General, que dió muchas gracias á Dios por la nueva que le dieron; con que también se alentaron todos á pasar lo poco que restaba de aquel mal camino, pues á otro día de la nueva dieron vista á la tierra limpia y poblaciones que tenía en sabanas rasas.

4.º Llegaron á la primera, vacía de gente, por haberse retirado, aunque abundante de comidas, por lo cual se alojaron en ella por veinte días. Al principio de ellos, yá que se iba reformando la gente, pasó con alguna Juan Ruiz de Molina á descubrir más tierra, que la halló de buen país y llena de ciudades, en especial un espacioso valle, donde hubo á las manos, por su buena diligencia, hasta dos mil pesos de oro y algunos indios. Pasó su ejército con esta nueva al valle, deseando mejorarse en sitio y comidas, aunque no les fué de poco azar el huírse la noche antes los indios Caramantas, por haber quedado con esto faltos de guías y lenguas, porque los de aquel valle, por la diferencia que tenía la suya con las de los demás, no acababan de atinar nada en muchas repreguntas que les hacían. Ofrecióse al socorro de esta necesidad Francisco de Mojica, determinándose á llegar á Caramanta y traer algunos indios, con los cuales y los que traían de otras provincias, pasando la palabra de unos en otros, se iban mal entendiendo, pero no habiendo otro camino, con este modo venían á rastrear el que llevaban. Puso esto en ejecución Mojica con sus compañeros, que llegando con brevedad y de repente á un pueblo, donde, aunque les hicieron resistencia, hubieron á las manos algunos indios, los cuales, traídos al ejército con el modo que hemos dicho, vinieron á entender ser la tierra en que estaba la de Anserma, famosa aun hoy en día por sus grandes minerales de oro (que debe de ser en esto la tierra más rica del mundo) y que la de Cuycuy, por quien iban piando, les demoraba yá más atrás á la banda del Sur,

---

CAPÍTULO XIII

1.° Vienen muchos indios á inquietar los nuéstros con voces y algazaras; échanles una emboscada y matan á muchos, con que cesó la grita—2.° Sale de paz el Cacique Riterón y ofrece llevar á los nuéstros á la Provincia de Guancumán—3.° Llegan á esta Provincia y hallan los pueblos vacíos de gente y sin rastro de oro—4.° Mueren aquí algunos soldados y dan vista á otras provincias, hasta llegar á la de Proponesta.

FUE notable el gozo que les dió á todos esta noticia, por lo cual y por ser abundante de comidas, asentaron Real en el sitio por un mes, con harto sentimiento de los naturales, de ver tan de asiento los huéspedes en su tierra á costa de sus sementeras, y así procuraban ojearlos de allí, sin dejar día que no viniesen á ponérseles á la vista, amenazándolos con voces y fieros, sin atreverse á llegar á las manos. Este enfado procuró quitar Vadillo, ordenándole á Mojica que con algunos peones y caballos se emboscase en cierta quebrada por donde era ordinario el venir los indios cada día, y que cuando estuviesen en la mayor fuerza de su grita, les diese ¡ Santiago ! por las espaldas. Hízose así, y cuando á la mañana llegó la muchedumbre de salvajes, como solía, con gran estruendo de sus instrumentos bélicos, con caballos y peones yá reformados, les embistió de repente el Mojica, de que se cortaron los indios á la vista de los caballos, de manera que dejándose caer en tierra como unos tristes, no se sabían dar maña á menear las armas, lo cual, no obstante, ciegos los soldados con furía inconsiderada, mataron á muchos de aquellos miserables, que fué caso bien atroz y que lo debieran excusar. Amedrentados con esto, nunca más se atrevieron aun hacer las flacas demostraciones en su defensa que habían hecho hasta allí. Con todo eso, sucedió que viniendo los nuéstros con esta victoria la vuelta del Real, se apartó uno de los buenos soldados que venían, llamado García López, á cierta necesidad entre unas matas, donde estaban en acecho algunos indios, que vístole ocupado, dieron sobre él con valiente fuerza. Comenzó él á mostrar también la que tenía; pero como le eran grillos los saragüelles que tenía en los piés para poderse menear á su salvo, al fin le mataron, habiendo él muerto primero á cuatro de ellos, como lo hallaron sus compañeros, que oyendo el ruido, volvieron á darle el socorro, aunque tarde, pues vieron el suceso y conjeturaron por las señas cómo había sido. En castigo de esto empalaron después á más de cincuenta indios en el mismo sitio, que por ventura eran los menos culpados en el caso, con que se amedrentó toda la tierra, de suerte que aun un solo grito no se atrevían á dar. A los que les pareció, sin haberlos gustado, ha costado pocos trabajos el conquistar estas Indias, se les puede responder con lo que hemos contado hasta aquí de esta jornada y con

lo que cuenta Cieza, primera parte, capítulo diez y seis, de donde lo tomó Herrera, sucedió á estos soldados entrando en un pueblo, cuatro leguas al Poniente de donde ahora están, que sucedió así: "Como tenían alzadas las comidas en algunas partes, no hallábamos maíz ni otra cosa para comer, y carne había más de un año que no la comíamos, sino era de los caballos que se morían ó de algunos perros; ni aun sal no teníamos, tanta era la miseria que pasábamos, y saliendo veinticinco ó treinta soldados, fueron á ranchear, ó por decirlo más claro, á robar lo que pudiesen hallar; y junto con el Río Grande dieron en cierta gente que estaba huída, por no ser vistos ni presos de nosotros, á donde hallaron una olla grande llena de carne cocida, y tanta hambre llevaban, que no miraron en más de comer, creyendo que la carne era de unos que llaman curíes, porque salían de la olla algunos; mas yá que estaban todos bien hartos, un cristiano sacó de la olla una mano con sus dedos y uñas, sin lo cual vieron luégo pedazos de piés, dos ó tres cuartos de hombres que en ella estaban, lo cual, visto por los españoles que allí se hallaron, les pesó de haber comido de aquella vianda, dándoles grande asco de ver los dedos y manos; mas al fin se pasó y volvieron hartos al Real, de donde primero habían salido muertos de hambre, la cual es lícito apagar aunque sea con carne humana, aunque no es lícito matarla para comerla."

2.º Salió aquí de paz cierto Cacique llamado Riterón, que trayendo dos mil pesos de buen oro, ofreció la paz á los nuéstros, diciendo ser gran señor de aquella tierra y que los quería por amigos, y para que mejor lo creyesen, quería llevarlos él por su persona á la gran Provincia de Guancumán, solas dos jornadas de allí, donde hallarían bien en qué meter las manos en masas de oro, que con tantos deseos buscaban, pues todo el servicio de aquella gente, decía él, era de este metal: tinajas, ollas, platos, gachas, cayanas y otras de este pelaje. Bien se puede entender que quien se había alegrado mucho con menores nuevas de riquezas, lo estaría más con éstas, con que cada cual se prometía ser un Midas ó Creso, y así le hacían mil favores al indio, desde el mayor al menor, abrazándolo y acariciándolo, en especial el Licenciado Vadillo, por ver yá á su parecer cumplidos los deseos que los traían arrastrados á él y á sus soldados por tan inmensas dificultades. Crecía por momentos de tal manera el deseo de hallarse yá en la verdad de estas noticias, que cada hora de tardanza les parecía mil; reprendían la del sol, por no abreviar su salida para tomar al primer despuntar de sus rayos la demanda del camino, como lo hicieron, comenzando á subir altos y dificultosos reventones, pero de anchos caminos, abiertos de nuevo, para disimular más su intento el Cacique, que sólo era de echar, con aquella traza, de sus tierras aquella langosta de sus comidas y de sus vasallos.

3.º Aligeraban con esto sus pasos los soldados de tal suerte que, aunque

con orden militar, abreviaron muchas horas el camino, el cual los guió hasta encontrar con grandes poblaciones, pero tan vacías de gente como de las alhajas de oro que Riterón había prometido, pues de lo uno ni de lo otro hallaron rastro, por haber tenido noticia de la entrada de los nuéstros y èstar yá experimentados de otros españoles que los años de antes habían andado por allí, que fué el Teniente Sebastián de Belalcázar, que yá había dado vista y pisado aquellas tierras, lo que ahora no creyeron los nuéstros hasta que encontraron una calavera de un caballo y otras señales. Enfadado Vadillo de la burla, le dijo al Cacique que por qué lo había engañado y que merecía lo desollasen vivo; que dónde estaban aquellas ollas y tinajas de oro; á que respondió el prudente indio haberlas puesto en cobro los indios con sus personas por su venida; que las buscasen y que entre ellos las hallarían. Diéronse á buscar y trastornar el pueblo, donde aun rastro no hallaban de oro; sólo encontraban las abominaciones de aquella gente bestial, pues tenían sus casas cercadas de gruesas guaduas y las puntas de ellas llenas de cabezas, piés y manos humanos, muchos cueros de hombres llenos de ceniza, porque los cuerpos de todo esto los habían comido, habidos en las sangrientas guerras que entre sí traían unos con otros. En otras guaduas con que tenían cercadas las casas más afuera tenían hechos ciertos agujeros: como los canutos son tan grandes y con cierto artificio dentro, que entrando por ellos el aire se formaba una razonable consonancia de armonía y acordadas y sonoras voces, aunque otros dicen hacían una tan desabrida música que parecía del infierno; con que tenían continuamente música mientras duraba el viento, que pocas veces falta por aquella tierra.

4.° Ocho días se detuvo en aquel campo, en los cuales murió Luis de Tapia, Diego de Heredia, hombre valeroso, y Cristóbal de Viloria, que fué harto sentida su muerte del Gobernador, y mucho más de su tío Juan de Viloria. Apesarados de tantas muertes, pasaron al valle de Otumani y desde él, sin detenerse, por hallar poca comodidad, á la Provincia de Guarama, que la hallaron toda convertida en ceniza y más claras noticias de españoles que iban por otro lado, los cuales dejaron casi destruída á la Provincia de Nacor, tierra áspera por la fragosidad de sus sierras. Desde Guarama pasaron á Davitoya, donde hicieron asiento por un mes, hasta reformarse la gente y caballos, que cuando lo estuvieron prosiguieron su viaje por valientes serranías, donde no padecieron menores trabajos que los pasados, hasta ponerlos á las puertas de la muerte, que la esperaban por momentos por las faltas de las comidas, para cuyo reparo había salido con algunos soldados Juan de Frades, que le fueron de poca importancia sus diligencias, pues no sólo no las halló para poder haberlas á las manos, pero dando otra vez con el río de Cauca y descubriendo á la otra banda ciertas labranzas, se arrojaron para pasar á ellas algunos soldados nada-

dores, de los cuales, sin hacer efecto, se ahogó uno llamado Simón, con que se hubieron de volver al Real sin ningún socorro. Salió también á buscarlos Juan de Viloria, por lo mucho que apretaba la necesidad, el cual con algunos soldados se metió en unas sierras, por donde anduvieron perdidos y con innumerables trabajos siete días, en los cuales lo cansaban los soldados á requerimientos, que se saliesen de aquella tierra. Él los animaba diciendo no ser de valor español volver el paso atrás sin salir con el intento, en especial apretando tanto la necesidad de comidas para todos. Esforzáronse con esto, caminando hasta los nueve días, en que fué Dios servido diesen vista á la Provincia Proponesta, de campos extendidos, bien ladrados, entre grandes poblaciones, de lo cual envió Juan de Viloria al Capitán Mojica con tres compañeros á dar aviso al ejército, que con las nuevas, saliendo de la grande aflicción en que estaba, tomaron la vuelta de esta Provincia con la apresura de pasos que sus pocas fuerzas les daba, lugar á donde por esto y por las buenas guías que llevaban no tardaron más que seis días hasta juntarse con el Viloria.

CAPÍTULO XIV

1.º Guazabara que dan los indios de Proponesta, de quien quedan los nuéstros con victoria—2.º Halla rastro Vadillo de haber pasado por allí otros españoles y envía un Capitán en su alcance—3.º Llega el General Vadillo y sus soldados á Cali, donde le hacen muy buen agasajo—4.º Hace Vadillo una plática á sus soldados, amonestándoles sigan su jornada.

MIENTRAS se dió esta nueva al ejército y caminó hasta el paraje que los aguardaba Viloria, no le dejaron los naturales de la tierra estar ocioso, pues determinándose á defenderla de los que la iban pisando, se juntaron innumerables en bien formados escuadrones, y con muchas armas de lanzas y dardos, bizarra plumería en sus penachos y voces que atronaban los valles, se venían allegando á los nuéstros, que viendo habían menester las manos, les acometió el Viloria con diez jinetes en su peonaje con tanta furia, que iban haciendo caminos los caballos por dondequiera que entraban, de hombres muertos y atropellados, como si fueran por un pajonal ó haces de trigo, no obstante que no se echaba de ver en ninguno de los indios mano floja, pues llegaba su atrevimiento hasta asirles de las barbas á los peones, los cuales asiendo de los cabellos á los bárbaros, los arrastraban con facilidad, en especial ayudados de la ligereza de los caballos, que era tanta, que se hallaban en las necesidades con todos á todas, de que atemorizados los bárbaros, pensando ser furia infernal la de los caballos, se fueron desmandando y desapareciendo cada cual por lo mejor que podía, dejando nuestra gente harto fatigada y algunos de ellos heridos, aunque no de riesgo. Fuélo de tanto la guazabara, por ser los nuéstros tan pocos y tanta la multitud de los indios y de nación feroz, bárbara y sin temor de la muerte, que se tuvo por imposible escapar los nuéstros de las garras de ella, sin conocido favor divino. No había noche que no les diesen asaltos, aun después de vencidos en esta batalla, hasta que llegó el resto del ejército, de cuya vista atemorizados del todo, no sólo cesaron de sus porfías, pero aun se escondieron; de suerte que saliendo algunas tropas á su castigo, buscándolos en sus posadas, no encontraban con nadie, si bien no les era de balde, pues nunca dejaban de hallar algún oro trastornándoles sus casas, en las cuales, por haber abundancia de comidas, se rancheó el campo por más de dos meses.

2.º Dentro del cual tiempo murió alguna gente del servicio, negros é indios, y algunos españoles que llegaron enfermos, en especial un Regidor de la ciudad de Cartagena llamado Juan de Peñalosa, y otro llamado Diego Cortés. Reformada la gente aquí de lo que había y buscaron de otras partes, comenza-

ron á marchar todos la vuelta del Oriente, donde dieron tercera vez con el gran río de Cauca, por donde caminando su margen arriba, dieron con unas casas hechas por mano y traza de españoles, con anchurosos patios, y en ellas dos galgos, que en viendo á los nuéstros, se les llegaron haciéndoles caricias. Deseando saber el General Vadillo qué gente y de qué Gobernación fuese los cuales habían fabricado, no hallando allí otro camino para saberlo, despachó por el que llevaban los españoles á cierto Capitán, con gente, para que sacándolos de rastro avisase de todo. Siguiendo el que comenzaba desde las casas, halló este Capitán que pasaban el río: hízolo también él así con su gente, y hallando á la otra banda gran rastro de soldados, halló también más de siete mil indios armados, vasallos de cierto Cacique comarcano; á los cuales no atreviéndose á acometer ni sabiendo si eran indios de bien ó mal hacer, le pareció más cordura retirarse á lo gallardo, hasta volver al Real, donde no les faltó ocasión para saber que eran indios que seguían la parte de los españoles en las conquistas que por allí se iban haciendo por parte del Jorge Robledo y otros. Estuvo el General con los demás algo perplejo en la determinación de lo que se haría, hasta que resolvieron que Juan de Viloria, con algunos caballos y peones, siguiese las huellas de los españoles, como lo hizo, hasta llegar á la hueste de los indios, que no se admiraron de ver á los nuéstros, antes los proveyeron de lo que habían menester, entendiéndose por señas, porque no había otro modo de entenderse; hallaron allí puercos y gallinas de las nuéstras que habían bajado del Perú Belalcázar y sus compañeros, que fueron los primeros que entraron en estas tierras, como lo dejamos dicho en nuestra segunda parte.

3.º De ésta pasó adelante el Viloria por camino bien ancho, hasta llegar á la Provincia de Lile, que ahora se llama la ciudad de Santiago de Cali, donde halló recién poblada una ciudad de españoles por el Capitán Miguel Muñoz, que la había poblado por mandado de Sebastián de Belalcázar (Teniente General de Don Francisco Pizarro), que había yá pasado á este Nuevo Reino por grandeza de los castellanos y riqueza de esta tierra. Dice Cieza que recién poblada esta ciudad, se dieron por una puerca (que como luégo veremos se la comían en una fiesta) y un puerco mil seiscientos pesos de buen oro, y por los pequeños quinientos pesos. Por una oveja del Perú dieron doscientos ochenta; por otro puerco dieron doscientos veinticinco; cada cuchillo se vendía por quince pesos; un pliego de papel treinta pesos; unos alpargates ocho; y la almarada con que se hacían treinta pesos; por los puercos que naciesen daban más de cien pesos, que en tan poco como esto se estimaba el oro. Antes que llegara el Capitán Viloria á la ciudad de Cali, habiéndole visto, le salieron á recibir los vecinos de ella, llevándolo á su casa y haciéndole agradable hospedaje y á sus

soldados divididos por las casas de los vecinos, en especial por Lorenzo de Aldana, que á la sazón se hallaba en ella, recien venido del Perú, con poderes del Gobernador Don Francisco Pizarro, en demanda de su Teniente el Capitán Belalcázar, por haber muchos días no se sabía de él en la Provincia de Quito ni cómo se portaban las cosas de aquellas provincias bajas, de que luégo trataremos más largo. Sabido por el Lorenzo de Aldana cuán cerca quedaba el Licenciado Vadillo esperando la razón de quién fuesen los españoles que andaban por aquella tierra y su caudillo, habiéndosela enviado á dar, ordenó fuesen á recibirle Antonio Redondo y Pedro de Ayala, como lo hicieron, ofreciéndole buen hospedaje si se sirviese de llegar á ver aquella nueva población, donde recibieron todos singular gusto con su entrada. Vino en esto el General Vadillo con mucho, y con el mismo lo recibieron en la ciudad de Cali y le regalaron con toda la gente que le acompañaba á dos ó tres de como llegaron; un día, queriendo acrecentar un poco la fiesta y gusto á los recién llegados, hizo matar el Capitán Jorge Robledo una puerca, que ella y un puerco le habían costado pocos días antes mil seiscientos pesos de buen oro, que lo había sacado de la almoneda del Capitán Cristóbal de Ayala. Duró el principal agasajo ocho ó diez días, al fin de los cuales hizo á su Teniente el Comendador Sosa (que con este oficio venía desde que murió el Capitán Francisco César) que hiciese juntar á toda su gente en cierta parte, á los cuales así juntos les hizo esta plática:

4.º "Yá sabéis, caballeros y gente noble, los intentos que nos sacaron de la ciudad de Cartagena, dejando las buenas comodidades que allí teníamos, para buscar otras mayores, que hasta ahora no hemos podido encontrar sino las miserias que hemos padecido con muertes de unos y pérdida de salud y hacienda de otros, hasta venir á parar á tierras que yá tienen dueño, como vemos, y estar repartidas entre sus conquistadores, y tenemos noticias ciertas estar las de adelante y todo el Reino del Perú de la misma suerte. Bien se me ha traslucido que los más de los que me oyen no tienen intentos de pasar adelante, contentándose con maíz y poco más que se come á mesas ajenas, cosa afrentosa para quien puede adquirir y tener la suya con abundantes regalos, sin estar mirando el rostro de su huésped si está alegre, triste ó melancólico; y es cosa cierta que si cuatro días con gusto se da buen hospedaje, al quinto desean echar de sí el sobrehueso del huésped, y me llega al alma entren en esta cuenta los Capitanes y soldados que han militado debajo mi bandera, en especial habiendo dejado atrás, como despreciadas provincias de tan inmensas riquezas, así de minerales como de asientos felices para poblar, ciudades y grandes repartimientos de indios, todo lo cual en la ocasión echamos menos, por haberla dejado pasar cuando nos pudimos aprovechar de ella, y así tengo por más acertado, para evitar inconvenientes, poder comer de nuestra mano y dar á otros de

lo que nos sobrase, que tomemos la vuelta del camino por donde venimos y en lo mejor parado de lo que hemos dado vista y pisado fundemos ciudades de asiento, para con él pasar con mejora la vida que fuere el cielo servido de darnos. Ofrezco toda mi voluntad y buena amistad á quien fuere servido de seguirme, y también ruego al que la tuviere contraria se declare desde luégo, para que se disponga lo que más convenga."

CAPÍTULO XV

1.º Responde á la plática de Vadillo, por todos, el Capitán Mojica, y hurta un soldado el oro que traían de rancheos—2.º Pretende Vadillo volver á poblar en Buritica y no se lo consiente Lorenzo de Aldana—3.º El Licenciado Santa Cruz viene á Cartagena á visitar á Vadillo y envía gente en su seguimiento.

A ESTAS y otras razones que añadió el Gobernador Vadillo, respondió, en nombre de todos, el Capitán Francisco de Mojica, que para eso le tenían dadas sus veces, diciendo que aunque hallaría algunos de sus Capitanes y soldados el Licenciado Vadillo que siguiesen su voluntad como hasta allí, los más estaban de la contraria, escarmentados de las enfermedades, trabajos y aflicciones de hasta allí y de verse sin salud, sin vestidos, caballos ni dineros, sin servicio de indios ni de esclavos, la gente reducida á tan poco número por haberla minorado tantas muertes y calamidades, todo lo cual era estorbo para poder poblar por sí en alguna parte, y que así tuviese por cierta esta resolución de los soldados, y que según ella dispusiese de su persona lo que más conviniese, porque al presente sólo restaba que se repartiese el oro entre todos los soldados á como le cupiese á cada uno, pues él lo traía en guarda y depósito. Bien vino el Licenciado Vadillo en el repartir del oro, por ser hombre poco interesado; pero sobre lo demás tuvo tan gran desabrimiento, que no se pudo ir á la mano de hacer demostración de él, desbravando un rato con palabras, á que puso fin con prudencia, recelándose no se ocasionase de ellas algún desacato, en especial entre la gente menos bien mirada y comedida. Cesó con esto la plática, quedando determinado que otro día se haría la repartija del oro; pero aquella noche se dió tan buena maña un soldado llamado Ledesma, que entreteniendo al Gobernador Vadillo, dió orden á un negro suyo, que mientras él le entretenía con palabras, hurtase del rancheo del Gobernador el cofre del oro, como lo hizo, sin que se echara de ver hasta la mañana, que estando ya con el peso para repartirlo, se echó menos, de que se causó gran escándalo entre todos, porque no hay mayor trabajo en esta vida, dijo el

filósofo Eschines, que perder un hombre lo que le ha costado mucho. Juzgaba cada cual del hecho lo que le parecía, y muchos lo atribuían á traza del Vadillo, que hacía las diligencias que podía en su defensa, hasta que el Ledesma dió indicios del hurto, mejorando el pelo, en vestidos y otras alhajas que compraba.

2.º Con lo cual, sabiendo los demás no era más crecido su caudal que el de los otros, debajo de esta sospecha lo prendió y dió tormento el Capitán Jorge Robledo, que á la sazón era Alcalde de la ciudad, y al mismo esclavo, que aunque lo negaron en el tormento, atormentándole más que él la conciencia, lo exhibió el Ledesma por mano de cierto religioso, y así se hizo la repartición, cabiéndole á cada uno de los soldados á cinco pesos, (?) que fué muy buena granjería, después de haber caminado por tan innumerables trabajos como hemos dicho y se han quedado sin decir, en más de catorce meses, pues yá era bien entrado, cuando llegaron á Cali, el año de mil quinientos treinta y ocho y aun principios del de treinta y nueve, con muerte de noventa y dos españoles, y entre ellos valerosos Capitanes, muchos indios é indias de servicio y muchos negros esclavos y pérdida de ciento diez y nueve caballos. Con todo eso intentaba todavía el Licenciado Vadillo, con algunos que le quisieron seguir, como fué Juan de Viloria y otros caballeros y gente noble, volver á poblar á Buritica, cerro riquísimo y valles de grandes minerales de oro; lo cual habiendo entendido Lorenzo de Aldana, no lo quiso permitir, pues no había sido para poblar á la venida, sino sólo parece había venido á pasar por aquellas tierras, que eran doscientas leguas desde Cartagena, sólo para avispar los indios, demás que aquello sólo sería acabar con los españoles que allí habían llegado tan cansados y afligidos; y estando yá en jurisdicción y Gobernación ajena, no podía por su parecer y disposición salir á poblar á ninguna parte; sobre lo cual se acrecentaron entre los dos algunas diferencias, resolviéndose el Licenciado Vadillo en tomar la vuelta de Popayán con los pocos que le quisieron acompañar, porque los más se quedaron en aquellas ciudades y les llamaban *los cartagineses*, que luégo se fueron dividiendo en conquistas, como á las de Timaná, Anserma, Antioquia, Cartago y otras, y desde allí, por el Mar del Sur, irse á España á dar cuenta al Rey de lo que había hecho. Tomó con esto la vuelta de Popayán, donde ya el Licenciado Santa Cruz, que había llegado á Cartagena, tenía enviadas requisitorias para que lo prendiesen y llevasen á aquella ciudad, como se hizo, llevándolo por el Mar del Sur á Panamá y desde allí á Cartagena, donde no faltaron mil rencillas en su residencia, de que apelando para el Real Consejo, fué allá, gastando algunos días en la conclusión de su pleito, en los cuales, habiendo ido de este Reino un Juan Rodríguez Gil (pienso que con el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada), encontrán-

dose con él, como conocido y amigo, le dijo de amistad que cómo no hacía se concluyese el pleito de sus cargos y descargos, á quien respondió que porque le importaba más eso que no que se diese sentencia, y así con esta dilación, antes de darse, murió en Sevilla, harto pobre y necesitado; paradero común, como hemos dicho, de todos los conquistadores.

3.º Y porque se halle toda la historia que pertenece al Licenciado Vadillo juntamente, pondremos el decir (y quedarse á dicho) cómo cuando llegó á Cartagena el Licenciado Santa Cruz y supo de la jornada del Licenciado Vadillo, hizo juntar algunos soldados y que fuese con ellos su Teniente Juan Greciano siguiendo los pasos del Vadillo y lo prendiese para que fuese á dar su residencia, y pareciéndole sería bien hacer algunas conquistas de camino (porque todos tenían el ánimo alterado en estos tiempos para hacer nuevos descubrimientos, en especial de provincias donde había noticias de riquezas), nombró para ellas, en compañía de su mismo Teniente, al Capitán Luis Bernal, que no fué pequeño yerro el que hizo en esto, pues dejado aparte que él no venía á guerrear, sino sólo á tomar aquella residencia, lo fué en señalar dos cabezas, de que necesariamente se había de seguir confusión, como sucedió, pues en saliendo de la ciudad, que fué el año de mil quinientos treinta y ocho, y pasando de Urabá, comenzó la gente á dividirse en bandos, siguiendo unos al Capitán y otros al Teniente. Llegando á cierto paraje de este camino tres soldados llamados Manuel de Peralta, Pedro Simón y Pedro de Barros, hallaron una culebra tan grande, que tenía de largo más de veinte piés y en proporción el cuerpo, la cabeza rocilla, los ojos verdes y sobresaltados, que en viéndolos los quiso encarar, como lo hiciera si el Pedro Simón no la matara de una lanzada, á la cual hallaron en el vientre un venado pequeño recién tragado, que se lo comieron algunos españoles, con la fuerza del hambre, con parte de la culebra. Con aquellas diferencias y mal avenidos aun entre los muchos trabajos que llevaban por los caminos, llegaron á la Provincia de Anserma, donde se quisieron prender el uno al otro, apellidando ambos el favor del Rey, y aun casi llegaron á poner el derecho en las armas, en que estaban ocupados cuando llegó al mismo puesto que llamaban el valle de Umbra, el Capitán Ruy Vanegas con gente y veinte caballos, por orden del Capitán Jorge Robledo, que llegando poco después y poblando la ciudad de Anserma, como después diremos, le dieron la obediencia estos de Cartagena, quejándose el uno del otro, que para hacerlos parejos y averiguar sus diferencias, los desterró á entrambos el Jorge Robledo, aunque algunos dicen llegaron á la ciudad de Cali después que hubo salido el Licenciado Vadillo á la de Popayán, á quien no quisieron seguir más, por parecerles ser tiempo perdido.

CAPÍTULO XVI

1.° Esta Historia no comprende en sí más que el término de la Audiencia de Santafé — 2.° Trátase de las riquezas que hay entre los dos ríos de la Magdalena y Darién—3.° Al río de Cauca se le puso este nombre por algún Cacique que se llamaba así—4.° Nacimiento y alturas del río de Cauca—5.° Corre trescientas leguas hasta entrar en el Río de la Magdalena.

HABIENDO llegado nuestra Historia á este pueblo de Cali, que después fué Gobierno de Popayán, será á propósito refrescar la memoria (para mayor luz) con lo que dijimos en el Prólogo de la primera parte, que tomaba esta Historia á su cuidado escribir de sólo el distrito de esta Audiencia de Santafé, que se comprende desde el gran río Orinoco por el Este, corriendo por la costa del Mar del Norte (fuera de la Gobernación de Venezuela) hasta el otro gran río Darién al Poniente, y desde sus nacimientos corren estos términos al Sur hasta la villa de Timaná y cabeceras del mismo Orinoco, pasando por la mitad casi de la Gobernación de Popayán, porque en una Cédula Real que se despachó á nueve de Agosto del año de mil quinientos sesenta y tres en Guadalajara, se le señalan á la Audiencia de Quito (que á la sazón estaba recién fundada) los términos, y por esta parte de Popayán habiéndolos asignado, dice que lo demás sea de la Audiencia del Nuevo Reino; y así quedaron por pertenecientes á esta Audiencia estos pueblos de la Gobernación de Popayán: la ciudad de Toro, la de Cartago, Anserma, Arma y la villa de Timaná y otros que cerca de éstos se han despoblado, como Neiva y San Sebastián de la Plata en los Paeces; por lo cual, para cumplir con nuestro asunto, no podemos excusar el tratar de las conquistas de estos cinco pueblos, y si se ofreciere, alargar la mano á coger algo de sus convecinos los del mismo Gobierno por alguna dependencia, y para más luz de cosas, también se nos dará licencia, como se hizo cuando tratamos de la Gobernación de Venezuela, por la misma razón, con pertenecer á la Audiencia de Santo Domingo en la Española.

Habiendo tratado nuestra primera y segunda parte de lo que se le ha ofrecido en la distancia que hay desde el río Orinoco hasta el de la Magdalena (aunque pasamos de él á la otra banda, por decirlo así, el buen orden de la Historia, á tratar de las cosas de las ciudades de Ibagué, Mariquita y los Remedios, y nos dejamos otro rincón de Santa Marta, que ahora le habremos de recoger á su tiempo), ahora á esta tercera le resta tratar lo que se le ofreciere entre los dos ríos de la Magdalena y Darién, ó por mejor decir, entre los tres, que son el Darién, Cauca y la Magdalena, porque entre Darién y la Magdalena media el Cauca, y lo que ha de tratar esta Historia tercera se comprende

á los dos lados de Cauca, al Poniente hasta el Darién y al Levante hacia el de la Magdalena; si bien el del Darién tiene sus principios á la mitad del de Cauca y corre muy paralelo con la Equinoccial al Poniente, hasta que vacia en el Mar del Norte y ensenada de Acla, como dejamos dicho.

2.º Entre estos dos ríos Darién y la Magdalena, entre quien corre Cauca, crió Dios la tierra más rica de oro y plata que pienso calienta el sol ni se les ha descubierto á los mortales; porque la que hay entre Cauca y el Darién es toda de venas de oro finísimo, como está experimentado por cuantos españoles han descubierto y pisado aquella tierra, que han sido muchos, y toda está descubierta y cateada de ellos, de que no fueron malas muestras ni testigos de poco abono las sepulturas que hemos dicho de Don Pedro de Heredia en el Zenú, y la del Capitán Francisco César en Guaca.

Las sierras del Abibe que acompañan al Darién hasta cerca de sus bocas, le ofrecen innumerables arenas de oro, y de todas ellas, dice Cieza, estar lastradas de este metal de que tanto hay, por voz de la fama, en el gran Santuario del Dabaibe que está por allí, y en el Guazuzo es otro tramo de la misma cordillera que se acerca al río de Cauca, que comienza desde las Sabanas de Yapel y corre hasta Popayán; bien saben que esto da una pasta de oro los moradores de los pueblos que se han fundado en ella y permanecen hoy de españoles, que son la ciudad de Antioquia ó Santafé de Antioquia, San Jerónimo del Monte, Anserma, Toro, Cali y otras que se han despoblado. Esta otra parte de Cauca, que es la del Oriente (porque corre del Sur al Norte) ó isla que hacen entre él y el de la Magdalena, harto experimentadas tiene el mundo sus inmensas riquezas de oro y plata con que está entretejida y aun cuajada, mezcladas las minas de lo uno y de lo otro en la mayor parte de sus tierras; porque comenzando de las sierras de Cimití, que pienso son las más cercanas á las juntas de estos dos ríos que tienen minas, las han tenido y tienen de muy gran riqueza de finísimo oro; y corriendo desde ellas al Sur están las del Guamoco, donde están fundados Reales de minas y un pueblo que le llaman la ciudad de San Francisco, y algunas leguas más adelante la ciudad de Zaragoza (que los antiguos llamaban el Panzenú, como dejamos dicho, en que también se comprendían las tierras de la ciudad de Santafé de Antioquia y sus convecinas), bien sabe el mundo las infinitas riquezas de oro finísimo que se han sacado y sacan hoy, y lo mismo de la ciudad de Cáceres, Arma, Cartago y Buga, corriendo las aguas del río arriba, y cayendo más á la parte del río de la Magdalena; no han llevado más corto paso las grandes sacas de oro que ha habido en la ciudad de los Remedios, fundada en muchas partes en las tierras de los Pantágoras, y lo mismo corre en los sitios que estuvo fundada la primera vez la ciudad de Victoria, ya cerca del río de Guarinó; pues si queremos tratar de las

riquezas de oro y plata, entretejidas unas con otras en la ciudad de Mariquita, que está más adelante, mejor lo dirán ellas y quien las goza, pues son tan abundantes y de tan subida plata, que espantan al mundo, juntamente con su mucho oro de veintidós quilates de sus minas de Hervé, Santa Agueda y otras partes, que se hallan en más de diez ó catorce leguas que se extienden los minerales por su serranía al Poniente.

Lo mismo decimos de las minas de oro y plata, por una misma cordillera y que se dan las manos, de la ciudad de Ibagué; las grandes minas de San Sebastían de la Plata en la tierra de los indios Paeces; más adelante, cerca de Timaná, admiraron á los hombres que las hallaron y labraron, y fundaron allí una ciudad, poniéndole el nombre de Plata, por la mucha y buena que tienen aquellas tierras. En el río de Saldaña y valle de Neiva también se han hallado grandes minas de oro de donde se saca hoy, y lo mismo es el de la Provincia y villa de Caloto, más á la parte de Popayán; de suerte que en toda esta isla, sólo la Provincia y tierras de los indios Pijaos se ha conocido ser flacas de minas, y debe de ser que por la fragosidad y continuas guerras de estos indios no se han buscado tan de propósito; pero á lo que á mí me pareció, y á otros que se las entendía más cuando estuve en la provincia de estos indios, no había malas muestras de minas en muchas partes, como lo mostraban sus aguas tan delicadas y saludables, que todo da muestras de ser oro, y lo mismo tienen todas las de esta isla y de sus grandes Provincias, donde es más dificultoso hallar una agua mala que infinitas buenas.

3.º El gran río de Cauca pienso que se llamó así por la misma razón que hemos dicho del Darién, que es de haber los primeros castellanos que lo descubrieron hallado por aquella parte ó cerca del río algún pueblo ó Cacique llamado Cauca, con que se ha quedado, porque aunque Cieza le llama siempre río de Santa Marta, debió de ser, ó por la razón que dije cuando traté del de la Magdalena en la segunda parte, ó porque Cieza dice que este es el mismo que el de la Magdalena, porque entran juntos en el mar, partiendo términos entre la Gobernación de Cartagena y Santa Marta, y así á ambos juntos les llama el río de Santa Marta; y aun como escribió muy á los principios, se fió de relaciones poco seguras ni experimentadas, y así dice que entra en el mar por muchas bocas y gran ruido, y con una legua de ancho, siendo la verdad que sólo entra por dos bocas por una isla que lo divide; tiene de ancho poco más que un tiro de mosquete, pero muy sondable y muy sosegado, por ser tierra muy llana, y mucho antes de sus bocas no se siente por esta ocasión si hay río hasta dar con él, pero al fin, sea de esto lo que fuere, el nombre de río de Santa Marta se ha perdido totalmente, de suerte que nadie se acuerda de él, y sólo es usado el nombre de Cauca.

4.º Así como por entrar en la mar junto con el de la Magdalena, con quien une sus aguas treinta leguas antes que entren, así entra en los mismos grados que dijimos del otro, que son once y treinta minutos de latitud al Norte, y setenta y uno y cincuenta minutos de longitud del meridiano de Toledo, y de la misma suerte son iguales en grados en sus nacimientos, pues nacen á la par, media legua de distantes el uno del otro, en el páramo de las Papayatas, á dos grados y veinte minutos de latitud á la banda del Norte, y sesenta y nueve y treinta minutos de longitud. Váse entrando por el anchísimo valle de la villa de Cali, algo paralelo con la Equinoccial, que recogiendo las aguas de una y otra cordillera, cuando llega al paraje de este pueblo lleva tan valientes y poderosas aguas como Guadalquivir por Sevilla, y de los muchos ríos que se le juntan de allí para abajo en la Provincia de Buritica y otros que le entran por aquella parte del Occidente y la del Levante, como son el de Aburrá, Cancán, Nechí y otros, crece tanto que cuando se junta con el de la Magdalena es bien poco inferior á él, aunque no lo es en aguas saludables y limpias, pues siempre las trae muy claras y de oro, en que también le excede mucho, por ser tantas y tan grandes las minas de este metal que tiene por sus dos lados, como hemos dicho. Cría innumerables suertes de pescados y muy buenos manatíes, y caimanes no le faltan. Pasa por tierras llanas, por donde va sosegado, pero por las fragosas lleva poderosos raudales, como se ve en el que hay desde Arma á Antioquia, que siendo de más de cincuenta leguas, se caminan en tres horas en balsas, aunque con harto riesgo de la vida. Éntrase en él por su boca desde el de la Magdalena, y se navega con gran frecuencia de canoas, con canaletes y barcos grandes á la sirga, hasta entrar en el río de Nechí y llegar á la misma ciudad de Zaragoza. Pasa por tierras calientes, templadas y frías, como lo son todas las provincias de sus dos lados; pero en las frías y templadas hace mayor frío el verano que el invierno, que sólo se diferencian en llover ó no llover.

5.º Es dificultoso de vadear desde Cali para arriba, porque de allí para abajo es imposible por ninguna parte ni en ningún tiempo, y así en muchas le tenían los indios hechas puentes de bejucos, que son (como hemos dicho) al modo de unas raíces muy largas y correosas: de éstas juntaban muchas y hacían sogas, y amarrándolas á los árboles en fuertes troncos á una parte y otra, lo pasaban bien ya con el uso; aunque una vez pretendí pasar el río de Amoyá en los Pijaos por una de estas puentes, y cuando me vi en medio me pesó harto y quisiera estar más en la puente de Alcántara que allí. Son de ordinario sus aguas frescas de la mitad de sus corrientes para abajo, por descolgarse de algunas partes aguas de nieves y páramos: su carrera desde que nace hasta entrar en el de la Magdalena es de casi trescientas leguas, con innumerables provincias á sus lados. En cuantas partes quisieren lavar de sus arenas le sacarán oro

más ó menos, y en muchas partes tan gran cantidad, que no se puede encarecer. Lo más ordinario están sus márgenes llenas de montañas y arcabucos poblados de muchas aves y monos de muchas especies y muy donosos. De los árboles de estos arcabucos, que de ordinario son valientes cedros, ceibas y de otras especies no conocidas en Europa, lleva muchos en sus fuertes avenidas, de que se aprovechan en la ciudad de Tenerife y otras partes, donde los cogen con barquetas y canoas, y conocen ser cedros cuando bajan por el río, en que estos árboles llevan siempre las raíces hacia abajo y las ramas hacia arriba, y todos los demás van por sus aguas al contrario.

CAPÍTULO XVII

1.° El Capitán Belalcázar sale á conquistar y poblar algunas provincias de indios—2.° Dale Pizarro nuevos poderes, viene á Popayán y determina pasar á España—3.° Pónelo en ejecución y envía al Capitán Añasco á poblar á Timaná, como lo hizo—4.° Sale Añasco de Timaná y llega á Popayán, donde halla á Lorenzo de Aldana con poderes de Pizarro para gobernar aquellas provincias.

EL Capitán Sebastián de Belalcázar, Teniente general de Don Francisco Pizarro, Gobernador del Perú, después que hubo conquistado las provincias de Quito y fundado allí aquella ciudad, bajó á hacer lo mismo á las provincias de Popayán y sus convecinas, donde habiéndolas ya conquistado con harto rigor (si es verdad lo que dice el Obispo de Chiapa en aquella media carta que pone en sus obras acerca de esto), pobló la ciudad de Santiago de Cali y la de Popayán el mes de Diciembre del año de mil quinientos treinte y seis, y habiendo tenido noticia de ciertas provincias de indios y adentro de la isla y entre los dos ríos de Cauca y la Magdalena, que le demoraban al Oriente, á treinta y cuarenta leguas de tierras asperísimas, que se llamaban Timanaes, Yalcones, Piramas, Guanacas y Pacces, pretendiendo conquistarlos como á los demás, entró en la de los Paeces, y entrando el año de mil quinientos treinta y siete con doscientos soldados españoles, y después de haber tenido con ellos grandes recuentros, que por ser valientes defendían les entrase en sus tierras nuestra gente peregrina, le obligó á salirse de ellas (después de haber hecho grandes efectos), como se salió por los nacimientos del río del Palo, que corre al de Cauca, desde donde volvió á Popayán con veintiseis españoles menos que le mataron, y entre ellos algunos Capitanes, y habiendo desde allí andado conquistando todas las tierras de los Putimaes y Quimbayos, donde después se pobló la ciudad de Cartago y la de Anserma, donde se pobló también la ciudad

que ahora está de este nombre, y bajado á algunas otras Provincias al principio de la Gobernación que hoy es de Antioquia, que fué hasta la de Cartama, revolvió á las de Popayán y Cali, que se iban alterando de nuevo contra los nuéstros viendo que se iban quedando tan de asiento en sus tierras, y habiéndolas pacificado y señaládoles distrito, y dejado en Popayán por su Teniente al Capitán Juan de Ampudia, y por Alcalde á Pedro de Añasco, con toda la demás justicia y regimiento necesario al Gobierno de la ciudad, y en la de Cali por su Teniente á Miguel Muñoz, que era el que la había poblado en su nombre, y por uno de los Alcaldes á Pedro de Ayala, y uno de los Regidores á Antonio Redondo, determinó tomar la vuelta de Quito para verse con Don Francisco Pizarro y darle cuenta de lo hecho, como lo hizo, de que recibió notable alegría el Pizarro, así de verle como de lo que había hecho, por lo cual y en agradecimiento le dió más largos poderes de los que hasta allí tenía, sin limitarle nada de lo que quisiese hacer en las conquistas y poblaciones, y para levantar los soldados que quisiese de donde quiera que los hallase.

2.º Andaba ya Belalcázar con más levantados pensamientos que hasta allí había tenido, pues viéndose conquistador y poblador de tantas provincias y ciudades, los tenía de pasar en España á que el Rey le premiase sus trabajos dándole el título de Gobernador ú otro mayor de lo que él había conquistado y poblado, sin dependencia del Gobierno de Don Francisco Pizarro, á quien supo el Belalcázar ocultar tan bien estos sus intentos, que no abrió resquicio por donde se los pudiese conocer, con que no hubo estorbo para darle tan largos poderes, con los cuales, aunque no pudo despacharse de la ciudad de Quito, haciendo gente con la brevedad que estos sus deberes le solicitaban, al fin lo antes que pudo tomó la vuelta de Popayán, á donde llegó por el mes de Mayo el año de mil quinientos treinta y ocho, donde fué bien recibido con demostraciones de grandes fiestas á su llegada, que no fué de poca importancia, pues viendo los naturales de aquellas provincias la mucha fuerza de españoles que llegaban de nuevo, acabaron de aquietarse, lo que también fué causa para que Belalcázar dispusiese la ejecución de sus intentos, aunque los ocultaba con decir á sus soldados se determinaba á tomar la vuelta del Oriente para ir conquistando las muchas provincias de que tenían noticia, en especial ir en demanda de aquel su hombre Dorado, que se la había dado el indio de este Nuevo Reino, como dejamos dicho largamente en nuestra segunda parte; pero los intentos principales del Belalcázar, envueltos en los de estas conquistas, más eran de ir buscando por aquella parte el mar del Norte (supuesto que el Capitán Lanchero, á quien despachó desde allí que buscase camino para llegar al mar del Sur para los mismos intentos, no lo había hallado), para desde él embarcarse en cualquiera de los puertos que hallase comodidad, pues sabía estar ya descu-

biertos todos por españoles, y pasar en España.

3.º Puso esto en ejecución con la mayor brevedad que pudo, y saliendo de Popayán con casi trescientos soldados, entre los cuales iban los Capitanes Juan de Ampudia, Pedro de Añasco, Juan Cabrera, Martín Yáñez Tafur, Juan de Avendaño, Luis de Sanabria y otros, y con innumerable gente de servicio, negras é indias é indios y anaconas (que había algunos que llevaban de éstos más de ciento), comenzó á caminar por muchas provincias, y últimamente la de los Pijaos, en que no le sucedieron pocas guazabaras, hasta que llegó al valle de Neiva, que es por donde corre el Río Grande de la Magdalena. Llegó desde allí á este Nuevo Reino de Granada y ciudad de Santafé, en que halló ya al Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, con quien y con el General Nicolás de Fedremán, que había también venido á la misma ciudad por los llanos desde Venezuela, pasó en España, como largamente dejamos dicho en nuestra segunda parte. Cuando se halló en el valle de Neiva Belalcázar, y aun cuando yá iba entrando en las sabanas de Santafé, despachó al Capitán Juan Cabrera con comisiones para que poblara un pueblo de españoles en el mismo valle de Neiva, como lo hizo y permaneció algunos años, hasta que se despobló por la ocasión que adelante diremos; pero antes de esto, yendo ya sabiendo de la tierra de los Pijaos, por haberla hallado pobre de oro, como dejamos dicho, despachó con buena copia de soldados á los Capitanes Pedro de Añasco y Juan de Ampudia, que volviesen á Popayán, y asentando bien las cosas de aquella nueva población, volviese Añasco á fundar un pueblo de españoles á la Provincia de Timaná, convecina á la de los Paeces, Yalcones y los demás que hemos dicho, como lo hizo y procuró pacificarlos y traerlos de paz, más por medios de amistad que de guerra, ya casi á los fines del año de mil quinientos treinta y ocho. En especial hizo esto con el hijo del gran Cacique de la Provincia de los Yalcones, llamado Pioanza, que después se llamó Don Rodrigo, con el cual tomó tan gran amistad el Pedro de Añasco, que no lo apartaba de su lado, bien vestido y en un caballo, pareciéndole serle importantísima para la vivienda pacífica de la nueva población la amistad de este mozo. Era de muy buenas partes, gentil hombre, de buena cara, buen discurso y que en toda ocasión mostraba bien la amistad, como veremos.

4.º Fuéle de mucha importancia para hacer las suertes y repartimientos de los indios en los conquistadores, por conocer bien todos los Caciques, tierras y provechos de ellas, y finalmente, siempre fué aficionadísimo á nuestros españoles, procurándoles su conservación, vida y buenos sucesos, muy á lo contrario de su padre, que siempre anduvo procurándoles su muerte y echarlos de esta tierra. Cuando el Añasco vido que estaba algo pacífica ésta y que había menester más españoles para conservarse en esta paz, dejando por su Teniente en la

nueva población á Juan del Río, tomó la vuelta de Popayán para el intento, llevando consigo al mozo Pioanza, donde halló muy trastornadas las cosas de como él las dejó, porque no habiéndole enviado Belalcázar á Don Francisco Pizarro, en muchos días de como se despidió dél, razón de las conquistas y cómo se portaba aquella tierra y nuevas poblaciones, pudiéndolo hacer por momentos por los chasques, entró en sospecha de lo que andaba haciendo é hizo Belalcázar, y más se recargaban estos barruntos por las pretensiones que tenía el Francisco Pizarro de que el Rey le hiciese merced á su hermano Gonzalo Pizarro de la Gobernación de Quito y estas tres ciudades recién pobladas. Comunicando estas sus sospechas con el Capitán Lorenzo de Aldana, hombre muy de estima y cabal para todos negocios, se le ofreció al Pizarro que haría en su servicio todo lo que se le ordenase en aquel caso; lo cual admitiendo y agradeciendo Pizarro, mandó se le hiciesen y entregasen luégo tres ó cuatro diferencias de despachos, ordenados con gran disimulación y astucia, pues prevenían con ellos todo lo que se les representó podía suceder para que, quitados los inconvenientes con suavidad y sin alboroto militar, se entrase el Aldana en el Gobierno en lugar del Belalcázar.

Los unos recaudos, y que desde luégo fueron manifiestos, eran una comisión acerca de ciertas diferencias que había entre Belalcázar y Pedro de Puelles; otros eran en que lo hacía su Teniente de todo lo poblado por el Belalcázar, y que si con poderosa mano se quisiese resistir, lo pudiese prender; otro, de que pudiese dar por nulo todo lo que Belalcázar hubiese proveído, y que le obedeciesen en esto todos como á su misma persona. Otra comisión para repartir la tierra, porque el Belalcázar no había tomado para sí esta autoridad, y otra para mudar Tenientes de Gobernadores y poblar las provincias que le pareciese, por él ó por otros.

CAPÍTULO XVIII

1.° Presenta Lorenzo de Aldana los recaudos que traía de Pizarro y admítenle al Gobierno—2.° Dale nuevos poderes al Capitán Añasco, el cual se vuelve á Timaná—3.° Sale Añasco á castigar un Cacique, y tiene en el camino algunos malos pronósticos—4.° Prenden á este Cacique; hácelo quemar Añasco, y su madre de él irrita los indios contra los nuéstros—5.° Pasa Añasco á otras provincias á proseguir el castigo.

CARGADO de todos estos papeles llegó Lorenzo de Aldana á Tomebamba, Quito, Popayán y Cali, donde sólo presentó en los Cabildos los recaudos de Juez de comisión, en que fué obedecido, aunque todos estaban con sospechas de que un hombre tan grave como él no había de bajar tantas leguas por sólo Juez de comisión; pero él disimulaba como cuerdo y reportado con los demás hasta saber por entero dónde andaba el Belalcázar, lo cual no pudo conseguir de ninguna suerte, por estar yá el Belalcázar en el Reino ó por ventura embarcado, hasta que llegó Juan de Ampudia á Popayán, que, como dijimos, lo había enviado juntamente con Pedro de Añasco el Belalcázar al valle de Neiva para que se poblase el pueblo de Timaná, y así teniendo del Ampudia bastante relación del suceso y pretensiones del Belalcázar, con todo eso aguardó otro mes, supuesto que nadie le había visto embarcar en el Río Grande de la Magdalena, hasta que llegó á Popayán el Capitán Juan Cabrera, después de haber poblado la villa de Neiva, que dió entera relación de haberle visto embarcar, con lo cual el Lorenzo de Aldana presentó luégo sus provisiones que tenía de Gobernador, y habiendo sido obedecido en todos los pueblos que hemos dicho, Quito, Popayán, Cali, comenzó á gobernar con harta buena prudencia, porque la tenía para todo, si bien para introducirse más del todo quitó las varas de Tenientes y Alcaldes en Popayán y Cali, poniendo otros de su mano en algunos de estos oficios, y en otros volviéndoselos á dar á los mismos que los tenían.

2.° Este estado tenían las cosas del Gobierno de las provincias bajas (como llaman en el Perú á estas Gobernaciones de Popayán y Antioquia), cuando llegó Pedro de Añasco á Popayán, de su nueva población, donde usó con él lo que con los demás el Lorenzo de Aldana, aunque luégo le dió nuevas comisiones de lo mismo que él se tenía para gobernar el pueblo de Timaná, y aunque fué mucha parte el Aldana para que se le juntasen algunos buenos soldados, que llegaron hasta treinta, los más de ellos con sus caballos, entre los cuales iban Juan de Orosco y Arias Maldonado. También dió comisiones al Capitán Jorge Robledo para poblar la ciudad de Anserma, Cartago y Antioquia, de quien hablaremos cuando hayamos concluído con las cosas de Timaná y Añasco; el

cual, viendo en Timaná mejorado el número y valor de soldados, comenzó á tener más bríos de los que hasta allí, y aun de los que eran menester para conservar aquellos indios en la poca asentada paz que tenían, hasta que comenzaron luégo á hacer demostraciones de querer sacudir el yugo de la servidumbre por la apretura en que los ponía el Añasco, haciendo que fuesen puntuales más de lo que ellos podían sufrir; de cuyos principios y demostraciones de rebeldía que iban haciendo, no fué pequeña parte una india viuda llamada la Gaitana (no sé si por nombre propio ó puesto por los nuéstros desde los primeros que pisaron aquellas tierras).

Era ésta una gran señora á quien obedecían con gran puntualidad gran número de vasallos, emparentada con los más principales de ellos, que tenía sólo un hijo, mancebo de buena edad, obedecido de todos como ella, á quien enviando á llamar el Añasco y no viniendo tan puntualmente como él quisiera, ó despreciando el acudir á aquello, por ser tan gran señor, propuso de hacer en él un ejemplar castigo para atemorizar la tierra, para lo cual salió de Timaná con veintiun soldados de á caballo, entre los cuales iba Baltasar del Río y otro Pedro de Añasco, deudo del Gobernador, y el hijo de Pioanza, aunque harto de mala gana, sospechando lo que había de suceder, por ser persona tan valida á quien iba á castigar. La misma sospecha tomaron todos los soldados de lo que les sucedió: yendo ya caminando, que sin saber de qué, en camino raso y llano comenzó á recelar el caballo de Añasco como que veía alguna cosa y á alborotarse de suerte (sin tener costumbre de esto ni mal resabio) que cuanto más le picaba con la espuela más se enarmonaba. Apeóse el Añasco, y aunque procuraron pasarlo del cabestro y á palos, no fué posible hasta que lo metieron entre los demás caballos, que con esto y mucha porfía, continuando los palos, al fin le hicieron pasar. Atribuía el Capitán este suceso á alguna mala maña del caballo, aunque muchos de los soldados á pronóstico de mal suceso. Pasaron al fin hasta llegar á los principios de las poblaciones, donde hallaron poca gente que los recibió con mucha tibieza, porque el resto se había retirado á las montañas, sabida su llegada.

4.º Despachó luégo Pedro de Añasco á llamar al hijo de la Gaitana, que habiendo respondido sin rebozos que no quería venir, ordenó luégo que su primo Pedro de Añasco, con soldados y guías, diese sobre él un madrugón y lo prendiese y trajese. A esto iba este caudillo, cuando por ser noche oscura y trochas angostas y de caminos ásperos, le sucedió el de derrumbarse el caballo, y cayendo, quebrarse un brazo, que le dió la vida la desgracia, cumpliéndose en él el refrán: "Quiébreme la pierna y quizá por mejor". No le dejó el dolor pasar adelante, y así, volviéndose al pueblo donde estaba su primo, pasaron los compañeros y dando de repente en la casa del mozo, donde estaba quieto, lo

prendieron y metieron en collera afrentosamente y trajeron á la presencia del Añasco, siguiéndole su viuda madre, sin buscar acompañamiento ni defensa para su hijo, no entendiendo había de llegar el mal á tanto, como fué, en llegando, sin más causas que las dichas, hacerlo amarrar y pegar fuego y quemarlo vivo á vista de la madre, que se pueden considerar, ya que no decir, los sentimientos que tendría: rasgábase el rostro, mesábase sus cabellos y hacía otros extremos, viendo hacer ceniza su hijo; pero visto no aprovechaban ya sus amargos llantos, se convirtió al consuelo de la venganza que prometía tomar de un hecho tan atroz, irritando la gente de toda la tierra contra los españoles. Sólo se recelaba del Cacique Pioanza, por darle lado con tanta amistad á su hijo el Añasco, aunque también quedó rendido á los ruegos de la viuda, y más siendo fundados en la razón con que los hacía.

5.º No quedó poco gozoso el Capitán Añasco de la abominación que había hecho, como tan enseñado por ventura á hacer otras tales ó poco menos, porque eso tiene la frecuencia de pecar y hacer agravios, que parece se convierte en naturaleza, tanto que viene á no echarse de ver la gravedad de la culpa por tenerla en costumbre. Pagado de este hecho este Capitán, de que le pareció le había quedado la mano sabrosa, quiso probarla en el castigo de los demás adelante, á donde prosiguió su camino (habiendo enviado á su primo con dos soldados á Timaná que se curase) con diez y ocho soldados, hasta, sin recelo de encuentro, meterse en el centro de la Provincia de los Yalcones, donde se rancheó y asentó toldos enmedio de las mejores poblaciones y en lo más áspero de ellas, donde era imposible les fuesen de provecho los caballos, pues aun no lo eran para subir las dificultades de las cuestas. Despachóle luégo de parte suya y de su hijo al Cacique Pioanza, que viniera donde estaban, el cual, excusándose, le envió hasta seiscientos pesos de buen oro y un gran número de sus vasallos para que le hicieran casas donde estuvieran más acomodados él y sus soldados, en la cual excusa comenzó á dar muestras de la irritación que tenía por el grave castigo que se había hecho en el mozo.

CAPÍTULO XIX

1.° Después de haber incitado la vieja Gaitana muchos indios á la venganza de su hijo, pide favor al Cacique Pioanza—2.° Avisa un hijo de Pioanza á los nuéstros del rebelión; sobreviénenles temores y malos presagios—3.° Embisten los indios á los nuéstros y mátanlos á todos, sin escapar más de tres soldados—4.° Defiéndese el Capitán Añasco con gran valor, y al cabo le prenden vivo los indios.

LA vieja Gaitana, solícita en su venganza, después de haber solicitado y reducido á que la tomaran de los españoles á los Caciques convecinos de los Paeces, Piramas y Guanacas, con grandes demostraciones de las angustias de su alma, y ellos habérsela prometido, acompañada de sus dueñas y doncellas, que no le ayudaban poco á lastimarse, se fué al Pioanza de los Yalcones, y desmelenado el cabello, maltratado el rostro, con voz ronca y ojos hechos fuentes, le representaba al vivo sus ansias con razones vivas y el sentimiento y aflicciones de su corazón, desmayándose de cuándo en cuándo ó fingida ó verdaderamente, arrojándose á sus piés, que no sólo le vino á mover é inclinar á la venganza que pedía, sino también á hacerse el dueño de ella, consolando á la viuda y asegurándole del buen efecto que todos deseaban; y así despachó al punto Pioanza aviso á sus Capitanes para que dispusiesen su gente á la guerra que pretendía contra los españoles, á que acudieron luégo con tanto cuidado, que en breve espacio se juntaron seis mil guerreros de sólo los Yalcones, siendo otros tantos de los demás Caciques, porque como gente ocupada toda la vida en guerras civiles y diestrísima en el manejo de las armas, á la primera voz que se les dió se hallaron con ellas en el puesto que se ordenó por todos para dar la batalla. Habiendo entendido esto el mozo Don Rodrigo Pioanza de las indias de su servicio, avisó al punto de ello al Capitán Añasco, dándole por consejo, por el gran riesgo en que estaba, pues venía toda la tierra sobre él, á quien era imposible resistir, que se volviera aprisa al pueblo ó á lo menos se bajara á lo llano, donde pudieran servir los caballos, porque de otra suerte era imposible escapar con la vida diez y ocho hombres, aunque de ánimo español, entre tanta infinidad de indios.

No decía esto sin lágrimas el piadoso mozo, con que mostraba la afición que tenía al Añasco y á los españoles, y el conocido riesgo en que los veía; al cual consoló el Capitán, diciéndole: "No te aflijas de eso, pues mi ánimo y bríos son tales, que si todo el mundo viniese sobre mí, no me haría volver atrás un solo dedo, teniendo por cierto que en este sitio les tengo de hacer volver á todos tan castigados que no se atrevan á burlar más conmigo". Volvióle á replicar el mozo con una lluvia de lágrimas, diciendo: "Advertid, señor

mío, que aunque mostréis ese ánimo, siendo tantos estos indios, os destruirán á todos, como lo hace el fuego á las pajas de la sabana". Con todo eso, aunque no le acabaron de vencer estas razones y ruegos del mozo, comunicó el caso con sus soldados, que sin dar salida á ninguna buena determinación, todos quedaron perplejos, torpes é indeterminables, en especial en entrando la noche, que con presagios de lo que les había de suceder, porque sabían que al amanecer les habían de dar la guazabara, les vino un desmezalamiento, que sentían todos en todo su cuerpo un sudor frío, á que ayudaban unos aullidos extraordinarios de las aves nocturnas; los buhos andaban revoloteando sobre ellos con aullidos tristes, como cantándoles endechas y llorando sus tristes muertes; los perros que tenían aullaban extraordinariamente, porque con instinto natural estos animales, oliendo y oyendo á los indios que yá se les iban acercando, parece conocían el miserable suceso, como conocen otros muchos naturalmente. El tiempo era breve; la resolución ninguna; el consejo faltaba, y nadie daba salida á cosa de provecho.

3.º Esforzábase cuanto podía el Añasco entre las congojas que tenía por si podía sacar de ellas á sus soldados. Exhortábales á que esforzasen sus bríos y á estar con alerta en los puestos que los puso, que fueron tres, para que acudiesen á cualquier parte por donde les acometiesen, que fué el mayor yerro que hizo, pues los pocos que eran mejor se socorrieran y defendieran juntos que divididos, como los halló y acometió el gran ímpetu de los innumerables y valientes indios al rayar el alba, con tanta fuerza y bríos, que aunque eran muchos los de los pocos españoles, de manera que cada cual por su parte hacía valientísimos hechos matando increíble número de salvajes, como eran tantos, cuando con solas pajas de la sabana ó con puños de tierra pelearan, acabaron con ellos con brevedad, en especial por el ánimo que les ponía Pioanza, como quien había tomado aquel negocio por suyo, y prometídole la victoria á la Gaitana, que estaba presente, el cual andaba como un viento, hallándose en todas partes esforzando á todos con voces y hechos valerosos, por ser hombre de valiente cuerpo, corazón y bríos. Los de los nuéstros iban yá faltando, pues cualquier indio les rebatía con facilidad los flacos golpes de sus lanzas, y conocían la mano floja con que andaban por estar vencidos de tantas muertes como habían dado, con que se las iban dando también á los soldados, de suerte que sólo andaban en pié tres de ellos: un Cornejo y otro llamado Medina y un Luis Mideros, el cual, viendo á los ojos que habían de parar en lo que sus compañeros, siendo imposible otra cosa, habló con los dos diciendo: "Yá, hermanos, vemos no ser de ningún provecho nuestras armas: tomemos las del conejo, que tan valientes hombres suele haber en las ocasiones por los piés como por las manos. Nuestros compañeros ya son muertos y no los podemos

resucitar; guardémonos de acompañarlos en esto, pues más valentía será guardar en esta ocasión con nuestras vidas que con temeridad ofrecernos á los brazos de la muerte." Apenas hubo dicho esto, cuando los tres, rompiendo por el escuadrón y desocupando camino con muertos y heridos, tuvieron buena suerte de escaparse y meterse en la espesura de un boscaje, que no estaba lejos, donde se guarecieron, por no irles nadie siguiendo, por ocultarlos la noche.

4.º El Capitán Añasco hizo cosas de tan valiente soldado que admiraba á los indios, pues metiéndose en la mayor fuerza de ellos, hacía tan gran riza de muertos y heridos, que yá no lo osaban acometer á matarlo, que hubiera sido harto menos mala suerte que la que luégo se le siguió, pues siendo ya bien de día y andando en su caballo, aunque el puesto era bien desacomodado para ello, haciendo terrible estrago por donde quiera que entraba, descargó un indio tal macanazo en los hocicos y dientes de la bestia, que quebrándoselos, le quebró también las riendas, con que iba sin gobierno y atontado de las heridas que le habían dado por donde le parecía, lo cual, conocido por los indios, se juntaron en gran montón, pretendiendo coger vivos á ambos, aunque el caballo en esta ocasión se cayó muerto, y así asieron al miserable Capitán Añasco, de que saliendo la voz por los bárbaros, se amontonaron más con grande alegría para ver el preso, á quien llevaron luégo á la presencia del Cacique Pioanza y de su hijo Don Rodrigo, que yá estaba con él, por el cuidado con que su padre había mandado se le buscase y le trajesen. No se pueden decir los sentimientos del mozo de ver á su señor y amigo en tan miserable estado, ni aun los de Añasco, que se le acrecentaron sobre los que tenía de su prisión, y esperaba de su muerte en ver tan triste, mustio y demudado al mancebo, que hechos fuentes sus ojos, se llegó al preso y le dijo: "Ocasión era ésta, señor mío, para que conocieras cuán fiel amigo te soy, si fueran poderosos mis brazos para escaparte de entre tan bárbara gente que se está recreando en el mal que te han hecho y en el que te piensan hacer; cristiano eres y de sangre noble; espera la muerte como tál, de que quedo tan lastimado y triste que no me da mi corazón lugar, ni aun estos feroces indios, para que te veamos." Despidiéronse con esto ambos, porque luégo el padre mandó que apartasen á su hijo, haciendo llamar á la vieja Gaitana, á quien le entregó al afligido Capitán y ella recibió con grande alegría, viendo yá comenzados á cumplir sus deseos de venganza, que en siendo de mujer se puede entender serían por extremo, pues es propiedad suya aborrecer con el mismo extremo que suelen amar.

CAPÍTULO XX

1.° Sácanle los ojos al Capitán Añasco y ejecutan los indios en él otras crueldades hasta matarle—2.° Sale de Timaná el Capitán Juan del Río al castigo de estos indios—3.° Dánle una guazabara y queda victorioso con muertes de muchos indios—4.° Acometen los bárbaros á cinco soldados y matan á uno de ellos.

DEJANDO correr con la furia que quisieron los extremos de su enojo y venganza esta vieja, lo primero en que los ejecutó fué, como á otro Mario romano, en sacarle los ojos, para con esto acrecentarle los deseos de la muerte. Horadóle luégo ella por su mano por debajo de la lengua y metiéndole por allí una soga y dándole un grueso nudo, lo llevaba tirando de ella, de pueblo en pueblo y de mercado en mercado, haciendo grandes fiestas con el miserable preso, desde el muchacho hasta el más anciano, celebrando todos la victoria, hasta que habiéndosele hinchado el rostro con monstruosidad y desencajadas las quijadas con la fuerza de los tirones, viendo se iba acercando á la muerte, le comenzaron á cortar, con intervalos de tiempos, las manos y brazos, piés y piernas por sus coyunturas y las partes pudendas; todo lo cual sufría el esforzado Capitán con paciencia cristiana, ofreciendo á Dios su muerte, hasta que le llegó entre medias de tan intolerables angustias, que bien se puede contar con las miserables que hemos dicho de los mayores conquistadores de estas Indias. Muerto este Capitán, hicieron con él lo que con los demás sus compañeros y caballos, que fué cortarles las cabezas y de ellas hacer vasos para beber; desollarlos y llenar de ceniza los pellejos de hombres y caballos y colgarlos por trofeos á las puertas de Pioanza y de otros principales, y juntarse, cocida yá la carne, á hacer una gran fiesta y borrachera, celebrando la victoria con bailes y cantos de hombres y mujeres, en que la contaban y cómo había sido, con todas las particularidades que les parecían más dignas de memoria.

2.° Los tres soldados que escaparon de la batalla, después de haber padecido no pequeños trabajos de hambre en el camino, que lo habían pasado emboscándose de día y caminando de noche, llegaron á la casa del Cacique Inando, convecino á Timaná y grande amigo de los españoles, que yá sabía todo el suceso de la batalla mejor que ellos, pues no pudiendo certificar el fin del Gobernador Añasco, por haberse retirado antes de su prisión, yá él lo sabía y había dado aviso de ello á Timaná, para donde los avió, después de haberlos regalado en su casa. El Capitán Juan del Río, Teniente del Añasco, certificado del suceso y que á vuelta de los demás había muerto en la batalla su hermano Baltasar del Río, se irritó de suerte al castigo de los indios, que trató luégo de salir á hacerlo; pero mientras se aviaban determinó fuesen delante cinco

soldados briosos de á caballo, que fueron Pedro de Guzmán, Juan Vásquez, Juan de Céspedes, Francisco de la Torre y Diego de Mosquera. No se descuidó Juan del Río en salir otro día siguiente con veintisiete de á caballo, todos bien experimentados en aquellas guerras, con los cuales, tomando otra trocha de la que llevaban los delanteros, fueron á parar, ya que anochecía, á un pueblo llamado Aviabongo, que no había sido el que menos había ensangrentado sus manos en la batalla, como lo dijo una vieja que hubieron á las suyas en el pueblo, sin hallar otra persona ninguna y otros claros indicios que hallaron de ello. Bien quisieran algunos, conociendo estar toda la tierra de guerra, retirarse á aquella hora y ponerse en sitio más seguro; pero los votos de los más fué no serlo ponerse en camino á aquellas horas, ya de noche, por trochas tan fragosas y mal seguidas, en que les era cierto el derrumbarse y hallar mayores peligros por ventura que en aquel pueblo, que era algo llano para el efecto de los caballos, si acaso sucediese el haberlos menester contra los indios alterados, y así determinó el Juan del Río, para lo mismo, alojarse en la casa y cercado del Cacique, por ser de todas las que había en el pueblo la más fuerte, con intentos de que si pasase la noche sin zozobra, á la mañana se retirarían, aunque hubiese encuentros de enemigos, pues viendo con quién peleaban, serían mejores ó menos malos los sucesos.

3.º No concordaron todos en el pensamiento de dormir en la casa del Cacique, pues tres de ellos, diciendo estarían más á pique para todo suceso fuera del cercado, se alojaron fuera, aunque con cuidado de no quitarse espuelas ni las sillas á los caballos, lo que también hicieron los que quedaron dentro, velándose con dobladas postas, las cuales habiendo rendido el cuarto de prima y de la modorra sin haber sentido un rastro, ni aun por el pensamiento, de indios, aunque estaban cercados de casi cinco mil (tanto era el cuidado de su silencio), yá al cuarto del alba, que iba descubriéndose el lucero, se levantó de repente tan horrenda y terrible multitud de indios, que llevándose de camino á los tres que habían dormido fuera, sin dejarles subir en sus caballos, cercaron la casa del Cacique, pretendiéndola entrar, como lo hicieran si las dos postas que estaban velando, que se llamaban Pedro Quintero y Luis de Lizana, no les hicieran tan valerosa resistencia, con fortaleza increíble, al fin de españoles, sacando de esta vida á muchos en la defensa, que viendo los demás la mucha que se hacía, trataron de pegar fuego á la casa, que era pajiza, como lo hicieran, pues venía un indio muy aprisa con un tizón al efecto, si á tizón y á él no los matara una de las postas. Habiéndose entretanto puesto á caballo los de dentro del cercado y el Juan del Río en el suyo, habiéndole dejado el negro que lo ensilló, con la prisa, las cinchas debajo la silla, sin echarlo de ver el jinete (porque subió sin poner pié en el estribo), salió á encontrarse

con la caterva de indios, haciendo valientísimos hechos, así con su lanza como con su caballo, que se llamaba Ocón, diestrísimo y famoso ya en estas guerras, pues más hacía él á bocados, coces y manotadas, en cuantas ocasiones se veía, que el jinete, con ser de los valerosos que pisaban aquellas tierras, como se vió en esta ocasión, pues con ligereza que espantaba se hallaba en todas partes, volviendo, revolviendo y acometiendo, dando voces, animando á sus compañeros, que siguiendo sus espaldas, no hacían menores efectos, pues eran tales los de todos, que al romper ya del alba veían todo el campo rojo y cubierto de sangre y cuerpos de los bárbaros, que viendo cuán malo iba su partido, cada cual por donde mejor podía, procuró escaparse de los bríos de los soldados, pues habiendo trabajado dos horas de tan valiente pelea, los tenían como á los principios de ella.

4.º Volviéronse á los aposentos del Cacique, y al apearse el Juan del Río, echó de ver había andado en todo el conflicto de la batalla sin cinchas la silla, porque se cayó tras él. Habiendo regalado sus caballos con mucho maíz que había, y reparádoles la hambre que habían pasado toda la noche, por no haberles quitado los frenos, tomaron la vuelta de Timaná, á donde llegados yá entre dos luces, hallaron á los cuatro soldados de los cinco que dijimos había enviado delante el Juan del Río, que habiendo entrado en el pueblo con paso de portante y las espadas desnudas, por lo que les había sucedido, y fué que habiendo salido de Timaná, como dijimos, y llegado á la casa de Inando, donde los hizo ciertos del suceso del Capitán Añasco, les aconsejó también, como viejo y astuto, no pasasen de allí, por estar tan alterada la tierra y de peligro aun para mucho más número de soldados que ellos eran. Tomaran este consejo todos en opinión de los cuatro y la vuelta de Timaná, si el Pedro de Guzmán, que debiera de ir señalado por caudillo, no fuera de contrario parecer (que parece le agitaba en esto la muerte para irla á buscar), y así, conformándose los demás con él, no teniéndose por menos briosos, llegaron con brevedad á paso largo, al cubrir las luces, al pueblo donde se dió la guazabara al Capitán Añasco. No hallaron señal que no fuese de guerra y estar la tierra alterada, y así se velaron con cuidado por cuartos, la primera el Diego de Mosquera, la modorra el Pedro de Guzmán, que llamando á Juan Vásquez que rondara el cuarto del alba, él se apeó de su caballo porque descansara un poco, y maneándolo se recostó sobre su sayo de armas, aunque sin poder cuajar sueño, lo que les sucedió á todos, como la necesidad pedía, y que los caballos estuviesen ensillados y enfrenados; prevención bien necesaria, pues al quebrar del alba conoció el Juan Vásquez, por un bullicio sordo que oyó, estar cercados de los indios, y habiendo apretado las espuelas á su caballo, dando aviso, se puso en el suyo, en un salto, el Pedro de Guzmán, sin advertir que estaba maneado,

hasta que comenzándolo á picar con la espuela y echando de ver el estorbo, se hubo de apear para desmanearlo, que por presto que lo quiso hacer, se halló cercado de tan gran número de salvajes, con tan terribles voces y algazaras, y con tan pesados golpes que descargaban sobre él, que no pudo escaparse de sus manos, como lo hicieron los otros cuatro, que viendo ser imposible poder ellos con tan gran multitud de guerreros, se fueron luégo retirando, llevando los indios de su servicio acogidos delante porque no se los comieran, haciendo rostro á los muchos que les iban siguiendo, irritados por la Gaitana, que se halló allí, porque no se hartaba de beber sangre de españoles.

No echaron de ver los cuatro la quedada del Pedro de Guzmán, hasta que ya les pareció era tarde para darle socorro, y así contándole con los muertos, como en efecto sucedió, prosiguieron su viaje hasta las casas de Inando, que aunque lastimado del suceso y corrido de que no quisiesen tomar á tiempo su consejo, los regaló y consoló en cuanto pudo, y pasando á Timaná, por no asegurarse en ningún instante de tiempo ni paso de algún riesgo, entraron, como hemos dicho, con las espadas desnudas en el pueblo.

CAPITULO XXI

1.° Viniendo unos mercaderes de Popayán con ganados para Timaná, les salen algunos indios Yalcones de paz fingida—2.° Matan estos indios á todos los españoles, sin escapar más que uno—3.° Sale el Teniente Juan de Ampudia de Popayán al castigo y tiene algunos recuentros con los indios—4.° Tiene noticia de una junta de ellos que estaba cerca de allí y envía una tropa de soldados en su busca.

LUEGO que llegó de Popayán á la villa de Timaná el Gobernador Añasco, se despachó de la misma villa á la ciudad de Popayán Florencio Serrano con seis mil pesos, para traer ganados mayores y menores de que tenía necesidad la nueva población para entablar crianzas de ellos, con los cuales despachado en Popayán, tomó la vuelta de Timaná en compañía de otros mercaderes que traían de los mismos ganados para pasarlos á este Nuevo Reino, donde, por la falta que á la sazón tenían de ellos, valían crecidos precios. Veinte eran los españoles que venían con esto en compañía, sin otros muchos indios Yanaconas vaqueros y de servicio; llegaron por sus jornadas á ranchearse á cierta quebrada que llamaban Pirama, dos leguas de donde había sucedido la guazabara de Añasco. Apenas se habían armado toldos, cuando llegaron á los rancheos, de paz fingida, algunos de los indios Yalcones, entre los cuales traía uno puesto el sombrero del Capitán Añasco, que no teniéndolo por buena señal el Florencio Serrano, se llegó á él por modo de trisca y le dijo: "¿Quién os ha prestado la montera?" á quien respondiendo el indio que Añasco se la había dado, le replicó Serrano: "Eso no creo yo, pues antes os diera él su caballo rabicano que el sombrero, porque en esta tierra hay pocos, y éste sé yo que le era de mucha importancia para amparar la flaqueza de su vista." Despedidos los indios, que sólo habían venido á reconocer los rancheos y el número de gente que venía, dijo el Florencio Serrano á un Pedro López que llamaba *del Infierno* (porque él decía que en cierto accidente que tuvo, en que se había traspuesto, había descendido allá): "No me parece bien esta venida de los indios, de que sospecho que toda la tierra está alborotada y en vela, y así lo debemos estar nosotros y con mucho cuidado." "No pienso tener, respondió el Pedro López, otro que el que tuviere mi pajecillo" (por un indiezuelo que le servía decía esto). "Pues podrá ser, dijo el Serrano, que si os descuidáis, volváis á andar otra vez el camino del Infierno, pues ya decís que lo sabéis." Con todo eso, el Pedro López mandó que su caballo estuviese ensillado y enfrenado, como lo mandó también á todos un sobrino del Capitán Juan de Ampudia (Teniente de Popayán), que venía por caudillo; aunque estaban más divididos los ranchos de lo que convenía para todo suceso.

2.º Estuvieron todos con cuidado desde prima noche, y más el Florencio Serrano, pues toda ella la pasó con la espada desnuda, embrazada la rodela y una celada en la cabeza, hasta que se iba ya acercando el alba, que es la hora en que comunmente todos estos indios acometen sus guabazaras, como ahora lo hicieron, pues apenas había acabado el Florencio Serrano en esta hora de advertir á todos que estuviesen alerta, cuando comenzó á hundirse la tierra con la grita de los bárbaros, voces y ruidos de caracoles, bocinas, flautas y trompetas, y á revolverse una de las terribles guazabaras que habían sucedido en aquellas tierras. Eran sobre tres mil los indios, y sobre su valentía natural, más atrevidos con las victorias tan recién ganadas, que de ellas se estaba aún, como dicen, la sangre babeando, y así con más alientos que nunca procuraban conseguir ésta. Defendíanse los españoles al fin como tales, pero les fué de grande inconveniente hallarlos divididos, con que no se podían socorrer unos á otros, lo que fué causa de que muriesen todos, después de haber hecho menos gran multitud de indios, fuera del Florencio Serrano, que con ánimo valeroso se defendía y ofendía en un valiente y diestro caballo que traía, que en el mayor conflicto de la batalla se le cayó muerto. Pensó que le había socorrido su buena suerte con otro que luégo llegó allí suelto, despedido de su dueño, en quien subió en un salto, por ser ligerísimo, pero todo en balde, pues á las primeras espoladas también se le cayó muerto. Socorrióse de los piés viendo que también lo estaban todos sus compañeros, tomando el amparo de una montaña, por donde también le fueron siguiendo algunos indios que le vieron entrar, los cuales aunque le pudieran matar (por favor divino y no ser llegada su hora), lo dejaron, pasándose riendo de largo á su vista, que viendo que le había dejado la muerte, y que todo el despojo de haciendas y cuerpos de españoles estaban ya en poder de aquellos carniceros indios, prosiguió por la espesura de la montaña hasta volver otra vez al camino de Popayán, donde encontrando otra tropa de españoles que venían de allá, les contó todo el suceso, con que todos juntos se volvieron á pasos largos á la misma ciudad, donde hubo amargos llantos, sintiendo unos la muerte de sus padres, otros de sus hijos, y no menos que todos la de su sobrino el Teniente Juan de Ampudia.

3.º El cual con la brevedad que pudo, juntando hasta veinte peones de los más briosos que tenía en la ciudad, y otros tantos de á caballo, y con bríos de castigar estos daños, tomó la vuelta de estas Provincias de Piramas y Yalcones, ya entrado el año de mil quinientos treinta y nueve. Llegó por sus jornadas al mismo puesto que habían dado la guazabara, donde sin un punto de descuido tenían echadas emboscadas los indios, en especial en una montañuela que tenían hecha á manos, cerca de la angostura de un paso. Advirtió el primero en ello el Florencio Serrano (que volvía con el Ampudia), por parecerle

no estaba en la ocasión pasada allí aquella arboleda, y así habiéndoles salido á hacer cara algunos indios un poco antes de llegar á ella, yéndose retirando de los nuéstros, que les acometieron, con intentos de meterlos entre los árboles y en la emboscada, repararon todos de no pasar adelante, fuera de un soldado más atrevido, que llegándose más cerca del montecillo, salieron á él tan de repente que le pudieron dar algunas malas heridas en la cabeza, con que revolvió á más andar á los nuéstros, que viendo lo que pasaba, comenzaron luégo á retirarse tan aprisa que se atropellaban unos á otros, y siguiéndoles los indios, hubieron vivo á las manos un español llamado Paredes, y por ventura tomaran más si no acudiera Juan de Ampudia en su caballo á detenerlos, con que reparó la gran caterva sin pasar adelante, contentándose con el que habían muerto y con haberle un indio valeroso sacado de las manos la lanza á un jinete, que no fué posible recobrarla, por ser la tierra tan áspera para el caballo.

4.º Cuando se vieron todos de la otra banda de la quebrada, sentaron ranchos con buenos centinelas, y ordenando el Ampudia que veinte de los que venían se pusiesen en emboscada, hubieron á las manos seis indios gandules, y entre ellos aquel que en la ocasión pasada llevaba el sombrero del Capitán Añasco, que fueron castigados como merecían los delitos que confesaron, entre los cuales declararon también estar una legua de allí, detrás de una punta, muchos Caciques con toda su gente para dar sobre ellos otro día por la mañana, con el cual aviso se previno Juan de Ampudia para dar primero sobre ellos, y así quedándose él en el campo, envió con cuarenta soldados á Francisco García de Tobar, hombre valeroso, diestrísimo y sagaz en estas guerras, que se partió ya cuando se iban cubriendo las luces, y á poco trecho de camino descubrió las que tenían encendidas en sus fuegos en un campo raso los indios de aquella serranía, que se estaban previniendo con la embriaguez de sus brevajes, costumbre ordinaria entre ellos antes que den la batalla, para darla al amanecer, como habían dicho los indios. Envió el caudillo por sobresalientes dos diestros y sueltos peones, que con gran tiempo y silencio llegaron hasta ponerse á donde pudieron bien verlos y oír lo que cantaban en sus corros y danzas, que era las proezas de sus hazañas y las flaquezas y cobardías de los españoles. Éstos retirados atrás, enterados bien de lo que habían visto sin ser sentidos de los indios, dieron aviso al Tobar, que le pareció ser buen acuerdo no embestirles luégo, sino dejarlos hasta que hubiese hecho su efecto la chicha y brevajes de que se habían bien satisfecho.

CAPÍTULO XXII

1.º El caudillo Tobar da un madrugón á los indios y hace gran estrago en ellos—2.º Corre la tierra el Capitán Ampudia con sus soldados y mátanle de una lanzada los indios—3.º Convoca de nuevo la vieja Gaitana todos los indios contra los nuéstros—4.º Hace una plática Pioanza á sus indios, incitándoles á la guerra, y avisa de ella á los nuéstros el Cacique Inando.

AGUARDARON con esta consideración hasta que se amortiguaron las lumbres, señal de que estaban ya bien sepultados en sueño, y entonces llegaron tan sin ruido que no fueron sentidos hasta que los centinelas, que estaban bien cerca de los dormidos, viendo á los nuéstros, dieron arma con grandes voces, y con las mismas á un tiempo los nuéstros Santiago ! con que comenzaron á hacer tal estrago entre los medio dormidos salvajes, que cuando volvieron bien en sí había hecha una gran matanza, enviando á muchos desde la cama al Infierno, sin dar lugar á Paeces ni Yalcones, que eran los más de los que estaban en la junta, para poder cuajar escuadrón ninguno, por la prisa que les daban, en especial el Francisco García de Tobar, que, con gran diligencia, acudía á todas partes: encontró en una un valiente Cacique llamado Meco, tío de Pioanza, con cierta tropa de indios que acaudillaba, á quien mató de una lanzada pasándolo de parte á parte por una espaldilla; con que sus indios y los demás que acaudillaba Pioanza, sin ser él el postrero, se fueron deslizando por donde cada cual pudo, á quien siguiendo nuestros soldados, ya venido el día, no acrecentaron por el número de los muertos, de quien sacaron buen pillaje de oro, por ser costumbre de estos indios salir con muchas joyas de este metal á la guerra, llevando colgadas al cuello muchas chaguálas, cintas de oro batido en las cabezas y en las piernas y muñecas, que aunque hoy (no sé si era lo mismo en aquellas edades) andan todos vestidos de camisetas largas, blancas, de algodón, como yo los he visto muchas veces, se precian de embizarrarse con estas joyas, en especial cuando salen á la guerra, costumbre que ha sido también de otras naciones, pues sabemos que habiendo traído los Cartagineses más de doce mil franceses á España, conducidos para que les ayudasen contra los romanos, venían con los brazos y piernas llenos de manillas y ajorcas de oro y plata, con grandes collares de lo mismo, de cuyo despojo no sacaron poca ganancia los romanos, habiéndolos muerto á todos, como dice Diego Pérez de Mesa escribiendo las grandezas de España.

2.º Algunos de los indios vivos no hallando, ó los cuerpos muertos, por lo cual sucedió que estando embebecido un soldado en despojar de las joyas á los difuntos, viendo la ocasión en la mano uno de estos vivos que estaba entre

ellos, se levantó con gran ligereza y le dió tan gran macanazo que le hizo la cabeza dos pedazos, con que se turbó el buen suceso que habían tenido hasta allí los nuéstros, pues ni aun herido había salido ninguno. Avisado el Capitán Ampudia de esta victoria, llegó con brevedad con toda la gente y caballos al puesto donde se había conseguido, y pareciéndole buena la ocasión de correr la tierra pasando adelante con el castigo, se entró en la de los Paeces, que no la hallaron tan llana y sin defensa como les parecía, pues tras cada paso les hacían cara con valerosos bríos, de suerte que en cierta ocasión, aunque los tuvo grandes el Juan de Ampudia, le atravesó el cuello y la garganta una lanzada, con que perdió la vida, y la guerra uno de los más valerosos Capitanes que habían militado con el Teniente Sebastián de Belalcázar. Procuraron los soldados no llevasen los indios el cuerpo, y haciéndolo llevar consigo á los indios amigos, le arrojaron en el Río de la Magdalena, donde no pudo ser habido de los bárbaros. Era natural de Jerez de la frontera. Temiendo no se acrecentase más la ruina y malos sucesos, el Capitán Tobar determinó salirse de los Paeces antes que lo echaran y tomar la vuelta de Popayán, donde llegó todo el número que había salido, fuera de los que hemos dicho consumió la guerra.

3.º No bastó á apagar el fuego de la ira de la venganza en la vieja Gaitana la carne y sangre comida y bebida de nuestros españoles; antes parece esto le había sido cebo y avivar el apetito y paladear el gusto para desear comer y beber más, y así dando trazas en ejecutar mayores muertes de los nuéstros que hasta allí, después de haber hablado y traído á su voluntad á los demás Caciques, habló con el mismo lenguaje y modo que la primera vez á Pioanza, que aunque al principio le halló tibio en su propósito, teniendo tan fresca y á los ojos la muerte de su tío el Cacique Meco, con todo eso supo decirle tales razones y lisonjas la vieja encantadora, que parece lo trastornó, y como encantado lo redujo á su parecer, que era se alborotase la tierra y viniese sobre el pueblo de Timaná. Hizo poner esto luégo en efecto el Pioanza, mandando hacer gran número de armas, que eran lanzas, dardos, macanas y hondas, porque hablando por lo general, éstas son las comunes que tienen todas las naciones de indios que habitan esta gran isla que ciñen estos dos grandes ríos de Cauca y la Magdalena, que corre, como hemos dicho, casi trescientas leguas, con innumerables naciones y provincias, de las cuales muy pocas ó ningunas se han hallado que usen de la yerba venenosa que en otras partes, de que hallo dos ó tres razones: la una, porque por la mayor parte son todas tierras frías, pues hay en muchas de ellas grandes y largas cordilleras de envejecida nieve que en toda la vida se deshace; donde no se crían culebras ni yerbas, ni frutas venenosas de que de ordinario se hace esta yerba. La otra, que como son voracísimos de carne humana, aunque sean de sus padres, hijos y mujeres, no les está bien

envenenar la carne que tanto apetecen y comen; y la otra puede ser por haber tantas montañas que les administran tan abundosamente muchos y diversos árboles de que hacen macanas, dardos y lanzas, que son en la guerra más nobles armas que la flecha en que se pone el veneno cuando se usa de él, y nunca en la lanza, dardo ni macana.

4.º Hizo dar aviso Pioanza á toda la tierra, que yá irritada por la Gaitana, se juntaron con brevedad hasta doce mil guerreros, y con confianza de la victoria más de otras doce mil mujeres, que cargadas de ollas venían para cocer la carne de los españoles. Hízose nombramiento de Capitanes y de los demás oficiales de guerra, y que entre Pioanza y Añiolongo, otro principal Cacique, se repartiese el cuidado general de toda la gente en dos iguales partes, pues por otras dos trazaban dar sobre el pueblo. Hízoles el Pioanza una gran arenga á todos juntos, en que les representaba la gran importancia de aquella facción, pues de ella había de resultar la quietud de aquellas provincias, echando del todo á los españoles ó consumiéndolos; que los tenían por un sobrehueso tal, que no le hallaban remedio si no es por este camino, para no estar inquietos á todas horas ni inseguros en sus casas con sus haciendas, mujeres é hijos. Abrazaron tambien toda la multitud de los bárbaros estas razones é intentos del Cacique, que ya se les hacía tarde el aguardar á ponerlas en ejecución otro día, pues si lo dilataban podían estar prevenidos y avisados los españoles, como sucedió aun en aquel tan breve tiempo, pues habiendo llevado allí por fuerza, sin poderse excusar, al Cacique Inando, nuestro amigo, avisó por las vuelas á Juan del Río (que era el que á la sazón había quedado gobernando el pueblo en lugar de Pedro de Añasco), de la junta é intentos con que se hacía, y que de las particularidades que quisiesen saber de ella podían conocer del mensajero, por ser su confidente.

CAPÍTULO XXIII

1.º El Capitán Juan del Río anima á sus soldados y hace otras prevenciones contra los indios—2.º Acometen los indios á los nuéstros y trábase la pelea—3.º Prosigue con gran valor de ambas partes—4.º Vencen los nuéstros con muerte de seis mil indios. 5.º Los bárbaros convecinos desocupan el campo de los cuerpos muertos, llevándoselos para comer.

ALBOROTADA la villa con estas nuevas (aunque dieron muchas gracias á Dios por haberlas tenido á tiempo para poderse prevenir á la defensa), trataron luégo de disponerse á ella, aunque todos los españoles que á la sazón se hallaban no eran más que noventa (los cincuenta de á caballo), pero hombres todos de gran valor y experiencia en semejantes trances. Hizo luégo junta de todos el Juan del Río, por no ser aquella ocasión de dilaciones, á quien les habló diciendo: "Ocasión, señores, se nos ha ofrecido para que se conozca quién son las manos cristianas españolas contra doce mil bárbaros que están juntos y determinados de venir á consumirnos; gracias debemos dar á Dios infinitas por el aviso que hemos tenido por medio de un bárbaro, del intento de los demás, para que fiando más en su poderosa mano que en las nuéstras, tengamos algún tiempo, aunque breve, de prevención á la defensa, y de arbitrar el modo más conveniente, reparando los daños que nos amenazan." Dicho esto el Juan del Río, respondió el Capitán Arias Maldonado, bien versado en tales ocasiones: "A vos, señor, conviene el mandar y á nosotros el obedecer, y si mi consejo tiene partes para ser admitido, por dos tengo por cierto nos han de acometer los indios (que no hay más fuerte pertrecho de guerra que acertarle á conocer los intentos al enemigo), porque bien alcanzan ellos, aunque bárbaros, á entender los pocos que somos y que si nos dividimos en dos partes, será menos nuestra fuerza, y así, para que la tengamos unida, será lo más acertado coger lo primero las bocas de las calles, con reparos, para que no las puedan entrar, porque si esto consiguen, será sin duda el pegarle fuego al pueblo, con que somos perdidos. En las bocas de tal y de tal calle se hagan dos escuadrones, y los más vigilantes de á caballo estén de posta á la ceja de la montaña (que no estaba lejos), de los cuales hemos de tener el aviso para que cuando sea menester nos formemos en un escuadrón, si acaso no acometieren más que por una parte, para que con él hagamos rostro al contrario".

2.º Ninguno de los oyentes lo fué de este parecer y traza, y así admitiéndolo todos, cenando y dando de comer temprano á sus caballos, se pusieron desde luégo en los puestos señalados, con grande vigilancia; la cual tampoco les faltó á los indios hasta emboscarse en el arcabuco más cercano á la villa, pero

con tanto silencio y cuidado, que no fué posible rastrear nadie su llegada. Allí determinando, como había imaginado Arias Maldonado (que parece les adivinó el intento) embestir por dos partes, formaron sus escuadrones tan en forma como si hubieran militado en Flandes, los piqueros ó lanceros delante, tras éstos los macaneros y después de éstos los dardos, y á los lados los fundibularios con buena prevención de guijarros pelados y tan certeros en disparar la piedra como lo son los diestros flecheros; cosa maravillosa que siendo doce mil los guerreros y otras tantas las mujeres que los acompañaban, viniesen tan á la sorda, que aunque se emboscaron en el monte á prima noche y se fueron acercando á la villa, no fueron sentidos hasta salir el lucero de la mañana (hora común en que embisten estos indios), que llegando yá á embestir los vió la posta que andaba rondando algo apartado del pueblo y comenzó luégo á dar arma, de que los indios, apesarados por haber sido sentidos antes que quisieran, acometieron por las dos partes con el ánimo y ferocidad que suelen al primer ímpetu; á cuya resistencia salió por la parte que le cupo Juan del Río con su valiente caballo Ocón, que haciendo de las suyas, más indios atropellaba él con la boca sacándoles los bocados de la carne, manotadas y coces, que cuatro jinetes juntos.

3.º No guardaban con menos cuidado la otra parte, por donde también les acometieron, Juan de Orosco y Arias Maldonado, que intentando cada cual por la suya romper el escuadrón de los indios, no les fué posible, tanta era su destreza y orden militar que traían. Húndese el mundo á voces y alaridos, suenan trompetas y tambores de ambas partes, valientes caracoles, fotutos y cornetas de los bárbaros; ayuda á esta grita la multitud de mujeres, aunque con delicadas voces; embístense con tan valiente coraje unos y otros, que llegan á medir las lanzas y aun con los peones á las melenas y barbas; rompe por una y otra parte la furia; crece la porfía; no obran allí las palabras ni orden militar, sólo tienen lugar las obras, aguda punta, tajos y reveses; no se da lugar á usar de los arcabuces y así sólo con la lanza, espada y la rodela se muestra bien el ánimo de cada uno, porque la fuerza de los arcabuces tal vez acaece ser mejor en el de menores fuerzas y brío, con que no se conocen los que lo tienen más valiente. Con terrible rigor andaba la batalla sin poder romper los escuadrones, hasta que cierto soldado á un bárbaro principal le abrió la barriga con un *jifero*, á quien los demás juntándose á mirar, abrieron por una parte portillo en el escuadrón, por donde en un instante se entró Juan del Río con su Ocón haciendo más ancha la senda que los bárbaros la tenían abierta, atropellando y desbaratando las hileras con increíbles bríos de él y de su caballo, á quien siguieron otros veinte jinetes, que entre todos hacían cosas que á poderse decir no fueran muy grandes, no quedándose en valentías un punto atrás los peones.

4.º Era este escuadrón que le cupo á Juan del Río el que gobernaba Pioanza, que viendo yá descaídos á sus indios y pelear con mano floja, mudó la esperanza de vencedor en ser vencido; aunque con valientes bríos disimulando sus temores, esforzaba á los suyos diciéndoles que yá tenían cerca la victoria, aun cuando vió que los nuéstros le daban tanta prisa y que cuanto él procura componer á los indios por una parte, se le descompone por muchas, y que yá no hay ninguna segura sino es la huída al monte, lo hizo así con algunos que le quisieron seguir por aquella parte. No andaba menos encendida la batalla por la de Arias Maldonado, pues luégo que supieron los de aquel bárbaro escuadrón que se había rompido y desbaratado el de Pioanza, aflojaron de manera la mano y desbarataron el orden militar, que yá todos peleaban en orden confuso, si la confusión se puede llamar orden. Juntáronse todos los nuéstros contra los que aún permanecían en la batalla, que hiriendo y alanceando á toda broza, corrían por todas partes ríos de sangre, á que yá no pudiendo hacer resistencia los que andaban peleando con mano tibia, siguieron á los demás en la huída y á ellos los españoles en el alcance, hasta meterlos en el monte, que yá cabían por menores lugares que á la venida, pues iban seis mil menos que quedaban muertos, sin faltar uno tan sólo de los nuéstros, aunque algunos heridos no de riesgo; batalla milagrosa, que sin fuerzas divinas fueran de poca importancia las humanas, y la misma facilidad tiene la mano de Dios para vencer á muchos con pocos que con muchos, como lo dijo aquel valeroso Capitán Judas Macabeo.

5.º Sacaron del cuidado que era necesario tuviesen los nuéstros de quitar de allí tantos cuerpos muertos, el que tuvieron los indios circunvecinos á la villa y que servían en ella de una mala paz ó por fuerza ó por grado, porque éstos los arrebataron con ferocidad de leones hambrientos (habiendo estado para esto á la mira de la batalla) y cada cual, el que más cuerpos podía llevar, los ponía en cobro en sus ranchos, comiendo en fresco la carne que podían á más comer y secando la demás en barbacoas, á fuego manso, para írsela comiendo poco á poco; tal es la bestialidad de esta gente; y sucedió que un indio de paz que había días servía en el pueblo, andando tan enfermo que se sustentaba sobre un bordón, pidió que se le diese uno de los cuerpos muertos, que comiéndoselo sanaría, y siéndosele concedido con liberalidad, lo tomó y aderezó, parte asado y parte cocido, y se lo comió con tantas ansias que acabó casi con todo en un día, de que se llenó tanto, que reventó por los ijares; de lo cual por ser caso tan raro dió testimonio Francisco de Alvarado, Escribano de la villa, que se halló presente á todo. No habían aún podido los nuéstros apartar estos indios de aquella inhumana costumbre de comer carne humana, por ser tantos y nueva la población, y harto habían tenido que defender sus personas, de que se plantaron allí como hemos visto.

CAPÍTULO XXIV

1.° Convoca otra vez la vieja Gaitana los indios contra los nuéstros y entre ellos á los Pijaos—2.° Júntanse quince mil indios y háceles una plática el Cacique Pioanza—3.° Por haber avisado el Cacique Inando á los nuéstros del rebelión de los indios, se previenen para la defensa—4.° Dan arma los postas de los nuéstros, y un soldado libra á otro de las manos de los indios.

AUNQUE quedó quebrantado con estos sucesos el gran Cacique Pioanza, no le quedó en los deseos de su venganza la hechicera vieja Gaitana, pues le parecía ser todos estos sucesos pocos para tomarla cumplida, hasta ver totalmente destruídos á los nuéstros, y así acudiendo á su santuario con sus prestigios, sacrificios y ceremonias á consultar al Demonio (que muy de ordinario le hablaba) de lo que sucedería si otra vez volvían á la empresa de la guerra contra cristianos, le respondió con palabras equívocas, como él suele, y de doblados sentidos, diciendo que vencería si volviesen otra vez á las manos con los Castellanos los que más verdad y justicia tuviesen; con lo cual, contenta la vieja y atribuyéndose á sí ambas estas dos cosas, volvió á dar vuelta por las provincias convecinas una y muchas veces, y manifestándoles el oráculo, les volvió á irritar para de nuevo tomar las armas y venir contra los nuéstros. Alargóse en estas diligencias á más provincias que las pasadas, pues llegó hasta la de los Panaes ó Pamaos, que están cerca de donde hoy llaman los nuéstros los Órganos, por unas encumbradas puntas de peña tajada que hay allí, puestas en forma de órganos, unas más y otras menos levantadas, y á la Provincia de los Pinaos, que confina con ésta á la parte del Occidente, que es la de los indios que hoy llaman Pijaos, nombre puesto por los españoles, cuando á las primeras entradas que hicieron á aquella Provincia los vieron tan deshonestos, que traían sin ninguna cobertura las partes de la puridad, y siendo su modestia como de soldados, sin reparar en la mala consonancia que hace el vocablo entre nuestra nación, por diferenciar á éste de las otras le mudaron la N en la otra letra, con que ha ido corriendo este vocablo hasta el día de hoy, desde entonces, por todas aquellas provincias que ocupaban estos indios, la primera la de Cutiba, Aype, Valle de las Hermosas, Irico, Paloma, Ambeima, Amoya, Tumbos, Coyaimas, Mayto, Mola, Atayma, Cacataima y Tuamo, que son las dos postreras y más cercanas á la ciudad de Ibagué, con otras muchas entre éstas. Todos los que habitan estas provincias son de una misma lengua, costumbres, religión, disposición de cuerpos y cabezas, en las cuales se diferencian más que en otra cosa ninguna de sus provincias fronterizas, porque en lo que más cuidado ponen en naciendo los niños es en enta-

blarles la cabeza con dos tablillas, una en el colodrillo y otra en la frente, con que quedan chatos por ambas partes y la cabeza levantada y disformidable, y á ellos les parece estar con esto los más graciosos de todas las demás gentes. Pues como á los de esta Provincia de los Pinaos, que es la primera por la parte de Oriente, les mudasen este nombre los soldados, todas las demás se han quedado con él, por ser de la misma disposición en cabezas, lengua y lo demás, como hemos dicho y más largo diremos en su lugar.

2.° Estando asegurada esta vieja de todas estas naciones y otras que acudirían á lo que les pedía, se atrevió á llegar también á Pioanza, con la libertad que le daba el parentesco y declarándole el oráculo y alentándole del decaimiento que tenía por la rota pasada, vino á atraerle como las demás veces á su intención, á que acudió el Cacique tan de veras como la primera vez, y habiéndose juntado por su orden de los guerreros que le habían quedado de sus Yalcones y de los que la vieja había juntado en estas provincias, casi quince mil guerreros, les hizo una larga plática, como solía, asegurando á todos, con la junta de tantos, la victoria que hasta allí no habían podido alcanzar, advirtiéndoles que entre los demás cuidados que habían de tener en la batalla era en juntarse en cualquiera parte que viesen caballos y que los matasen, lo primero conociendo el bárbaro que ellos son los principales nervios de nuestra guerra, porque hombre á hombre, decía el Cacique, y pié con pié, conocida cosa es ser mejores que ellos. No se le escondieron esta junta é intentos á nuestro amigo Inando, y así en estando certificado de ellos, llegó una noche á avisar de todo al Teniente Juan del Río, que lo tuvo por ángel, pues sin eso pudiera ser los cogiera la guerra sin ninguna prevención, y así comenzó luégo á hacerla, convocando lo primero á todos sus soldados y vecinos del pueblo, que eran tan pocos como dijimos en la ocasión pasada. Certificóles de lo que esperaba, diciéndoles haberlo avisado Inando, y que siendo infalible, era necesario lo fuesen las prevenciones.

3.° Comenzaron luégo á hacerse, y la primera en el alma, confesándose, sin quedar ninguno, hasta las mujeres y niños, á que acudió el Padre Fray Francisco Torreblanca con otro su compañero, que á la sazón se hallaban en la villa, aunque de paso. Procedióse luégo á las demás diligencias, dando el cuidado de ellas á los que en la ocasión pasada, Juan de Orosco y Arias Maldonado. Dispusieron cómo fortalecer las cuatro casas más cercanas á la plaza con maderos gruesos y guaduas, haciéndoles sus garitas con sus antepechos y reparos y en ellas gran suma de piedras de mano y algo mayores, para que desde allí los Yanaconas, que los más de ellos eran de los indios orejones, bien versados en guerras semejantes, en buena ocasión las empleasen bien sobre los contrarios. Las cercas eran capaces de meter los ganados dentro de noche,

para asegurarlos. Reparáronse escaupiles é hiciéronse de nuevo otros con cuarenta y seis lanzas y sus agudos hierros. A trechos, empinadas, se fueron arrimando á las garitas algunas vigas gruesas, para en la ocasión dejarlas caer sobre las turbas de los indios, que se hacía con facilidad. En estas ocupaciones andaban los del pueblo, cuando les envió á avisar Inando del paso largo que traían los escuadrones, deseosos de verse ya con ellos, pues hacía tres días que andaban pasando el gran Río de la Magdalena por vado fácil, por ser poco crecidas por allí sus aguas, aunque también pasaban por canoas, en especial las mujeres, que también venían haciendo compañía, con las prevenciones que en la ocasión pasada, para guisar los cuerpos de los españoles.

4.º Tenía su casa un indio Capitán llamado Cameno sobre un cerro, dos ó tres tiros de ballesta del pueblo, también de nuestra devoción y bien alentado en toda ocasión de guerra. Este, ya estando certificado que se iban allegando los escuadrones, envió por orden del Juan del Río cuatro indios á dos portachuelos, por donde por fuerza habían de entrar viniendo por aquella parte, para que diesen aviso en sintiéndolos, lo que no hicieron, pues su Capitán y ellos con todos los demás sus vasallos, se desparecieron al principio de la batalla, por temor ó malicia, de suerte que jamás se supo después de ninguno de ellos, y al pié del cerro de la casa de Cameno, que distaría un tiro de ballesta de llano desde las últimas casas, enviaron á dos soldados de posta, el uno llamado Juan de Medina y el otro Solano, que aunque andaba harto enfermo, no era ocasión aquélla que dejaba excusar á nadie. Salieron los de á caballo fuera de las casas, quedando parte de los peones en guarda de las bocas de las calles y el resto de los soldados en la plaza, para acudir á la parte que la necesidad los llamase. Yá iba entrando el cuarto del alba cuando comenzaron á deslizarse por el cerro de Cameno los escuadrones con tanto tiento y silencio, que sólo pudieron sentir los dos soldados que bajaban oyendo, un pequeño ruido que hacían las primeras hileras tocándose con las puntas de las lanzas; pero bastó esto para que á grandes voces diesen luégo arma, comenzando á correr ámbos hacia las casas, aunque por el poco aliento que por su enfermedad tenía el Solano, con que pudo correr menos que el otro, alargando el paso las primeras hileras de los indios (viendo que ya eran sentidos), lo hubieron á las manos, á cuyas voces y socorro acudió el Medina con tan grandes bríos, que se lo sacó de entre las manos á más de veinte ó treinta indios que lo tenían, y echándolo que caminase delante, iba tras él haciendo frente á toda aquella multitud, que ya estaba en lo llano, donde hizo cosas de tan valiente, que se dejan más considerar que escribir, las cuales no eran posibles con solas fuerzas humanas. Dió larga á esta resistencia, siguiendo al Solano cuando le pareció estaría ya buen trecho de allí, y así lo fué á alcanzar cuando

ya iba saliendo la tropa de los caballos á resistir al enemigo, y tuvo tan buena suerte el Solano después de haberse escapado de las garras de la muerte, que con la alteración del temor quedó sano de calenturas que cada día le afligían.

CAPÍTULO XXV

1.º Trábase la pelea con muerte de muchos indios—2.º Unas yeguas que andaban sueltas desbaratan á los bárbaros y vencen los nuéstros—3.º Determinan los españoles desamparar la villa y oblígales Juan del Río con razones á que no lo hagan—4.º Viene Juan Cabrera á gobernarla: salen unos indios de paz y mátalos.

COMENZÓ la grita de instrumentos de guerra de ambas partes, que parecía se hundía el mundo, y más siendo de noche, en que más atemorizan estos ruidos; llegan los indios, que comenzaron á dividirse, como eran tantos, por diversas partes, y intentan entrar las calles, aunque de balde, pues con muerte de muchos, las defendían los peones con largas lanzas, que aunque las de los indios lo eran también, eran de menos riesgo, por estar en sus manos y ser las más de sólo puntas tostadas, que aunque no les faltaba fuerza y dureza para herir de muerte, al fin es madera á quien resisten con facilidad los escaupiles, si bien entre éstos no venían pocas de las de los Capitanes, que traían en lugar de hierros, afijadas algunas, dagas, cuchillos y aun pedazos de las guarniciones bien afilados, y algunos recatones de lanza, todo esto de lo que habían habido de los españoles en rescates y otras ocasiones. Tuviéronla algunos de estos indios de pegar fuego á ciertas casas, que no fué de poco provecho á los nuéstros, pues se veían unos á otros las caras y con quien peleaban. La solicitud de Pioanza y disciplina militar con que gobernaba sus escuadrones Gaira, que no los pudiesen romper nuestros caballos, pues apenas había caído un indio, cuando ocupaba otro su lugar, y otro tras él, y todos los que eran menester, sin hacerle perder un punto de su ánimo la matanza grande que en breve rato veía de sus indios, los cuales, por ser de tanta fuerza de gente, se iban mejorando y ganando tierra, sin poderles resistir á esto los valerosísimos bríos de los españoles, hasta que al fin se fueron arrimando á los fuertes, donde anduvo peor el partido de los bárbaros, pues no perdiendo ocasión los Yanaconas, desde las garitas hicieron en ellos poderoso estrago con las piedras, tras las cuales dando de mano á las vigas, lo hicieron más terrible en la multitud apiñada que se halló cerca, todo lo cual aun no era bastante para romper los escuadrones con los caballos, hasta que cierto soldado portugués llamado Antonio Vocarro, que daba bien á entender con sus valentías y hidalga sangre, arrojó dos

bombas de fuego (que tenía en secreto prevenidas) entre los bárbaros, que dando mil saltos por librarse del fuego, se abrió algún tanto el escuadrón, por donde no perdiendo la ocasión dos peones, Alvaro López y Francisco Aguilar, se metieron con sus picas, abriendo lugar á que entrase el Juan del Río con su caballo, y tras él los demás jinetes, que no daban paso que no fuese con muchas muertes. Ganaron en esto muy gran opinión los peones, con algún deslustre de los jinetes, de quien se decía no habían querido romper los escuadrones hasta esta ocasión, porque no les matasen los caballos y tener con qué huír, si lo pidiera el suceso de la guerra.

2.º Que se iba procediendo en este estado con poderoso estrago en los naturales, cuando sucedió que rompió por entre ellos una yegua blanca que venía de la sabana á mayor carrera, que se había quedado sin encerrar, con otras diez, y su potranca que la seguía; las cuales sin reparar en los apretados escuadrones, los rompieron é hicieron paso atropellando á unos, derribando á otros y matando á muchos, con que todos quedaban asombrados en verse desbaratados de aquellos animales, que sin traer quien los guiase, estuviesen tan en favor de los españoles; y no fué poco de advertir que habiendo hecho tal riza en todos, ninguna salió herida, sino fué una en un ojo, no se sabe si por los indios ó alguno de los españoles, á los cuales también no dejó de causar admiración y mayores bríos, viendo que aun hasta aquellos brutos habían venido á serles favorables, con lo cual y las muchas muertes que iban creciendo, quedando sin bríos Pioanza, sólo los tuvo para con algunos pocos de los suyos poner tierra entre medio, lo que también hicieron los Pinaos ó Pijaos y Yalcones, de quien se supo por cierto no habían escapado treinta, con ser de los Pinaos más de tres mil, y de los Yalcones otro gran número. Mejor suceso tuvieron los Paeces, pues aunque al rompimiento se hallaron con los demás, retiráronse luégo cubiertos con la oscuridad de la noche, y estándose en los altos á la mira del suceso de la batalla después de rompida, y que cada uno se escapaba por donde podía en los montes, andaban éstos á caza de los pobres vencidos y reliquias de sus naciones convecinas, de que no habiendo hecho pequeña cacería, se retiraron con ella á sus ranchos, más alegres por la presa que si hubieran vencido á los españoles, los cuales tampoco en esta ocasión tuvieron necesidad de poner en cobro los cuerpos muertos, pues los pusieron, y con el más fino modo, los mismos indios vecinos que en la ocasión pasada, si bien le era molesto á la villa el gran hedor de la carne asada.

3.º Fué esta victoria mucho mayor que la pasada, por ser más el número de los bárbaros combatientes y el que quedó muerto, y de parte de los nuéstros solos seis heridos, sin peligro de muerte, pero tan avispados en ver que no les dejaban gozar una hora de sosiego y que podían temer no se les dilataría otra

guazabara como las pasadas, que se determinaron á desamparar la población de cuyo parecer fué Juan Muñoz de Collantes, que á la sazón era Alcalde y Tesorero de la Real Caja, y otros muchos, con que quedó determinado el desamparo de la villa; pero sobrevino luégo un inconveniente, de que los peones pretendían tomar la vuelta de Popayán y hacer para allá su jornada, y los jinetes para este Nuevo Reino. Los indios de servicio Yanaconas que servían á los de á caballo, clara y llanamente mostraron sus voluntades diciendo querían seguir á los peones, y era porque como habían bajado del Pirú y eran orejones, los más querían volverse allá. La cual intención pretendían cubrir con demostraciones de enfado que tenían con los jinetes por no haber en esta ocasión acudido como debieran, y habérseles aventajado los peones, intención diferente de la que habían tenido y tenían en todo el Pirú estos Yanaconas, que con su bárbara hidalguía servían de mala gana á los peones y de buena á los de á caballo, teniendo éstos en su pensamiento por más nobles, pues podían sustentar caballos, que al peonaje. Bastantes fueron estas divisiones de pareceres para mudar d.l que tenían de despoblar la villa, lo cual esforzó Juan del Río con otros sus compañeros en otras juntas que para ello hizo, satisfaciendo á ello y á lo contrario con razones, y respondiendo á las que le podían dar los del parecer contrario, diciendo que se determinaba á que no se despoblase, porque él era la cabeza del pueblo, dijo, y si alguno entiende lo hago por mandar en este oficio, que sabe el cielo no lo pretendí, despachemos á la Villa de Neiva, que estaba de allí veinte leguas al Norte, el río abajo de la Magdalena, donde está gobernando, por haberla poblado, el Capitán Juan Cabrera, y pienso que con poco gusto de estar allí, para que venga y tome el gobierno de este pueblo, de que yo cedo con voluntad desde luégo.

Admitió este parecer, pareciéndole aceptado por todos, y despachada carta del Cabildo á Juan Cabrera, habiéndose alegrado de lo que le pedían, fué desde su nueva Villa de Neiva á la de Timaná con todos sus soldados, donde quedó obedecido por General y Justicia Mayor de aquel partido. Estaban vivas á la sazón las cédulas Reales, en cuyo color tenía el hecho alguna justificación. No fué esta venida del Cabrera y sus soldados á Timaná de tan poca importancia, que por ver la fuerza de gente que de nuevo les había llegado, no se quietasen de otros nuevos disturbios y alborotos que comenzaban de nuevo hacer las reliquias de los vencidos y de otras provincias, en especial luégo que Juan de Cabrera, con setenta peones y veinte de á caballo, salió al castigo de algunos pueblos, y sentando rancho en uno de ellos, que fué donde dijimos habían muerto á Pedro de Guzmán, hizo un hecho que pareció mal á muchos y bien á ninguno, y fué que enviando á llamar de paz á Pioanza y otros Caciques de los Yalcones, entendiendo ellos que por ser recién venido la daría firme y cons-

tante, como entendían eran sus palabras, ya que el Pioanza no vino, ni los otros Caciques le remitieron buena copia de buenas joyas de oro y de indios para ensanchar las casas donde posaba, como él lo había enviado á pedir, llegaron con esta llaneza cargados de presentes de maíz y muchas y varias frutas, á quien acarició el Cabrera fingiendo más amistad de la que les hizo, pues estando todos poniendo la madera de la casa, bien descuidados del suceso, y por eso sin armas, hizo dar Santiago sobre ellos á sus soldados y á otros indios de los convecinos que hizo llevar para el efecto, y habiendo quedado muertos más de la mitad (temeridad indigna de pecho cristiano), fueron pasto de los que llevaban y ayudaron á matarlos, que sin otra paga ni interés habían venido acompañando á los españoles, sólo por esto; tal es su voracidad, de que siendo reprendido cierto principal por haber consumido por este camino muchos de sus vasallos, respondió: yo de mi gente cómo y nó de la ajena; respuesta que indignó tanto á uno de los soldados que lo oyeron, que allí le quitó la vida y lo dió para que lo comiesen otros, juzgando ser indigno de la vida quien á tantos la quitaba, por sólo abominación de comer carne humana. Salió el Capitán Cabrera de este sitio y tomando la vuelta por Aniobongo, halló toda la gente retirada por haber sabido el suceso de los Yalcones, y que la paz que prometía era fingida, y así sin detenerse, pasó con toda su gente á la Villa de Timaná, donde estuvo pocos días, por lo que luégo sucedió.

——

CAPÍTULO XXVI

1.º Da el Rey á Pascual de Andagoya la Gobernación del Río de San Juan, y recíbenlo por Gobernador en Popayán y Cali—2.º Toma Juan Cabrera y otros la vuelta de este Reino y sale en su seguimiento Francisco García de Tobar—3.º Vuelve con Tobar Juan Muñoz de Collantes, y prosiguió su camino Juan Cabrera—4.º Hace Tobar algunas entradas en la tierra de Timaná, con pérdida de algunos soldados—5.º Disposición de la tierra de Timaná y granjería que tienen los vecinos de ella.

LOS que salieron de Panamá descubriendo las provincias del mar del Sur, hallaron un gran río á pocas leguas de Panamá, á quien pusieron el río de San Juan, donde dieron vista á algunas provincias de indios en sus márgenes, y tuvieron noticias de otras más la tierra adentro, de lo que por entonces no se hizo tanta cuenta, hasta que el año de mil y quinientos y treinta y ocho las pidió en Gobernación el Licenciado Gaspar de Espinosa, y se le concedieron con título del Río de San Juan; pero habiéndosele despachado recaudos de eso, le hallaron ya muerto en Cuzco, por lo cual se le concedieron, y aun con título de Adelantado, á un vecino y Regidor de Panamá, llamado Pascual de Andagoya, con condición que no entrasen él ni sus Capitanes, ni tocasen en ninguna provincia de las conquistadas por otros. Salió de Panamá para su Gobierno con buena copia de soldados, y no reparando en esto que el Rey le mandaba en sus provisiones, y habiendo desembarcado en cierta bahía cerca de este río, y trayendo sabido de la tierra que había conquistado Sebastián de Belalcázar, y de las ciudades que había poblado en Popayán y Cali, demarcando la tierra como pudo, y al tino que se tenía de estas ciudades, fué caminando hacia ellas por los caminos más ásperos, trabajosos y dificultosos que se han hallado en todas estas Indias, ni aun en todo el mundo, en que perdió no pocos caballos y gente; pero al fin llegó á Cali, y habiendo presentado sus provisiones y dícholes que los iba á mantener á todos en justicia y hacerles mucho bien, sin escudriñar mucho las provisiones, antes muy á la boba le recibieron en aquella ciudad y en la de Popayán, que estaban, digamos, sin dueño, porque Belalcázar, como hemos dicho, estaba ya en España, y Lorenzo de Aldana se había vuelto al Pirú; viéndose Andagoya recibido por Gobernador, despachó al Capitán Miguel Muñoz á tomar posesión de algunas tierras conquistadas y pobladas, como era Anserma y los Quimbayas de Cartago, y al Capitán Francisco García de Tobar con alguna gente, para que en nombre suyo y como su Teniente tomase también posesión de la Villa de Timaná, á donde llegaron estos ruidos bien presto, aunque confusos; pero para certificarse de ellos y estar prevenidos á lo que debían hacer, despacharon dos Yanaconas á

Popayán, de donde volvieron con brevedad certificando lo que hemos dicho, con harto sentimiento de Juan Cabrera y otros Capitanes, amigos de Belalcázar, á quien él les había comunicado sus intentos en este Reino cuando se partió á España á pedir aquellas tierras de Popayán y las demás que había conquistado, en gobierno, sin dependencia de Don Francisco Pizarro.

2.º Con estos sentimientos, y por excusar ocasiones de diferencias si Andagoya quisiese embeber también en su Gobierno la Villa de Timaná, determinó el Juan Cabrera con otros sus amigos Capitanes y soldados, como fueron Juan de Orosco, Arias Maldonado, Juan Muñoz de Collantes y otros hasta treinta de á caballo, los más lucidos de la Villa, de dejarla y tomar la vuelta de este Nuevo Reino. Tardaron más en pensarlo que en ejecutarlo, sin embargo de los requerimientos y ruegos que les hicieron, por quedar tan minoradas las fuerzas de la Villa en su ausencia y en tan evidente peligro de los indios alterados. Tres días había caminaba Juan Cabrera desde la Villa, cuando llegó á ella Francisco García de Tobar con recaudos de Pascual de Andagoya, y por su Teniente, los cuales obedecidos con la misma facilidad y poca advertencia que en las demás partes, le requirieron una y tercera vez que fuese su gente tras el Juan de Cabrera y los volviese allí en razón de las quejas que ellos daban por llevar en collera y con cargas muchos de los indios de la Villa pacíficos, y en especial las daban de Juan de Muñoz Collantes, que por ser Tesorero de la Real Caja no había dado cuenta de ella por la brevedad de la partida. Obligado el Tobar de la justificación del pedimento y quejas, señaló treinta y cinco soldados de á caballo, y doblando jornadas, á la tercera se juntó con el Cabrera y sus compañeros, que luégo que volvieron, imaginando lo que era, se determinaron librar en las armas la defensa, lo cual, visto por el Tobar, les hizo por pluma de escribano requerimientos, que viendo no aprovechaban por estarse el Cabrera con los suyos en sus trece, se estrechó con él de amistad y le habló diciendo: "Error manifiesto parece, señor Capitán, que un hombre de vuestro talento quiera librar en las armas lo que podemos componer con razones, que suelen ser más poderosas que ellas. Las que me dieron los vecinos de Timaná envueltas en quejas, me obligaron á salir, más forzado que de gana, no para detener vuestro viaje, sino el de los indios que traeis tributarios de los vecinos de la Villa, y al señor Capitán Juan Muñoz de Collantes para que dé cuenta de la Hacienda Real que está á su cargo, y pues somos hermanos y amigos, y sabemos que el Rey tiene largos brazos para castigar los agravios que se hicieren á sus vasallos, y todos los somos suyos, servíos de que, sin pasar á mayores controversias, se vuelvan conmigo el Tesorero y los indios tributarios de los vecinos, que se echa de ver lo violentos que van, pues no os atrevéis á llevarlos sueltos, y con los demás, en buena hora, proseguid vuestro viaje.

2.º Con gusto acudió Cabrera á darle los indios que pedía, pero acerca del Collantes le rogó no le hiciese fuerza á volver, pues las cuentas de la Real Caja dejaba ajustadas, y si alguna diferencia se ofreciere, estaría de manifiesto en la ciudad de Santafé, á donde se podía recurrir; lo que no fué posible concediera el Tobar, y así, por excusar rencillas con los indios que pedía, volvió el Juan Muñoz de Collantes, aunque sospechoso no le hiciese el Gobernador alguna vejación; pero supo disponerlo todo con tan buena traza, como hombre discreto que lo era, que asentando sus negocios como quiso, en pocos días se despidió de la Villa y vino á esta ciudad de Santafé, donde vivió muchos años, hasta su muerte, dejando noble y gran posteridad, que hoy vive en la misma ciudad, en cuyas casas se fundó este convento de Nuestro Padre San Francisco, donde esto se escribe. Prosiguió Cabrera con los demás su viaje hasta llegar á este Nuevo Reino y ciudad de Santafé, donde los recibió con aplauso Fernán Pérez de Quesada, que gobernaba en ausencia de su hermano Gonzalo Jiménez Quesada, que, como hemos dicho, se había partido á España.

4.º El Francisco García de Tobar, tuviese ó nó justificados sus recaudos y gobierno, para más introducirse en él y agradar á los vecinos, no le pareció estar ocioso, en especial sabiendo cuán avispados estaban los Paeces contra nosotros, y así trató luégo de hacer una entrada en sus provincias con la mayor copia de gente y arcabuces que pudo, de que no se les dió mucho á los indios para hacerles frente y resistencia á la entrada en sus tierras, como se echó de ver, pues tuvieron tan valerosos encuentros con los nuéstros en emboscadas, y de poder á poder, que por ser tántos, ganaron bien poca honra nuestras banderas, matando á muchos de los soldados y forzando á todos que volviesen con las manos en la cabeza á la villa con su Capitán y Gobernador Tobar, que estuvo poco en ella, pues cuando él andaba en esto, ya andaban prendiendo al Pascual de Andagoya por la intrusión que había hecho en tierras ajenas. Está fundada esta villa de Timaná veinticuatro leguas más abajo de los nacimientos del Río Grande de la Magdalena, en setenta grados y cincuenta minutos de longitud del meridiano de Toledo, y en dos grados y treinta minutos de latitud á la banda del Norte.

5.º Habrán quedado en esta Provincia de Timaná, de catorce ó quince mil indios que había cuando poblaron esta Villa, hasta seiscientos, el cual consumo han traído enfermedades generales de viruelas, trabajos en que los han puesto los españoles, y guerras. Están éstos encomendados en treinta vecinos de la Villa, que con otros quince, que no son encomenderos, vienen á ser cuarenta y cinco los pueblos por todos, que viven de crías de ganados menores y mayores, que de éstos sacan mucho para esta ciudad de Santafé, y muchas y muy buenas mulas para los Reinos del Pirú, que se crían en grandes sabanas de

tierra llana, en partes fragosas; hay algunos ingenios de azúcar, de donde se hace buena cantidad, y se saca para esta ciudad de Santafé y otras, y mucha miel de caña para el gasto del pueblo. Es tierra templada, que declina más á caliente que á fría, pues se crían muchas y venenosas culebras de muchas suertes, en especial las de cascabel, y muchas niguas. Dáse bien el maíz, á cien hanegas por una, si acude el tiempo; y todas las legumbres de Castilla, de que hay alegres huertas; y algunas frutas de allá, como son higos y granadas, pero de las de las tierras con mucha abundancia, como plátanos, guayabas y curas. Es tierra más sana que enferma; críanse sanos los niños, aunque de ordinario hasta ser grandes son muy abobados; crían casi todas las mujeres, y aun algunos de los hombres, paperas en la garganta, y dicen que es de las aguas, porque aunque son delgadas, tienen esa cualidad. La estatura y rostro de los hombres y mujeres siguen al común de las demás ciudades del Reino y Pirú. Críanse tigres, leones, osos y otros animales; y aves, guacamayas, papagayos de muchas especies, paujiles, pavas, codornices, tórtolas, conejos, curíes, y gran número de venados. No es malo el queso que se hace del ganado mayor, y mucha manteca. Está al Este del Río de la Magdalena una legua, á veinticuatro de sus nacimientos, cuarenta y cuatro de Popayán, que le demora al Sur del sitio de San Sebastián de la Plata nueve que le demora al Poniente; y treinta al mismo rumbo del sitio donde estuvo poblado San Vicente de Páez; del cual sitio de San Vicente está cuatro leguas un volcán, que á las veces vomita fuego, y está siempre cubierto de nieve; el cerro grande de San Sebastián de la Plata está lastrado de minas de este metal, de mucha fineza, que hoy se labra con negros é indios; y al Occidente de este cerro no le faltan minas de oro, que á haber fuerza de gente, fuera mucha la grosedad que de lo uno y de lo otro se sacara. Hánle costado las guerras de los Pijaos á esta Villa más de cincuenta mil pesos, sin otros daños grandes que de ellos han recibido. En esta tierra ciertos árboles echan unas pelotillas de una resina al modo de goma, que si no la cogen antes, en pocos días se abre la pelotilla y se convierte en hoja; estas pelotillas cogen los indios y haciendo esta resina de varios colores, embetunan bordones, tabaqueritas, astas de pendones, varas de palios y otras cosas de palo, porque en barro ni otra cosa pega bien, y hecho con buena traza y disposición de varios colores parece bien. Hácese también de esta obra en Mocoa, Quito y otras partes del Pirú.

FIN DE LA SEGUNDA NOTICIA.

TERCERA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

1.º Sale Jorge Robledo de Cali en demanda de las Provincias de Anserma—2.º Prosigue Robledo su viaje y funda la ciudad de Anserma—3.º Hace algunas entradas en la tierra y despacha al Capitán Gómez Hernández á la Provincia de los Chocoes—4.º Entra Gómez Hernández á esta Provincia, dánle los indios algunas guazabaras y vuélvese á Anserma.

YÁ dejamos dicho cómo por los poderes que traía Lorenzo de Aldana para gobernar las ciudades de Popayán y Cali, en ausencia de Belalcázar, habiendo sido admitido por tal Gobernador, despachó al Capitán Jorge Robledo desde la ciudad de Cali, dándole buena copia de soldados de los cartagineses que habían subido con el Licenciado Vadillo (porque en éstas y otras jornadas se fueron sembrando todos), para que poblara algunas villas y ciudades de españoles en las tierras que había descubierto á la banda del Norte el Capitán Belalcázar, y en especial le señaló poblase la primera en la loma y Provincia de Umbra ó Umbía, como otros quieren que se diga, que por otro nombre le pusiesen el Belalcázar y sus soldados Anserma, por la razón que dice Pedro de Cieza en su Crónica, que fué que como el Capitán Belalcázar no llevaba lenguas cuando iba descubriendo aquellas tierras, por lo cual no podía aún entender los nombres de ellas, en llegando á estas lomas y provincias, si les mostraban á los indios alguna sal, la nombraban con mucha alegría con el nombre que tenían puesto en su idioma, diciendo: *Anzer*, *Anzer*, con que dijeron los Castellanos, no sabiéndole otro, ése será el nombre de esta tierra,

aunque le añadieron después aquella sílaba *ma*, como de ordinario lo solían hacer en todas las provincias de estas Indias, donde ponían nombres, como dejamos dicho, que á Rundha la llamaron Tunja; Zasuamoxe, Sogamoso; si bien otros dicen que el Cacique señor de esta Provincia se llamaba Anzea, y el sitio de la loma Umbra, y de Anzea le llamaron Anserma. Sea lo uno ó lo otro, en demanda de esta Provincia salió luégo Jorge Robledo de la ciudad de Santiago de Cali, tomando la vuelta del Norte por las vegas del gran río Cauca (no el de la Magdalena, como dice cierto autor, pues lleva sus corrientes á la parte del Este, desde este paraje, por rumbo derecho, apartado el uno del otro más de treinta leguas); caminando por sus márgenes aguas abajo, por la banda del Poniente, sucedió que un soldado de los que llevaba dió de puñaladas á una negra, su mujer, y huyendo por el delito la vuelta de Timaná, entrando en los indios Pijaos, le mataron y comieron: pena de su pecado por los muchos estragos que él había hecho en indios.

2.° Fué á pasar el Capitán Robledo, llevando por el río su tropa en balsas y canoas, á un pueblo que llamaron los españoles del Pescado, por el que hallaron allí cuando descubrieron la tierra, que lo hallaron ahora bien hambriento, por haber alzado las comidas los indios sabiendo la entrada de los nuéstros, de quien prendió á los más principales, que los hizo soltar después de haberles persuadido al buen tratamiento que les pensaba hacer, por la instrucción que llevaba de Lorenzo de Aldana, hombre cabal, y que aun en la milicia no se descuidaba del todo de su conciencia; quedó algo acreditado con esto el Jorge Robledo entre los indios, con que le salían algunos de paz, proveyéndole de comidas. Despachó desde cierta parte al Capitán Ruy Vanegas con una tropa de soldados, que fuese tanteando el mejor sitio en la Provincia de Anserma donde se pudiese hacer la población de la villa, que encontró llegando á la loma á los que venían con el Capitán Luis Bernal en demanda del Licenciado Vadillo; llegó luégo, por ir á sus alcances el Robledo, á cierta loma, donde precediendo todas las ceremonias que suele haber en tales fundaciones, en seis de Julio del año de mil y quinientos y treinta y ocho pobló una villa, que después se hizo ciudad, como lo es ahora, á quien llamó Santa Ana de los Caballeros, por la instrucción que llevaba de Lorenzo de Aldana, como también para nombrar caudillo y Regimiento, en el cual fueron Alcaldes Suer de Nava, de los cartagineses, y Martín Amoroto; Alguacil Mayor, Ruy Vanegas; y Regidores, los que le pareció más á propósito de los demás soldados de Vadillo.

3.° No fuera de mucha importancia haber fundado allí pueblo de españoles, si no se pacificara la tierra, para conservarse en él, y así trató luégo de esto Jorge Robledo, por su persona y de sus Capitanes, despachando luégo á Suer de Nava con cincuenta soldados de á pié y de á caballo, para que ha-

biendo dado vista á la Provincia de Caramanta y sus poblaciones, se volviese con relación de todo, mientras él iba al pueblo de Ocusca, á donde persuadió al Cacique, que se llamaba Curacá, le fuese acompañando, como lo hizo, hasta que tuvo ocasión de escaparse, á donde nunca más lo pudieron ver. Con lo que había hecho en la Provincia volvió Suer de Nava con brevedad, y con la misma Jorge Robledo determinó, dejando en su Lugar-Teniente á uno de los Alcaldes, Martín Amoroto, salir á visitar la tierra ; esto iba haciendo, cuando apartándose con algunos otros del Capitán Ruy Vanegas, dió en cierta casa de adoratorio, allá en unas hondas y ocultas retiradas, donde halláronse doce mil pesos de buen oro y gran cantidad de ropa, de todo lo cual la mayor parte mandó Robledo se le volviese á los indios, porque no quedasen avispados. En esto andaba ocupado Jorge Robledo, cuando le llegó nueva, por medio de cierta india, que le dijo á Pedro de Cieza que á espaldas suyas vueltas trataba el Cacique Ocusca de dar sobre el pueblo de Santa Ana de Anserma, aunque le retardó esta ejecución, y aun no la osó poner en efecto el haber sabido le habían entendido sus intentos y le aguardaban con cuidado; el que llevaba Robledo de ejecutar los suyos no le dejaba detenerse un punto, y así habiendo asentada paz en el valle de Apia y vuelto á Anserma al rebelión de Ocusca y Umbaza, volvió otra vez en demanda de la pacificación y nuevos descubrimientos de las noticias que tenía, á la parte del Norte de la Villa, habiendo despachado primero, para que descubriera las Provincias del Chocó, al Capitán Gómez Hernández, con cincuenta rodeleros y ballesteros. Acompañóle Robledo algunas jornadas, hasta el valle que llamaban de Santa María, de donde saliéndole un indio de paz, fingiéndole, no sé con qué intentos, que era el señor de Umbaza, y habiéndole por eso tratado muy bien, le hizo descubierto el engaño, que lo pagara mandándolo quemar.

4.º El Capitán Gómez Hernández, habiendo andado algunos días por la aspereza de las tierras de los Chocoes, gente muy bárbara y rústica, dió con un gran río, que todos juzgaron ser el Darién; antes de esto sucedió que se despeñó de su voluntad una india, por verse captiva de un soldado llamado Alonso Pérez. Fueron notables las hambres que por aquí pasaron, pues en muchos días no hallaron qué comer, sino aquella fruta de palma que llamaban pijibaes, que en otras partes pienso llamaban cachipae, aunque después cazaban dantas, pavas, paujíes y algunos venados. Dieron vista desde cierta cumbre á un pedazo de tierra llana, pero de arcabuco, donde había casas fundadas en árboles ; los indios del todo desnudos, que saliendo á los nuéstros, desembrazaron, entre grande algazara, gritos, flautas y caracoles, tanta multitud de flechas y dardos, que hubieron menester los nuéstros el brío español para defenderse, y más por no tener allí los caballos, por la fragosidad de las tierras y habérseles

quebrado las cuerdas de las ballestas. Entre los muchos heridos de la guazabara, quedaron con mucho riesgo los llamados Santiago y Berrobí, que quedando caídos, por no darles lugar á dar paso las heridas, pasando por cima de ellos los indios que venían en el alcance de los nuéstros, fué el Señor servido que no los viesen, por el socorro de la sagrada Virgen, á quien encomendaron su vida, que de otra manera la darían por perdida, así por las heridas como por la llegada de los indios, que contentándose con haber echado á los nuéstros de sus tierras, se volvieron á ellas, después de haberlos seguido un día; después de algunos otros llegaron á la ciudad de Anserma, harto derrotados y afligidos. Sabía Robledo acariciar bien sus soldados, sin darles disgusto, sólo el que ellos se tomaban cuando trataba de pagos con los indios, por seguírseles menos provechos temporales de la paz con ellos que de la guerra; que de los espirituales poco trataban, dejando eso para quien mejor lo entendía. Repartió la tierra que estaba menos de guerra entre los conquistadores; con que se iban mejorando sus voluntades en ver que les pagaban tributo, fruto de sus trabajos, aunque mejor diríamos del de los indios.

———

CAPÍTULO II

1.° Costumbre de los indios de Anserma—2.° No se ha podido desarraigar la idolatría en los naturales de todas estas Indias—3.° El Demonio no se aparece en figura de animales humildes, sino disformes—4.° Alturas, frutos y disposición de la ciudad de Anserma—5.° Usan mucho los indios de esta Provincia la embriaguez.

CASI todas las provincias convecinas á esta Villa de Anserma son de unas mismas costumbres. A las entradas de sus pueblos acostumbraban hacer grandes casas, y en la puerta de ellas una plaza cercada de guaduas, que son las cañas gruesas (en cuyos canutos de algunas cabe una arroba de agua), en cuyas puntas tenían muchas cabezas de indios, que habían muerto en la guerra y se habían comido sus cuerpos, y los pellejos, llenos de ceniza, colgados de barbacoas. Era de ver las cabezas como unas figuras de los mismos demonios y que representaban bien lo que parecían sus almas en los infiernos, por estar las caras embijadas como las habían cogido en la guerra, á donde van siempre embetunados con este almagre, que aun vivos son siempre un retrato del Demonio, cuánto más muertos y con solas las cabezas y sobre esto los cabellos revueltos con los vientos, y muy largos, más cuando las ponían allí, porque el cabello crece aun después de cortada la cabeza, por no ser cosa animada sino sólo excremento del cuerpo, que sólo há menester calor y humedad para crecer si no hacen al alma, si bien cuando está ésta en el cuerpo, crecen más, por mayor calor y humedad que el cuerpo tiene. Lo mismo en tener mujeres, pues era el número que cada uno podía sustentar, y por eso tenían los Caciques muchas. En lengua se diferenciaban poco; sus difuntos los enterraban algunos en sus casas y otros en el campo; pero todos en grandes cuevas ó bóvedas, hechas de la misma tierra, donde les metían comidas y bebidas, y á los más principales algunas mujeres, para que los sirviesen en la otra vida, que todos confesaban haber, aunque esta creencia la tienen muy ciega y llena de mil supersticiones, como en nuestra segunda parte, en especial, hemos dicho. El año de mil y quinientos ochenta y siete murió un Cacique del pueblo de Porsa, cerca de esta ciudad, y habiendo tenido traza de enterrarse á su modo gentílico, sabido por los españoles, lo desenterraron y le hallaron en la cabeza una corona, que pesó trescientos pesos de buen oro.

2.° Cerca de la misma ciudad al Oriente hay un valiente y encumbrado cerro, donde se subían los del pueblo de Umbra á amparar en tiempo de sus guerras y se les aparecía el Demonio los días de sus borracheras, que las hacían allí, y aun lo que es más de llorar, que aun hoy se les aparece en las mismas sus fiestas en figura de cabrón, al fin de las cuales le dejan dos hermosas

doncellas del mejor parecer que hay, para tener concúbito con ellas. Es la idolatría un pecado que se embebe tanto en el alma, que no se arranca de ella sin grandísimas dificultades, que corre con esto al paso de la herejía: de los cuales dos vicios nace tan poca esperanza de su enmienda, que aunque se espera de todos los demás, y por eso admiten corrección fraterna, estos dos, de idolatría y herejía, no la admiten, por haber menester otros medios más fuertes para desarraigarlos. Bien nos declara esto, acerca de la idolatría, la experiencia que se tiene en estas Indias y nuevas conquistas, pues después de ochenta, noventa y cien años que se les predica á estos indios, se hallan hoy casi en todas las partes descubiertas los mismos, aunque no en público como á sus principios, y aun con mayor gravedad que sobre la idolatría cae la apostasía que hay de la fe, sin haber sido bastantes á desarraigarles de ellas la mucha doctrina, exhortaciones, predicaciones, ejemplos con que se les está catequizando cada día dos veces en todos los pueblos que hay sacerdotes, que á no consolarnos el ver que se salvan los niños por el sacramento del bautismo y que podemos tener confianza de la buena muerte de algunos que les vemos vivir y morir como cristianos, estuviéramos desconsoladísimos en estas tierras, aunque el mérito no se pierde de lo mucho que se trabaja, haciendo de nuestra parte lo que nos ordena la Iglesia, como ministros suyos; lastimados de ver aun estos naturales tan ciegos que crean al Demonio, apareciéndoseles hoy en figuras tan desengañadas, que ninguno hay de tan grosero ni rudo entendimiento y que no conozca ser ésta mala.

3.º Porque nunca el Demonio se aparece en figura de manso cordero, ni en figura de mansa oveja, ni de paloma, no permitiéndole Dios esto por ser figura estos animales, como se ve en muchas partes de la Escritura, de Cristo, nuestro bien, y del Espíritu Santo, sino en figura de un cabrón, por la similitud que tiene este animal con las costumbres del Demonio, que es demasiado falaz, inquieto, sucio, en la cual figura de ordinario quiere ser adorado, ó en la figura de un gato disforme, de un tigre, de un mastín, ó de otro animal inmundo, y cuando Dios le permite que tome figura humana, para que se le haga esta adoración, siempre es con alguna señal ó diferencia, como dijo San Juan Crisóstomo, por donde sea conocido del hombre que le adora ó idolatra, como con el color negro, sucio, asqueroso, hediendo y en todo formidable; el rostro obscuro y con muchas manchas; las narices muy largas y encorvadas y sin ninguna proporción; con grande boca muy abierta y sumida; los ojos muy salidos ó demasiado metidos y echando llamas de fuego; los piés de buitre ó de gallo; los brazos y piernas demasiado cortos ó demasiado largos, y muchas veces con figura de piés de cabra ó de asno; el cuerpo velloso; otras veces un pié ó entrambos cortados; la figura de todo el cuerpo ó muy alta ó muy baja;

ó trae señales, para que el miserable que llega adorarle le conozca y quede desengañado; lo que éstos pobres indios no quieren acabar de entender, en común y en particular éstos de quien vamos tratando, pues junto al pueblo de Pirama, á dos leguas al Oriente de este que dijimos de Porsa, hay otro más encumbrado cerro, á quien llaman de Buenavista, donde también se les aparece el Demonio sólo á los Jeques, por ser éste su gran santuario, á donde solos ellos suben, por ser la subida escabrosísima y de peña tajada, por escaleras de guaduas, por donde gatos aun no pueden bajar, y debe de ser que el Diablo tiene las escaleras y les da la mano para despeñar sus almas de más alto en los infiernos; lo que también intenta cuando algunas veces, en tiempos de hambres, les arroja frisoles, yucas y otras raíces desde lo alto, para que aficionándoles con una obra buena le estén sujetos y obedientes para infinitos males, que sólo el que le permite, por sus secretos juicios, los podrá remediar por infinitos caminos que para esto tiene.

4.º Está la ciudad fundada á setenta y dos grados y veinticinco minutos de longitud del meridiano de Toledo, tres y treinta minutos de latitud á la banda del Norte, en tierra templada, en una loma, desde donde se da vista á mucha tierra; sus aguas, que son de dos quebradas que corren á una parte y otra, son muy delgadas; trigo, aunque se da en la tierra, en las partes frías, se trata poco de eso, porque la fuerza de la gente con sus trabajos se ocupa en las minas de oro, que son tantas las de todos sus términos, que toda la tierra parece una pasta de él. De más de mil indios que se encomendaron la primera vez, se han minorado á seiscientos, que tiene hoy en treinta Encomenderos la ciudad, que aunque tiene las mismas que hemos dicho, le sucede lo que á Tántalo, que teniendo el agua á la boca no la bebe, y así está pobrísimo. Éntranles los bastimentos de harina, ropa y otros menesteres, de este Reino; tiene tan grandes crías de ganado mayor, que si hubiera para dónde, pudieran sacar mucho de allí; el de lanar no se da, por no favorecerle la tierra; dáse cabrío y puercos; gallinas de las nuéstras se dan por extremo y á montones; también se dan algunas de nuestras frutas de Castilla, como higos, granadas, uvas; pero las de la tierra, con grandísima abundancia; las legumbres de Castilla se dan maravillosamente, y hortalizas, como lechugas, repollos, culantro, yerbabuena y las demás. Algunos ingenios tienen de cañas dulces, de que hacen azúcar y miel para el gasto de la ciudad, en que también se crían niguas, culebras de todas suertes, muchos ratones y murciélagos; de mosquitos no están excusados; es tierra más sana que enferma; críanse bien los niños. Los indios de su comarca andaban todos desnudos, aunque ya la policía cristiana los ha vestido; tiene un convento de Nuestro Padre San Francisco, á quien están sujetas dos doctrinas, donde asisten siempre dos religiosos; está cinco leguas del gran río de Cauca,

al Poniente; es del obispado de Popayán y su Gobierno. Las mujeres en común son de muy buenas caras y también los indios. Críanse en sus montañas excelentes y peregrinas maderas, y muchas suertes de papagayos graciosos, y monos muy donosos; y de las demás aves y animales que hemos dicho de otras partes, en especial las chuchas, que son las que engendran y meten sus hijos en ciertos bolsillos que les dió la naturaleza á los lados de la barriga. Caían en el puesto de este pueblo muchos rayos antes que se poblara, que ha cesado su frecuencia después que hay Santísimo Sacramento, aunque hay truenos temerarios, y no es poco lluviosa la tierra.

5.º En las embriagueces que hacían en sus fiestas los indios de estas provincias, y comunmente hablando, también en todas las de las Indias, hacían las mujeres comunes, embriagándose ellas, de la suerte que los hombres, que si en ellos es cosa torpe, mucho más en las mujeres, por donde hicieron los romanos que las mujeres no bebiesen vino, y andaban con tanto cuidado en la guarda de esto, que dice Aurelio Gelio en sus *Noches Aticas*, que tenían establecido por ley que todas las veces que los parientes de las mujeres entrasen á verlas, les llegasen á oler la boca para conocer si habían bebido vino, de donde pienso quedó la costumbre que tienen en Francia, Italia y otras partes, de llegar á saludar las mujeres besándolas en la mejilla; lo que la nación española no ha querido admitir, pues aun en las misas solemnes, que se manda den paz los ministros en el carrillo, no pueden acabar de persuadirse á hacer esto, y así cumplen con la ceremonia sólo abrazándose. Pocas naciones conocemos que tengan por afrenta la embriaguez, á lo menos en los festines, como la Española, que no sólo se afrenta de ella, sino lo tiene por infamia: no obstante que no toda embriaguez es pecado, como dice la *Suma silbertrina*.

CAPÍTULO III

1.° El Capitán Robledo sale de Anserma á nuevos descubrimientos, y llega á las Provincias de Carrapa y Picara, que se dan de paz—2.° Pasa á las Provincias de Pozo, y los indios de ella se disponen á la resistencia—3.° Dan una guazabara á los nuéstros y algunas heridas al Capitán Robledo, y quedan los españoles con victoria—4.° Sale el Comendador Sosa al castigo de los indios, mata á muchos, y salen de paz los demás.

EL valiente ánimo del Capitán Jorge Robledo, y inclinación que tenía á nuevos descubrimientos, no le daban lugar á contentarse con los que tenía hechos, y así andaba siempre informándose de estas provincias para irlos hacer de nuevo, y teniendo noticia de las muchas que había de esta parte del rio de Cauca (á quien Herrera y Cieza llaman de la Magdalena y Santa Marta por las razones que dejamos dichas en otras partes), dejando asentadas las cosas de su nueva villa de Anserma (que como hemos dicho demora á la banda del Poniente de este gran río), repartida la tierra en sus conquistadores, y por su Lugar Teniente al Capitán Ruy Vanegas, salió de ella á los últimos meses del año de mil y quinientos y treinta y nueve, con poco más de cien soldados de á pié y de á caballo, y por su Maese de Campo Hernán Rodríguez de Sosa, el Comendador, en demanda del río; y llegando á él y á un pueblo llamado Irra, que estaba asentado á sus márgenes, en paraje donde es su raudal muy fuerte, dieron traza de pasarlo, aunque con tanta dificultad, que sólo el ánimo y brío español la pudiera romper, pues en solas dos guaduas se ponía un soldado, y guiándolas un indio nadador con un bejuco, en evidente peligro de muerte, lo fueron pasando todos, y el carruaje y los caballos á nado. Viéronse de esta banda en la Provincia de Carrapa, donde se detuvieron más de un mes, por haberles dado la paz los principales, con que les acudían con algunas buenas joyas y bastimentos, y habiendo tenido noticia que más delante, al Poniente, pasada la cordillera de los Andes, estaban las Provincias ricas de Arbi, Picara, Paucura y Pozo, entre quien tenían sangrientas guerras, y á la sazón muy más crecidas los de Carrapa con los de Picara, pareció al Robledo asentar con los Carrapas que iría contra los de Picara en su favor, si le ayudasen con algunos guerreros, á que acudieron de buena gana, dándole mil indios de guerra, con los cuales y toda su gente, ahorrando carruajes, por no permitirlos aquellas guerras, sino andar muy á la ligera, pasó á Picara, Provincia mayor y más rica que la de Carrapa, que ya los hallaron con las armas en las manos y haciendo tan grandes amenazas, que temiéndolas los Carrapas, ya que iban á embestir, sólo vieron las espaldas, desamparando todos á los nuéstros, que no

fué con poco daño suyo, pues siguiéndolos los de Picara, hubieron muchos á las manos vivos, matando á otros y comiéndoselos á todos. Con todo eso, atemorizados del valor de los nuéstros y bufidos de los caballos, les dieron la paz y buena suma de oro.

2.º Después de veinte días que estuvieron aquí dando más asiento á las paces, pasaron á la Provincia de Pozo, indios tan valientes, y más que cuantas naciones se han encontrado en estas tierras, y tan sin descuido en guerras, que jamás sueltan de la mano las lanzas: conocían ser más valientes que las otras naciones y por eso las despreciaban, lo que también hicieron con los nuéstros, pareciéndoles podérselas haber con ellos como con los demás, y que podrían en cierto paso estrecho, por donde habían de pasar, consumirlos á todos, como lo pusieron en ejecución, después de haber hecho grandes sacrificios á sus dioses, pues se juntaron más de seis mil indios á defender el paso, á donde llegando los nuéstros con más descuido que pide la guerra, á que los convidaba el deleite del camino que llevaban, un río abajo, manso y lleno de frutales, sin sospecha de enemigos, oyeron el ruido y sordo rumor que tenían los bárbaros. Los delanteros, que eran Jorge Robledo, Suer de Nava, Alvaro de Mendoza, Antonio Pimentel, Giraldo Gil y el Padre Francisco de Frías (clérigo) y un trompeta, avisaron al punto al Macse de Campo Sosa, que acudió á juntarse con ellos, en compañía de Pedro de Velasco y Pedro de Cieza, con que comenzaron á subir la sierra, harto medrosos los indios de Carrapa y Picara que los acompañaban, por las muchas bravatas y aun oprobios que decían contra ellos y nuestros españoles, llamándoles de mujeres y otras injurias.

3.º Llegaron con harto trabajo del camino los nuéstros á poder encontrarse con ellos y darles Santiago, como lo hizo luégo Robledo el primero, resistiendo la primera furia de infinitos dardos y lanzas que le arrojaban; mató con una ballesta tres ó cuatro indios, y dejándola y tomando su lanza y adarga, que se la llevaba un trompeta, peleaba valerosamente, amparándose con la adarga, aunque no tan bien que un indio con un dardo no le pasase la mano, y apeándose del caballo, por no perder la lanza, vino otro dardo y le entró un palmo por las espaldas al sesgo, que parece fué este comenzar á derramar aquí sangre este Capitán, presagio de lo que después le sucedió en la misma loma, donde la derramó toda, cortándole la cabeza, como veremos. La prisa que dieron los nuéstros á estos indios, habiéndose encendido en mayores bríos por ver á su Capitán herido, les hizo huír, cada cual por donde pudo, de cuyo alcance libraron bien los indios amigos de Carrapa y Picara, pues tuvieron que cenar carne humana aosadas. Hallaron los nuéstros las casas de estos indios grandes y bien fortalecidas de guaduas, y encima de ellas barbacoas para atalayas y hacer sacrificios. Su principal se llamaba entonces Pimaraque. Tenían en sus casas

grandes ídolos de madera, con los rostros de cera, feísimos, y les daba traza que los hiciesen, en cuyos cuerpos se entraba y les daba respuestas. Andaban desnudos hombres y mujeres, por ser tierras calientes, sin traer más que las partes de la honestidad cubiertas. Eran de gran cuerpo hombres y mujeres y más feos de rostro que las naciones sus fronterizas. Aunque usaban de flechas en las guerras, no de veneno en ellas, por no infestar la carne para comérsela. También usaban de hondas, con que eran muy certeros, y de empuyar los caminos y trochas por donde les entraban sus enemigos; iban á ellas con banderas grandes, de telas finas de algodón, y con muchas y ricas joyas de oro y coronas de lo mismo en la cabeza, y en especial usaban de esto los Carrapas.

4.º Los de la Provincia de Paucura son casi de unas mismas costumbres con estos de Pozo y los de Carrapa y Anserma, porque no tienen templos ni adoratorios, aunque el Demonio les habla á los Jeques ó Mohanes; con todo eso, cada martes estos de Paucura sacrificaban dos hombres en las barbacoas de sus casas á un ídolo que tenían de palo, de la estatura de un hombre, el rostro al Oriente y los brazos abiertos. Los que cogen en las guerras vivos los engordan para comerlos con más gusto. Entierros y casamientos eran de la suerte que muchas veces hemos dicho. Los principales se casaban con sus hermanas y sobrinas, y tenían otras muchas mujeres. No les faltaba conocimiento de que hay un principio de todas las cosas, aunque esto creían con mil abusiones y cegueras. En esta Provincia de Paucura, dice Cieza que le sucedió á él y á otros tres Castellanos (uno de ellos llamado Rodrigo Alonso), que yendo en compañía de algunos indios de Pozo, en alcance de otros de esta de Paucura, en cierto paraje le salió de repente al encuentro una india, de gentil cuerpo, fresca y muy hermosa, la cual, aunque la llamaron los españoles, así como los vido, huyó de ellos como del Diablo, y teniendo por mejor fortuna, dando mil gritos, entregarse á sus enemigos los de Pozo, que quedar entre los nuéstros, se fué derecho á ellos, de los cuales, sin poderlo estorbar los nuéstros, un indio le dió tan gran golpe en la cabeza que la aturdió, y llegando luégo otro con un cuchillo de pedernal, la degolló, sin que la india hiciera más resistencia que hincar la rodilla á aguardar la muerte; bebieron de la sangre caliente y comiéronle el corazón y entrañas crudas, llevando los cuartos para cenar aquella noche con otros de otros indios Paucuraes, con quien les sucedió lo mismo. Dejando correr nuestros soldados la fuerza del sentimiento en ver herido á su General, propusieron hacer un gran castigo en los Pozos, como lo comenzó luégo el Comendador Sosa en mil indios que supo se habían retirado á guarecerse en un peñol, á donde subió con algunos soldados y perros, dejando abajo á nuestros amigos y sus enemigos los de Picara y Carrapa, que no libraron más, según su usanza, pues venían á parar á sus manos los que huían de arriba de nuestros españoles

y los perros, despeñándose unos y bajando otros con sus mujeres y niños por trochas excusadas, de los cuales comiéndose á los que hubieron menester, de los demás, hechos carne, enviaron á sus tierras más de doscientas cargas, el cual estrago fué causa para que vinieran de paz con algunas joyas de oro, frutas y otros presentes á los nuéstros, que habiéndola admitido y asegurado cuanto se pudo, y viéndose mejor Robledo de sus heridas, despidió á la gente de Picara y Carrapa, y con la que se le llegó de los Pozos, pasó á Paucura, sus grandes enemigos, cuyo Cacique se llamaba Pimana, que sabiendo lo que había pasado con los de Pozo, sin poner mano á las armas en resistirse, antes trayendo mucho bastimento, dieron luégo la paz, que parece iba Robledo en esta jornada por todas partes con fortuna derecha, hasta que después lo pagó todo junto.

CAPÍTULO IV

1.° Llega el Capitán Robledo á la Provincia de Arma, retíranse los indios y síguelos—2.° Dánse de paz estos indios; traen muchas joyas de oro á los nuéstros y pasan á la Provincia de Quimbaya—3.° Determina Robledo hacer una población en esta Provincia y contradícenla sus soldados—4.° Fúndase la ciudad de Cartago en la tierra de los Quimbayas y nombran Justicia y Regimiento—5.° Sale Robledo de Cartago á verse con el Gobernador Andagoya en Cali, dále nuevos poderes y vuelve á Cartago.

NO se supo con qué verdad salió la voz en el Real, echada por un soldado, que los de Pozo habían hurtado ciertos puercos, que aunque faltaban, pudo ser se hubiesen perdido, con sola la cual voz, sin más información, volvió Suer de Nava con algunos soldados y indios de Paucura, y comenzó á robar la Provincia, quemando y destruyendo las casas, y habiendo á las manos los de Paucura más de doscientos indios, se los comieron con gran alegría ; al fin pareciendo los puercos, volvió á asentar la paz, que fuera excusado haberla rompido. Volvióse con este buen hecho Suer de Nava al Real, donde halló ya noticia de la Provincia de Arma, que era la mayor que habían hallado en el Pirú y la más rica de oro, si hubieran quedado indios que la sacaran, porque ni en ella ni en todas estas otras que vamos diciendo, han quedado hoy mil indios, habiendo veinte mil en cada una, sin la chusma, cuando estas conquistas, que prosiguiéndolas Jorge Robledo, tomó la vuelta de esta Provincia de Arma, donde hallaron toda la gente, habiendo puesto en cobro su chusma y comidas, retirada á la cumbre de una gran sierra, desde donde comenzaron luégo, en viendo á los nuéstros, á hacer grandes ruidos con sus caracoles y bocinas, y porque no fuese todo ruido, á vueltas de él despachaban inmensidad de valientes galgas, aunque al fin vinieron á librar su defensa más en los piés que en las manos, con que cayeron algunos en las de los españoles, siguiendo el alcance, en que ganaron algunas banderas, muy sembradas de estrellas y de algunas mal formadas figuras de finísimo oro, y del mismo, muchas coronas, patenas y planchas por la cabeza, en que formaban sus turbantes de plumería, y aun algunos iban armados todos de chapas de oro, por donde vinieron á llamar aquella loma la Sierra de los Armados, desde donde se daba vista á grandes poblaciones, de casas redondas, aunque tan capaces que cabían en ellas quince y veinte moradores, puestas á las laderas de los cerros, pero con grandes labranzas en la tierra llana, que era á perder de vista de yucales, maizales, arboledas fructuosas, en especial de pijibaes.

2.° Previniendo los indios un paso dificultoso, á lo menos para los caballos, de otra áspera sierra, por donde habían de pasar los nuéstros, les hicieron va-

liente resistencia con grandes algazaras, piedras y dardos, con que respondían á los requerimientos y promesas de paz que les enviaba á hacer Robledo, el cual viendo que no se hacía nada por aquel camino y que iba entrando el sol, ordenó que mientras lo buscaban para tomar el alto los caballos, se entretuviesen con los indios los peones con sus rodelas, como lo hicieron, hasta que llegando los caballos, huyó cada cual por donde pudo, de cuyo alcance alcanzaron todos buena copia de oro, de que no trajeron poco después los principales de los pueblos, prometiendo la paz, sin querer volver más á tentar la fuerza española. Bajaron de este puesto, á quien llamaron de Caballos, á los pueblos, donde daban gran suma de oro de escondidas los indios á los soldados, y aun lo echaban en las vasijas donde los caballos bebían, holgándose mucho de verlos beber, y para que bebiesen con más alegría, decían ellos, les echaban allí aquel oro, que todo era de veintiun quilates. Túvose noticia de que pasada la cordillera de otra sierra que estaba en frente, había un pueblo, cuyo señor se llamaba Maitama, el más poderoso de la Provincia, que no había venido á dar la obediencia; partió á visitarlo Sosa con cincuenta soldados, que haciendo huír á algunos indios que le quisieron hacer resistencia, se aposentó en las casas del Maitama, y se las tuvo aparejadas para lo mismo al General Robledo, que llegó otro día, en el cual también acudieron los más principales del pueblo, trayéndole presentadas, colgando de varas que las traían indios en hombros, muchas patenas, coronas, plumas, brazaletes y otras joyas de oro fino, con lo cual y ser tan bueno el país y temple de la tierra, le pareció ser á propósito para hacer en la Provincia un pueblo de españoles, y aun para buscar desde luégo un buen sitio, despachó al Comendador Sosa, que yendo descubriendo por el río abajo, dió con un gran pueblo, donde por tener muchas comidas y pasar allí la fiesta de la Resurrección, hizo asiento por algunos días, llamándole por la fiesta el pueblo de Pascua. Y habiendo después de ella descubierto el pueblo de Semitara y la Provincia de la Loma, llegó hasta otra que tenía por nombre Pobres; de todos los cuales hoy aun rastro no hay de ellos ni de sus moradores, ni nombre, y llegando en frente del gran cerro de Buritaca, se volvió al Real, el cual levantando ranchos y dejando las Provincias de Pozo y Carrapa, entró en la de los Quimbayas, quedando más avispados que de paz los de Arma, cuyas costumbres eran muy en todo las mismas que sus provincias convecinas. Son los indios é indias de pequeño cuerpo, pero de buen ánimo; pelean con flechas sin hierba, porque quede buena la carne de los muertos para comer; ellos andan del todo desnudos, y las mujeres tapadas desde la cintura á las rodillas; son grandes contratantes de sal, que se hace en la Provincia cuajada con fuego, por lo cual eran muy ricos del oro que les traían por ella, aunque no le falta á la tierra de este metal, pues no hay río ni quebrada que esté sin él.

3.º En lo mejor de esta Provincia de Quimbaya sentó toldo y hizo rancheo todo el Real del Capitán Robledo, con intentos de fundar en ella, para que se fuesen continuando las poblaciones españolas desde Cali y tuviese otra ciudad convecina la de Anserma; pero se descontentaron tanto sus soldados por parecer á la primera vista que toda aquella Provincia era de cañaverales de guaduas y por consiguiente de pocos pueblos y provecho, que le rogaron encarecidamente mudase de intención en aquella población y volviesen á hacerla á las provincias de atrás que tenían conocidas, de mucha gente y aprovechamientos; lo que debía considerar con atención de sus muchos trabajos, y que en el bien y en el mal no lo habían desamparado. No estuvo de contrario parecer el General; pero pareciéndole liviandad volver atrás sin dar vista primero y reconocer todos aquellos bosques y espesuras de cañaverales, y más á lo largo á la banda del Sur, despachó á Suer de Nava con algunos soldados, con orden de que habiéndolo visto todo y demarcado, volviese á dar aviso con la brevedad posible, que no pudo ser con mucha, por ser mucho á lo que se alargó, como también se alargaron en el entretanto los Caciques y principales de los Quimbayas, gente viciosa y regalona, en dar á Jorge Robledo grandes y principales joyas de oro, y en especial el mayor Cacique llamado Tucurrumbí, que le presentó un vaso que pesaba más de setecientos castellanos, y otros menores, y piezas muy ricas y menudas; de lo cual también traían los otros señores de menor talla, y aun los indios comunes: todo lo cual se aplicaba el Capitán para sí, sin más razón que quererlo hacer, cosa muy usada en estos descubrimientos, donde los soldados se lo hurtan á los indios (porque esto que llamamos ranchear es lo mismo que hurtar, dicho con vocablo menos infamado): á los soldados los Capitanes, á los Capitanes los Generales y Gobernadores, y á los Gobernadores los Visitadores en las visitas y sentencias que les hacen, y de las manos de los Visitadores se desparece como dinero de duende; y al fin mal ganado, que todo lo lleva el Diablo, y si no se guarda bien, también á su amo.

4.º Suer de Nava y sus compañeros, habiendo gastado algunos meses en su descubrimiento, volvieron con grandes nuevas del de muchas provincias con muchas poblaciones y ricas, hasta llegar al gran Valle de Cali por la parte del Este del río de Cauca. Con la cual nueva, alegres todos, vinieron bien en que se fundara allí un pueblo, en el sitio que pareció más á propósito, que es el que hoy tiene, y así precediéndolo todas las ceremonias que suelen en las nuevas poblaciones, como es subir el más principal á caballo y decir que quiere poblar allí en nombre de su Rey, y que salga si hay quien se lo contradiga, y otras tales, señaló sitio y fundó una ciudad aquí, á quien puso por nombre Cartago, porque los más de los soldados que militaron con él en esta jornada

y fundación eran de los cartagineses que habían subido con el Licenciado Badillo. Púsose horca y cuchillo; nombróse Cabildo y Regimiento; por Alcaldes á Pedro López Patiño y á Martín de Arriaga; por Teniente de Gobernador á Suer de Nava, y esto fué entrado el año de cuarenta. Está la ciudad en una altura de sesenta y un grados y diez minutos de longitud del meridiano de Toledo, tres grados de latitud, á la banda del Norte. En esta población andaba ocupado Robledo, cuando llegó á Popayán y Cali el Adelantado Pascual de Andagoya, como dejamos dicho, que viniendo á los oídos de Jorge Robledo, dejando repartida la más de la tierra de los Quimbayas, y por Teniente al que hemos dicho, tomó la vuelta de Cali para verse con el Andagoya, y pretendiendo en todo caso prevenir lo que le podía suceder con Belalcázar si salía con los intentos que tenía el Robledo de salir con el gobierno de aquella tierra que conquistaba y poblaba.

5.º Puesto todo á pique para el viaje, se puso en camino, y llegando en pocos días á Cali, luégo que se vido con el Andagoya, con la misma facilidad y poca prudencia que en las demás partes, le dió la obediencia y presentó cuatro mil pesos de buen oro de lo que había habido á las manos en los descubrimientos, de que el Andagoya agradecido, y por asegurarle más en su amistad, trató de casarle con una parienta de su mujer, aunque no tuvo efecto; y dejadas á su parecer bien asentadas sus cosas, teniendo la amistad del Andagoya, llevando también algunas órdenes que le dió, y á como quien se tomó por cabeza de toda aquella tierra, en especial, que á la villa de Anserma le quitase el nombre de Santa Ana y le pusiese San Juan de los Caballeros, tomó la vuelta de Santa Ana de Anserma y Cartago, ocupándose en sosegar más de lo que lo estaban los pueblos convecinos á las dos ciudades, y trató de que se descubriese lo que había á la parte del Oriente de la cordillera nevada, que demora siete ú ocho leguas á la misma parte de la ciudad de Cartago, á lo cual envió al Capitán Alvaro de Mendoza con alguna gente, que por ser poca, llegados á las cumbres y dado vista á algunos caminos que atraviesan aquellos Andes hacia el Valle de Neiva, les pareció no ser acertado pasar de allí, con que tomaron la vuelta de la ciudad de Cartago, donde acabó de repartir la tierra el Capitán Robledo, por estar más pacífica que cuando la comenzó á repartir. Á los doce años de su fundación se rebelaron los Quimbayas á persuasión de un indio extranjero, natural de Panchi, llamado Acaima, gran Mohán y hechicero. Pudieron al fin tanto sus persuasiones, que se alzó la Provincia y vino sobre Cartago, trayéndolo á él por Capitán debajo de un palio de estera, vestido con una camisa de pecho de mujer, y por capa un faldellín colorado que había sido de una María de Mercado, española, que habían muerto á vueltas de otra gente, fuera del pueblo, á quien apretaron por muchos días; de

manera que les fué forzoso ir con dos mil pesos á traer socorro de soldados á Cali, con que se defendió la ciudad y desbarataron á los indios en una sangrienta batalla, donde peleó el Acaima valerosamente hasta que lo mataron, con que quedaron los Quimbayas quietos hasta hoy, y bien perseguidos de los Putimaes.

CAPÍTULO V

1.° Términos de la ciudad de Cartago, y indios que le han quedado—2.° Costumbre de los indios de la Provincia de Carrapa—3.° Riquezas de la tierra de los Quimbayas, donde está fundada la ciudad de Cartago—4.° Granjerías y frutos de la ciudad.

LOS términos de la ciudad de Cartago les señalaron, á los principios de su fundación y de donde se repartieron, los indios á los conquistadores, desde las Provincias de Arma para arriba, pero de principal término, y de donde más provecho sacaron, fué de las dos grandes Provincias de Quimbayas y Carrapas, que debe tener cada una, poco más ó menos, quince leguas de largo y diez de ancho, y en aquella sazón habría en cada una veinte mil indios de macana, de que hoy han quedado menos de trescientos, por haberse comido muchos de los Quimbayas los Putimaes, que han sido siempre su langosta; corriendo la misma los Carrapas de otras naciones, y así vamos hablando de éstas y de sus pueblos como de cosa pasada, lo que no hemos dicho de esta Provincia de Santafé y la de Tunja, donde aunque son pocos respecto de los que había cuando se conquistaron, con todo eso hay en cada una de las dos más de veinte mil indios, y no hay duda sino que la razón de esta conservación es estar tan al amparo y defensa de la artillería de esta Real Audiencia, que siempre se ha desvelado en hacer ejecutar las muchas Cédulas Reales y órdenes que nuestros católicos Reyes de ordinario les remiten en orden á esto, conociendo con católico pecho y conciencia temerosa no tenerla segura ni poder llevar con buen título los estipendios y rentas que se sacan de estas tierras, si no es mediante el amparo y doctrina que les da á sus naturales: de todo lo cual carecen los más remotos de este poderoso brazo, pues han venido todos al consumo que decimos de estas dos Provincias de Carrapas y Quimbayas y las demás de Popayán y Antioquia; si bien es verdad que he advertido, en veintiun años que hace que estoy en estas Indias, estar más consumidas y casi del todo acabadas las de los que comían carne humana, sin haber sido bastante este amparo, como se ha de ver en las grandes Provincias de los Panches, Colimas y Muzos, que aunque están tan cerca de la Real Audiencia y han estado siempre con el mis-

mo amparo que las dos que hemos dicho, Santafé y Tunja, están casi del todo consumidos sus naturales, que eran grandes voraces de carne humana, lo que no hacían estas dos del Reino. Estupendos son y admirables los juicios de Dios, á quien sólo debemos encoger los hombros y arquear las cejas.

2.º La religión de estos Carrapas era adorar el sol, sin templos, porque aunque conocían un principio, Hacedor del Universo, que con poco discurso se alcanza en este conocimiento, tan envuelto en tinieblas, que lo más era con abusos y supersticiones dadas del Demonio, que se les aparecía en varias figuras y les hablaba, aunque se enojaban con él á las veces y lo aborrecían, y les duraba este enojo por muchos días, por daños que conocían con evidencia les hacía, al modo que los hombres se suelen enojar unos con otros. Acudían á él en sus enfermedades, ofreciéndole grandes sacrificios, según la gravedad de ellas. Por ser la tierra tan rica de oro, jamás salían á las guerras sin llevar de este metal en las cabezas riquísimas coronas, brazaletes gruesos en las muñecas, y en sus banderas, que eran grandes, de delicadas telas de algodón, llevaban tanta multitud de joyas, que las de una de ellas valieron treinta mil y tantos pesos al español que la hubo. Presentáronle al Capitán, cuando entró á su descubrimiento, dos cargas de indio de joyas de oro y un vaso que pesó casi trescientos pesos. No eran estos indios grandes comedores, pero en el beber se enmendaban, por ser ordinario el que bebe mucho comer poco; era esto tan ordinario y enviciado en ellos, que en teniendo la totuma con la chicha en las manos, bebían, cantaban, danzaban y orinaban, todo junto, que era su mayor fiesta. Si los Caciques morían sin hijo, quedaba en el Gobierno la principal de sus mujeres, y ella muerta, lo heredaba el sobrino, hijo de hermana. Dentro de sus casas enterraban los muertos en las bóvedas y con sus comidas y bebidas, como hemos dicho en otras partes. La tierra era, y aun hoy lo es, bien amena y deleitosa de frutales á las márgenes de los ríos.

3.º Casi lo mismo podemos decir de la Provincia de los Quimbayas, en medio de la cual está la ciudad de Cartago, tierra cuanto á lo primero riquísima de oro. El año de mil y quinientos y cuarenta y siete se sacaron en tres meses, con pocos negros y menos indios, más de quince mil pesos de buen oro. Después de algunos años le mostró al Comendador Ruy Baez de Sosa, una india de su servicio, la sepultura de su padre el Cacique llamado Yanuba, y abriéndola, hallaron una tabla de oro con que estaba cubierto el ataúd del difunto, que pesó trece mil pesos de buen oro, y sacó otros tantos en otras joyas. Tienen fuentes, cerca del pueblo, de agua salada, de que se hace la sal de un modo maravilloso, y es que echan el agua en pailas de cobre, no en barro, porque no cuaja, y cuando se va espesando al fuego, la apartan y vuelven á desleír con agua salada, y volviendo á hervir con ella hasta que se cuaja en granos, no en

pan como la de este Reino, la sacan, y envuelta en un paño la meten y aprietan entre ceniza fría, con que salen los granos de la sal muy blancos y buenos; de arroba y media de agua se saca una libra de sal. Hay en otras muchas partes cerca, de esta agua de sal, como es en el sitio de la Talanquera, Carrapa y Arba, donde se hace muy buena; haciéndola estaban algunos indios y indias, cuando sucedió una visión notable el año de mil y quinientos y cuarenta y seis: en este año, que fué en el que Vasco Núñez Vela, Virrey del Pirú, andaba en aquella tierra pisando las centellas de las tiranías de Gonzalo Pizarro y sus consortes, se levantaron otras en el Cuzco, de una tan gran pestilencia, y corrió por todo el Pirú, que abarrió la tercera parte de estas grandes provincias; daba un dolor de cabeza con accidente recio de calentura, pasábase el dolor al oído izquierdo, agravando de tal suerte, que en dos ó tres días pasaban sin remedio de esta vida los apestados; estando, pues, un día de este año haciendo, como hemos dicho, sal algunos indios y indias, á media legua de esta ciudad de Cartago, se apareció cerca de ellos un hombre alto de cuerpo, rasgado el vientre y sacadas las tripas y limpio de todo, y con dos niños en los brazos, y estando donde lo pudiesen oír, les dijo: "Yo os prometo que tengo de matar á todas las mujeres de los cristianos y á las más de vosotros," con que luégo se despareció, quedándose los salineros riéndose y sin ningún temor, como era de día, y lo contaron al pueblo.

4.º En otro del repartimiento de Giraldo Gil Estupiñán, vecino de la misma ciudad, vieron muchos, de esta misma figura, andar en un caballo, y que corría como un viento por las cumbres de las sierras y montañas, y sucedió á pocos días que dió la enfermedad del oído, con tal fuerza que segó la mayor parte de la Provincia, de suerte que españoles y indios andaban asombrados, en especial que muchos indios y indias veían á muchos de los indios muertos, que ellas conocían. Las granjerías de los vecinos son crías de ganados mayores; en especial el vacuno se da con maravillosa abundancia; de los menores se crían cabras, puercos; el de lana no se da; gallerías de las nuéstras con abundancia; de las aves y animales de la tierra hay, como hemos dicho de las provincias sus convecinas, muchos paujíes, pavas, faisanes; muchas suertes de monos, tigres, leones, osos y muchas chuchas; trigo se diera si lo sembraran. Certificáronme que hubo tiempos que daban una vaca por una gallina: tal era la abundancia de estos animales y penuria de estas aves tan útiles para salud y enfermedad, ellas y sus huevos. Es en común el temple de esta Provincia muy sano, y llegan los españoles á vivir muchos días. Son las mujeres, de ordinario, muy hermosas, que parece imitan en esto á las de Cartagena de nuestra España, que tuvieron gran fama. Sus principales arboledas son las guaduas; en partes se crían valentísimas y anchas ceibas y otros árboles

huecos, donde crían y hacen sus compuestos muchas suertes de abejas, de donde sacan mucha y buena miel y cera. Hay también árboles de todas frutas de la tierra, como aguacates, guamas, guayabas, caimitos y otras; de las de Castilla se dan algunas, como higos, uvas, granadas; pero todas las hortalizas y legumbres maravillosamente; los repollos, de ordinario, no se siembran de semilla, sino cortando un tallo, lo meten en la tierra y dentro de tres meses se hace un muy buen repollo, y no me alargo más á tratar de las costumbres de estos indios, por estar ya casi del todo consumidos y haberlo tratado bien Cieza.

CAPÍTULO VI

1.º Trátase del volcán de Cartago—2.º Revienta este volcán y cubre la tierra de ceniza—3.º Otros efectos que causó cuando reventó—4.º Aparece el Demonio á una india, predica á los indios y sábelo un religioso de San Francisco—5.º Desengaña el religioso á los indios de la ceguera en que los tenía el Demonio.

PERO no podré excusar tratar algunas otras cosas que ellos no han tratado y de su volcán y lo que con él sucedió el año de mil y quinientos y noventa y cinco, á doce de Marzo, domingo de Lázaro, que llamamos en la cuaresma. A la parte oriental de esta ciudad, siete ú ocho leguas va corriendo Norte Sur la gran cordillera de los Andes, de quien tantos han tratado; la cual por esta parte y por la que mira al Oriente, que da vista al Valle de Neiva, por donde corre el Río de la Magdalena, hace espaldas á las grandes Provincias de los Pijaos; y por la que mira al Occidente las hace también á las Provincias de los Putimaes: gente los unos y los otros confederada por la igualdad que tienen en alterados ánimos, guerreros bríos y voraces hambres de carne humana; un pedazo de esta cordillera, que es de más levantadas cumbres y de distancia de más de cuarenta leguas (según me ha parecido siempre que la he visto de lejos), está toda nevada, sin que en toda la vida se descubra, antes cayendo siempre una sobre otra, debe de ser mucha la que hay al principio de esta región nevada, que corre Norte Sur; tomándola por la parte del Norte, levanta una teta ó peñol redondo y tan alto, que de casi todas las partes, que lo son en este Nuevo Reino, se descubre siempre que el tiempo está despabilado y de buen brusco, por estar tan empinado y todo él cubierto de nieve, fuera de lo último de su cumbre, que la derrite la fuerza del calor, fuego y humo que sale á las veces por la boca que tiene abierta, en que se remata su punta, que á las veces suele ser de manera que de noche, bien á lo largo de él, á su pié y faldas, que ya no están nevadas, se puede leer una carta.

Bajará en redondo ocho leguas, y distará de la ciudad de Cartago diez y siete, por donde va el camino, aunque por el aire se pueden quitar las diez.

2.º Sucedió, pues, que el día, mes y año dichos, habiendo salido el sol muy claro y despabilado, á dos horas de su luz, que sería como á las ocho, salió de este volcán un tan valiente, ronco y extraordinario trueno, y tras él otros tres no tan recios, que se oyeron en distancia de más de cuarenta leguas en su circunferencia, y mucho más á la parte que soplaba el viento: tras los cuales comenzaron á salir tan crecidos borbollones de ceniza orizente (?) una noche muy oscura de tempestad y sin luna, y comenzó á caer envuelta con piedra pomez, tan menuda como arena, que fué acrecentándose poco á poco, hasta ser como menudo granizo, y que hacía el mismo ruido que en los tejados. Duró esto como dos horas, habiéndose aclarado algo el aire, hasta que después de ellas tornó á oscurecerse con un nubarrón tan espeso que no se podía leer una carta, con ser casi medio día, prosiguiendo siempre el llover la ceniza y piedra pomez hasta las dos del día, con aquella oscuridad, porque aclarando entonces, quedó el horizonte como día nublado. No cesó de llover de esta ceniza en toda la noche, de suerte que á la mañana estaba toda la tierra cubierta de más de una cuarta de piedra pomez y ceniza, que bajando pegajosa con la humedad que debía de tener el volcán de donde salía, se pegaba mucho á donde quiera que caía; y así se descubrió al otro día la tierra tan triste y melancólica, cubierta de ceniza, árboles y plantas, sembrados, casas y todo lo demás, que parecía un día de juicio. Los ganados bramaban por no hallar qué comer; las vacas no daban leche á sus becerros; las legumbres de las huertas no se parecían, y como por la mayor parte es toda esta tierra de montañas y arboledas, que todo el año están frescas, verdes y alegres á la vista, se acrecentaba la melancolía de verlas hechas montes y árboles de ceniza, que se extendió tanto hacia la parte del Occidente, á donde debiera de correr el viento, que llegó hasta la ciudad de Toro, que está de la de Cartago veintiocho leguas, que con las ocho que hay de volcán á la ciudad de Cartago, vienen á ser más de treinta y seis las que voló, con gran daño de esta ciudad de Toro, pues acertando á estar tiernos los maíces, todos los derribó.

3.º Los ríos y quebradas corrían espesos, de suerte que los peces que tenían huían de una parte y otra sin saber á dónde; muchos de ellos saltaban á tierra buscando socorro contra el raudal de la ceniza. Acudió al del cielo la ciudad de Cartago con procesiones, sacrificios y otras plegarias á Dios, que fué servido con su acostumbrada piedad usarla en esta ocasión, enviando tan abundantes aguaceros, jueves y viernes siguientes, que lavaron todos los árboles y tierra, dejándola alegre y regada, de que estaba harto necesitada, por estar muy seca antes que sucediera esta tempestad. La cual conocieron algunos cami-

nantes que yendo de la ciudad de Mariquita á Cartago, tres días antes tuvieron tan grandes temblores y bramidos de tierra, que entendieron perecer, y el sábado en la noche, antes del domingo que llovió esta ceniza, vieron estos españoles que arrojaba el volcán gran número de piedras pomez, tan grandes como huevos de avestruz; de allí para abajo hasta grueso de huevos de paloma, tan encendidos y chispeando, como sale el hierro de la fragua, que parecían estrellas erráticas; daban algunas sobre ellos y sobre sus caballos, que no los inquietaban poco. La parte que este cerro mira al Oriente, que es la de la ciudad de Mariquita, por una pequeña abra, por donde salía tanta agua como una naranja, reventó con tan grán fuerza que hizo una abertura de más de trescientos pasos en ancho, y de doscientos estados en hondo (de suerte que se hubo de echar el camino real que iba por allí, por otra parte), y por la que salía la poca agua comenzó á salir tanta como grueso de dos bueyes, que dura hasta hoy, con que creció en aguas el río de Gualí, que es el que riega los cimientos de la ciudad de Mariquita; el cual y otro su compañero, que corre al Sur, que llaman el de la Lagunilla, y se originan ambos de la nieve que se derrite de este cerro, corrían tan cuajados de ceniza que más parecía mazamorra de cernada que agua.

Salieron ambos de madre, dejando la tierra por donde derramaron tan quemada, que en muchos años después no producía la tierra ni aun pequeñas hierbas; los pescados de ambos ríos, que por ser muy grandes tienen muchos, no pudiendo huír de la tempestad encenizada que los traía antecogidos, perecían entre aquel barro cenizoso, que llegando así ambos ríos al de la Magdalena, donde entran, no dejaron de turbarle algo sus aguas, aunque son tantas. Paréceme podemos conjeturar en el suceso de este volcán lo mismo que dijimos en nuestra segunda parte del de la Grita, que hizo volar aquel cerro en el Valle de los Bailadores, porque según vemos en el reventar tanta agua en este de Cartago, debió de ser que ella venía por una gran caverna, desmandada de otra parte por aquella cordillera abajo, y llegando á aquel volcán que allá en las entrañas está ardiendo, como se conoce en el fuego y humo que echa de cuándo en cuándo, con la contradicción del agua y fuego le hizo vomitar aquella ceniza y piedra pomez por donde pudo (al modo que se levanta la ceniza cuando se le echa agua al fuego), y reventando ella por la parte más flaca, vino á salir aquel borbotón de agua tan grande y á durar sin cesar, por durar el origen de donde viene.

4.º El año de mil y seiscientos y tres, en un pueblo llamado Vía, á legua y media de la ciudad, encomienda de Gaspar Dávila, se le apareció el Demonio en figura humana á una india llamada Inés, mujer de Pedro Pachague, á quien le comunicó la aparición, y éste á otro llamado Diego Orobajo, Cacique del

pueblo, todos muy ladinos, y que luégo comenzaron á comunicarse con él en sus casas, y de práctica en práctica le vino á pedir el Demonio al Diego Orobajo una hija ladina que tenía de hasta quince ó diez y seis años, para que fuera su mujer y anduviera en su compañía, como lo hizo y cohabitó con ella, trayendo la china á cuestas al Demonio más de tres meses de pueblo en pueblo. Comunicóse esto á otro Cacique que se llamaba Don Pedro, á quien le decía el Demonio que era su bisabuelo, y que después que había muerto había estado en el páramo de Tataquí. Y también lo vinieron á saber del Cacique otros muchos, hasta que le vinieron hacer un buhío retirado entre unos guaduales, donde se juntaban muchos de noche, y les predicaba y decía que él era su Dios y los venía á librar de la furia de los Putimaes y Pijaos, cuya guerra andaba entonces en gran fuego y que se llamaba Nabsacadas, que quiere decir en su lengua Estrella caída, que parece quería engañar con la verdad; que era su Cacique viejo que había años era muerto; que le ofreciesen bollos y masato, como lo hacían, que él les daría todo aquello mejorado; y dándoles maíz que sembraran y pepitas de ahuyama, para que vieran su gran poder, las sembraron, y al tercero día ellas estuvieron muy grandes y el maíz granado; con que se alegraron los indios, aunque les duró poco, pues al cuarto día por la mañana ya estaba el maíz seco y las ahuyamas podridas, porque los milagros que parece hace el Demonio son sólo aparentes y no pueden permanecer. Predicábales que lo mismo era lavar sus hijos en la quebrada que echarles agua el padre de la doctrina, y que no se confesasen con él, pues sólo lo hacía por saber sus pecados, y que pues era hombre como ellos, cómo se los podía perdonar, y que si querían que muriesen todos los españoles, les hurtasen los frenos de los caballos y durmiesen tal noche, que él señaló, dos indios en cada aposento de sus amos los españoles, y que él se pondría en la plaza y dando un silbo que lo oirían todos, matasen á sus amos. Alcanzó esto á saber un padre de nuestra religión, que era su doctrinero, llamado Fray Baltasar de Zamora, antes que llegara el día del silbo y concierto, y habiendo con azotes sacado la verdad del Cacique (porque de otra suerte no pudo), hizo que lo guiase al buhío donde les predicaba el Demonio, y llegando á él con grandes trabajos, por ser de noche, sin camino y por entre guaduas que tienen crueles espinas, antes que entraran fingió que caía el Cacique y dió un grito, en que conoció el padre que les avisaba; entraron dentro, que si no llevara el padre tan buen celo, era más que temeridad meterse entre tantos bárbaros como halló allí, y una sillita, á su modo muy pintada, sobre una estera que también lo estaba, donde se sentaba el Demonio á predicarles y á recibir lo que le ofrecían.

5.º Halló trece ó catorce mantas buenas ofrecidas, y algún masato, que hizo lo tomase cada uno, conociendo lo que era suyo y había ofrecido. Sacó

de allí á los indios y trájolos consigo al pueblo, donde fueron castigados los más culpados. A la china que traía á cuestas al Demonio le hallaron en una pierna una señal como de pata de gallo, que parece había sido hecha con fuego, que es la señal con que el Demonio marca á los suyos, como dijo San Juan en su Apocalipsis. Murió de allí á poco el Cacique Don Pedro, con grande arrepentimiento del hecho y exhortando á sus hijos creyesen lo que el padre les decía y no se dejasen engañar del Demonio, como él lo había hecho, de que estaba harto apesarado. Los robos, muertes y estragos que han hecho los caribes Putimaes en esta ciudad, no se acabarán de llorar tan presto. A Sancho García de Espinar, Gobernador de Popayán, le robaron ocho mil pesos en las cabanetas de Quindío, y otras muchas joyas, con muerte de cuatro negros. El año de mil y quinientos y ochenta y cinco, en el mismo sitio, mataron á Sebastián de Magaña, vecino de Cartago, y le robaron dos mil pesos de oro. Han muerto á otros muchos indios y españoles, y entre ellos á Don Pedro de Mendoza, hijo de Vasco de Mendoza, Gobernador de Popayán; y á Don Jerónimo de Silva y á Cristóbal Rodríguez, que venían en compañía, año de mil y seiscientos y tres, y les cortaron las cabezas en los Cerrillos, cuatro leguas de Cartago, y se las llevaron para beber en ellas, con muchas joyas de oro y piezas de plata y mucha ropa que llevaban.

CAPÍTULO VII

1.º Provee el Rey por Juez de Residencia de Cartagena al Licenciado Santa Cruz—2.º Llega el Visitador á esta ciudad y fúndase la Villa de Mompox—3.º Calidades y granjerías de esta Villa—4.º Hace Alonso de Heredia una entrada en la tierra, y amotínanse algunos soldados contra él—5.º Pretende Don Alonso de Lugo que la Villa de Mompox caiga en su Gobierno, y la Audiencia de Panamá la adjudica á la de Cartagena.

YA dijimos cómo el Licenciado Vadillo, Oidor de la Audiencia de Santo Domingo, vino á tomar Residencia al Gobernador de Cartagena, Don Pedro de Heredia, que viéndose afligido de sus émulos y el Juez, tuvo traza cómo soltarse de la cárcel y ir á España en prosecución de sus negocios, y cómo el Licenciado Vadillo, temiéndose de los suyos, quiso soldarlos con hacer alguna gran hazaña en nuevos descubrimientos, y hizo aquella jornada tan larga, que á la larga hemos contado; pero entretanto, habiendo llegado al Real Consejo de Indias los excesos de su Residencia, en que no apretó poco desde la ciudad de Cartagena su Obispo Fray Tomás de Toro, con otros agravios de la ciudad, se proveyó otro Juez de Residencia contra él y contra el Gobernador el año de mil y quinientos y treinta y siete, que fué el Licenciado Santa Cruz, á quien se le dieron las órdenes y instrucciones, según las delaciones que había contra el Gobernador y Vadillo, que fueron, entre las demás, que se informase si se habían hecho esclavos algunos indios sin las condiciones requisitas, y se habían sacado á vender de sus provincias, y si se habían hecho agravios á particulares personas, sacando el oro de las sepulturas; si de esto y de otras cosas se habían usurpado los Quintos Reales, y que si eran tales los excesos del Licenciado Vadillo que merecía le enviasen preso á Castilla, lo hiciese, pero que si no llegasen á esto, diese la Residencia por Procurador, para que pudiese ir á hacer asistencia á su Audiencia de la Española. Acerca del Gobernador Don Pedro de Heredia, viese si había cometido delitos por donde mereciese pena corporal, y le remitiese preso á Castilla; y si no llegaban á merecer eso, lo enviase con fianzas preso, secuestrados sus bienes si lo demandase la circunstancia del caso, y que hiciese lo mismo con su hermano Alonso de Heredia y con su sobrino Alonso Monte, tomando para todo esto los procesos en el estado en que los tenía el Licenciado Vadillo, y conclusos, también los remitiese al Consejo. Diósele también orden que en llegando á Cartagena hiciese cerca de la iglesia una casa bien dispuesta, á donde se doctrinase y enseñase la fé católica á los hijos de los Caciques y otros niños de la ciudad.

2.º Llegó con esta comisión y despachos el Licenciado Santa Cruz á la

ciudad de Cartagena, bien entrado ya el año de mil y quinientos y treinta y ocho, en cuya compañía vino el segundo Obispo de Cartagena, Don Jerónimo de Loaisa, de la Orden de Santo Domingo, que después le promovieron por Arzobispo de la ciudad de los Reyes. Este Obispo hizo la erección de la iglesia Catedral de esta ciudad de Cartagena en la Villa de Valladolid en Castilla, á veintiocho de Junio de este mismo año de mil y quinientos y treinta y ocho, por no haber podido su antecesor hacerla, como dejamos dicho, por lo poco que vivió en su obispado, ó por otras razones que ocurrieron. Fué el primer Deán Don Jerónimo Ballesteros, primer Arcediano Don Francisco Díaz de los Santos, y primer Chantre, Don Antonio Verdugo, y no sé de cierto si éstos gozaban ya de sus dignidades desde el primer Obispo, no obstante que no estaba hecha la erección de la iglesia. La primera facción que hizo el Licenciado Santa Cruz, llegado á la ciudad y sabido la jornada del Licenciado Vadillo, fué despachar en sus alcances por el Capitán Luis Bernal, como ya dijimos, y el suceso que hubo de esto, y como los negocios de la visita no iban tan enconados como publicaba la fama contra el Gobernador Don Pedro de Heredia y su hermano Alonso de Heredia, á quien había dejado la ciudad por cárcel debajo de fianzas el Licenciado Vadillo, no sólo le alzó el carcelaje, pero aun trató con él (habiéndosele alzado los pensamientos de conquistador, como el Licenciado Vadillo), que se prosiguiera aquel descubrimiento que dijimos había comenzado el mismo Alonso de Heredia en demanda del Panzenú, y se había vuelto desde aquellas sierras altas que les cogió el agua nieve; y habiendo venido en eso el Capitán Alonso de Heredia y en que se pudiese poblar algún pueblo de españoles en parte acomodada para ello, se puso todo á pique para la jornada, que comenzándola con algunas dificultades, hasta dar con el Río Grande del Cauca, y después de haberlo pasado con el de la Magdalena y provincia de los indios Malebúes, determinaron fundar un pueblo de españoles sobre la misma barranca del río, á la parte del Occidente, en un pueblo y tierra de un Cacique llamado Mompox, de quien ya tratamos á la subida del Licenciado Jiménez de Quesada; y como no fué este Cacique el que menos metió las manos en la masa de la resistencia que hicieron los pueblos de la margen de este río para que entonces no subieran los nuéstros, pusiéronle por nombre á la villa Santa Cruz, á devoción del Licenciado Santa Cruz, que dispuso la jornada el mismo año de mil y quinientos y treinta y ocho, á sus fines, ó entrado el de treinta y nueve. Señalóse Cabildo y Regimiento, de quien fueron Alcaldes el Doctor Martín Rodríguez y Andrés Zapata; repartióse la tierra entre los conquistadores que la fueron luégo allanando, que por su mayor parte fueron todos gente bien nacida; eran, entre los demás, los dos Alcaldes, dos hermanos que se llamaban los Sedeñas, gente noble, Aillón, Retes, Rentería, Juan Gómez Cerezo, Alonso de

Carvajal, Villafaña, Juan Martín de Urista, Cogollos, Cano y otros con el Alonso de Heredia.

3.° Estáse hoy la Villa en el mismo sitio que se pobló la primera vez, en sesenta y nueve grados y treinta minutos de longitud del meridiano de Toledo, siete y cuarenta minutos de latitud al Norte, tierra muy caliente, al fin como al margen del Río Grande de la Magdalena, con que goza de gran regalo y abundancia de pescado, en especial de uno que le pusieron por nombre doncella por excelencia, que pienso la tiene sobre cuantos pescados se han hallado en estas tierras, así fresco como seco, pero á vueltas de esto y de otros regalos que tiene de las frutas de la tierra y de Castilla, y de morrocoes, que son como galápagos, hacen desabrido el sitio la inmensidad de mosquitos que lo más del año tiene, y peligrosa su vivienda por los muchos caimanes, que cebados en el puerto, arrebatan el servicio del pueblo, indias y negras, cuando no bajan con cuidado á coger el agua, de que han sucedido notables y lastimosos casos en estas y otras descuidadas facciones. Es pueblo sano, aunque metido entre tan grandes calores y casi sin un soplo de aire. Todas las personas andan siempre descoloridas, respecto del mucho sudar, y en especial los niños viven en continuo peligro del río, pues de ordinario creciendo, se ven á pique de anegarse. Sus granjerías son crías de ganado mayor, en el paso del Adelantado y en las cabañas de Tamalameque, que pasándolo por el Río Grande y de Cauca á las de Yapel y Tolú, tienen salida en los gastos de la ciudad de Cartagena; pero el que más acrecienta sus caudales es la boga de las canoas con negros esclavos, hasta el puerto de Honda, el río arriba, y el río abajo hasta la Barranca de Mateo, donde es la descarga para Cartagena y también el Río de Cauca arriba hasta el de Nechí ó Porce y ciudad de Zaragoza. También se tiene por gran feria sacar manteca de manatíes y caimanes; de estos postreros se matan cada año para esto, en su término medio, más de treinta mil. El sustento común es maíz y algún cazabe y frutas, porque la harina de trigo la bajan de este Reino y es de mucha costa para comer todos. Críanse en la Villa y en sus estancias muchas y muy valientes palmas de cocos, que se dan muy buenos; animales fieros y mansos y aves de todas suertes; de las de acá se crían todas las que hemos dicho de otras tierras calientes y con mayor abundancia.

4.° A los últimos del año de treinta y nueve determinaron los que gobernaban la Villa se hiciese una entrada á la parte de la serranía que le demora entre el Poniente y el Sur, con intentos de descubrir más tierra y allanar más la descubierta, para lo cual se señaló por caudillo al Capitán Alonso de Heredia, por serle todos aficionados y hermano del Gobernador, á quien estaban ya aguardando de vuelta de Castilla, por carta que tenían de eso. Dispúsose la jornada y salieron á ella de la Villa con buena copia de soldados y bien alentados, entre

los cuales iba el Andrés Zapata, el cual, con otros de mal sanas intenciones, se amotinó á pocas jornadas de la salida, y prendiendo al Heredia y sus á criado y amigos que no habían querido seguir el motín, los remitieron á la Villa de Mompox, prosiguiendo ellos tierras y caminos ásperos por las malezas de la serranía, por tierra riquísima de minerales de oro, por donde anduvieron algunos meses, ya entrado el año de cuarenta (1540), sin tener gente la Villa para poder ir en sus alcances, por no dejarla sin defensa de las alteraciones que podían suceder de la mala paz con que aun estaban los indios de su comarca, hasta que se supo de la llegada de Don Pedro de Heredia de España á la ciudad de Cartagena, con título de Adelantado, á quien dieron luégo aviso del suceso del rebelión de Andrés Zapata, que no deteniéndose en la ciudad, partió con brevedad á esta Villa de Mompox con buena copia de gente; fué siguiendo el rastro de los amotinados con tan buena maña, que en pocos días los hubo todos á las manos, y castigó á los más culpados, fuera del Andrés Zapata, que no pareció más vivo ni muerto. Con lo cual se volvió el Adelantado á su ciudad de Cartagena, á donde no estaba ya el Liconciado Santa Cruz cuando él llegó de Castilla, porque algunos meses antes, el Oidor Lorenzo Páez de la Serna, que venía proveído del Real Consejo para la Audiencia de Panamá, le había tomado Residencia, y ambos habían ido juntos la vuelta de Panamá, dejando el gobierno de la ciudad al Cabildo, en quien lo halló el Don Pedro cuando llegó, y remitida su Residencia á Castilla.

5.º Advirtiendo el Adelantado Don Alonso Luis de Lugo la importancia que tenía este puerto de la Villa de Mompox para la subida de las mercancías de Castilla á esta ciudad de Santafé y todo el Nuevo Reino, pretendió que cayese en la demarcación de su Gobierno, no obstante el haberse poblado del de Cartagena, como hemos visto, por lo cual la defendía también el Adelantado Don Pedro de Heredia, diciendo caer en el suyo; las cuales diferencias compuso el Rey, mandando que cada uno estuviese en la posesión de lo que hasta entonces tuviese, sin que ninguno hiciese de hecho otra cosa, y que enviase cada uno á la Audiencia de Panamá los títulos y derechos que pretendía, para que mirados, se hiciese justicia y determinase á quién le convenía, como se hizo, dándola al Gobierno de Cartagena, en que hoy está, por lo cual el Don Alonso Luis de Lugo hizo poblar una ciudad quince leguas más abajo, á la otra banda del río, en su jurisdicción, por mano del Capitán Francisco Henriquez, que pienso es la ciudad de Tenerife, que se sustentara con dificultad hasta hoy, por ser los indios belicosísimos, de que ya han quedado pocos ó ningunos, si el Capitán Manjarrés, que gobernaba á Santa Marta, no le socorriera con gente, ayudando á pacificar la fiereza de los indios.

CAPÍTULO VIII

1.° Dale el Rey á Sebastián de Belalcázar el Adelantamiento y Gobierno de Popayán—2.° Recibe Jorge Robledo al Adelantado por su Gobernador—3.° Envía el Rey al Licenciado Vaca de Castro á componer las rebeliones del Pirú—4.° Sale el Adelantado Belalcázar al castigo de los Paeces y tiene con ellos algunos encuentros.

CON más aventajadas negociaciones se despachó en España el Capitán Sebastián de Belalcázar que el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, á donde, como largamente dijimos en nuestra segunda parte, fueron juntos desde esta ciudad de Santafé y Nuevo Reino de Granada (dejó al General Nicolás de Fedremán, que los acompañó, porque dicen que murió luégo que llegó á Castilla), pues habiéndose retardado el Licenciado Quesada doce años, sin poder negociar más que el ser Mariscal, hasta volver á esta su nueva ciudad de Santafé, el Capitán Sebastián de Belalcázar le despachó el mismo año de treinta y nueve (1539) á principios del cuarenta, con merced que le hizo el Rey de título de Adelantado y Gobernador de todo lo de Popayán, Guacallo y Neiva, hasta llegar á los términos de San Francisco de Quito, con todas las preeminencias que le acostumbraban dar á los descubridores, conquistadores y gobernadores de estas tierras. Y más se le dió particular orden de que Gonzalo Pizarro no entrase en toda esta Gobernación, aunque tuviese poderes de su hermano Don Francisco Pizarro, y que la Audiencia de Panamá le amparase y pusiese en posesión, si acaso Pascual de Andagoya estuviese intruso en aquel Gobierno de Popayán, como lo estaba cuando llegó á su Gobernación el Belalcázar, que fué con harta brevedad, desde que le dieron en España estos despachos, embarcándose con la mayor que pudo, trayendo en su compañía Obispo para erigir Catedral en Popayán, que se llamaba Don Francisco de Granada, de la Orden de la Merced; llegando á Panamá, y desde allí al puerto de la Buenaventura, que es en el mar del Sur, y desde él á Cali, el año de mil y quinientos y cuarenta. A donde cuando llegó ya se tenía nueva de que iba, y Pascual de Andagoya hechas algunas diligencias para resistirle la entrada en el Gobierno, que le fueron de poco provecho, por haber dejado á su partida el Belalcázar muchos amigos, y haberse él con ellos habido ahora con tan buenas mañas, que excluyendo los caudillos al Andagoya con la facilidad que le habían admitido, lo recibieron á él el mismo año y el mes de Julio, sin tumultos ni ruidos de armas, porque sólo se emplearon en prender, ya que estaba recibido Belalcázar, al Andagoya, y llevarle con guardas á Popayán, como á Gobernador intruso en tierras ajenas, en las cuales quitando los Ministros puestos por el Andagoya, los puso Belalcázar á su modo.

2.º Despachó, entre las primeras diligencias que hizo, al Capitán Pedro de Ayala con recados á Jorge Robledo, que estaba á la sazón en Cartago, para que le obedeciese, y cuanto á lo primero, volviese á restaurar el nombre de Santa Ana á la Villa de Anserma, quitándole el de San Juan, que por orden de Andagoya se le había puesto, obedeciendo esto con puntualidad el Capitán Robledo. Tomó luégo desde Cartago la vuelta de Anserma, desde donde le escribió recibiéndole por su cabeza, y ofreciéndole lo mucho que le deseaba servir, y rogándole no diese crédito á sus émulos. Dábale también facultad Belalcázar, si le obedeciese, para que prosiguiera en sus descubrimientos, comenzados por la una y otra banda del Río Cauca, para donde tomó la vuelta luégo el Capitán Robledo, con intento de ir dando repartimientos á los que no les cupo parte en los que hizo en las dos poblaciones de Anserma y Cartago, para la cual jornada hizo á Alvaro de Mendoza su Alférez General; la cual elección fué la piedra de escándalo de las sospechas que se tuvo de Robledo de lo que después sucedió, por haberse querido hacer ahora cabeza y supremo Capitán, eligiendo oficiales mayores. Acrecentáronse estas sospechas con haber Robledo dado esta obediencia al Adelantado con algunas condiciones, dirigidas á su útil y no con sinceridad y llaneza.

3.º Había ya en este tiempo llegado á Popayán el Licenciado Vaca de Castro, enviado del Consejo para quietar los disturbios que tanto iban creciendo en el Pirú entre los Almagros y Pizarros, con orden de que gobernase aquellos grandes reinos en caso que hallase muerto al Marqués Don Francisco Pizarro, como lo halló, ó á lo menos lo mataron los Almagros, estando él ya en Popayán, de que teniendo allí nueva cierta, y viendo las crecidas revueltas que de aquello se habían de seguir, de suerte que no se podían aplacar sin fuerza de guerra, de que él, por ser Letrado, no tenía experiencia, envió á Cali á llamar al Adelantado Sebastián de Belalcázar, que era el hombre de más valor con que se hallaba cerca, rogándole que con la brevedad posible fuese á Popayán con la más gente que pudiese juntar, que la ocasión que se ofrecía era tan del servicio del Rey, de quien él tanto se preciaba. Aceptó esto el Adelantado con mucho gusto, como se echó de ver en las diligencias que luégo puso en allegar gente para el efecto, si bien algunos quisieron decir hacía esto algo violento por los sentimientos que tenía del Marqués Don Francisco Pizarro en haberle enviado á buscar con Lorenzo de Aldana, con intentos de haberle á las manos y cortarle la cabeza, por parecerle andaba alzado de su obediencia; pero sea esto, ó el ir con gusto por ser del servicio del Rey, al fin él fué con mucha diligencia y toda la gente que pudo juntar, y se vido con Vaca de Castro en Popayán, dejando la jornada que tenía determinado por entonces hacer en seguimiento de Jorge Robledo, por llegarle cada hora nuevas más sospechosas de

querérselo salir de su Gobierno. Habiéndose tratado en Popayán entre Belalcázar, Vaca de Castro y otros Capitanes del modo militar con que se había de proceder, llevando Vaca de Castro, entre los demás Capitanes, al Adelantado Pascual de Andagoya, tomaron todos la vuelta de la ciudad de San Francisco de Quito, ya casi á los últimos del año de cuarenta y uno (1541), á donde habiéndosele juntado á Vaca de Castro mucha gente en su favor, en especial el Capitán Vergara con una Escuadra de arcabuceros, y Alonso de Alvarado y Pedro Alvarez Holguín, y habiendo sido informado por algunos émulos del Belalcázar, que era sospechoso en las cosas del Marqués Don Francisco Pizarro, por lo dicho, le envió á despedir con Lorenzo de Aldana (que también se hallaba allí) á título de que su Gobernación de Popayán tenía necesidad de la asistencia de su persona, por estar aún las tierras de mala paz y que eso convenía al servicio del Rey, cosa que sintió notablemente el Adelantado, porque no se sospechase de él con aquello aun rastro de infidelidad á las cosas que tocaban á Su Majestad, que se lo supo decir bien al Vaca de Castro; pero al fin como cabeza, y que apretaba en esta resolución, hubo de obedecer el Belalcázar, con algunas condiciones honestas, con que se deslumbraron del todo las sospechas que pudiera haber de él, con que tomó su camino para Popayán y Cali, donde estuvo ocupándose en quietar aquellas provincias hasta los últimos meses del año de cuarenta y dos (1542).

4.º Porque entonces, no habiendo olvidado aún los sentimientos de las muertes de sus dos amigos el Capitán Añasco y Ampudia, que les habían dado los Paeces y Yalcones, y la inquietud con que todavía andaban turbando la paz y sosiego de la Villa y Provincias de Timaná, determinó con más de doscientos soldados y los ciento de á caballo tomar la vuelta de esta Provincia de los Paeces, que parece tienen el nombre de paz por la figura antífrasis, ó por contraposición, como suelen llamarle al negro Juan Blanco, pues teniendo este nombre de paz, han sido y son los más indómitos y belicosos que se han hallado en estas tierras. Señaláronse para esta jornada, entre los demás, el Capitán Martín Nieto con un hijo suyo mestizo, llamado Don Francisco: hombres valerosos ambos, como también lo eran los Capitanes Baltasar Maldonado y Diego de Paredes Calderón, á los cuales les había enviado, como dijimos en nuestra segunda parte, el Adelantado Alonso de Lugo desde Santafé á aquellas provincias, sobre las diferencias que había en la población de la Villa de Neiva, si se comprendía dentro del uno ó del otro Adelantamiento, y también para que estos dos Capitanes recogiesen y trajesen al Nuevo Reino las reliquias de los soldados que habían quedado en Popayán y por allí, de los que llevó á su jornada Jiménez de Quesada, que saliendo de ella aportó á Popayán. Convidándolo, pues, el buen tiempo, por haber abierto el verano al Belalcázar, sin di-

latar más la jornada llegó á la tierra de los Paeces, indios de tan gran valor, que sabiendo que venía, le salieron al encuentro, tomándole los pasos estrechos y dificultosos con reparos para la resistencia de muchas emboscadas y galgas en las cumbres de valientes piedras, por ser todos los países de estos indios acomodadísimos á esto por su fragosidad. Peleaban con estas ventajas los indios y con las de la razón que tenían en defender su tierra, aunque con toda esta resistencia la iban ganando los nuéstros, sin dar paso atrás. Éranles de grande inconveniente los fundibularios, tan certeros en desembrazar piedras, que pocas les salían sin efecto de cascar cabezas, quebrar dientes, brazos y piernas, sin que aprovechasen muchas veces á la resistencia las rodelas.

CAPÍTULO IX

1.° Ganan una puente tres soldados y retíranse los indios á un peñol—2.° Suben al peñol los Capitanes Nieto y Tobar, por sendas diferentes—3.° Llega el Capitán Tobar á lo alto del peñol y pónenlo los indios en gran aprieto y á sus soldados—4.° Matan los indios al Capitán Tobar y á otros once españoles—5.° Deja el Adelantado la tierra de los Paeces y llega á Cali.

YENDO siempre mejorándose y cobrando tierra los nuéstros, á costa de vidas de indios, llegaron á la puente de un gran río, por donde les era forzoso pasar y vencer una valiente resistencia y defensa que le hacían los indios, tál, que no la pudieron desbaratar los bríos ni aun la impaciencia del Adelantado, que con ella puso en harto riesgo su persona, hasta que poniéndose el sol dieron de mano por entonces á la contienda, si bien la capa de la noche les fué á propósito para sin riesgo buscar paso para los caballos, como se halló; pero no siendo posible pasar por él todo el ejército, se determinaron tres valerosos soldados, llamados Martín de las Islas, Paredes Calderón, y del otro me lastimo no saber su nombre, de acometer á la puente á la mitad de la noche, y esto fué con tantos bríos, con solas sus espadas y rodelas, que matando á muchos indios y precipitando á otros la puente abajo, por la valiente prisa que les daban, la vinieron á ganar hasta llegar al cabo de ella (que no fué posible este hecho salir de solas fuerzas humanas), de donde no quisieron salir del todo, por estar allí más amparados de más de dos mil indios que estaban á la otra parte, entre quien era imposible dejar de perecer, y aun allí donde estaban dentro en la puente les sucediera lo mismo, á no socorrerlos el mestizo Don Francisco Nieto, que habiendo pasado con otros cincuenta de á caballo el vado, llegó á la gran caterva y los desbarató y ahuyentó; con que quedaron libres estos tres soldados y la puente, por donde luégo fué pasando todo el ejército, cuando ya iban despuntando las primeras luces. No fueron menores las dificultades que fueron encontrando pasada la puente, así en la aspereza de la tierra como en la resistencia de los naturales, de los cuales, viéndose acosados de los nuéstros, se retiró gran muchedumbre á un valientísimo y encumbrado peñol de peña tajada, á quien le daban subida solas dos sendas, tan ásperas, empinadas y dificultosas, que más parecían apeaderos de gatos que trochas para poder subir hombres, en que también había á trechos algunos indios que los defendían. Procuró hacérseles con el modo que se pudo el requerimiento ordinario á los de arriba que se diesen de amistad y paz, sujetándose al Rey de España, pues no venían los nuéstros á destruírlos, sino á ser sus amigos y parientes. A que respondían los Paeces menos con la lengua que con las manos, pues las

traían listas, despidiendo galgas y dardos en respuesta, lo cual visto por el Adelantado y la importancia que tenía ganar aquel peñol, pues no sólo desde arriba los ofendían á ojos vistas, sino que se atrevían á darles asaltos de noche, volviéndose libres á su guarida, les dijo á sus soldados:

2.º "Ya veis, Castellanos hijosdalgo, lo que importa que no salgan estos indios con la suya, pues de aquí puede suceder gallardear tanto sus bríos que los tengan para mayores atrevimientos que hasta aquí, de suerte que no basten los españoles á sojuzgarlos á servidumbre (como en efecto ha sucedido) y á su más ejemplo, será cierto se alce toda la tierra, y así conviene suban á ganar ésta, con los soldados que cada uno escogiere, el Capitán Francisco García y el Capitán Martín Nieto, para que subiendo cada cual por su entrada, sea forzoso dividirse arriba la gente, y no ser tanta la fuerza de la resistencia". Acudieron á esto los dos Capitanes con los bríos que siempre se les conoció en toda ocasión, aunque en ésta el Tobar parece que anunciando lo que le había de suceder, los mostraba algo desmazalados y tibios, salteado de una natural sospecha; pero al fin, señalados y juntos los compañeros, cada cual tomó su senda, acertando á ser la del Nieto la de la mano diestra, que demás de no ser la más dificultosa de las dos, tuvo tan buena suerte, que favorecido de la obscuridad de la noche, cuando los indios de arriba lo sintieron, le faltaba poco para tomar la cumbre, que al fin la tomó, contra la resistencia que le hicieron, que aunque era fuerte por ser de muchos, lo fueron más las escopetas, pues habiéndoles dado dos rociadas con ellas, unos heridos y otros amedrentados, tuvieron por bien de desamparar el paso los bárbaros, con que los nuéstros pudieron fijar los suyos en lo alto, desde donde después de haber estado todos los soldados reparados un rato, sin que nadie se les opusiera ni les osara acometer, tomó la vuelta el Capitán y se volvió con todos al alojamiento del Adelantado; no se sabe por qué razón no prosiguió su buen suceso, y á mí, como historiador, no me pertenece ser juez, sino sólo tratar el suceso.

3.º No lo tuvo así el Capitán Tobar por la trocha que le cupo (que al fin era la incierta), pues á los primeros pasos que la comenzó á subir, comenzó también una valiente resistencia, que á no serla á todo los intentos de Tobar determinando tomar lo alto ó la muerte, hubo desde luégo de cascar bastante para retirarse; pero al fin este valeroso ánimo le hizo romper por todo, y ir ganando tierra, hasta que al rayar del sol se vido en lo alto, haciéndole frente á él y á sus soldados una innumerable multitud de indios, donde se comenzó luégo una batalla tan reñida, que durando hasta una hora después de medio día, no les quedó munición alguna para las escopetas, ni aun casi rodelas, espadas ni ballestas, que todo no anduviese ya destrozado y casi sin provecho, y lo que más afligía a los nuéstros era una insufrible sed, que por ser tierra caliente y tanto

el tiempo que peleaban sin socorro de agua, llevaba á muchos á los umbrales de la muerte, en las cuales angustias sólo los esforzaba el advertir que por allí les había de venir su fin, ó por las manos de los indios, y así embestían con bríos más que de hombres á los escuadrones, tan cerrados y bien industriados, que el lugar que dejaba desocupado un caído, lo ocupaban al instante los vivos, tanto y más valientes que él. La huída, que muchos de los nuéstros quisieran tomar por mayor acierto, les era imposible sin caer en las manos de la muerte; del estarse en la pelea, tenían por cierto el acabárseles la vida. Nadie acababa de dar salida á determinación segura, hasta que un soldado viejo, á grandes voces, le dijo á Tobar: " Qué aguardamos más, señor Capitán, pues tenemos tan á los ojos la muerte ! dividámonos en dos partes, y rompiendo por las que menos nos aprietan, podrá ser que nos abra Dios camino por donde alguno se escape por los piés, ya que no podemos por las manos "; á ninguno pareció mal el dicho del soldado, y menos al Capitán Tobar, y así mandó luégo que le destrenzasen la barba, que la tenía muy crecida, con grandes mostachos que se usaban en aquellos tiempos, de los que llamaban barbas bellidas, que para entrar en la batalla se la había trenzado, al modo que suelen trenzarse las mujeres los cabellos, lo cual debió de hacer, según se juzgó, por entender que viéndole los indios la barba tan crecida, les pondría algún temor.

4.º Estando él sin ninguno, fiando más en Dios que en sus fuerzas, puso la frente á la mayor multitud, donde andaba más recia la batalla, donde hizo tan grandes valentías, que sólo de un español y ya desesperado de la vida, se podían esperar. Sospechando el Adelantado la necesidad que tendría Tobar de socorro, pues era tan tarde y no había tenido nueva del suceso, despachó con una buena tropa de soldados al Capitán Morillo, que comenzando á subir con la diligencia posible por la trocha de Tobar, halló tal resistencia, que siéndole imposible pasar adelante, se volvió desde menos de la mitad de la senda, tras el cual bajaron algunos soldados que se habían escapado de arriba con la traza que se dió, entre los cuales fué el Diego de Paredes Calderón. No le había sucedido mejor suerte al Capitán Tobar al principio, pues habiendo rompido el torbellino de indios á quien acometió, se escapó de ellos y escapara también la vida, si pensando mejorarse no se metiera en un monte que estaba cerca, con algunos soldados suyos, por donde demás de irlos siguiendo algunos de los indios de la batalla, diesen sobre un innumerable escuadrón que estaba embos-cado, y saliendo á ellos al punto como unos bravos leones, de que algunos de sus soldados, temerosos, escaparon por donde pudieron, sin quedar con él más que solos once, los más de ellos sin rodelas ni reparo, y aun las armas ofensivas bien flacas, que dándoles el aliento que podían sus cansadas fuerzas, como hombres desesperados, procuraban vender bien sus vidas, que aunque más se esforzaban,

las vinieron á rendir todos doce revueltos en su sangre, á manos de la multitud de aquellos salvajes, que al punto les cortaban las cabezas y dividían en cuartos sus cuerpos, y aun en menores piezas, porque participasen más del despojo de la victoria. Este fué el desastrado fin del Capitán Tobar, para que se cuente entre los de los demás grandes conquistadores de estas Indias.

5.º Aunque por estar ocupados los indios del peñol en dividir entre los más valientes la presa de los muertos, no cuidaron mucho de seguir á los vivos que se escaparon, con todo eso no se descuidaron en conocer los intentos del Adelantado, que fueron de dejar por entonces aquella tierra, por entrar yá el invierno, para el verano siguiente dar sobre los Paeces, que conociendo, como decimos, estos primeros intentos de la salida, ocupasen con gran diligencia todos los pasos peligrosos, de tal suerte que, sin duda, corrieran gran riesgo las vidas de nuestros soldados, si habiendo conocido estas diligencias de los indios, no desecharan los pasos peligrosos, tomando por otras trochas de las que trajeron, por más espesas y dificultosas montañas, por donde fueron caminando con gran desabrimiento y aun con mucho tiento y mayor detenimiento, por ir rompiendo arcabucos bravos, hasta que llegaron á Cali sin ninguna honra de nuestras banderas, y harto destrozados, enfermos y hambrientos; pero no olvidados de volver hacer un gran castigo, como se hizo luégo el verano siguiente por mano del Capitán Juan Cabrera, que ya había llegado allá de este Nuevo Reino; pero ha sido y es hasta hoy lo que ha quedado de esta nación tan terca, que aunque afligida muchas veces y castigada muchas más, no ha sido posible reducirlos á servidumbre, aunque se ha procurado mucho, que se puede decir por ellos lo del proverbio: *que aunque amacen al malo como cebada en un mortero, no acabará de dejar su terquedad, como no deja la cebada su corteza.* *

* Prob. C. 27.

CAPÍTULO X

1.° Sale Jorge Robledo de Anserma en prosecución de sus conquistas y da vista á algunas provincias—2.° Viénenle de paz algunos Caciques y descubren los nuéstros las sabanas de Aburrá—3.° Da noticia un Cacique de tierras muy pobladas y ricas y sale á descubrirlas el Capitán Vallejo—4.° Matan los indios á unos soldados, cogen á uno vivo, y escápase milagrosamente.

MIENTRAS se ocupaba en lo dicho el Adelantado Belalcázar, no estaba ocioso el Capitán Jorge Robledo, pues luégo que le dió la obediencia, como dejamos dicho, y le despachó cartas con propios desde la Villa de Anserma, salió de ella en prosecución de sus conquistas con buena copia de gente, toda vaquiana y bien versada en ellas, y tomando la vuelta del río de Cauca y pasándolo por el pueblo de Irra (que hoy está del todo despoblado, siendo por entonces una gran ciudad), llegó á la Provincia de Pucara y desde ella á la de Paucura, desde la cual, habiendo recogido algún oro, como también en la de Pucara, despachó un caudillo con gente de á pié y de á caballo, para que pasadas las Sierras Nevadas, se informara del Valle de Arbi, de quien tenían grandes noticias; también despachó á los Capitanes Alonso de Villaveces y Vallejo, que volviesen á Cartago y se informasen si había algunas novedades acerca del Adelantado, de quien siempre andaba con poca satisfacción; pero antes que saliera de esta Provincia, tuvo cartas de él, por los mensajeros que había enviado desde Anserma, en que mostrando la satisfacción que tenía de él, le ofrecía socorro de gente para continuar la jornada, con que se satisfizo algo más de lo que lo estaba del Adelantado. No habiendo podido dar vista al Valle de Arbi los que fueron allá, por la dificultad de las Sierras Nevadas, levantó ranchos Robledo y pasó por las faldas de la cordillera que le demoraban al Poniente hasta la Provincia de Arma, donde le salieron de paz un Cacique viejo, barbudo, con una olla de presente llena de oro, y otro indio principal, mozo, con una vara con muchos platillos colgados de ella, del mismo metal, que les pagaron bien, pues con el cuidado que andaban los indios de la Provincia, cogieron algunos de los del servicio de los españoles y se los comieron, por lo cual saliendo con desabrimiento de esta Provincia, llegó á los pueblos que antes se habían llamado de la Pascua y al que llamaron Blanco, desde donde, á quince leguas que caminaron, entraron en la Provincia llamada Zermefana ó, como otros quieren, Zenúfana, de que dejamos ya tocado algo. Pacificaron aquí la alteración que tenían los indios, y dando vista el Capitán Juan de Frades á ciertos pueblos que estaban á la banda del Río Grande, cuya gente

de miedo se pasó á la otra parte, trajo algún oro y algodón, que no les fué de poco provecho para reformar los escaupiles.

2.º Desde aquí pasaron al pueblo que antes habían llamado de las Peras (por los aguacates ó curas que hallaron en él, que tienen hechura de peras), donde hallando los naturales también de guerra, despachó una tropa de gente Robledo, con su Alférez Alvaro de Mendoza, aunque sin caballos por la aspereza de la tierra, que dando con una gran tropa de cuatro mil indios, que traían cordeles, cuchillos de pedernales para atar, matar y comer á los españoles, prendieron algunos, sin riesgo de los nuéstros, que dieron la paz, habiéndoles hablado con amistad. También despachó con otros doce soldados á Juan de Frades á dar vista á la noticia de otros pueblos al pié de la sierra, que habiéndose retirado á la nueva vista de los españoles, que aun hasta entonces no habían venido á su noticia, y habiéndolos asegurado de los nuéstros, vino á ellos un Cacique coronado de una corona de paja, no poco curiosa, y le trajo mucha comida á los doce, y después á los demás que estaban con Robledo, á quien hablaron y dieron la amistad y paz, con que hizo asiento por algunos días allí el ejército, convidando el Cacique á Robledo que fuese á su pueblo, que le llamaron el de la Sal. Descubríase desde el puesto donde estaban cierta abra en la serranía, que le pareció á Robledo se entrase por ella y se descubriese lo que había en la otra banda; para lo cual despachó con gente de á pié y de á caballo al caudillo Jerónimo Luis Tejelo, que habiéndola pasado y descubierto muy grandes sabanas, que eran las de Aburrá, á quien llamaron los nuéstros Valle de San Bartolomé, envió avisar al Capitán Jorge Robledo de lo descubierto, que luégo alzando ranchos, vino á donde estaba el Tejelo; hicieron asiento aquí algunos días, en que supieron se habían ahorcado algunos indios con sus mantas, de espanto á los españoles, por ilusión del Demonio.

3.º Día de San Bartolomé (que por eso le pusieron á esta valle su nombre), el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, salieron de esta Provincia de Aburrá, y habiendo caminado seis días por despoblado, dieron con el río de Cauca, que por aquel paraje van sus corrientes muy rápidas y profundas, por ser la tierra fragosa, descubrieron cierto pueblo, donde hallaron muy grandes panes de sal, y en otro de más delante mucha ropa de algodón muy delgada y bien tejida, que socorrió á los soldados en lo necesario de vestidos, y habiendo dado noticia el Cacique de este pueblo, por ventura por echarlo de él, de que adelante había tierra tan poblada de gente como el campo de yerbas y rica de sepulturas de mucho oro, y que él daría guías para ella, despachó en su demanda y descubrimiento Robledo al Capitán Vallejo con cuarenta soldados, que después de ocho días que anduvieron trastornando la tierra, dieron con el río de Porce, que va por allí, de tan gran profundidad que apenas se divisa el agua,

ni se conoce pasar río, sino es por el ruido que va haciendo por entre valientes peñascos. Tenía hecha una puente de un solo árbol del grueso de seis hombres por el cuerpo y de largo de ochenta piés, con que alcanzaba de la margen del río á cierta peña, y de ella estaba empalmada para el resto de él una puente de bejucos, por donde no pudiendo pasar los caballos, los dejaron en guarda de soldados; á dos leguas que anduvieron pasada la puente, toparon otra en una vuelta del mismo río, también de bejuco, que la hallaron también sin defensa, y á otras dos leguas dieron con algunas casas que ganaron nuestros soldados, no obstante la defensa que les hacían sus moradores desde las cumbres; cerca de donde estaban descubrieron á la mano derecha y parte oriental grandes y bien poblados valles, que debieran ser las sabanas de Cancán, de donde á pocas horas que los descubrieron, oyeron un tan gran ruido de tambores y bocinas y vieron marchar á donde ellos tantas y tan grandes tropas de gente (de que hoy no ha quedado un tan solo indio, como me certifiqué por vista de ojos cuando estuve en estas sabanas), que tuvieron por más acertado acuerdo los nuéstros retirarse á la puente, á donde por poco que se tardaron la hallaron cortada por manos de los indios, que llegaron casi á un tiempo al efecto con muchas hachas de pedernal.

4.º Fué menester hacerles con valentía rostro los nuéstros para poder ir pasando de uno en uno, por no ser más ancha la puente, lo que hicieron, aunque no tan sin peligro que no matasen con flechas á un Juan de Torres, y á otro le hiciesen despeñar la puente abajo con los muchos vaivenes que le daban, por ser tan flexibles los bejucos; hubieron á éste á las manos vivo, aunque después, como de milagro, se escapó de ellas, y al Juan de Torres muerto, que lo mataron de puro valiente, porque viendo que quedaba entre ellos un soldado, con maravilloso esfuerzo entró entre los indios y se lo sacó de entre las manos, quedando él por las costas. Pasaron la segunda puente, á donde habían quedado los caballos, tan mal heridos algunos de los soldados, que murieron luégo allí dos, confesándose, por no haber sacerdote, con otros soldados á la hora de la muerte: ignorancia bien crasa, pues pocos hay que no sepan no poder ser aquel sacramento, porque éste pende de la absolución, de que sólo tiene poder el sacerdote, si no es que sólo pretendieron en esto encargarles algunas satisfacciones si tenían que hacer. No quedaron menos maltratados los indios en muertos y heridos, que se holgaron, como dicen, hacerles á los nuéstros la puente de plata. Sabiendo el Capitán Robledo este suceso, por haberle avisado, y que no tenían que comer más que la carne de dos ó tres caballos que se les habían despeñado, les envió comida y negros para que ayudaran á llevar los heridos, haciéndoles decir entre tanto muchas misas á los muertos, en que estaban ocupados cuando llegó el soldado que había quedado vivo entre ellos, diciendo

haberse escapado por intercesión de la Virgen de Guadalupe, á quien se encomendó, y fué que habiéndose ocupado los indios tanto en coger al Juan de Torres, se olvidaron de él, de manera que se pudo arrojar de unos peñascos abajo y pasar el río, y llegar donde se despeñaron los caballos, donde dió mil gracias á Dios del suceso y de haber hallado un zancarrón de un caballo, de que se había sustentado dos ó tres días royendo del cuero, que le era más sabroso que molletes de Zaratán.

CAPÍTULO XI

1.º Pasa Robledo y sus soldados el río de Cauca y prosigue su jornada hasta llegar á la Provincia de Evégico—2.º Tienen algunos encuentros con los indios; convídales con la paz el Capitán y no la admiten—3.º Funda Robledo la ciudad de Antioquia y nombra Justicia y Regimiento—4.º Sale una tropa de soldados á castigar á los indios comarcanos, que no querían sujetarse, y matan á muchos, con que se pacifica la tierra.

BIEN quisiera el Capitán Robledo, por la relación de Vallejo, ir á dar vista á las Provincias y sabanas de Cancán que habían descubierto; pero siendo de contrario parecer sus soldados, por no hallar caminos para ello, acordó de enviar al Capitán Alvaro de Mendoza á buscarlos, que no hallándolos sino sólo algunos buhíos en ciertas sabanetas, todas cubiertas de albahaca de hoja ancha, determinó el Capitán volver sobre la mano izquierda y llegar al río de Cauca, que lo pasó con hartos trabajos y peligros de muerte, pues pasaban en unas malas balsas de guaduas amarradas con bejucos, con un nadador delante y otros detrás que los guiaba, donde no podían ir más que dos ó tres, con que fué el pasaje tan prolijo que gastaron seis ú ocho días; con todo eso se le pagó bien al que dió la invención de la balsa, por no haber otro mejor pasaje, por ser tan furiosas sus aguas por aquél. Fueles forzoso, ya que estaban todos á la otra banda, por no poder ir siguiendo su margen abajo, comenzar luégo á subir otras sierras tan dificultosas, que dieron carne por algunos días al ejército los caballos que se despeñaban; dieron desde la cumbre de una de ellas vista á la Provincia de Carume, cuyos indios, que estaban ya con las armas en las manos dispuestos á la defensa de sus tierras, se mostraban tan bizarros, que haciendo burla de los nuéstros, los amenazaban que se los habían de comer. De lo cual y de no haber querido admitir la paz con que los rogaban, irritado Robledo y sus soldados, dieron sobre ellos por dos partes, con que mataron y prendieron á muchos, de quien supieron haber más delante otras provincias, con quien ellos traían guerras grandes, voraces de carne humana. Soltaron los presos,

habiéndolos exhortado á que se apartasen de esta bestial costumbre, y catequizádoles en algunas cosas de nuestra fé, y habiendo dado palabra de volver de paz dentro de algunos días, no se acordaron más de cumplirla, porque según dijeron después, no quisieron acudir á eso los Caciques y principales, ni á ser amigos de los cristianos. Los cuales, hallándose allí del todo faltos de herraje para los caballos, hicieron cierta invención de fragua, con que lo hicieron, y herrando los caballos, que ya andaban despeados, salió de aquella Provincia de Curume el Capitán Robledo con cuarenta soldados de á pié y de á caballo, dejando en ella con el resto de la gente al Capitán Alvaro de Mendoza, y dentro de dos días entró en la de Evégico, donde halló que todos los indios, desamparadas sus casas, se habían retirado á las montañas, por las noticias que tenían de los españoles.

2.º Aunque luégo se fueron descubriendo algunas tropas de ellos, armados, diciendo mil oprobios y haciendo otras tantas amenazas, sin advertir á la amistad que les ofrecían, pasando Robledo con el recato que pedía el riesgo de la tierra, halló una muy poblada, donde descubrió una tropa de cuatro mil indios, sin otros muchos que andaban por las cumbres dando á vueltas de los tambores mil voces, sin querer tampoco advertir á las que de exhortaciones de paz les daban los nuéstros; antes los más valientes salían y entraban en su escuadrón, sólo para hacer visajes y burla de los soldados, que para atajarla envió á uno Jorge Robledo, llamado Pedro de Barrios, que en su caballo y un pretal de cascabeles, con un valiente perro, los atemorizase, como lo quedaron en viendo el caballo y oyendo los cascabeles, y mucho más cuando vieron que el perro había asido á uno, con que mudaron los gritos en silencio, y los visajes y monerías en modestia. Con la mucha que tenía Robledo, no perdía ocasión de predicarles la paz, juntamente con los sacerdotes que llevaba, que ponían mayores veras en esto, si bien los indios, echando la culpa á sus Caciques, no la querían admitir. Habiendo puesto en una loma de este valle una gran cruz, pasó con su tropa el General Robledo á otro, donde halló la misma resistencia, y pasando adelante, le salieron en una quebrada á preguntar algunos indios que qué eran sus intentos para buscar aquella tierra, que se fuese luégo de ella; á que respondiendo que la tierra era del Rey de Castilla y quería quedarse á poblar allí, replicaron que si el Rey de Castilla había plantado aquellos árboles ó hecho aquellos buhíos, que lo que importaba era salirse luégo de la tierra, si no querían que se los comiesen á todos, sin dar otra respuesta más que temerarias voces á las que Robledo les daba con sus intérpretes convidando con la paz. Los que habían quedado con el resto de la gente, con el Capitán Alvaro de Mendoza, forzados del hambre tomaron la vuelta del Río Grande en demanda de comidas, encontrando de camino con una gran manga de naturales, con quien

les fué forzoso tener guazabara; quedaron heridos la mayor parte de los soldados, y de la de los indios muchos muertos con tres ó cuatro ballestas solas que llevaban, con que vinieron á cobrar miedo á las ballestas; de suerte que aunque les pusiesen una espada de puntería, huían como venados, pensando que eran ballestas; hubieron á las manos algún bastimento, que lo pagaron bien con haberse despeñado y hecho mil pedazos un soldado.

3.º El Capitán Robledo, después de haber gastado veinte días en trastornar provincias en que le sucedían varias fortunas, ya de llevar lo peor, ya lo mejor, se juntaron todos en la Provincia de Evégico con el Capitán Mendoza y el resto de su ejército, donde pareciéndole que para los intentos que tenía de pasar en España y pedir al Rey le hiciese merced de lo que había conquistado, tenía hechos bastantes descubrimientos, por lo cual y por ver á sus soldados ya cansados, sin haber asentado en tantas provincias como traían vistas, haciendo cuanto á lo primero recoger todo el mantenimiento que pudieron con el poder que llevaba del Adelantado Belalcázar, fundó una ciudad en la parte que le pareció más acomodada en este Valle de Evégico, á quien llamó Antiochia por sola su devoción, á imitación de la otra de Siria, este año de mil y quinientos y cuarenta y uno, como lo dice Cieza, que se halló en la misma población presente con los demás soldados, con quien no concuerda, no sé por qué razón, Herrera, poniéndola el año de cuarenta y dos. Precedieron á la población todas las ceremonias que suelen en las demás poblaciones y en nombre del Rey y del Gobernador y Adelantado Sebastián de Belalcázar; se puso Justicia y Regimiento: por Alcaldes, al Capitán Alvaro de Mendoza y su primo Diego de Mendoza, que, como dejamos dicho, eran de los cartagineses de Vadillo; Regidores, al Capitán Vallejo, Juan de Bustos, Francisco de Avendaño y Francisco Pérez Zambrano, y las demás Justicias ordinarias á otros de los soldados y Capitanes. En la altura de este sitio no guarda puntualidad Cieza, porque debieran de faltar allí instrumentos para tomarla á quien la supiera tomar, pues la pone en siete grados de la equinoccial al Norte, estando en solos cuatro y quince minutos, y setenta y cinco y cincuenta minutos de longitud del meridiano de Toledo; aunque después la mejoró en sitio, por ser aquél enfermo, el Capitán Francisco Cabrera, al Valle de Norí, donde ahora está, como después veremos, con poca ó ninguna diferencia de los grados que hemos dicho.

4.º Repartiéronse solares, estancias, tierras y indios, aunque, como podemos colegir, estaban de ninguna ó mala paz, antes más alterados cada día por ver tan de asiento en sus tierras á los nuéstros, á quien iban perdiendo el miedo, de manera que dentro de dos meses, rogándoles con la paz en muchas ocasiones, tomaron atrevimiento á entrar en la ciudad, por lo cual fué forzoso que saliera una buena tropa de soldados, como se hizo con el Capitán Vallejo,

y dándoles un albazo una hora antes del día, que no los hallaron descuidados, los desbarataron con muertes de muchos, de que su mucha vigilancia fué ocasión, pues encendiendo muchas hachas para ver á los soldados con que peleaban, se aprovechaban también los soldados para lo mismo, bien á costa de los que traían las luces. Murió, entre los demás, un principal que se llamaba Zuzaburruco; pusiéronse en huída, desamparando su pueblo, que era el más cercano á la nueva población, de donde hubieron á las manos buen pillaje de oro y algodón, con que se retiraron los soldados y con algunos presos, por venir cargando sobre ellos gran multitud de indios, que preguntando algunos de los prisioneros por qué no les querían dar la paz, pues les estaba tan á cuento, respondían que los principales no venían en eso, sabiendo los daños que habían hecho otros hombres que se parecían á ellos, en otras provincias, sus fronterizas, cuarenta leguas de allí (esto decían por lo que había hecho el Licenciado Juan Vadillo con sus soldados los años de antes); aseguróles Robledo que no recibirían ahora ningunos, antes muy buenas obras de la paz y amistad, con lo cual y con soltar los presos quedó pacífica aquella Provincia de Evégico por entonces, de que se dieron muchas gracias á Dios por esto y por la victoria de la guazabara, haciendo procesión con el *Te Deum Laudamus* y cantando una muy solemne misa. No queriendo admitir la paz los de esta Provincia de Pequí, envió Robledo á ella á Antonio Pimentel con buena tropa de soldados, que con su buena diligencia y la ayuda de los perros, que por ser todo país fragoso suplían la diligencia y importancia de los caballos por llano, quedó también pacífica por entonces. La lengua y costumbres, desnudez, talle, religión, entierros de los indios de esta Provincia, se diferencian en poco de lo que hemos dicho de los de las Provincias de arriba. De las granjerías y provechos que en ellas tienen los españoles, trataremos en otra ocasión, pues no se ofrecerán pocas para ello.

CAPÍTULO XII

1.º Determina Robledo pasar en España y toma con algunos soldados la vuelta de Cartagena—2.º Danles unos indios noticia de la población de San Sebastián de Buenavista y llegan á ella—3.º Pretende el Gobernador Heredia ensanchar los términos de su Gobierno, sale de Cartagena y entra por el Río Darién con algunos bergantines—4.º Vuélvese á San Sebastián de Buenavista, prende al Capitán Robledo y envíalo preso á España.

YA parece que con estas conquistas y poblaciones de Anserma, Cartago y Antiochia se le había llegado el tiempo de poner en ejecución sus intentos, con que días había andaba Jorge Robledo, de pedir al Rey le diese en Gobierno lo conquistado y poblado por él, sin dependencia de otro Gobierno, estimándose por de tan lucidos méritos como otros con quien se había hecho la misma merced, y así cubriendo estos sus deseos con demostraciones que los tenía de volver á Cartago, pidió á los que gobernaban la nueva Antiochia le diesen treinta hombres para hacer este viaje, lo cual entendido por algunos de sus amigos, y aun por ventura el intento, le aconsejaron no lo hiciese por donde todos habían venido, por ser penoso y de riesgo, sino que con doce compañeros tomase la vuelta de la ciudad de Cartagena, desde donde podría subir con más comodidad á Cartago, sin dejar aquella nueva población esquilmada de defensa si sacaba treinta, dejándola en conocido riesgo entre tantos enemigos. Asió del Consejo Robledo, viniéndole tan á propósito de lo que pretendía, y así habiéndose señalado los que habían de ir con él, salió de la nueva ciudad la vuelta de Cartagena á ocho de Enero del año siguiente de mil y quinientos y cuarenta y dos. Entró en los Valles de Nore y Provincia de Guaca, treinta leguas de la ciudad, y desde allí en tres días pasó las sierras de Abibe, aunque con hartos trabajos, por estar ya cerrado el camino desde cuatro ó cinco años que había que no pasaban por allí españoles; un negro ladino vaquiano de aquella tierra, por haberse hallado en las jornadas que se habían hecho por ella, daba por consejo á Robledo, habiendo conocido un río que iba á desaguar en el de Darién, que se embarcasen en él, y yendo á salir al Grande y por él al mar del Norte, llevando los caballos hechos cecina, tendrían seguro el viaje; lo que no le pareció seguir á Robledo, temiendo los muchos indios de que estaban pobladas las márgenes de aquel río, y la poca gente con que se hallaba, y así matando un caballo con que se suplía la hambre que les iba picando, fueron caminando poco á poco hasta que descubrieron algunas rozuelas de maíz con que satisficieron bien los estómagos; en una de ellas, acaso escarbando un soldado con una caña, descubrió dos ó tres ajíes frescos, que no fueron de poca esperanza para en-

tender estaban poblaciones cerca. Con todo eso, después de haber hallado otra gran roza de maíz, de que comieron y llevaron (aunque ya llevaban abiertas las lenguas y llagadas las bocas de comer con la fuerza de la hambre yerbas no conocidas), caminaron ocho días sin encontrar con quien les diese luz de la tierra donde estaban.

2.° Hasta que al fin de ellos dieron con un indio pescador, que por no entenderse los unos ni los otros, repetía el indio muchas veces San Sebastián, San Sebastián, señalando con la mano á la parte del pueblo que tantas veces hemos dicho pobló Don Alonso de Heredia en nombre de su hermano, en las tierras de Urabá. En hacerle preguntas á este indio estaban ocupados estos soldados, cuando llegaron otros con sus flechas y arcos, que conociendo á Juan de Frades y nombrándole los indios por su nombre, porque había andado los tiempos antes por allí, le abrazaron y se alegraron con él y proveyeron de muchas frutas, maíz y gallinas, y los fueron acompañando hasta el pueblo de San Sebastián, donde estaba el Capitán Alonso de Heredia, que se admiró mucho del atrevimiento que hubiesen tenido tan pocos españoles de meterse entre tan belicosos, bravos y feroces indios, y de una tierra tan fragosa y enferma, como se les echaba de ver á todos en la amarillez de los rostros y lo destrozado en los vestidos y mala salud.

3.° Algunos meses antes de esto el Adelantado y Gobernador de Cartagena, Don Pedro de Heredia, hallándose estrecho en su Gobierno, intentó ensancharle los términos por las márgenes del gran Río Darién, para lo cual escogió de los mejores soldados que tenía no menos de cuatrocientos, y con mucha gente de servicio, negros y indios, se embarcó en el puerto en dos ó tres carabelas y algunos bergantines, y con buen tiempo se entró en la ensenada Acla, y luégo por una de las bocas del gran Río Darién, desde donde fueron luégo teniendo algunas guazabaras con los pocos indios que cerca de la margen del río habían poblados, como dejamos dicho. Corrieron río arriba por ser navegable, sin hacer efecto de consideración, más de ochenta leguas, hasta el río y pueblo de Oro mira, que es á la parte del Oeste, en cuya frente tiene una isla que á la sazón estaba bien poblada de indios, y aun hoy no le faltan. En la cual adelantándose de su padre Don Antonio de Heredia, hijo del Adelantado, mozo gallardo y de bizarros bríos, saltó el primero de su bergantín con algunos de su compañía, á quien luégo fué menester que mostrasen sus bríos á vista de los muchos que mostraban los de la isla, bien prevenidos en su defensa con muchas flechas, dardos y piedras, que comenzaron luégo á llover sobre los nuéstros, á vueltas de grandes alaridos y voces de caracoles, flautas y trompas que ni dejaban rodela, brazo ni cabeza sanos, con que les dieron tanta prisa á los nuéstros, que no podían ganar un palmo de tierra, con ser la que tomaron

tan estrecha, que no sólo los caballos no podían ser de efecto, pero ni aun los peones revolverse. Deseaban mucho llegase el Adelantado ya con la fuerza de la gente, que aunque no se descuidaba, por entender, como buen soldado, la necesidad en que estarían los de la isla, llegó más tarde de lo que quisieran todos, pues halló á su hijo Don Antonio muy mal herido, por lo cual y enfadado de no haber hecho hasta allí cosa de importancia, hizo que se embarcara toda la gente, á quien venían siguiendo los indios con tanta furia, que á no ojearlos desde los bergantines con los arcabuces, se vieran en mayor peligro.

4.º El que traía el río ya con grandes crecientes por entrar el invierno, y las mayores que amenazaban traer si se detuvieran más, fueron también causa de que se tomara con todas las justas la vuelta del río abajo, que pasándolo sin zozobra, llegaron todos á San Sebastían de Buenavista, donde halló recién llegado al Capitán Jorge Robledo, á quien en lugar de acariciarlo á él y su gente, que habían llegado con tantas desgracias de salud y miseria, lo prendió, desbalijó y quitó el oro que llevaba, y le hizo un gran proceso, calumniándole que se había entrado en las tierras de su gobernación y había poblado la ciudad de Antiochia, usurpando lo que pertenecía á la jurisdicción de Cartagena; lo cual pareciendo al Adelantado estaba justificado, lo embarcó en el puerto de Calamar y en forma de preso lo remitió á Castilla, que aunque el ir á ella era conforme al deseo de Robledo, todavía no quisiera ir con nombre de preso; aunque todo se facilitó con su buena negociación, ninguna cosa de éstas se le ocultó, pues luégo que se despachó Robledo de la nueva ciudad de Antiochia, y aun desde Cartagena, por el camino que veremos se le envió aviso de todo, de que no tuvo poco sentimiento, así por haber dado de mano á las conquistas, como por haber tomado la vuelta de España con los intentos ya declarados, que hasta allí sólo habían sido sospechas, y al fin por esto y lo que podía suceder adelante, le declaró por desertor de su oficio y de lo que había tomado á su cargo, y despachó luégo al Capitán Juan Cabrera con mucha y buena gente, para que dando vista á lo conquistado por el Robledo, y á la ciudad de Antiochia, le avisase de todo con puntualidad; con la que pedía el caso salió este Capitán la vuelta de Antiochia, donde le sucedió lo que luégo diremos.

CAPÍTULO XIII

1.º Intenta el Gobernador Heredia reducir la ciudad de Antiochia á su Gobierno, y sale con gente al efecto—2.º Tienen nueva en Antiochia de la venida del Gobernador, y hace Alvaro de Mendoza una plática á los vecinos—3.º Responde á ella el Capitán Quiñones y determinan no admitir al Gobernador—4.º Llega el Gobernador á Antiochia, desamparan la ciudad los vecinos y trábase una pendencia entre ellos y los soldados del Gobernador—5.º Envía Belalcázar al Capitán Cabrera á Antiochia y éste un recado al Gobernador Heredia.

HALLÁNDOSE el Capitán Jorge Robledo preso en Cartagena, y para haberse de embarcar á España, y habiendo conocido los intentos del Adelantado Heredia, de ir á ocupar aquella Provincia de Antiochia, por entender le pertenecía, despachó desde allí á Pedro de Cieza, que había ido con él de la nueva ciudad de Antiochia, á la Real Audiencia de Panamá, dando aviso de los intentos de Heredia para que le reparasen los inconvenientes que podían suceder entre los dos Adelantados Heredia y Belalcázar sobre aquella jurisdicción, aunque se puede creer cubría con esto los intentos que llevaba de quedarse él con ello. Hizo Cieza su embajada fielmente á Panamá, desde donde tomó la vuelta de Popayán y dió más largas noticias al Adelantado Belalcázar de todo lo sucedido por Robledo y cómo lo enviaba preso á España el Adelantado Heredia. El cual, luégo que se dió á la vela Robledo, no pudiendo desechar el sentimiento con que andaba, de que otros españoles hubiesen poblado lo que pertenecía á su Gobierno (como era verdad que le pertenecía, á no haber el Rey dispuesto otra cosa, porque en sus títulos se le señaló la jurisdicción de su Gobierno, como diremos, desde las costas que hay entre las bocas de los grandes ríos la Magdalena y el Darién, hasta la línea equinoccial la tierra adentro, que llegaba, según esto, hasta la misma ciudad de San Francisco de Quito, que está debajo de ella con poca diferencia), prevenido de buenos soldados, caballos y pertrechos de guerra y de bergantines, tomó la vuelta de San Sebastián de Buenavista, desde donde, con la brevedad posible, siguiendo las mismas trochas que había llevado Robledo, y con no menores trabajos, y aunque se podían bien comparar con los que llevó por ahí Vadillo, llegó cerca de la ciudad de Antiochia, que estaba, como dijimos, poblada de los Cartagineses de Vadillo, y por Teniente, como lo había dejado Robledo, el Capitán Alvaro de Mendoza, grande amigo del Adelantado Don Pedro de Heredia, desde que todos habían militado debajo de su bandera en las costas y conquistas de Cartagena.

2.º Luégo que tuvo aviso Alvaro de Mendoza de la llegada del Adelantado,

haciendo oficio de amigo, comenzó á solicitar los ánimos del pueblo para que recibieran al Heredia, y en especial á los del Cabildo, á quien juntó y hizo una breve arenga, diciendo: "Supuesto, señores, que nuestros intentos son servir á nuestro Rey como leales vasallos, no es de mucha importancia que sea debajo de esta ó de la otra cabeza, como no hay resabio de tiranías, y es cosa cierta se le haga al Rey mayor servicio en excusar pendencias, que se pueden recrecer en tales casos como nos amenazan, si no nos mostramos pacíficos en la llegada del señor Adelantado, con cuya gente como somos todos nosotros y en cuya demarcación y gobierno se ha fundado esta ciudad, en lo cual fundado y en la claridad de sus provisiones, viene á sacar esto de poder ajeno, entendiendo no habrá dificultad en ello, ya por lo dicho, y ya porque á ninguno de nosotros está bien armar pendencia contra la bandera debajo de quien tantos años militamos, y contra la persona del Adelantado, que con tan buen término y afabilidad nos trató siempre; á lo que podemos añadir los intentos que sabemos lleva el Capitán Jorge Robledo, de quedarse con esta tierra, y así sería más acertado, pues no le hace agravio al Adelantado Belalcázar, que con pacífico y agradable semblante lo recibiésemos."

3.º De la demostración de estos intentos se originaron diversos pareceres, hasta que el Capitán Rodrigo de Quiñones sacó á luz el suyo delante de todo el Cabildo, diciendo: "No soy yo á quien menos obligaciones le corren de servicio al Adelantado Pedro de Heredia, pero resolvernos en recibirle sin muy madura consideración no lo tendré por acertado; bien sabemos que ninguno de nosotros hemos visto á Belalcázar, pero al fin en su nombre se han conquistado estas tierras y poblado esta ciudad, sin contradicción de ninguno de nosotros, y no porque estas tierras caigan en demarcación de otro Gobierno, habiéndolas dejado desiertas y sin conquistarlas, tendrá más acción á ellas otro que los conquistadores y pobladores, pues el hacer esto, es lo que pretende el Rey y en nombre suyo sus soldados. Y si bien servimos á nuestro Rey debajo de cualquiera legítima cabeza, á ellos les demos el mismo respeto que á él, por cuya mano están puestos, y así supuesto que debajo de una le hemos de servir, ya le tenemos dada la obediencia á Belalcázar, á quien será bien la conservemos, y pues no tenemos fuerza de gente para oponernos á la mucha que trae el Adelantado Don Pedro, tendré por acertado, para excusar derramamientos de sangre, le dejemos entrar pacíficamente, desamparando luégo la ciudad, yéndonos todos á dar aviso de lo sucedido al Adelantado Belalcázar, con que satisfaremos á las unas y otras obligaciones."

4.º A ninguno de los del Cabildo pareció mal este consejo, y determinados en él otro día á los primeros rayos del sol, salieron todos en sus caballos á recibir al Adelantado Heredia, á quien encontrándole á media legua de la

ciudad en un llano, después de haber hecho demostraciones de alegría con escaramuzas, le dieron la bienvenida, en quien hubo correspondientes cortesías, abrazando á todos por la amistad antigua y benevolencia presente; llegaron á la ciudad, donde se aposentaron lo mejor que se pudo, llevando el Teniente á su casa al Adelantado y á su hijo. A las primeras horas de la noche, estando Heredia y sus soldados descansando del camino, no se descuidaban de ordenar el suyo los de la ciudad, pues á la mitad de la noche ya no había nadie en ella, que sabiéndolo el Adelantado, á las primeras luces hizo, sin tardanza, disponer su gente para irlos siguiendo, á quien en alcanzándolos, que no se tardó mucho, procuró persuadir con palabras y promesas que volviesen á la ciudad; que todas fueron en vano, pues no le fué posible hacerles que mudasen de intentos. En esto estaba ocupado el Adelantado, cuando el peonaje y gente de toda broza de la una y otra parte se llegó á palabras pesadas y de ellas á las espadas, que advirtiendo Heredia de lejos el alboroto de cuchilladas, sin más reparo de armas que su presencia, llegó á componer con brevedad la sedición, metiéndose entre la confusión y rudeza del vulgo, de donde sin saber por dónde, salió mal herido en la mano derecha, y en la cabeza uno de los soldados antiocheños; apaciguado esto y visto que no podía reducir á que volviesen á la ciudad los vecinos, tomó el Adelantado la vuelta de ella, por excusar mayores inconvenientes y que se pasase adelante con la confusión.

5.º Yá dijimos cómo habiendo sabido el Adelantado Belalcázar los intentos de Robledo, despachó al Capitán Cabrera desde Popayán con buena fuerza de gente y largas comisiones, para que en su nombre tomase aquella ciudad de Antiochia y le avisase del estado que tenían las cosas á Alvaro de Mendoza y sus compañeros, que informándose de lo que pasaba, despachó un soldado que fuese delante á dar un recado de su parte al Adelantado Heredia, en que en suma le significaba, cuanto á lo primero, los grandes beneficios que había recibido de su hermano el Capitán Alonso de Heredia cuando militaron juntos en la Provincia de Nicaragua; pero que ahora venía con comisiones del Adelantado Belalcázar á defender estas tierras conquistadas y pobladas en su nombre y del Rey, y que ponía á Dios por testigo del deseo que traía que no se viniese en rompimiento, lo que no sabía cómo se pudiese excusar si con llaneza no se la dejasen poseer y quisiese Su Señoría perturbar este Gobierno entrando en él y ansí le suplicaba encarecidamente que pues siempre su modestia había sido conocida en todas ocasiones, no diese lugar en ésta á que se derramase sangre española, pues eso se había de excusar aun en más graves ocasiones.

———

CAPÍTULO XIV

1.° Responde Heredia al mensaje, y se determina el Capitán Cabrera venir en rompimiento con él—2.° Prende Cabrera al Gobernador, entra en la ciudad y saquean sus soldados cuanto en ella tenía el Gobernador y los suyos—3.° Lleva Cabrera al Gobernador á Cartago, donde estaba Belalcázar, el cual lo envía preso á Panamá—4.° Belalcázar da comisión al Capitán Miguel Muñoz para hacer una población; hácela con nombre de la Villa de Arma—5.° Trátase de su temple y frutos.

RECIBIÓ el recado con ánimo quieto y sin ninguna alteración Don Pedro de Heredia, tratando bien al mensajero, á quien dió, por no poder escribirle, de palabra la respuesta, que fué librar la resolución del caso para cuando ambos se viesen y se examinasen las provisiones de ambas partes, con lo cual se vendría en cualquier honesto concierto; bien supo Cabrera el mensajero que enviaba esto, y no dándole pocas advertencias, las tuvo de mirar que toda la gente del Gobernador Heredia, por el gran trabajo de la jornada, estaba enfermiza, y que de la menos enferma había salido una buena tropa á dar vista á la tierra y términos de la ciudad, con que estaban también los de ella con poca defensa de armas. Lo que supo bien representar el mensajero al Capitán Juan Cabrera, dando arbitrio de su parte ser acertado el acometer sin detenerse, pues tenían con esto, como en las manos, seguro el pillaje de gran cantidad de oro, negros, caballos y ropa que tenían en la ciudad, con que remediarían sus necesidades, en que pecaron luégo todos los soldados del Cabrera, y se aficionaron al consejo del mensajero, no desechándolo tampoco el Capitán, y así sin detenerse iban acercándose á la ciudad, cuando el Adelantado Heredia, viendo que no se podía aquello librar en las manos, se determinó librarlo en razones, y así subiendo en una yegua blanca, acompañado de su hijo y de los mejores alientos de su gente, se encontró con el Cabrera y la suya en un pedazo de sitio de tierra llana, entre los cuales se entró el Adelantado con su hijo al lado, y comenzó á hacer requerimientos por un escribano.

2.° De que dándoseles bien poco á los peruleros, ni de ver provisiones, ni cédulas reales, se llegó á él el Capitán Francisco Núñez Pedrozo, de quien tanto hemos tratado en nuestra segunda parte, por haber sido el que conquistó las Provincias de los Mariquitones y pobló la ciudad de Mariquita y hizo otras cosas buenas en este Reino, á donde vino después de esto que vamos tratando, y de haberse hallado antes con los Almagros en la muerte del Marqués Don Francisco Pizarro, de cuyo castigo llegó huyendo al amparo de Belalcázar, que por el hecho, según se dijo, lo recibió por su grande amigo. Este, pues, que venía de los primeros con una escuadra de ballesteros, le dijo al Adelantado: "Dése

Vuesamerced por preso á mí y á estos caballeros que vienen en mi compañía, por cuanto tiene usurpada y está intruso en la jurisdicción ajena". Mal sufrido de esto el hijo del Adelantado, Don Antonio, metiendo mano á la espada, se puso á la defensa de la prisión de su padre, aunque en vano, pues ambos quedaron presos, y él tan mal herido en una mano, que quedó manco de por vida. Entraron los peruleros en la ciudad, y dándose á trastornarla, tomaron por suyo cuanto hallaron de los contrarios: caballos, negros, oro y armas de todos pertrechos. Despachó luégo el Capitán Cabrera una gran tropa de sus soldados, para que puestos en emboscada, hubieran á las manos de vuelta á los que andaban fuera, como se hizo y se pusieron presos con los demás en la ciudad, y todo el pillaje en una casa para después repartirlo como á cada uno le cupiese, que fué nada, pues sin saber por qué camino, se incendió el almacén una noche, y como era de paja, se convirtió él y lo que estaba dentro, sin poder reparar nada, en ceniza, de suerte que sólo les quedó del pillaje los esclavos y caballos.

3.° Para tomar mayor posesión de aquello el Capitán Cabrera, ó por ventura por mejorar en sitio la ciudad, que no estaba bien entre aquella áspera serranía, la pasó al Valle de Norí, donde ahora está, cerca de un pequeño río que llaman Tonusco, de muy buenas aguas, y tres cuartos de legua del grande de Cauca al Poniente, y dejando por Gobernador (pienso que por orden de Belalcázar) al Capitán Isidro de Tapia, tomó la vuelta de Cali con alguna gente y los presos Heredia y su hijo, con quien llegó á Cartago, donde estaba el Adelantado Belalcázar, que cotejando sus provisiones con las del Adelantado Heredia, se vino á resolver que había sido determinación intrusa y sin jurisdicción el haberse querido meter Heredia en Antiochia, á quien por el delito, y para que fuese castigado de él, le remitió por el mar del Sur á la Real Audiencia de Panamá, desde donde volvió á la ciudad de Calamar ó Cartagena bien asedo del suceso y con intentos de revolver sobre el caso. A pocos días que llegó, llegó también de España Don Fray Francisco de Benavides, de la Orden de San Jerónimo, tercer Obispo de aquella ciudad, porque el segundo, como dijimos, fué promovido á la de los Reyes; aun no era pasado en esto el año de mil y quinientos y cuarenta y dos.

4.° Habiendo despachado el Adelantado Belalcázar al Adelantado Don Pedro de Heredia preso á Panamá, salió de Cartago la vuelta de las Provincias bajas hasta la de Arma, que todas las había sujetado Robledo y comprendido dentro de la jurisdicción de Cartago, de que se fueron luégo siguiendo y echándose de ver algunas incomodidades, así de parte de los encomenderos como de los indios, pues ni aquéllos podían ser bien servidos, ni éstos acudir á su servicio, á lo menos á la ciudad de Cartago, por estar tan lejos, de que no se seguían otros menores inconvenientes, que eran, por no tenerlos tan á la mano,

descubrirse cada día nuevas rebeliones, por esto y por la natural de todas estas naciones. Todo lo cual advirtiendo el Adelantado Belalcázar en la vista de ojos que dió ahora á estas provincias, desmembró de la jurisdicción de Cartago las que había desde el fin de la de los Quimbayas para abajo y dió comisión al Capitán Miguel Muñoz, para que en nombre del Rey y suyo fundase una Villa de españoles en lo más acomodado de aquellas Provincias que se desmembraban, á quien estuviesen todas sujetas y no á Cartago, como se hizo fundándola en una sierra que por entonces pareció acomodado sitio, por su fortaleza, á la entrada de la Provincia de Arma, dicha así por un razonable río que pasa por el Valle y por un Cacique de este mismo nombre que hallaron los españoles la primera vez que la pisaron y descubrieron. Aunque mostrando la experiencia no ser tan acomodado este sitio para defensa de las crueles guerras que comenzaron luégo á hacerles los naturales, y por la poca anchura para las sementeras y estancia, la pasaron después al Valle de Payuco, dos leguas más apegada al río grande de Cauca, y una legua de distancia de él, veintitrés de la ciudad de Cartago y doce de la de Anserma; quedóse con el mismo nombre de la provincia; en la una y otra parte en altura de setenta y dos grados de longitud del meridiano de Toledo, tres y cincuenta y cinco minutos de latitud al Norte. En la primera fundación habiéndole señalado Cabildo y Rejimiento, se le señaló por Teniente al Capitán Ruy Vanegas, y en la segunda al Capitán Rodrigo de Soria.

5.º El sitio donde esta segunda vez se pobló y permaneció hasta pocos años há que se despobló del todo, era en una llanada con alguna pendiente entre dos pequeños ríos, á cuyas márgenes daban sombra grandes y peregrinas palmas, pues lo que nó se sacaba de otras se hallaba en lo interior de éstas, muy suaves palmitos y fruta muy sabrosa, de la cual molida entre piedras, se saca muy buena manteca que se come, y arde en los candiles y lámparas como aceite, y muy buena y sabrosa leche como de almendras. La tierra es tan fértil, aunque malsana, que casi sin labrar le rinde el maíz á ciento y aun doscientas hanegas por una, si el año acierta. Lo alto de las sierras es frío, á la mitad de ellas templado, y en los valles caliente, y esto toda la vida de la suerte que hemos dicho en otras partes de nuestra Historia, que el temple que acierta á tener cualquier tierra de estas Indias es perpetuo, y así los frutos de ellas se dan todo el año. Hoy catorce de Mayo de este año de mil y seiscientos y veinticinco, he comido yo nabos en la olla, que se cogieron ayer, y camuesas, duraznos, moras de zarza y higos recién cogidos de sus árboles.

CAPÍTULO XV

1.º Alonso Besines, Teniente de Cartagena, azota á un piloto, que agraviado convoca unos franceses y viene con ellos á Cartagena—2.º Desembarcan los franceses y entran á la ciudad—3.º Matan al Teniente, prenden al Obispo y otras personas de cuenta y saquean la ciudad—4.º Piden por ella los franceses, danles dos mil pesos, con que la dejan libre y se van.

QUIETO estaba en su Gobierno el Adelantado Don Pedro de Heredia, aunque sin poder digerir las acedias con que había venido de Panamá, por el agravio que juzgaba le habían hecho en Antiochia, y el Adelantado Belalcázar, y con intentos siempre de recobrar aquella tierra y satisfacerse en los agravios, cuando de repente le sobrevino á su ciudad una desventura tal que no se acabaron de enjugar las lágrimas hasta que fueron viniendo otras mayores del mismo género, como lo irá diciendo la Historia, cuyos principios y primer fundamento fueron que el año de antes (porque el caso sucedió el de mil y quinientos y cuarenta y cuatro) Alonso de Besines, Teniente que era del Adelantado Don Pedro en la ciudad, por delitos que había cometido un piloto, lo sentenció á azotes, de que quedó tan sentido y emperrado, que propuso tomar venganza de él y de toda aquella ciudad. Con estos intentos procuró embarcarse y salir de ella, y sin detenerse entró en Francia, y habiendo comunicádolos con algunos piratas de una de sus provincias, asegurándoles que los metería en el puerto de Cartagena, y que sin ser sentidos y sin resistencia podrían haber á las manos la ciudad, picados de la codicia entre algunos de este trato, armaron tres navíos gruesos con algunos pataches y todos pertrechos de guerra, y embarcándose mil hombres armados, sin la gente de mar, llegaron al puerto de Cartagena, viniendo por piloto mayor el que urdía la trama, y entraron sin resistencia en él, á la mitad de la noche, vigilia del Apóstol Santiago, en cuyo día siguiente se había de velar una hermana del Adelantado Don Pedro con el Capitán Mosquera, para lo cual estaban prevenidas fiestas y regocijos que se habían de hacer el mismo día del patrón de España.

2.º Entrados los navíos en el puerto á la hora dicha, sin ser sentidos (descuido notable y que no tiene otra excusa más que no haber tenido hasta entonces enemigos por mar que les rondasen las puertas), desembarcaron todos á aquella hora con todo aparato de guerra, y guiándolos el piloto, al primer quebrar del alba estaban ya todos los franceses bien cerca de la ciudad, á la cual, dejando la gente de guerra bien puesta en sus escuadrones, como habían de entrar en la ciudad, se entró el piloto solo con una alabarda hasta llegar á ponerse á la puerta del Teniente Besines. Comenzáronse luégo del ejército de los franceses,

que hasta allí habían estado callados, á tocar todos los instrumentos de guerra: clarines, trompetas y tambores, de que los vecinos no se alteraban, entendiendo era comenzarse ya las fiestas de la boda, hasta que se oyó el ruido de batir las casas y sus puertas, y de que comenzaron luégo los clamores de guerra por toda la ciudad. Cuando ya los franceses andaban saqueándola, sobresaltó á todos los vecinos un temor horrible, saltando confusos de las camas, como cada cual se hallaba, acudiendo unos á las armas, sin dar salida á determinaciones convenientes; otros procuran la huída, arrebatando de lo mejor de su hacienda lo que les daba lugar la prisa, procurando ponerla en cobro, y á sus mujeres y hijas, que desnudas como las había cogido el sobresalto en la cama, sin darles lugar el miedo á vestirse, andaban tragando la muerte, discurriendo por una y otra calle. Recurrían los de más entero discurso á la marina, entrándose en los barcos ó canoas que hallaban varados á la lengua del agua, sin atender ninguno más que á salvar sus personas; las madres no cuidaban de sus hijos, ni hijos de sus madres; los negros esclavos procuraban con huída librar sus personas; por acudir el mercader á librar su hacienda y el casado á su familia, se olvidaban de la resistencia que se debía hacer al enemigo, que por la poca que hallaba se iba aprisa enseñoreando de la ciudad.

3.º El Teniente Besines, certificado de lo que iba pasando, salió de los primeros de su casa á la defensa, y no pudiéndola hacer de su persona contra la traición del piloto que le estaba aguardando á la puerta, quedó en ella muerto, pasado de parte á parte por su mano, que cuando le daba le decía: "Este pago ha de llevar quien sin razón afrenta á los buenos". Ya iban entrando los franceses la casa del Gobernador, cuando él, armado de unas coracinas y con una pica en la mano, iba bajando de lo alto por una escalera, que la defendió valerosísimamente de un escuadrón de franceses, mientras descolgaban por las espaldas de la casa, para ponerlas en cobro, á sus hermanas y sobrinas, que cuando le dijeron estar ya en algún amparo, por haber salido fuera de la casa, dejando de hacer frente á los franceses, saltó por el mismo lugar, por ser hombre suelto, tras ellas, para ponerlas del todo en seguro, como lo hizo, llevándolas en un barco hasta dejarlas en la montaña. Los franceses, que en nada se descuidaban, prendieron á su hermano Don Alonso de Heredia en la cama, por estar tullido; hubieron también á las manos al Obispo Don Fray Francisco de Benavides y otras muchas personas señaladas, hombres, mujeres y niños, con todo cuanto tesoro y riquezas encontraban; pues como vemos, por haber sido el asalto tan repentino, nada se pudo librar de sus manos, y á la sazón todos estaban con buenos caudales de oro, ropas y menajes de casa, por las grandes riquezas que hemos dicho se sacaban de las sepulturas del Zenú; todo lo cual hizo el francés recoger en una casa y la gente en otra con buena guarda; pero

en este azote que quiso la poderosa mano de Dios dar á esta ciudad, quiso descubrir la misericordia ordinaria que usa con sus hijos, pues como decimos en común adagio, siempre les da del pan y del palo, y fué que siendo el Capitán de los franceses de sangre noble, mandándolo con graves penas, con público pregón, no permitió se hiciese fuerza á mujer ninguna, antes hizo recoger á todas las que no pudiendo escaparse de la ciudad, se pusieron en la casa del Gobernador, poniéndoles por guarda al Obispo y al Don Alonso de Heredia y otros Capitanes de los nuéstros.

4.º Trató luégo el francés del precio del rescate de la ciudad con el Gobernador y los vecinos, si no la querían ver convertida en llamas, como pretendía á no satisfacerle con algún buen concierto, que luégo se hizo, de hasta cantidad de dos mil pesos de buen oro, que no fué sino de malo, pues hallándose con poco los vecinos (á quien soltaron de la prisión para que lo buscaran) después de tan crecido robo, fundieron con el que pudieron haber á las manos algunos candeleros, que dándoles los plateros cierto lustre, quedó engañado y contento el francés, aunque bien se reparó todo con la gran suma del pillaje. El cual teniéndolo ya á la lengua del agua para irlo embarcando en las chalupas, Nuño de Castro, que andaba sobre una yegua ligera, sólo con la camisa y zaragüelles de lienzo, por no haberle dejado otra cosa, embistió por entre los bordados de ropa y lienzo y arrebató de camino de uno y otro lo que pudo para vestirse, y con la velocidad de la yegua pasó sin que le pudiese ninguna de las guardas hacer resistencia, hasta que se entró en el monte, quedando el Capitán francés con mucha risa del atrevimiento que le había dado la necesidad al Nuño de Castro. Embarcaron el pillaje los franceses, que según después de hecho tanteo, les fué de importancia de doscientos mil pesos de buen oro; se dieron á la vela á otro día siguiente, quedando los de la ciudad en suma pobreza, aunque sin otra muerte de ninguna persona más que la del Alonso Besines. No fueron parte todas estas desgracias que sucedieron á Don Pedro de Heredia y el ser el más mal librado en todas, para que mudara de los intentos que tenía de volver á recuperar su crédito y la ciudad de Antiochia, y así juntando otra vez su gente y nuevos pertrechos de guerra, volvió á tomar otra vez la vuelta de Urabá y de San Sebastián de Buenavista, donde desembarcó para dar principio á su trabajoso camino.

———

CAPÍTULO XVI

1. Algunos vecinos de Antiochia, agraviados del Bachiller Madroñero, se quejan al Adelantado Heredia, que viene con ellos á esta ciudad—2.° Recíbenlo en ella, envía á hacer una población en la Provincia de Maritue y vuélvese á Cartagena, donde halla por su Visitador al Licenciado Miguel Díaz—3.° Hace Miguel Díaz publicar las nuevas leyes y comienza la Residencia en Cartagena—4.° Nombra por su Teniente de la Gobernación de Popayán al Mariscal Robledo, y despáchase de Cartagena con estos recados—5.° Vuelve otra vez á Antiochia el Bachiller Madroñero y quita las encomiendas á quien las había dado el Gobernador Heredia.

EL Capitán Isidro de Tapia, que, como dijimos, había dejado por su Lugar Teniente en la ciudad de Antiochia el Capitán Juan Cabrera, cuando volvió á Cartago á verse con el Adelantado Belalcázar, luégo que quedó á su cargo aquella ciudad, comenzó á derramar las tropas que pudo de soldados por unas y otras provincias convecinas de las más alteradas y menos conquistadas, con tan buenos efectos, que sin derramar sangre de una y otra parte, más mañosa que violentamente, las redujo á buena paz, en que fueron los más aventajados en trabajos los soldados y vecinos de la Villa, que eran de los cartagineses, á lo cual atendiendo el Isidro de Tapia, lo fueron también en los repartimientos de indios que hizo de nuevo, de que quedando muchos de los demás descontentos por las suertes que les había cabido, ó por no haberles cabido ninguna, despacharon con la brevedad que pudieron las quejas y querellas á Belalcázar, que oyéndolas con otras de otros géneros de que se hallaban agraviados del Isidro de Tapia, despachó al Bachiller Madroñero con largos poderes, para que deponiendo del oficio al Tapia, asentase las cosas y repartimientos de la ciudad á satisfacción de todos, lo que no hizo el Madroñero, pues llegando á la ciudad de Antiochia, donde siendo recibido como Juez, y dejando de serlo el Isidro de Tapia, dió por vacas todas las encomiendas, volviendo á hacerlas de nuevo en sí y los de su devoción, dejando sin ellas y con otros agravios á muchos de los demás, y entre ellos al Isidro de Tapia, que comunicándose todos en la traza que se podía dar para deshacer sus agravios, determinaron recurrir con el mayor secreto que pudiesen al favor del Adelantado Don Pedro de Heredia, como lo hicieron, sin ser sentidos, á tiempo que se pudiera remediar, y caminando, harto faltos de avío, la vuelta de Urabá para ir á la ciudad de Cartagena, embarcándose en San Sebastián de Buenavista, llegaron aquí á tiempo que ya estaba el Adelantado Heredia á pique para comenzar su camino la vuelta de la ciudad de Antiochia, que no se alegró poco de su llegada y del favor que le ofrecían los recién llegados y agraviados de Madroñero; con que cobrando

nuevos bríos el Adelantado, á pasos y jornadas más largas que pudieron, llegaron en pocos días á la ciudad de Antiochia, donde hallaron ausente yá al Bachiller Madroñero, y en su lugar al Capitán Gonzalo de la Peña, que no había trabajado poco en pacificar rebeliones, que cada día se levantaban entre los indios, y en hacer algunas conquistas en los fronterizos á los conquistadores.

2.º Sin ninguna resistencia, así de parte del Capitán Peña como de los demás vecinos, fué recibido por su cabeza el Adelantado Don Pedro de Heredia, que comenzó luégo á hacer diligencias por sus soldados para que se acabara de asentar la paz de los rebeliones en la provincia, que iba haciendo el Gonzalo de la Peña, en quien reformó la tenencia de Gobernador, volviéndosela al Capitán Isidro de Tapia, y los repartimientos á los que el Bachiller Madroñero los había quitado; de suerte que en poco más de dos años se quitaron y pusieron de nuevo cuatro veces los repartimientos de indios de esta ciudad, como hemos visto, habiendo sido de todo causa la avaricia ó codicia de los jueces, queriendo tomar más posesión de la que hasta allí tenía. El Adelantado Don Pedro de Heredia salió á conquistar con lo mejor de su gente otras provincias á la parte del Este, algo inclinado al Norte, á la una y otra margen del río Cauca, en que gastó diez ó doce meses, con varios sucesos de guazabaras sangrientas, de hambres y trabajos, hasta que ya era entrado el año de mil y quinientos y cuarenta y cinco, que tomando la vuelta de la ciudad de Antiochia, despachó con buena tropa de soldados al Capitán Alonso de Carvajal para que poblara con ellos un pueblo de españoles en la Provincia llamada Maritue, con intentos de tener sujetos los naturales de ella, como se hizo señalando solares para casas y huertas, en que fueron Alcaldes Francisco de Arriaga y Diego de Corbella, que aunque duró poco esta población, por ser de poca gente y los indios belicosos, tuvo su forma de población de españoles, la cual hecha, pareciéndole al Adelantado Don Pedro de Heredia haber sido demasiada la ausencia de la ciudad de Cartagena, por ser puerto tan frecuentado, dejando la de Antiochia con el asiento que hemos dicho y bien proveída de gente para su gobierno y defensa, tomó la vuelta de Urabá entrado yá el año de cuarenta y cinco, y desde allí la de la ciudad Cartagena, donde halló harto mudadas las cosas con el nuevo Juez de Residencia que le había llegado, que era el Licenciado Miguel Díaz de Almendaris (de quien tanto dejamos tratado en nuestra segunda parte), que venía proveído por Juez de Residencia de cuatro Adelantamientos, que era el de Santa Marta, en que se comprendía también lo descubierto y conquistado en este Nuevo Reino de Granada, por haberse originado de aquella Gobernación, y á la sazón estaba en él Don Alonso de Lugo, el Adelantado, y el Adelantamiento y Gobernación de Cartagena á Don Pedro de Heredia; la de Popayán á Sebastián de Belalcázar, y la del río de San Juan

á Pascual de Andagoya.

3.° No era lo menos principal que traía encargado el Licencido Miguel Díaz el hacer poner en ejecución las nuevas ordenanzas y nuevas leyes, recién hechas para el mejor gobierno de estas tierras, que tánto alborotaron los pechos de los que deseaban vivir sin ley y á su albedrío, sin que se les atajasen con ellas los pasos de los agravios que se hacían á estos naturales. Traía también acerca de su ejecución las órdenes comunes que se dieron para todos los Jueces que se enviaron al efecto á todo lo descubierto en estas Indias; y trayendo libertad el Miguel Díaz para poder comenzar á tomar sus residencias en una de las provincias que le pareciese, comenzó por ésta de Cartagena y más despacio que convenía, por instar en otras partes más la necesidad que aquí, donde estaba cuando llegó de España á la ciudad el Capitán Jorge Robledo, con título de Mariscal de lo que hemos dicho había conquistado y poblado dentro de la Gobernación del Adelantado Belalcázar, que no trayendo más que este título, no se había de entender como él lo entendió, tan á costa de su cabeza, que le daban con el Gobierno de aquellas tierras, porque de suyo este título de Mariscal no dice Gobierno ninguno, sino es en aquellas cosas para que se da, como ni tampoco lo dice el título de Adelantado, pues sólo es un nombre honroso que da el Rey á quien lo ha merecido, si no es que juntamente con él se le dé título de Gobernador, como vemos haber sucedido esto segundo en el Adelantado Belalcázar, que tenía ambas cosas, y lo primero en el Adelantado de este Nuevo Reino, Gonzalo Jiménez de Quesada, que sólo tenía el título de Adelantado del Nuevo Reino, aunque después se le dió título de Gobernador de Pauto y Papamene; pero esto fué una cosa muy de por sí y distinta del de Adelantado.

4.° Lo que es cierto no ignoró el Mariscal Jorge Robledo, pues negoció con el Licenciado Miguel Díaz de Almendaris, en la misma ciudad de Cartagena, que le hiciera su Teniente de la Gobernación de Belalcázar, pues era Juez de comisión de toda ella, para con mejor título y más fuerza tomar él posesión del oficio de Mariscal en aquellas tierras, á lo cual acudió el Licenciado Miguel Díaz, despachándole recados de esto y cartas para el Adelantado Belalcázar, de que recibió después el Miguel Díaz una grave reprensión del Consejo, por haber dado comisión que no podía, pues sólo se le había dado á él para que por su persona gobernara la Provincia donde actualmente estuviese tomando residencia, y no por Tenientes y terceras personas, á que también contravino, enviando desde la misma ciudad á este Nuevo Reino, con los mismos recados, á su sobrino Pedro de Ursúa, como largamente dejamos dicho en nuestra segunda parte. También llegó declaración del Consejo de cómo la ciudad de Antiochia caía y se comprendía en el Gobierno de Popayán, con

que desistió de su pretensión el Gobernador de Cartagena. Con estos despachos y los de Mariscal y picado de alguna ambición, se despachó Jorge Robledo de la ciudad de Cartagena, tomando la vuelta de Urabá, para desde allí proseguir el camino que él ya se sabía á la ciudad de Antiochia.

5.º Cuando el Bachiller Madroñero salió de esta ciudad, como dijimos dejando en ella por su Lugar-Teniente al Capitán Gonzalo de la Peña para ir á la de Cartago á verse con el Adelantado Belalcázar, no fué por salir de Antiochia, sino por satisfacer á las quejas que de él habían dado á Belalcázar acerca de los repartimientos que hizo de nuevo; de lo cual habiendo salido bien, lo volvió á enviar á Antiochia con algunos buenos soldados para su defensa, y entre ellos á Gaspar de Rodas, de quien después hablaremos largo. Llegado á la ciudad Madroñero, no se comenzaron á levantar pequeñas polvaredas de disensiones entre él y el Teniente de Don Pedro de Heredia, Isidro de Tapia, y aun entre las dos parcialidades de los dos Adelantados Heredia y Belalcázar, siguiendo cada cual de éstos dos el caudillo de su devoción; pero siendo más poderosa la parte de Belalcázar y Bachiller Madroñero, tuvo mayores fuerzas para introducirse en gobernar la ciudad, como lo hizo, quitando de su tenencia al Tapia y todos los demás oficios, que estaban en los de la parte del Heredia, y trastornando todas las cosas menores y mayores que había dejado ordenadas el Heredia para el buen gobierno de la ciudad. Hizo nuevo nombramiento de Cabildo y Regimiento y de todas las encomiendas, dándolas de nuevo á los de la parte de Belalcázar, dejando sin ninguna á los de Heredia.

CAPÍTULO XVII

1.º Conjúranse contra Madroñero algunos vecinos de Antiochia, préndenlo y envíanlo en collera con otros á Cartagena—2.º Belalcázar va al Pirú en socorro del Virrey contra Pizarro, vencen los tiranos, prenden al Belalcázar y dánle después libertad—3.º Viene Jorge Robledo á la ciudad de Arma, donde por no recibirlo los del Cabildo, los prende—4.º Va de allí á Cartago, donde tampoco lo reciben; pasa á Anserma, admítenle allí y envía una embajada á Belalcázar.

ERANLES tan intolerables estos agravios al Tapia y sus aliados, que ocupaban noches y días trastornando pensamientos para hallar modo á la venganza de ellos y su afrenta, y atormentábales más el ver no les era posible salir con su intento librando esto en las armas y fuerza, por ser en número mucho menos que los contrarios; pero venciendo la ira y sentimientos de la afrenta á los temores fundados, en que tal vez el atrevimiento deshace las fuerzas á la contraria fortuna, determinaron (habiéndose avinculado primero con solemne juramento) que en ofreciéndoles su buena suerte oportuna ocasión, les habían de embestir con maña y atrevimiento, como lo hicieron, pues la noche que concertaron, por serles acomodadas algunas circunstancias de ella, se armó cada uno como mejor pudo, y á las primeras sombras entrándose en las casas de los más principales, los prendieron y desarmaron, sin poderse defender, dándose todos los alterados tan buena maña, que en media hora tenían yá presos á todos sus contrarios y sin armas ningunas, cosa que pudieron hacer con facilidad, por cogerlos tan sobre seguro, por el gran secreto con que habían concertado y ejecutado su hecho los de Tapia, que quedándose por señores de la ciudad, enviaron á los otros presos en colleras, en que también iba el Bachiller Alonso Madroñero y Gaspar de Rodas, para la ciudad de Cartagena, para donde iba, cuando á la mitad del camino que hay desde Antiochia á Urabá, los encontró el Mariscal Jorge Robledo, que venía caminando á Antiochia, que informándose del caso, soltó á Gaspar de Rodas, por ser su grande amigo, y algunos otros, remitiendo al Madroñero y á los demás presos que pasaron adelante á Cartagena, pasando él también á Antiochia, donde entró sin resistencia alguna, y fué recibido y obedecido por cabeza, luégo que manifestó los recados que traía de sus provisiones, entrado yá el año de mil y quinientos y cuarenta y seis.

2.º En este mismo año, algunos meses antes, andaban tan encendidas las guerras de los tiranos en el Pirú y tan valida esta parte, cuya cabeza era Gonzalo Pizarro, que se atrevió contra la corona de su Rey y su Virrey Vasco Núñez Vela, á poner mucha gente en campo, para lo cual envió á llamar el

Virrey á Popayán al Adelantado Belalcázar, que como tan leal vasallo de su Majestad, sin ninguna dilación, con los mejores Capitanes que se hallaban, y entre ellos Juan Cabrera, tomó la vuelta de Quito y se juntó con el Virrey, que hizo luégo su Maese de Campo al Capitán Juan Cabrera. Dióse la batalla en el campo de Añaquito, donde por secretos juicios de Dios quedó vencedor por entonces el Gonzalo Pizarro y vencido el campo de los leales, muerto el Virrey Vasco Núñez Vela, con grande ignominia, y su Maese de Campo Juan Cabrera, que tantas veces lo hemos nombrado en esta Historia, y el Licenciado Juan Gallegos, de quien no tratamos poco en la subida de los conquistadores de este Reino, quedando muy mal herido y preso el Adelantado Belalcázar, que se vió en la batalla contra los tiranos con su acostumbrado ánimo y valor, que no le bastó para no caer con las muchas heridas, donde sin duda lo mataran si no le levantaran Diego de Mora y Gómez de Alvarado y le metiera éste en su posada, donde le pretendió matar un enemigo suyo, que cuando no pudo más, le dió otra herida nueva en la frente y le dieran otras muchas otros que acudían á eso, si el Gómez de Alvarado valerosamente no le defendiera y le pidiera de merced su vida al Gonzalo Pizarro, que la concedió con liberalidad, y licencia para que se volviera á su Gobierno, acordándose de la antigua amistad que entre los dos había habido, que tomándola y poniéndola en ejecución luégo, sospechando lo que podría suceder en revocársela (pues del tirano no hay que esperar fidelidad de palabra), tomó la vuelta de Popayán con pasos y trochas extraordinarias, y más de gente que huía que de quien iba seguro de enemigos. Llevaba en su compañía al Capitán Francisco Hernández Girón, que en aquella ocasión se hubo con tanto valor defendiendo la parte de los leales y de su Rey, como cada uno de los que mejor lo hicieron, si bien pocos años después, desvanecido el miserable y por particulares intereses, alzó bandera y cabeza contra su Rey y señor (á quien en otra ocasión valerosamente había defendido), adquiriendo la muerte y nombre infame de tirano; pero al fin en el tiempo que le duró la fidelidad, no fué de poca importancia su persona, en especial mientras militó debajo la conducta y bandera de Belalcázar, que por sus jornadas llegó á Pasto, donde nombró por su Teniente General al Francisco Hernández Girón, por haberlo prometido así en cierto lance forzoso.

3.° Llegáronle allí las nuevas de la provisión que había hecho Miguel Díaz de Almendaris de Teniente suyo de los pueblos de Antiochia, Arma, Anserma y Cartago en el Mariscal Jorge Robledo y dádole mandamiento, con pena de mil castellanos, al Belalcázar para que dejase aquellas poblaciones y que no tratase de ellas, como cosa que no pertenecía á su Gobierno, ni tampoco se le escondió cómo había enviado á su Teniente el Bachiller Madroñero preso á Cartagena, de que no fué posible dejar de indignarse, y proponer desde luégo

defenderse de las violencias que se hacían contra él, así de parte de Miguel Díaz como de Robledo, con las comisiones que le había dado. El cual habiendo sido recibido, como dejamos dicho, en la ciudad de Antiochia y dado asiento á las cosas del Gobierno de la ciudad á su modo, considerándose ya Gobernador de aquella tierra, salió de ella con setenta soldados, por su Alférez á Hernando Gutiérrez Altamirano, y por su Teniente al Comendador Hernán Rodríguez de Sosa, tomó la vuelta de Arma, á donde habiendo llegado y presentado en el Cabildo sus papeles, no lo quisieron obedecer (fuera de un Alcalde y un Corregidor, que se mostraron en favor de Robledo), diciendo que no lo conocían á él por cabeza, ni al Miguel Díaz de Almendaris que lo enviaba, ni habían visto los poderes que traía para quitarle el Gobierno al Adelantado Belalcázar, con quien se las podía haber, decía el Cabildo, pues ya había bajado á Cali. Sobre estas palabras y otras que se fueron enlazando entre el Mariscal y el Teniente Soria, que gobernaba la Villa por el Belalcázar, embistió con él el Robledo, y quebrándole la vara, lo mandó prender y á todos los demás del Cabildo y meter en ásperas prisiones, y dió orden cómo se tomaran los pasos para que no llegara el aviso al Adelantado, que no fué de importancia, pues, aunque con gran riesgo de su persona y por trochas excusadas, se le llegó Sebastián de Ayala, uno de los vecinos de la Villa, de donde salió luégo el Mariscal, reformando su gente con alguna que se le llegó de su devoción, y dejando por su Teniente y guarda del pueblo al Capitán Alvaro de Mendoza, tomó la vuelta de Cartago, con determinación de hacer lo mismo con el Cabildo de allí que en Arma, si hiciesen resistencia en recibirle.

4.º No llevando con paciencia estas cosas Belalcázar, determinó no disimularlas ni que pasaran sin castigo, para lo cual envió á llamar á su Teniente General Francisco Hernández Girón, que á la sazón andaba pacificando las provincias de los indios Paeces, y para certificarse más de lo que hacía el Mariscal y de sus intentos, despachó á Anserma á los Capitanes Maldonado y Miguel Muñoz, para donde iban caminando al mismo tiempo que el Mariscal Robledo á Cartago, donde gobernaba por el Adelantado Pedro López Patiño, que dándole la bienvenida, juntamente con los demás del Cabildo, respondieron á los papeles que presentó, casi al modo que en Arma, diciendo que pues no sabían la autoridad que traía el Miguel Díaz para hacer aquello, reservaban siempre el derecho á salvo del Adelantado Belalcázar, y no pudiéndoles sacar otra cosa, tomó desde allí la vuelta de Santa Ana de Anserma, donde le recibieron como en Cartago. Parecióle despachar desde allí las provisiones que traía á Belalcázar y una carta de Miguel Díaz Almendaris y otra suya, como lo hizo con el Capitán Gómez Hernández, Pedro de Velasco y el Bachiller Diego López, clérigo, para que le requirieran y amonestaran con algunas

justificaciones que se le representaban en las cartas, que se estuviese en la ciudad de Cali hasta que llegase el Juez Miguel Díaz. Salieron estos mensajeros tan luégo que entró el Mariscal en Anserma, que encontraron á los que enviaba el Adelantado, que eran el Capitán Maldonado y Miguel Muñoz, que dieron la vuelta desde donde se encontraron, yendo juntos los unos y los otros á verse con el Adelantado. Al cual Gómez Hernández, que era vecino de Anserma, haciéndole cargo de haber recibido á Robledo, respondió haber sido lance forzoso, por haber entrado el Mariscal de mano armada y mayor poder del que tenían en la Villa para resistirle, pero que con treinta arcabuceros que le diese, se le traería allí preso, en que no vino el Adelantado, porque sus sentimientos eran tales, que debió de guardar la ejecución de ellos para mayores efectos, como se vido, para lo cual, como hombre prudente y bien experimentado, no se descuidaba en hacer prevenciones, y entre ellas no fué la de menor importancia el poner á un criado suyo en un pueblo de naturales llamado Viges, que estaba al paso de la una y otra parte, para que nadie pudiese ir ni venir sin que se supiese.

CAPÍTULO XVIII

1.º Vuelve Gómez Hernández á Anserma, aconseja á Robledo se salga de las tierras de Belalcázar, y no toma resolución en nada—2.º Decerraja Robledo la Caja Real de Anserma y saca el dinero de ella—3.º Fortifícase Robledo en la loma del Pozo y envía mensajeros al Adelantado, que los hizo prender.

YA andaba Robledo con tan grandes sospechas de lo que había de suceder, en especial viendo la tardanza de Gómez Hernández, que no quisiera haberse metido en aquel laberinto, y no decía mal, pues se tomó tan mal en el Consejo, que habiendo escrito el Licenciado Miguel Díaz la comisión que le había dado, fué reprendido gravemente por ello, y declarado que la intención del Rey había sido que el Jorge Robledo tuviese por superior al Adelantado Belalcázar, como se echaba de ver en no habérsele hecho merced más que de título de Mariscal, y para mayor reparo de inconvenientes, se proveyó también en esta sazón (que era en la que andaban estos disturbios en su mayor fuerza), que no se metiese Robledo en descubrimientos, y si andaba en ellos, los dejase, con pena de perdimiento de bienes y de incurrir en las penas impuestas contra los que quebrantan los reales mandatos y los que usan de oficios reales sin tener poder ni facultad para ello; que aunque estas órdenes del Consejo llegaron después de la muerte de Robledo, se puede advertir por ello el desacierto suyo y del Miguel Díaz: de éste en dársela y del otro en usar de la comisión. Llegó al fin de mucha tardanza el Gómez Hernández á Anserma, que representando á Robledo la indignación que había conocido contra él en Belalcázar, y afeándole de su parte las malas determinaciones que había tenido en haber entrado con mano armada en aquellas tierras del Adelantado, le aconsejaba se saliese de ellas si quería excusar que viniesen sobre él los males que amenazaban: era éste el principal consejo y que debiera tomar Robledo, según lo que sucedió, y pienso que lo tomara, si otros de los suyos por particulares intereses, no le aconsejaran otros caminos, con que le turbaban sus determinaciones, sin acabar de tomar la que más le convenía; por esto y por ser él naturalmente vario en ellas, poco confidente en sus amigos, confiando más que en ellos en la voz del pueblo, que las más veces suele engañarse y engañar, unas veces le parecía sería acertado salirle al encuentro de amistad al Adelantado; otras, que sería mejor resistirle, sin tomar asiento en nada.

2.º Entre estas confusiones dió en otro despeñadero mayor, que bastara para lo que le sucedió, que fué determinarse á abrir la Caja Real de Anserma y sacar la moneda que había en ella, acrecentando por allí su caudal para todo suceso. Puso esto en ejecución pidiendo las llaves á los Oficiales Reales, que

eran Pedro de Prada, Sebastián de Ayala y Florencio Serrano, que haciendo todos tres resistencia en dárselas, prendió á los dos, y el Florencio Serrano se huyó con ellas, por lo cual quebrantó la Caja y sacó dos ó tres mil pesos que halló en ella. Viendo que iban acrecentándose sus delitos, ya se determinó á prevenirse para tomar la vuelta de la Villa de Arma, ordenando que allí le aguardasen algunos de sus amigos con el bagaje y ganados, mientras él iba á Cartago á conocer de más cerca los designios del Adelantado, que ya se iba poco á poco acercando, y si entendiese ser de guerra, se bajaría á Arma, y desde allí á Antiochia, procurando asegurarse por aquel camino, pues en el de guerra siempre conoció ser menores sus fuerzas que las de Belalcázar, á quien envió á hacer requerimientos desde Anserma con Diego Gutiérrez de los Ríos, caballero cordobés, y después desde Cartago con el Tesorero Sebastián de Magaña. Tampoco se descuidaba el Adelantado de enviar á hacerle requerimientos al Mariscal, que dejase los pueblos que tenía usurpados de su Gobernación y volviese el oro que había sacado de la Caja Real. Advirtiendo Robledo que se iban cada día enconando más los negocios, conocidos sus yerros, aunque tarde, trató de medios de conciertos, despachando á Pedro Velasco y á Sebastián de Ayala, que le dijesen de su parte al Adelantado, que sin mirar en dichos de hombres inquietos, bulliciosos y apasionados, se conviniesen entre los dos, casando unos hijos que tenía el Adelantado con ciertas doncellas nobles, parientas de Doña María, de Carvajal, mujer del Robledo, que había traído en su compañía de España, donde se casó cuando le dieron el Oficio de Mariscal. En lo cual no vino el Belalcázar, y ellas se casaron después en la ciudad de Tunja de este Reino; la una, que se llamaba Doña Francisca, con Diego García Pacheco, y la otra, llamada Doña Leonor, con el Capitán Baltasar Maldonado, de las cuales hoy vive larga y noble generación.

3.º Volvieron los mensajeros de Robledo—Velasco y Ayala—con una carta del Adelantado, en que más mañosa que lisamente daba á entender deseaba conformidad, que declarándole esta cautela los mensajeros, como los que se habían enterado de las palabras del Adelantado, le aconsejaban no se fiase de él, sino que asegurase su persona tomando la vuelta de Antiochia, aunque aconsejándole otros y certificándole traía el Adelantado buen corazón para con él, se dejó vencer de esto, y envió otra vez, á tratar de medios y conciertos con Belalcázar, al Comendador Sosa y á los Capitanes Ruy Vanegas y Alvaro de Mendoza, y que él se quedaría entre tanto en la loma de Pozo, donde estaría á la mira de lo que fuese sucediendo, para desde allí hacer lo que más conviniese, en especial si no volviesen los mensajeros dentro de doce días. Partieron juntos, el Mariscal á la loma, que fué como irse á la carnicería (donde él y su gente, como dejamos dicho, la había hecho de muertes de indios), y sus

mensajeros en demanda del Adelantado, que viéndolo desde cierta loma que venía de guerra, y teniéndolo por mala señal, instaba mucho Ruy Vanegas que se volvieran sin llegar á verse con él; pero al fin convencidos de algunas consideraciones, pasaron á donde estaba alojado, y llegando á su tienda, mandó los desarmasen antes de hablarle en el negocio á que iban; de que burlándose el Adelantado, los mandó llevar á la tienda del Capitán Bazán y echarles prisiones, porque no se diese aviso al Mariscal, que viendo la tardanza de los mensajeros, y sospechando cada hora más mal, procuró fortificarse en la loma, y el Belalcázar salir, por consejo de Francisco Hernández Girón, del sitio donde estaban, que era ya en la Provincia de Carrapa, y dar de repente sobre el Robledo, como lo fueron desde luégo disponiendo, pues llegando á puestas del sol al río de Pozo, con intentos de embestirle al cuarto del alba, fueron subiendo con grandísima dificultad, por trochas extraordinarias, una quebrada arriba, que iba á descabezar á los mismos ranchos de Robledo, para desmentir si había algunas espías en el camino ordinario y que no diesen aviso al Mariscal; con mayor descuido del que pedía la ocasión, dormía fiado en solas las centinelas y rondas ordinarias, que no los sintieron, en especial por haber sobrevenido una oscurísima neblina, hasta que se pusieron sobre los de Robledo á tiro de arcabuz, porque entonces avisó una posta á Robledo á voces, diciendo que se levantara, porque estaba el Adelantado sobre él.

—

CAPÍTULO XIX

1.º Prende Belalcázar á Robledo; senténcialo á muerte y ejecútase la sentencia—2.º Hace dar la misma muerte al Comendador Sosa y á otros aliados de Robledo—3.º Envía Belalcázar á Juan Coello á la ciudad de Antiochia á hacer justicia de algunos de los de la devoción.

LEVANTÓSE el Mariscal todo turbado, y queriéndose poner en defensa, se echó una cota de malla y tomó una lanza en la mano, deseando que los suyos hicieran lo mismo, á que acudieron algunos con mucha tibieza; por lo cual viendo ser en vano la resistencia, dejó caer la lanza y se fué al Adelantado, que aunque lo recibió con buenas palabras, le mandó desarmar y prender, y á su Maese de Campo el Comendador Sosa, á Antonio Pimentel, Juan Ruiz de Noroña, Alvaro de Mendoza Barros, Estupiñán y otros, mandando al resto de los del Mariscal que ninguno trajese armas. Hizo soltar á los Regidores que tenía presos el Mariscal, que se le secuestrasen sus bienes, y desvolviéndole sus cofres, hallaron en uno de ellos una carta que tenía escrita el Mariscal para el Juez Miguel Díaz de Almendaris, en que entre los demás avisos que le daba, le decía: "*Y si Vuesamerced hubiere de venir á este Gobierno, será necesario que traiga horca y cuchillo, porque no está la tierra para menos.*" Y mostrándosela al Robledo para que la reconociera, dijo ser suya y que escribiría otras cuatro de aquéllas si fuesen menester; de que se acedó tanto el Adelantado, sobre la indignación que traía, que tomó luégo consejo (que no fué poco en un hombre tan apasionado) de lo que haría de los presos. Que dándoselo su Maese de Campo Francisco Hernández Girón y otros, que le cortase luégo la cabeza, pues en todo caso era conveniente acabar con él, no sucediese que al amparo de Miguel Díaz y otros sus amigos removiese después tales inquietudes que no se pudiesen aplacar, determinó el Adelantado tomar este parecer, sin que bastasen á apartarlo de él intercesiones de religiosos y de otros de buenos deseos, y así mandó luégo armar su gente y que se recogiese la del Mariscal, enviándole á decir que se confesase y hiciese testamento, lo cual hecho, y otras prevenciones cristianas, dicen que preguntó qué quién lo había de matar, y respondiéndole que un negro le daría garrote, volvió á decir: pues yo degollado debo ser, pues soy caballero; aunque conociendo luégo la vanidad de tales honras, dió una castañeta, diciendo: máteme quien quisiere. Y habiéndose encomendado muy de veras y con gran devoción á la Virgen Santísima, y pedido perdón á todos, con valerosa constancia sufrió que le diesen garrote, cosa muy usada en estas Indias, á lo menos con personas graves, como sucedió en la muerte de Don Diego de Almagro y otros para excusar alborotos, y así sacán-

dole luégo en público, en un repostero decía el pregón: *esta es la justicia que manda hacer el Rey Nuestro Señor á este hombre, por alborotador de estos Reinos y forzador y opresor de su Real Justicia, y porque descerrajó y quebrantó la Caja Real de Anserma y se llevó el oro de ella, y porque entró en estas Provincias con mano armada, atambores de guerra y banderas tendidas.* Y luégo le cortaron la cabeza, á cinco de Octubre del año de mil y quinientos y cuarenta y seis, y la prisión había sido el día antes, que fué el de Nuestro Seráfico Padre San Francisco.

2.º Por la misma muerte pasó el Comendador Hernán Rodríguez de Sosa, Baltasar de Ledesma y Juan Márquez de Sanabria, vecino de Quito (que aun después de muerto le dieron por traidor en el Pirú, porque avisó á Gonzalo Pizarro, desde Pasto, de cierta cosa contra el Virrey Vasco Núñez Vela), y á Cristóbal Díaz ahorcaron otro día siguiente: al Padre Juan de Frías, clérigo, lo molestó con ásperas prisiones; á Alvaro de Mendoza y á Barros tuvo también presos, y por intercesión de Francisco Hernández Girón, y no haberse hallado en lo de Antiochia, no pasaron por las muertes que los demás; á todos los cuales no dando lugar el Adelantado los sacasen á enterrar á otra parte, los enterraron allí en una casa, que aunque la quemaron encima de las sepulturas, por deslumbrar á los indios, no les fué estorbo á éstos para que después de desocupado el puesto por los españoles, que fué luégo, no desenterrasen los cuerpos y se los comiesen.

3.º Siendo la naturaleza del fuego de la venganza tan fuerte cuando se enseñorea del corazón del hombre, que no se contenta con destruír al principal que hizo el agravio de donde ella se originó, sino que pretende destruír todas las circunstancias que á esto se allegaron, determinó luégo el Belalcázar, para echar el sello á los efectos de su enojo, que bajase por Juez á la ciudad de Antiochia Juan Coello, para hacer justicia de los que habían quedado en ella por mano del Robledo; envió en su compañía al Capitán Gaspar de Rodas, y que quedara allí por su Lugar Teniente, el cual, como hombre de bonísima intención, que lo fué siempre, y por atajar los daños que se podrían seguir de la bajada de Coello, escribió algunas cartas secretas para algunos de los de Antiochia, en que les avisaba de lo que iban hacer, y que sería acertado ponerse en cobro con sus haciendas; éstas despachó el Rodas muy en secreto y á tan buena ocasión, que llegando con tiempo á Antiochia, tuvieron lugar los que se hallaban temerosos, de coger su hacienda y tomar la vuelta de Cartagena, de suerte que cuando llegó Juan Coello con buenos deseos de colgar á muchos, halló la ciudad casi sin moradores; entre los demás que se huyeron fué un Diego de Mendoza, el Capitán Ladrillero, que cuando el Adelantado Belalcázar vino á este Nuevo Reino, era muy de su devoción, y después fué hombre de

estima en el Pirú; llamábase otro Almarás, y otro Diego Gogacén, á quien les dió la vida el aviso de Rodas, pues libres y con su caudal llegaron á Cartagena, á donde llegó por este tiempo el Presidente Pedro de la Gasca, que venía de España, enviado del Consejo á componer los disturbios del Pirú, causados por la muerte del Virrey Vasco Núñez Vela y por las inquietudes del Gonzalo Pizarro y sus secuaces, y habiendo sabido la muerte del Mariscal Jorge Robledo, y parecerle que le había de ser de grande importancia, para lo que iba hacer, la persona del Adelantado Belalcázar, trató con el Licenciado Miguel Díaz de Almendaris que no subiese por entonces á tomar Residencia, por convenir así al servicio del Rey, lo cual hizo así, subiéndose luégo á tomarla á este Nuevo Reino, donde le sucedieron tantas y tales adversidades como dejamos dicho en nuestra segunda parte, que no sólo no pudo ir desde aquí á aquella Residencia de Popayán, pero ni salir de este Reino, sino fué para España, donde acabó la vida.

CAPÍTULO XX

1.º Junta Belalcázar trescientos hombres y va á dar ayuda al Licenciado Gasca, que iba contra Pizarro—2.º Recíbelo con gusto el de la Gasca. Dase la batalla entre él y Pizarro, y vencen los del Rey—3.º Vuélvese Belalcázar á su Gobierno, viene el Licenciado Briceño á tomarle Residencia, senténcialo á muerte, y yendo á España, muere en Cartagena—4.º Cuéntase la vida del Adelantado Belalcázar, y cómo pasó á las Indias con Pedro Arias Dávila.

HABIENDO el Adelantado Belalcázar quitado de delante sus ojos al Mariscal Robledo, estropiezo que tanto le ofendía, por ser natural en los hombres aborrecer la igualdad en el mandar, volvió á Cartago y comenzó á entretenerse en apaciguar los indios de su gobierno, que por ser tantos y tan belicosos, estaba siempre la ocasión en pié de probar el ánimo y vigilancia de Belalcázar y sus soldados, en que andaban ocupados entrado ya el año de mil y quinientos y cuarenta y siete, cuando habiendo llegado por sus jornadas y varios casos el Licenciado Presidente Pedro de la Gasca, en una galera, á la bahía de San Mateo, en el mar del Sur, y habiéndose enterado que la pacificación y alteraciones del tirano Gonzalo Pizarro se había de librar en las armas, entre los demás Capitanes á quien envió á llamar para esta prevención, desde aquí, fué el Adelantado Belalcázar, para que juntando los más y mejor gente que pudiese en su Gobierno, fuese á juntarse con el resto del ejército que él iba recogiendo, acerca de lo cual le volvió á enviar nueva estafeta desde Tumbez, por los fines del mes de Junio, por apretar de la necesidad de la prisa que iba dando el tirano, de la cual siendo advertido el Belalcázar, y la importancia que tenía el acudir al servicio de su Rey con la mayor que pudo, juntó más de trescientos buenos soldados, bien armados, y los más de ellos de á caballo, y aunque no pudo ser con la brevedad que él quisiera, al fin fué con toda la que pedía la necesidad, pues á los primeros del año siguiente de mil y quinientos y cuarenta y ocho, y á los principios del mes de Enero, se juntó con el ejército del Rey en Guamanga, después de haber pasado con su gente el de la Gasca la puente de Bilcas.

2.º No fué pequeño el gusto y estimación con que lo recibió el Presidente, por su mucho valor y experiencia en las guerras, por lo cual, en un Consejo que hizo particular para resolver las cosas más importantes á la guerra, lo escogió por su consejero en compañía del General Pedro de Hinojosa, del Capitán General de la artillería, Gabriel de Rojas, y del Maese de campo, General Alonso de Alvarado, y del Capitán Pedro de Valdivia, de quien dicen bajó en esta ocasión desde Chile al Pirú á servir en esta guerra, cuando supo la venida del

Presidente Gasca, y puesto ya todo á pique y pasado el río de Purimac, donde se dispusieron los escuadrones para darle la batalla al tirano Pizarro, se le encargó uno al Adelantado Belalcázar de ciento y cincuenta caballos, como hombre bien experimentado y de ánimo valeroso, con orden de que habiendo cerrado otro escuadrón de infantería Real contra la de Pizarro, él embistiese con su caballería contra la del tirano, y por haberse de hacer esto, y gobernar en buena coyuntura, como cosa importante, se le encargó al Belalcázar, como hombre reportado, una de las mejores partes que debe tener el buen soldado, á lo cual atendían los Romanos, cuando en conociendo á los soldados demasiado coléricos y sin reporte, los hacían sangrar de los brazos, para que con la evacuación de la sangre se mitigase el fuego de la irascible, y de coléricos se hiciesen reportados, y habiéndole sucedido en la batalla el viento contrario que en la pasada con Vasco Núñez Vela á Gonzalo Pizarro, quedó preso de los del Rey, porque las alas de la tiranía de ordinario son de tan pocas fuerzas, que al primer vuelo, dejando el aire del desvanecimiento, se miden con la bajeza de la tierra de donde se levantaron. Los muertos de ambas partes no fueron más que quince ó veinte, atajando Dios el derramar la sangre de sus católicos, aunque al presente muchos de ellos bien merecedores de que no les quedara ninguna.

3.° Lo cual concluso, y habiendo dado mil agradecimientos el Presidente Gasca de palabra y obra á los que le habían socorrido en servicio del Rey y contra el tirano, le dió licencia al Adelantado Belalcázar para que se volviese á su Gobierno, á donde estuvo tratando más de quietarse que de andar desvolviendo nuevas tierras y conquistas, por verse cargado de años y cansancio de ellos, de que gozó bien poco, al fin como de quietud de esta vida, que aunque no queramos, ha de ser perpetua guerra, y el sosiego una pequeña apariencia, más soñada que verdadera, pues en ese mismo año llegó á su Gobierno el Licenciado Francisco Briceño á tomarle Residencia, en especial acerca de la muerte del Mariscal Robledo, á instancia principalmente de su mujer y deudos, y habiéndola publicado, entre las querellas que hubo contra él fué la de mayor importancia la de esta muerte del Mariscal, y por ella le condenó á muerte el Francisco Briceño, y otorgándole la apelación para el Real Consejo, para donde partió luégo, llegó á la ciudad de Cartagena, donde la muerte le cortó los pasos, sacándolo de esta vida, año de mil y quinientos y cincuenta, con no pequeño sentimiento del Gobernador Heredia y nobles de la ciudad, por haber faltado en él uno de los valerosos soldados que han pisado estas Indias Occidentales.

4.° Fué natural de la Villa de Belalcázar en Extremadura de España, de los mejores pueblos que tiene el Duque de Béjar en su Estado. Era de linaje y alcuña de los Moyanos, gente llana y limpia; del segundo parto que tuvo su madre, parió dos mellizos varones, y el primero fué él, á quien llamaron

Sebastián, y á quien dejaron sus padres, por muerte, desamparado, no con numerosos caudales, de harto pequeña edad, que yéndose acrecentando y pareciéndole ser demasiada la poquedad de las granjerías de la labor de la tierra en que se ocupaba para las grandezas á que anhelaba naturalmente su corazón, y allegándose á esto cierta desgracia que le sucedió, dando de mano á aquellas ocupaciones, fué siguiendo la fama que pocos días antes había llegado á sus oídos de la gran jornada de Pedro Arias Dávila, para que se iba haciendo leva de gente para la ensenada de Acla y bocas del Darién, como dejamos dicho. Habiendo llegado en demanda de esto á la ciudad de Sevilla, y sentado plaza para la jornada, no con el nombre de los Abolengos, sino el de su pueblo, con título de Sebastián de Belalcázar, y habiéndose hecho á la vela Pedro Arias desde aquella gran ciudad con todos sus soldados, llegaron con buen viaje al Darién y pueblo que cerca de sus bocas estaba fundado de Nuestra Señora la Antigua, donde comenzó luégo el mozo, en todas ocasiones de salidas la tierra adentro, á dar muestras de sus buenos bríos naturales, ayudados de los que veía en sus camaradas, con quien se juntó luégo en un rancho, que eran Diego de Almagro y Francisco Pizarro, que después fueron todos tres tan valerosos como sabe el mundo, y estos dos eran ya vaquianos, por haber días que militaban en aquellas costas, y amigos y inclinados á soldados de valor, que fué la causa que recibiesen en su compañía al mozo Belalcázar.

———

CAPÍTULO XXI

1.º Belalcázar da noticia á Pedro Arias de Ávila de unos humos que había visto, y envíale por caudillo á descubrirlos—2.º Coge unos indios de sobresalto, prende algunos, ranchea el oro que tenían y vuélvese al Real—3.º Váse Pedro Arias á Panamá y lleva en su compañía á Belalcázar—4.º Sale Pedro Arias con Belalcázar á descubrir la Provincia de Nicaragua, donde fundan la ciudad de León—5.º Pasa Belalcázar al Pirú con Don Francisco Pizarro, y cuéntase lo que allí y en otras partes le sucedió hasta su muerte.

HABIENDO estado el Gobernador Pedro Arias algunos días de asiento en la nueva ciudad dándole á las cosas, tomó la vuelta del mar del Sur que días antes había descubierto Vasco Núñez de Balboa, y caminando por las intolerables asperezas de aquella tierra, en tiempo que toda ella estaba alzada, y retirados sus naturales al abrigo y amparo de los montes, huyendo de los nuéstros, por conocerlos ya, no les era posible haber á las manos ni aun rastrear un indio que los guiara, ni bastimentos de que todos tenían harta necesidad, hasta que trayéndolos á todos desvelados este cuidado, teniéndolo de centinela un día al Sebastián Belalcázar, vido salía un humo á una vista de la cumbre de una fuerte y brava montaña, que certificándose no ser neblina sino humo, llegó al rancho del Gobernador diciéndole había descubierto un fuego por el humo, donde podría ser hubiese gente, y que se atrevía á descubrirla, por parecerle haber demarcado bien la tierra, y que si le diese algunos soldados, entendía, con el favor de Dios, socorrer algo de las necesidades en que se hallaba el ejército. Fué notable el gusto con que recibió esto el Pedro Arias, por verse necesitado de guías y comidas, y así haciendo caudillo al Sebastián de veinte animosos soldados, les despachó en demanda del humo.

2.º Salieron todos del Real alentados, y más el Belalcázar con el favor de haberle hecho caudillo, que fué ésta la primera vez, y rompiendo por innumerables dificultades de arcabucos, breñas y saltos de la asperísima sierra, dieron tan de repente sobre gran número de bárbaros que hallaron retirados en aquellas malezas, que aunque se defendieron y huyeron algunos, prendieron á muchos de todas edades, y hubieron á las manos del rancheo más de tres mil pesos, con lo cual volvieron al Pedro Arias, que alegre del suceso, repartió el oro, sin querer el Belalcázar por ningún caso ser aventajado á ninguno de sus compañeros, aunque lo fué en el hecho, con lo cual y otras ocasiones que le fueron sucediendo, fué acreditándose de tal manera con todos, que cualquiera soldado tenía por buena suerte en las salidas llevarlo á él por caudillo, que fué tomando cada día más crecido nombre de valiente al paso que iba creciendo

su edad, y con ella, honrosos y levantados pensamientos, que siempre los conservó con la liberalidad que tenía para con todos: apacible en su conversación, modesto, amigo de virtud y de virtuosos, y en especial estimaba mucho la nobleza. Era mediano de cuerpo, bien compuesto, de ojos pequeños, viveza de rostro, en quien sabía mostrar en las ocasiones severidad, y jamás flaqueza en las más terribles de rigores de guerra.

3.º Llegó al fin Pedro Arias á Panamá y fundó la ciudad que hoy es, y conquistada la tierra, entre los repartimientos que hizo de ella en sus Capitanes y soldados, siempre llevó ventajas el Belalcázar, atendiendo á las muchas que hacía á los más en toda ocasión de honra y conquistas. Nacióle en estos tiempos á Don Diego de Almagro un hijo mestizo (que fué el que después causó hartas inquietudes en Upín, á título de vengar la muerte de su padre), que ahora le pusieron su mismo nombre de Diego en el baptismo, para lo cual hizo el padre sus padrinos á Francisco Pizarro y al Sebastián de Belalcázar, que no fué poco vínculo este parentesco espiritual para la amistad que todos tres tuvieron por muchos años, hasta que por ocasiones que fueron sobreviniendo de particulares intereses, la convirtieron en enemistades tan fuertes, que se pretendieron la muerte los unos á los otros, y aun se ejecutaron, como sucedió entre el Don Diego de Almagro y Don Francisco Pizarro, que están llenas las historias del Pirú, y á esta nuéstra no le compete tratar, por no extenderse su asunto á aquellas provincias; sólo digo que se puede advertir en el suceso de estos tres lo que comunmente se dice en adagio español: que del más fuerte y generoso vino, en corrompiéndose, se hace el más fuerte vinagre, pues la amistad de estos tres, tan avinculada y afinada en valientes ocasiones, se corrompió con accidentes de otras de propio interés, hasta que vino á convertirse en enemistades tan fuertes, que se desearon beber la sangre los unos á los otros, de que son buenos testigos los discursos de todos.

4.º Teniendo ya Pedro Arias su ciudad de Panamá fundada, y repartida la tierra y avecindados en ella sus soldados y Capitanes, trató luégo se hiciesen nuevos descubrimientos á una y otra costa de aquel mar del Sur, y disponiéndose para estas jornadas y para la que había de ir haciéndose más al Sur, asignando á los Capitanes Don Francisco Pizarro y Diego de Almagro, tomó el Pedro Arias por su persona la parte del Poniente, en demanda de la Provincia de Nicaragua, de quien tenían grandes noticias, desde donde comenzaba la tierra que después se llamó y hoy se llama de Nueva España. A esta jornada le pareció importante al Gobernador llevar en su compañía al Sebastián de Belalcázar, prometiéndole con juramento de mejorarlo en todas las honras y provechos que se fuesen ofreciendo en la conquista, á que acudió este Capitán dándole palabra de seguirlo, con harto disgusto de Pizarro y Almagro, que dieron mil

trazas de impedir esto, por llevárselo consigo, que no les fué posible por no quebrantar el Belalcázar la palabra que había dado al Gobernador, por lo cual, despidiéndose los tres amigos con hartos sentimientos y prometiéndose de darse avisos de todo buen ó mal suceso en sus viajes, prosiguieron el suyo el Pizarro y Almagro, y pocos días después el Belalcázar con el Gobernador Pedro Arias, que desembarcando después de haber navegado con buen tiempo por la costa del Sur, en cierto puesto fundó el Pedro Arias la ciudad de León en la Provincia de Nicaragua, donde lo hizo primer Alcalde y aventajado en las suertes de los repartimientos de indios, que supo bien merecerlo por los valerosos hechos con que se hubo en sus conquistas y pacificaciones.

5.º En esto andaba ocupado Belalcázar, cuando lo estaba Don Francisco Pizarro y sus compañeros en los grandes descubrimientos del Pirú, que para continuarlos y que el Rey se los premiase, pasó en España, desde donde habiéndole el Rey hecho Gobernador de lo conquistado y que fuese conquistando, y juntando una buena compañía de soldados, partió otra vez para estas Indias y llegó con su compañía á Panamá, desde donde remitió Pizarro al Belalcázar propios á rogar que se sirviese de acompañarle en los descubrimientos que tenía comenzados en el Pirú, cebándole para esto con las grandes relaciones que le dió de las valientes riquezas que se iban descubriendo y se descubrirían en sus conquistas del Pirú, con que se determinó el Belalcázar á dejar la Provincia de Nicaragua, y comprando un navío grueso, embarcarse con treinta compañeros y seis caballos, y ya en demanda de su amigo Don Francisco Pizarro, que lo recibió con notables demostraciones de alegría, y con la misma lo llevó en su compañía, no engañándose en el valor del soldado que llevaba, por tenerlo ya también experimentado, como se echó de ver en la mucha parte que tuvo en todas las conquistas del Pirú, en especial desde los términos del Quito para abajo, habiéndolo hecho su Teniente General el Don Francisco Pizarro, de cuyos hechos del Belalcázar hemos tratado alguna cosa, y tratáramos mucho más, si no fuera sacar esta Historia del intento y términos en que se estrecha, y así, habiendo dicho lo que debajo de ellos á ella le pertenecía tratar del Belalcázar hasta su muerte, dejamos lo demás al cuidado de las que tratan de las provincias restantes.

FIN DE LA TERCERA NOTICIA.

CUARTA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

1.º Sentimiento general que hubo en todas las Indias por las nuevas leyes del Rey—2.º Quítanle á Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua, unas encomiendas, de que resulta amotinarse su hijo Hernando de Contreras—3.º Llégasele á éste alguna gente de los rebelados del Pirú; matan al Obispo; van á Panamá y desbarátanlos, con que cesa la tiranía—4.º Conjuración de un religioso que determinaba alzarse con todas estas Indias—5.º Convoca gente para el efecto y trazan el modo que han de tener en el alzamiento.

FUE tan grande y general el sentimiento en todas estas Indias Occidentales de las nuevas leyes y ordenanzas que trajo á ellas el Virrey Vasco Núñez Vela á la parte del Pirú, y otros Jueces á las demás provincias, que no obstante su justificación y ser hechas para el mejor gobierno de estos naturales (antes pienso que por eso mismo), fueron tan mal admitidas de la gente libre y que deseaba vivir sin ley y sin Rey, que en muchas partes de estas Provincias las tomaron por ocasión de mostrar con ánimos alterados lo mal satisfechos que se imaginaban estar de sus grandes servicios. De lo que de esto sucedió en el Pirú hemos tratado algo, aunque de paso, por no ser de nuestro intento, como ahora habremos de tocar, por hacer á él, de lo que sucedió en Nicaragua sobre las mismas nuevas leyes. 23

2.º Gobernaba allí cierto caballero llamado Rodrigo de Contreras, natural de la ciudad de Segovia en España, yerno de Pedro Arias Dávila (el Gobernador que dijimos del Darién y de Panamá), por haber casado con su hija Doña María de Peñalosa y Bobadilla, en quien tuvo dos hijos llamados Hernando y Pedro de Contreras, y prohibiendo las nuevas leyes que ningún Gobernador ni Ministro del Rey pudiese tener indios de encomienda, en llegando á ellas traspasó la que tenía el Gobernador Contreras en su mujer é hijos, lo cual tampoco se pudo hacer por las mismas ordenanzas, que también disponían no valiesen los tales traspasos y dejaciones, si no fuesen hechas un año antes de su promulgación, lo cual advertido por el Licenciado Herrera, Oidor de la Audiencia de los Confines ó de la ciudad de Gracias á Dios, que le vino á tomar Residencia, los privó de los indios y los puso en la Real Corona, lo que también confirmó la misma Audiencia, sobre lo cual fué á España el Rodrigo de Contreras, que después de apretadas diligencias no le fué posible salir con su intento, antes el Supremo Consejo de Indias confirmó segunda vez lo mismo, de que el Hernando de Contreras, hijo mayor del Rodrigo de Contreras, comenzó hacer sobradas demostraciones de sentimientos con palabras excusadas y con ánimo demasiado brioso, afirmando que si tuviera ayuda se vieran las demostraciones que hacía con obras en el caso. Esta voz, echada en corro sin ningún recato, antes con deseo de que viniera á los oídos de todos, llegó á los de algunos de los delincuentes del Pirú, que por las alteraciones de Pizarro y otros andaban por aquellos tiempos, que era el año de mil y quinientos y cincuenta, desterrados por aquellas Provincias de Panamá y Nicaragua, gente desalmada y totalmente perdida, amiga de disturbios y novedades, acostumbrada á vivir del hurto, sin freno y en toda libertad de bullicios y inquietudes.

3.º Estos tales, con otros naturales de las dos Provincias y de su mismo pelaje en costumbres, se ofrecieron á seguir al Hernando de Contreras y tomarlo por cabeza, como le conocían ser caballero y de buenos bríos, y seguir obedeciéndole á donde quisiese ir, y aun asegurándole que de todas partes de estas Indias le acudiría tanta y tan buena gente, que nadie se atrevería á hacerle resistencia, antes le favorecerían, por ser hijo de su padre y nieto de Pedro Arias Dávila, cuyas memorias eran célebres á la sazón en toda aquella tierra, por quien él era, y por tener tanta parte en los descubrimientos del Pirú. De estas pequeñas centellas se fueron encendiendo unas tan grandes llamaradas, que habiéndosele juntado al Contreras mucha gente de la forajida que hemos dicho, y entre ellos el más principal un Juan Bermejo, también natural de Segovia, comenzaron luégo á hacer de las suyas, alterando la tierra, robándola y matando á los que les parecía, y para dar principio atrocísimo á sus maldades, se determinaron á que fuese la primera matar al Obispo Fray Antonio

de Valdivieso, como lo hizo el Hernando de Contreras entrando en su casa, en la ciudad de León; ya que le iba á dar, no pudiéndose esconder, aunque lo intentó, le dijo: "Ven, lobo, hártate de mi sangre". Y la ocasión porque emprendió este mal aconsejado mozo un hecho tan atroz, no fué otro que la enemiga que le tenían porque defendía á los indios y procuraba su buen tratamiento y reprendía á los que hacían lo contrario; pareciéndole que con esto lo había de ser el Obispo de sus intentos, que eran de introducirse y confirmarse en el imperio de toda la tierra que pretendía tomar con ayuda de sus forajidos, con los cuales caminaba de un vicio en otro, y de una maldad menor á otra mayor; vinieron á dar sobre la ciudad de Panamá, donde se hubo la gente de ella tan valiente, que desbaratando al Capitán Juan Bermejo á los veinticuatro de Abril del mismo año que lo prendieron, se desbarató toda la conjuración con muerte del Bermejo y otros muchos, destierro de otros y fuga de los dos hermanos Contreras, Hernando y Pedro, y de los demás que no pudieron haber á las manos y que fueron huyendo por varias tierras.

4.º Entre los cuales fueron á parar á la ciudad de Cartagena, huyendo, por haber andado entre los alterados, dos frailes de cierta religión, llamado el uno Fray Andrés de Albis, predicador, y el otro su compañero Don Alonso. Estaba á la sazón recién poblado, en la misma ciudad, un convento en la parte que hoy llaman de los Jaqueyes, cuyo fundador, que se llamaba Fray José de Robles, varón de grandes letras y prudencia, recibió á estos dos en el convento, que no debiera, si bien satisface su buen intento y caridad á la calumnia que esta recepción podía tener, y lo que luégo se siguió, que fué dejar por Prior del convento á Fray Andrés Albis, ofreciéndosele ocasión al Fray José de subir á este Nuevo Reino. Viéndose el Fray Andrés de Albis cabeza del convento, le pareció ser tiempo, por no tener freno de superior, de comenzar á poner en ejecución los intentos, pensamientos y alterado ánimo con que habían salido de ésta los tiranos con quienes había militado en Nicaragua y Panamá, que eran de hacerse señor de todas estas Indias, para lo cual le pareció ser buen medio el hacer gavilla con otros tales como los que él había dejado, pues los había á propósito en Cartagena y en tierra, de los que había desterrado el Licenciado Gasca de los alterados en el Pirú, que habían bajado por este mismo Reino, y de otras partes. Y pareciéndole al Padre Andrés Albis ser de éstos los más alentados un Diego de Vargas Carvajal y otro vizcaíno llamado Pedro de Ochoa, les habló muy en puridad, y les hizo manifiestos sus intentos, asegurándoles que por su industria y maña y la valentía de los dos vencerían en poco tiempo á los señores de todas estas Indias.

5.º Lo cual rehusando á los principios el Vargas y el Ochoa, escaldados de los sucesos del Pirú, y temerosos de otros tales y peores, con todo eso, persua-

didos de las eficaces aunque aparentes razones del fraile, vinieron todos tres á quedar de unos intentos, señalados los dos seglares por cabezas de la maldad y alzamiento, con que comenzaron luégo á juntar armas y toda suerte de instrumentos bélicos, y á convocar gentes con el secreto que les convenía, debajo de solemnes juramentos, prometiendo grandes ventajas á cada uno de los muchos que habían de adquirir hacienda, señores de todas las Indias, con que no dejaron de ir agregando y juramentando desde luégo gente de toda broza. El concierto era para dar principio á la tiranía, que en cierto día muy solemne, ya que todo lo demás de gente y pertrechos estuviesen á pique, estando los vecinos de la ciudad de Cartagena en los Oficios Divinos, y predicando el Fray Andrés Albis, cuando en cierta parte del sermón alzase la mano, embistiesen todos los conjurados, que habían de estar en diferentes puestos, y matasen á los que estuviesen en la iglesia, reservando á las mujeres para enviciarse en ellas, y que hecho esto y entregados de los despojos de la ciudad, se tomarían navíos y la vuelta de Panamá, y desde allí al Pirú, sin más resistencia que la que de sus malos juicios y afectuosos deseos les daban sus pensamientos; caminos ordinarios en quien se deja vencer del enemigo del género humano, quitándole los estorbos y dificultades á los principios, para que los tengan de entrar en las redes de laberintos tan intrincados de ofensas á Dios, haciéndoles después tan dificultosas las salidas que no puedan escapar de ellas, sin dejar la cabeza á lo menos, ó hechos cuartos, como sucedió á éstos.

CAPÍTULO II

1.º Tres soldados de los conjurados aconsejan á un mozo se haga de su parte, el cual, vencido de sus ruegos, lo acepta—2.º Descubre este soldado al sacristán de Cartagena la conjuración, y luégo al Gobernador—3.º Hace prender el Gobernador á todos los amotinados, castigándolos conforme á su delito—4.º Sucede un incendio en la ciudad de Cartagena, que hizo muchísimo estrago—5.º Montó el daño que hizo este incendio á más de doscientos mil pesos.

ESTA tela se andaba urdiendo y allegándole prisa hilos de gente ruin para ella por cuantos caminos podían, cuando á un Alonso Ruiz, que á la sazón era sacristán de la Catedral de aquella ciudad de Cartagena, y después por su mucha virtud y habilidad de voz y tecla, Prebendado en esta del Nuevo Reino, le vino á su posada de Castilla un mancebo del Reino de Toledo, que era su patria, á quién habiéndole tenido algunos días en su posada, avió para este Nuevo Reino, disponiéndole canoa para subir el Río Grande de la Magdalena, y mulas para llegar hasta embarcarse en la Barranca, y habiendo caminado el primer día desde la ciudad y llegado á ranchearse aquella noche á ciertas estancias, halló en ella á tres de los conjurados, que habían tomado á su cargo el tentar los ánimos de los caminantes para ir engrosando más por este camino la cuadrilla, que para reducirlos á sus intentos les proveían de comida y hacían otros agazajos amigables, como lo hicieron con este mancebo, y habiéndole sacado los propósitos y viaje que traían de este Nuevo Reino, lo procuraron deslumbrar de él infamando la tierra de miserable, y el camino del río de dificultoso, con que le fueron desaficionando á pasar adelante, introduciendo en su ánimo lo que ellos pretendían, dándoselo á entender con razones tales que se dejó vencer el mozo de ellas y hacer juramento de seguirles, habiéndole primero prometido los montes de oro con que suelen los tales hechizar y aficionar voluntades mal advertidas.

2.º Determinando el mozo, para disimular más el concierto, volverse á la ciudad, con parecer de los tres conjurados, tomó la vuelta de ella y volvió á entrar en la casa de su paisano el sacristán, que viéndolo de repente, encendido en cólera y palabras, lo recibió con desabrimiento por haberle hecho el gasto del viaje y sin provecho, pues se hallaba otra vez con el huesped en casa. De la cual cólera le procuró sacar el huesped con razones blandas, diciéndole por palabras generales lo mucho que le importaba no proseguir por entonces su camino, y apretándole el Alonso Ruiz en que le dijese la causa de su vuelta, se la declaró sin encubrirle cosa de lo que había sucedido en el camino con los tres, de que avispado mucho más el sacristán oliendo resabios de tiranía, le

habló con palabras más ásperas, ponderándole el caso y induciéndolo á que con toda brevedad fuese y se lo dijese al Adelantado y Gobernador Don Pedro de Heredia, que era menester desde luégo pisar centellas que amenazaban tan grandes ruinas, en que vino el mozo con facilidad, aunque no atreviéndose á ir solo á manifestarse delante del Gobernador, le rogó al Ruiz fuese con él, como lo hizo entrando él primero que el mozo en casa del Adelantado, y diciéndole cómo aquel soldado tenía cierto negocio que hablar con Su Señoría, que decía que era de importancia, por lo cual el Adelantado se entró con el mancebo á solas en un aposento, que le declaró por menudo todo lo que le había sucedido con los tres mozos en la estancia, y lo que de ellos había podido conocer de la conjuración.

3.º A los cuales hizo prender el Gobernador con gran recato aquella noche, de quien se supo, sin intervenir fuerza de tormento, todo lo que el mozo le había dicho y aun todo lo que tenían urdido los conjurados, que estaban divididos por las estancias y pueblos de indios de la comarca de aquella ciudad, en especial en el pueblo de Zipagua, donde estaba la mayor fuerza de gente y armas, para donde con la mayor brevedad y secreto que se pudo, despachó el Adelantado al Capitán Juan Villoria, como á su Teniente General, con buena copia de soldados, el que dando de repente sobre los de Zipagua, los prendieron y desarmaron juntamente con el Fray Andrés de Albis y su compañero Fray Alonso, que estaban con ellos esforzando la conjuración por otras partes donde se tenía de los demás aliados; se despachó otro caballero llamado Don Luis Bravo, que recogiendo no poca gente de los alterados, volvió con ella casi al mismo tiempo que el Villoria á la ciudad, donde siendo presos y á buen recaudo, en especial el Diego de Vargas y el Pedro de Ochoa, que confesaron en el tormento toda la conspiración desde sus principios y cómo había sido de la suerte que hemos dicho, fueron por ella estos dos arrastrados y hechos ocho piezas, y los demás oficiales colgados, azotados otros y otros desterrados, como también lo fueron los frailes para Castilla, para donde fueron luégo metidos en ciertos navíos que estaban á pique para hacerse á la vela la vuelta del puerto de la Habana, á donde llegó el Fray Andrés Albis preso, y intentó de huírse del navío, cubierto una noche de la oscuridad de ella, y asiéndose de un cable de las amarras del navío, se fué escurriendo por él, para tomar tierra, á tiempo que haciendo balance el navío, sumergió el cable en el mar junto con el Fray Andrés, de donde nunca más salió, dando con esto el último fin á aquel alzamiento y tiranía, intentada tan sin fundamentos y con tan varios desatinos, con que se atajó la alteración que ya iba teniendo toda aquella Provincia, así entre naturales como españoles; condición de poblaciones nuevas y sin acabar de echar raíces y fundamentos, antes estarse muy á sus principios; esto fué en los del mes de Noviembre del

mismo año de mil y quinientos y cincuenta y uno.

4.° Por ser común condición de las cosas de este mundo permanecer poco tiempo en paz quieta, por ser perpetuas sus guerras y cosa muy cierta que en saliendo de casa un trabajo y inquietud, está otro ú otros muchos á la puerta para entrarse luégo, parece sucedió lo mismo á esta ciudad de Cartagena, pues luégo, á los primeros días de Enero del año siguiente, le sucedió un incendio tan repentino y de tanto estrago, que ni se pudo reparar ni aun saber sus principios mientras la llama andaba consumiendo en ceniza las muchas casas que se incendiaron, por estar á la sazón expuestas á este peligro, siendo todas de madera, paredes y suelos, y las cubiertas pajizas ó á lo más palmizas. Fué la causa de él el descuido de ciertas enfermeras, que estando dando las unciones á cierta mujer de mal contagioso, arrimando sin advertencia del peligro unos braseros á las paredes, por ser de lo que hemos dicho, se encendieron una ó dos de ellas, que con facilidad se enseñorearon las llamas de toda la casa, escapándose la enferma de milagro. Acertó á estar esta casa á la parte del Este y principios de la ciudad, por donde en aquellos tiempos le calan las brisas bañándola toda, que cuando es sin estas desgracias es este viento su alma contra los insufribles calores de aquel sitio y costa. Las llamas y centellas antecogidas de la brisa, no se pegaban á cubierta de paja que no la encendiesen por el soplo del viento que las iba siguiendo. La oscuridad de la noche, que fué el tiempo en que el incendio se comenzó, daba mayor confusión, turbaban las campanas, entendiendo unos que era rebato, otros que incendio de enemigos, lo que les hacía saltar de las camas cada cual como se hallaba y andar sonlocados por aquellas calles hombres y mujeres, sin saber si acudiesen al fuego ó á la huída del enemigo que imaginaban, á quien está expuesta siempre aquella ciudad, y aun por entonces escaldada de lo que les había sucedido con los franceses. Remolinaban con tanta fuerza y velocidad las llamas por encima las pajizas cumbres, que las arrebataban de vuelo, bajábalas á veces el aire en borbotón á lamer las pajas del suelo y el arena con que estorbaban el socorrer el menaje y prendas de las casas, y así quedaba todo convertido en globos de ceniza, con grandes gritos y alaridos de todos, causados del sentimiento de tan gran pérdida.

5.° No escapándose del terrible incendio, al fin como que estaba en el corazón de las demás casas, el sagrado templo, llegaron á socorrerle y atajar el fuego muchos de la ciudad con el Gobernador Don Pedro, que andaba con la velocidad de las llamas probando por mil caminos si se podrían apagar, pero ni éstas pudieron tener remedio, ni las que entre tanto se encendieron en su casa, un volcán tan fuerte que aun hasta las piedras ardían, con que le arrebataron las pocas reliquias de riquezas que le habían quedado de las visitas, y otras des-

gracias que le habían sucedido, como hemos visto, que fué el paradero del mucho oro y riquezas que se habían sacado de las sepulturas del Zenú. Fué tan lastimosa la pérdida de la ciudad en este incendio, que demás de haber barrido lo principal de las comidas, harinas, maíz, vino y aceite, que montó el estrago á doscientos mil pesos largos, y aun á este paso han ido sucediendo hasta nuestros tiempos otros tan grandes y lastimosos incendios, no habiendo querido escarmentar de unos para otros, y hacer las casas de paredes y teja, como ya hoy las tienen con más seguro de estos peligros que hasta aquí, aunque siempre se está en pié el de tantos negros esclavos como viven en ella, que por ser gente de menos advertencia, no la tienen en excusar peligros.

CAPÍTULO III

1.º Fúndase la ciudad de Almaguer en la Provincia de Guachicono—2.º Sale el Capitán Sebastián Quintero á apaciguar los Paeces, y lleva en su compañía á Alvaro de Hoyón—3.º Puebla Sebastián Quintero la Villa de San Sebastián de la Plata—4.º Comienza Alvaro de Hoyón á hacer algunas prevenciones para un alzamiento que intentaba.

DIJIMOS cómo el Licenciado Briceño, habiendo tomado Residencia al Adelantado Belalcázar y sentenciádolo á muerte por la que él dió á Robledo, queriendo pasar en España á la mejora de sus causas, pasó de esta vida en la ciudad de Cartagena; pero mientras á la de Popayán no vino nuevo Gobernador, estuvo haciendo este oficio el Francisco Briceño por algún tiempo, desde el año pasado de mil y quinientos y cincuenta, en el cual tiempo dió algunas conductas de Capitanes para que se fuesen haciendo algunos nuevos descubrimientos y pacificaciones de provincias de mala paz y que en ellas se fuesen poblando algunas ciudades de españoles, y entre los demás se la dió á Vasco de Guzmán, año de mil y quinientos y cincuenta y uno, para que poblase en la de Guachicono, donde pobló la ciudad que entonces le nombró y hoy se llama de Almaguer, á quien después de haberla poblado y hecho Justicia y Regimiento, con las demás ceremonias que suelen en tales fundaciones, le quitó el Gobierno de ella, por calumnias que le pusieron ante el Briceño un Luis Mideros y un Juan de Medellín, dando el Gobierno en su lugar á Alonso de Fuenmayor, yerno del Adelantado Sebastián de Belalcázar, hombre cabal y bien experimentado en Gobiernos y conquistas de esta tierra, con que salieron de Popayán á la nueva población muchos y buenos soldados, entre ellos un Vicente Tamayo, que después fué vecino de la ciudad de Tunja, en este Nuevo Reino.

2.º Dió también conducta de Capitán el Licenciado Francisco Briceño al Capitán Sebastián Quintero, para que saliese á apaciguar los Paeces, y en la mejor parte que le pareciese de su Provincia fundase un pueblo de españoles, el cual, admitida la conducta, comenzó hacer leva de gente, y entre ella se alistó un Alvaro de Hoyón, que no debiera. Era este soldado natural de Huelva en el Condado (de donde también era el Sebastián Quintero, y que se habían criado juntos en un barrio), hijodalgo, nieto del Comunero, y que por tál lo habían condenado, que compuso aquel romance antiguo tan común y trillado en nuestra Castilla, que comienza: "Mi compadre Gómez Arias era mediano, de cuerpo fornido, de rostro torbo, de talento bronco, arrogante, y más necio que discreto, arrojadizo, algo sonlocado y atrevido, y por esto entre la gente de menos cuenta, tenido por valiente." Era uno de los que se desgaritaron del Pirú,

huyendo de la pena que merecían los levantados con el tirano Pizarro, centella de aquel fuego que intentó (como veremos y donde diremos), otro tal ó mayor, porque al cabo las cosas vienen á aparecer á sus dueños y á los años mil vuelven los ríos por donde solían ir, y el humor que reverdece en las hojas les viene de su raíz, como le sucedió á éste, resucitando las mañas de su abuelo. Entró por cabo de una escuadra este Hoyón en la población de Almaguer, donde por ocasión le detuvo cierta pendencia con otro soldado de su misma tierra, llamado Francisco Domínguez, que habiéndolos puesto en paz, sin mal suceso, otro soldado llamado Sancho de Rojas, amigo del Hoyón, dió después una tan mal herida al Domínguez, que sin poder hacer declaración alguna quedó muerto, de lo cual, recargando la culpa al Hoyón, hubo de retraerse á la iglesia con su amigo Rojas, y desde allí, pareciéndole no estaba bien seguro, tomar ambos la vuelta de Cali por trochas desmentidas, donde también no asegurándose mucho del hecho, se retrajeron ambos al convento de los Padres de la Merced.

3.º Desde donde solicitaba Hoyón su pleito, pretendiendo probar la cuartada, y que él estaba en su posada cuando sucedió el caso; fiando en esto y en rogadores que echó, como fué Tamayo y otros, para que sazonasen el Juez, que era el mismo Licenciado Francisco Briceño, intentó presentarse, de que el Juez desengañó á los intercesores, y viendo ser más seguro poner tierra entre medios y salir de entre los tizones de aquella tierra, como lo hizo el Hoyón, vista la resolución y severidad del Juez, tomando la vuelta de la ciudad de Popayán más que de paso, donde halló que estaba haciendo leva de gente para su jornada su paisano Sebastián Quintero, que viendo al Hoyón cuán sin gusto andaba, y aperreado por su pleito, le convidó con su compañía y amistad, prometiendo hacerle su Teniente y mejorarle en las suertes de repartimiento de indios en las provincias que poblasen. No le pareció al Hoyón le estaba mal esta amistad en esta ocasión, por el seguro que de ella se le seguía en las calumnias de que estaba acusado, por lo cual habiéndole dado todo buen avío el Quintero y ninguna ocasión de desabrimiento, sentó plaza para la jornada con la demás gente apercibida, para lo cual salieron, y habiendo entrado el año de mil y quinientos y cincuenta y uno, y habiendo atropellado por mil dificultades que les ofreció el camino, así de guazabaras y conquistas de indios como de sus grandes montañas y fragosidad, llegaron á un sitio en la Provincia de los indios Cambis, que los primeros descubridores llamaron Yalcones. Este pueblo se llamó San Bartolomé de los Cambis, y se despobló con la tiranía de Alvaro de Hoyón. Reedificólo después el Capitán Bartolomé Ruiz junto al cerro de la Plata, y llamólo San Sebastián de la Plata, siete leguas de Timaná, pacificando los indios Otongos, muy fieles, pues con ellos, que eran más de mil y quinientos, se sustentaron los nuevos vecinos más de veinte años, hasta que los indios Pijaos, el año de mil y

quinientos y setenta y siete, quemaron aquella ciudad, matando á muchos de sus vecinos, y los que se le escaparon se mudaron con sus indios de encomienda á Timaná y allí permanecen con el amparo español, doce leguas á la parte del Norte de la Villa de Timaná, tierra riquísima de minerales de plata, cerca del gran cerro que llaman de San Sebastián del Plata, donde pareciéndole al Quintero ser tierra tan á propósito como se podía desear, fundó una Villa, á quien llamó San Sebastián de la Plata, por la mucha que había y hoy hay en su distrito, el cual habiéndolo pacificado algo (porque del todo hasta hoy no lo está), hizo apuntamientos (lenguaje de esta tierra), repartiendo entre sus Capitanes y soldados la de los Caciques y Capitanes fronterizos, y que de mala paz aún traían, más por fuerza que de grado, bastimentos á la nueva Villa.

4.° Yá en este tiempo había entrado el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, en el cual, luégo que el Quintero señaló y repartió estas encomiendas, envió al Alvaro de Hoyón, como persona de las más interesadas en ello por haber sido aventajado en suertes, á que las confirmase la Real Audiencia de este Nuevo Reino de Granada, donde á la sazón eran Oidores el Licenciado Góngora y Galarza, y recién llegado á ella, también por Oidor y Juez de Residencia de Miguel Díaz de Almendaris, el Licenciado Juan de Montaño, y de Popayán había también llegado por Oidor el Licenciado Francisco Briceño, dejando en Popayán el Gobierno á la Justicia ordinaria, habiendo presentado en la Real Audiencia sus papeles de apuntamientos el Hoyón, y alterádose alguna cosa del orden que traían de las encomiendas en que le debiera caber parte, andaba con demostraciones de tan gran disgusto, que se echaba bien de ver y aun los pensamientos con que andaba del alzamiento y tiranía que pretendía hacer, para lo cual empleó su caudal en esta ciudad de Santafé en arcabuces, municiones y otros pertrechos de guerra, fingiendo que eran para la que se hacía en los Cambis, para donde despacharon de la Audiencia; tomó la vuelta con tres ó cuatro de los compañeros que trajo á esta ciudad, que todos eran de su pelaje, y á quien él tenía comunicados sus intentos para la vuelta á San Sebastián de la Plata, á donde llegó y fué bien recibido del Sebastián Quintero como de fiel y verdadero amigo, á quien le supo ocultar bien sus intentos y traición que le tenía armada, hasta que tuvo más fuerza de gente de su alianza y devoción aunados con grandes juramentos de que le seguirían en todo trance y ocasión, que le guardaron el juramento todos los que le hicieron, como si él fuera lícito y obligara á su guarda, pues por ser perniciosísimo y de cosa tan atroz, no sólo pecaron gravísimamente en hacerlo, sino también en guardarlo; pero al fin de almas obstinadas en maldades no hay que espantar, sino de las que no hacen y emprenden.

CAPÍTULO IV

1.º Mata Alvaro de Hoyón al Capitán Sebastián Quintero y á otros ocho soldados—2.º Roban á Timaná los tiranos, matan á Diego López Trujillo, Justicia Mayor de ella, y hacen lo mismo en la Villa de Neiva—3.º Previénense los de Popayán á la defensa contra el tirano Hoyón—4.º Vienen nuevas á la Audiencia de Santafé del alzamiento de Hoyón y envían al Licenciado Montaño á su castigo.

HABIENDO juntado este tirano con este modo, de su bando y devoción, hasta poco más de veinte soldados, que aunque bien armados, fué otra mayor temeridad y ceguera pretender con tan pocos salir con tanta máquina como intentaba, y nombrado sus Oficiales militares, y entre ellos á un Diego Gómez de Casañas por su Maese de Campo, y ordenando que le llamasen á él el Príncipe de la Libertad en toda ocasión, en la que vido más acomodada de las muchas que tuvo con el Sebastián Quintero, por ser su grande amigo, andar y comer siempre juntos, le dió de puñaladas, sacándole de esta vida, y á ocho soldados del mismo pueblo y compañía que no quisieron seguir sus pasos, y matara también á otros dos, uno de ellos llamado Juan López Paladines, si no le fueran á la mano algunos de sus soldados, que acudieron con grandes ruegos á que los desterrara, á que acudió el Hoyón, pareciéndole no le excusaban por aquel camino sus muertes, pues desterrados de aquel sitio, habían de entrar por fuerza, por cualquiera parte que salieran á cumplir su destierro, por entre provincias de belicosísimos indios, voraces de carne humana, que siendo solos dos los soldados y desarmados, era conjetura evidente que habían de perecer á sus manos, si la Providencia del cielo no los amparara, como sucedió, y se puede tener de cierto dispuso Dios el negocio por este medio, y conservó la vida á estos dos soldados, para que no durara mucho la del Hoyón ni se consiguieran los efectos de los malos intentos suyos y de su gente; y así con socorro del cielo llegó el Juan López Paladines con su compañero, por provincias de belicosos indios y trochas extraordinarias, hasta la ciudad de Popayán, donde dió aviso de lo que pasaba, que á no tenerlo por este camino, la cogiera por ventura el Hoyón descuidada, donde sucedieran las miserables tragedias, iguales ó mayores á las que había experimentado todo el Pirú los años antes con los alzamientos que lo habían infestado sus tiranos.

2.º Este, que comenzaba ahora á correr con desenfrenados bríos tras el apetito de su codicia y tiranía, después de haberla ejecutado en el pueblo de San Sebastián de la Plata con las muertes dichas y robos de cuanto en él halló y haberla convertido toda en pavesa, dió tan de repente en la Villa de Timaná, por estar, como hemos dicho, solas doce leguas del sitio de San Sebastián, que

hallándola desapercibida y sin ninguna resistencia, mató lo primero á Diego López Trujillo, Capitán y Justicia Mayor de ella, robó cuanto pudo haber á las manos de las casas y lo que había en la caja de los bienes de difuntos y la Real, y llevando consigo, más por fuerza que de grado, á algunos de los vecinos, bajó á la Villa de Neiva, donde hallándola también desapercibida, mató á algunos vecinos de ella, y la robó también y hizo otras tiranías y crueldades como de él y su gente se esperaba, engrosando también su cuadrilla con algunos soldados, que allí con violencia los hizo juramentarse de seguirlo con sus armas, de que tomó todas las que halló en la Villa. Manifestaba el Hoyón á cada paso sus intentos, que eran de pasar á todos los pueblos de la Gobernación de Popayán, y habiendo hecho lo mismo que en estos dos, revolver sobre este Nuevo Reino de Granada á cortar las cabezas al Presidente y Oidores de la Real Audiencia y á todos los Capitanes y gente más granada del Reino, y juntarse después con otras cuadrillas de gente inquieta que iba bajando del Pirú, rebelada en compañía de un Godines, y con ésta irse enseñoreando de todas estas Indias de Tierra Firme, al modo que entonces era fama de que pretendían hacer lo mismo otros soldados inquietos en la Nueva España.

3.° Con estas intenciones, desde la Villa de Neiva, que la dejó asolada, volvió á Timaná con toda su gente en demanda de la ciudad de Popayán, aunque ya tarde para sus deseos de hallarla desapercibida, que por el aviso de los dos soldados que él había desterrado, no lo estaba sino con muy grandes prevenciones, que las comenzaron hacer luégo que los soldados llegaron, poniendo avisadas y cuidadosas centinelas en muchos puestos, de indios naturales, y avisando demás de esto á todos los repartimientos que estaban por aquella comarca, de quien tenían por momentos aviso en la ciudad de los pasos que iba dando el tirano, porque se los contaban los indios; avisaron á las ciudades de Cali y Almaguer que les enviasen socorro, por tener por cierto iba Hoyón á aquella ciudad de Popayán, á que los de Cali no acudieron, temiéndose que si torcía el camino y quería dar sobre su ciudad, tenían necesidad de la gente que estaba en ella y de mucha más; lo que no hizo la de Almaguer, por ventura, por saber de cierto, por aviso de alguno de los de la compañía de Hoyón, que no llegaría por allí, y aun no iba mal encaminado el discurso del tirano, porque no se diese aviso en Popayán, mientras se detenía en la menor presa de las otras ciudades, y así la de Almaguer se determinó á enviar de socorro á la de Popayán, con el Capitán Luis Mideros, portugués, once valerosos soldados, bien experimentados en tales guerras, que fueron Juan de Gaviria, vizcaíno; Francisco Ruiz, Antonio de Guevara, natural de Toledo; Álvaro Gudino, Tamayo, Alonso Casco, natural de Trujillo; Martín Muñoz, de Ubeda; Pedro Galiciano, Cosme de Torres, Juan de Medellín y Gonzalo Gómez; los cuales bien pertre-

chados de armas y con algunos caballos, luégo que tuvieron la nueva, tomaron la vuelta de Popayán, á donde llegaron y fueron bien recibidos del Cabildo, que á la sazón gobernaba, y del Capitán Diego Delgado, que lo habían nombrado para que lo fuese en esta ocasión para dentro de la ciudad, donde se hallaban al presente casi setenta hombres de guerra, bien armados los diez y siete de á caballo, sin otros muchos negros esclavos y indios Yanaconas, que los dispusieron y armaron, para lo que fuera menester, con sus arcos, flechas y otras armas.

4.º Tampoco se descuidó la fama, que nunca halla dificultades en los caminos para llevar nuevas (por lo cual la pintaba la antigüedad con alas ligeras), de traerlas, luégo que se comenzó la rebelión y tiranía en San Sebastián de la Plata, * á esta ciudad y Audiencia de Santafé, que previniéndose á la defensa y al socorro que se les debía dar á las demás villas y ciudades, donde la misma fama divulgaba y se podía temer llegaría el tirano, y para pisar á los principios aquellas centellas, nombró al Licenciado Juan Montaño, uno de sus Oidores, por Gobernador y Capitán General de la Gobernación de Popayán, despachándole para eso provisión Real á los veintiseis de Octubre del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, en que le daban comisión para poder llevar á este socorro toda la gente, caballos, armas, municiones y pertrechos de guerra que quisiese y pudiese sacar de este Nuevo Reino, Santafé y sus ciudades comarcanas, y para nombrar Tenientes y otros Oficiales á su voluntad; dándole también facultad para perdonar los culpados en la rebelión, en nombre del Rey, si viese que convenía así, y para gastar en estas facciones lo que fuese necesario de la Real Hacienda, y que si no lo hubiese, lo tomase prestado, mandando á todos le diesen favor y ayuda en todo lo que fuese ordenando en las partes que llegase, y que le obedeciesen en todo, con pena de mil pesos de buen oro y de las demás penas arbitrarias que les pusiese. Púsose esto en efecto, conduciéndose gente de su voluntad alguna y á expensas propias, y otra á costa del Rey, en las ciudades de Tunja, Vélez y Santafé, desde donde salieron bien pertrechados de armas, y tomando la vuelta de la Gobernación de Popayán, llegaron á la ciudad de Tocaima á los últimos de Octubre del mismo año de mil y quinientos y cincuenta y tres, desde donde comenzaron á caminar la vuelta de la ciudad de Cartago; pero á pocas vueltas le llegó otra provisión al Montaño de la misma Real Audiencia de Santafé, despachada á siete de Noviembre del mismo, por haber habido diferentes nuevas del rumbo del tirano, para que tomase la vuelta de Timaná, á donde se tenía noticia que iba, y por tenerla después la misma Audiencia del fin que el Hoyón había tenido, le

* San Bartolomé de los Cambis.

despachó al Montaño otra provisión en veinte de Noviembre del mismo año, para que se volviera á esta ciudad de Santafé con toda la gente, por no ser ya menester; pero aunque se volvió la gente, surtió efecto la primera provisión, pues llegó el Montaño á Popayán á castigar los tiranos, y gobernó allí hasta que por mandado de la misma Audiencia, dejando gobernando en ella un hermano suyo llamado Pedro, escudero herrezuelo, la dejó y volvió á su Audiencia.

CAPÍTULO V

1.º Llegan los tiranos á vista de Popayán y escóndense entre unos cañaverales—2.º Entran á la ciudad y trábase la pelea entre ellos y los vecinos de ella—3.º Retíranse los tiranos mal heridos á un solar—4.º Síguenlos los de la ciudad hasta rendirlos á todos dentro de una casa—5.º Hacen cuartos al tirano Hoyón y á otros, y castíganse los demás conforme sus culpas.

EL Álvaro de Hoyón, con su gente y con la brevedad que pudo, por no ser sentido y poder dar á su parecer á la descuidada sobre la ciudad de Popayán, llegó entre dos luces, cerca de sus árboles, y se escondió entre los cañaverales, víspera de todos los Santos, que es postrero de Octubre, para aquella noche entrar cubierto de sus tinieblas en la ciudad, sin ser sentido, que no lo pudo hacer por estar ella yá tan advertida, por las muchas centinelas que hemos dicho tenía puestas en tantas partes, y últimamente en ciertos matorrales cerca de la ciudad; hacían ese oficio á caballo, con otros dos peones, los Capitanes Francisco de Arévalo y Tamayo, que teniendo noticia cierta de la llegada del tirano, y aun del número de los soldados que llevaba, que eran setenta y cinco, que aunque bien armados de mallas y cueros de danta, los más iban de los cabellos, cogieron los dos á los peones á las ancas y entraron á dar aviso á la ciudad, que por aquellos tiempos toda ella estaba cubierta de paja, aunque las paredes de tapia, que se dispuso luégo á la defensa y ofensa del tirano. Metieron primero las mujeres y chusmilla en la Iglesia, tomándolas en su amparo el Obispo Don Juan de Ovalle, que armado de todas sus armas y toda su clerecía de lo mismo, estuvieron á la puerta para hacer frente al tirano, si la ocasión lo pidiese; la demás gente y soldados entraron en dos casas de tapia que estabán en la plaza, hechas en ellas troneras, para poder con los arcabuces y flechas ofender á los enemigos sin ser ofendidos. Repartidos cada cual en su puesto, en el zaguán de cada una de ellas, á la entrada de la plaza se pusieron los jinetes, que eran los diez y siete, para que aguardando

muy secreto, se le cogiesen las espaldas al tirano cuando fuese entrando á la plaza, lo que no tuvo tan cumplido efecto como se deseaba y pudiera.

2.º Porque en comenzando á entrar el tirano con los suyos por la calle que iba á parar á la plaza, no teniendo paciencia para guardar el orden que se le había dado un jinete llamado Antonio de Guevara, y pareciéndole ser tiempo perdido aguardar á más, les embistió con los demás jinetes, diciéndoles: "Aquí estamos, traidores, esperando el remate de vuestras vidas, pues pensáis venir por lana y volveréis trasquilados, apartando las cabezas de vuestros cuerpos;" y diciendo y haciendo, alanceaba con valerosos bríos á cuantos se le ponían delante de los traidores, que con otros no menores revolvían sobre los leales de la ciudad, de los cuales á los cinco les hizo su flaqueza y temor desaparecerse, sin poderlos más ver en el conflicto de la batalla, bien merecedores de que se pusieran aquí sus nombres, para que la posteridad contara y cantara su cobarde villanía, la cual suplieron los doce que quedaron haciendo hechos valerosísimos entre los tiranos, llevando á veces la mejor y á veces la peor parte. En que se gastó gran rato, hasta que conociendo los tiranos la poca gente que eran los de á caballo de la ciudad, en escuadrón cerrado cerraron contra ellos, hasta retirarlos á todos otra vez del patio de donde saliesen; pero allí, apeándose de los caballos, defendían tan valerosamente la puerta, que con intentar todos los soldados de Hoyón la entrada, no les fué posible, por más valerosos bríos con que se mostraban, y entre todos el tirano Hoyón, que con valientes voces, animando á sus soldados, pretendió, subiendo por una pared, entrarse en el patio de la casa, para que, dándoles en qué entender dentro á los leales, no hubiese quien acudiese con tanta fuerza á defender la entrada de la puerta á los suyos. Puso en efecto estos intentos subiéndose sobre la tapia, para saltar al patio, que no pudo hacerlo porque viéndolo el Capitán Juan de Medellín, arremetió con una partesana, y le dió tal golpe, que le hizo volver, midiendo las tapias, cabeza abajo por donde había subido, del cual golpe medio aturdido y sonlocado, levantándose Hoyón y diciendo mil blasfemias y echándose otras tantas maldiciones á él y á sus soldados, por parecerle andaban tan flojos, llegó otra vez á la puerta diciéndoles: "Aquí, soldados míos! porque los que están dentro no son veinte."

3.º A quien desde ella respondió el Capitán Tamayo: "Vuestros locos pensamientos os deben de poner eso en el casco, pues allegáos más cerca, y los veinte os parecerán ciento." Andaba encendidísima la pelea de una y otra parte, con grita de ambas y coraje bravo, cuando uno de los del tirano, con un arpón agudo, disparado de una fuerte ballesta, clavó la siniestra mejilla al Capitán Francisco de Arévalo, de que quedó casi muerto, y los compañeros algo desmayados y de mano floja, que conociéndolo el Hoyón, de un salto se pudo poner en el umbral de la puerta, que fué causa para que volvieran á cobrar bríos

los de dentro, sin darle lugar, con ardor terrible de la batalla, que pasase de allí, haciendo cada cual más de lo posible para pelear ya como gente desesperada. Abrasados andaban en este furor de guerra de una y otra parte, cuando de la del tirano vino una pelota de arcabuz y le dió tan de lleno en una ceja á Vicente Tamayo, que le vació el ojo, aunque no murió de eso, pues vivió después muchos años; y á Antonio de Guevara, que con valor más que de hombre defendía á los tiranos la entrada, le llevaron con una alabarda un dedo de la mano, y habiendo quedado de los doce sólo nueve, se hubieron tan valerosamente en su defensa y de la entrada, que no les fué posible á los tiranos romperlos, si bien ya todos andaban mal heridos. Fueles de gran socorro el estrago que hacían los demás de la ciudad en los tiranos, tirando al bulto de la gente desde las troneras, con que los maltrataban de suerte sin ningún peligro de los que estaban en ellas, que determinó el tirano retirarse á un solar de tapias que tenían á las espaldas, con intentos de ver si, guarecidos allí, se podían curar los heridos, donde también consultaban acerca de buscar parte segura, pensando que cualquiera lo sería, pues entendían que los de la ciudad no querrían poner más en contingencia sus vidas, y acorbardados de lo sucedido, les harían como enemigos la puente de plata.

4.° Fijaron su pensamiento en este desvarío el Hoyón y los más principales de sus soldados, y entendiendo que los de la ciudad habían de estar en el mismo pensamiento que ellos vacilaban, encendieron en el solar un pequeñuelo buhío de paja, para ver á la luz de él y curar las heridas, que no eran pocas, ni poco penetrantes en algunos, que fué toda su perdición, pues luégo que los leales de la ciudad vieron la lumbre, y con ella á los tiranos, hizo el Capitán Diego Delgado que se tomasen la puerta del solar donde estaban (que aun en dejarla libre anduvieron los tiranos ciegos como en lo demás) y que se cercase la cuadra de indios de macana y flecheros, que por los agujeros y ojos de las tapias disparaban flechas sobre los enemigos y miserables tiranos, que con las llamas se descubrían, á cuya causa, huyendo de las flechas, se fueron retirando de la lumbre y entrándose en una casa que estaba dentro del solar, pareciéndoles poderse defender mejor desde allí, que fué como soltar del fuego y dar en las redes, pues luégo que el Capitán Diego Delgado conoció que estaban dentro, les tomó la puerta con sus soldados, que ya habiendo salido de las troneras, le acompañaban, y dando voces á los tiranos de dentro, les decía por modo de consejo que cediesen si no querían ser abrasados vivos con el fuego que pretendía poner luégo á la casa pajiza: fué esto bastante para que cesara la resistencia de los tiranos y se rindiesen (al fin como cristianos), diciendo á voces á los leales que les rogaban por Dios usasen con ellos de clemencia para poder morir como católicos, recibiendo los Santos Sacramentos de Nuestra Ma-

dre, pues ya casi todos estaban á lo último de la vida por las penetrantes heridas que tenían.

5.º Admitieron con piedad esto los de la ciudad, pues sentían mucho que hubiesen de perecer todos allí abrasados, como era fuerza, si no se quisiesen dar, y así fueron saliendo todos, uno á uno, quitándoles las armas ofensivas y defensivas, prometiéndoles acudirían con gusto á sus justas peticiones de que muriesen con los Santos Sacramensos ; íbanlos metiendo en cadenas, con que se acrecentaban sus aflicciones, maldiciendo sus locuras y la del que los movió á ellas, gimiendo y lamentando ya su desastrado fin, que veían á los ojos. Ya iba rayando el sol cuando se hizo esta prisión, así de los sanos como de los heridos, y habiéndoles dado tiempo suficiente para que se confesaran, sin gastar papel ni tiempo en procesos, al Hoyón y á otros tres, los más culpados, hicieron diez y seis piezas, colgaron catorce, á muchos cortaron piés y manos, y á los menos culpados castigaron con azotes y galeras. Se dió fin á esta tiranía, que, como fundada en locos pensamientos, se acabó, como dicen, en un pensamiento. Dos cosas se advirtieron en el Alvaro de Hoyón: la una, que cuando ya estaba al pié de la horca, pidió de comer y de beber, tan sin pena ni consideración de la muerte que tenía á la vista, como si no la hubiera de padecer, lo que se atribuyó más á su peregrino esfuerzo que á preparación para morir sin desmayo; la otra, que cuando lo dividieron en cuartos, se vido que por la vía de la orina se salían más de un dedo fuera algunas cerdas duras y ásperas como de lechones. Fines fueron éstos comunes de gente desvanecida y que de antipara y alpargate pretende reales tronos tan sin fundamento ni ayuda, que no la tienen más que de sus locos pensamientos.

CAPÍTULO VI

1.º Viene á Cartagena por Visitador de Don Pedro de Heredia el Doctor Juan Maldonado—2.º Publica la Residencia y empiézala á tomar, apretando al Gobernador con algunos cargos que le hacían—3.º Embárcase el Gobernador para España y sucédenle algunos tormentos en la mar—4.º Aflige á toda la flota una cruel tormenta, que los obliga arribar en el puerto de Matanzas—5.º Salen de este puerto, crece la tormenta, en que se ahogan muchos y se pierde la Capitana.

BIEN saben los que algo saben de la monarquía y gobierno de estas Indias, el cuidado que han puesto y ponen nuestros invictísimos Reyes, sus señores y su Real Consejo de ella, en su buen gobierno, así en lo político como en lo espiritual, en lazo maravilloso que hacen la una y la otra República, de que son buenos testigos las muchas cédulas, órdenes y provisiones que cada día se despachan en orden á esto; las muchas Audiencias que para ello están plantadas; los muchos Gobiernos que hay en todas las partes, en lo espiritual y lo temporal, como largamente dejamos dicho al principio de nuestra primera; y sobre todo el grandísimo cuidado que se tiene de visitar las Audiencias, para que en ellas se proceda con más, añadiendo al que tienen de judicatura, el que deben tener de la cuenta que se les ha de pedir en las visitas; y de enviar Jueces de Residencia á los Gobernadores y Corregidores particulares, de que son también buenos testigos lo mucho que en algunas partes de nuestros escritos tenemos dicho, y en especial ahora en este Gobierno de la ciudad de Cartagena, de donde más en particular trata esta nuestra tercera parte, pues por ser puerto tan celebrado en estas Indias, y tan ocasionado de que éntre y habite en él gente de toda suerte, se ha tenido con esta ciudad y Gobierno mayor cuidado de Residencias, pues en solos veinte años que había se había fundado, hasta este de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, de quien vamos tratando, vinieron á tomarla al Gobernador y Adelantado Don Pedro de Heredia: el primero el Licenciado Vadillo, Oidor de la Real Audiencia de la Española; después el Licenciado Santa Cruz; luégo el Licenciado Paz, Oidor de la de Panamá; después el Licenciado Miguel Díaz de Almendaris gastó en ella mucho tiempo; y ahora en este año de cincuenta y cuatro el Doctor Juan Maldonado, Fiscal y Oidor que luégo fué en esta de Santafé, que le vino sin pensar al Adelantado Don Pedro de Heredia, y á tiempo que trataba más por su cansada y fatigada vejez, de descansar y ordenar las cosas de su alma, que las de ocasiones de Residencia.

2.º Esta publicó en esta ciudad de Cartagena y su distrito este Doctor Juan Maldonado (era natural de la ciudad de Sevilla), de que comenzaron á

levantarse luégo tan grandes polvaredas contra el Adelantado Heredia, por parte de sus émulos, que al fin por haber gobernado y bien, no pudo escaparse de ellos, que se veía afligido, en especial por ser algunos de los que él había aventajado en conocidos beneficios; pero habiéndoles faltado en algo de lo que ellos estimaban sus merecimientos en razón de repartimientos de indios, olvidándose de beneficios pasados, trataban de reparar los que juzgaban haberles faltado por hacer de parte de Don Pedro. De éstos, que le eran tan mal afectos, era el principal un Jorge de Quintanilla, vecino y encomendero de la misma ciudad, y tras él, otro llamado Beltrán, y otros de más baja estofa, que apretaban la Residencia y al Juez de ella, de suerte que con emulaciones y testigos de toda broza, como por estas anchas tierras de ordinario se hallan, no sólo se sentía agraviado el Adelantado, pero aun todos sus parientes, á quien les cupo tanta parte, que quedaron algunos privados de los repartimientos de indios, como le sucedió al Capitán Alvaro de Mendoza, casado con una sobrina del Adelantado Don Pedro, llamada Doña Francisca de Heredia, aunque se los volvió á dar el Real Consejo, reparando en el engaño que había habido para determinarse á quitarlos el Juez de Residencia, por lo cual y por ver el Adelantado y el Alvaro de Mendoza que iba creciendo cada hora más la malicia de los Capitulantes, determinaron dejar la ciudad y embarcarse para Castilla, al recurso y amparo de aquel Real Consejo, aficionado el Adelantado á lo bien que le había sucedido la vez pasada, que también se amparó de él, lo que sin duda le sucediera también ahora como le sucedió á Alvaro de Mendoza, si su desgraciada muerte no le atajara los pasos antes de llegar á donde pretendía.

3.º Pusieron ambos en efecto estos sus intentos, embarcándose en la flota que estaba á pique en el puerto para hacerse á la vela, de quien era General Cosme Farfán, que desde la salida del puerto, por haber sido en una conjunción, comenzó á seguirle una ruin y borrascosa fortuna, y así, aunque la metió en la Habana toda entera, sin faltarle ni una de veinte que iban, fué con innumerables trabajos y tragando la muerte en toda aquella travesía que hay desde Cartagena al puerto de la Habana, donde se detuvo, á título de aguardar la de Nueva España, tres meses en ocupaciones menos honestas y de menor ejemplo del que debió dar una cabeza de tantas gentes como iban á la armada, que no estaban poco desabridas por tan largas tardanzas en salir de allí, en el tiempo de las cuales sucedió que en cierta pendencia que tuvieron dos soldados, el uno llamado Santos de Alguer y el otro Marañón, el primero mató á éste, acogiéndose á la Iglesia el Santos, temiendo la pena que por el homicidio merecía, lo cual sabido por el General Farfán, entró de mano armada al templo y sacando de él al Santos, lo colgó, sin embargo de las manifestaciones que le hacía el prelado del pueblo, de que dándosele poco al Farfán, se dejó desco-

mulgar y anatematizar por la violencia y el quebrantamiento de la inmunidad de la Iglesia; de todo lo cual riéndose el General y sin procurar absolverse y advirtiendo menos en las protestaciones que sobre esto tenía, que en las que le hacía su gente de la flota para que saliese del puerto, determinó, sin absolverse, hacerse á la vela, haciendo Capitana de la flota un galeón llamado San Andrés, que había comprado un Don Antonio de Ribera, que había bajado del Pirú para pasar en Castilla con negocios graves que llevaba para el Real Consejo de aquellas provincias.

4.º Salieron al fin del puerto de la Habana con menos esperanzas que temores de buena navegación, como les sucedió, pues apenas hubieron salido del puerto, cuando se hallaron con la mar alterada y furiosa y que iba creciendo á más andar el oleaje cuanto más se iba cerrando la noche; el que primero comenzó á peligrar fué el galeón Capitana, pues á la mitad de la noche hacía tanta agua, que se iba á pique; forzólos la necesidad á disparar un pasamuro, con que la cercó toda la flota acudiéndole al socorro, que pidiéndolo el General Farfán, diciendo á voces la necesidad con que se hallaba, le respondió un diestro piloto llamado Juan Gallego, que si quería que no pereciesen todos por la terrible tormenta que se iba levantando, gobernasen al Sur y se entrasen en el pueblo de Matanzas, que no estaba lejos á aquellos rumbos, pero que advirtiesen en una mala laja que estaba á la entrada; pues la sabéis, dijo el General al piloto, echad farol y sed vos la guía para que os vamos siguiendo, como se hizo, y fueron entrando las naves con esta advertencia, hasta que una que llamaban la Condesa, por no saber el piloto el bajo, ni haberle podido advertir de él, encalló sobre la piedra, á quien vinieron luégo á socorrer los bateles de las otras naves, surtas ya en el puerto, sacándole la gente, plata y oro, cueros, fardaje y matalotajes, con que quedó boyante, de suerte que con fuerza de cabrestantes se pudieron hacer nadar y entrar en el puerto con las demás, donde dándole carena á ella y al galeón, y reforzándoles quilla y costados, los dejaron seguros á la navegación.

5.º Que la prosiguieron, dejando el puerto de Matanzas, á los cuarenta días que habían entrado en él, por no haberlos dejado el tiempo, con grandes amenazas de tormenta, salir antes, ni aun á la sazón iban seguros de ella, como les sucedió, por ser ya á los últimos de Octubre, tiempo borrascoso y de invierno, en especial en aquellos parajes y alturas, que son de esa otra parte del trópico de Cáncer al Norte, fuera de la Tórrida Zona, donde son regulares y sin falta los inviernos, como se echó de ver en esta ocasión, pues apenas hubieron largado escotas al ancho mar, cuando por los soplos de un huracán deshecho se dividieron á perder de vista las naves, fuera de algunas que yendo siguiendo á la Capitana, llegaron á la costa de Florida, donde la Condesa,

echando sonda, se halló en solas ocho brazas y en ochenta riesgos evidentes, que para librarse de ellos, y que se librara el galeón Capitana, revolvió sobre ella con un notable descuido de no haber amainado la mesana, con que le embistió con tanta fuerza, que del golpe le rompió por la mitad del costado: desgracia que lo fué tan para todos, que no les quedó otra certidumbre de esperanza más que de la muerte, que comenzaron luégo á tragar muchos, á vueltas de los tragos de las saladas aguas, á donde cayó al instante todo cuanto estaba sobre cubierta. No se oía entre el furioso oleaje otra cosa que gritos y alaridos de hombres y mujeres, que andaban á brazo partido con las olas y la muerte, en especial una Ana Cermena, mujer poderosa por las grandes riquezas que bajaba del Pirú, que con ocho doncellas mestizas andaban hechas todas una balsa sobre las aguas, hasta que quedaron debajo de ellas; muchos andaban asidos y entreaguados á las jarcias y árboles, que nadaban hasta que los socorrieron algunos bateles que pudieron llegar de las otras naves y librarlos, entre los cuales fueron el General Farfán, el Adelantado Don Pedro de Heredia y su sobrino Alvaro de Mendoza, y Don Antonio de Ribera, el señor de la nave, que con otros que también cogieron los bateles, se entraron en la Bretendona.

CAPÍTULO VII

1.º Llega la flota á la vista de España, y por ir maltratada la Capitana, se pasa el General y gente de más lustre á otra nave—2.º Encalla la nave en que iba el General y perece mucha gente de ella—3.º Ahóganse otros hombres de importancia, y entre ellos el Gobernador Heredia—4.º Provee el Rey la plaza de Gobernador de Cartagena en Juan de Bustos de Villegas y viene á su Gobierno.

ESCAPANDO de este lamentable suceso prosiguieron su viaje, con otros no menos lastimosos de borrascas, hasta poner las proas á la vista de España, donde iba ya la Bretendona tan rendida y quebrantada de costados, que no podía agotarle el agua la prisa de las bombas, y habiendo pedido socorro á los demás, apretada de estas angustias, llegó á dárselo la nave en que iba por Capitán Cosme Buitrón, á donde con increíble tristeza, por las aflicciones que les iban siguiendo, se pasó toda la gente, que era la más granada de la flota; el General Farfán, el Heredia, Don Antonio de Ribera, Alvaro de Mendoza, los Licenciados Góngora y Galarza, primeros Oidores que dijimos en nuestra segunda parte habían sido de esta Real Audiencia de Santafé y los que la habían plantado, que iban á España en demanda de la mejora de su visita; pasáronse también en esta ocasión á esta nave otros muchos Licenciados y Doctores, Procuradores y Escribanos, que pasaban á diversos negocios al Real Consejo, que los más de ellos quisieran en aquella ocasión haber gozado de más santa vida de la que habían tenido, por darles tan poca, como parecía les quedaba, la gran mar y destemplados vientos que los combatió, naufragio del navío, desconfianza del socorro, causas todas para tenerla de las vidas. Impelida de los furiosos vientos llegó la nave de Buitrón al paraje y costa de Sahara, donde se anclaron con esperanzas de sosegados mares y vientos, que no las vieron cumplidas, pues esforzándose cada momento lo uno y lo otro á mayores alteraciones, llegaban muchas veces las olas á capirotar (encapotar) por encima las gavias, que todo les era á los miserables del navío ocasión de tragar mil muertes, así estándose en él, como si se arrojaran á las aguas, pues no hallaban más seguro en una que en otra parte.

2.º Los embates del olaje que fortísimamente y con horrendos estruendos azotaban los peñascos, parecía que de resalto rociaban las estrellas; andaban todos los del navío con no más vestido del que les había dado naturaleza, y á pique para encomendarse á la braveza del mar, por ir la posta deshaciendo el navío: cuál tomaba por compañero un barril, cuál la tabla y cuál un pedazo de tronco, por si podía en algo de esto ayudarse á sustentar entre las furiosas olas. En estas angustias andaban todos peleando con la muerte, que muchos

deseaban haberla tragado antes de una vez que ahora de tantas, cuando el Cosme Farfán mandó cortar el ancla, pareciéndole que desasida la nave la había de llevar el viento á zabordar á la playa en parte donde pudieran, nadando, asegurarse en tierra. Hízose esto luégo, pero no con el efecto que se deseaba, pues por ir tan cargada, á poca distancia de como la soltaron encalló, quedando tanta desde ella á la tierra, que parecía imposible fuerzas humanas poderla pasar nadando, como lo fué á muchos, si bien otros, por ser diestros nadadores, salieron á la orilla, y de los primeros el General Farfán y Buitrón, después de haberse arrojado todos al agua, por haberse acabado de deshacer del todo el navío. Perdieron luégo la vida entre la furia del olaje más de cién españoles, y entre ellos los dos Oidores Góngora y Galarza, y otros muchos Juristas, Escribanos, Procuradores, y muchos papeles de pleitos, intereses de haciendas, y sólo se salvaron los que iban contra el Licenciado Juan Montaño, que le hubiera sido mejor se hubieran ido á pique los primeros, pues por ellos le cortaron después la cabeza en la Corte.

3.º Un Alonso Tellez, que había sido escribano de Cámara de la Real Audiencia de Santafé, viéndose en tales angustias, le pareció saldría de ellas concertándose con cierto marinero que lo sacase nadando en hombros, dándole, sin reparar en el precio, algunas barras de oro y finas esmeraldas, que él á buen precio había habido á las manos en su oficio: satisfecho el marinero á su gusto, cargó al Tellez sobre sus hombros, y lo comenzó á llevar la vuelta de tierra, hasta que embraveciéndose el mar, dió de hombro á la carga y la dejó caer y ahogar entre las olas, porque hiciese compañía á los demás, y escapándose el marinero con el oro y joyas, se puso libre y seguro en la tierra, aunque no de la justicia, pues habiendo sabido el caso y averiguado que había soltado al Tellez de malicia, y no por la necesidad de los azotes de las olas, se los hicieron dar á él y quitar mucho del precio con que se había quedado de balde; no tuvo menos infelice suerte el Adelantado Don Pedro de Heredia, pues no hallando otra mejor, en tan terribles angustias, que el valerse de sus brazos, fué nadando al principio con buen suceso, pues llegó hacer pié en la arena por donde fuera saliendo hasta la tierra fija, si no le sobreviniera un tan gran golpe de mar que le hizo perder pié y retirarlo la mar adentro, desde donde, por las tasadas fuerzas de su vejez y cansancio, no pudo acabar de tomar tierra, aunque llegó cerca otras dos ó tres veces, hasta que á la postrera la consumió y acabó la vida una encrespada ola que lo envolvió y dió sepultura, sin que le fuese posible á su sobrino Alvaro de Mendoza (que también salió libre con otros en una carabela de un portugués que llegó por entre los derrotados á recoger los que pudo), darle otra, pues aunque estuvo aguardando algún tiempo si el rebalaje y resaca del mar echaba el cuerpo á la orilla, no se le

pudieron cumplir estos piadosos deseos, que lo eran de consolar con esto algo la muerte desastrada del Adelantado, que la podemos contar con las de los demás grandes conquistadores de estas Indias.

4.º Fué notable el sentimiento de esta muerte en la ciudad de Cartagena cuando llegó á ella la nueva, en especial por parte de sus sobrinos, y más de una viuda, mujer que había sido del Capitán Juan de Villoria; pero el sentimiento común fué con extremo, por serlo el amor que los más de sus vecinos le tenían, así por fundador de ella, como por padre de la Patria, y sus estimables costumbres, como eran: ser fácil en perdonar al enemigo; reportado en el castigo justo; medido en sus palabras; piadoso para los necesitados, y inclinado á hacer paces y á allanar discordias, y otras buenas costumbres, que de estas comunes y generales se originan. Sucedió esta borrasca y desastradas muertes á los fines de Enero del año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y cinco, en el cual fué proveído por Obispo de aquella ciudad Don Fray Jerónimo de Beteta, y embarcándose para su obispado, llegó sólo hasta el Cabo de la Vela, desde donde habiendo dado vista á las Indias, tomó otra vez la vuelta de España, por no haberle parecido bien estas tierras, como tampoco le parecieron bien á su sucesor Don Juan de Simancas, que vino el año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y seis, pues lo dejó á los doce años que estaba en él, volviéndose á España, donde murió Deán de la Catedral de Córdoba. Todo aquel año de mil y quinientos y cincuenta y cinco gobernó aquella ciudad el Doctor Juan Maldonado, hasta que al principio del siguiente de mil y quinientos y cincuenta y seis envió esta Real Audiencia de Santafé al Mariscal y Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada (y llámolo Mariscal, pues no tuvo título de Adelantado hasta el año de mil y quinientos y sesenta y ocho, como dejamos dicho en nuestra segunda parte), descubridor y conquistador de este Nuevo Reino de Granada, para que en la ciudad de Cartagena tomara Residencia al Doctor Juan Maldonado, como lo hizo, y gobernó en aquella ciudad y su distrito todo el tiempo que duró la Residencia, y gobernara más tiempo, si por ser el temple de tan grandes y penosos calores contrario á su salud, no no se viera obligado á volverse á estos temples benignos del Reino, dejando allí gobernando en su lugar á Francisco Velásquez, escribano de Cámara de esta Audiencia de Santafé, que gobernó hasta el año de mil y quinientos y cincuenta y ocho, con buena aceptación de todos los vecinos de aquella ciudad y comarca, donde acabó graves y pesadas diferencias de vecinos abanderizados que vivían con graves inquietudes y pasiones de alma y cuerpo, hasta que á los fines de aquel año llegó á aquella ciudad Juan de Bustos de Villegas, proveído por el Rey por Gobernador de ella, donde fué recibido yá entrado el año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y nueve, con más aplauso de todos

que cuando se despidió del oficio: efectos ordinarios en todos los que gobiernan, pues como cuando entran en ellos no han dado disgusto á nadie, y cuando salen es imposible dejar de haberlo recibido algunos, ó por haber sido castigados de sus culpas ó por otras causas, las razones que hallan de quejas les hacen aborrecerlos ó tenerles mal afecto; por donde ha salido en proverbio en estas tierras, que reciben á los jueces con arcos y los despiden con flechas, y es que como en estas Indias toda la vida hay flores, yerbas y ramos verdes, está introducido que de estas cosas hacen muchos arcos para recibir los jueces cuando entran la primera vez, y á la salida de los oficios, por lo dicho, les quisieran tirar flechas.

CAPÍTULO VIII

1.° Noticias y riquezas de las Provincias del Chocó—2.° Dánsele en Gobierno estas Provincias al Capitán Gómez Hernández. Muerte de nueve españoles—3.° Guazabaras que tiene con los indios el Capitán—4.° Pertrechos de los indios en defensa contra los españoles y una casa fuerte.

A LAS espaldas de la ciudad de Anserma que miran al Occidente, inclinándose algo al Mar del Sur, corren otras cordilleras de serranías, confines por aquella parte á las de la Gobernación de Antioquia, por el rumbo del gran río Darién, que entra, como hemos dicho, en la ensenada Acla, tierra montuosa, siempre empantanada por sus continuas aguas y que parece la mira de mala gana el sol, según siempre está sombría; defensas todas á que sea habitada de mucha gente que le desvuelva sus entrañas, buscándole las muchas venas de oro que oculta en ellas. Con todo eso, la muchedumbre de naturales que se fué acrecentando en sus principios por allí, abrió caminos y dispuso estalajes á la vivienda humana, para que la habitasen, como en especial la cultivaban y gozaban de sus ricas venas los indios Chocoes, convecinos á los Cirambiraes y Noanamas. No fueron tan secretas las noticias de las riquezas de estas Provincias á los españoles, que no llegasen á sus oídos desde los primeros que pisaron estas tierras, que fué el Licenciado Vadillo con su gente, como largamente dejamos tratado, y aun se facilitaba por este rumbo el descubrimiento de las grandes riquezas del santuario Dabaibe, que hasta hoy sólo se ha quedado en ruina (como lo dejamos dicho del Dorado en nuestra segunda parte), pues los más claros rastros que hay de este santuario son los del memorial que atrás dejamos puesto. Echaba también á volar la fama de esta Provincia del Chocó haber tan grandes y ricas sepulturas en ella, como las que dejamos dicho del Zenú.

2.° Todo lo cual solicitaba aprisa los corazones de muchos de los primeros soldados que hicieron asiento en aquellas tierras, para darles vista; en especial se determinó á descubrir este encantamiento un Gómez Hernández, de los vecinos y pobladores de la ciudad de Anserma, y que había fundado la Villa de Caramanta hacia aquel rumbo del Sur, pocas leguas de la misma ciudad de Anserma, para lo cual alcanzó licencia de esta Real Audiencia de Santafé, que con facilidad acudió á ello, por ser persona de valor, conocida en valientes ocasiones de conquistas y ser no poca la hacienda con que se hallaba para hacer leva de soldados y pertrecharlos de lo necesario á la conquista ó conquistas que se hubiesen de hacer en aquellos descubrimientos, dándole título de Gobernador del Chocó, con aditamento, que ante todas cosas había de poner

la mano en allanar los indios convecinos á la Villa de Santafé de Antiochia, y darle nuevos fundamentos y reedificación, por estar destruída, á causa de que el Cacique de los Catios, llamado Tone, bravo de condición y de ánimo sedicioso, había hecho rebelar la tierra desde los principios que se fundó por el Mariscal Jorge Robledo y se pacificó por otros Capitanes del Adelantado Sebastián de Belalcázar, y en especial sucedió un alzamiento por este Cacique Tone, en que mataron á nueve ó diez españoles.

Habiéndole cabido en los primeros repartimientos que se hicieron después de conquistada aquella tierra á un Pedro de Frías este Cacique Tone, y habiéndole acudido con el tributo algunos meses, debajo de bien disimulado engaño y paz fingida, al amparo de ella, pensando ser verdadera, entraba el Pedro de Frías en cierta ocasión, con ocho ó nueve soldados, á cobrar el tributo, á los cuales estando un día juntos sentados á la mesa para querer comer, sucedió que cayeron de lo alto del buhío, sin ver causa de dónde pudiesen proceder, cinco gotas grandes de sangre viva, que mancharon como sangre los manteles, lo que fué causa de tan gran turbación á todos, y de cubrirse de sudores fríos, que teniéndolo por mal pronóstico, dejando la mesa, acudieron todos aprisa á sus armas, y el Frías á ellas y á su caballo, que aunque con velocidad se puso en él, fué mayor la que tuvo en llegar y cercarlos tan innumerable multitud de indios, todos armados á su modo, bizarros en sus penachos y bravos en sus bríos, que aunque fueran españoles los de los soldados, pues hicieron menos con ellos gran multitud de bárbaros, quedaron muertos á sus manos, por ser tanta la fuerza de gente que cargó sobre ellos, los ocho soldados con el Pedro de Frías, escapándose sólo un Juan González, mestizo, hijo de español y de india, gran lenguaraz de aquel idioma, el cual habiendo podido escaparse del conflicto de la batalla y no volviendo á ella, escapó con la vida por la velocidad de piés que tenía; teniéndose por afrentado huír solo él de la batalla, quedando sus compañeros muertos, volvió á ella, y cerca de los cuerpos, diciéndoles: "Ea! perros, que el que faltaba de los españoles vuelve otra vez á veros y á vengar sus muertes, pues no permita Dios se diga de mí me escapé de donde los demás mis amigos rindieron la vida, y así vengo á perderla, haciendo que la perdáis primero muchos de vosotros"; y haciendo y diciendo, andaba con tales bríos entre los bárbaros como un león entre ovejas, pues antes que saliera de esta vida, por la gran fuerza de bárbaros que cargaron sobre él, había hecho menos mucho mayor número de ellos que el que era el de sus compañeros muertos. Estos y otros tanto y más lastimosos sucesos tenían tan brioso al Cacique Tone y tan sin sosiego á nuestros españoles, vecinos de Santafé de Antiochia, que siendo necesario el remedio, lo puso la Real Audiencia, encargando esta pacificación á este Capitán Gómez Hernández.

3.º El cual, luégo que recibió la conducta en la Villa de Caramanta, trató de conducir de los pueblos más convecinos, á grandes expensas suyas, algunos soldados, que con la buena diligencia que en esto puso, llegaron hasta ochenta, todos escogidos, de á pié y de á caballo, y muchos de ellos de venas de sangre noble, como fué Bernardino de Mojica Guevara, que fué después vecino de la ciudad de Tunja y Gobernador de la tierra de los Pijaos y Timaná, de quien dejamos tratado en nuestra segunda parte. Para entrar por la que más convenía en demanda de este Cacique Tone, salió el Capitán Gómez Hernández de la Villa de Caramanta con todos estos soldados y muchos negros, indios y indias de servicio, el año de mil y quinientos y cincuenta y siete, y habiendo rompido por mil dificultades de escuadrones de indios armados que tenía el Cacique á trechos en defensa suya, antes de llegar á la casa fuerte donde él moraba, llegaron á darle vista los nuéstros, la cual era tanto, que pensaba el bárbaro poderse defender en ella, no sólo de todos sus convecinos enemigos fronterizos, que no tenía pocos, sino también de todas las fuerzas españolas, pues fiado en ella y en sus fuerzas monstruosas (que las tenía por extremo), en su desaforado atrevimiento (que suele vencer los fracasos de la fortuna), en su incansable vigilancia, su soltura y buena disposición, todo cuanto en los demás hombres del mundo consideraba, le parecía menos que esto. Era esta casa fuerte fundada sobre las puntas de valentísimos horcones de cuatro estados en alto, donde estaba su primer suelo, desde donde subían otros sobre que se fundaba la pajiza cubierta. Atravesaban de un madero á otro, sobre que se fundaba el suelo, fortísimos maderos, estando arrimados á los que sustentaban la casa otros tan gruesos que la cercaban, llegando en sus puntas hasta las goteras, sin dejar más que ciertas troneras á trechos, por donde ellos disparaban sus flechas, y con dificultad les podían ofender sus enemigos.

4.º Tenían á trechos empinadas valientes vigas, que por de fuera parecían ser de la misma cerca, y sólo estaban sueltas y arrimadas y fáciles de caer dándoles con la mano sobre los que llegasen cerca de la casa, en la cual tenían gran abundancia de armas, lanzas muy largas, muchas y muy grandes piedras para dejar caer por las troneras que tenían en el suelo de la casa, innumerables flechas y dardos, gruesos y largos estacones de puntas tostadas y tan agudas que desmallaban con ellas las más fortísimas armas; había almacenes con abundancia de comidas, agua para hacer sus bebidas tenían en grandes canoas, demás de los vasos de su vino que tenían en abundancia y llenos; no dejaban perder el agua llovediza, pues la recogían con canales de medias guaduas puestas en los alares, que iban á dar á unas grandes tinajas. Los caminos por donde se llegaba á la fortaleza tenían maliciados con hoyos cubiertos, llenos de valientes estacones y afiladas puntas tostadas, y por lo llano

de las sendas sembradas muchas puntas con tal industria, que si la de los españoles vaquianos no estuviera astuta y experimentada en casos semejantes, fuera cierto el peligro, que con facilidad lo evitaba con su buena industria el Gómez Hernández, teniendo particular instinto para conocer estas peligrosas trampas, con que llegaron sin ningún inconveniente los soldados á dar vista desde la ceja del monte más cercano á esta fortaleza, donde tenía Tone sus mujeres, hijos y familias, y cien valentísimos guerreros para su defensa y de la fortaleza, sin los que hemos dicho tenía puestos á trechos en los caminos de las entradas, que fueron atropellando los nuéstros hasta este puesto.

CAPÍTULO IX

1.º Acometen los nuéstros la casa fuerte de los indios— 2.º Prosíguese la batería defendiéndose valerosamente— 3.º Vencen los nuéstros y quémanse algunos indios—4.º Escápase el Capitán de ellos con una espada española.

LA dificultad para llegar á esta casa fuerte era mucha, pues estando fabricada en la cumbre de una loma de cien pasos en ancho y doscientos en largo, sus dos lados y frentes eran de unos derrumbaderos y barrancos tan peinados, que con gran dificultad podían sentarse los piés; con todo eso, en viéndose los nuéstros cerca de ella, poco menos que á tiro de flecha, porque no les pudieran ofender, la cercaron con intento de defender el socorro que les podía venir de fuera, requiriendo á Tone y á los demás cercados, por muchas veces, con buenas lenguas que llevaban, se diesen de paz, pues se la prometían de parte del Rey de España, sin acordarse de los agravios que habían recibido de su mano los españoles. A que tenían por respuesta los nuéstros graves fieros y amenazas, en especial de Tone, que decía: "Allegáos un poco más, cristianos, y llevaréis el tributo que llevó Pedro de Frías y sus compañeros; dejaremos las armas de las manos para ponéroslas en las cabezas, y yo os cortaré pieza por pieza vivos, para que queden las amistades más fijas." Lo cual, no pudiendo sufrir ya la braveza española, comenzaron unos á disparar la arcabucería por las troneras para no dar lugar á los bárbaros que por ellas disparasen flechas, llegando otros entre tanto, cubiertos de mantas de madera, cerca del encumbrado valuarte, por cuyos suelos y otras diversas partes, con conocido riesgo de los que se atrevían á esto, llovían dardos, flechas, lanzas, piedras, y á vueltas, algunos agudísimos estacones, de los cuales, cayendo uno sobre Diego de Ardila, que iba por rodelero de un soldado mosquetero que le iba siguiendo, de tal suerte le pasó la aguda punta la rodela y cojín, que no

parando allí, le traspasó el brazo de parte á parte; á Bernardino de Mojica, que iba arrodelando á otro mosquetero llamado de Arce (aquel á quien dijimos en nuestra primera parte que mató al tirano Lope de Aguirre), le acertó una piedra desde arriba sobre un costado, que le hizo ir trompicando algunos pasos, desde donde revolvió como un valiente á ponerse en el puesto que pudiese amparar á su compañero, el cual, habiendo llegado apenas el Mojica, vido una de las falaces vigas que venía cayendo sobre ellos, y así fué necesario que le diera el Arce al Mojica, diciéndole : guarda! guarda ! un empellón tan fuerte que le arrojó muchos pasos atrás, y que él diera un salto con tanta velocidad como fué menester para que en un instante la gruesa viga no los hiciera á ambos arepa (lenguaje de la tierra), pues cayó la viga en el mismo puesto que ambos tenían.

2.º Sólo esto pudieron hacer aquel día los españoles, ocupando la noche en rondar la cerca del fuerte, sospechando fuga en los indios, por estar cerca el monte, que es su total refugio, si bien en toda ella no cesaron de disparar flechas á bulto á nuestros soldados, que por esto no se atrevieron á encender lumbre para que no vieran dónde tiraban con más acierto. Así pasaron la noche, hasta que al amanecer comenzó más fuerte la batería, arrojando los nuéstros alcancías y bombillas de fuego á la cubierta pajiza, aunque con el temor de los muchos dardos y flechas que llovían sobre ellos, todos llevaban rodelas, porque era forzoso reparar con ellas, y aun no se acercaban lo que era menester para dar vuelo á las bombillas y que cayeran en buena parte para el incendio que se pretendía. Usaba García de Arce de otra invención, que era poner en el cañón del mosquete flechas encendidas, que disparando incendiaban la cubierta pajiza, aunque con poco daño, pues apenas veían el fuego los bárbaros, lo apagaban con buena industria, de suerte que sin hacer daño á la casa pasaron los nuéstros en solas estas ocupaciones seis días, en que sólo dos soldados escaparon sin heridas, aunque ninguna de las que recibieron los demás de peligro, por no usar de veneno los Catios, que se mostraban en esta ocasión cada hora más valientes y bizarros en su defensa, contra la cual, al séptimo, determinaron los nuéstros pegar fuego á la casa, para lo cual trayendo con la mano derecha ligeros haces de paja, y arrodelándose con la izquierda contra la mucha fuerza de flechas, los arrojaban al pié de los gruesos troncos, que como lo eran tanto y mal dispuestos para encenderse fácilmente, sólo sirvió el pegarles fuego de molestar con el humo á los de arriba, que bastó para que Tone perdiese las esperanzas de su defensa en aquella casa.

3.º Y así determinó que en la parte de élla que advirtió la rodeaban menos los españoles, se hiciesen ciertas troneras por donde sus mujeres y chusma se escapasen y metiesen por el monte mientras él entretenía á los españoles, hablándoles con apariencia de fingida paz, como lo hizo ya que estaba dispuesta

la salida, llegándose á una tronera Tone y diciendo en alta voz: " Que rogaba mucho al Capitán, por amor á Dios, no les pusiesen fuego, pues ya echaba de ver no podía hacerles resistencia, y así bajaría de paz si le concedían la vida, no reparando en las muchas que tenía quitadas á los cristianos, y que les prometía servir, dejando las alteraciones que hasta allí había tenido." Tuvo agradable respuesta el Tone por el Capitán Gómez Hernández, concediéndole cuanto pedía de parte del Rey nuestro Señor; lo cual iba agradeciendo el bárbaro acrecentando razones, todas para hacer más tiempo para que su gente pudiese salir, aunque paliadas con buenas razones de paz aparente, en la cual fiados algunos soldados, se fueron acercando al baluarte, y con menos recato que era menester, que quedó bien castigado, pues con un dardo le atravesaron las entrañas á uno, de suerte que con brevedad concluyó sus días. En este tiempo se iba deslizando toda la chusma de muchachos y mujeres hacia una quebrada montuosa, amparados del humo que mediaba entre ellos y los nuéstros, hasta que un soldado portugués llamado Juan Fernández, acaso mirando para aquella parte, vió huír á los que se deslizaban por la ladera, y dando grandes voces á los nuéstros: á ellos! á ellos! que se huyen! en un punto, dejando Tone la plática que tenía con el Capitán, se descolgó por el portillo y se puso á la defensa de los que ya iban entrando por el arcabuco.

4.º Que lo hizo con valerosísimo brío con una espada de los nuéstros que él tenía, habida en despojos de otras ocasiones, que la meneaba en ésta con tan terribles golpes y osadía, que bastó hacer frente á los que llegaron de los nuéstros, rebatiéndoles los estoques, con tal compás y ligereza de piés, acudiendo á los unos y á los otros, que parecía estar revestido de mil demonios, hasta que le pareció que ya su mujer y hijos estaban bien escondidos, porque entonces, queriéndose él escapar también, pareciéndole que el Juan Fernández, por ser el que más se le metía por un lado, en volviendo las espaldas, lo había de seguir y matar, no se sabe cómo dió con el soldado en tierra, ó por ventura resbalando cayó él mismo, y al punto con una ligereza de demonio le asió Tone de una pierna y lo comenzó á arrastrar la cuesta abajo, con tanta presteza, que si con mucha no llegaran á socorrerle y quitarle la presa de las manos, sin duda se la llevara; pero quedó á lo menos bien quebrantados los huesos, atónito, pasmado y sin sentido. Siguieron á Tone, ya que hubo largado la presa, Bernardino de Mojica y otros soldados, que viéndose acosado de ellos, y que importaba más su vida que la de sus mujeres y hijos, desamparándolos á ellos, la procuró poner en cobro donde no le pudieran dar más vista. Los otros soldados que la dieron al portillo procuraron armados entrar por él la fortaleza, prometiéndose gran pillaje si salían con el intento, que todo fué en vano, pues no sólo se lo estorbó la resistencia de arriba, pero fué con muerte de dos soldados, con que á los

demás les fué forzoso retirarse y mudar de intentos, que fué avivar el fuego con más leña, hasta que las llamas llegaron á lamer los alares de la paja y á encender toda la casa, en cuyos senos y aposentos comenzaron á sonar luégo terribles voces y ruidos sordos, viendo que de estar encendida á la redonda no les daba portillo á su huída, si bien algunos, antes del total incendio, bajaron desarmados y se dieron de paz, quedando los restantes tan pertinaces, que escogieron antes que la paz el ser consumidos en las llamas, con tanta desesperación, que si acaso sus hijuelos y mujeres procuraban huír del peligro, ellos los volvían al fuego, donde se consumieron todos y se dió fin á la contienda de esta casa, que llamaban del Valle de Penderisco; colgaron algunos de los que prendieron; á otros cortaron las manos por haber sido culpados en muertes de españoles; pero es tan fiera esta nación, que tiene por afrenta mostrar alguna apariencia de sentimiento cuando los matan, haciéndolos pedazos vivos, como no lo mostraban éstos, antes en cortándoles las manos, metían el brazo en el fuego, quemando fuertemente la herida, lo cual hacían con un más que bestial afecto, como gente más indomable que fieras, pues con ir tan castigados cuando escapaban de los nuéstros, les iban diciendo cien mil blasfemias, vituperios, afrentas y amenazas.

CAPÍTULO X

1.º Hallan los nuéstros otra casa fuerte y acométenla—2.º Prosiguen la batería, y casos que suceden en ella—3.º Defiéndense de suerte los indios que algunos de los nuéstros son de parecer los dejen—4.º Al fin los rinden los soldados dando fuego á la casa.

HABIENDO concluído los soldados con esta facción de Penderisco, pasaron dos leguas adelante, y en un asiento llano y apacible sentaron ranchos por el tiempo que fué menester para curar y convalecer los heridos, porque luégo pasaron á Nobobarco, donde estaba otro fuerte muy más inexpugnable por la naturaleza del sitio, pues estaba en la cumbre de una cuchilla, con muy más dificultosas y empinadas laderas que el otro, con los mismos pertrechos de guerra, pero muy más abundantes y poderosos á la defensa, pues la hicieron treinta y nueve días los valientes guerreros que tenían dentro, sin ninguna chusma, por tenerla retirada y en cobro en la espesura de las montañas; cercaron la fortaleza por dos partes, haciéndole trincheras y reparos contra las espesas nubes de dardos y flechas que llovían de noche y de día sobre los nuéstros, sin poder hacer efecto alguno contra los cercados, y así dieron traza, para poderlos señorear y que fuese de efecto la arcabucería, de hacer con levantados maderos ciertas garitas, que tampoco salieron con ello, pues cuando levantaban los palos, en las cuales facciones no podían estar tan reparados, eran tantas las flechas, piedras y dardos que les arrojaban, que hirieron á la mayor parte de los soldados en las piernas y cabezas, como lo sintió bien Bernardino de Mojica, á quien lastimaron tan malamente en una mejilla, que tardó muchos días en curarse y el resto de su vida en durarle la cicatriz; y así les fué forzoso, dando de mano á aquella máquina, volver á las mantas de tablones, á cuyo amparo tentaron muchas veces acercarse á la casa, también sin provecho, pues con largas y gruesas picas de cincuenta piés, y agudas puntas, meneadas por muchos indios, lastimaban los piés con graves heridas, por no poder ir amparados de los que acometían á esto.

2.º García de Arce, destrísimo en la puntería, lastimaba á muchos de los cercados con la munición, por las troneras, pero no se echaba de ver la falta de los heridos, pues la que uno hacía, reparaban dos ó tres; un soldado llamado Baldelomar Manchego de la Membrilla, robusto mozo, de valiente cuerpo y fuerzas, con una celada borgoñona y otras armas, en una media burra de madera intentó por el reventón acercarse á la fortaleza con intentos de entrarla, pero sin provecho, pues una piedra de arriba le abolló la celada borgoñona y deshizo su máquina, cayendo rodando casi muerto de una grave herida, que duró no pocos días su cura, después de haberlo socorrido y sacado medio aturdido sus

compañeros, que pareciéndoles, por la valentía con que se defendían los cercados, no haber otro remedio para contrastarlos que el que tuvieron de fuego en Penderisco, acudieron á eso, allegándoles muchos haces de leña, que tampoco era de efecto, pues por ser tan corrientes las laderas, apenas habían arrojado el haz, cuando con largos hurgoneros desde arriba, con facilidad les hacían rodar la cuesta abajo. En las cuales y otras porfías se gastaron treinta días, sin dejar de trabajar también las noches; tanto, que los de arriba y abajo se hallaban harto fatigados, lo que quisieron dar á entender los cercados convirtiendo en silencio las continuas algazaras que hasta allí habían tenido, que fué ocasión á dos de nuestros soldados, Francisco Barco y Cristóbal González, mancebos briosos y ligeros, para que se atreviesen, amparados de sus armas, una siesta, por cierta parte más oculta, á intentar entrarles la fortaleza, gateando por los estantes que caían fuera, como lo comenzaron hacer, armados de sus escaupiles, ceñidas las espadas y daga, y á las espaldas las rodelas; pero cuando llegaron á saltar dentro, levantando de repente los indios una temeraria algazara, los precipitaron los troncos abajo, forzándolos á que volvieran á sus ranchos con mayor prisa y ligereza que habían salido de ellos, que les fué bien menester, para librarse de los turbiones de piedras y flechas que les iban dando alcance, de los guerreros de arriba.

3.º Los cuales desde esta ocasión mostraban velarse con mayor cuidado, con grandes algazaras noche y día, envueltas en mil oprobios y amenazas que decían á los nuéstros, hasta tener atrevimiento uno de ellos, bien aljamiado y ladino en nuestra lengua, de ponerse cada noche en cierta parte de lo alto de la casa, fiado que con la oscuridad de la noche no le podrían hacer daño las escopetas, y decir desde allí en lengua castellana dos mil desvergüenzas y deshonestidades, hasta que García de Arce disparó al sonido de la voz un tan acertado tiro con la escopeta, que le pasó los pechos de parte á parte, con que cayó el ladino con las ansias de la muerte dando valientes gemidos, que porque no los oyeran los nuéstros ni conocieran el daño que habían hecho, levantaron los demás más valiente algazara que hasta allí: sutileza que parecía no poderse descubrir en ingenios bárbaros, aunque nadie lo es para lo que le importa; pero al fin, habiéndoles exhortado á que tomasen venganza de su muerte con la de todos los cristianos (que lo tomaran bien de memoria), rindió la vida, quedando los demás con mayores bríos para lo que les había dicho, como se echó de ver, pues pareciéndoles no acababan de dar muestras de su valentía, defendiéndose de sus enemigos detrás de baluartes, si no los buscaban fuera en sus ranchos, se atrevían de allí adelante á salir de noche por ciertas troneras secretas y dar sobre los nuéstros, que no dejaban de recibir algún daño; y fuera mucho más, si la demasiada vigilancia que tenían, sin reservar los heridos ni

dolientes, no los defendiera. Veíanse ya tan cansados todos los soldados, que murmuraban de tanta asistencia en aquel cerco, pareciéndoles ser más acertado proseguir su viaje en demanda del Dabaibe, donde pretendían sacar más provecho que de rendir aquella fortaleza y aquellos pocos que había en ella. Lo cual, viniendo á entender el Capitán Francisco Moreno, hombre valeroso y soldado viejo, de los fundadores de Antiochia (á quien después mató en un desafío Gaspar de Rodas), aunque mal herido y en una cama, se levantó y reprendió á los de tales intentos, diciendo ser infamia de gente española no acabar de destruír aquella fortaleza y ladronera con que les hacían cocos cada día los Catios, y en que fiaban para salir desde ella á inquietar la tierra, que quedaría pacífica, quedando destruída. Estas mismas razones ú otras más graves les dijo el Capitán Gómez Hernández luégo que entendió la plática de los soldados, y aun les amenazó de muerte á no querer acudir con perseverancia hasta ver convertida en pavesa la fortaleza.

4.º Lo cual dicho, para que luégo se pusiese en efecto el ponerle fuego, comenzó á caminar él primero á cierta roza cercana de los indios, donde había mucha leña menuda, cortada, y cargándose él el primero una haz, fueron siguiéndole todos, cada uno con el suyo, hasta ponerlos cerca de los troncos del baluarte, y porque no sucediera echarlos á rodar los de arriba, como en la de Penderisco, repararon la ladera con otros maderos y varas atravesadas, reparándose los soldados al hacer esto con las rodelas, que no bastaban para no salir algunos con heridas; se dieron maña cómo poder hacinar tanta leña seca que subieron. La hacinaron dos estados en alto, bastante cantidad para los intentos, que no pudiendo ponerlos en ejecución aquel día, por irlos ya cubriendo la noche cuando concluyeron con esta faena, se velaron toda ella con mayor cuidado, por no dar lugar á que se escaparan los indios, que veían tan á los ojos su peligro, que tampoco los cerraron en toda la noche, pues no cesaban de arrojar á los nuéstros armas de toda broza, hasta vasos de materias inmundas y asquerosas.

UNIVERSITY CALIFOR.

CAPÍTULO XI

1.° Danse los indios cercados, obligados de la fuerza del fuego, y castíganse los más culpados—2.° Salen soldados á hacer conquistas y el Capitán Gómez Hernández llega con sus soldados á Cartagena—3.° Vuélvese desde allí á Antiochia con muchos trabajos—4.° Pretende en propiedad aquel Gobierno y muere en Cartagena.

NO había aún bien rayado el sol para aquellas frentes otro día, cuando el Capitán Gómez Hernández, haciendo llamar á voces los cercados con las buenas lenguas que llevaba, les pedía medios de paz, en nombre del Rey de España, antes que se viesen abrasados, pues eso les estaba tan á cuento, quedándose en sus tierras pacíficos, gozando de sus bienes y casas, en posesión de mujeres y hijos: diligencias todas de balde, pues respondían á ellas con la dureza de ánimos que hasta allí, y con tal frecuencia de armas, que parecía las comenzaban á gastar entonces, no acabando aún de persuadirse á que los había de consumir el fuego (hombres de la pertinacia de Pharaón, sordos á la plaga), hasta luégo comenzó á arder (vista la de sus corazones) y en un instante comenzó á asirse á la cubierta de la casa, porque entonces el comenzarse á calentar los cuerpos les obligó á algunos á pedir la paz, no sin muestras de arrogancia, pues decían: "Ya, cristianos, sabéis casi tanto como los Catios en astucias y ardides de guerra". Al fin, huyendo del fuego, fueron bajando aprisa no poca cantidad de los bárbaros, que cayendo en manos de los negros esclavos y en las de los soldados, que estaban con mil represados enojos y agravios, no perdieron pocos la vida, saltando, como dicen, de la sartén y dando en las brasas, donde también perecieron todos los que no quisieron bajar de la fortaleza, antes con la de ánimos invencibles se estaban abrasando y peleando contra los nuéstros, de los cuales hiriendo de nuevo á Bernardino de Mojica con una valiente piedra, colgaron algunos de los que pudieron haber vivos, por ser tan culpados en muertes de cristianos, y sucedió que uno de ellos, cuando pregonaban que el Rey mandaba hacer aquella justicia, dijo con un infernal desprecio y rabia: "Qué Rey es ese que lo manda!" con que demasiado colérico el Capitán Gómez Hernández, pareciéndole ser desacato que hacía á la Majestad Real, le mandó soltar un ferocísimo perro, bien enseñado á otro tanto, que al punto fajó con él y lo comenzó á despedazar con tanto ánimo del salvaje, que sin dar queja ni torcer gesto, ni dar otra muestra de sentimiento, le decía al perro: aprisa come, come! A algunos otros cortaron las narices y orejas, que eran de los más viejos y obstinados; á otros menos culpados enviaban libres, con cruces en las manos, diciéndoles que dijesen lo que había pasado con los demás, y cuán bien les estaba salir de paz y amistad á los cris-

tianos; lo que no fué de poco provecho, pues salieron muchos dándola, y entre ellos el Cacique Tone.

2.º Concluso esto, entró García de Arce y Bernardino de Mojica con algunos soldados la tierra adentro, donde habiendo hecho llanas algunas otras barbacoas y fortalezas de menos importancia, volvieron al Real y desde allí fueron juntos á reedificar, como se lo había ordenado la Real Audiencia, la antigua Antiochia, como se hizo dejando en ella veinte soldados por vecinos y á Francisco de Barahona por Teniente; que todo duró bien poco, por ser pocos y no poderse sustentar. Pasó Gómez Hernández con el resto de sus soldados en demanda de sus noticias del Dadaibe, rompiendo por tenebrosísimas montañas, y por tantas desventuras y trabajos, que quererlas particularizar sería de tejer una historia de un confuso y larguísimo laberinto. Dieron con algunas provincias de á tres y cuatro mil indios, que diciendo los soldados al Gómez Hernández sería á propósito poblar en ellas, les respondió que tenía por cierto hallarían adelante provincias tan ricas y abundantes de gente, que pensaba repartir en cada uno de sus soldados más indios que los que tenía cada provincia de aquellas que iban pasando con tan intolerables trabajos, que con brevedad consumió la mayor parte de ellos, que fué causa para que el Gómez Hernández, temiendo el quedarse sin ninguno, hiciera hacer balsas y arrojarse el río abajo, que llaman de las Redes, hasta las aguas saladas del mar del Norte, desde donde con no menos riesgos caminaron la costa de Tolú, y desde allí á la ciudad de Cartagena, con harto pequeño número á que los llegaron los trabajos.

3.º Allí Gómez Hernández, con ánimo incansable, olvidado de los trances pasados, juntó de nuevo como hasta sesenta compañeros, y embarcándose con ellos en bergantines y pasando la ensenada de Urubá y el río Darién arriba, casi cien leguas hasta Oso mira, con no mejores calamidades que á la bajada, por no poder hallar tierra á propósito para poblar, les fué forzoso tomar la vuelta de la Nueva Antiochia, donde había quedado Barahona con los veinte, y habiendo pasado atravesando ciénegas, ríos, montañas cerradas, asperísimos breñales, donde por el rigor del camino y hambre dieron las vidas los más de esta conquista, llegaron á Tabibe, Provincia convecina de la reedificada Antiochia, que viéndolos los naturales tan pocos, flacos, enfermos, flojos y consumidos, les embistieron luégo á la primera vista, y en este primer encuentro con facilidad mataron los tres ó cuatro, y fuera lo mismo de los restantes, pues ya iban huyendo, y los indios á sus alcances, si un soldado llamado Francisco Barco no los esforzara y hiciera volver el rostro á hacer frente á los bárbaros, á quien con fuerzas del cielo, pues era imposible con las suyas, embistieron con tanta valentía y hechos tan admirables, que atemorizados se valieron de sus piés los bárbaros, dejándoles en las manos la victoria contra quien al prin-

cipio la iban siguiendo. Prosiguieron con esto su viaje los soldados con harto pocas fuerzas, por los trabajos que cada hora se les iban acrecentando con muertes de algunos, á los cuales iban apartando del camino por quitarlos de los ojos á los indios que los iban siguiendo, para que no fuese ocasión, viendo el consumo que iban teniendo, de darles avilantez para embestirles de nuevo.

Llegaron con estas graves penalidades al sitio de la reedificada Antiochia, que no crecieron poco cuando la hallaron despoblada y sin quien les diese el socorro que ellos pedían, si bien los socorrió por otra parte el Señor, que jamás falta en las necesidades, llegando por indios amigos la noticia de cómo iban á la ciudad de Antiochia, desde donde despacharon al punto algunos soldados y indios con refresco para alentarlos en lo que restase del camino donde los encontrasen, como sucedió, pues fué volverles el alma al cuerpo á los veinticuatro que venían, cuando los encontraron, de los cuales aun el regalo que les hacían no bastó para que no muriesen tres ó cuatro de ellos ya cerca de la ciudad de Antiochia, á donde entró el resto de los demás, que serían hasta diez y ocho, que fueron bien acariciados y regalados de los vecinos. Desde donde después de haberse reformado en compañía de Francisco Barco, que nunca le desamparó en cuantos trabajos tuvo en esta jornada, tomó Gómez Hernández la vuelta de Anserma, de donde era vecino y tenía casa de asiento y cuadrillas en las minas de oro, que halló le habían sacado, mientras él anduvo en los penosos pasos de esta jornada, sesenta mil pesos de buen oro.

4.° Habiéndose detenido allí algunos días disponiendo las cosas de su casa y hacienda, y gratificado con larga mano el buen acompañamiento que le había hecho Francisco Barco, tomó la vuelta de la ciudad de Santafé y dió cuenta á la Real Audiencia de lo que le había sucedido en la jornada que se le había encargado. Volvióse, habiéndola dado, á su ciudad de Anserma, á donde después fué Teniente de Gobernador, que no le costó poco, pues habiendo ido á tomarle Residencia desde esta ciudad el Licenciado Briceño, lo sentenció por los capítulos que se le acumularon y probaron, en privación de todos los indios que tenía en encomienda, y en seis mil castellanos y treinta marcos de oro; y habiendo suplicado de la sentencia para el Real Consejo de Castilla, se la confirmó en nueve de Marzo del año de mil y quinientos y ochenta. Al reparo de estos daños el Gómez de Hernández pasó en España, y tuvo tan buena negociación en el Consejo Real de las Indias, que le dieron en Gobierno la Provincia de los Chocoes, con que se volvió á embarcar y llegó á la ciudad de Cartagena, donde acabó la vida de una grave enfermedad. El Padre Fray Todoco, de nuestra sagrada religión, andando por las tierras de la Gobernación de Popayán, por el gran conocimiento que tenía de la astrología, dijo muchas veces que sobre estas Provincias del Chocó, Chancos, Noanamas y Cirambiraes, predominaban

y influían astros tan benévolos que criaban en ellas las mayores riquezas de oro, plata, perlas y otras piedras preciosas, que habían hallado los hombres en estas Indias; lo que ha echado de ver la experiencia por todos los que han entrado en ellas. El jornal de un negro es un peso de buen oro cada día, y de allí para arriba en las minas menos caudalosas; hállanse piedras de color, granates ó espinelas finas en color y de dureza de esmeraldas; hay noticias ciertas que en la quebrada de Atita se hallan diamantes; en sus costas del mar del Sur se sacan perlas, zarzaparrilla, y quina se da con abundancia; yerbas salutíferas muchas, como para sanar locos, restañar sangre, estancar disenterias, solidar quebraduras; mucho anime blanco y negro, bálsamo, aceite de canime, cativo de mangle, brea y otras buenas resinas; cierta semilla de una yerba morada de más suave olor que el de la mejor pastilla; y de las aves y animales que se crían en las demás tierras calientes, y ciertos animales que tienen los pellejos como martas.

———

CAPÍTULO XII

1.° Vienen franceses piratas á Santa Marta, queman la ciudad y huyen al monte los vecinos—2.° Encuentran algunos soldados con los indios de guerra, y huyen, dejando uno de ellos un cofre de oro que después lo halló—3.° Hacen los de Santa Marta alguna resistencia á la entrada del puerto á los piratas, en que matan algunos—4.° Avisan á Cartagena, previene el Gobernador su gente, y toma puesto el francés en el de esta ciudad—5.° Hace una plática el Gobernador Bustos animando á sus soldados á la batalla.

DESCUBRIÉRONSE en estos tiempos por el mar y costas de la ciudad de Santa Marta (gobernaba por suplente y orden de esta Real Audiencia de Santafé Juan de Otálora) siete grandes navíos de piratas franceses, naturales de la Gavia Bracata, con gran número de gente de mar y guerra, que traían por cabezas á un Don Juan y á otro llamado Martín Cote, que algunos dicen eran hermanos, ó cuando menos confederados para infestar y robar las costas de estas Indias que baña el mar del Norte. Alborotó tanto la vista de estos navios, que les fué forzoso á los de la ciudad de Santa Marta acudir al socorro ordinario que habían tenido en iguales ocasiones y hoy lo tienen, que es desamparar la ciudad, recogiendo cuanto en ella hay al monte, cón toda la chusma, y á una fortaleza que á la sazón estaba hecha por el Capitán Manjarrés en los términos de Bonda, que la hizo gobernando aquella tierra, por los años de mil y quinientos y cuarenta y cuatro, para sujetar desde ella aquellos belicosos indios, que les sirvió también de amparo en la huída que hicieron de otros franceses que llegaron al puerto con gran cautela, diciendo: España! España! y al fin robaron y sacaron buen pillaje de la ciudad y la quemaron, por no haber querido el Gobernador Manjarrés venir en conciertos exorbitantes que pedían los franceses, que pienso fueron aquellos mismos que dijimos había traído á Cartagena aquel piloto llamado Corzo, por haberlo afrentado Besines, Teniente de Don Pedro de Heredia. Entre los demás que en la ocasión de ahora llevaron sus haciendas al monte, fué un Luis Feijóo, que acompañado de otros seis soldados de camaradas, que llevaban también sus hatillos á cuestas, llevaba un cofre de barras de oro que valdrían veinte mil ducados, y habiendo salido amparados de la oscuridad de la noche y espesura del monte hasta cerca de la cumbre de un cerro en el Dorsino, poniéndose á descansar para pasar adelante, oyeron con el silencio de la noche un gran murmullo de muchos indios, que según pareció habían sido avisados de sus espías (que siempre los tienen cuando saben que hay enemigos nuéstros en el mar, para levantarse ellos también contra nosotros sin perder aquellas ocasiones, y suelen ser de

más riesgo ellos para con nosotros que los piratas), cómo iba por allí aquella tropilla de soldados y por no perder ocasión de haberlos á las manos se había juntado una gran escuadra de Dorsinos y venían á dar con los siete soldados.

2.º Que habiéndose certificado que eran indios, dejando su hatillo expuesto á todo peligro, sólo procuraron librar de él las vidas, escapando por la loma abajo, que no les importó menos que salvarlas la diligencia, aunque triste el Luis Feijoó por tener ya perdido todo su grueso caudal y en manos de los indios, que no fué así, pues habiendo dejado en la huída una capa sobre el cofre de las barras, pasando los indios con lo obscuro de la noche, más deseosos de coger las personas que su ropa, tomaron de paso toda la que hallaron, que eran unas petaquillas y líos y la capa que estaba encima del cofre de las barras, y no advirtiendo en él, pasaron adelante, sin poder encontrar con los soldados, que habían procurado ponerse en buen cobro hasta que amaneció, porque entonces el Feijoó, aunque sin esperanza de lo que le sucedió, volvió al lugar donde dejó su corazón entre las barras, por si acaso hallaba algo de lo que habían dejado, y fué tan dichosa su suerte, que halló su cofre y oro tan entero como lo había dejado. Lo que no le sucedió en esta misma ocasión á un Juan Alemán, que llevando á esconder otro cofrecillo de oro fino, y habiéndolo puesto en parte segura entre la maleza del monte, y no habiendo notado bien el lugar, por la prisa que tenía por volver al de la ciudad, tornando después á buscarlo, no le fué posible el hallarlo, y así se quedó sin él.

3.º De los indios más circunvecinos á la ciudad y que entraban y salían en ella de paz, fueron avisados en esta ocasión para ayudar hacer frente á los Corsarios y estorbarles el tomar tierra, á que acudieron bien, y no fueron de poca importancia, porque como son de suyo tan valientes guerreros, á ninguna cosa acuden con más gusto que á este ejercicio, y así con sus arcos y flechas hacían desde tierra no pequeños estragos en las lanchas de los franceses que se ponían á tiro, pretendiendo desembarcarse. Los cuales cuando se veían heridos de las flechas de yerba, decían: no *forzano la mala salvajina,* queriendo decir con esto que no era de importancia que aquellos salvajes les tirasen flechas, lo contrario de lo cual experimentaron luégo, pues por la fuerza del veneno, y como todos eran canalla mal regida en comer y beber, que es el cebo y fuerzas del veneno, morían á montones, y echándolos en la mar, los arrojaba el rebalaje de cuatro en cuatro á las playas, donde eran cebo de los gallinazos, que son unas aves al modo de cuervos, si diferentes en su talle y más carniceros y mudos, que parece no quieren ocuparse en graznar por no perder bocado; pero al fin por ser mucha la gente de los franceses, y la de la ciudad poca, hubieron los nuéstros de desampararla, dejándosela al francés libre, con poco más que las casas, por haber tenido tiempo de retirar al monte sus haciendas.

4.° Húbolo también para avisar al Gobernador de Cartagena, Bustos, desde la primera vista que se dió al francés, al tiempo que pudo prevenir su ciudad á la defensa, haciendo primero trincheras y bastiones por la una y otra parte de la cinta de su asiento; previniéronse las armas, aunque pocas y de pocas municiones; hizo recoger á la ciudad todos los vecinos de las estancias; hizo reseña de su gente de á pié y de á caballo, haciendo Capitán de éstos á Alvaro de Mendoza y de aquéllos á Nuño de Castro, y uno de los Alférez fué un Francisco Portés. De los demás Oficiales han faltado los nombres, que no ha sido descuido de poco sentimiento en estas y otras ocasiones, pues entendiendo algunos que importaba poco el dejar en memoria los nombres de los valerosos soldados y otros Capitanes y Oficiales, les han hecho tan notable agravio á ellos y á su nación, que con dificultad podrán satisfacerlo. Hizo también venir el Gobernador á un Cacique llamado Maridalo, con quinientos indios flecheros, diestrísimos en el manejo del arco, que amparasen un par de cuarteles de la ciudad contra la furia del pirata. Hízose luégo siembra de puas envenenadas en todas las partes de la playa por donde era forzoso entrase el enemigo, el cual habiéndose desocupado de la ciudad de Santa Marta, ó por mejor decir, desocupádola á ella, pues después de haberla robado la convirtió en cenizas, dió vista á esta de Cartagena por el mes de Abril del año de mil y quinientos y sesenta, con sus siete navíos gruesos y lustrados de flámulas, gallardetes y estandartes, y muchas lanchas ligeras de belambre y bega que con tiempo alernó, y al són de muchos instrumentos de clarines y trompetas se fué llegando á la boca del puerto, sin podérsele hacer resistencia de él ni de la ciudad, mal armada y defendida en aquellos tiempos. Despachóse luégo gente de á caballo al puerto, que está de ella una escasa legua, para que conociendo los intentos del enemigo, diesen aviso, como lo hicieron luégo que se vieron desembarcar con mil hombres, diestros guerreros, viniendo á la ciudad dando voces, que se acrecentaron luégo con las que daban las campanas, tambores y trompetas, juntándose todos los soldados de la ciudad en su plaza, donde formada en escuadrones, les hizo el Gobernador Bustos una breve plática diciendo:

5.° "Ocasión tenemos, valerosos soldados, entre las manos, de que se conozca el esfuerzo de los nuéstros en defensa de la causa de Dios contra esta vil canalla luterana; de tan amadas prendas como son hijos, mujeres y hacienda, pues todo eso se está en la ciudad para que más se esfuerce vuestra valerosa sangre española, que alentada del cielo, y con las ventajas que tenemos de defender justamente la tierra de nuestro Rey, podemos confiar nos socorrerá la divina virtud para conseguir la victoria que todos nos podemos prometer, fiados más en las manos de Dios que en las nuéstras." Lo cual dicho, comenzó á mar-

char su Teniente Luis de Villanueva con todos los soldados del presidio y vecinos de la ciudad: hombres valerosos y de unos mismos deseos, que eran de salir todos al encuentro al enemigo, haciéndole frente antes que entrara en ella, como lo hicieran si ciertos soldados forasteros que había entre ellos no comenzaran á decir á grandes voces que se hacía un conocido yerro en salir de la plaza, donde estaban más fortificados para poder defenderse del enemigo; contradecía esto el Gobernador, teniendo por más acertado el primer intento, de habérselas en los primeros encuentros con el enemigo fuera de la ciudad, lo que no pudo conseguirse por la pertinacia con que defendían lo contrario los forasteros y algunos otros de los vecinos que ya se habían hecho de su opinión y porfía, y así, aunque fué mucha la del Bustos porque pasaran adelante, no los pudo arrancar del puesto de la plaza.

CAPÍTULO XIII

1.° Trábase la pelea entre los franceses y los nuéstros—2.° Matan los franceses algunos de nuestros soldados, y entre ellos al Alférez Francisco Fortés—3.° Retíranse al monte los nuéstros, y apodéranse de la ciudad los piratas—4.° Rescatan el pueblo y presos por algún dinero, y vánse los franceses—5.° Vienen otros Corsarios á la costa de Cartagena, y hace algunas diligencias el Licenciado Arteaga contra ellos, con que no se atrevieron á tomar puerto.

CON todo eso, diez solos arcabuceros, que se hallaban entre todos los de la ciudad, y entre ellos Francisco de Alba, Francisco Sánchez y Bartolomé de Arjona, dejando el resto de los demás y saliéndose de la plaza hasta la boca de una calle, por donde venían á entrar los franceses, les hicieron tan valerosa resistencia, que hicieron retirar al enemigo por dos veces, en espacio de una hora que duró el disparar de ambas partes, sin que amparase á los diez más que el Capitán Alvaro de Mendoza con algunos caballos que resguardó á los arcabuceros, hasta que se les acabaron las municiones, que fué en la distancia del tiempo dicho, lo cual conocido por el francés, determinó de asaltar la ciudad por dos partes, guiando la una escuadra el Martín Cote, y la otra el Don Juan, á la cual el Alvaro de Mendoza embistió con su escuadra de veinte caballos, con tanto valor, que haciendo retirar al enemigo muchos pasos atrás, lo fué metiendo en la parte de la playa donde tenían sembradas las puyas, de que quedaron empuyados muchos de los franceses, que murieron después con la gran fuerza del veneno; pero no pudiendo el Mendoza pasar adelante, por no caer en el mismo peligro de las puyas, se fué retirando con sus jinetes hasta cerca del convento de Santo Domingo, que hace por aquella parte frente á la ciudad, á donde, como se fuese llegando otra vez el francés, cargaron sobre ellos los caballos con tanta furia, que hicieron huír á muchos hasta meterse bien dentro del oleaje de la mar, donde quedaron ahogados algunos, y al resto, que no tomó la huída para aquella parte, le fué forzoso entrarse en cierto cercado que estaba cerca, donde se hiciesen fuertes.

2.° Teniendo noticia de esto en la plaza el Gobernador Bustos y pareciéndole cosa vergonzosa estar allí con poca gente y sin provecho, andando los demás envueltos con el enemigo, desamparó aquel puesto, y con la gente que en él tenía y el Alférez Francisco de Portés, tomó la vuelta del puesto, donde estaba peleando valerosamente con los del cercado el Mendoza y con el Don Juan, francés, que era el que los gobernaba. Con estos intentos iba el Gobernador, cuando cierto vecino le dió grandes voces diciendo: "Acá, señor, acá á estas otras calles, donde nos cercan mayores peligros"; como era verdad,

pues la otra manga de los franceses, que gobernaba Martín Cote, la tenía tomada y defendía con tan valerosa resistencia, que ni el valor de la gente que llevaba consigo el Gobernador, ni algunas estratagemas y mañas que se usaron, fueron de importancia para que no fuesen los franceses mejorándose y enseñoreándose de la ciudad. El Alférez Francisco Portés, con algunos soldados que le siguieron, fué prosiguiendo hasta juntarse con Alvaro de Mendoza, que peleaba valerosamente con los del Don Juan, que teniendo grandes ventajas en armas y municiones, pues nuestros españoles carecían de lo uno y de lo otro, á la primera rociada quedaron de los nuéstros diez y siete peones muertos y tres de los jinetes, que fueron un Santa Cruz, valeroso soldado, y otro Espinosa y Rodrigo López; yá esto había pasado, cuando llegando el Francisco Portés con su gente, hacía tan valerosos hechos en los franceses, que dejaba muy atrás las hazañas de los más valientes de sus tiempos, hasta que se le llegó el fin del suyo con una bala enemiga que le sacó de la vida, con tanta opinión entre los franceses, que después de conseguida la victoria, decían que á haber muchos Portés, se la hubieran puesto en duda.

3.º Conociendo luégo el Don Juan, con la muerte de este Alférez y de los demás de los nuéstros, habérsele abierto la puerta á su victoria, fué saliendo por la del cercado y entrándose por las calles á juntarse con la escuadra de Martín Cote, que con la mucha fuerza de gente y de municiones con que todos se hallaban, fueron con facilidad haciéndose señores de la ciudad, sin embargo del estrago que también hacía en ellos el Cacique Maridalo con su gente y venenosas flechas, hasta que habiéndoseles acabado, se retiraron al monte por la parte del Oriente con los demás de la ciudad, que hicieron lo mismo en barcas y canoas que tenían á la lengua del agua á pique para el efecto si se veían en necesidad que los apretase á esto, sin sacar de sus casas más que los heridos, niños y mujeres, y de sus haciendas lo que la prisa les dió lugar, que fué bien poco, y esto mal logrado, pues escondiéndola en diferentes partes del monte, parte de ello les hurtaron los que andaban por él huyendo, negros, indios y españoles, y parte comía y molía el comején, que en solos dos días que diese con la ropa, por ser innumerable el que crían aquellas montañas, la dejaban sin provecho. Libraron algo, dejando lo demás entre las garras de los herejes, que las comenzaron á emplear luégo en tiendas de mercaderes, y lo demás que hallaron trastornando todas las casas y desaguando los pozos, de que sacaron innumerable suma de pillaje, aunque no mal pagado, pues fué con muerte de más de trescientos franceses que perecieron en las refriegas, y aun el Don Juan salió pasado de una lanzada un molledo, de que á pocos días se tuvo nueva había muerto; como también murió en la ciudad, de los nuéstros, el Capitán Nuño de Castro, de pena de que no hubiese el Gobernador tomado

su consejo, por tener por cierto que si le admitiera en el orden que daba para defender la ciudad, no la hubiera tomado el enemigo.

4.º El cual habiendo habido á las manos entre el pillaje de la ciudad algunos indios y alguna gente pobre, que por no haber tenido comodidad de bajeles para salir huyendo, como lo hicieron los poderosos, se habían quedado en ella, los hizo recoger á todos en la casa del Gobernador y les amenazaba con muerte á puñaladas si no se componían en la talla ó si querían revolver sobre ellos los de la ciudad, y que la convertirían en ceniza si no la rescataban. Dióse de esto aviso al Gobernador, Obispo y la demás gente de estofa retirada á los montes, los cuales habiendo enviado quien terciase y concertase los presos y ciudad por alguna razonable cantidad, que no he sabido cuánta fuese, se rescató lo uno y lo otro, con que se hicieron los franceses á la vela; pero sucedió, dos ó tres días antes de esto, que habiendo tenido cierto encuentro el Martín Cote con un sacerdote llamado Martín, que traían en la armada, le hizo el Martín Cote disparar una bala, con que le llevaron la cabeza, y haciendo un fingido sentimiento, por ser hombre señalado entre ellos y decir á algunos que aquello sucedió no de intento sino acaso, le hicieron un singular entierro con muchos lutos, sepultándole en lo alto de las gradas, cerca del altar mayor de la Catedral, de donde, luégo que el Obispo Don Juan de Simancas volvió á la ciudad de su retiro, lo hizo desenterrar y envolver en un muladar, como merecía el hereje pérfido y predicador de herejes. Quedó de este encuentro tan lastimada la ciudad de Cartagena, que no acabó de llorar ni reparar su ruina en muchos años, hasta que llegaron otras mayores, como veremos, con que olvidaron estas más pequeñas.

5.º Yá se iba rehaciendo de nuevo la ciudad, cuando el año siguiente de mil y quinientos y sesenta y uno, por ventura cebados del buen suceso que había tenido Martín Cote, aparecieron otros Corsarios á la vista de esta ciudad, que pudiera ser no le hicieran menor daño que los pasados, si á la sazón no hubiera bajado á visitar aquella costa el Licenciado Melchor Pérez de Arteaga, Oidor de esta Audiencia, el cual en aquella necesidad, juntamente con el Gobernador Bustos, hizo tan grandes diligencias por la mar con algunos navíos con que se hallaban en el puerto, y por tierra con los soldados que tenía la ciudad, que fueron bastantes para no dejarle desembarcar al enemigo; amparo que no acaba hoy de loar la ciudad, como también lo que ordenó entre los indios, que fué hacer que se vistiesen como hoy lo andan los del Gobierno de Cartagena, porque hasta entonces habían andado con el natural vestido, como los hallaron los españoles, aunque los más se han vuelto á su antiguo traje de desnudez, cosa indigna de la honestidad cristiana, y aun contra el natural dictamen después del pecado, pues luégo que lo cometieron nuestros primeros

abuelos, procuraron honestar sus fealdades con hojas de higuera, y sus carnes con telas de cueros de brutos animales, lo que verdaderamente parecen los que no se cubren de alguna vestidura, como sucede en muchas partes de estas Indias, por flojedad ó avaricia de los españoles. Ocupado andaba en esto y en lo demás que se le ofrecía de su visita el Licenciado Arteaga, cuando le llegó comisión al Licenciado Salazar, Teniente del Gobernador en la ciudad, para que le tomara Residencia al Arteaga, como lo hizo. De la cual tomó ocasión, aunque salió muy bien de ella, para dejar el hábito seglar y ordenarse de clérigo, en el cual estado le hicieron á pocos días de sacerdote Abad del Burgo fondo. Al Juan de Bustos, Gobernador de Cartagena, lo mejoró el Rey en que fuese de Panamá, no sé si Oidor ó Presidente, donde murió arrastrado de una mula, de donde cayó: fines ordinarios y bien merecidos de quien trata con poco respeto á los sacerdotes, de que fué notado este Gobernador. Quedó en su lugar gobernando á Cartagena el mismo Licenciado Salazar, hasta que vino por Gobernador el que diremos.

CAPÍTULO XIV

1.° Trátase de la vida del santo Fray Luis Beltrán, y cómo determinó pasar á las Indias con deseo de padecer martirio—2.° Despídese de los religiosos de su convento, con gran sentimiento de todos, y sale de él en prosecución de su viaje—3.° Llega á Sevilla el bendito santo y embárcase para las Indias, dando muestras en el viaje de su virtud y santidad—4.° Entra en Cartagena, comienza á ocuparse en la conversión de los indios y pasa de allí á Santa Marta.

EL gran Padre de la Iglesia y boca de oro San Juan Crisóstomo, enseñado de la experiencia con que van sucediendo las cosas de este mundo, en una homilía que hizo de San Joseph, nos dice la mezcla que tienen siguiendo á las prósperas las adversas, y por el contrario éstas á las prósperas, como le sucedió á esta ciudad de Cartagena y sus tierras, pues á las adversas y de llanto que hemos dicho, le vino el año siguiente de mil y quinientos y sesenta y dos una dichosísima, que fué el entrar en ella aquel ilustrísimo santo, de la Orden de nuestro gran Patriarca Santo Domingo, Fray Luis Beltrán, hoy beatificado, y que le esperamos canonizado mañana. Vivía en estos tiempos arrojando fulgentísimos rayos de su virtud y santidad por todo el Reino de Valencia, en el convento de Predicadores de aquella insigne ciudad en España, ocupado en ser maestro de novicios, cuando llegó al mismo convento (que no le falta nada para ser de los más célebres de toda la cristiandad, así en letras como en santidad) un indio en hábitos de fraile de la misma Orden, con recados falsos, que todos entendieron fué permisión divina, pues conversando con él de ordinario el bendito santo Fray Luis Beltrán, y tratando de la conversión de estos indios, se le encendió el corazón en amor divino y celo de las almas, de tal suerte que se determinó pasar á estas partes á ocuparse en predicar y convertir los naturales, y aun á padecer martirio, porque según contaba el fraile indio, y era así, á muchos ministros del Evangelio les quitaban la vida con tormentos atroces y se los comían. Solicitado andaba de estos pensamientos el bendito santo, y encendiéndose en ellos cada hora más, cuando llegaron al mismo convento dos religiosos de su hábito, con comisión para hacer frailes para traer á este Nuevo Reino de Granada, por la falta que decían había en él de ministros del Evangelio, que fué cebar los afectos con que el santo andaba, como se echó de ver, pues no perdiendo la ocasión de su deseo, se ofreció luégo á la empresa con tal constancia, que no fueron bastantes á apartarle de su determinación ruegos y lágrimas de sus hermanos y hermanas, ni de otros sus deudos, ni de los religiosos del convento, que desde luégo las comenzaron á derramar del sentimiento que habían de tener de su ausencia.

2.º Andando solicitando esta su venida, se manifestó en cierto caso el espíritu de profecía que tenía, y fué que sabiendo esta su determinación de pasar á estas partes, con la misma, para venir en su compañía, se le allegó un mozo llamado Castellón, á quien después de algunos días que trataban ambos de esto, desengañó el santo diciendo: "Bien pensáis vos ser fraile de Santo Domingo y pasar conmigo á las Indias; pero no será así, pues quedaréis aquí, y tomaréis el hábito en una religión muy santa, y en esto no dudéis, pues todo sucederá como yo os lo digo," como sucedió, pues quedándose el mozo en la ciudad, fué después fraile de nuestra seráfica religión. Los encarecimientos con que el Prior de aquel convento, llamado Fray Jaime Serrano (á quien el santo había criado desde niño en santas costumbres), pedía al santo mudase de intentos en hacer aquel viaje, eran increíbles, hasta venirle á decir que no le daría matalotaje para el camino, á que el santo respondía no ser aquello lo que se lo había de estorbar, sino sola la voluntad divina, en cuyo cumplimiento consiste toda la perfección cristiana; llegóse el primer viernes de cuaresma de este año de mil y quinientos y sesenta y dos (1562), y después de haber predicado aquel día en el convento de las religiosas de la Concepción, le recargó tanto el espíritu de poner en ejecución el viaje, y aun el escrúpulo de haber enviado á su compañero tres días antes que fuese delante y le aguardase en Sevilla, que habiéndoles hecho una larga y espiritual plática á sus hijos los de la Casa de Novicios, en que les significó su última determinación, reprendía la noche, pareciéndole que se tardaba mucho; y así luégo á las primeras luces, otro día, despidiéndose del Prior y de los demás religiosos, sin darles á ellos lugar las lágrimas y sentimientos de despedirse de él, se salió del convento de Predicadores, y acordándose no había dicho misa, se entró por el nuéstro de Jesús de la misma ciudad de Valencia, donde la dijo con el espíritu que solía, ofreciendo á Dios su viaje y los trabajos que había de padecer en camino tan penoso y largo, y los que se le ofreciesen en la conversión de los indios que venía á hacer.

3.º Salió luégo de la ciudad, y á lo último de ella, cerca de la cruz que llaman de Játiva, halló á su compañero, que parece por permisión divina, porque no viniera el santo solo, se había detenido los tres días en la ciudad, en ciertos negocios de piedad. La que le tenían los de la casa de Novicios, hizo que entrasen todos en su celda, visto que ya venía caminando el santo, donde se llenaron de riquísimos despojos, de sangrientas disciplinas y ásperos silicios, que se repartieron entre los del convento, teniéndose por dichoso el que alcanzaba alguno de ellos. Al fin vino haciendo su viaje en un humilde jumentillo, por no poder, por su corta salud, andar á pié, hasta llegar á Sevilla, donde se embarcó en la primera flota que se ofreció, en la cual, á los primeros días de

navegación, conocieron los Capitanes y pilotos de la nave en que iba, y aun los de toda la flota, el inestimable varón que traían en ella, con que todos acudían á él, teniéndose por seguros en acaecimientos de tormentas que no les faltaron. Sucedió que estando un religioso de su Orden en el galeón que él iba, descuidado en la sala de armas, cayó desde lo alto una garrucha ó motor y le abrió la cabeza; tratando luégo los cirujanos del navío de cortarle el cabello para curarle, rogó el santo no lo hiciesen, porque él tenía cierta agua con que sanaría, mediante la voluntad divina. Hízose esto así, por la opinión que tenían del santo, y metiendo al religioso, que estaba sin sentido, en su camarote, sólo tocada la cabeza, estando en su cama, volvió en sí, y vido que el siervo de Dios, Fray Luis Beltrán, estaba en la suya y le tocaba con su cabeza en la herida, de que quedó sano sólo con este contacto, y pudo levantarse luégo y salir á vista de todos, que con grande admiración, vista la repentina sanidad, daban gracias al Señor y acrecentaban la veneración del santo.

4.º El cual, desembarcando en la ciudad de Cartagena el mismo año de mil y quinientos y sesenta y dos (1562), estuvo en su convento algunos días, dando en toda ocasión muestras de su santidad y la alegría que traía en su alma viéndose ya en ocasión de emplearse todo en la conversión de los indios, que tanto deseaba. Esto se le comenzó á cumplir á pocos días que le envió la obediencia por los pueblos de los naturales que están á la costa del mar, á la parte oriental de la ciudad, por donde iba predicando en todas partes en nuestra lengua castellana con un intérprete, que algunas veces por ignorancia de nuestra lengua, ó por malicia, interpretaba mal y impropiamente lo que el santo predicaba, el cual viniéndolo á saber, ó por otra vía, ó revelándoselo Dios, le rogó en la oración encarecidamente le diese gracia, como á otro San Vicente Ferrer, para que en su lengua española lo entendiesen todos, y como algunos dicen fué el dón de las lenguas que se les dió á los Apóstoles, que predicando en la hebrea les entendían todas las naciones del mundo, oyó Dios al santo, concediéndole esta gracia, como se echaba de ver, pues predicando un día después de esto, por intérprete, en lengua castellana, le dijeron los indios que pues le entendían en la suya, no era menester que otro les declarara lo que decía. Anduvo predicando de esta suerte por todos los pueblos de aquella costa por algunos meses, hasta que pasando el Río Grande de la Magdalena, llegó á la ciudad de Santa Marta, y desde ella pasó á predicar á los indios de sus montañas, donde convirtió y baptizó á muchos, en especial á cierto Cacique, que habiéndole predicado y exhortado con más eficacia, no hacía mella en él la palabra divina, por el miedo que decía al Diablo, que le había de matar con su mujer y hijos, si dejándolo á él, seguía á aquel predicador; el cual con espíritu del cielo le respondió; pues para que veas lo poco que

puede y vale el Demonio, vamos á su caney y verás lo que pasa; y llegados, dió el santo de coces al ídolo en quien habla el Demonio, sin que el enemigo del género humano hiciese alguna señal de movimiento contra el Cacique, con que quedó convertido.

CAPÍTULO XV

1.º Esconde el bendito Fray Luis Beltrán unos huesos de un Mohán que veneraban los indios, con gran sentimiento de ellos—2.º Vuelve el santo los huesos á los indios por algunos respetos que le movieron á ello—3.º Profetízale un hombre al siervo de Dios los trabajos que había de padecer—4.º Satisface con algunas autoridades de la Escriptura á la duda de si hizo bien ó mal el santo en volver á los indios los huesos en que idolatraban.

PREDICANDO á estos mismos montañeses de Santa Marta, llegó á cierto pueblo (que la poca curiosidad ó mucha negligencia de quien hizo estas memorias, no he sabido cómo se llamaba), en el cual fueron de muy poco provecho para los indios sus predicaciones de algunos días que gastó en ellas; pero habiendo entendido que veneraban los huesos de un Mohán, antiguo sacerdote, en el mayor caney del Diablo, á quien hacían grandes fiestas en días señalados, embriagueces, y guardaban con infatigable vigilancia, por haberles certificado el Demonio que si les faltaban aquellos huesos se les caería el cielo encima, tuvo traza el santo de entrar con secreto en el templo y haber á las manos los huesos, y trasportarlos dos ó tres leguas de allí, que entendido por los indios ó sospechando que él lo había hecho, trataron con uno de sus más viejos mohanes le diese veneno en la comida al santo, como se hizo, y tan fuerte, que apenas lo hubo tomado, cuando se le abrasaba el vientre y estómago con una calentura mortal, con que aguardaba el varón de Dios la muerte con mucha alegría, por ver cómo le había puesto la fuerza del veneno, que por bondad divina se vino á convertir en una serpiente, que echándola por la boca al quinto día, quedó con algún alivio, lo cual contando después el santo, decía que no sentía en aquella ocasión de agonías mortales otra cosa más que no tener quien le confesara y comulgara, pero que se consolaba mucho con un crucifijo de madera que daba remate á su rosario, á quien encomendaba con muchas lágrimas su ánima.

2.º Los que más le ayudaban en esta peregrinación, por ser sus continuos, eran dos negros horros, á quien él había hecho cristianos, que le defendían en las necesidades que se le ofrecían al santo con los idólatras, como en especial lo pretendieron hacer en esta ocasión del veneno, pues habiéndose juntado más

de trescientos indios con sus arcos y flechas para matarle por el hurto de los huesos, viendo que iba mejorando del veneno, uno de los morenos armó una escopeta para defenderle de ellos, lo cual no permitió el santo, antes con su ánimo pacífico llamó á los más principales de los indios y les predicó con espíritu valiente, doliéndose entrañablemente de su perdición, y persuadiéndoles á que acabasen ya de entender el engaño del Demonio, pues aunque les faltaban los huesos de su sacerdote que ellos tanto veneraban, ni se había caído el cielo, como él les tenía dicho, ni sucedídoles otra desgracia; pero como gente obstinada en su infidelidad, no sólo no trataban de convertirse ni advertir en lo que el predicador les decía, pero empleaban todo su conato en pedirle los huesos de su sacerdote; que considerando el varón santo que Dios no hace á nadie fuerza, ni quiere que con violencia y sin voluntad entre nadie en su iglesia, permitió se llevasen aquellos malditos huesos, que fué para los indios de gran fiesta y estimación aquella infernal prenda, que en pago y rescate le querían dejar muchas gallinas, pavos y otras comidas, que no consintiéndolo el santo, se las hizo llevar, de que quedando corridos, intentaron otra vez matarlo, como lo hicieran si no lo defendieran el Cacique que dijimos había convertido y los dos negros, que con ayuda de algunos indios amigos le trasportaron en hombros cinco leguas de allí, hasta embarcarlo en una canoa en la Ciénega, en que lo llevaron hasta á los aposentos de Pedro de Salazar, Encomendero de algunos pueblos, que lo recibió como á un ángel del cielo, donde estuvo muchos meses enfermo de calenturas causadas de las reliquias del veneno.

3.º Todos estos trabajos y otros muchos que padeció en estas conquistas de las almas este bendido santo, se lo había como profetizado un hombre simple y llano, pero muy espiritual y dado á la oración, algunos tiempos antes que el santo pasase á estas Indias; pues un día de San Juan, estando en el claustro del convento de Predicadores de Valencia, le dijo este hombre al santo: "El espíritu me ha dicho que el Padre Fray Luis Beltrán ha de padecer grandes trabajos y se ha de ver en grandes peligros, de que Dios le ha de librar." Quedóle al santo tan estampada en la memoria la reverencia con que llegaba á los huesos el Mohán que los llevaba cuando se los volvió á entregar, que lo predicaba muchas veces diciendo: que era tanto el respeto que les tenía, que arrodillándose delante de ellos, y cruzando las manos sobre el pecho, temblaba como azogado, y estaba tan turbado, que preguntándole el santo si sabía algún remedio para curar del todo aquel veneno de que padecía, no le pudo responder palabra, ni quitaba los ojos de aquellos endemoniados huesos. La cual acción, convirtiendo el santo en provecho de las almas, ponderaba mucho, tomando ejemplo de aquello la gran reverencia con que debemos estar delante del Santísimo Sacramento, pues aquel desventurado sacerdote falso estaba temblando

delante de aquellos huesos que adoraban con tantas supersticiones y horrores con que andaban engañados, y en especial en creer que el verdadero Dios, principio de todas las cosas (que hasta creer esto no les faltaba conocimiento), estaba encima del cielo, y que por eso ni veía las cosas de acá, ni hacía mal, ni castigaba á nadie, antes mucho bien á todos por sí, pero que por medio de sus diablos les hacía muchos males, por lo cual le reverenciaban y ofrecían sacrificios, para si con esto podían atajar que no les hiciesen tantos, ni les amenazasen con tan grandes castigos, como lo decía un Cacique al santo, que reprendiéndole el no acudir á sus sermones, le respondió: "Vóime en eso á la mano por la que me ha dado el Demonio de reprensión y amenazas, diciendo que hemos de morir yo y toda mi casa si te voy á oír." De lo cual lo desengañó el santo, pisándole su ídolo sin que le sucedieran los males con que andaba atemorizado el pobre indio.

4.º En la leyenda de la vida de este santo que recopiló el Padre presentado Fray Baltasar Juan Roca, de la Orden de Santo Domingo, se pone á dar satisfacción de algunas dudas que se ofrecieron acerca del hecho del santo, en dejar que llevasen aquellos huesos en que idolatraban los indios, teniéndolos ya hurtados, y quitádoles la ocasión de la idolatría en ellos; y la razón de dudar la ponen en que parece debiera primero padecer mil muertes el santo, que dejárselos volver, pues sabía de cierto los llevaban para ofender á Dios en ellos, cuya satisfacción de este autor me pareció poner aquí á la letra, que dice así:

"Para esto no sería impertinente satisfacción decir que el santo, con la turbación del veneno y con la fuerza de la calentura que le abrasaba, los volvió, pues por otra semejante turbación excusa en alguna manera al santo Loth, del ofrecimiento que hizo á los de Sodoma, San Agustín en el capítulo nueve del libro contra Mendacium, y en la cuestión 42, sobre el Génesis, aunque San Ambrosio absolutamente lo defiende, considerada la ocasión y aprieto en que se vió el santo Loth; pero respondiendo más fundadamente, digo: que otros santos hicieron lo mismo que él, cuando les pareció convenía por buenos respectos: al Patriarca Jacob pidió Labán sus ídolos, y él fué contento que se los llevase si los hallaba. El santo Elías dijo á los profetas malos que ofreciesen sacrificios á Baal, y Jehú convidó á los sacerdotes de los ídolos á que los adorasen, y aunque después fué mal Rey; pero San Jerónimo, sobre el segundo capítulo de la Epístola ad galathas, dice: que en esto le podemos imitar algunas veces. Rufino, en el capítulo 25 del libro séptimo de la Historia eclesiástica, y antes que él San Gregorio Niceno, en un sermón que hizo de San Gregorio Taumaturgo, refieren que este santo cerró la boca al ídolo de Apolo, y después, rogado por el sacerdote del ídolo, le escribió una carta, dándole licencia para que hablase é

hiciese lo que solía, y de ello se siguió que el sacerdote conociese su engaño".

"San Gregorio Papa, en el capítulo 34 del libro primero de las Epístolas, mandó al Obispo de Terraquina que restituyese á los judíos la Sinagoga que les había quitado, con todo que sabía que la pedían para volver á celebrar sus festividades como solían, y al mismo propósito escribe al Obispo de Nápoles largamente en capítulo quince del libro undécimo de las Epístolas. Con lo dicho me parece quedan deshechos los nublados que algunos han movido acerca del hecho de nuestro bienaventurado santo". Hasta aquí el autor Roca en un libro pequeño de lo que hemos dicho.

CAPÍTULO XVI

1.° Tenía el santo su asistencia en el pueblo de Tubara, donde doctrinaba los indios—2.° Levántanle un testimonio al bendito santo, de que se libra descubriendo Dios la verdad—3.° Reprende el santo á un indio de un amancebamiento público, por lo cual lo quiso matar—4.° Échale un hombre al siervo de Dios una mujer, para que le incitase á pecar; queda victorioso de esta tentación, y ellos confundidos.

DONDE más de propósito hizo asiento el santo Fray Luis Beltrán, para ejercitarse en la conversión de los naturales, fué entre los indios Mocanaes (que en nuestra lengua, mocana es lo mismo que decir no hay), que son los que hemos dicho demoran al Este de la ciudad de Cartagena por la costa del mar y hasta el Río Grande de la Magdalena, y algunas leguas la tierra adentro, y entre éstos, donde más de propósito asentó, por ordenarlo así la obediencia, fué en el pueblo de Tubara, dos leguas del de Zipagua, que está más á la costa. Por el gran sentimiento que el santo tenía de no poderse confesar tan á menudo como quisiera, por estar allí solo, y el pueblo más cercano el que hemos dicho de Zipagua, ordenaron entre los dos doctrineros de ambos pueblos que se hiciese una ermita á la mitad del camino, donde partiéndolo, se juntasen á confesar todos los días ó á lo menos una vez ó dos cada semana, como la piedad y el cuidado de las religiones lo tiene ordenado lo hagan aun los que no son sacerdotes. Reparó con esto el santo mucho del desconsuelo que le daba el no poder frecuentar como quisiera este altísimo sacramento de la penitencia. Á pocos días que estaba administrando en esta doctrina el siervo de Dios, un día, víspera de San Miguel, entró en la Iglesia donde el santo estaba, un indio infiel con un niño en los brazos, dando grandes voces, diciendo que le baptizaran aquel niño que se le moría, que entendida la intención del indio por el santo, por medio del intérprete le preguntó que por qué le quería baptizar y que qué entendía él de baptismo, pues era idólatra y había vivido siempre retirado en los montes; á quien respondió el indio en su lengua: "Allá me ha dicho mi corazón (lenguaje común de estos indios para significar su voluntad y deseo) que tú has venido á esta doctrina y que si echas agua sobre la cabeza de este niño, irá al cielo;" con lo cual lo baptizó luégo, poniéndole por nombre Miguel, y murió al punto el niño, de que hizo el santo muchas gracias á Dios, y lo contaba y predicaba muchas veces, tratando del maravilloso efecto de la predestinación divina.

2.° Procediendo iba el santo con vigilantísimo cuidado en la conversión de estos indios, cuando le ofreció Dios (que siempre anda ejercitando á los suyos en ocasiones de paciencia) una de mucha consideración y mérito para el santo,

permitiendo le levantasen un grave testimonio, y dándole á él fuerzas para poder salir y quedar su fama con más lustre, pues no hay prudencia ni hay sabiduría que prevalezca contra la de Dios. Fué el caso, que estando un español amancebado, llamado Rivera, con una india del mismo pueblo, llamada Marinita, del cual había tenido un hijo, y temiéndose no ser castigado por el visitador del Obispo, que andaba visitando aquel partido, la persuadió haber sido el parto del Padre Fray Luis Beltrán, que comenzó luégo á divulgarse por todo el pueblo de Tubara y su comarca con harto dolor y sentimiento de los buenos, por la grande opinión que de él tenían, y aun del mismo santo, que luégo lo vino á saber (porque no quiere Dios á los suyos insensibles como piedras, ó como decía la secta de los estoicos, que decían no haber de sentir los hombres los casos adversos), pues en el sentimiento y paciencia de él está el merecimiento, que á no haber sentimiento, poco ó nada se padece. Consolábase el santo en esta aflicción con Cristo crucificado, que no permite duren mucho sobre sus siervos, como lo dijo por el santo Rey David, que no dejara que la vara de los pecadores caiga mucho tiempo sobre la suerte de los justos, porque acaso no suceda de aquí alargar el justo su mano á la maldad, y así en este caso, haciéndose luégo pesquisa de él, se vino á saber la verdad, y á determinar la justicia que fuese castigado el Rivera como lo merecía, lo que estorbó el santo con grandes ruegos, diciendo que no se ha de llevar todo por tela de justicia, que algo hemos de padecer por Dios, y así no sólo no se enojó con el hombre, pero aun le trataba con más familiaridad á él que antes que sucediera esto, porque era morador de aquel pueblo, administrando las haciendas del encomendero.

3.° Otro caso semejante á éste escribe de este santo, en la historia que hizo de la Provincia de Santiago de México, de la Orden de Predicadores, Fray Agustín Dávila, que después fué Arzobispo de Santo Domingo en la Isla Española, que se movió á escribir algo de la vida de este siervo de Dios, porque estando en la Puebla de los Ángeles, en Nueva España, y habiéndole dado una grave enfermedad de perlesía en la lengua, y habiendo alcanzado un hilo de la túnica de este santo, de quien oía decir grandes maravillas, se lo tragó con la devoción que le comunicó Dios, y luégo al punto alcanzó perfecta salud. Sucedió en este mismo pueblo de Tubara que habiéndose amancebado un indio de los principalejos de los que llaman Capitanes, con una mujer casada, le reprendió el santo en público, por ser el caso de quien todos, por ser público, estaban escandalizados. Decíale que quitase el mal ejemplo, pues no sólo era contra la ley natural tener mujer ajena, sino aun contra las costumbres políticas de aquella gentilidad, que por ley lo tenía prohibido. Predicándole estaba esto un día á la puerta de la Iglesia, en pié, por no haber púlpito, cuando el indio, sentido

de lo que le decía, alzó una valiente macana que tenía en las manos y descargó un tan valiente golpe, guiado sobre la cabeza del padre, que habiéndose apartado un poco la macana, por ventura por la mano de Dios, que guardaba al santo para mayores cosas, entró un buen pedazo de la punta en la tierra, á los piés del santo, que se tuvo por milagro no haberle muerto; de que quedó tan sosegado el siervo de Dios, que sin alteración se fué luégo á decir misa y á encomendar en ella á aquel infiel.

4.º En cierto pueblo de aquella Provincia de Cartagena sucedió que un hombre principal y rico, gran devoto del santo, se revolvió con cierta mujer honesta y recogida, de lo cual reprendiéndole el siervo de Dios, y aun rogándole se apartase de aquella ofensa suya, no sólo no lo dejaba la ceguera de su estado oír lo que le convenía, pero aun enfadado de las reprensiones y exhortaciones, sin reparar en la ley de Dios ni en la amistad que le debía al santo (tal es la condición de un apetito desenfrenado), cohechó á una doncella de muy buen parecer, con buena paga, para que vestida á lo sensual fuese al aposento del santo y lo incitase á lo menos á tener conversación con ella, con que pensaba el pecador, si conseguía el fin, cubrir su pecado y poner silencio á la reprensión del santo: propio de pecadores desear que sus pecados se cubran con los de otros. Llegó la deshonesta mujer á las diez de la noche al aposento del padre, cuando ya estaba recogido y bien cerrada la puerta, á tocar la campanilla, á que acudió luégo el piadoso varón con una luz, entendiendo por la hora lo llamarían para alguna confesión ó caso grave, y habiendo preguntado antes que abriera la puerta quién era quien llamaba, y respondídole que era una doncella afligida, abrió la puerta, y habiendo extrañado el rostro y ropas de la mujer, pues nada era de afligida, y más á aquellas deshoras, y preguntándole que quién la enviaba, y ella respondídole como mejor pudo acomodar la respuesta, habiéndole dicho el santo padre que lo esperase allí, volvió á cerrar muy bien la puerta y se fué derecho á la iglesia y comenzó hacer una tan fuerte disciplina, que oyéndose los golpes fuera de ella, se llegó la mujer á las puertas y vido por entre ellas lo que pasaba, y aun también dicen que llegaron y vieron lo mismo con ella el que la había enviado y otros de su pelaje, y aun dicen que vieron que estando el santo tendido en el suelo desmayado de la disciplina, se le aparecieron dos santos con resplandores del cielo y lo consolaron; despues de lo cual se puso el santo en oración, por tres horas, y al fin de ellas, abriendo la puerta de su casa el santo religioso, le dijo á la mujer: "Vete, hija, en paz, y no te suceda otra cosa semejante, porque no te castigue Dios". Habiendo contado esto la mujer al que la envió, ó si fué así que él mismo lo vido, quedó tan compungido (obrando la oración del santo), que el siguiente día se fué á arrojar á sus piés, pidiéndole perdón con muchas lágrimas

y rogándole le ordenase lo que más conviniese al bien de su alma, habiendo ganado dos el bendito santo por aquel camino.

CAPÍTULO XVII

1.º Baptiza el bendito santo Fray Luis Beltrán á un Cacique con todos los indios de su pueblo—2.º Con la señal de la Santa Cruz hacía muchos efectos milagrosos—3.º Trátase si se pueden derribar los ídolos y templos de los gentiles y pónense algunos ejemplos—4.º Prosíguese la misma materia y confírmase la verdad de esto con algunos lugares de la escriptura.

EN tres años que estuvo el santo Fray Luis Beltrán en el pueblo de Tubara, convirtió y baptizó, entre niños y adultos, más de mil y quinientos. Hizo quemar públicamente siete buhíos de los ídolos, que ellos llaman del diablo; y andaban de noche, por los montes, á caza de estos buhíos y santuarios, él y su compañero, guiándolos los muchachos de la doctrina con todo secreto, que aunque lo sentían los indios y sospechaban que él era el que andaba en aquello, por respeto que le tenían, disimulaban la venganza. Cierto día llegó á su pueblo y casa cierto Cacique de otro, con más de mil y quinientos indios, sus vasallos, en el cual pueblo, días antes predicando, no había podido convertir más que á dos indios; pero ahora todos le pedían los enseñase y baptizase, y preguntándoles la causa de aquella mutación repentina, dijeron serlo porque estando ellos en cierta fiesta invocando á su usanza al Demonio, y en ella los dos indios cristianos, se apareció en forma terrible, diciendo con valientes y ásperas voces: « Por qué me llamáis estando entre vosotros dos cristianos? quitádmelos luégo de delante los ojos », y súbitamente á los de todos apareció al lado del Demonio un hombre vestido á lo cristiano, que dijo venía de parte del padre Fray Luis Beltrán á desengañarlos y sacarlos de las marañas en que los tenía el Demonio, con quien se puso luégo á disputar, que hablaba por boca de un ídolo, y lo convenció y enmudeció, con que se desparecieron ambos, que debió de ser el hombre algún ángel, con que todos tomaron la vuelta del pueblo donde estaba el bendito santo y le pidieron el baptismo, como se lo dió, después de haberlos catequizado y instruído bien en los misterios de nuestra fé católica.

2.º Habiendo hecho lo mismo con un indio viejo, y estando ayudándole á bien morir, ofreciéndose ocasión de ir á su posada, halló que en el entretanto otro indio, con mucha eficacia, procuraba pervertirlo, á quien á la vuelta echó de allí el santo y confortó al enfermo, que tratando el santo trajeran una cruz de la iglesia, dijo: no es menester padre, señalando hacia lo alto, porque veis-

allí la cruz resplandeciente. Con las cuales palabras dió su espíritu á su criador, con gran consuelo del santo, que predicaba el suceso muchas veces, no sólo allí, pero también en la ciudad de Valencia, donde estuvo después. Habiendo baptizado un muchacho y puéstole por nombre Luis, y criádolo á sus costumbres, y enseñádole á que le ayudase á misa, pidiéndole en cierta ocasión los indios al Demonio les diese maíz de que estaban faltos, les respondió no lo daría, ni les respondería más, si no le sacrificaban á Luisillo el del padre, lo cual ellos hicieron con mucho gusto en ausencia del varón santo, que lo sintió notablemente por la ofensa grave que en ello se le había hecho á Dios. Habiendo baptizado un Mohán que estaba ya en los postreros tercios de su edad, y aun de su vida, por una grave enfermedad, y habiéndole dejado junto á su cama una cruz de caña, llegó el Demonio, que se le solía aparecer, cerca de su pobre boihuelo, y desde la puerta comenzó á dar poderosos aullidos, diciendo al sacerdote ó Mohán que se la abriese, y respondiendo el indio que no estaba cerrada, replicó el malo: harto cerrada está para mí, mientras tuvieres ahí esa cruz.

También con la cruz, al fin como instrumento con que se le quebró al Demonio la cabeza, reprimió que no entrase en el buhío de otro sacerdote ó Mohán, á quien habiéndole instruído en la fé y baptizado, después de haberle costado esta conversión mucha oración y disciplinas, le halló un día el santo, yéndole á visitar, muy enfermo y temblando, y preguntándole que de qué temblaba, le respondió: "que de los Demonios, que en figura de bestias fieras le querían embestir y despedazar, diciéndole les daba mal pago por la honra que le habían hecho en hacerle el principal de los Mohanes, y el haberse hecho ahora cristiano". Lo cual, visto por el santo, hizo una cruz de junco y la puso á la cabecera del enfermo, y habiéndolo dejado un rato, cuando volvió le dijo el indio haber estado siempre aullando un Demonio á la puerta, y no haberse atrevido á entrar de miedo á la cruz, con la cual en la mano entraba en los caneyes de los ídolos el siervo de Dios y derribaba y acoceaba á muchos.

3.° No ha faltado en estas Indias y en otras muchas provincias de infieles quien haya dudado si tienen autoridad los ministros del Evangelio para derribar los ídolos de los gentiles, quemarlos á ellos y á sus templos; y la razón de dudar puede ser se funde en lo que dice el Sínodo Eliberino, mandando que si matan á alguno porque quebró algún ídolo, no sea recibido por mártir, de donde parece se sigue no ser lícito, á lo menos á personas particulares, quebrar los ídolos y quemarles sus templos, á la cual dificultad (para que se dé doctrina común acerca de lo que hacía este bendito santo y lo que podían hacer todos los ministros del Evangelio dondequiera que se hallaren en esta ocasión) podemos responder que el Sínodo Eliberino fué provincial y no general, y jamás ha

sido aprobado por la Sede Apostólica, ni lo será, porque contiene muchos errores de los Luciferianos, que en aquel tiempo florecían en España, como lo prueba San Jerónimo en el libro que escribió contra éstos, y muchos de Virgiliano, que, según el mismo San Jerónimo, tuvo sus escuelas en España, especialmente en Calahona y en Barcelona; pero respondiendo con más blandura, diremos que algunas cosas se mandaron antiguamente por particulares y justos respectos que entonces se ofrecían, las cuales ahora no entendemos, y así no estamos obligados á guardarlas, ni hay memoria de ellas. Demás de esto, se ha de notar que el Sínodo toma por motivo y razón, que ni el Evangelio enseña tal cosa, ni los Apóstoles la hicieron; lo contrario de lo cual prueba San Próspero Obispo en el libro de las promesas y predicciones, en la promissi en 3 v. y en el capítulo sexto del libro que intitula *Dismidues temporis*, y su doctrina se puede confirmar con lo que escribió Julio Africano de San Bartolomé y de San Mateo Apóstoles, y de lo que de sí mismo escribe San Marcial en el capítulo tercero de la carta que escribió á los de Burdeos. Esto hicieron muchísimos santos, y habiendo sido muertos por ello, la iglesia romana los tiene en su martirologio, como á San Eupsichio en nueve de Abril; á San Emiliano mártir, en diez y ocho de Julio, y á San Marcelo Obispo de Apamea en Siria, en catorce de Agosto, y otro tanto escribe Sozomemeno de San Macedonio y San Teódulo y San Faciano, en el capítulo trece del libro sexto de la Tripartita; Santo Domingo, por haber hecho otro tanto, fué martirizado en tiempo de Dioclesiano y está en el martirologio, á seis de Junio; y Santa Cristina, en tiempo del mismo Emperador, por haber hecho pedazos los ídolos de su padre, fué martirizada y está en veinticuatro de Julio en el martirologio; finalmente, San Auda, Obispo, cuya fiesta está en 16 de Mayo, derribó el templo de los ídolos, y porque no lo quiso restaurar, fué martirizado gloriosamente con muchos hombres y mujeres; y según escribe Genebrando en su Calendario, San Teodoro mártir, cuya fiesta es en nueve de Noviembre, fué martirizado, siendo Emperador Dioclesiano, porque derribó el templo de una diosa, y jamás quiso conceder que había hecho mal. Refiérelo también San Gregorio Niceno y le alaba en gran manera por este hecho.

4.° En confirmación de todo lo dicho, bastará traer á la memoria que el Santo Profeta Daniel, para desengañar á los babilonios que veneraban como Dios un horrible dragón, le arrojó una bola hecha de cierta masa, con la cual reventó; a que podemos añadir (de infinitos que tiene de esto la Sagrada escriptura) dos ó tres lugares. El Rey Assa (a quien no acaban de loar de buen Rey las sagradas letras) destruyó el torpísimo ídolo de Priapo y lo quemó, y echó las cenizas en el arroyo de Cedrón; quemó también un bosque que le tenían dedicado, y á su madre Maacham privó del oficio de Priora que era de

las monjas que veneraban este abominable ídolo. El gran sacerdote Joyada y todo el pueblo de Israel allanaron por el suelo el templo de Baal, y el altar y ídolo hicieron pedazos, y delante el mismo altar y ídolo hicieron primero lo mismo de su sacerdote Matán. Y los Macabeos, tratando de purificar el templo profanado de la gentilidad, mientras lo tuvieron en su poder, dice el sagrado texto que les vino una buena determinación acerca del altar de los holocaustos, que fué destruírlo (no obstante que había sido primero dedicado á Dios), como lo hicieron, sólo porque habían ofrecido en él los gentiles sacrificios á sus ídolos, y lo hicieron de nuevo de otras piedras, echando las del primer altar, por estar contaminadas de idolatrías, en un lugar inmundo y asqueroso; todo lo cual es bien bastante fundamento para asegurar en buena conciencia lo que hacía este bendito santo, bien versado en las divinas letras, quebrando los ídolos y quemando sus templos, y lo que han hecho y hacen hoy y lo pueden hacer siempre en estas tierras nuevas todos los ministros del santo Evangelio; yo por mis manos he deshecho y quebrado algunos que me han venido á ellas, que eran hechos de palo, de algodón, de oro, de cobre y de otras materias de que de ordinario se hacen.

CAPÍTULO XVIII

1.° Bebe el santo Fray Luis un vaso de veneno para convertir á un Cacique, sana á una india de lamparones y hace otras maravillas—2.° Embárcase el santo en el Rio Grande para el Nuevo Reino, por cumplir la obediencia que le llamaba, y viénele licencia de su General para volver á España—3.° Llega á Tenerife, hospédale un vecino de allí en su casa, en que sucedieron el tiempo que el santo estuvo en ella algunas cosas notables—4.° Profetízale á su huesped el santo lo que había de suceder; sale de Tenerife, embárcase en Cartagena y llega á España.

DICIENDO Cristo á sus Apóstoles las maravillas que habían de hacer los predicadores del Evangelio, los nombró como los escribe el evangelista San Marcos, diciendo: "En mi nombre echarán los demonios, hablarán en diversas lenguas, vencerán las serpientes, no les será nocivo el veneno que bebieren; y poniendo las manos sobre los enfermos, recibirán salud." Todo lo cual sucedió bien á la letra con nuestro santo, verdadero evangelizador del Reino de Dios, pues demás de lo que de él queda dicho, bebió un vaso de veneno, sin hacerle daño, para convertir á un Cacique; caminando por tierra de tigres y otros animales fieros, con la señal de la cruz, no le hacían daño á él ni á su compañero; en algunos pueblos que hallaba picados de peste, haciéndoles la señal de la cruz no morían, y entre éstos fué una india muy afligida de lamparones, que con esto, y atándole su pañuelo en la garganta, quedó sana; á otra libró en un parto de las garras de la muerte, y no sólo hacía esto, pero aun resucitó algunos niños, como él mismo lo daba á entender, aunque con palabras equívocas, cuando le apretaban con preguntas en esta materia, atribuyéndolo todo á Dios, como lo debía hacer, pues de su mano nos viene toda dádiva buena y dón perfecto. Tuviéronle en tanta veneración los indios del pueblo de Tubara, y hoy se la tienen, que en la casa donde vivía tienen hoy hecha una ermita, y en las mayores fiestas del año la limpian y adornan de ramos de flores, y de todo él acuden á ella á pedir socorro al santo en sus necesidades, indios y españoles.

2.° Su espíritu de profecía fué conocido en muchas ocasiones. Yá dejamos dicho de lo que le dijo á aquel religioso de nuestra Orden, que no había de ser de la de Santo Domingo. Habiendo llegado al convento de esta Orden, de la ciudad de Cartagena, un Prior y un Subprior que habían bajado de este Nuevo Reino, enfermaron ambos, y preguntándole al santo cierta persona por ellos, dijo que morirían en un día, y así sucedió. A un hidalgo llamado Juan de Espeleta, gran familiar del santo y su devoto, le dijo había de llegar á cincuenta años, y se cumplió así. Estando divulgada la fama de su santidad por todo este Nuevo Reino de Granada, le pareció al Provincial de esta su Provincia de San

Antonino sería bien se pusiese en más alto candelero que tuviera esta luz, haciéndole Prior de su convento de esta ciudad de Santafé, cabeza de todo este Nuevo Reino, donde está la Catedral, Real Audiencia, y al fin la Corte de por acá. Hízose la elección, y llevándosela al bendito padre, la recibió después de muchas censuras y lágrimas, diciendo más con éstas que con palabras, que Dios no lo había traído á las Indias para gobernar frailes, sino para predicar á los indios, y que así, aunque recibía la obediencia y proponía cumplirla, no había de tener efecto el ejecutar aquel oficio, como sucedió, pues subiendo el Río Grande de la Magdalena para este Nuevo Reino en una canoa, después de haber tenido un tan gran naufragio en el río zozobrando la canoa, habiéndolos echado al agua á él y á los compañeros mercaderes con quien subía, de donde salieron de milagro por sus oraciones, llegaron al paraje del río que llaman la Angostura (por lo que allí se estrecha entre dos valientes barrancas), donde les alcanzó otra canoa que le llevaba recados de su Generalísimo el Maestro Fray Vicente Justiniano, para que se volviese á España, como él lo había profetizado, con que volvió la proa el santo el río abajo, habiendo enviado copia de sus recados á esta ciudad de Santafé á su prelado, y en tres días llegó á la de Tenerife, que está (como hemos dicho muchas veces) sobre las barrancas del Río Grande, á la parte del Este.

3.º Donde le recibió en su casa y hospedó un caballero, rico vecino de aquella ciudad, y grande amigo del santo, al cual el santo llamaba compadre. Este dijo al santo que se detuviese allí mientras en su casa le hacían matalotaje de bizcocho, conservas y cecinas para llevar por la mar, y así se hizo; el segundo día que el santo llegó á aquel pueblo, llegó nueva de Cartagena, que estaba pregonada la partida de la flota para de allí á ocho días, y pasados los tres, dijo el caballero al santo: "Padre Fray Luis: el matalotaje está hecho y la flota muy de partida, váyase V. P. en horabuena á Cartagena, antes que la flota se haga á la vela." A lo cual respondió el santo: "Señor compadre, Dios que me envió esta licencia, dará orden que la flota no se vaya sin mí; yo diré cuándo será el día de mi partida." Sucedió, pues, de allí á quince días que la mujer de este caballero pariese, á la cual el santo confesó, porque la cogieron á deshora y de noche los dolores del parto ; y de su mano baptizó la criatura, y luégo aquel día, después de haber comido la parida, dijo el santo que sería bien que descansase y durmiese un poco, pero encargó con grandísimo cuidado, á tres ó cuatro mujeres principales que allí estaban, mirasen por ella y en ninguna manera la dejasen sola. Sucedió, pues, que estando durmiendo la parida, despertó con pavor, por el ruido que hacía en los bahareques y trastos de la casa una grandísima culebra de las bobas, que en aquellos campos se crían, tan gruesa como un muslo de un hombre, y muy larga; con cuya vista, despavorida

la parida, saltó de la cama desnuda y salió del aposento corriendo por la casa hasta el corral, dando gritos, en cuya sazón (aunque tierra caliente) corría un airecillo delgado que la traspasó y pasmó. La culpa de esto tuvieron las mujeres, á quien el santo la encomendó, porque la dejaron sola; á la cual echaron en otra cama, donde dentro de cuatro horas murió, y la culebra se fué y nunca más pareció. Otro día enterraron el cuerpo en la iglesia de aquella ciudad de Tenerife, á cuyo entierro el santo dijo la misa y predicó, y acabados los oficios funerales, se volvió con su huesped á casa á comer, donde por sobremesa dijo estas palabras: "Señor compadre, Dios me ha detenido aquí para que yo pagase á V. M. con lo que he hecho el matalotaje de que me tiene proveído: yo confesé á la señora mi comadre, me hallé á su cabecera á la hora de su muerte, he estado toda esta noche velando su cuerpo, dije misa por ella, prediqué sus honras y bapticé su hijo; no tengo moneda con qué pagar la merced que me ha hecho.

4.º "Lo que ahora suplico es que se dé orden á que yo me parta esta tarde ó mañana, y que V. M., cuando yo sea ido, excuse del todo la conversación de la señora Fulana, su comadre, y que no entre en esta casa, si posible fuere." Partióse con esto el bendito padre la vuelta de la barranca con su matalotaje, y llegando en tres días á la ciudad de Cartagena, halló la flota tan á pique para hacerse á la vela, que parece sólo lo estaba aguardando, pues luégo comenzó á navegar la vuelta de la Habana en habiéndose embarcado el santo, cuyas profecías se conocían bien claro en lo que hemos dicho y en lo que le sucedió luégo á aquel caballero de Tenerife, pues no excusando las entradas en su casa de su comadre, se amancebó con ella y ambos pararon en mal. No se conoció menos la virtud del santo en la navegación, pues con sola la señal de la cruz deshizo algunas tormentas, con que sin este remedio pereciera la flota por la ferocidad del oleaje. Al fin, después de haber estado en estas Indias siete años, llegó en España y Sevilla en salvamento el bendito santo, el año de mil y quinientos y sesenta y nueve, día de San Lucas, desde donde sin descansar muchos días partió á la ciudad de Valencia, donde se fué acrecentando tanta su virtud hasta su muerte, que ha ocupado mucho papel el escribir su santa y inestimable vida, llena de tan grandes virtudes, que aun las dejaba en las cosas en que ponía mano, como sucedió después en el pueblo de Tubara, donde siendo doctrinero el bachiller Francisco López Cabrera, y estando enfermo de una gran modorra un indio llamado Martín Campanero, quitó el clérigo una hoja del libro del baptismo, donde estaban escritos y firmados por mano del santo los que había baptizado, y poniéndosela sobre el enfermo, volvió en sí de aquel letargo que lo tenía á la puerta de la muerte, y se confesó y vivió después muchos años. Lo mismo sucedió con la misma hoja á una india que teniéndola un mal parto á

lo último de la vida, poniéndosela, dentro de cinco horas parió derechamente y quedó sin peligro. Su dormir en las doctrinas era sobre una barbacoa de cañas, sin otra cama ninguna ni blandura que la que le daban sus hábitos; en su casa no había de entrar mujer á servirlo, como es ordinario en las doctrinas; su comida era la que le quería dar el mayordomo de la hacienda del encomendero, y por ocupaciones ó por malicia, muchos días le tenía sin comer hasta la noche, aun lo poco que el santo comía; causas todas que le ayudaban á acrecentar sus virtudes, con que damos fin á lo que toca á esta historia de la vida de este santo padre, aunque nos hemos alargado y antepuesto los años del hilo que llevamos, por dar consecutivo lo que á él tocaba.

——

CAPÍTULO XIX

1.º Pide el Capitán Domingo Lozano la conquista de los Paeces, entra en ellos dos veces y puebla—2.º Sálenle de paz, con que comienza á labrar las ricas minas de oro que tienen estas tierras—3.º Determinan los indios dar sobre las minas y aviso que tuvo el Capitán—4.º Vienen de hecho y matan á todos los españoles de las minas.

VOLVIENDO, pues, á anudar el hilo de la Historia, que quedó colgado en los años que comenzamos la vida del santo, que fueron los de mil y quinientos y sesenta y dos, en los cuales gobernaba la ciudad de Popayán y su partido Don Alvaro de Mendoza, Caballero de la Orden de Alcántara, en cuya jurisdicción entraba parte ó toda la Provincia de los Paeces (de cuya rebeldía y guerras contra nuestros castellanos tanto dejamos tratado en lo de Timaná), en este año un Capitán, vecino de la ciudad de Ibagué, que había hecho buenas y lucidas entradas en las Provincias de los Pijaos y otras partes, y que al presente se veía con una mediana pasadía en su ciudad, llamado Domingo Lozano, pareciéndole todo corto y menor que los valientes bríos de su corazón, intentó domar los de los indios Paeces y gozar de las gruesas y abundantes venas de oro y plata que tienen sus tierras, para lo cual pidió esta conquista al Don Alvaro, que concediéndola el mismo año, hizo una entrada con el mayor aparato de guerra y armas que le fué posible, y no la que bastaba á la fuerza y obstinación de aquel bárbaro gentío, que le hicieron tal resistencia, sin darle un instante de sosiego á él ni á sus soldados, que le hicieron dejar la conquista y tierra por entonces, hasta que reformándose de número de gente hasta ochenta españoles y mayores municiones, no pequeña copia de ganado vacuno, yeguas y puercos con sus padres, y todo lo necesario para la fundación de un pueblo, volvió á entrar segunda vez el año siguiente de mil y quinientos y sesenta y tres, á lo último de él, con intentos de recuperar la pérdida pasada y algún deslustre que en ella tuvo, y permanecer haciendo pié muy de asiento en aquella tierra. Sucedióle esto á los primeros pasos tan dichosamente, que sin que se los retardasen valientes encuentros que tenía con estos bárbaros terribles y indómitos, sin dar ninguno atrás, llegó á un sitio acomodado para población, por hallarse en él todas las cosas necesarias á esto, que son las principales agua, leña y piedra, la pobló con las ordinarias prevenciones que suelen preceder en esto, llamándole San Vicente de Páez, dándole inmediatamente á la población justicia y regimiento, y le hizo un razonable fuerte de tapias, para todo acaecimiento entre aquellos belicosos indios, que desde luégo dieron muestra de lo que había de suceder con ordinarios asaltos y rebates sobre la ciudad, sin cesar noche y día, que les fué bien importante, como veremos.

2.º Pero advirtiendo los indios la constancia de los nuéstros, y que la tenían hoy más que el primer día, desde doce ó trece años que había les daban guerra, y que se iban mejorando cada hora, que de nuevo tenían fundado pueblo y fuerte en sus tierras, determinaron salir de paz algunos Caciques, fingiéndola hasta que el tiempo les ofreciese ocasión de hacer su hecho, como sucedió, y así con la humildad que ellos suelen, y como gente quebrantada con guerras, acudían con lo necesario de comida y servicio á los del pueblo, en especial al Domingo Lozano, que dejándose por ventura engañar (para conseguir el fin de su deseo) de esta paz fingida, ó por entender la daban por no poder más contra la fuerza de los españoles, trató luégo de coger el fruto de sus trabajos en las ricas venas, más de oro que doradas, yendo á desvolverlas con mayor libertad y gusto que hasta allí, pues siempre había sido á hurtadillas y con miedo, que casi sólo había servido de descubrir aquellas grandes riquezas. Para lo cual hizo luégo asiento en lo más granado y fértil de las minas, comenzando á tomar de propósito la saca del oro con indios y negros que las labraban, de donde fueron sacando desde luégo grosedades tan caudalosas que equivalían bien y aun sobrepujaban la satisfacción que se debía á los trabajos que habían padecido hasta allí, para dar asiento á lo que tenía fundado, que á durarlas más de los dos meses que se ocuparon en esto, fuera notable el caudal de todos los que habían entrado.

3.º Para estas facciones y granjerías dividió Domingo Lozano su gente en dos iguales partes, y dejando la demás en guarda y amparo de la nueva población, él con los demás y la gente de la saca del oro tomó la parte de la ranchería, escogiendo de los mejores soldados que tenía para llevar consigo, entre quien iba un Alonso de Arce, sevillano, soldado viejo, de los conquistadores de Antioquia, que siempre tuvo por satisfacción y confianza, como tan experimentado de la paz y blandura con que acudían los indios, que no fué presunción vana, pues á lo último de los dos meses que andaban en la ranchería, con las codicias que les daban sus ganancias, trastornando venas de oro, una india bárbara y medio chontal, de su servicio, que le debiera de querer bien, le dijo al Alonso Arce una tarde: "Esta noche, señor, se nos apareja á todos una gran calamidad, como me ha certificado la vieja mi compañera, la cual ha visto que bajaban de la cumbre de aquel monte inmensa multitud de indios con todos sus pertrechos de guerra y á guisa de embestir esta ranchería, sin que en su modo de caminar y disposición de cuerpos se pueda dudar de que vienen á esto y que embestirán; avísales á todos tomen sus armas y se velen con cuidado, y lo mismo poder hacer despachando aviso á la ciudad de lo mismo, donde juntamente, dice la vieja (y yo sí lo creo), darán para consumiros de una vez á todos, ó á lo menos echaros de sus tierras.

4.º El Alonso Arce, como bien acuchillado en tales trances, dió el aviso al Domingo Lozano, certificándole tenerle él por cierto, y que sucedería así, pues no había que tener otra satisfacción de aquellos bárbaros, y en tales ocasiones es lo más acertado la prevención, caso que no suceda el efecto de las sospechas, como lo tenían sin ningunas al Domingo Lozano las sumisiones de los indios, y aun podemos decir que su codicia. Respondió al Arce con algún desdén, diciendo debían ser aquellos miedos de los soldados viejos de Antiochia, por estar tan hostigados de los ordinarios alzamientos que allá sucedían, pero que allí no podía ser así por la quietud con que veían á los bárbaros, días había, gozando de sus casas, haciendas, mujeres y hijos. Cególe á este Capitán su vana confianza (que espantó á todos por ser bien astuto), y no quiso ver las redes que se le tejían á los ojos, hasta que cuando ya no tenía remedio se vido dentro de ellas. Corrido el Arce de esta respuesta, y cuidadoso de su vida, alistó sus armas y caballo con silla y freno, velándose con el cuidado que pedía la ocasión, sin cuajar sueño toda la noche; lo que no quisiera hacer ninguno de los demás, durmiendo á sueño suelto sobre la confianza que les dieron las razones del Capitán Domingo Lozano, hasta que mal de su grado los despertó la innumerable hueste de los bárbaros, á poco más de media noche, que les embistieron por todas partes con tan impetuoso torbellino y bríos, que antes de acabar de despertar, se hallaban ardiendo todas las casas de la ranchería, y con horrendos clamores de los bárbaros.

5.º Acudía el que podía sonlocadamente, y medio entre sueños, á su arma, sin provecho, pues no había español, negro ni indio amigo que no se viese cercado de cincuenta guerreros, con tanto ímpetu y bríos, que aunque hicieron los nuéstros algún efecto de muertes entre ellos, murieron todos, sin quedar ninguno en el sitio donde los cogió la ocasión, fuera del Alonso Arce, que como le halló despierto y bien apercibido, después de haber hecho valiente estrago su lanza y caballo, que se lo hirieron de mortales heridas, procuró salirse luégo, viendo sus compañeros sin vida, de entre la multitud de los guerreros, que apenas lo hubo conseguido, cuando se le cayó muerto el caballo, con que le fué fuerza, valiéndose de sus piés, romper un espeso monte que le demoraba cerca, á cuyas sombras y las de la noche, sin que lo siguiese ninguno de los bárbaros, tomó la vuelta de la Villa de Timaná, por parecerle camino más seguro que el de la nueva población de San Vicente, sospechando lo que sucedió, que también los bárbaros estarían sobre ella, y dándole el temor alas ligeras, á los primeros rayos del sol se halló á la margen del Río Grande de la Magdalena, en el paraje de Timaná, y viendo el peligro que le amenazaba en la tardanza, y que no tenía otro pasaje para acabar de sacar de riesgo su persona, se arrojó á nado, que lo pasó sin peligro, y prosiguió su viaje hasta la Villa de Timaná. Desde donde

habiendo dado el aviso del suceso, se dió también á la ciudad de Popayán con la brevedad posible. *

CAPÍTULO XX

1.º Dan los indios sobre el pueblo de San Vicente de Páez—2.º Envían socorro de Popayán á los cercados, y mátanlos los indios, que dejan el cerco con estratagema—3.º Salen los nuéstros huyendo, y detiénenlos en el camino unas vacas milagrosamente hasta que se volvieron—4.º Viéneles socorro y despuéblase la Villa. La campana de Caloto.

AL mismo tiempo y hora que dieron estos indios en la ranchería, acometieron á la nueva población de San Vicente otros dos mil guerreros, que la hallaron con mayor cuidado de centinelas y rondas de á caballo, que sintiendo ruido y dando arma, despertaron los vecinos, y metieron en el fuerte los niños y mujeres, y lo que con la prisa pudieron arrebatar del menaje y cosas de casa que pudieron hallar más á mano, entrándose también con la prisa que pudieron todos con sus armas y caballos y algunas vituallas, dejando desamparado el pueblo, en quien entrando los bárbaros, en un punto le pusieron fuego, que como de paja, en ese mismo quedó convertido en pavesa, no sin grave dolor, congojas y angustias de los cercados, por verse lo estaban de tantos bárbaros, y solos treinta aptos para resistirles. Acompañaba á estas angustias las que les daban de los pocos alimentos con que se veían para muchos días que podría ser hiciesen pié en el cerco los indios; las de verse imposibilitados de enviar á pedir socorro á otras partes, y tener por cierto que los de la ranchería serían ya muertos, por ser tan pocos y sin defensa; las de verse quedar paupérrimos, desnudos y en un extremo de miseria, pues lo que tenían lo veían abrasar con sus casas. A que se acrecentaba el ver que á vuel-

* Esta guazabara se dió en Julio de 1572. Murieron en ella 27 soldados; escaparon cinco, llamados Alonso de Arce, Melchor Suárez, Antón López, J. de Aguilar y Francisco Moreno. Todos llegaron á Guanaca, pueblo de indios, y con su encomendero, llamado Diego del Campo Salazar, se fueron á Popayán los dos, y los otros tres á Timaná pasando por el pueblo de la Plata; y quien escribió esto los vido allí y le dieron esta relación, y allí supo que á los vecinos, después que quedaron cercados de los dichos indios, los socorrió el Capitán Diego de Santa Cruz, y sacó á los cercados, que eran 16, sin la chusma de mujeres y niños. No entró el Gobernador á este socorro, ni murió allí el Santa Cruz, sino en las Carnicerías, mucho después. Llamaron los antiguos Carnicerías á una Provincia de indios Pijaos muy belicosos, donde hallaron carnicerías públicas de carne humana que comían.

tas de las demás se abrasaba la Iglesia, sacros ornamentos, imágenes de santos de que estaba adornada (donde sucedió que nunca Dios deja de mostrar sus grandezas y maravillas en toda ocasión), que habiéndose abrasado el templo, quedó ilesa, en medio de las llamas, una cruz de madera, que juzgando todos no poder suceder aquello sin mano poderosa del cielo que la defendiera, se repartió después por todos los pueblos de la tierra por reliquias, á cuyo contacto ha continuado Dios algunos milagros, reparando prodigiosamente la salud de muchos. Como lo eran los indios que los cercaban, y eficaces en sus baterías, y imposibilitados los cercados de poder huírse, se veían afligidos noches y días con asaltos rigurosos, pues aun intentaban entrarles el fuerte á escala vista, como lo hicieran, si los ánimos de los pocos españoles que estaban dentro no les hicieran tan valiente resistencia y frente con los arcabuces y ballestas, con que no sacaron de esta vida á pocos.

2.º En este tiempo, habiendo llegado el aviso de Timaná á Popayán, despachó luégo el Gobernador Don Alvaro sesenta buenos soldados, * apercibidos de todos los pertrechos que dió lugar la prisa, de armas y caballos, y por su caudillo al Capitán Santa Cruz, hombre de valor y confianza, de que eran testigos grandes ocasiones, de donde había salido con mucho honor, que fué caminando á pasos largos, con intentos de poder socorrer á los del pueblo, pareciéndole que por tener aquel fuerte, en él se podrían defender algún tiempo, y que con él podrían llegar á darles socorro; esto vinieron á entender por sus espías los bárbaros que estaban sobre el cerco, y reparando que este socorro no les fuera de efecto á los cercados, se dividieron la mitad de ellos, pareciéndoles ser bastante el resto para sustentarlo, y el resto fueron á tomar cierto paso, montuoso y estrecho, por donde le era forzoso pasar al Santa Cruz con su gente, según el rumbo que traían. Aquí se emboscaron los bárbaros, con tan gran número de piedras en lo alto y de armas para sus personas, que habiéndole dejado entrar al Capitán con casi todos los más de sus soldados, en las angustias y estrechura del paso dejaron desgalgar á tan buen tiempo las piedras, acudiendo á ellos tras ellas con sus armas, que en muy poco, sin poderse valer los nuéstros de las suyas, quedaron todos con su Capitán, caballos y indios de servicio miserablemente muertos, fuera de dos ó tres soldados, que viniendo de retaguardia, no sé qué estorbo les había retardado el no entrar con los demás en el estrecho de sus altísimas breñas, y así viendo lo que pasaba, y que

* Treinta y tantos soldados llevó el Capitán Diego de Santa Cruz á este socorro, y no topó indios en el viaje, porque estaban todos ocupados en el cerco de la ciudad cuarenta y siete días que duró, y así llegó en salvamento y libró á los cercados, y los sacó á Popayán. Que el Gobernador Don Alvaro de Mendoza no salió de Popayán, ni hizo esta facción sino el Santa Cruz, el año de 1572.

de sus compañeros no podía haber escapado alguno, valiéndose de los piés, por caminos desusados volvieron á dar la nueva á Popayán al Gobernador Don Alvaro, que afligido de los desastrados sucesos, se determinó ir él por su persona con cien españoles de los más granados del pueblo á dar socorro á los que todavía se persuadía habían de haber hecho en el fuerte, aunque con mucho cuidado, rostro al enemigo.

No perdían punto en el entretanto los cercados en su defensa contra los bárbaros, que con inmortal perseverancia los inquietaron noches y días, sin hacerles perder un punto de su fiereza los muchos que caían muertos con las balas y ballestas, * si bien estando así en la mayor fuerza del cerco, usaron de una estratagema tan aguda, que parece no se podía esperar de ingenios bárbaros, aunque ninguno lo es en sus comodidades, y fué que advirtiendo los indios que se les iban acabando ya los mantenimientos á los cercados, con que les forzaría la necesidad á dejar el sitio y volver á Popayán, y habiéndoles de ser forzoso atravesar por el mismo paso que al Capitán Santa Cruz, allí podían matarlos á todos, como lo hicieron con él y sus soldados, y así con esta consideración, alzando el cerco, se fueron á emboscar al paso, y hicieron la misma prevención que en el tranco pasado. Como lo fueron imaginando los indios, fué sucediendo, y se colmaran del todo los fines de sus intentos, á no repararlos la poderosa mano del cielo, pues cuando los cercados se vieron libres de los bárbaros, determinaron (ó morir ó vivir), desamparando aquel sitio, ir en demanda de menos mala fortuna que la que allí les corría, como lo hicieron á pocos días que se vieron desocupados del cerco, con la oscuridad de una noche, y habiendo estado todos primero buen espacio de tiempo en oración de rodillas, encomendando á Dios su viaje, lo comenzaron en pequeñuelo escuadrón, flaco y debilitado, pues los más que iban eran niños y mujeres.

3.º Tomaron por un llano la vuelta de aquel estrecho paso, bien acechado de los indios y ellos de sus centinelas y espías, que les tenían á trechos puestas; pero entre temor y confianza en Dios iban caminando al más presuroso paso que daba lugar la flaqueza de los más debilitados. La cual confianza les socorrió, cubriéndoles por el llano una neblina que estorbó los ojos de los indios para que no los viesen hasta llegar cerca del paso estrecho, donde sucedió más á lo claro otro efecto de la poderosa mano divina, y fué que algunas vacas,

* De día no les molestaban, sino de noche, y con escolta salían de día por leña y agua, que sin esta ayuda no se sustentaran cuarenta y siete días que duró el cerco, en las casas del Capitán P. Gallego, que estaban cercadas de tapia, y las demás nó. A los Alcaldes ordinarios dejó el Capitán Domingo Lozano en la ciudad, y el P. Gallego la defendió de los indios, como caudillo nombrado por los Alcaldes, el tiempo que duró el cerco.

de las que dejaban los nuéstros por aquellas sabanas, se pusieron como escuadrón delante de ellos, y rebramando y levantando con las uñas el polvo, parecía les querían acometer, y les acometían con braveza, sin hacerles mal ninguno, sólo parecía daban á entender les pretendían estorbar el paso para que no llegasen los nuéstros al que estaba tan pertrechado y sediciado de indios, que sin duda los consumieran á todos. La cual resistencia de las vacas, vista por la pequeña manada de cristianos (si bien por entonces se les ocultó el misterio), les hizo tomar otra vez la vuelta de su fuertezuelo, para donde iban con más largos pasos que habían salido, cuando dando aviso las espías de los indios á los emboscados, dejaron el puesto y los vinieron siguiendo á pasos largos para haberlos á las manos antes que otra vez se fortalecieran, como sucediera sin duda, á no continuar Dios su poderoso socorro con las vacas, que corriendo acá y allá sin orden por entre los indios caminantes, les estorbaban el paso y braveza de leones con que iban á dar caza á los corderillos cristianos, hasta que ya estaban encerrados en su fuerte, pues apenas habían hecho esto, cuando los volvieron á cercar los bárbaros y á trasnocharlos con los mismos furiosos y bravos combates que habían tenido en la ocasión pasada.

4.º Aunque con más aflicción de los nuéstros, por hallarse más agotados de comidas y municiones, si bien el esfuerzo suplía estas faltas, por sólo poder confiar en él sobre la mano de Dios, hasta que ella les envió socorro al día tercero que se veían cubiertos de tantas aflicciones, porque á las primeras luces de él (contando desde la resistencia de las vacas), repentinamente dejaron los indios el cerco, y debió de ser por haber sabido por sus espías el socorro con que venía el Gobernador Don Alvaro, que á jornadas dobladas, por considerar la aflicción en que estarían los españoles, llegó cerca del sitio, cuando los soldados entendían que la fuga de los indios había sido estratagema, como la pasada, en desamparar el cerco del fuerte. Donde llegando el Gobernador, salían á porfía los miserables cercados á darles mil parabienes de su venida, hincándosele todos delante de rodillas, por haberles hecho tal socorro, y estando así daban mil alabanzas á Dios, por cuya mano les había venido á tiempo que estaban todos desfigurados, flacos, consumidos y desnudos, y sobre todo de esperanzas de tanto bien, y tragado tantas veces la muerte, la cual procurando evitar en todos el Goberdador, conociendo la imposibilidad que á la sazón había para sustentar aquel fuerte, entre tan atrevido barbarismo, llevó consigo los que en él estaban, quedándose los Paeces con su honra, libres de servidumbre y vasallaje, como hoy lo están, sin que haya sido poderosa la mano de los españoles para fundar pueblo de asiento en sus tierras; ya en esto tiempo era entrado el año de mil y quinientos y sesenta y cuatro.

No sé si por estos tiempos sucedió que cierto pueblo de indios llamado

Tonia, convecino á estas Provincias de los Paeces, más al Sur, en los términos ya de la ciudad de Popayán, cuando estaba con más segura paz se alzó de repente y mató á su Cura, que era un clérigo portugués llamado Herrera, y porque no quedara rastro de cristianos, á quien tan de corazón aborrecían, después de quemada la Iglesia, pretendieron hacer pedazos su campana con hachas de hierro, con que no sólo no pudieron salir, pero aun por las cisuras de las hachas se mostraban gotas de sangre, por lo cual intentaron deshacerla en el fuego, de que viéndose también defraudados, la enterraron, donde estuvo muchos años, hasta que viniendo á noticia de los españoles, por la que dieran los indios, la sacaron y llevaron á la ciudad de Segovia de Caloto, donde, antes que ella entrase, caían de ordinario muchos rayos, que cesaron desde que ella entró, y la tañían en apuntando la armazón de nublados y tempestades, de donde fueron tomando devoción de quitarle algunos pedacillos menudos y ponerlos en la cabeza de la lengüeta de pequeñas campanillas que se hacen de todos metales, que con sólo tener este pedacito de esta campana, experimentan el mismo efecto de desvanecer nublados, tocándolas los que las traen consigo: algunas he visto de éstas, y me certifican perssonas de crédito les ha sucedido esto, que está muy admitido por estas tierras y las del Pirú.

CAPÍTULO XXI

1.° Aparece el Corsario Juan en las costas de Cartagena; previene la ciudad á la defensa el Gobernador Martín de las Alas—2.° Sale nuestra gente de la ciudad á hacerle frente al desembarcar—3.° Envía el pirata á un portugués con una carta al Gobernador—4.° A que no teniendo respuesta á propósito, no se atreve á desembarcar el Corsario.

YÁ dijimos, rato há, cómo el Gobernador de Cartagena, Juan de Bustos, había ido con provisión de nueva plaza á la Real Audiencia de Panamá, á quien sucedió en el Gobierno de Cartagena Antón Abalos de Luna, caballero conocido, pues era de la Orden de Santiago, que en el poco tiempo que vivió, alentó no poco la milicia de aquel presidio, y entre lo demás para la defensa de la ciudad, hizo la plataforma que llaman de la Caleta, bien importante al efecto. Llevósele en pocos meses una pestilente calentura, el mismo año que hemos dicho de mil y quinientos y sesenta y cuatro, á quien sucedió por el Real Consejo el Capitán Martín de las Alas, promovido allí desde el Gobierno de Santa Marta, donde á la sazón estaba.

A pocos días que vino á ese Gobierno, entrado ya el año de mil y quinientos y sesenta y cinco, por el mes de Julio, llegó nueva á la ciudad de Cartagena por tierra y mar, cómo por las costas de él, desde el Cabo de la Vela y islas donde había tocado, venía barriendo, como venenosa pestilencia, toda la costa, robando y abrasando cuanto encontraba delante, un famoso pirata llamado Juan Acle, fino luterano, de nación inglés, con once poderosas naves de gavia sobre gavia, bien pertrechados sus lados de valerosos tiros, con que manifestaban sus robadores intentos. Más tardaron las nuevas en llegar á los oídos de Martín de las Alas, que él con ellas, como las del viento, á reforzar las defensas de la ciudad que miraban á uno y otro mar; hizo que se juntara la gente de las estancias con la del presidio, con algunos indios amigos convecinos, que se hallaron ser cuatrocientos, y doscientos todos los españoles en la minuta que se tomó para el efecto; de los cincuenta se hizo una escuadra de arcabuceros con bien poca sobra de balas y pólvora, de quien se nombró por caudillo un hijo del Gobernador llamado Gregorio de las Alas; como de la gente de á caballo, que serían hasta sesenta, Pedro de Barros; y Don Alvaro de Mendoza por Maese de Campo. Sembráronse las playas, á la redonda, de puntas untadas con fortísimo veneno, de quien no se podían escapar de miserables muertes los que llegasen aquel sitio y las pisasen; hízose un parapeto, ó como trincheras, de mar á mar, por ambas partes, de pipas llenas de arena, pegadas unas con otras: reparo bastante para una prisa y que no ha

salido mal en muchas ocasiones. Tratáronse muchas cosas en Consejo de Guerra, de donde quedó resuelto el modo que se había de tener para la resistencia del enemigo.

2.° Que iba ya entrando en cierto día del mes y año dichos, y acercándose á la boca del puerto, yendo una ligera lancha delante dando sonda al peligro que podía suceder á las valientes naves, ésta, antes que ellas entrasen en el puerto, puso bandera de paz, guiando la proa hacia donde estaba el Gobernador en la playa con la gente de guerra, que le hicieron señas se retirase á lo largo, por no estar de parecer de oírla ni creerla en nada, con que tomó la vuelta del puerto y de los navíos gruesos, se dispararon dos piezas, respondiéndoles los nuéstros con otras dos, una de la Caleta y otra del Muelle, y si quisieran disparar otras, no podrían por no haberlas; pero éstas fueron tan á tiempo y con tanta brevedad como pedía la ocasión, para que conociera el enemigo había con qué hacerle resistencia; el cual comenzó á entrar por la boca del puerto, cuando nuestra gente iba caminando por la ribera del mar, con intentos de resistirle la desembarcación, puestos todos en buen orden: en la vanguardia los indios flecheros, con algunos negros, que también lo eran en el batallón; los peones y los de á caballo en la retaguardia, á quien gobernaba Francisco de Carvajal. Fueron así caminando nuestras hileras hasta el sitio donde comenzaban las puntas venenosas de que estaba sembrada la playa, por no haber quedado sin empuyar más que una senda angosta, y poniéndose todos á la sombra de los mangles, por huír del intolerable calor que los afligía, y salir en la ocasión más alentados, enviaron dos jinetes llamados Jerónimo Rodríguez y Juan de Rodas, que llegasen más cerca de donde el enemigo estaba anclado y conociesen si intentaba echar gente en tierra.

3.° Iban estos dos con paso apresurado y cuidadosos por la angosta senda que había quedado sin ellas entre las puntas, cuando á lo último de ella encontraron con un portugués llamado Juan Cardoso, hombre perito en varias lenguas, que había salido de los navíos y decía traer una carta del General Juan Acle para el Gobernador. Esto y otras razones que el portugués les dijo, por ser los dos soldados poco cautelosos, los convenció para que uno de ellos le cogiese á las ancas de su caballo y lo trajesen á la presencia del Gobernador, que los mandó luégo prender por el hecho y haber excedido de la orden que llevaban, con intento de colgarlos, como lo hiciera, si los ruegos de muchos buenos no redujeran las muertes á que estuvieran solos diez días presos, en que también intercedió el Cardoso con muchas palabras retóricas, que las supo bien decir en aquello, y en el negocio que traía á cargo, diciendo era mensajero de paz, como se echaría de ver en aquella que le puso en las manos al Gobernador, el cual mandó le diesen luégo de comer al Cardoso, sirviéndole con mucha

magnificencia; saliendo él entretanto á hablar al Maese de Campo Alvaro de Mendoza para darle el orden que había de tener al despedirse el Cardoso para sus naves, leyó la carta, en que le decía ser lícito á todas las naciones de derecho natural comunicarse en sus tratos, y que él traía en sus naves mucha y muy buena mercancía con que podrían celebrar ferias á precios muy moderados, lo que no se podía rehusar con Inglaterra, pues él era vasallo de nuestro Rey, como los demás de aquella Provincia, y otras razones con que adornaba éstas.

4.º La cual leída, volvió el Gobernador á hablar al portugués, y darle la respuesta de palabra, diciendo que los contratos habían de ser balas despedidas de los tiros y arcabucería, y que volviese luégo á dar el recado, y que no le tornase más con otro ninguno, y quitándose una cadena del cuello que pesaba hasta cien pesos de oro fino, se la dió al Cardoso, que la supo agradecer con buenas cortesías; con que sin entrar en la ciudad, tomó la vuelta de los navíos en un buen caballo y bien enjaezado, acompañado de otros veinte caballeros. A la partida le hicieron la salva cincuenta arcabuceros, que en disparando, se entraban secretamente, y con brevedad se ponían en otra esquina y disparaban, haciendo lo mismo en otra y en otra, de suerte que con esta industria, los cincuenta hicieron demostración de doscientos. Llegó Gregorio de las Alas, que iba por cabo de los veinte de á caballo, con orden de su padre, hasta poner en las naves al portugués, y tomando la vuelta de la ciudad, llegaron todos á ella al cubrirse las luces, donde luégo se pusieron diligentes centinelas en cada cuartel veinte de los vecinos á caballo y bien armados, velando ambos mares y la junta de dos caminos que venían del puerto, que era el paso más peligroso. No era menor la vigilancia en los fuertes, encargándose del principal Diego Polo, hombre valeroso, con que sin zozobra del enemigo se pasó la noche, hasta que á las primeras luces del día vieron al mismo portugués Cardoso que quería desembarcar en la costa con nueva embajada, que no se lo consintieron, antes con valientes bríos le dijeron que se alargára al mar y se volviera, si no quería perder la vida, lo que hizo con la presteza posible que le daba el temor, entrando en el navío de Juan Acle, y dándole razón de cuán apercibidos estaban los nuéstros á la defensa, de que indignado el General, mandó llegar las naves más cerca de la ciudad, con intentos de batirla, como lo mostró disparando dos cañones gruesos, que pasaron por encima sin ofenderla, por estar el mar m alto que la ciudad, á que respondió en un instante Diego Polo desde el fuerte con otros dos, que fué como rogarle al Corsario mudara de intentos, viendo la pronta resistencia con que le respondían.

CAPÍTULO XXII

1.º Vuelve el Corsario Acle á enviar otra vez al mismo con otra carta pidiendo le rescatasen negros—2.º Algunos vecinos de la ciudad engolosínanse en esto, de que los divierte el Gobernador—3.º Deniéganle matalotajes y aguadas, con que se despide el Corsario del puerto—4.º Muere el Gobernador y sucédenle otros en el Gobierno.

VIENDO Juan Acle las había con competidor valeroso, intentó otra cautela, pretendiendo con ella salir con sus intentos, volviendo á enviar otra vez al Cardoso en un bergantín, con orden de que se disculpara con el Gobernador de que los dos tiros que se habían disparado había sido sin la suya y sólo por parecer de los artilleros. Saliéronle luégo al encuentro con otro bergantín para reconocer lo que pretendían, que luégo que se vieron juntos, se declaró el portugués dando la excusa, y que sólo pretendía el General venderles cien negros esclavos de muchos que traía, cogidos en varias ocasiones que había tenido de pillajes. Respondiéronle los del bergantín como la vez pasada, que se retirase, porque aquello ni á ninguna otra cosa le habían de salir al pirata, sino sólo á defender su ciudad, con que se volvió el portugués mal despechado y bien temeroso de los bríos con que lo despidieron.

2.º No faltó, de la gente menos considerada, quien picase en la codicia de la venta de los esclavos, y con aquella golosina tratasen de que sería bien se admitiese aquel contrato y venta, que sabido por el Martín de las Alas, habló diciendo: "Aunque tengo conocida la voluntad de muchos, que en defensa de su honra se dejarán primero hacer pedazos que mancharla, como son varias las voluntades, no faltan otros que las tengan puestas en alguna vil ganancia que les pueda venir de estos Corsarios herejes, sin Dios, sin ley, sin Rey y sin palabra, pues nunca con la suya declaran con verdad el engaño que tienen en el pecho, y teniendo por oficio engañar, ponen sobrada vigilancia para salir con sus intentos en ser admitidos en cosas que á ellos les importa poco, para con este cebo dar el golpe á su tiempo que llegue hasta las entrañas, como éste pretende en la venta de estos esclavos, pareciéndole que cuando se hiciera, no había de faltar descuido en las guardas y velas, que advertido con sus cuidados y cautelosas diligencias, pudieran tener entrada á destruírnos; y así no conviene fiarnos de ladrones ni tomar su consejo, pues del enemigo jamás se ha de admitir. Demás que lo que nos puede apretar más en este caso, es la prohibición que las leyes humanas y divinas nos tienen puesta á los cristianos, para contratar con herejes, con que se nos cierra la puerta á lo que éste pretende." El Capitán Mendoza, respondiendo por todos á estas razones, satisfizo al Gobernador de que si algunos había habido inclinados á la compra de los esclavos, era por no haber penetrado

el engaño que en ello había; pero ya que él se lo había declarado, se hallaban muy apesarados aun de que se tuviesen rastrados tales deseos.

3.º Alegre el Gobernador de esta respuesta, despidió la junta, acudiendo con el cuidado que la ocasión pedía á visitar los puestos y municiones, acompañado del M. Fray Pedro Martín, de la Orden de Nuestro Padre Santo Domingo, que á la sazón era Prior en aquel convento, y después Provincial de esta Provincia del Reino, que no fué poco importante en esta ocasión su consejo, por ser dotado de gracia para esto. Al fin no se resolvió el Juan Acle, pareciéndole no le era á propósito, en embestir á la ciudad, aunque estuvo por ocho días á su vista, saliendo cada hora con nuevas estratagemas, invenciones y amenazas de innumerables daños, si no le acudían á lo menos á dar matalotaje y agua, que siempre se le denegaron, pidiéndole con amenazas que acometiese la ciudad, donde hallaría, si no lo que deseaba, lo que merecía. Lo cual visto por el Corsario, y que se acrecentaban poco sus pillajes por aquel paraje, determinó hacer á lo largo sus naves, arrimándose de camino á la isla de Carex, en demanda de aguadas, que no pudiéndolas hallar por entonces, por ser tierra sequísima (aunque después se han hallado pozos de la mejor agua que se bebe en la ciudad, como yo lo tengo bien experimentado), quemando los hubíos de una estancia con que encontró, salió del puerto tomando el rumbo al Poniente hasta visitar las costas de Nueva España: halló en ellas la armada de Castilla, con quien no pudieron sus fuerzas y maña, antes le sucedió de suerte por aquellos puertos, que quemándole su gente, apenas pudo escapar con alguna poca, con pérdida de cuanto había hurtado hasta allí.

4.º Todo el tiempo que duró esta defensa de la ciudad de Cartagena anduvieron los vecinos tan generosos, por ver lo que les importaba, que en cuantas casas entraban los soldados hallaban mesa puesta y abundante de viandas, pan y vino, á que acudía con mayor largueza el Gobernador, y aun después de ido el enemigo, con mayor diligencia al reparo de la ciudad, hasta que pocos días después pasó de esta vida de una enfermedad que le dió. Sobre el gobierno que en el interin había de haber en la ciudad, no se levantaron pocas polvaredas de opiniones, disensiones y bandos; pretendiendo unos que la gobernase el Licenciado Cerda, Teniente del Gobernador muerto; otros que Don Alvaro de Mendoza, pareciendo era más á propósito, á lo menos para los de su devoción; pero los más eran de parecer no se le quitase esto al Cabildo, pues por Cédulas Reales le pertenecía á falta, hasta que otra cosa se proveyese. De las cuales disensiones se iban encendiendo fuegos que llegaban las llamas á prenderse unos á otros, y encendieran más, si algunos vecinos, más deseosos de la paz, no enviaran á llamar á Pedro Fernández de Bustos á Santa Marta, donde á la sazón gobernaba, que viniendo á la de Cartagena, se dió

tan buena maña, que compuso las diferencias, aunque no sé quién quedó con el Gobierno, pero todos tan aficionados al Pedro Fernández, que viendo había acabado el tiempo de su Gobierno en Santa Marta, y que se dilataba el de venir propietario al de Cartagena, enviaron á pedir á esta Audiencia de Santafé, donde á la sazón era Presidente el Don Andrés Díaz de Venero, que les enviase por Gobernador al Pedro Fernández de Bustos, como se hizo, y gobernó á satisfacción de todos, hasta que trajo aquel gobierno en propiedad Francisco Bahamón de Lugo, de quien á su tiempo trataremos.

CAPÍTULO XXIII

1.º Capitanes que entraron á las conquistas de entre los dos ríos Magdalena y Cauca—2.º Acometen los indios á los nuéstros dentro de un fuerte de empalizada—3.º Casos que suceden á los soldados con los indios, y hácenles retirar—4.º Pretende un vecino de Anserma se le dé en gobierno la tierra de entre los dos ríos.

NO excusamos dar algunos pasos atrás para coger el hilo de las cosas que pasaron en la Gobernación de Antiochia y tierras de entre los dos ríos, después de lo que dejamos dicho pasó hasta la muerte del Adelantado Belalcázar, para que no se nos quede nada sin decir hasta los tiempos de que vamos tratando, cosa que no nos ha sido posible, menos por haber sido menudencias y de no tanta consideración, pero dignas de que no se pierdan, y que se puedan con la escriptura refrescar sus memorias.

Á la golosina de las riquezas ya descubiertas por el Mariscal Jorge Robledo y otros Capitanes (como ha dicho la Historia en esta segunda parte) de entre los dos ríos de la Magdalena y Cauca, ó por mejor decir, de entre los tres, los dos dichos y el Darién, pues todo ello comprende la Gobernación de Antiochia, entraron muchos Capitanes por varias partes: por la de este Nuevo Reino, y con licencia de su Real Audiencia, entró el Capitán Francisco Núñez Pedrozo (de quien tanto hemos tratado en la segunda parte); y por la de Popayán, de la ciudad de Arma había salido en el mismo tiempo, y aun con mejor aviso y más fuerza de gente, el Capitán Fernando de Cepeda; que habiéndose visto ambos Capitanes, y como dos gorriones hagan mala liga en una espiga, pusieron el derecho en las armas, prevaleciendo los de mayor fuerza, que fué el Cepeda; con que se volvió Pedrozo desbaratado á esta ciudad de Santafé. Desde la de los Remedios entró después Bernardo de Loyola, aunque con sola su autoridad, á título de ir en descubrimiento de minas, que como éste no se puede hacer sin allanar los naturales, le fué forzoso hacer algunas conquistas, que sabido por un grande émulo suyo, vecino de la ciudad de Victoria, Don Diego de Carvajal, dió la voz á esta Real Audiencia de que había entrado el Loyola á hacer conquistas sin licencias y de su propio capricho. Lo cual llevando mal los Oidores, dieron comisión al Don Diego para prenderlo y que quedase él con la conquista y pudiese poblar donde mejor le pareciese. Puso esto en efecto lo antes que pudo el Don Diego, que sabiéndolo el Loyola, se salió de entre los dos ríos, y aun tras él el Carvajal con algunos españoles menos de los que metió, por la mucha prisa que le dieron los indios; si bien luégo, el año de sesenta, hizo segunda entrada, intentando reparar ó zurcir el honor perdido, y ganar otro de nuevo, con cuarenta compañeros, todos buenos

soldados, entre los cuales iba León de Ovalle, gallego natural de Salvatierra, Sancho Vélez Sarmiento, Andrés Pinto, Francisco de Aguilar, Alonso de Arce, Francisco de Silvera, portugués, y otros.

2.º Habiendo penetrado el Don Diego con su gente algunas provincias de esta tierra, entre los dos ríos, en una que le pareció más á propósito su sitio, hizo un fuerte de gruesos maderos, donde fueron tan perseguidos de los indios fronterizos, que ningún soldado se atrevía á dejar las armas de las manos de día ni de noche, por serle á todas horas necesarias contra la flechería de los bárbaros, que iban recargando cada hora más, viendo cuán de asiento tomaban los nuéstros el perseverar en sus tierras, hasta que con intentos de echarlos de ellas se juntó innumerable multitud, á guisa de guerra, coronados todos de ricas diademas de oro, con otras joyas en orejas, narices y labios: demostraciones de las gruesas venas de este metal que encierran aquellos países; sus armas eran muchas (aunque todas de palo), como también sus voces naturales y de bocinas y otros instrumentos, que parecía hundirse la tierra, cuando llegaron á poner cerco al fuertezuelo, donde los nuéstros se amparaban y defendían con los arcabuces, con harto daño de los bárbaros, que llegaba á ser de muertes, sin que esto fuese parte para perder ellos un punto de la rabia que traían contra los nuéstros, en especial por las voces de un valiente gigante, que como un viento andaba de una parte á otra esforzándolos, que no sólo hacía esto, pero tuvo atrevimiento de ponerse sobre un árbol que tenían los soldados cortado, y decirles desde allí mil oprobios á los cercados con sobrada arrogancia, mucha bizarría de cuerpo y adorno de rostro, en orejas, narices y labio de abajo, de donde pendían cuatro ó seis planchuelas de oro que hacían cierta figura de barba, que suplían las naturales que le faltaban.

3.º No pudiendo sufrir los nuéstros el exceso de oprobios que les hacía aquel bárbaro, salieron cuatro de los que se hallaban más á mano, que eran Andrés Pinto, Sancho Vélez, Alonso de Arce y Francisco de Aguilar, con sus espadas y rodelas, á castigar los atrevimientos del gandul, que meneaba, después de haberlo cercado, con tanta braveza un grueso bastón que tenía por arma, que al Sancho Vélez, que halló más cerca, le dió tal golpe sobre la celada que llevaba en la cabeza y sobre el reparo de la rodela, que le hizo rodar casi muerto muchos pasos; lo que también le sucedió luégo al Alonso Arce con otro fiero golpe que le hizo pedazos la rodela, y por poco el cuerpo, echándolo á rodar; bien se pensaba Francisco de Aguilar poderse atribuír la victoria del gigante, pero á las primeras idas y venidas le alcanzó un golpe con la valiente macana, tan fuerte y bien asentado, que le hizo incar en tierra las rodillas; esforzóse entonces el Andrés Pinto tanto para que no le sucediera lo que á sus compañeros, y avivó su traza de tal suerte, que la tuvo para, antes que

revolviese sobre él, entrarle por un lado y romperle con el estoque la ijada, hasta desenvolverle con la punta las entrañas, abertura bastante para que cayese luégo muerto, con un tan horrendo grito, que á los que se hallaron á la mira se les fué conociendo luégo la mano floja, en especial con lo que por otra parte le sucedió á León de Ovalle, dando la muerte á otro indio principal que se atrevió á desafiarlo, hombre á hombre; con que tuvieron los demás por partido, pues no les aprovechaban sus manos para con las de los españoles, valerse de sus piés tomando la vuelta de sus casas, dejándolos libres, con que pudieron alentarse los nuéstros, y habiéndose reparado y convalecido los heridos, fueron de parecer, de común pláceme, hallándose en especial faltos de municiones entre tanta multitud de gentío, salirse de entre ellos, como lo hicieron, volviéndose á la ciudad de Victoria, de donde habían salido. Lo que también sucedió á un Capitán Juan Valero, que entró poco después desde este Nuevo Reino, que aunque metió más número de gente que el Don Diego, por la gran dureza que halló en ellos de dar la paz, y valiente resistencia en no dejar asentar de propósito en sus tierras, se hubo de salir de ellas sin hacer efecto de consideración, y no fué tan despacio la salida que no tuviese más renombre de fuga que de bella retirada, con poca honra de nuestras banderas.

4.º Este pienso fué el postrer Capitán que entró á estas tierras de entre los dos ríos de este Nuevo Reino, hasta que se le concedió aquella tierra en Gobierno, desmembrada del de Popayán, al Capitán Andrés de Valdivia, cuyos principios fueron que apeteciendo entre otros muchos el Gobierno de ellos un Lucas de Avila, vecino de la ciudad de Anserma, hombre de valor y de gran caudal de oro, por el mucho que le sacaban sus esclavos en el distrito de aquella ciudad, comunicó su pecho con el Andrés de Valdivia, soldado bien experimentado en las Provincias de Popayán, y que se había hallado en la población de Antiochia y Ibagué, y hecho otros servicios al Rey en otras conquistas de consideración. El cual, como hombre astuto, y que al punto imaginó lo que había de hacer, facilitó sus intentos al Lucas de Avila, prometiéndole que pasaría en España, y dentro de breves días le traería del Consejo lo que deseaba, si la ayuda de costa que le diese fuese la suficiente para el viaje, á que acudió el Lucas de Avila (picado del deseo con que vivía del Gobierno, y seguro de la palabra que le dió el Valdivia) con mano larga y sobradas expensas, que las gastó en negociar para sí (que no debiera) el Gobierno que el Avila pretendía.

CAPÍTULO XXIV

1.º Alteraciones de los indios de Antiochia con graves daños—2.º Sus dispcsiciones de cuerpos, adoraciones y libertad—3.º Modos de sus dioses y cómo los pintan. Sus casamientos y entierros—4.º Trátase del chocolate y de los modos que hay de beberlo.

EN estos tiempos, no habiendo digerido el Cacique Tone de los Catios las acedias con que andaba con los españoles, en especial por lo que le había sucedido con Gómez Hernández cuando lo ahuyentó de su casa fuerte, intentó (y salió con ello) nuevos alzamientos, no sólo entre los indios de su nación Catia, pero entre todo el resto de las otras Provincias circunvecinas á la Villa de Antiochia, que se alzaron por consejo de este principal, todos á una, con voluntad de dar sobre la Villa, aunque no atreviéndose, quebraron su furor sobre las cuadrillas y rancherías de minas, hatos y estancias de sus mismos amos, matando mucha cantidad de españoles, negros y indios, con tal obstinación, que desde el año de mil y quinientos y sesenta y cinco no fué posible aplacarlos, hasta el de mil quinientos y setenta, padeciendo estos cinco años miserias tales los de la Villa de Antiochia, que podía llenar grandes historias lo menos que de ello se podía decir.

2.º Fueron los indios de esta nación Catia los más principales de todo el resto de las demás naciones de esta Provincia de Antioquia, que eran: Ibéxico, Pequi, Penco; tierras de sabanas rasas, donde también están los Moriscos; otros se llaman Ituangos, Pubios, Ceracunas, Peveres, Nitanas, Tuines, Cuiscos, Araques, Cararitas, Guacusecos y Tecos. Eran los Catios gente vestida, y de más despabilado entendimiento; escribían sus historias en geroglíficos pintados en mantas; usaban de peso y medida; lo más común que comían eran raíces, por ser la tierra estéril para el maíz; gente membruda y bien dispuesta, en especial las mujeres de bellos rostros y buen parecer, gallardas y bien preciadas, aunque los hombres algo bajos y morenos, de gran verdad en sus contratos. En sus guerras usan de lanzas, dardos, bastones y flechas, pero todo limpio de veneno; usan de cabellos largos si no es cuando van á la guerra, que se los cortan; tráenlos más largos las mujeres, pues á las más les llegan hasta los piés; adornan bien su rostro con varias joyas de oro, en orejas, pecho y narices; usan de sus alcoholes, con que realzan su hermosura, y son aficionadísimas á los españoles; quiérenlas sobre manera sus padres y maridos, y así las celan y castigan mucho los adulterios; tiene cada uno las que puede sustentar, hasta pasar de veinte. El pecado nefando no se ha hallado entre ellos; no reconocen á nadie por cabeza, sino es al más valiente, cuando han] de ir á la guerra contra sus

enemigos fronterizos ó contra los españoles. Los esclavos que cogen en las guerras los ocupan en sus labranzas, ó se los comen, ó los venden, y en la venta de ellos hacen tres igualas, concertando de por sí las manos, porque trabajan con ellas; el cuerpo de por sí, porque se lo comen; y la cabeza con diferente precio, porque la ponen por trofeo á su puerta. El esclavo más antiguo que está vivo cuando muere el amo, hereda todos sus bienes y tiene por mujer á la principal que el amo tenía. Es poco vicioso de embriagarse, y dicen que el español sólo se les aventaja en los arcabuces.

3.º No tienen santuarios y muchos adoran las estrellas, y tienen noticia del diluvio, aunque confusa, y que muchos se salvaron en una arca; reconocen haber Dios de justicia, gran Monarca del cielo y de la tierra, y que es un principio de todas las cosas; y aunque tratan al Demonio con regalo, temblando de él por el mal que les hace, lo reconocen por malo, significando esto con este vocablo, *cunicuva*, que es el de más afrenta que tiene entre ellos; no lo pintan de ninguna figura, aunque él los amenaza y dice es el criador de todo; en que no le creen. Á Dios llaman Avira, que quiere decir sumamente bueno, y al español *Aira*, que significa hijo del seno de Dios. No consienten entre ellos hechiceros, antes los castigan de muerte; para los casamientos hay terceros, y si la mujer es de buen parecer y doncella, ha de dar en oro el dote crecido; no puede tocarla hasta que ella le haga cierta seña. Sus entierros son como los demás que hemos dicho, encerrando en el sepulcro y bóvedas sus caudales, criados y criadas, comidas y armas, creyendo haber de poseer esto en la otra vida; aunque algunos creen que las ánimas de los que mueren se transforman en tigres, leones y otros animales feroces: ceguera que han tenido otras innumerables naciones en el mundo.

4.º Convecinos á éstos estaban los naturales, gente más bárbara, y que sólo se dan á sacar oro del mucho que tiene su tierra, con que contrataban con los Tagamíes, que nunca estimaron el oro. Eran tan ligeros que alcanzaban por piés la caza, en especial vaquiras y puercos de monte. Decía el Capitán Antonio Mancipe que tenía una india (que yo conocí mucho en este Reino) tan ligera, que cuando llegaba á salir á la sabana, siempre venía cargada con uno de estos animales que había alcanzado por sus piés. La bebida de estas gentes y de las demás Provincias, sola es la que hacen del maíz, que llaman chicha ó masato, porque la del cacao ó chocolate que se hace de esta fruta no la han alcanzado como los indios de la Gobernación de Mérida y Trujillo, que lo bebían y beben mejor que la chicha, por ser sus tierras tan fértiles de esta fruta del cacao, de quien han tomado el beberlo los españoles con tanta frecuencia como en Nueva España, que es la que el mundo sabe, aunque con diferencia, porque en la ciudad de Trujillo y casi en toda la

Gobernación de Caracas y Mérida y hasta la ciudad de Pamplona lo beben hecho chorote, que es los granos del cacao molidos y hechos masa sin ningunas especias, de la cual echan la que quieren en un vaso pequeño de barro, y á fuego manso, con poca agua va cociendo y subiendo el graso arriba (que es como manteca), de la cual sacan si es mucha, y después de cocido le echan el agua caliente que basta, y las especias y azúcar ó miel, y así lo beben, nadando la manteca encima, en lo que se diferencia del chocolate, á quien antes que se cueza en masa, echan las especias, y al cocer el azúcar no echa aquel graso encima; otros le mezclan harina de maíz y otra frutilla que llaman achiote, y otras que hay que llaman pinole y atole; dicen algunos que bebido en días de ayuno no lo quebranta si es claro y no espeso, como lo sienta en su Suma el Padre Luis López, aunque yo tendría por más seguro no beberlo en tales días, si no es á la comida, para salir de escrúpulos, pues se bebe más por vicio que necesidad, y es cierto que hace mayores daños que provechos, hablando por lo general.

CAPÍTULO XXV

1.° Dáse comisión al Capitán Gaspar de Rodas para hacer la pacificación de los indios de Antiochia—2.° Júntase la gente de la jornada en Santafé de Antiochia, y lo que hubo en orden á la salida—3.° Señálanse oficiales del tercio, y salen á la conquista; sientan ranchos en la Provincia Ibéxico—4.° Hacen junta los indios contra los nuéstros—5.° Á quien envía un indio principal, les diga sus determinaciones.

LUEGO que llegó la nueva del alzamiento de estos indios de Antiochia, por la solicitud del Cacique Tone, á los oídos del Gobernador Don Alvaro de Mendoza en Popayán, entrado ya el año de mil y quinientos y sesenta y seis, le pareció persona muy á propósito para aplacar estas rebeliones el Capitán Gaspar de Rodas, de quien tanta mención hemos hecho en lo pasado, que á la sazón vivía en la Villa de Antiochia, y así le remitió largas provisiones, así para el castigo de culpados, como para fundar nuevas poblaciones de españoles donde más importasen, que les fueran rienda á los rebelados para no atreverse á lo que hasta allí. Lo que tomó á su cargo el Rodas con mucho gusto, por ver la miseria en que estaba la tierra, y ser su natural de corazón valeroso y inclinado á estas conquistas, para las cuales comenzó luégo á solicitar la mejor gente de sus conocidos y amigos, así de las ciudades de este Nuevo Reino como de las del Gobierno de Popayán, no olvidándose, mientras se juntaba, de hacer algunas entradas en las provincias rebeldes, aunque de menos consideración que la que hizo de propósito después de juntar la gente, en que se gastó hasta los postreros días del año de mil quinientos y sesenta y ocho, que fueron juntándos en la Villa de Antiochia, de la ciudad de los Remedios (que pertenece á este Nuevo Reino, como dejamos dicho en nuestra segunda parte) el Capitán Francisco de Ospina, su primer fundador, y á su contemplación otros muchos valientes soldados y Capitanes de la ciudad de Victoria, como Juan Antonio Lobo de Sande, Juan Velasco, Bartolomé de Pineda, Antonio Machado, Pedro Fernández de Rivadeneira, Diego de Guzmán, Juan de Aldana y otros, que por todos cumplieron el número de sesenta; todos destrísimos en las armas y bien cursados en hechos memorables. Juntáronse otros treinta de Popayán, no de menos valor y estima, entre los cuales iban Francisco López de la Rua, Juan Arias Paivián, Gaspar Delgado, Alonso Serrano, mestizo, hijo de Florencio Serrano (de quien tanto dejamos tratado), que aunque hijo de madre bárbara, él no lo era, ni de sus hechos, pues fueron siempre de muy valiente, suelto y diestro soldado.

2.° Todos estos soldados y Capitanes, con muchos pertrechos de guerra,

caballos, esclavos y otras cosas necesarias, fueron entrando en la Villa de Antiochia, donde su General Rodas los aguardaba, ya que había entrado el año de mil y quinientos y sesenta y nueve, que fueron bien agazajados de sus vecinos por cortesías y por lo que les importaba el allanar la tierra, donde se detuvieron acabando de disponer lo necesario á la jornada algunos días, que pareciendo ser más de lo que convenía, por dilaciones del Gaspar de Rodas, fundadas sobre no sé qué inteligencias y aun disturbios que se comenzaron á levantar sobre la asignación de oficiales de la milicia, se determinó el Capitán Francisco de Ospina á decirle al General abreviase la salida, por cuanto él y todos los que habían venido á su devoción, habían dejado sus comodidades de casas, haciendas y encomiendas para venirlo á servir en aquella jornada, en que según parecía por la dilación, había mudado de intentos, lo que sería bien se declarase si era así, para que todos tomasen la vuelta de sus ciudades; pero que si todavía los tenía de proseguir con lo comenzado, ayudando el tiempo con haber apuntado el verano y mejorado sus caminos y pasos, sería acertado se pusiesen los de todos al viaje.

3.º Así es, respondió el General, y mis tardanzas no han sido desganas de que ya lo hubiésemos comenzado, sino necesidades que han sido importantes proveerse antes que lo comencemos, que no ha sido posible, si no es el tiempo que hemos hecho de tardanza, y así no la habrá ya más que de tres días, que será pasada la santa festividad de los Reyes, en que mi voluntad se juntará con la vuéstra y la de todos, y así nombró luégo oficiales de su ejército: al Capitán Francisco de Ospina, por su Teniente general de todo el campo; á Juan de Velasco, Capitán de infantería; á Bartolomé Pineda, de la gente de á caballo; Alférez general fué Molano, y Juan Arias Rubiano su Consejero: hombres todos de buen discurso y experiencia, y en quienes se empleaban bien los oficios. A los que quedaron sin ellos contentó el General con joyas y dinero, con que todos contentos y con algunos sacerdotes, y entre ellos el padre Fray Pedro de Guzmán, de la Orden de Santo Domingo, pasada la fiesta dicha, salieron de la Villa de Antiochia, y sin un punto de descuido militar, por saber no lo tenían los indios en irles contando los pasos para embestir en viendo la suya, se fueron entrando por sus jornadas en la asperísima serranía, y sin hallar gente opuesta de armas caminaron diez y siete días, hasta pisar la tierra de Tozina, Provincia de Ibéxico, indios valentísimos y astutos, y encomendados años había en Juan Taborda, que acudieron luégo dando muestras de paz, aunque en sus intenciones malas, que se tuvo maña para hacerla buena (que ésta es la más importante á un Capitán, hacer buenos de malos amigos), y éstas eran las principales intenciones que esta ocasión se llevaban, evitando en cuanto se pudiese efusión de sangre amiga ni enemiga.

Sentaron ranchos por algún tiempo, donde, tomando muestras de la gente, hallaron ser seis menos de ciento los españoles, bien pertrechados de armas y caballos, pues pasaban de trescientos de guerra y bagaje, de setecientos los indios de servicio, con algunos morenos, aunque pocos, pero bien alentados y arrojadizos en todo trance de necesidad; cuatrocientas vacas, quinientos puercos, y de allí arriba, y no poca cantidad de ganado menudo para sustento de todos, por llevar intención de no dar paso atrás hasta poner en muchas partes de este rudo barbarismo cristianos cimientos. Mientras estuvieron allí tomando aliento del trabajo pasado, no se descuidaba el Gobernador de despachar tropas, por una y otra parte, de los indios fronterizos, de principal intento, á exhortarles la paz y asegurarles de que se olvidarían los nuéstros de las rebeliones que hasta allí habían tenido, pues los dudosos sucesos de la guerra no tienen los felices fines que prometen á los principios. Todo esto hacían los soldados entre los indios con quien se encontraban, que respondían todos á una boca no poder tomar resolución en nada hasta que se hiciese junta por todos, pues de todos era la causa, y no era de poca importancia el dar la obediencia á gente peregrina los que jamás la habían dado á nación del mundo; antes todos se la debían de dar á ellos, siquiera por la tierra que pisaban, que toda era de oro, á quien la redondez del mundo se tiene por dichosa obedecer (lo que pienso y no era la menor causa de sus arrogantes y soberbios bríos).

4.º Con ellos y para resolverse en sus determinaciones acerca de la demanda de la paz que pedían los españoles, juntó Sinago (el señor más obedecido y respetado de toda la Provincia de Pequí) á Consejo de Estado los señores más principales, que eran los más ricos y valientes (porque entre ellos no hay otra soberanía de cabezas, ni que se funde más que en estas dos cosas), á donde entraron los más principales, dos sobrinos suyos llamados Yutengo y Arama, que aunque mancebos, tenían ya dadas muestras de sus valerosos ánimos en hechos heroicos de la milicia. Juntóse Chacurí, Nuguireta, Guarancho, Agrevara, Ereta y Panque, á quien y á otros menos principales que entraron en la Junta les propuso su intento Sinago, y sin dejarles libertad para que con ella se determinara cada uno, les hizo una larga arenga, invitando á todos á las armas contra los españoles, poniéndoles delante, con bien tratadas razones, las que había para llevar adelante la libertad que hasta allí habían sustentado, y pues no podía ser sin hacer valerosa frente á los españoles, que iban ya enseñoreándose de sus tierras, importaba que ninguno tuviese mano floja en el manejo del arco, dardo, macana y lanza, y que esto se les diese por respuesta á los españoles. Lo cual agradando á todos los de la Junta, comenzaron luégo á hacer bizarras demostraciones de palabras y acciones de sus cuerpos en prosecución de lo determinado, y que Yutengo fuese el mensajero para el Real de los Castellanos, como lo hizo el

día siguiente llegando al campo y presencia del General, brioso, fiero y arrogante, con un manojo de agudos dardos en la mano, un encrespado penacho de varias y vistosas plumas, cuya frente era una diadema grande de fino oro: apariencias todas de guerreros intentos.

5.º Con ellos y arrogantes palabras, sabido quién era la cabeza de los nuéstros, le dijo: "Yo, Capitán español, soy Yutengo, no menos rico de bienes que de valor, que vengo á certificarte nuestra determinación, que es de negarte la paz, y darte á fuego y sangre cruel guerra, si al punto no sacas el pié de Ibéxico; esto te suplica el gran Sinago, con sus dos sobrinos, sea con mucha brevedad, y si no con la misma te están aguardando todos sus moradores, deseosos de verte ya la frente; pero tienes necesidad de mirar lo que emprendes, y entrar con una mano puesta en la cabeza y otra en las armas". A esto que dijo el bárbaro respondió el Rodas con templadas palabras, viendo que no lo era el indio para entenderlas, diciendo que dijese á Sinago que pues tanto se deseaba su entrada, la haría con muy buena voluntad; pero que advirtiese eran buenos los medios de paz para gozar más á su salvo con ella la quietud de sus tierras; pero que si no la quisieren, tuviesen por cierto que había de durar muchos días el trastornarles sus tierras y darles trasnochadas y inquietudes, pues el valor de sus soldados no conviene en dar paso atrás hasta haber salido con sus intentos, y que esto podía dar á toda la tierra en respuesta. Partióse con esto el salvaje, quedando riendo el Gaspar de Rodas y sus soldados de su arrogancia. Con todo eso, ordenó luégo el General se previniesen todos para mudarse dentro de tres días de aquella provincia, y acercarse á los Pequíes. A que no daba poca prisa Ibéxico, Atozina, Cucuba, Bererrua y Rucabe, Caciques principales, que aunque les acudían á los nuéstros con lo necesario, todavía tenían por gran sobrehueso huéspedes tan bulliciosos y traviesos que prometieran, para facilitar esta salida, guardar la paz y espaldas, y así salieron el día señalado la vuelta de aquella Provincia de Pequíes, con el recato militar necesario entre tan declarados enemigos, y en especial lo tenían en los pasos más cavilosos y de peligros, hasta que tomaron todos un alto, desde donde dieron vista á las primeras poblaciones de aquella provincia, que pareciéndoles ser sitio acomodado para todo suceso, sentaron ranchos por algún tiempo.

———

CAPITULO XXVI

1.° Rancheado Rodas en una sabana, quémanles los indios la paja por excusar emboscadas—2.° Vienen los indios sobre los nuéstros; no se atreven á llegar; vuelven con poca ganancia—3.° Sale una tropa de soldados á buscar el enemigo—4.° Saliendo muchos indios contra ellos, retíranse—5.° Desgracia de un Capitán abrasado en el fuego.

ERA este sitio de las comodidades que se deben advertir para un acomodado alojamiento, que es natural fortaleza, con agua y leña, libre de asechanzas y sin riesgo de los sirvientes que han de proveer el Real de todo esto, y de ordinario andan solos y expuestos á mayores peligros, en todo lo cual fué siempre bien astuto y mañoso el Gaspar de Rodas, y en especial ahora, determinando estar aquí (que llamaron el puesto de la Lagunilla, por una que había cerca del Real) muy despacio, por ver si con él bajaban algo de sus bríos y lozanía los Pequíes, que nunca á tál se pudieron persuadir á los principios, sino que irían adelante muy de paso los nuéstros, con que pusieron en los más dificultosos sus emboscadas, con intento de ofender con notables daños, que luégo las quitaron, reconociendo asentar tiendas los nuéstros de propósito en aquella cumbre; pero advirtiendo los bárbaros que los pajonales altos que había á la redonda de los ranchos de nuestros soldados estaban en disposición de poderles echar emboscadas, les pegaron fuego y se abrasaron, fuera de una parte que con gran diligencia, apagando las llamas con ramas verdes, reservaron los nuéstros para pasto á las vacas y los demás animales, que como este fuego fué poco, fué mucha la necesidad que padecieron, y más con lo que sucedió.

2.° La noche siguiente al fuego, á la mitad de ella, despachó el Gobernador al Capitán Pineda, con cuarenta de los más valerosos soldados, á dar algún madrugón á los indios que encontrase más á mano, para irlos atemorizando desde luégo, que tampoco se descuidaron en venirse á emboscar doscientos valientes guerreros en aquel pedazo de pajonal que habían reservado los nuéstros, con orden de sus Caciques que aguardasen allí hasta que el sol hubiese desecado en la paja la humedad de la noche, y que entonces le pegasen fuego por dos ó tres partes, diesen los doscientos sobre ellos con tanta furia, que los obligasen á derrumbarse huyendo de la guerra por una y otra parte de las peinadas laderas que ceñían el sitio, y saltando tras ellos los acabasen á todos. Llevaba orden el Capitán Pineda de volver el mismo día siguiente á la noche que se partió, y habiendo los indios salido con su traza de pegar fuego á la colina del pajonal, cuyas llamas en breve lo consumieron, el Gaspar de Rodas, como diestro en tales trances, conociendo puntualmente la astucia de los indios, mandó que ninguno de

los soldados se divirtiese en apagar el fuego, como pretendían, sino que se recogiesen á bandera, hasta ver por dónde respondían los indios, pues no era posible sino que fuesen muchos los que habían intentado el hecho; y así estuvieron todos alerta con las armas en las manos y cargados los arcabuces, lo cual advertido por los salvajes, y que ninguno se había divertido á apagar las llamas, con un gran ímpetu de caballo francés, con la algazara y grita que ellos suelen, se descubrieron arrojando, á vueltas de las voces, nubadas de dardos y flechas, pero sin atreverse á llegar á medir macanas y espadas, por la resistencia que les hacían los arcabuces sacando muchos de esta vida, y en especial por haber llegado á tiempo el Capitán Pineda, que habiendo oído la grita y arcabuces, le fueron bastantes señales para reconocer el conflicto en que estaban sus compañeros, y así, á mayores pasos, y no con pequeños sudores, por ser la tierra caliente y áspero el reventón, tomó el alto, y á los indios por las espaldas, tan á su gusto, que los cañoneaba de mampuesto con tales efectos, que una bala sacaba dos y tres de esta vida, enhilando los unos tras los otros.

3.º Viéndose los bárbaros defraudados de sus intentos y muy minorados, y que los iba por la posta consumiendo la batalla, tomaron la huída, haciendo grandes fieros y diciendo: "Mal nos ha sucedido, españoles, la primera, pero no aflojaremos la mano, antes en la segunda, que será al tercero día, pretendemos sacaros á todos, no sólo de nuestras tierras, pero aun de esta vida; cuidad entre tanto de vuestros caballos, que lo mismo haremos nosotros de éstos que llevamos delante"; que eran tres ó cuatro que habían podido coger y no se habían podido recobrar por entonces, y por no haberse visto el hurto á tiempo. Brioso el valor español con tan buen principio, determinó el Gaspar de Rodas saliesen á buscar á los bárbaros antes que ellos viniesen á buscarlos, y así con cuarenta valerosos peones salió el Capitán Gonzalo de Vega, con orden de pasar á la otra banda de la quebrada de Pequí, que les demoraba no lejos de donde toma nombre toda aquella Provincia; fuéles haciendo escolta el General, aunque de noche, con veinte de á caballo bien armados (por lo que pudiese suceder), hasta las barrancas de la quebrada, cuyas alturas de una y otra parte impedían el pasar de allí, aunque no á los peones, si bien aun para ellos estaban dificultosas; pero gateando y como pudieron las pasaron cubiertos con la sombra de la noche, que les duró hasta subir el recuesto y tomar el alto, desde donde descubrieron al amanecer un llano apacible á la contraria parte, lleno de labranzas y doce caneyes de buena hechura, aunque moderados, á donde bajaron luégo y con mucha presteza les dieron Santiago, ranchando cuanto hallaron en ellos, y prendiendo mucha chusma de indios y mujeres sin estorbo ni resistencias de armas, porque todos los que las pudieron tomar estaban no lejos de allí juntos, haciendo los tristes funerales á Sinago,

que había muerto casi de repente, con grande dolor de sus vecinos, que lo tenían por su Achiles, de donde dimanaban los buenos consejos y determinaciones en toda ocasión de paz y guerras, y así tuvieron en ésta por mala señal su muerte.

4.º No tardó mucho la fama en volar con la nueva de lo que habían hecho los españoles á los que estaban juntos en los funerales, y así dejando aquella ocupación, salieron cuatrocientos mancebos guerreros, bien armados, y se hallaron cerca de los nuéstros, á quien (habiendo pegado fuego á sus casas, por haber entrado en ellas sus enemigos) acometieron con tantas nubes de flechas, dardos, piedras y lanzas, que les obligaron (por ser tantos los bárbaros, no obstante los mortales efectos que hacían en ellos con los arcabuces) á irse retirando con buen orden hasta el alto de la loma, antes que fuese ocupada de otros y les diesen por las espaldas, pues bastaban los que tenían en frente, que los fuesen cargando y siguiendo hasta meterlos en la angostura de la quebrada, que les fué más á propósito para su defensa, pues desde ella más seguramente se podía jugar la artillería, con daño de los bárbaros fronteros, que viéndose ya gastados de armas, por la prisa que les habían dado, y que muchos quedaban muertos y otros estaban mal heridos, volvieron las espaldas, no sin palabras injuriosas y demostraticias de venganza contra los nuéstros, que alegres del suceso, y todos sanos, también las volvieron para donde estaba el General, el cual, certificado de la dispersión de la tierra y la abundancia de las cosas necesarias al campo, determinó pasarlo á ella, no obstante la gran dificultad que se oponía en la quebrada para pasar los ganados, de que cometió el cuidado el General al Capitán Gonzalo de Vega, con la cantidad de negros y indios amigos y instrumentos necesarios, para que otro día, con treinta soldados bien armados, hiciesen paso en las barrancas, para poder pasar todos la quebrada. Tomó á su cargo el Vega esta facción, pero cuando salió á hacerla otro día, no se halló con aquel brío con que él solía emprender otras de mayores riesgos, antes desmazalado, melancólico y con esperezos que parecían presagios del desgraciado suceso que tuvo.

5.º Y fué que habiendo llegado al paso de la quebrada donde determinaran disponer el pasaje, había un boscaje cerrado de monte bajo y otras malezas; sitio acomodado para emboscadas, al cual, para deshacerlo y limpiarlo, determinó el Capitán se le pegase fuego. A lo cual acudió con más presteza y antes del tiempo que convenía, pues por el rocío de la noche sólo se incendió la yerba baja que estaba seca al amparo de los árboles, sin llegar á las zarzas ni á la maleza gruesa, y así viendo ser aquello diligencia vana por entonces, pasó á hacer la de las barrancas, no echando de ver el lazo que dejaba puesto atrás, donde pudiera caer á la vuelta, como le sucedió, pues ya llenos los barrancos

y derrumbadas las barrancas, en que se gastó el día hasta la mitad de él, cuando ya por haberse enjugado el rocío estaban fuertes las llamas, revolviendo para el alojamiento, fué necesario pasar por medio de ellas á los de la vanguardia, por no haber otra parte por dónde; dando voces el Gonzalo de Vega á los delanteros que se fuesen retirando á la ladera, donde las llamas eran menos, con que pasaron todos, si bien con algún peligro; pero quien lo tuvo mayor fué él, pues retardándose más tiempo por traerlos á todos delante, cuando quiso salir de la espesura, se halló tan cercado de las llamas, que le fué forzoso tentar el saltar por enmedio de ellas para ponerse en lo que ya quedaba quemado, por ser lo más seguro, confiando en su mucha velocidad y ligereza, que no le fué de importancia, pues el valiente torbellino de las llamas lo arrebató al pasar y lo volvió más atrás, á donde llegó luégo el fuego, y se le pegó de suerte que abrasándole primero el rostro, barbas, piés y manos, comenzaron á arder el sayo de armas y vestidos, en quien empeñaba fuerza como le daban lugar las angustias á echarles de sí, aunque en vano; pasada ya la fuerza del fuego, á los gemidos que le daba lugar su desgracia, volvieron por lo quemado á buscarlo sus compañeros con la mayor diligencia que pudieron, que hallándolo ardiendo, procuraron apagarle el fuego con agua que tenían á la mano; pero rechinando los vestidos con el agua, como hierro ardiendo cuando lo meten en ella, lleváronlo en volandas al Real, donde vivió sólo un día, en que pudo recibir los Santos Sacramentos, dejando á todos su muerte, por ser hombre bien quisto, con notable sentimiento, y en especial al General, por ser su muy particular y estrecho amigo.

CAPÍTULO XXVII

1.º Sálenle de paz á Rodas algunas provincias y proveenlos de comidas—2.º Pasan á la Provincia de Ituango, y pegan fuego los indios á sus casas, viéndolos entrar—3.º Plática que hace Rodas á sus soldados y lo que se le respondía—4.º Deja á Rodas el Capitán Francisco de Ospina y toma la vuelta de la Villa de Antiochia.

A POCOS días que hubo pasado su campo el General Rodas y sentádolo en el sitio más acomodado en el valle que habían visto los de la primera salida, conoció la división que había entre los principales de aquella Provincia, causada por la muerte de Senago, que no fué de poca importancia en esta ocasión, pues aunque sus dos sobrinos, Yutengo y Arama, quemando sus casas, huyeron al partido de Carauto, con protervia de no dar amistad á los españoles, el resto de los principales se determinaron á darla, menos por ella que por hacérselas de mal salir de sus tierras, que al fin aceptada por los nuéstros, fueron de los pacíficos medianamente regalados las tres semanas que hicieron asiento allí, porque al fin de ella pasaron á la Provincia de Norisco, que hervía de gente en grandes poblaciones, bien labrada, abundante de mantenimientos, rica de oro y telas de algodón, cuyos Caciques también dieron la paz, en especial dos hermanos, los más principales y ricos, llamados Baayaquima y Tacujarango. Con lo cual hicieron asiento allí algunos días, hasta que viniendo ya despuntando el invierno, por entrar el mes de Mayo, que lo es por allí, les pareció entrar á la Provincia de Ituango, que pone fin á las sabanas y tierra rasa, de cuya riqueza y abundancia de comidas tuvieron noticia por los principales de Norisco y de sus principales Caciques, dos hermanos llamados Tezuze y Agrazaba, afirmándoles ser estos dos tan ricos de oro que les apagarían la sed que traían de ello; en especial apretaba en esto, por ventura y aun sin duda por echarlos de sus tierras, Tacujarango, que hablando sobre esto al General para salir con su intento, le aseguraba de grandes comodidades y riquezas en aquella tierra, de que él y su hermano y los principales de la suya les guardarían las espaldas, pues ya una vez le habían dado la paz.

2.º Levantados con esto los ánimos de los soldados, prometiéronse riquezas mayores que las de Craso y Creso, y aun las que dejó David para el templo de Salomón. Guiándolos los Caciques de Norisco, tomó todo el ejército la vuelta de Ituango, por caminos de riscos y peñascales y otras dificultades tan ásperas (ó por malicia de las guías ó ignorancia del camino), que siempre lo iban abriendo gastadores y macheteros para las personas y ganados, con tantas incomodidades y penas á todas horas, que decir las menores sería tejer una larga historia. Las cuales se acrecentaron cuando ya que llegaron á Ituango,

vieron quedarse muy atrás lo que hallaban á los encarecimientos con que las habían ponderado los Noriscos, por lo cual los pusieron á recado, si bien se disculpaban con decirles estaba más delante la grandeza que les habían significado, de que también quedaron desengañados presto los nuéstros, por haber tomado á su cargo dos valientes soldados el ir oteando y desvolviendo la tierra por las cumbres de las lomas, hasta llegar á una, desde donde dieron vista á una aldea de hasta cien casas, bien crecidas, que daban á entender tener cada una copia de moradores, cuyos contornos, llanos y laderas estaban bien cultivados, y con copia de diversas sementeras, á donde dada la nueva, determinó el General se mudasen ranchos, por gozar de mejor sitio, aposentos y comidas, que se defraudó todo, pues luégo que vieron sus moradores ir á los nuéstros enderezando para allá, convirtieron sus casas en pavesas y talaron sus labranzas, sin dejar á los nuéstros cosa que llevar á la boca, que fué causa de padecer la gente grave necesidad, y fuera muy mayor á no socorrerse del ganado y de mucha fruta de aguacates que á la sazón había en todos los valles y márgenes de quebradas, de que se sustentaron algunos días, mientras los caudillos por unas y otras partes buscaban mejor sitio, y que les satisficiesen la necesidad de comidas, que era cosa dificultosa de hallar, por haber abrasado todos los indios sus casas y talado sus labranzas, retirándose á vivir con los montañeses sus comarcanos y deudos, que vivían en la cumbre de los montes, con que Gaspar de Rodas andaba desganado de fundar ciudades en aquellos países, si bien hubo opiniones que lo hacía de principal intento porque acudiesen estas Provincias á servir á la Villa de Antiochia, por engrosar con esto las suertes de indios que él tenía y otros particulares intereses, que todo cedía en agravio de los que le venían sirviendo en la jornada, fiados en que fundaría pueblo español y repartiría á los moradores sus indios convecinos, según la usanza de estas conquistas y el poder que traía en sus comisiones.

3.° Esta sospecha tuvo sus primeras raíces y fundamentos en la dilación que tenía en poblar, y en un razonamiento que hizo á los soldados el Gobernador, diciendo: "Yá, caballeros y amigos, tenemos á la vista en la tierra que hollamos, conocido el engaño con que estos bárbaros nos han traído á ella, pues aun apenas podemos sustentarnos de paso, amenazando y aun vejando, y así nos fuerza la necesidad á pasar más adelante, que no lo tengo por acertado meternos en la serranía montañosa, donde ni hallen que comer los ganados, ni nosotros que comemos de ellos, pues si ellos perecen por hambre, nos es á nosotros cierto eso mismo, ó hemos de volver atrás, sospechándonos de poca seguridad de los que dejamos por amigos de mala paz, que les durará lo que ellos quisieren, pues sabemos ser sus ordinarias costumbres jamás fundar la paz de asiento con nosotros, y así tendré por acertado, volviendo algunos

pasos atrás, en sitio más acomodado de los que dejamos reconocidos y de alguna más comodidad que ésta, hagamos asiento para el resto del invierno, donde tendrán al menos que comer los ganados, y de ellos nosotros, y sabemos que cuanto más cercanas tenemos las poblaciones de los indios, andan más quebrantados sus bríos y menos dañadas sus intenciones."

Los que las tenían buenas de los que oyeron esta plática, juzgaron por buena y acertada la determinación, y que se dirigía al provecho común ; pero no siendo todos de este parecer, como eran los soldados del Nuevo Reino, de la ciudad de Victoria y de los Remedios, se confirmaron en las sospechas con que andaban, de que todas eran dilaciones del General, dirigidas á sus mayores provechos, y así el Francisco de Ospina, como su Teniente General y á quien todos respetaban, en nombre de todos le habló con mucho sosiego: "No me parecen, señor General, mal fundadas esas razones, al fin como de tal entendimiento; pero las cosas bien examinadas suelen tener mejor acierto. No me pasa por el pensamiento, por esto que voy diciendo, reprobarlas, pues tengo por buen acierto se busque sitio á propósito para invernar; pero que éste sea tan de asiento que sea pueblo fundado en nombre del Rey, y con las diligencias que se requieren, pues en esto se le hará servicio; cumplirá Vuestra Merced con sus obligaciones y con los intentos del señor Gobernador Don Alvaro, que le dió las comisiones; se desvanecen los nublados de opiniones que se han levantado acerca de los intentos que se tienen en no poblar; y últimamente, se satisfarán en parte los trabajos de los que han seguido esta jornada con detrimento de su salud y vida y estrago de sus haciendas, y á no determinarse Vuestra Merced en hacer esta población, quiero volverme á la mía, de donde salí, para lo cual pido desde luégo licencia."

4.º Procuró el Gobernador satisfacer en algo á estas razones de Ospina, aunque quedándose neutro, sin declarar sus intentos acerca de poblar ó no poblar, con que el Francisco de Ospina hizo tal instancia en volverse á su ciudad de los Remedios, que se le hubo de conceder la licencia, la cual puso luégo en ejecución, haciéndole escolta veinte de los más aventajados soldados hasta dejarlo fuera de la tierra de riesgo. Quedaron sus amigos con tan gran desconsuelo y sentimientos por la partida (y aun todos en común, por ser varón agradable y de condición tan partida, que jamás supo cerrar la mano ni negar á nadie nada de cuanto se le pedía), que comenzaron luégo á arrojar razones excusadas y de murmuración, no sólo en secreto, sino aun en corro, contra el Gaspar de Rodas, que viniendo á sus oídos y el desabrimiento y acedias con que quedaba por lo general todo su campo por la partida del Francisco de Ospina, y aun por las causas que había para ella, determinó pisar luégo al principio estas llamas, para que no creciesen á mayores incendios, ordenando

que saliese luégo Juan de Velasco (gran amigo del Francisco de Ospina) con cuarenta diligentes soldados, en demanda y descubrimiento del gran río de Cauca, por el paraje que demora á la Provincia de los Notables, nación bizarra, por las gruesas venas de oro que posee, y que también saliese con veinte compañeros el Capitán Pedro Fernández de Rivadeneira, valeroso y esforzado gallego, y no menos que el otro, amigo del Ospina, para que diese vista al gran valle de Teco, quedándose el Gobernador en el campo con los más impedidos y de menos importancia, con que se atajaron los inconvenientes que hemos dicho.

CAPÍTULO XXVIII

1.° El Capitán Juan de Velasco da vista al Cauca; despojan á una vieja del oro que llevaba—2.° Revócanle los poderes al General Rodas—3.° Buenos y malos sucesos de un caudillo con sus soldados—4.° Salen los nuéstros desbaratados; socórrelos el General.

PARTIÓ del campo el Capitán Juan de Velasco, y trastornando montañas de caminos dificultosos, llegó á dar vista, con hartos trabajos, al gran río de Cauca, y á una puente de bejucos que estaba en el que los primeros españoles que pisaron aquellas tierras llamaron de Abrerunco, asaz nombrada por todos los conquistadores antiguos y modernos de aquella tierra, llamada hoy por éstos la puente de Negueri, por un Cacique guerrero que se levantó después en aquellos países. Dieron vista estos soldados de la otra banda del río (ó por mejor decir de ésta respecto de donde ahora estamos) á un valle grande á perder de vista y de sabanas rasas, con que se alegraron no poco nuestros soldados, por haber sido hasta allí todo su camino tierras fragosísimas, si bien ricas de gruesas venas y granos de oro; pasaron de él y llamáronle el valle de la Vieja, por una que en sus principios hubieron á las manos, que vivía de tratante por todos aquellos pueblos, como otras muchas viudas lo hacían, pasando de unas provincias á otras por aquella puente. Despojáronla primero del oro que llevaba, con la licencia de soldados que les parecía tenían, que no era tan poco que no subía de mil pesos y de veintidós quilates, dándole por ventura en cambio cuatro bofetadas bien asentadas, y poniéndole al valle el nombre de su edad. Hiciéronle muchas preguntas, informándose de los secretos de aquella tierra, á que respondió ser muy rica, pero de moradores muy valientes para defenderla, que se echó de ver luégo, pues en despuntando la fama de los peregrinos que la iban entrando, cargó sobre ellos tal multitud de los naturales, que viéndose tan pocos, tuvieron por mejor acuerdo volver á deslizarse y pasar otra vez la puente de bejucos (que no era tan segura como la de Alcántara), y llegando al Real, dieron relación de sólo esto que habían visto, por habérseles cumplido el tiempo que llevaban señalado.

2.° En éste llegaron allí también los veinte que fueron haciendo escolta al Francisco de Ospina, habiéndole dejado en buena parte y con seguro, aunque ellos no la trajeron á la vuelta, pues tras cada paso eran salteados de belicosos indios que encontraban, de quien no sólo se libraron, pero aun hubieron razonable pillaje de camino. Acabado el suyo el Francisco de Ospina hasta la Villa de Antiochia, determinó con otros que halló de su devoción, no bien afectos al Rodas, despachar mensajero á Popayán, dando cuenta al Go-

bernador Don Alvaro de Mendoza de lo sucedido en la jornada y de cómo sus gastos habían sido en balde y sin provecho, que sólo atendía al suyo el Gaspar de Rodas, y que conociendo sus intentos, se había salido del Real con su licencia; lo cual sonando mal á lo oídos del Gobernador, se determinó, aunque con enojo, á revocarle los poderes á Gaspar de Rodas, dándolos á su hermano Don Alonso de Mendoza, que no tuvo efecto por lo que diremos.

3.° Volviendo al otro caudillo, Pedro Fernández de Rivadeneira, que dijimos había salido con el Juan Velasco, le sucedió bien á los primeros pasos que dió á la entrada del Valle de Teco; pues siendo esto de noche, y sin que tuviese rastro de su ida la gente de él, dieron inopinadamente sobre la casa del principal Cacique de la tierra, y prendiéndolo, hubieron á las manos no pequeño caudal de joyas y preseas que hallaron en sus casas, con que hubiera sido buena su suerte, si no la hubiera vencido su codicia, la cual cebó el Cacique preso, con intentos de lo que sucedió, diciéndole: "No te conviene salir de este pueblo hasta que mis vasallos te den por mí tan gran rescate que salgas con él de miseria y con buen avío de estos parajes, después de dos ó tres días que me esperes aquí; porque sabiendo, como saben, que me tienes preso, se han determinado á darte cuanto oro pidieres; pero habrá necesidad de que yo vaya á recogerlo y traerlo aquí, y pues el tiempo de tres días no es largo, bien se recuperará con la largueza de la ganancia;" que ciego con ella el Capitán Rivadeneira, estuvo facilísimo en creer al bárbaro: lazo común que con facilidad prende á los hijos de este siglo. Creyó al enemigo la mentira manifiesta, de quien aun la verdad es sospechosa, pues cuando la dice se debe presumir ser para sazonar con ella sus engaños; como se declararon los de este bárbaro poco antes de las primeras luces del día, que esperaban la riqueza prometida, pues cogiendo descuidados á todos los nuéstros, que sólo tenían puesto el ojo en las riquezas que les traerían, les acometió tan horrible tempestad de bárbaros, con dardos, flechas y macanas, que fueron menester las manos españolas y aun los piés briosos para escapar solas las vidas, sin que les diese lugar el alboroto á acordarse de los grandes despojos que antes habían tenido, ni aun de lo propio que ellos llevaban, pues de esto se quedó lo más, teniendo á gran ventura poder sacar las armas en las manos, si bien con ellas hicieron notable estrago en los valientes salvajes, que se abalanzaban á la presa como feroces sabuesos.

4.° Duró la pelea y guazabara por buen espacio de tiempo, sin aflojar la mano de una y otra parte, hasta que los soldados pudieron escaparse, pero no tan libremente que no les fuesen siempre dando caza noche y día, sin bastar á hacerles volver las espaldas los arcabuces, que hacían menos á muchos, hasta que con estas fatigas, sin un punto de reposo, se hallaron cerca de donde

el General los esperaba, cuidadoso de que hubieran gastado más tiempo del que en la orden que llevaban se les había señalado. Este cuidado le hacía despabilar los oídos al General á todas horas, y le hizo oír ciertos arcabuces que dispararon los de la tropa, que oyéndolos el Rodas y conociendo la necesidad con que venían, despachó otra por las vuelas en su socorro, que á no llegarles tan á tiempo, se juzgaban ya todos por vencidos, por haberles faltado las municiones y venir casi todos mal heridos, y en especial el Rivadeneira con cinco flechazos peligrosos; pero con la llegada del socorro, que les pareció caído del cielo, se vieron obligados los bárbaros á volver las espaldas, con que llegaron, sanos y heridos, al Real, curándoles con ardientes hierros las heridas, principal remedio contra aquel veneno, por ser en sumo grado frío, y según dijo San Gregorio y enseña la medicina, así cura lo caliente, con que sanaron todos.

CAPÍTULO XXIX

1.º Levanta su Real Rodas y pásase á invernar á Norisco; despacha un caudillo—2.º Quéjanse los indios al General de agravios de los soldados—3.º Sale á correr la tierra el Capitán Juan Velasco; fúndase San Juan de Rodas—4.º Sucesos de Rodas, y cómo llegó de vuelta á la ciudad de Antiochia.

VIENDO el General Gaspar de Rodas que iban apretando las aguas del invierno, y no ser acertado parar en el sitio de Ituango, determinó volver á la Provincia de Norisco, y que saliese el Capitán Andrés de Soria con treinta bien armados compañeros á buscar indios que les llevasen las cargas, como lo hizo, y volvió en breve con muchos de los vasallos del Cacique Agrazaba, que no pudiendo defender su gente por la brevedad y fuerza con que los sacó el Capitán Soria, salió de paz en compañía de principales, trayéndole al General buena copia de oro, así por vasallaje y amistad, como para redimir sus vasallos captivos; que se los dieron en habiendo llevado las cargas de Norisco, donde pasaron aquel invierno á costa de Tacujarango, que aunque amigo, no fué demasiado el gusto que recibió en ver volver á los nuéstros por sus tierras y casa. A pocos días que se sentó aquí el Real, se despachó de él con cincuenta al castigo de Teco, por el atrevimiento que dijimos había tenido contra los nuéstros; dieron sobre él de repente y hicieron el castigo aosadas, después del cual rompieron por la Provincia de Cuisco, Araque y Valle de Tuingo, cuyas aguas vertientes acrecientan las del río del Zenú y enriquecen sus arenas de oro, cuyas impetuosas aguas toman principio de las serranías de Carauta, Ituango, Seracuna, y van guiando su curso por Guacuseco, Nitana, Pubio, Pevere y otras tierras de serranías y monte; habitación de Caribes y indomables indios, pero de riquezas de oro moderadas. Todo lo cual deseó Pineda, y no menos sus soldados desvolver y informarse antes de tomar la vuelta del Real, y así se informaron de indios de Tuingo les diesen noticia de cuáles eran las más ricas provincias, para poblar en ellas y dejarles las suyas, á que respondieron que las de las cabeceras del río del Zenú, que son las que hemos dicho, que por ser sus enemigos, le ojeaban allá la langosta española, si bien decían verdad en lo de las riquezas, aunque negaron la de las provincias circunvecinas á ellas, siéndolo tanto y mayores que ellas, con la cual nueva dejaron los soldados lo que más les importaba, tomando la derrota de la serranía de Carauta, para donde caminaron tres días sobre encrespados riscos y con fuentes heladas que caían sobre la fuerza de las cotidianas aguas.

2.º Repararonse algo estos trabajos con la benevolencia que hallaron en los indios, aunque muy pobres, por no cuidar mucho del oro de su tierra, en

cuya afabilidad fiados, no se podían persuadir á ningún maltratamiento de mano de los españoles, y así recibiéndolo algunos, se fueron á quejar en breve tiempo, por ciertos atajos que ellos se sabían, al Gaspar de Rodas, el cual, después de haberlos acariciado y conocido la parte donde estaba el Capitán Pineda, los despachó con cartas en que le ordenaba tomase la vuelta del Real, con pena de que si no lo hiciese, los demás no le obedeciesen por cabeza, sino que cada uno tomase la vuelta del Real, donde los quedaba aguardando. Causó admiración la llegada de las cartas con tanta brevedad, por entender el Capitán estaban en parte donde era imposible tener noticia de ellos; pero sin rehusar el cumplimiento del mandato, partieron luégo, bajando por las trochas y camino breve que los indios usaban en el trato de Norisco, peligrosas por aquellos tiempos, en que eran los páramos tan fuertes, que se quedaron muertos de helados siete de los indios del servicio, y fuera lo mismo de otros tres soldados que llevaban menos amparo de ropa, si no los fueran vareando muy aprisa, con que entraban en calor contra el penetrante frío del páramo; singular remedio para escapar en tal ocasión con la vida, aunque otros suelen usar de otro eficacísimo, y es, cuando se van empeorando, arrojarlos desnudos en un charco de agua fría, y con aquella angustia y alteración, y reconcentrarse el calor á lo interior del cuerpo, huyendo de la frialdad exterior de la agua por la antiperístasis, despiden el terrible frío de que están penetrados. Al fin llegaron al Real estos soldados, en el Valle de Norisco, temple agradable, donde tuvieron reprensión del General y los amigos porque no habían ido siguiendo las corrientes del río del Zenú, para descubrir las valientes noticias de riquezas que de por allí publicaba la fama.

3.º A la enmienda de lo cual se ofreció luégo el Capitán Juan Velasco, pidiendo aquella entrada con eficacia, que concediéndosela el Gaspar de Rodas, con orden de que no fuese la tardanza más que de treinta días, partió con cuarenta destrísimos y animosos soldados, y habiendo llegado á donde el Pineda había tenido sus ranchos, se fueron bajando por la margen de aquel río, y en menos de dos días de camino descubrieron valientes poblaciones, que según supieron, se iban continuando por más de veinte leguas á una y otra margen, tierra fertilísima de maíz y frutales, saludables y apacibles aires, toda cultivada de labranzas, muy poco montuosa, toda ampollada de cerros poco fragosos. Habiendo dado Juan Velasco de repente con las primeras casas, les llenó el rancheo bien las manos de chagualas y otras joyas de oro fino, con mucha ropa fina de algodón. Estaban bien abastecidas las casas de cecinas de venado, guaquiras, puercos de monte y de manada, abundancia de sal y pescado; de todo lo cual cargaron cuanto hubieron menester, aunque fué poco de las comidas, por irlas hallando con la misma abundancia dos ó tres días que fueron caminando

por esta población, y no atreviéndose á pasar más adelante, temiendo á los que quedaban atrás no se juntasen de donde estaban divisos por varias partes en sus granjerías, que fué causa que no les hiciesen resistencia, determinaron volverse al Real, donde fueron recibidos con aplausos de todos, así por los despojos de que venían cargados, como por la relación que traían de la Provincia, por quien unos y otros comenzaron luégo á anhelar y írseles el alma, aunque el Gaspar de Rodas, aficionado de las nuevas, tomó los votos, para con más acierto fundar una ciudad en Ituango, en la parte más conveniénte, y que fuese el punto de la circunferencia de todas aquellas Provincias, que fué la que llamaron el Paramillo, apartada dos leguas largas del río de Cauca, donde fundó una ciudad en nombre del Rey Don Felipe II, habiendo precedido todas las ceremonias que se usan en las nuevas poblaciones; púsole por nombre San Juan de Rodas, porque quedase el suyo con la duración de la ciudad. Todo lo cual fué á diez de Septiembre, el año de que vamos tratando de mil quinientos y setenta. Nombróse Cabildo y Regimiento, donde fueron Alcaldes Juan Velasco y Alonso Hernández Molano; Alguacil Mayor, Juan Alonso de Santana; seis Regidores y todos los demás oficiales de República.

4.º Hecho esto, revolvió con buena copia de gente el General Rodas sobre las Provincias de Pequí é Ibéxico, las más cercanas de la Villa de Antiochia, con intentos de dejar más asentada la paz y cómo habían de recibir la ley que se les predicaba y habían de estar sujetos al Rey de las Españas y á los Encomenderos que en su nombre se les diese, en que estaba ocupado cuando recibió cartas de los de Antiochia, en que le avisan cómo venía Don Alonso de Mendoza, hermano de Don Alvaro, á tomarle Residencia por las quejas que dijimos había enviado Francisco de Ospina y otros, por lo cual el Gaspar de Rodas tornó á revolver desde la Provincia de Pequí, donde le cogió la voz sobre la nueva población, donde repartió la tierra en los conquistadores como mejor le pareció, aunque no á satisfacción de todos, como siempre sucede en tales casos, pues cada uno presume de sí ser digno de lo más granado y provechoso, con que se pide un imposible, y así lo es, de que todos queden con gusto, en especial habiéndose cargado Rodas en esto á la parte de los moradores de Santafé de Antiochia, porque según parece, ya había estado encomendada aquella tierra en ellos, y tomando para sí lo más granado; pero al fin quedándose así las cosas, y nombrado por su Teniente y Justicia Mayor al Juan Velasco, tomó la vuelta de la Villa de Antiochia, dejándole ordenado que pasase la nueva población de San Juan de Rodas al Valle de Teco, dejándola con el mismo nombre, porque le pareció ser aquel sitio más á propósito para su duración, que fué donde ya dijimos, tratando de lo de Maritúe, había fundado los años pasados el Adelantado Don Pedro de Heredia otra ciudad, que duró poco más que el

tiempo que fué menester para fundarla, por haberles obligado las enfermedades á desampararla y salirse del sitio todos, y entre ellos el Cura y el Vicario, que se llamaba Juan de Frías; estas mismas causas lo fueron para el descontento que todos tenían en esta mudada de ahora, por lo cual muchos se hurtaron por vía fugitiva, tomando la vuelta de Antiochia, que á algunos les costó caro, pues no fué menos que la vida, pasando por la Provincia de Pequí, que por ir pocos se la quitaron los indios, como fueron dos soldados harto valientes, llamado uno Gonzalo Verde y el otro Alonso Maldonado.

El Gaspar de Rodas llegó sin peligro á Santafé de Antiochia, donde fué bien recibido de los vecinos, aunque él bien lleno de acedias y quejas, que no las podía disimular, contra el Don Alvaro, por el mal pago que le daba de quitarle el cargo y enviarle á tomar Residencia, aunque esto no tuvo efecto por haberle venido á la sazón también la suya, y por Gobernador de Popayán Don Jerónimo de Silva, con quien también vino á la misma sazón el Capitán Andrés de Valdivia, con títulos y despachos de Gobernador de aquella tierra de Antiochia, despachados á veinticuatro de Agosto del año pasado de mil quinientos y sesenta y nueve, que los había negociado á costa y expensas de Lucas de Avila, de Anserma, que le dió, como dijimos, mucha cantidad de oro para negociar aquello para él; pero el Valdivia quitóse de mal ruido y negocióle para sí, y también su desgraciada muerte (como veremos á su tiempo), pues por allí le vino.

CAPÍTULO XXX

1.º Discurso de Francisco Bahamón de Lugo, y principios de un suceso suyo en la isla de Puerto Rico—2.º La gente que recoge el Gobernador contra los Caribes—3.º Dieron Santiago en ellos y desbaratáronlos—4.º Siguióse el alcance y quitóseles la presa que llevaban de españoles captivos.

EN este mismo año llegó á la ciudad de Cartagena, con títulos de Gobernador y Capitán General de ella y su partido, Francisco Bahamón de Lugo, de quien ya hemos tratado en nuestra segunda parte en las cosas de la ciudad de Santafé, á donde dijimos había entrado de pocos años con su primo el Adelantado Don Alonso Luis de Lugo, que le hizo luégo el año de mil y quinientos y cuarenta y tres Regidor de esta ciudad, como yo he visto sus firmas de esto en el primer libro de Cabildo que por aquellos tiempos se hizo y se tiene guardado en sus archivos. Dióle también, según me dicen, el Don Alonso el repartimiento de los indios Tunjas, de que hoy no ha quedado ninguno, y del de Suatá, que ahora es de la Corona Real, en los Laches, que dejando todo esto, no sé por qué razón, después que el Adelantado volvió en España de esta ciudad de Santafé, se fué el Francisco Bahamón de Lugo, á la fama de las riquezas del Pirú, al Reino del Quito, y se halló con Vasco Núñez Vela contra el tirano Gonzalo Pizarro, desde donde volvió en España, y de allí con su primo el Adelantado Don Alonso de Lugo á lo de Mallorca, cuando la tenían en aprieto los franceses, y de allí con el mismo, sobre el cerco de Sena, volvió después en España, donde en pago de los buenos servicios hechos á S. M., se le proveyó el Gobierno de San Juan de Puerto Rico, á donde le sucedió, entre las demás buenas facciones de su Gobierno, una cosa digna de que no se pierda de la memoria de los hombres, y así la habremos de decir, aunque hagamos alguna digresión, que bien se podrá admitir en honor de este caballero.

Entrado ya el año de mil y quinientos y sesenta y cinco, y andando este Gobernador visitando las cuadrillas de minas y estancias de la isla, llegaron á sus oídos los daños que hacían en ella ochocientos indios Caribes que andaban de cuadrilla, barriendo cuanto topaban de gente y ganados, y entre lo demás, habían dado sobre la Villa de Guadanilla (sobre cuyo río yo he estado surto algunos días), de donde habían captivado la mayor parte de la gente. Veinte leguas estaba este puesto del que le cogió la voz al Gobernador, que queriendo acudir con presteza al socorro, se halló falto de gente, pues sólo tuvo á la mano un Tello de Monroy, Pantoja, Rodrigo Ramírez, Gaspar Lorenzo, Diego García y un Juan Ramírez de Santana, y otros dos españoles estancieros con menos de doce negros y mulatos, que fueron todos el número que pudo juntar. Hicie-

ron algunas rodelas mal aliñadas, como les dió lugar la prisa, de cueros de vaca, con yeguas y caballos ligeros, de las estancias; y en lugar de lanzas llevaban desjarretaderas. Teniendo todo esto á pique, y nueva cierta que los Caribes iban con la prisa navegando la vuelta del río de Guayama, asolando cuanto topaban por la costa, los fué á aguardar el Gobernador á la boca de este río, donde se encubrió con su gente entre la espesura del monte, poniendo atalaya en un árbol, que dió aviso de cómo los bárbaros iban entrando por la boca del río en sus piraguas, de donde saltaron en tierra ya dentro del agua dulce, todos desnudos y embijados, carcajes y arcos al hombro, con demostraciones de braveza en los semblantes, meneos y posturas de sus valientes cuerpos, levantados plumajes de varios colores; que en todo daban á entender sus valientes fuerzas, y ser la ferocidad miedo y espanto de todas aquellas islas de barlovento, Puerto Rico y costas de tierra firme.

2.º Sacaron de sus piraguas todo el robo, y las miserables captivas, bañadas en lágrimas de verse en tanta miseria, pues ya no esperaban más que, en llegando á la tierra de aquellos cruelísimos bárbaros, ser despedazadas vivas en partes, según su bárbara costumbre y fiereza, que no las perdonarían aunque eran mujeres las más, y pequeños niños, porque los hombres, cuando el asalto en Guadanilla, que pudieron hacer fuga, la hicieron como villanos, olvidándose que dejaban en manos de aquellos leones sus pobres mujeres y hijos, aunque dos solos que hicieron resistencia, perdieron allí la vida con cruelísimas muertes. El Gobernador, cuando vido ser ocasión de embestir á los Caribes, ya nombrado por Alférez á su Alguacil Juan Díaz de Santana, que hizo una bandera de una ligera toalla blanca, exhortó á su pequeñuela compañía á que con valerosos ánimos, poniendo la confianza en el cielo, diesen en aquellos fierísimos salvajes, pues la mano de Dios no estaba atenida á vencer con muchos y con pocos. Uno de los dos estancieros que dijimos se le habían juntado, era tan viejo, que pasaba de los setenta y nueve, corcovado y tan arrugado como pedían sus años, de los cuales y de la persona se burlaba mucho el Alférez Juan Díaz, desdeñando el haberse atrevido á venir con los demás, por verle tan imposibilitado para todo: á todo lo cual callaba el vejezuelo.

3.º Puestos todos á pique para embestir ya, salieron como fieros leones, dando Santiago á los Caribes, y habiendo en los primeros encuentros dado muestras de quererse huír un negro horro llamado Juan, advirtiéndolo el Gobernador Bahamón, con una alentada voz le dió una lanzada con que le pasó un muslo, haciéndolo volver mal de su grado á la pelea, en que después lo hizo tan valerosamente como el mejor soldado; pero sucedió luégo allí, á los primeros encuentros, que el Alférez Juan Díaz se le huía por ser desbocado el caballo, sin poderlo sujetar, y por hacer fuerza para volverlo, se descuidó y se

le cayó la bandera en el suelo, lo cual advirtiendo el vejezuelo corcovado, como una águila se abalanzó de su yegua y la levantó, y con ella volvió á ponerse á caballo y se hubo con tanta valentía rompiendo entre los Caribes, que sacó de esta vida á doce por su mano y la de su desjarretadera. No andaban menos briosos los demás, en especial el valiente brazo del Gobernador, pues fiado en el valor de sus fuerzas y destreza, rompió por entre los bárbaros hasta encontrarse con los más valientes, que se daban á conocer con ciertas señas que traían, rompiendo pechos y ensangrentando su lanza, picando con ella sólo lo que bastaba para que murieran, sin cansarse en hacer mayores heridas, para poder con menos estorbo volver y revolver á todas partes, con que esforzaba valerosamente á todos los suyos, en especial á Tello, que no se le quitaba del lado, que hizo cosas valerosísimas, en que también se señalaban los indios, sin turbarlos las fuerzas y bríos de los españoles, pues se metían con tanta y más osadía entre ellos y los caballos, con que se fué encendiendo y ensangrentando la guerra de una y otra parte, que más de una hora estuvo en una balanza, sin mejorarse ni los unos ni los otros, hasta que el Gobernador, corrido de que le durase tanto la batalla, y lastimado de la grita y aclamaciones deprecativas que enviaban al cielo las miserables captivas, puso la vista en un indio viejo, que con horrendas voces andaba esforzando y incitando á los demás, y rompiendo por el escuadrón para poder llegar cerca de él; el viejo Caribe, cuando lo vido, sin temor de caballo ni caballero, le salió con pasos alentados al encuentro, que fué como ir á dar la bienvenida á la muerte, que luégo le sobrevino con una lanzada que le dió el Gobernador, con que le atravesó la garganta, sin darle lugar á hacer otra acción más que dar un soberbio grito y caer con sueño eterno, á quien los que se hallaron más cerca de sus compañeros lo arrastraron y llevaron á embarcar á las piraguas, para donde también guiaron luégo los demás, volviendo las espaldas á la guerra.

4.º Fueron los nuéstros siguiendo el alcance hasta el río, donde les tomaron dos piraguas á los Caribes, que entrando á nado en las demás y embarcándose se hicieron á la mar á vela arrancada, quedando los nuéstros con todo el pillaje que habían sacado á tierra, con libertad las miserables captivas, y setenta y siete indios de los Caribes muertos; de los nuéstros, el Diego García tan mal herido, que murió dentro de tercero día, y uno de los negros que lo acompañaban. El Gobernador, por no llevar armas defensivas, salió herido, y su caballo muerto; ninguno de los demás murieron, porque se curaron con zumo de tabaco, que fué maravilloso contra la yerba, por ser tan caliente contra la frialdad de aquel veneno. Volviéronseles las haciendas á los captivos y muertos en Guadanilla, donde no tuvieron voluntad de permanecer más, aunque no volvieron los Caribes mientras duró el Gobernador en aquella playa. Nómbrase hoy

aquel río de Guayama el río de Bahamón, por este suceso del Gobernador, el cual viendo lo valerosamente que lo había hecho el viejo corcovado, le dió de la Caja Real, por su vida, cierta cantidad de dinero, bastante para su congrua sustentación, que nuestro Gran Monarca Don Felipe II (gran premiador de buenos servicios) lo dió por bien hecho, y se tuvo por servido de mejorar al Gobernador F. Bahamón de Lugo trayéndolo á que fuese de la ciudad de Cartagena, donde por haber sido poco el curso de su vida en este Gobierno (pues se le acabó antes que el oficio), no sucedió cosa que nos pueda detener en ponerla en la Historia, aunque después trataremos algo de lo que sucedió en su tiempo en aquella ciudad de Cartagena, en la primera venida que hizo Francisco Draque á estas Indias y robó la plata del Rey que venía de Panamá á Nombre de Dios, porque por dar la historia de este corsario toda junta, no desmembraremos ahora lo que sucedió con este Gobernador, en cuyo tiempo llegó á la misma ciudad de Cartagena por Obispo F. Dionisio de Santos, de la Orden de Nuestro Gran Padre Santo Domingo, que por venir ya muy cargado de años, acabó con brevedad el curso de su vida.

FIN DE LA CUARTA NOTICIA.

QUINTA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

1.° Comiénzase otra vez á tratar las cosas de Santa Marta, y de cómo le vino por Gobernador Don Luis de Rojas—2.° Halla á pique para salir cierta jornada y prosíguese—3.° Lo que sucede á los soldados de ella—4.° Cógense algunos indios centinelas, que fueron de importancia.

NO se me ha olvidado que dije á los principios de esta tercera parte, que de alargar en ella la mano á coger lo que restaba de los sucesos de la Gobernación de Santa Marta, desde el tiempo de Don Pedro Fernández de Lugo, que fué cuando subieron los conquistadores de este Reino y hicieron su descubrimiento, porque como hubo tanto que decir en él y en las conquistas y poblaciones de ciudades que se fueron ofreciendo, tuvo harto que recoger en sí esta nuestra segunda parte, sin poder bajar á las cosas de Santa Marta, y así por ser tan dignas de quedar en escriptura, nos es forzoso ponerlas en esta tercera parte, á lo menos las que fueron sucediendo desde este año que vamos tratando, que es de mil y quinientos y setenta; porque las que hubo desde el cuarenta, que fué donde las dejamos, por la subida de los conquista-

dores de este Reino hasta este año que digo de setenta, no he podido alcanzar fuesen cosas que obligasen á ponerlas en historia, ó si lo fueron, no hubo quien las pusiese en memoriales, ó á lo menos éstas no han venido á mis manos, y así sólo trataré ahora desde el Gobernador Don Luis de Rojas, que entró á comenzar á gobernar esta Provincia de Santa Marta, con provisiones del Consejo, este año de setenta.

2.º Trajo de España toda su casa con su mujer, criados y criadas á su costa, con que llegó á la de esta ciudad á tiempo que gobernándola un Francisco de Castro en el interin, por haber sido Teniente del Gobernador Pedro Fernández de Bustos, tenía hechos ciento y ochenta soldados con intentos de hacer entradas á los indios de Posigueica; los cincuenta de éstos de á caballo, bien pertrechados todos de arcabuces, ballestas, sayos de armas y las de más importancia, todo á costa del Francisco de Castro; llevaban también algunos alanos y perros fuertes, y entre ellos uno llamado Amadis, que lo era tanto y tan carnicero, que lo habían desterrado de muchas partes por eso: sabía guardarse de las piedras, flechas, palos, lanzas y dardos, que era cosa de maravilla, con que al Castro le parecía podía confiar en él tanto como en un buen escuadrón de soldados, y lo armaba de sayo estofado; de la milicia estaban también hechos por el Castro, Sargento Mayor Carlos de Vera, Alférez Pedro de Ribera, Capitán y caudillo Diego Jaramillo, Capitanes Fernán Ruiz, Cabeza de Vaca, hombre de buen consejo, Fernán Pérez y otro Alférez para diferentes salidas; un Simón de Silva. Hallando todo esto á pique el Gobernador para salir á la Provincia de Posigueica, donde pretendían tomar de asiento la asistencia para domar la ferocidad de aquellos indios, no le pareció innovar nada por entonces, sólo nombró por Maese de Campo á Juan de Rojas, sobrino suyo, mozo gallardo y de buenos bríos, si corriera su buena suerte parejas con esto. Confirmó también al Castro en el oficio de caudillo, haciéndole de nuevo su Teniente. El cual, habiendo avisado á los indios convecinos que viniesen á ver al nuevo Gobernador y darle la obediencia, cuando hubieron llegado á la ciudad de Santa Marta al efecto, habiendo convidado á comer á los más principales, que eran los que vinieron, sobre mesa los puso en collera, porque no pudiesen dar aviso de la jornada á los Posigueicas, trabajos que siempre han padecido nuestros españoles en estas conquistas, porque los indios más ladinos y más bien tratados suelen ser los peores, no sólo dando aviso de nuestros designios, pero aun también hallándose en las guazabaras contra nosotros, embetunados de su bija porque no sean conocidos. Entre los presos iba Coendo, Cacique de Bonda, con tanta cólera y sentimientos, que los mostraba bien por los ojos, pues parecía echar llamas por ellos, sin que fuesen bastantes á sacarle de esta cólera los abrazos y caricias que le hacía el Castro, prometiéndole partir con él de los despojos;

que él quisiera más su libertad que todo aquello. Puesto todo á punto y con las guías también presas, salió todo el ejército de la ciudad la vuelta del fuerte de Bonda, que no estaba lejos de ella, acompañándolos el Gobernador y sus sobrinos hasta allí, con muchos de los vecinos más principales.

3.º De allí salió Castro con su gente, entrado ya el año de mil y quinientos y setenta y uno, y llegó sin caso al puerto de Ancón y Provincia de Guachaca, desde donde, habiendo descansado algún tiempo, despachó una tropa de soldados, con quien iba Pedro de Ribera, por caudillo Carlos de Vera, para que tomando por el río que llamaban de Don Diego, buscasen acomodada trocha para subir á las cumbres de Posigueica; entraron en él, por no haber otro más acomodado, el agua muchas veces á la garganta, por donde anduvieron dos días con estas fatigas sin provecho, y así les fué forzoso desandar el camino y buscar otro menos trabajoso, por el cual fueron á dar á un pueblezuelo llamado Domo, y á otro su vecino, Bohoco, que saliéndoles de paz, les mataron la hambre con yucas, maíz y batatas; de que también remitieron algunos indios cargados al Real, que fué socorro importante. Por otra parte fué otro caudillo llamado Diego de Andrade, portugués noble, que avisó tener rastreada ya la población que llamaban Sin Corona, con lo cual levantando ranchos el ejército, pasaron al río de Don Diego, y algo delante volvieron otra vez al Real, desde donde, habiendo estado descansando cuatro días, ordenó el Castro que el Maese de Campo, con una buena manga de soldados, y entre ellos el Capitán Mazeta, vizcaíno, saliesen á descubrir tierra, como lo hicieron volviendo al río de Don Diego, á la parte donde tenían los indios una puente de bejucos, pero maliciada, teniéndolos cortados, y que sólo se sustentaba en dos, para peligro cierto de los que quisiesen pasar por ella, pues al punto se quebraría y caería en el río, lo cual conocido por los nuéstros, se arrojaron al agua sobre sus escudos algunos soldados, con las espadas desnudas en la boca y pasando á la otra banda donde estaba el engaño, aunque pudieron salir á tierra con dificultad por las encumbradas barrancas, al fin sin topar indio que les hiciese frente, aderezaron la puente de suerte que pudieron pasar todos por entonces, y después el ejército.

4.º Pues adelante, el Teniente con su tropa, y á pocas leguas, encontraron un pueblo de buenos caneyes, vacío de gente, por haberse retirado á la fama de la llegada de los nuéstros; tenía sus circunferencias bien labradas y abundantes de maíz, por lo cual se detuvieron algún tiempo, hasta que un día vieron, en una de las cumbres que lo cercaban, tres indios, que daban á entender ser atalayas, y que les iban contando los pasos á los nuéstros; y diciendo el Rojas la importancia que tendría coger algunos de aquéllos, se dispuso el Pedro de Ribera, con otros dos animosos compañeros, á subir en su demanda, cubiertos con la espesura del monte, que fué con tanto cuidado, que aunque

las atalayas tenían mucho, no los pudieron sentir hasta que se hallaron estos tres cerca de allí, que poniéndose en huída, no fueron tan ligeros como los soldados, que hubieron á las manos á los dos, que les sirvieron de guías para llegar al pueblo, donde, aunque falto de gente, hallaron comidas en abundancia de grano y otras provisiones, por ser el más abundante y rico de toda aquella tierra, de quien era la corte y cabecera, y por esto de muy extendida población. En seis que hicieron los nuéstros aquí asiento, por ser acomodado, sólo pudieron dar vista á algunos indios que andaban por los oteros dando mil gritos, y haciendo otros tantos fieros y amenazas á los nuéstros, hasta que al último de ellos se apareció gran suma de guerreros, representándoles la batalla con sus armas, bizarría de penachos y arrogantes movimientos de cuerpo, como prometiéndose la victoria, aunque muy minorados respecto de los que había á las primeras entradas que hicieron en estas Provincias nuestros españoles.

CAPÍTULO II

1.º Abominables costumbres de los indios de Santa Marta—2.º Guazabara que dan los indios, y quedan algunos muertos. Muestras en Tairona de haber sido un gran pueblo—3.º Puéblase una ciudad y repártense estancias; sálese á dar vista á otros pueblos—4.º Hallan casas de indios, de que prendieron algunos los soldados.

PARECE ha ido Dios, desde entonces hasta ahora, que han quedado muy pocos, consumiéndolos con enfermedades y otros accidentes, cansado ya de la resistencia que siempre han hecho estos indios á la predicación evangélica, y de sus atrocísimos pecados, en que han sido los más aventajados de cuantos se han hallado en estas Indias; el nefando era entre ellos el acostumbrado, y estaban tan enviciados en él, que para incitarse más á cometerlo, tenían sus templos llenos de mil abominaciones y horrendas figuras en orden á esto. En común eran grandes hechiceros, agoreros, y que juzgaban por las aves y otras señales. Adoraban al Demonio, no obstante que se aparecía en figuras bien desengañadas, por ser tan abominables, para que no tengan excusa delante de Dios. Sólo no se ha hallado entre ellos el abominable vicio de comer carne humana, y debió de ser por la abundancia que tenían de pescado los que vivían cerca del mar, y los demás por compras y rescates. Conociendo lo bueno y lo malo, siguen siempre lo peor, quebrantando de ordinario las leyes naturales: el padre se casa con la hija, el hermano con la hermana, y aun el hijo con la madre, sin remordimiento de conciencia; aborrecen los buenos consejos y toda suerte de virtud, si bien por otra parte son grandes cultivadores de la tierra, sin ociosidad; ingeniosos en tejer y en obras de platería, pues labran el oro más que razonablemente; curiosos carpinteros; labran y horadan piedras de muchas virtudes que hallan entre ellos, como son para sangre, ijada, riñones, leche, orina y otras que se deben estimar y estiman en mucho, que parece que ya que en los hombres no se halla rastro de virtud, se la da Dios á las piedras para convencerlos de su malicia. Hacen y horadan menudas cuentas de nacarones y conchas de perlas de grande estimación por todas sus Provincias convecinas, que aun llegan por rescates las madejas de ellas á este Reino, y aun hoy se sacan de los santuarios muchos ídolos engalanados con ellas, de varios colores, como yo vi pocos días há en dos ídolos grandes que sacó un fraile nuéstro en el pueblo de Suta.

2.º Al fin bajando de las cumbres, llegó esta multitud de indios á donde estaban los nuéstros, desembrazando piedras, dardos, lanzas y macanas, con que se hallaban escudos quebrados, pasados de las flechas; aunque luégo comenzó á llevar lo peor el barbarismo en el fuego de la arcabucería; el alano

Amadís no hacía poco estrago, despedazando á muchos hasta sacarles al sol tripas y entrañas, lo cual visto por los bárbaros, y que les iba por los aires consumiendo la guazabara, volvieron las espaldas, quedando de los nuéstros herido sólo un Ochoa, vizcaíno, que con diligente cura se le atajó el veneno y quedó sin peligro, que no era allí tan fuerte como en otras partes, por tocar en tierra fría. Despachó el Maese de Campo Rojas luégo al Alguacil Mayor llamado Ponce con tres cabezas de los muertos en la batalla, por señas de lo sucedido en ella, con que luégo partió el Teniente con todo el ejército al mismo pueblo Sin Corona, desde donde salió luégo el Rojas con los mismos soldados de la guazabara, la vuelta del pueblo de Tairona, dos jornadas de allí, fundado sobre las márgenes del mismo río de Don Diego. Mostraba ser este pueblo de los más principales de aquella Provincia, porque aunque pajizo, era de casas bien fundadas y curiosas; la una de sus plazas, que era triangulada, de anchura cada ángulo de cien pasos; todo el suelo enlosado de losas bien labradas y ajustadas, en cuyas puntas había tres grandes caneyes ó buhíos, tan capaces, que podían alojarse en cada uno con comodidad trescientos soldados, y de ahí para arriba, porque eran aposentos de su Rey, en que vivía él en el uno, y en los dos, sus hijos, mujer principal y concubinas. No se prometieron los nuéstros mal pillaje á la entrada, en el que lo hallaron todo vacío de moradores; pero quedaron engañados en sus deseos, pues sólo pudieron ranchear algún oro bajo, del que sacó el Pedro de Ribera hasta trescientos pesos.

3.º Salióles de paz el Cacique con demostraciones de querer enmendar lo hecho en la guazabara, aunque más daban á entender sus razones intentar echar los españoles de aquella tierra, que fué bien al contrario, pues viéndola tan amena y de tan agradables vistas, habiéndose alojado allí todo el ejército, determinó el Castro poner cimientos españoles, y pobló una ciudad á quien llamó Ecija; señaló Cabildo de la gente más granada; puso horca y cuchillo; hizo actos posesionales y las demás diligencias necesarias en tales poblaciones; señaláronse estancias de labor, huertas de frutales y legumbres; hiciéronse casas, á que les ayudaron mucho los indios convecinos que luégo vinieron de paz, viendo cuán de asiento tomaban los nuéstros el estar en sus tierras. En esto y en acabar de asentar la paz con los que salieron de su voluntad y otros, se gastaron dos ó tres meses, sin hacer salidas de propósito, hasta que después de esto salió una tropa de ochenta á desvolver las cumbres que hacen vista al Río Grande de la Magdalena, á donde hasta allí no habían pasado la tierra españoles. Dieron vista á algunos valles y pueblos muy mayores que los que hasta allí, aunque todos vacíos y retirada la gente, con avisos que se iban dando unos á otros de la entrada de los nuéstros, con las atalayas, de que no había cumbre que no las tuviese. Acertaron á ver una en cierta parte los soldados, y

por estorbarle que no fuese á dar la nueva, soltaron el perro Amadís, que llegando á ella tan en secreto que no lo pudo ver hasta que estuvo encima, y desgarrándole las entrañas, pudieron entrar en aquel pueblo, hallándolo descuidado, donde procuraron no serles molestos, antes acariciarlos con la paz.

4.º Pasada la noche que estuvieron allí, prosiguieron su descubrimiento hasta llegar á un valle hondo que culebreaba un pequeño río, á cuyas márgenes estaban algunos buhíos, de donde vieron ir saliendo sus moradores y trepando por las laderas tan aprisa, que aunque no querían estorbarse á volver las caras, á las voces que les daban nuestros soldados, diciéndoles que volviesen á sus casas, pues no pretendían echarlos de ellas, sino ser sus amigos y dejarlos quietos, volvió á esto el rostro un viejo respondiendo, como lo declaraba la lengua, que el Cacique volvería con toda su gente, si ellos no pasaban de aquel sitio donde se hallaban (que era á la mitad de la ladera, tan dificultosa de bajar por ser tierra avolcanada, que acá llaman derrumbaderos, que era menester bajar gateando), ni entraran á tocar en las casas hasta ver si se venía á concierto; acrecentó estas palabras con otras muchas, hasta parecerle habría ya hecho tiempo bastante para que su gente menuda pudiese estar puesta en cobro, porque entonces, sin más saludarlos, volvió de repente las espaldas por el rastro de los demás, sin detenerse hasta que debió de llegar á ellos, pues dentro de pocas horas vino el Cacique (y aun por más cierto tuvieron ser otro indio chingamanal, que en estas tierras quiere decir vil y bajo y de poca consideración, que fingía ser Cacique), con otros ocho principales, á quien los nuéstros les dijeron que volviesen con su chusma á sus casas, porque querían dejarlos sosegados en ellas, sin tocarles las cosas de sus bienes, pues sólo pretendían hacerlos con paz sus parientes y amigos y que sirviesen al Gran Rey de España, á quien estaban sujetas innumerables naciones, y declararles muchas cosas que convenían al bien de su alma. Á todo lo cual, por no entenderlo y parecerles, como dicen, algarabía, y ser tan ajeno su modo de vivir, no respondiendo tan á sabor como quería el caudillo, les hizo quitar los arcos y flechas y poner en collera y tenerlos á recado aquella noche en los buhíos, donde ellos también se alojaron hasta la mañana, que á las primeras luces, queriendo ya comenzar á marchar, vieron asomar por lo alto de un recuesto un valientísimo gandul de género giganteo, que representaba singular soltura en su semblante y meneos, con un caminar feroz, cubierta sóla la cintura, un arco y carcax de flechas á las espaldas, con una valiente macana en las manos.

CAPÍTULO III

1.° Desafía un indio á nuestros soldados, y mátalo un perro—2.° Y á otro que intentó huírse; guazabara que dan á nuestros soldados, de que escapan como de milagro—3.° Socorro que se dan unos soldados á otros, y juntos encuentran muchos indios—4.° Pelean con ellos y véncenlos. Trátase del tabaco y sus virtudes.

PUSO á los soldados en confusión el bárbaro, por verle venir con la postura y denuedo que traía, y estuviéronle aguardando sin salir del rancho, hasta ver dónde paraba, que fué cerca de él, á donde lo pudiesen oír los soldados, desde donde comenzó á arrojarles mil oprobios, diciéndoles: "Salid, salid, bellacos sinvergüenzas, mujercillas ¿á qué venís por nuestras casas? salid, salid, que yo os daré á entender quién soy, pues ya parece que de miedo de mis manos estáis dando suspiros y teméis la muerte, porque yo os abrasaré ó consumiré con estos tiros;" y diciendo y haciendo, comenzó á disparar las flechas aprisa, no mal encaminadas al punto donde quería. Muchos había de los soldados que deseaban salir á habérselas con él, hombro á hombro, lo que no consintió el Maese de Campo, diciendo: éste es un perro, y con otro le hemos de hacer la guerra, porque Amadís nos la está pidiendo y remordiendo la cadena por salir ya á la contienda. Soltáronlo luégo, y llegando cerca del indio, era de ver la guerra de entre los dos; los tiempos que se guardaban en la pelea, mostrándole el perro los dientes y embistiéndole; el salvaje, con la macana, no se descuidaba en la defensa por una parte y otra con la velocidad de un tigre, hasta que arrojando un fuerte golpe, dió en una peña sobre falso, de suerte que perdió la macana de las manos; ocasión que el perro no supo perder, pues queriendo el indio coger la empulguera para valerse de ella, no le dió lugar el alano, entrándole fortísimamente por un lado, abriéndole un ijar, por donde salieron las tripas, y tras ellas, por otra mayor boca, las entrañas.

2.° Detuviéronse allí los soldados otra noche sobre el seguro de la vela de Amadís y otros perros y vigilantes postas, pues la muestra de haber venido aquel indio, no era menos que de temer la de otros muchos, que no sucedió aquella noche; y así á las primeras luces del día prosiguieron su viaje con los indios y Cacique presos, que mostraban bien en los rostros el sentimiento de sus prisiones, que pidió el Cacique que se las quitasen, fingiendo cierta necesidad corporal, aunque su intención era escaparse huyendo, como lo intentó, pues apenas se las hubieron quitado, cuando se arrojó por la ladera de la cuchilla por donde iban, más veloz que un ciervo; pero fuéronlo más Amadís y sus compañeros, pues dándole alcance, le dieron sepulturas vivas, que les pesó har-

to á los nuéstros, que sólo pretendían llevarlo así con buen tratamiento por algunos días, por excusar algunas alteraciones, y así visto el fin de éste, dieron larga á sus compañeros, prosiguiendo los soldados su descubrimiento con este orden: que los doce fuesen por la ladera, cerca de la cumbre de un gran recuesto, sin divertirse ni una ni otra parte, y los demás por las postreras faldas de abajo; iba de los doce por caudillo un Pedro García; soldados, un Lorenzo Ribera, Tobar, Diego y Rodrigo Jaramillo, hermanos en sangre y valor, Bartolomé Pareja, Juan Cedeño, Pedro del Castillo, Juan de Veleño, Diego García y Martín González.

Subiendo iban éstos por asperísimos derrumbaderos, gateando con evidente peligro y riesgo de sus vidas, cuando comenzaron á desgalgarse gran multitud de flechas y piedras sobre ellos, con que se vieron angustiadísimos, si bien todos valerosísimos, porque la ladera era peinada y sin tener donde poderse asir con piés y manos; si deslizaban de donde se asían, en especial siendo impelidos, habían de rodar dos mil estados; el ganar tierra hacía arriba era imposible, por ser cierto perder la vida, y así bajaban á hallar la muerte. Los lados les defendían las piedras, de suerte que no se hallaban con otro socorro que el del cielo, como se manifestó pidiéndolo con encarecimiento, pues estándose quedos por no poder ir ni á una ni á otra parte, veían claramente que llegando cerca de ellos derechas las piedras que se desgalgaban, torcían su camino á una y otra parte sin hacerles daño, lo que también sucedía en las flechas; sacando, pues, fuerzas de flaqueza y viendo el socorro, que juzgaron, como cristianos, les venía del cielo en no herirlos piedra ni flecha, fueron todos siguiendo al caudillo, valiéndose de piés y manos, hasta llegar á cierta ensillada que hacía la loma: tierra más fija, á donde estando ya todos juntos los seis, que eran arcabuceros, dispararon á los indios de arriba, que no fué sin efecto, como también lo hiciera una valiente peña, que se venía desgalgando sobre ellos la cuchilla abajo, si no diera un salto, ya que llegaba tan cerca, tan grande, que pasando por cima de todos, los dejó libres y dando gracias al Señor, pues no podía aquello venirles por otra parte.

3.º Advirtieron los que caminaban por abajo, en el ruido de los arcabuces y de las bocinas de los indios, andar á las manos unos con otros, y así despachó luégo el Maese de Campo veinte soldados de socorro, de los más alentados y ligeros, que comenzaron luégo á trepar por el dificultoso reventón, de donde resbalando un Diego de Castro, hubo de rodar con caída de peligro de muerte, sin esperar los soldados de arriba en el socorro que les iba viniendo; amparando los rodeleros á los de las escopetas, fueron ganando tierra y ojeando á los indios de arriba, que todos habían huído cuando llegaron los soldados, con rastro de sangre de los heridos, fuera de uno que hallaron muerto, tras-

pasados los oídos de una bala. Habiendo tomado en la cumbre algún aliento y atalayado aquellos derredores, sin poder dar vista á indio, fueron bajando los doce de la cumbre, saliendo al encuentro á los que les venían de socorro, que venían más necesitados de él, por la dificultad de la subida. Bajaron juntos á donde les esperaba Juan de Rojas y donde se ranchearon aquella noche, hasta que entre dos luces á la mañana comenzaron á levantar ranchos y caminar con la fresca, que aunque pensaron haber madrugado, hallaron ya ocupadas las espaldas de aquellas cuestas de mucha gente de guerra, puestos todos á guisa de pelea, con todas sus armas y plumería, fundadas sobre grandes planchones de oro bruñido, que con los reflejos del sol que les daba en frente, hacían alegre vista y alentaban el deseo á haber aquellos despojos á las manos, con lo cual esforzados los españoles, fueron ganando tierra en el recuesto, exhortando á los bárbaros el buen partido que era admitir la paz, lo que recibieron pesadamente, por parecerles que de allí se les había de seguir la servidumbre, según decían las lenguas intérpretes; yéndose mejorando los nuéstros en sitio para acabar de subir del todo á la cumbre, pusieron mayor esfuerzo, ojeando los bárbaros con los arcabuces, amparados de las rodelas, y soltando los perros, que aunque mataron á los cuatro, los otros con Amadís hicieron cosas espantables, destripando á unos y á otros, sin detenerse á comer por entonces, que parecía intentar ahora sólo matarlos para comerlos después.

4.º Con éstos y las espadas y balas se iban consumiendo tantos, que porque no fueran todos, volvieron las espaldas los que había para ello, en la mayor fuerza de la guazabara, dejando el campo lleno de muertos, armas y despojos, de que no hubieron los nuéstros mal pillaje, que habiéndolo cogido, pasaron adelante, donde dieron vista á otros ocho grandes pueblos, poco distantes unos de otros, sin pasar de allí, por ser ya cumplido el tiempo que les había asignado el General, y así, de común pláceme, se bajaron todos de la cordillera, cargándose á las vertientes del Valle de Upar, algo apartadas de la Sierra Nevada, aunque no tanto que no pensasen todos perecer de frío, por haber sacado los vestidos, más que para este temple, acomodados para el caliente, y así, aun cuando hacían grandes candeladas, no los acababa de sacar de temblores fríos, en especial á un Juan Hogaza, que por poco pereciera, no obstante que también se socorrían del tabaco en humo, en quien hallan más virtudes los soldados que en el romero, pues cuando están hartos dicen que les desempacha, y cuando hambrientos, los sustenta; cuando calurosos, los refresca, y cuando fríos, los calienta; lo que no puedo alcanzar en buena filosofía, que de un simple natural salgan efectos tan contrarios; no dudo sino que es yerba medicinal, aplicada en ocasiones, así tomada en humo como en polvo y como en lodo, porque de estas tres maneras la he visto tomar, y llaman lodo al ambir, que es cierta masa

hecha de la hoja y zumo del mismo tabaco, cocido con algunos polvos de furac, que es cierto salitre que se saca en una lagunilla cerca de la ciudad de Mérida en este Nuevo Reino; el tomado en polvo lo tengo por más medicinal, tomándolo siempre con modo; y así se vende tan caro en la ciudad de Santafé, en especial el que traen de la de Tunja, que llega cada quintal, que son cuatro arrobas castellanas, á venderse por seiscientos pesos de á nueve reales cada uno, vendiendo, como se vende, cada onza á tres tomines. Hácese esto de lo que se cría en un pueblo de indios llamado Samacá, y otros en lo que llaman La Laguna, á espaldas de esta ciudad; es un tabaquillo bajo, amarillejo, pero admirable para molido y no para en humo. Vea á Llonandes quien quisiere cansarse en saber virtudes de esta yerba.

CAPÍTULO IV

1.° Baja Rojas con sus soldados de la tierra fría y despuéblase la nueva Ecija—2.° Llegan los soldados á Santa Marta, donde les recibe mal el Gobernador por haber despoblado la ciudad—3.° Compónense las acedias del Gobernador con condición que Castro vuelva á fundarla—4.° Hízose así y acuden los indios al servicio con ficciones.

OBLIGOLES el frío á estos soldados de Rodas á dejar aprisa estas cumbres y bajar en demanda de tierras calientes, apacibles y pobladas, porque las de arriba eran de muy raros indios serranillos y débiles y para poco, que vivían en cuevas. Desamparando, pues, esto, tomaron la vuelta de Tairona, donde dijimos dejaron recién poblada la ciudad de Ecija, que la hallaron bien alterada y desabrida, por haber enviado el Gobernador orden á su Teniente no diese repartimiento de indios á sus vecinos sin su orden, que sospechando de esto ruines intentos, y que pretendía de defraudar sus trabajos á los fundadores, enfadados y con demarcado desabrimiento, le hacían al Teniente mil requerimientos que despoblase la ciudad, que aunque daba muestras por de fuera de rehusar el hecho, nadie había que más lo apeteciese, aunque no todos eran de este parecer, pues tenía el contrario el Maese de Campo Juan de Rojas con algunos otros votos, que siendo los menos y de menores fuerzas, prevalecieron los de la parte del Teniente, y así la despobló y desamparó el sitio, tomando la vuelta de la ciudad de Santa Marta por los pueblos donde habían pasado de Domo, siguiéndole la mayor parte de los soldados, porque la otra siguió al Juan de Rojas, que fueron hasta treinta, por otro rumbo, con deseos de dar vista á la serranía, por donde llevaban guías que la enseñasen.

2.° Eran de estos treinta, la mitad arcabuceros, y entre ellos se señalaba por más diestro Martín González, como se echó de ver en las suertes que hizo en un paso dificultoso, y fué que yendo en demanda de Macinga, pueblo cercano á Santa Marta, les salieron al encuentro dos ó tres pueblos acompañando á los de Guacinga, y á la bajada de un recuesto les pretendieron á los nuéstros ocupar un paso angosto, el cual defendió este Martín González y otro compañero y dos rodeleros, con tanta valentía que les hicieron frente bien á costa de sus vidas, hasta que pasaron todos los compañeros y estuvieron en sitio acomodado á su defensa; de la que hicieron los cuatro, quedaron los tres mal heridos, que sin reparar en eso, se fueron retirando poco á poco, haciendo frente al bárbaro gentío hasta que se juntaron con sus compañeros, donde fueron amparados, y por la buena cura, que fué con estiércol humano desleído y bebido (contrayerba eficacísima), no tuvieron ningún peligro; rancheáronse allí aquella noche por irlos ya cubriendo cuando se acabaron estas facciones, desde donde par-

tieron á quebrar del alba y llegaron al Ancón y ciudad de Santa Marta primero que el Castro, que llegó poco después, y halló con tanto desabrimiento al Gobernador por haber deshecho la nueva población, que sin querer admitir ni aun ver los requerimientos que le hicieron para ello, lo hizo prender y afligir con prisiones, con otros que pareció ser culpados en el caso, que fué causa para que no pocos soldados, viendo lo que allí pasaba, y la poca medra y fruto de sus trabajos, tomasen la huída para otras partes en demanda de mejor fortuna, pues allí les corría tan estrecha.

3.º No dejaron de ayudar á estas irritaciones del Gobernador émulas voluntades de que no carecía el Castro; pero mediando ruegos de gente noble, se fueron moderando los rigores y curándolos el tiempo, hasta parar en las mismas amistades que antes tenían el Gobernador y su Teniente, aunque no sé si del todo limpias del proverbio español, que no ha de ser el amigo reconciliado, como ni el rábano trasnochado ni el aire colado; esto se dió á entender, pues la amistad de parte del Gobernador fué con condición que volviese á poblar el Teniente en la Provincia de Posigueica, donde fuese más á propósito, lo que rehusaba el Castro, viendo tan minorado el número de los soldados por los huídos, y sabiendo cuán adelante estaba la soberbia y avilantez de aquellos indios, y que si la gente de las costas había salido de paz, sólo había sido por sus intereses de gozar de las ganancias de las pesquerías, y si cuatro días sufren carga, la arrojan al quinto, y así no puede haber en confianza de ellos nadie que no peligrase. Fueron tantos los ruegos importunos de los padrinos que andaban haciendo estas amistades para que viniese el Castro en ellas, que le prometieron saldrían también á la guerra los vecinos con el Gobernador; para lo cual entraron en Cabildo y quedó determinado así, aunque después no tuvo efecto, por no dejar desamparada la ciudad, siempre expuesta al peligro de los indios convecinos, de quien no había que fiar un punto, y al de los Corsarios, de quien era y ha sido siempre infestada.

4.º Pero al fin, cebado con esto el Castro, aunque siempre tuvo por atrevimiento salir á esta guerra con poco número de soldados para embestir contra tan gran poder de los indios, que jamás las habían habido con españoles que no hubiesen llevado lo mejor, sin tener murallas en sus ciudades ni aun vestidos en sus cuerpos, alistó su gente, que halló ser solos ochenta, y que de éstos iban algunos tan de los cabellos, temiendo el cierto peligro de la guerra, que hizo llevar en collera dos ó tres de ellos; al fin, pertrechados con las mejores armas que pudieron, de hierro y fuego, escaupiles y algunos versetes, se puso todo á pique de salir; entre los que iban de la otra jornada el Juan de Rojas, sobrino del Gobernador, Maese de Campo; los dos Jaramillos, Ribera, Carlos de Vera, Andrade, Alcatraz, Juan de Veleño, el Capitán Maceta y Juan

Cordero. Fueron caminando hasta entrar en las tierras de Posigueica y alojarse á las márgenes, que son anchas y apacibles, del que llaman Ric frío, que nace de su serranía, donde determinaron poblarse luégo, como lo hicieron, viendo sosegada la tierra y sin alteración en los indios, que viendo tomaban tan de asiento los nuéstros, salieron de paz y les ayudaron por más de veinte días á edificar sus casas y disponer todo lo necesario á la vivienda humana; acudían también con maíz y frutas, y tan humildes en todo, que parecía ser verdad y con buenas intenciones lo que hacían, aunque el Teniente siempre estuvo dudoso en esta paz, en que procuraban cada cual de los soldados conservarlos, acariciándolos con buenas palabras y partiendo con ellos de lo que tenían. Hízoles un día el Castro una plática, dándoles á entender sólo eran sus intentos apartarlos de las costumbres inhumanas con que vivían, y que obedeciesen al Rey de las Españas, que los conservaría en paz, evitando las sangrientas guerras que á la continua tenían unos con otros, y les darían luz para sus almas si conservasen la amistad que habían comenzado á dar.

CAPÍTULO V

1.° Determinan los Posigueicas dar sobre los españoles—2.° Sale Juan de Rojas á buscar comidas contra la voluntad del Teniente Castro—3.° Habiéndoles salido indios al encuentro, empala Rojas á uno, y le costó caro—4.° Hace otra salida Rojas, sobrino del Gobernador, con treinta soldados.

ADMITIERON tan mal esto los bárbaros, que desde entonces nunca volvieron más, porque se entendió por cierto que Betoma, indio viejo y uno de los más famosos Naomas (autoridad espiritual, digámoslo así, que la tenía sobre todos los Caciques, que es lo mismo que en otras partes llaman Jeques ó Mohanes, y entre éstos de mucha más autoridad que entre otras naciones) hizo una gran junta, en que les dijo con una bien concertada plática: "Bien habéis advertido la gente que nos inquieta y ronda nuestras tierras con gran atrevimiento, pues lo han tenido para fundar pueblo en ellas, y quien lo ha tenido para esto, también lo tendrá para quitarnos nuestra libertad y granjerías, en especial que ya tenemos conocida la sed y hambre que tienen de oro, que todo ha de salir de nuestros sudores, y eso sólo podemos entender intentan con la paz que nos ofrecen, que más podemos llamarla cautiverio, á que nos quiere sujetar más el más vil y bajo que hay entre ellos, á lo que no es razón acudamos, pues viniendo con ellos á las manos, siempre hemos llevado lo mejor; de que son testigos lo que le sucedió al Gobernador García de Lerma, que con tanto aparato y señorío quiso entrar en nuestra tierra; al Capitán Fernando de la Feria, de cuyos soldados hubísteis muchos á las manos, de cuyas cabezas y barbas están llenos vuestros santuarios, y vuestras casas de sus despojos; y que si Manjarrés nos hizo algunos asaltos, fué con trazas de ladrón que huye, pues nunca nos aguardó frente á frente, conociendo el valor de Posigueica, lo que no será así ahora, pues nos cogen éstos bien prevenidos, y así estémoslo con nuestras armas siempre en las manos, que así pienso yo tener las mías, y conozca siempre el español tiene dueño esta tierra, y quien la defienda, pues ninguna acción tienen, ni su Rey, á ella."

Oídas estas razones, se levantó un vejezuelo llamado Dano, y loando mucho á Betoma por ellas, dijo, en nombre de todos, que admitían su consejo, pero que el suyo era no hiciesen movimiento de sus tierras buscando á los españoles, pues ellos tendrían atrevimiento, pues lo habían tenido de fundar pueblo, para venirlos á buscar, y así en las asperezas de los montes, donde no podrían servirse de los caballos, les hacemos conocidas ventajas, y al fin es mayor la dificultad de vencer á un hombre en su tierra que fuera de

ella. Pareció bien á todos el consejo de Dano, y así lo admitieron y se previnieron de armas para todo acaecimiento.

2.º Viendo el Juan de Rojas la tardanza de los indios, y perdida por todos la confianza de que habían de volver, se convino en salir él con compañeros á buscar comidas, pues la falta les obligaba á esto; lo que el Teniente contradecía con muchas veras, diciendo ser pocos, y que sería bien aguardar la venida del Gobernador con más gente de la ciudad (que había quedado así concertado) y que entonces estarían todos á lo que él ordenase. Teniendo todos por incierta esta venida y socorro del Gobernador, instaban á que se hiciese la salida, en especial Rojas, con quien se hubo de conformar el Teniente, y así señaló luégo treinta y dos para hacerla, acaudillándolos el Juan de Rojas, entre los cuales iban el Pedro de Ribera, Rodrigo Jaramillo, Carlos de Vera, Juan Veleño, Diego de Fuentes, un mestizo llamado Quiñones y otros, á quien juzgaba el Rojas por invencibles. Partió esta tropa una mañana, y con el fresco pasaron el río y entraron en un pueblo que tenían en frente, que hallándolo sin gente, por estar retirada á lugares más fuertes, trastornaron las casas, sin hallar otra cosa que mucho maíz, de que proveyeron bien las mochilas, y aun enviaron alguno al Real. Dividiéronse luégo doce con el Alcatraz y Pedro de Ribera para dar vista desde un alto á la tierra, desde donde habiendo subido con gran trabajo, descubrieron diez gandules con sus armas que les hacían la perneta y mil visajes, de que reía mucho el Alcatraz, fiado en el perro Amadís, y así persuadía á los demás sería bien salir á ojear de allí á los diez, de que fueron de parecer contrario los más de sus compañeros, fuera de Ribera y un Morales y un negro del Teniente, que salieron con el Alcatráz, el negro y el Morales rodeleros, llevando también al Amadís; pero llegando cerca de donde estaban los diez gandules haciendo demostración, se levantó una tan gran emboscada de indios con sus armas y penachos y comenzaron á dar sobre los cuatro, que aunque se defendían bien, deseaban ya el socorro de sus compañeros, porque al Ribera le clavó luégo una flecha venenosa y venturosa, pues sólo pasó la manga del sayo de armas, que pretendiendo sacarla el negro, pensando había penetrado, le clavaron á él con otra por el un seso, y volviendo el rostro, le clavaron con otra por el pescuezo, con quedó luégo muerto.

3.º Habíaselas el Amadís valerosamente despedazando á algunos, hasta que lo clavaron tan fuertemente, que luégo enfermó y murió dentro de veinticuatro horas; viéndose los tres faltos de la ayuda del perro y negro, daban bien poco por sus vidas, hasta que llegándoles Juan Veleño con socorro, se hubieron tan valerosamente, que cerrando con los indios, les hicieron volver los talones, habiendo uno vivo á las manos, á quien con inhumanidad cruel hizo

Rojas lo empalaran á la vista del pueblo recién fundado, á donde volvieron los doce con buena copia de mantenimientos. No se le acababan los deseos al Juan de Rojas, como mozo de gallardos bríos, de andar trastornando cerros y valles, que parece lo andaba llamando á esto su desgraciada suerte; y así volvió á persuadir al Teniente le diese licencia para hacer otra salida, pues el aguardar á su tío el Gobernador con socorro tenía por vanidad, suspuesto que la ciudad había menester la gente que tenía y mucha más; y así que tenía por mejor salir á buscar los indios, con que los inquietarían, de suerte que no pudiesen hacer sus juntas, y no era tan fuerte el león como lo pintaban, pues al fin eran indios viles y sin defensa, y estarse allí los soldados mano sobre mano, antes era vileza que valentía.

4.º Desganadísimo estaba el Castro de acudir á esta petición del Rojas; pero al fin, á puras persuasiones, hubo de darle licencia, siempre con sospecha de algún mal suceso, por ser pocos treinta y siete que le señaló y pudieron salir á esto, para tanta fuerza de tan valerosos indios. Entre tanto Betoma había hecho quitar del puesto al empalado, y enterrarlo con tan grandes demostraciones de sentimientos y amenazas por el hecho, que juraba vengarse con las setenas, como sucedió. Salieron una mañana los treinta y siete con su caudillo Rojas, y con la fresca comenzaron á trepar por la ladera con piés y manos, por no poder subir de otra suerte, por los muchos derrumbaderos y poco segura que era, hasta que hechos agua de sudor, llegaron á hacer pié á una pequeña mesa que se hacía, donde tomaron algún resuello, sin perder un punto de cuidado por el que entendían tendrían los indios andándoles á la mira. En esto estaban, cuando vieron de repente los nuéstros caerse una valiente ceiba, sin hacer viento ni ver otra causa de esto, y que apuntaron las ramas hacia ellos, de que tuvieron tan mal agüero, que muchos de ellos de mejor gana se volvieran á lo llano que pasar adelante por aquellas cumbres, de que el Juan de Rojas hacía donaire, interpretando el suceso de la caída del árbol en su favor, diciendo que pues los árboles se les rendían con tener tantas raíces, mejor se le sujetarían los indios. Animados todos con esto, aunque no del todo, subieron á tomar la cumbre, desde donde dieron vista al gran pueblo de Betoma, á los primeros rayos del sol, que no pudiéndola dar á ningún indio, aun de los que suele haber desperdigados, luégo se sospecharon de alguna emboscada, pero no fué bastante esta sospecha para que no pasasen adelante con recato, para ver la más segura entrada del pueblo, que conocieron ser un camino muy ancho que se descubría más delante, al principio del cual estaba una sombría ceiba y á su pié doce valientes indios con sus arcos y flechas venenosas en las manos y aun puestas en la pulguera amenazando dispararlas; conocieron luégo los nuéstros ser estratagema, y avivando el cuidado,

todos dispararon el versete á los doce indios para ver á la parte donde huían como lo hicieron, con intento de meter á los nuéstros en la emboscada, que estaba á una y otra parte, que sospechado por los soldados, quedando seis allí en guarda del versete y de las espadas, caminaron los demás hasta la ceiba.

CAPÍTULO VI

1.º Valiente guazabara que dan á Rojas y sus soldados—2.º Desampáranle y á él lo cogen los indios á manos vivo—3.º Empálanle en el mismo puesto que él empaló al otro indio—4.º Vales socorro á los nuéstros, y juntos vuelven á la nueva ciudad y de all á Santa Marta.

APENAS hubieron llegado los soldados á este paraje, cuando de entre las matas se levantó y los cercó un tan gran número de indios armados, que parecían abejas que salían de enjambres. Comenzaron luégo á dar tanta grita y confusas voces, que no se acababa de entender una bien articulada; y á vueltas de ellas tantos dardos, flechas y piedras, que parecían gotas de espeso aguacero. Defendíanse y ofendían lo mejor que podían los nuéstros, y dábales cuidado en ver el poco efecto que parecía hacer con los arcabuces, pues si alguno se hacía, lo ocultaban de manera los indios que ni sonaba gemido ni parecía ningún muerto. El sol era terrible, por ser á la mitad del día; los cañones de los arcabuces tan encendidos, que no podían sufrirlos en las manos; los sudores y sed eran intolerables, y con todo eso desean los nuéstros vaya adelante la pelea, como se hizo, acercándose tanto, que tuvo fuerza un guijarro como el puño para dar á un mulato llamado Francisco de la Fuente tan gran golpe, que quebrándole la rodela y cascos, cayó luégo allí sin vida, con que parece la recobraron de nuevo los indios, según la nueva soberbia y arrogancia con que se mostraban, á que ayudaba á conocer la mano floja de los nuéstros por hallarse catorce mal heridos, y que intentaban hacer fuga, la cual reparó el Rojas animándoles y poniéndoles delante el valor español que debían mostrar en tales trances, pues sin él era imposible en aquél escapar la vida. Sustentólos algo con estas razones y su ejemplo de las valientes fuerzas con que peleaba, hasta que uno de los soldados llamado Espadero volvió las espaldas, y tras él todos, yéndose retirando también el Juan de Rojas poco á poco por hallarse solo, sobre quien caían piedras, tan bien desembrazadas, que hacían salir centellas de la celada, si bien ninguno de los bárbaros se atreve á llegar donde le alcance la punta de su espada, acosándole todos desde lejos, como se suele hacer la matanza de los tigres.

2.º Llega de esta suerte, donde halló á los suyos reparados en el sitio donde dejaron el versete con los seis soldados, que viéndolos á todos tan sin bríos que parecían no tener alma, les dijo: "Bien veo nos importa retirarnos, porque no sé de quién fiarme, pero al bajar de esta cuchilla, vamos todos juntos, porque á dividirnos, sin duda pereceremos, siendo tan pocos. Tome Alcatraz con seis de los sanos á su cargo los heridos, y bajando á lo llano, donde empalamos el indio, disparen los arcabuces, para que oyéndolo el Teniente en el pueblo, nos acuda con algún socorro, como lo hizo el Alcatraz puntualmente, aunque padeciendo hartos trabajos con los heridos. El Rojas compuso á los demás para ir bajando con buen orden y cuidado, y quedándose él y Pedro de Ribera en la retaguardia haciendo frente á los indios, puso en la vanguardia á un mestizo llamado Quiñones, que luégo tomó la senda por donde mejor le pareció, haciendo los demás lo mismo, huyendo cada cual por donde mejor le parecía, de suerte que quedaron solos el Maese de Campo y el Pedro Ribera, á quien le dijo el Rojas que le quitase las armas por irse ahogando de sed y calor; pero el Ribera le respondió no era tiempo de detenerse á aquello, sino apresurar los pasos, como lo comenzó hacer el Ribera tras un mancebo vizcaíno, que habiéndose escapado de los brazos de un valentísimo indio, y de un golpe que le había asentado con una macana en los pastorejos, iba dando saltos como un corzo, temiendo otro peor suceso, como lo tuvo el Maese de Campo Rojas, pues por ser corpulento y ahogarle las armas y afligirlo la sed, no sólo no pudo correr tan aprisa, pero aun descaeció sin poder dar paso, sobre quien cargaron luégo tantos indios como cuervos ó gallinazos sobre cuerpo muerto. Echando de ver esto el Pedro de Ribera, dió voces á los demás que volvieran á socorrerle, á lo que ninguno quizo acudir, antes iban siguiendo al Quiñones por atajos, para juntarse más presto con el Alcatraz en lo llano, lo que también hizo el Ribera, pues era peligrar de balde, visto que él solo ningún socorro le podía dar al caído, como tampoco lo tuvieron otros de los que iban huyendo, pues se despeñaron muchos é hicieron pedazos, porque no eran los peñascos por donde descendían para otra cosa. También se ahogó Rodrigo Jaramillo por la mucha fuerza del sol y falta de agua.

3.º Yá iban caminando los heridos por lo llano, cuando encontraron al Teniente Castro que les venía con socorro, por haber oído los tiros de los arcabuces, y conocer por ellos la necesidad en que estaban; fué recogiendo en su camino algunos de los que venían desgaritados por una y otra parte de las cuchillas, y como no veía al Juan de Rojas, su Maese de Campo, daba voces preguntando por él y que dónde quedaba, hasta que encontrando con el Pedro de Ribera, que venía el postrero, y que aún no podía sacar de fatigado la habla de la boca, después que pudo hablar le dijo el miserable suceso, y que como no

hubo quien lo acompañara á socorrerlo, hubo de tomar él la derrota de los demás, por ser él solo de ninguna importancia para favorecerlo, y fuera también peligrar sin provecho. Vencieron al Castro los ruegos de los miserables fugitivos para que los amparase y volviese, como lo hizo, al nuevo pueblo, donde tenían tan poco seguro de la hueste de los indios, como si estuvieran en el sitio de la guazabara. Los cuales, por mandado del Betoma, llevaron luégo á empalar al Juan de Rojas en el mismo sitio que él había empalado al otro indio; cosa que además de causarles notable sentimiento á los derrotados que lo estaban mirando, les puso mayor temor y espuelas para caminar adelante.

4.º No contentándose los indios con lo hecho, pegaron fuego al pajonal de la sabana para descubrir los cuerpos de los soldados muertos, que hallando algunos, los repartían y enviaban de presentes á algunos pueblos sus convecinos, que á no hacer esto los indios, por ventura escaparan algunos con las vidas, que se habían escondido en los pajonales para escaparse á la noche, como le sucedió á un platero Pedro de Espinosa, que se escondió en una mata donde no llegó el fuego, y corría á sus piés un arroyuelo de agua, donde apagó su sed dos días que estuvo allí oculto, hasta que una noche llegó á la nueva población de los españoles, que la halló ya desocupada de muchos que habían hecho fuga la vuelta de Cartagena, pasando en canoas el Río Grande de la Magdalena, en especial el Quiñones, que le valió la vida su buena diligencia en escaparse. Las que hicieron los que quedaron en la nueva población con grandes requerimientos al Teniente Castro para que desamparara el asiento del pueblo, le forzaron á hacerlo así, y tomando la vuelta de la ciudad, llegaron al pueblo que llaman de la Ciénega, cuyos vecinos estaban de paz, de quien se podía tener poco seguro que no se hubiesen hallado en la refriega con el Betome; pero al fin no estando entonces el Castro para averiguar esto, rogó al Cacique le trajesen el cuerpo del Maese de Campo Juan de Rojas, á que acudieron de buena gana, cubiertos de la capa de la noche, y así luégo por la mañana fueron caminando todos con él á Santa Marta, de donde salió su tío el Gobernador con toda la mejor gente de la ciudad, cubiertos de luto, á recibirlo con dolorosos sentimientos de un tan acerbo suceso en un mozo que tenía tan granjeados los corazones de todos por su buen proceder, talle y compostura. Hiciéronle un honrado entierro, como lo merecía el ser hijo de sus padres y sobrino del Gobernador.

CAPÍTULO VII

1.º Negocia el Capitán Andrés de Valdivia en España se le dé en Gobierno la tierra entre los dos ríos y Antiochia—2.º Despáchansele recados de esto, y cómo se había de entender aquel Gobierno—3.º Hace alguna gente en España, embárcase con ella y llega á la Villa de Antiochia, donde le reciben por Gobernador—4.º Hacen una salida y encuéntranse con un indio que parecía encantado, y lo que sucedió de él—5.º Descubre cierta india cristiana un alzamiento de los indios.

HABIENDO el Capitán Andrés de Valdivia pasado en España á las expensas de Lucas de Avila, vecino de Anserma, como dejamos dicho, y procurado allá alcanzar para sí la Gobernación de Antiochia, tomó asiento con el Consejo de las condiciones con que había de obtenerla, que fueron: no entenderse entrar en su Gobierno nada de lo poblado y conquistado por otros españoles, así de lo pacífico como de lo poblado por otros castellanos, aunque entren dentro de los términos de su Gobernación, y que lo que poblara y pacificara fuera siempre sin perjuicio de los demás; que había de hacer gente á su costa, con los pertrechos de guerra necesarios, metiendo sacerdotes clérigos ó frailes, con ornamentos para administrar los Santos Sacramentos á los soldados y indios que de nuevo se fuesen conquistando y convirtiendo; que si cumpliese con esto y poblase algunas ciudades españolas, se le concediese ser Gobernador y Capitán General de ellas por dos vidas; la vara de Alguacil Mayor de la Gobernación y la Escribanía por las dichas dos vidas; que pudiera nombrar Oficiales de la Real Hacienda de Su Majestad, entre tanto que fuesen proveídos propietarios; que pudiera abrir marca Real y poner Caja Real para los Quintos y rentas Reales donde mejor le pareciese de su Gobernación; que pudiera hacer las ordenanzas que le pareciese convenían para el buen Gobierno de ella y para él mismo poner Corregidores y Alcaldes mayores; que pudiera hacer repartimiento de indios á los que le ayudasen á conquistar la tierra, y que si fuese necesario hacer alguna fortaleza para amparar y defender la tierra, la hiciera y se le daba su tenencia por las mismas dos vidas; que los que entrasen con él á las conquistas, gozarían de las inmunidades de hijosdalgo que tiene dadas el Rey; que pudiera repartir tierras, estancias y aguas á los que con él entrasen á las conquistas, y que éstos por veinte años; del oro, perlas y otras piedras no pagaran á S. M. más que el veinteno.

2.º Con estas y otras capitulaciones y asientos que se tomaron, se le despacharon en Madrid, en veinticuatro de Agosto de mil y quinientos y sesenta y nueve (1569), títulos de Gobernador y Capitán General de las Provincias de Antiochia, Ituango, Nive y Brerunto y tierras de entre los dos ríos y Provincia

de Urabá hasta el mar del Norte, en el cual título se ha de advertir, que como en aquellos tiempos no estaba tan informado el Consejo de la Cosmografía de esta tierra, hacían los que pedían relaciones siniestras para más extender sus jurisdicciones, y así sucedían diferencias cada día entre los gobernadores convecinos, como ya dijimos de las que había habido entre los dos Adelantados Sebastián de Belalcázar y Don Pedro de Heredia, y las que se siguieron entre este Gobernador Andrés de Valdivia y Don Jerónimo de Silva, Gobernador de Popayán, sobre la misma Gobernación de Antiochia, y pudiera ser las hubiera mayores si el Valdivia no muriera tan temprano, por decir su título que se extienda hasta la mar del Norte y Provincias de Urabá, que todo esto era de la Gobernación de Cartagena, y también se puede advertir que con este título de Valdivia no se desmembró lo de Antiochia de la Gobernación de Popayán, aunque él lo pretendió, pues declaró el Consejo lo contrario á instancia de Don Jerónimo de Silva, Gobernador de Popayán, sino que se hizo Gobernación de nuevo, con título de entre los dos ríos Cauca y la Magdalena, hasta que se juntaron en tiempo del Gobernador Rodas, como adelante veremos, y así se tomaron nuevos asientos con él: lo que no se hace cuando se dan de tierras ya conquistadas y pobladas, como lo estaban las de Antiochia.

3.º Al fin, sea de esto lo que fuere, habiéndole despachado el título en la Corte y levantado alguna gente, se embarcó con ella y su mujer Doña Juana de Loaiza, llegando á la ciudad de Cartagena; desde allí llegó á la Villa de Santafé de Antiochia el año de mil y quinientos y setenta y uno, y habiendo presentado sus recados, aunque en sus capitulaciones y asiento, como hemos visto, se declaraba no entrar aquella Villa en su Gobierno, fueron tan buenas sus trazas, promesas y caricias que hizo á los vecinos, que sin advertir el agravio que se le hacía al Gobernador de Popayán, lo recibieron en aquella Villa y en la de San Juan de Rodas por su Gobernador, en que quedó por entonces, aunque hizo contradicción el Don Jerónimo de Silva en esta Real Audiencia, que no lo determinó, remitiéndolo al Real Consejo, y así en el entretanto que esto vino de allá determinado, con deseos de fortificar el pueblo de San Juan de Rodas, y aun haciendo en esto autos posesionales, nombró por su Teniente al que lo era y había dejado Gaspar de Rodas, al Capitán Juan Velasco; envió ganados mayores y menores y alguna gente de los chapetones que había traído y otros soldados viejos, con municiones y otros pertrechos de guerra, entre tanto que él por su persona entraba allá, con que se animaron los de la Villa y entraron una noche al castigo de la Provincia de Pequí, que era de donde más daño habían recibido, á donde prendieron al Cacique y otro mancebo tan valeroso, que más lo tuvieron por algún Demonio, según lo que sucedió, pues después de haberse defendido en un patio gallardamente de siete valerosos soldados, hacién-

doles pedazos con su macana espadas y rodelas, que parecía exceder las fuerzas de García de Paredes, al fin lo prendieron, y fué cosa maravillosa que queriendo los siete ejecutar en él su cólera, todos lo picaban por todas partes con las espadas y aun con lanzas, y dar en él todos estos golpes, era como si los dieran en plumas derramadas al viento, pues ninguna le hizo señal, con que vinieron á entender debiera de ser algún Demonio.

4.º Trataron de empalarlo, y Alonso de Arce, movido de compasión, por ventura, por no ver espectáculo tan atroz, dijo á los demás, mirando las manos del indio: "No veis, señores, que, según regla de quiromancia, por las rayas que tiene en la mano no puede ser muerto á hierro, porque parece que, como otro Aquiles, se labó en la laguna Estigia, y así, pues, es hombre encantado, válgale su fortuna; dejadle ir con Dios, que harto tendrá que contar del cautiverio que ha tenido, como nosotros de lo que nos ha pasado con él." Esto dijo por modo de trisca, y por librar al gandul de miserable muerte; pero á ello añadió un soldado, llamado Gavilán, diciendo que aunque Aquiles se había bañado el cuerpo en aquella agua, no le llegó al pié, y así podría ser no le hubiese llegado á éste, y que sería bien á lo menos desjarronarlo, como lo hicieron, y con esto y cortadas las orejas, lo dejaron ir, y ellos tomaron la vuelta de San Juan de Rodas con el Cacique preso, que soltaron después de haberlo tenido en prisiones algunos días. Muchos gastaron en acabar de pacificar los de las demás Provincias, si bien esto jamás ha podido tener buen seguro. El Capitán Juan Velasco, quedando paladeado de aficiones á las tierras que dijimos había descubierto confines al Zenú, y solicitado del deseo de volverlas á ver, determinó salir con solos treinta soldados, por no dejar desamparado el pueblo, pero todos hombres de confianza, y con seis caballos y otros tantos perros que se la acrecentaban, y llegando á las tierras de Cuisco, Araque y Guacuseco, le salieron á recibir los naturales con fingida paz, aunque para más disimularla, los más principales tuvieron largos y generosos cumplimientos, desfigurando con esto la sospecha que podrían concebir si viesen algunas señales de ciertas juntas que hacían para arbitrar el modo con que habían de dar sobre ellos.

5.º No fué esto tan secreto que una india ladina cristiana, llamada Inés, y intérprete de los nuéstros, criada de un soldado llamado Alvaro Sánchez, no las viniese á entender de indias con que ella trataba, que diciéndoselo á su amo, aconsejó al Juan de Velasco y á los demás sus compañeros sería bueno ganarles por la mano, dándoles alguna trasnochada, que no pareció mal á todos, pues era cierto que por allí los atemorizarían y habrían á las manos buen rancheo, por ser aquellas tierras y indios de grandes ciudades de oro; pero el Juan Velasco, por sus particulares intentos, no vino en esto, antes no creyendo lo del alzamiento, decía ser notable ingratitud á quien así había salido de paz y lo es-

taba al presente, darles mal pago, pues hasta entonces no se había visto muestra de lo contrario, y era señal de falsedad moverse á esto por sola la razón de una india; antes hizo llamar á los indios de la comarca, y dándoles á entender lo que pretendían de ellos, que era la paz y bien de sus almas y cuerpos, les hizo una larga arenga por la intérprete Inés, á que ellos, estando muy atentos, diciendo que todo era muy bueno, le dieron ochenta indios robustos para que les llevasen las cargas desde donde estaban rancheados al Valle de Niluna, á donde pasaron por parecerles mejor la tierra; pero todos ellos llevaban sus macanas en las manos, á título de irse sustentando en ellas, si bien las intenciones eran aprovecharse de ellas contra los nuéstros en viendo la suya, como tenían concertado y sucedió luégo.

CAPÍTULO VIII

1.º Valiente emboscada de que se escapan valientemente los nuéstros—2.º Desgracia notable que les sucede en la embarcación del río Zenú—3.º Escapan de ella con mil trabajos. Matan los indios á otros nuestros amigos con crueles tormentos—4.º Hácese un alzamiento, de que da noticia una india que luégo se baptizó.

CAMINABAN, también sin sospechas de lo que les sucedió, nuestros soldados con sus ochenta indios cargados de los despojos que habían habido en los rancheos y de algunas comidas, cuando llegando á cierta quebrada y paso montañoso con la misma sin sospecha, salieron de emboscada hasta mil y quinientos valerosos guerreros, que dieron tan de repente en la vanguardia, que aunque hicieron valerosos hechos, sacando de esta vida á muchos de los bárbaros, también dieron fin de las suyas quince de los nuéstros, entre ellos un Francisco Morán, Andrés García, Tozino, Canas, Antonio Hernández, Gavilán, Saboya y Fernando Ramos. Los indios cargueros, que iban bien industriados, y iban en el batallón, tomaron la huída con las cargas, sin que nadie se lo pudiera estorbar, sin dejar cosa del oro rancheado, ni aun de los vestidos propios, ni matalotaje de los soldados, pues todo lo traían ellos. El Juan de Velasco, que traía la retaguardia, viendo tamaño estrago y que no lo podía remediar socorro humano, alzó los ojos al cielo pidiendo el divino, y recogiendo sus soldados, los animaba diciendo: "Ea, valerosos españoles, que hoy es el día que se ha de ver el valor de la sangre de nuestras venas y el colmo de nuestras hazañas, teniendo confianza en Dios y memoria de la buena tierra donde nacimos, que todo dará vigor á nuestros brazos; los míos quiero que sean los primeros que se empleen en defensa de nuestras vidas;" como lo hizo, pues aún no había acabado de decir esto, cuando él con otros dos, también de á caballo, que solos estos tres le habían quedado vivos, batiéndoles las piernas y pegados á las arreas los peones y indios ladinos que les habían quedado del servicio, resguardándose los unos á los otros, y con ayuda de los perros, rompieron con tanta fuerza por el escuadrón salvaje, que pudieron tomar la margen del río del Zenú, donde hallaron una casa vacía y se entraron y hicieron fuertes, defendiéndose con los arcabuces hasta que llegó la noche, que por miedo de los perros se estuvieron á lo largo los indios, pero con vigilancia, por tener ya por cierto de hacer otro día gran fiesta con carne de españoles.

2.º Alentado con estas esperanzas el Cacique Tirrome, con ánimo soberbio, desdeñando el Dios que les había predicado el Velasco, le decía á voces: "Ah! Velasco! qué tál está ahora tu corazón y el de tus amigos! si tu Dios que pre-

dicas es tan bueno como tú dices, bien pudiera libraros de nuestros dientes, y así dile que te dé alas con que vueles antes que os desollemos á todos, porque si no, mi Dios tiene determinado que tú y esos tus pocos compañeros entréis en mi cocina para guisaros, y que vuestros cueros, llenos de ceniza y colgados en nuestros santuarios, los veamos allí cada día por despojos." La aflicción que tenían los nuéstros en tantas angustias, les descubrió una traza para escapar de sus manos con la oscuridad de la noche y el seguro que les daba el no atreverse los indios á llegar al buhío. Y fué que sacando palos de él y otros que por allí hallaron, hicieron una balsa con intentos de bajar en ella el río abajo á parte más segura. Comenzaron á ordenar los palos y amarrarlos, que con la prisa que les daba el miedo y poco aliño de cabuyas ó soga no la hicieron tan fuerte como era necesario, pero al fin sin prevenir otro mayor peligro que les podía suceder con la mal aparejada balsa, como sucedió, se embarcaron en ella amos y mozos con todo su hatillo, dejando los tres caballos á sus anchas, y sucedió luégo á poco trecho que iban navegando, que por las flacas amarras se dividieron los palos, quedando cada uno de por sí en el rigor de las aguas; allí era la confusión, el dolor, el temor, la fatiga, las angustias, de que estaban todos ya tan apesarados de haber emprendido aquel socorro, que tuvieran por mejor haber caído captivos en manos de los indios. Ninguno osaba levantar la voz porque no les oyeran los bárbaros y allí les acabaran; fuera del río esperaban la muerte, en él la iban ya tragando. Las armas, vestidos y toda la ropa, llevó el agua á pique; las rodelas nadaban y algunos de los que lo sabían hacer, procuraban tomar la ribera; otros que no sabían se ahogaron y algunas de las indias de servicio.

3.º Salieron los demás á la ribera, ayudados más de fuerzas divinas que humanas, bañados de agua y angustias, sin comidas, vestidos ni armas, habiéndose ayudado algunos de algunos palos de que pudieron asirse; pero viendo que se estaba en pié el peligro de los indios, apenas lo hubo puesto cada uno en la tierra, cuando cada cual se escondió en el arcabuco que llegaba á cubrir la margen del río, sin mirar uno por otro, ni esperarle; fueron tomando el rumbo y vuelta hacia el pueblo de donde habían salido, que estaría de allí largas veinte leguas, demarcando cada cual la tierra como mejor pudo; allí fué el padecer de trabajos, comiendo yerbas de toda broza y no conocidas, para sustentarse, desnudos, muchos en carnes, la herrería que les daban los mosquitos, innumerables de noche y de día. Las ciénegas, pantanos y tremedales, balsares, zarzales y otros espesos montes por donde les era necesario romper y aun romperse las carnes, eran muchos; subiendo á las veces á las cumbres, donde les helaban los páramos; bajando á los valles, donde les abrasaba el calor; pero al fin con el socorro divino fueron llegando en diversos días al pueblo: unos

hoy, otros hasta cuatro, otros hasta ocho; desnudos, descalzos, consumidos de la hambre, mosquitos y garrapatas, pero contentos en salir con vida de trances tan anexos á la muerte, quedándose allá, envueltos en ellos, diez y siete de los soldados, más de ochenta indios y indias de servicio, y entre ellas la fiel india Inés, que había dado el aviso de este suceso, que se supo después del suyo haber sido tan miserable, que viva la partían en pedazos, y hablando con ella la comían, lo que también hacían con otros cinco españoles, como vivos los hubieron á las manos, en quien hicieron tantas crueldades como en ninguna otra nación que las de estos indios se han imaginado. De todo lo cual se excusara el Velasco si hubiera creído el aviso que por algún buen espíritu le había dado la india Inés.

4.º No escarmentando con esto este Capitán, al fin como de valientes bríos de Manchego, permanecía el defender el pueblo en aquel sitio, aunque con tan poca gente, que solos habían quedado treinta y dos para poder tomar armas contra tan gran pujanza de indios, y tan mal pacíficos, que de noche y de día los andaban asechando para darles algún asalto y alborada, en especial en esta ocasión, que supieron habían vuelto de vencida y muy minorados del número que salieron, con que aun los Caciques más convecinos que les solían proveer de algunas comidas con menos gana que fuerza, ensoberbecidos con esta ocasión, se alzaron de traérselas, causa de vivir con tan gran penuria y hambre, que aunque eran pocos y muchos menos de los que eran menester para defensa del pueblo San Juan de Rodas, fué necesario saliesen parte de ellos en demanda de algún sustento para no perecer del todo, y así salieron quince á esto, con orden de volver otro día, por el riesgo con que quedaba el resto en el pueblo, que era aun mayor de lo que pensaban, pues los dos Caciques Guazuze y Catiburi tenían determinado de dar aquella noche siguiente sobre el pueblo, como se lo declaró á los que salieron una india bárbara y chontal de un pueblezuelo pequeño, donde luégo entró esta tropa y halló bastante copia de maíz, que hubieron sin ninguna resistencia, por estar sus moradores fuera de él, en la junta que hacían para venir á dar sobre el pueblo, y así no hallaron en las casas más que las mujeres y chusma, que como sintiesen entrar á los soldados, se retiraron á más aprisa á un bosque que estaba cerca. De entre las cuales salió una sin que la sintiesen las demás, por ventura movida por buen espíritu (pues Dios nunca falta en las necesidades, tomando para su reparo los instrumentos de que él es servido), y llegando á los soldados que pretendían pasar allí la noche, les dijo: "¿Y qué hacéis aquí, cristianos, tan sosegados, teniendo tan cercana la muerte? Pues darán mañana todos estos indios en vuestro pueblo, y si no volvéis á hallaros juntos para defenderos, pereceréis todos á sus manos, y para que entendáis es verdad esto, llevadme en

vuestra compañía, porque quiero ser cristiana y tomar vuestra fe, aficionada de las buenas cosas que mi corazón dice que hay en ella."

CAPÍTULO IX

1.° Vienen los indios sobre los nuéstros, que hacen valiente riza en los bárbaros—2.° Muere el Capitán Velasco de un flechazo, que no fué pequeña desgracia para todos. Hacen otro caudillo—3.° Buena traza que tuvo para salir de una apretura de entre los indios—4.° Sáleles bien, matan á los indios, y escápanse todos libres.

NO fueron sordos á este aviso de la india los soldados, antes dándole entero crédito por las sospechas con que andaban de los indios, hicieron cargar aprisa la comida en caballos y indios y con ella tomaron luégo la vuelta del pueblo, á donde entraron á la mitad de la noche, dando arma y diciendo la alborada que les aguardaba; con que todo el pueblo se alborotó, si bien casi todos, por lo avispados y temerosos que andaban, estaban de vela, y así con facilidad se hallaron todos, caballeros y peones, en la plaza, componiéndolos el Teniente Velasco, con el mejor orden que le parecía, para la resistencia de los bárbaros, que ya venían marchando y acercándose al pueblo hasta mil y quinientos, que los sintieron á buen trecho, antes que llegaran, por el olor de la bija, trementina y otras tinturas con que venían embadurnados, lo que en especial sienten los perros y se inquietan sobre manera, conociendo, con instinto natural, son enemigos de sus amos; llegaron ferocísimos al quebrar del alba aquellas carniceras bestias, con tanto ruido y alboroto sobre el pueblo, que ofendían los oídos tanta máquina de instrumentos sordos y desabridos que traían, y voces descompuestas que daban. Dieron á vueltas de ellas principio á la guazabara con tanta multitud de piedras desembrazadas, con hondas, dardos, lanzas y flechas, que aunque se defendían y los ofendían los nuéstros con valor de españoles, por tres veces fueron perdiendo tierra en la plaza, quedando de los soldados, á los primeros embates, mal heridos muchos. Dábanse buena maña los arcabuceros á derribar á muchos de los del escuadrón de los pocos que hacían frente los primeros, tan cerrados, que embistiendo Juan Velasco y Leonel de Ovalle mil veces con sus caballos á quererlos romper, otras tantas se volvían mal de su grado; hasta que habiendo derribado los arcabuces cuatro ó seis juntos, tuvieron lugar de entrar por allí, y tras ellos algunos de los peones, que fueron Pedro Sánchez de Oviedo, Pedro Fernández de Rivadeneira, Juan Ruiz Rubián (ambos gallegos), Antonio Machado (portugués), Manuel Rubiales (natural de Alcalá), Juan García Sátiva (nacido

en el campo de Arañuelo) y Juan Alonso Rubio, que todos juntos hicieron tan valientes hechos en los indios, que viendo los iba consumiendo la guerra, y que sus manos y armas no eran bastantes para las de los españoles, tomaron, como dicen, las del conejo, volviendo las espaldas sanos y heridos, dejando muertos en la plaza más de trescientos, y de los nuéstros heridos diez ó doce de yerba ponzoñosa.

2.º Entre ellos el valeroso manchego Juan Velasco, traspasado un brazo de una lanza y con un flechazo por el rostro, y con siete el caballo de Leonel de Ovalle, de los cuales uno pasándole las armas de algodón, la madera y bastos de la silla, le pasó hasta las entrañas, con que cayó luégo muerto; otro le dieron á Rivadeneira por la nariz, que le salió por la oreja. Con diligente cura sanaron muchos de los heridos, que no fué bastante para el Capitán Juan Velasco, natural de la Membrilla, que dejó á todos lastimadísima su muerte, por haber faltado uno de los valerosos Capitanes que han pisado estas Indias. En cuya falta viéndose necesitados los del pueblo de caudillo para las necesidades que noche y día les amenazaban, con voluntad de todos nombraron á Leonel de Ovalle, persona que supo ocupar el lugar y llenar las partes del difunto. El cual, después de haber tomado esta carga sobre sus hombros, juntando á todos los vecinos, en una bien concertada plática les dijo: "Yá que os habéis servido de darme este cargo, que más por vuestro gusto que por el mío he admitido, pues deseo más ser mandado que mandar, será bien comencemos desde luégo á disponer lo que mejor estuviese á nuestra conservación, que la debemos procurar no esperando en este puesto otras refriegas como las pasadas, ni los peligros que siempre nos están amenazando, metidos entre estos montes y entre tanto barbarismo, tan mal seguro como vemos, y así será acertado nos mudemos al Valle de Norisco, pues demás de las comodidades del asiento, por ser llano, despejado y limpio de montes, tenemos más á la mano para todo acaecimiento la Villa de Santafé." Vinieron todos en ello y comenzaron luégo á ponerlo por obra, que no fué con tanto secreto que con la alteración que tenían los bárbaros no viniesen dando caza á los nuéstros por aquellos asperísimos caminos de serranía, por donde les era forzoso pasar para el Valle de Norisco, y aun no contentos con irles dando caza, pasaron delante al Valle de Ituango á impedirles el paso hasta cuatrocientos valientes guerreros.

3.º Estos, divididos en tres partes, cogieron en medio á los nuéstros, sin dejarles salida á la otra banda del río, donde crecían las aflicciones viendo la muerte tan á los ojos, por la guerra y por la hambre, que aunque no les osaban acometer á los nuéstros, sino sólo darles grita y impedirles el pasaje, crecía la aflicción en verse detenidos y sin ningunas comidas; ocupaba, como

dijimos, la barranca contraria el un escuadrón, amparado de una casa, lo cual advirtiendo el Leonel de Ovalle, y que después del amparo de Dios, toda aquella gente, mayores y menores, confiaban en el suyo, echando á volar el entendimiento entre aquellas angustias, por si podía dar salida á alguna buena traza para salir de ellas, al fin se resolvió en una, que fué pasar de noche el río á la otra banda con quince soldados, buenos nadadores, fiado en que los indios no tendrían centinela por la banda del río, pareciéndoles estaban por allí seguros. Este su parecer dijo á los quince, que aunque algunos mirádole así la primera frente, titubearon en el hecho; después, viendo era aquello lo que más convenía, ó morir ó vivir, se determinaron seguir al Ovalle, que se echó el primero á nado, á las primeras sombras de la noche, y todos los demás tras él, fiados en algunos palos que amarraron á modo de escaleras, con que llegaron todos á la otra banda sin ningún peligro con el favor de Dios, á quien dieron gracias, de rodillas, por el buen suceso, y encomendaron el que deseaban conseguir.

4.º Lo cual hecho, caminaron con gran cuidado, bien prevenidos de sus armas, al buhío donde estaban los indios, á cuya poca distancia hallaron algunos de posta, que en viéndolos dieron grita á los que estaban dentro de la casa; pero hubiéronse los nuéstros con tanta prisa, que habiendo despachado de esta vida á los centinelas los unos, los otros ocuparon la puerta del buhío, donde ya andaban despertándose los unos á los otros, y comenzaban en murmullo confuso á tomar sus arcos para salir fuera á habérselas con quien los inquietaba, que bien echaron de ver luégo ser de los nuéstros, los cuales estando á la puerta, los unos dividiendo las cabezas de los que intentaban salir, otros por cuatro partes pusieron fuego al buhío, que comenzó luégo á arder con tan feroces llamas, que en un instante se convirtió en ceniza y á los que estaban dentro, sin que de todos ellos quedase uno vivo, de que dieron los soldados muchas gracias al cielo, pareciéndoles ser lícito lo que habían hecho, y con lo que habían salido antes que el sol; pero luégo, en saliendo, dieron orden al pasaje de los demás soldados y chusma de mujeres y niños, que lo pudieron hacer sin estorbo de las otras dos tropas de indios, que atemorizados de lo sucedido con aquéllos, no se osaron menear de sus puestos. Pasaron de aquél los nuéstros adelante, hasta verse en el Valle de Norisco.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE DEL TOMO IV

TERCERA PARTE

PRIMERA NOTICIA HISTORIAL

Págs.

CAPÍTULO XII

.1º Hace gente el Gobernador Heredia para venir á su Gobierno—2.º Embárcase y llega á San Juan de Puerto Rico—3.º De allí á la Isla Española, donde se le junta alguna gente—4.º Salen de Santo Domingo y toman puerto en Calamar—5.º Entran en el pueblo y huyen los indios.. 3

CAPÍTULO XIII

1.º Habla una india intérprete á los indios de parte de los españoles—2.º Guazabara que dan á los nuéstros—3.º Vencen los españoles, con muerte de muchos indios.. 8

CAPÍTULO XIV

1.º Recoge su gente el Gobernador, que andaba derramada—2.º Háceles un parlamento y embisten á los indios—3.º Matan á muchos y huyen los demás—4.º Fúndase la ciudad de Cartagena.. 11

CAPÍTULO XV

1.º Prenden los nuéstros al Cacique Carex, con muerte de algunos españoles—2.º Hace un indio una embajada á otros de parte del Gobernador—3.º Junta el Cacique su gente para tratar si convenía dar la paz á los españoles—4.º Efectúase ésta entre el Gobernador y el Cacique.. 14

CAPÍTULO XVI

1.º Hace un presente el Cacique Duhoa al Gobernador—2.º Salen de paz muchos indios por medio de una india intérprete—3.º Promete ayuda el Gobernador á un Cacique contra otro enemigo suyo.. 17

CAPÍTULO XVII

1.° Huye el Cacique Zipacuá con sus indios—2.° Hace amistades el Gobernador con él—3.° Entra en su pueblo y templo, donde halla un puerco espín de oro. 20

CAPÍTULO XVIII

1.° Da la paz el Cacique Malambo á los nuéstros—2.° Vuelven á Cartagena y en el camino les hacen unos indios resistencia—3.° A la fama de la riqueza de Cartagena vienen de España muchos mercaderes.. 23

CAPÍTULO XIX

1.° Trátase de dónde les puede haber venido á los indios de esta provincia el oro, no teniendo minas—2.° Rescates que daban por el oro y causas de hallarse tanto en las sepulturas del Zenú.. 25

CAPÍTULO XX

1.° Tiene el Gobernador noticias de las riquezas del Zenú y entra con su gente al descubrimiento de ellas—2.° Dáles un Cacique por guía á un hijo suyo—3.° Llegan al Finzenú y entran en su población.. 28

CAPÍTULO XXI

1.° Entran en las casas, donde hallaron veinticuatro gigantes planchados de oro. 2.° Cantidad de oro que sacaron de este pillaje—3.° Díceles el muchacho guía la mucha riqueza que había debajo de unos árboles—4.° Dáles también noticia de unas sepulturas, y sacan mucha riqueza de ellas.. 31

CAPÍTULO XXII

1.° Abren los nuéstros otras sepulturas y hallan en ellas gran cantidad de oro—2.° Pregunta el Gobernador á los indios si tienen noticia de alguna tierra de más riquezas—3.° En demanda de ellas hacen jornada al Panzenú—4.° Suben la cumbre de una sierra y dales un huracán en ella, que mató algunos españoles.. 33

CAPÍTULO XXIII

1.° Vuélvese el Gobernador con su gente al Finzenú con grandes trabajos—2.° Persuaden los soldados al Gobernador pueble en aquella tierra—3.° Vuélvense á Cartagena, donde hallaron recién venido al primer Obispo de ella—4.° Trátase de las causas por qué se gastó con tanta brevedad el mucho oro que estos soldados sacaron—5.° Muertes desgraciadas y malos fines que han tenido los conquistadores de estas Indias.. 39

CAPÍTULO XXIV

1.° Ordenanza para los Tesoreros Reales de lo que deben cobrar de los santuarios y sepulcros—2.° Dos modos que tienen los indios de esconder y ocultar sus

riquezas, y lo que se debe hacer cuando se hallan—3.° Tercer modo y parte donde las ocultan, que es en sepulcros, como otras muchas naciones del mundo—4.° Lo que se debe hacer en conciencia y la modificación que se debe guardar cuando así se hallaren.......... 44

CAPÍTULO XXV

1.° El General Alonso de Heredia sale de Cartagena con doscientos hombres á las noticias del Panzenú—2.° Han sido muy curiosos los indios del Finzenú—3.° Sacan los soldados algunas sepulturas, y sale el Capitán Francisco César con una Compañía el río del Zenú abajo.......... 49

CAPÍTULO XXVI

1.° El Gobernador Heredia envía á pedir á César diez mil pesos que tenía de rancheos, y no tiene efecto el darlos, de que resultan algunos disgustos—2.° Prende Alonso de Heredia á César y Ayala y senténcialos á muerte—3.° Sale Alonso de Heredia del Finzenú á la jornada del Panzenú—4.° Viene el Gobernador al Finzenú y envía socorro de gente á su hermano Alonso de Heredia.......... 52

CAPÍTULO XXVII

1.° Llega Alonso de Heredia con su gente á las sabanas de Yapel, donde les dan los indios una guazabara—2.° Entran los nuéstros en el pueblo del Cacique Yapel—3.° Trastornan las casas, en que hallan algún rancheo de oro—4.° Prosiguen su viaje con grandes incomodidades y trabajos.......... 55

CAPÍTULO XXVIII

1.° Llegan los nuéstros al río de Cauca, fatígalos la hambre y mueren muchos de ella—2.° Obliga esto y otros trabajos á que el General determinase volverse, como lo hizo—3.° Matan algunos caballos para comer y llegan al Finzenú—4.° Por no haber allí comidas, envía los soldados el Gobernador á la Provincia de Balsillas.......... 58

CAPÍTULO XXIX

1.° Sale el Gobernador del Finzenú y llega á Cartagena—2.° A la fama de las riquezas del Finzenú suben mercaderes por el río, del que proveyeron de comida á los que estaban allí—3.° Puebla Alonso de Heredia la villa de Tolú en la Provincia de Balsillas—4.° Los indios de esta Provincia dan una guazabara á los nuéstros, asiéntase paz con ellos, y trátase de sus costumbres.......... 61

CAPÍTULO XXX

1.° El Gobernador Francisco de Barrionuevo envía á Julián Gutiérrez á poblar la Villa de Acla, yá casado con una hermana del Cacique Urabá—2.° Determina el Gobernador Heredia hacer una población de españoles en la tierra del Urabá y envía á su hermano al efecto—3.° Dánle una guazabara los indios, matan algunos españoles, y pueblan á San Sebastián de Buenavista—4.°

Hace Julián Gutiérrez requerimiento á Alonso de Heredia para que no pase la población adelante. 64

CAPÍTULO XXXI

1.º Suceden algunos disturbios en Cartagena, originados del desabrimiento del Gobernador—2.º Da el Gobernador un golpe con una partesana al Tesorero Saavedra, y toman la demanda unos huéspedes suyos—3.º Trábase la pelea entre los huéspedes de Saavedra y el Gobernador—4.º Pide favor el Gobernador al Cacique Carex para venir sobre Cartagena—5.º Dále el Cacique mil indios. Viene á Cartagena y aplácale allí Juan de Orosco........................... 67

CAPÍTULO XXXII

1.º Sale el Gobernador Heredia de Cartagena: llega á San Sebastián de Buenavista y dispone su gente contra la de Julián Gutiérrez—2.º Trátase de medios de paz entre los dos, y ño se consigue—3.º Determina el Gobernador venir en rompimiento con Julián Gutiérrez, y pónelo en efecto................................ 71

CAPÍTULO XXXIII

1.º Trábase la pelea entre el Gobernador y Julián Gutiérrez, con muerte de algunos españoles—2.º Vence el Gobernador y prenden á Julián Gutiérrez—3.º Cuya mujer pide socorro á los indios de Urabá contra el Gobernador, y dánselo—4.º Envía el Gobernador á Martín Yáñez con cartas para la mujer de Julián Gutiérrez, con que se aquietó y vino á verse con el Gobernador......... 74

CAPÍTULO XXXIV

1.º Sale el Gobernador Heredia de San Sebastián de Buenavista y llega á Cartagena, donde prende al Tesorero y otros indiciados en su pendencia—2.º Sabiendo el Gobernador de Panamá la prisión de su Teniente Julián Gutiérrez, viene á Cartagena, donde con su llegada se compuso todo.......................... 77

SEGUNDA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO I

1.º Los deseos de honras y mando traen siempre inquietos los hombres: pónense algunos ejemplos—2.º Ambición de un portugués, por donde quería que quedase en perpetua memoria su nombre—3.º A la fama de las riquezas del Dabaibe sale el Gobernador Heredia con gente á su descubrimiento—4.º Padecen muchos trabajos en esta jornada y vuélvese el Gobernador á San Sebastián de Buenavista.. 79

CAPÍTULO II

1.º Sale el Capitán César al descubrimiento del Dabaibe con cien soldados—2.º Llegan á la tierra del Cacique Utibara y dícense sus costumbres—3.º Tiene noticia Utibara de los nuéstros y hace gente contra ellos—4.º Dáse la batalla, con muerte de muchos indios........ 83

CAPÍTULO III

1.º Mata César á un hermano del Utibara que gobernaba los indios, con que desmayan todos y alcanzan victoria los nuéstros—2.º Despojan á los indios muertos de las joyas que tenían, y sacan de una sepultura cien mil pesos de oro—3.º Tiene noticia César de que Utibara hacía de nuevo gente contra él, y determina volverse—4.º Relación que dió un soldado á la Real Audiencia de las riquezas del Dabaibe y de sus entradas para buscarle 86

CAPÍTULO IV

1.º Trátase del rio Darién, su nacimiento y alturas—2.º Divide una cordillera los ríos de Darién y Cauca—3.º Envía Don Pedro de Acuña, Gobernador de Cartagena, á descubrir un brazo del río Darién, que dicen va á dar al mar del Sur—4.º Fondo y anchura del río Darién y su corriente hasta el mar del Norte 90

CAPÍTULO V

1.º Dan quejas algunos vecinos de Cartagena contra el Gobernador á la Real Audiencia de Santo Domingo—2.º Viene por Visitador el Licenciado Vadillo y prende al Gobernador y á su hermano—3.º Secuéstranles sus bienes y hácense otras diligencias contra ellos—4.º Muere el Obispo de Cartagena y trata Vadillo de enviar á César, su Teniente, al Dabaibe.................................. 93

CAPÍTULO VI

1.º Tiene noticia el Licenciado Vadillo que le venía Residencia, y determina ir en persona á la jornada de César—2.º Capitanes y otros Oficiales y soldados que fueron con Vadillo á esta jornada—3.º Siguen su viaje y dánles ciertos indios una guazabara—4.º Llegan al pueblo de Abibe, despéñanse unos caballos y padecen otros trabajos.................... 96

CAPÍTULO VII

1.º Salen del pueblo de Abibe y llegan al Valle de los Pitos con grandes incomodidades—2.º Júntanse los indios de este Valle y dan una guazabara á los nuéstros, de que quedan victoriosos—3.º Salen algunos á descubrir la tierra y percibir á un peñol en que estaba fortificado el Utibara—4. Sube César el peñol y le hacen los indios tan gran resistencia, que le obligan á volverse..... 99

CAPÍTULO VIII

1.° El Cacique Utibara alcanza victoria de otro Cacique enemigo suyo llamado Tuatoque—2.° Prosiguen los nuéstros su viaje con grandes dificultades—3.° Vence Pablo Hernández á unos indios que le dieron una guazabara—4.° Llegan los nuéstros al Valle de Nore; dáles un indio noticia de tierra rica y pasan á descubrirla algunos soldados.. 102

CAPÍTULO IX

1.° Prenden los soldados á un Cacique y sale de paz el de Nore—2.° El Cacique Nabonuco guía á los nuéstros á la tierra de Buritica—3.° Ofrécenseles algunas dificultades en el camino y llegan á una fortaleza de indios—4.° Hacen estos indios gran resistencia á los nuéstros á la subida de la fortaleza, y al fin huyen y se gana.. 106

CAPÍTULO X

1.° Promete un Cacique doce cargas de oro por la libertad de su mujer, que tenían cautiva los nuéstros—2.° Hace quemar Vadillo al Cacique por haberlo engañado—3.° Pasa el ejército adelante, llegan al río de Cauca y de allí á la Provincia de Iraca—4.° Los indios de esta Provincia les dan una guazabara, véncenlos, y mueren algunos soldados de los trabajos del camino.................. 110

CAPÍTULO XI

1.° Van unos negros á buscar comidas: matan los indios á dos de ellos, y sale al castigo el Capitán Carvajal—2.° Salen de Iraca los nuéstros para la Provincia de Naratupe por grandes asperezas de caminos—3.° Llegan á la Provincia de Cori, donde tienen algunos encuentros con los indios—4.° Mueren allí algunos soldados y entre ellos el Capitán César.. 113

CAPÍTULO XII

1.° Tiene Vadillo noticia de la Provincia de Caramanta y de sus riquezas y pasa adelante el campo en su demanda—2.° Y de allí á la Provincia de Cuycuy con insoportables trabajos—3.° Aflígeles la hambre y aspereza del camino, y descubre Juan de Frades tierra limpia, con que se alientan todos—4.° Halla Juan Ruiz de Molina tierra de muchas poblaciones, que dijeron los indios ser la de Anserma.. 116

CAPÍTULO XIII

1.° Vienen muchos indios á inquietar los nuéstros con voces y algazaras; échanles una emboscada y matan á muchos, con que cesó la grita—2.° Sale de paz el Cacique Riterón y ofrece llevar á los nuéstros á la Provincia de Guancumán. 3.° Llegan á esta Provincia y hallan los pueblos vacíos de gente y sin rastro de oro—4.° Mueren aquí algunos soldados y dan vista á otras provincias, hasta llegar á la de Proponesta.. 119

CAPÍTULO XIV

1.º Guazabara que dan los indios de Proponesta, de quien quedan los nuéstros con victoria—2.º Halla rastro Vadillo de haber pasado por allí otros españoles y envía un Capitán en su alcance—3.º Llegan el General Vadillo y sus soldados á Cali, donde le hacen muy buen agasajo—4.º Hace Vadillo una plática á sus soldados, amonestándolos sigan su jornada.......... 123

CAPÍTULO XV

1.º Responde á la plática de Vadillo, por todos, el Capitán Mojica, y hurta un soldado el oro que traían de rancheos—2.º Pretende Vadillo volver á poblar en Buritica, y no se lo consiente Lorenzo de Aldana—3.º El Licenciado Santa Cruz viene á Cartagena á visitar á Vadillo y envía gente en su seguimiento... 126

CAPÍTULO XVI

1.º Esta historia no comprende en sí más que el término de la Audiencia de Santafé—2.º Trátase de las riquezas que hay entre los dos ríos de la Magdalena y Darién—3.º Al río de Cauca se le puso este nombre por algún Cacique que se llamaba así—4.º Nacimiento y alturas del río de Cauca—5.º Corre trescientas leguas hasta entrar en el río de la Magdalena.......... 129

CAPÍTULO XVII

1.º El Capitán Belalcázar sale á conquistar y poblar algunas provincias de indios. 2.º Dale Pizarro nuevos poderes, viene á Popayán y determina pasar á España—3.º Pónelo en ejecución y envía al Capitán Añasco á poblar á Timaná, como lo hizo—4.º Sale Añasco de Timaná y llega á Popayán, donde halla á Lorenzo de Aldana con poderes de Pizarro para gobernar aquellas provincias. 133

CAPÍTULO XVIII

1.º Presenta Lorenzo de Aldana los recaudos que traía de Pizarro y admítenle al Gobierno—2.º Dale nuevos poderes al Capitán Añasco, el cual se vuelve á Timaná—3.º Sale Añasco á castigar un Cacique, y tiene en el camino algunos malos pronósticos—4.º Prenden á este Cacique; hácelo quemar Añasco, y su madre de él irrita los indios contra los nuéstros—5.º Pasa Añasco á otras provincias á proseguir el castigo.......... 137

CAPÍTULO XIX

1.º Después de haber incitado la vieja Gaitana muchos indios á la venganza de su hijo, pide favor al Cacique Pioanza—2.º Avisa un hijo de Pioanza á los nuéstros del rebelión; sobreviénenles temores y malos presagios—3.º Embisten los indios á los nuéstros y mátanlos á todos, sin escapar más de tres soldados—4.º Defiéndese el Capitán Añasco con gran valor, y al cabo le prenden vivo los indios.......... 140

CAPÍTULO XX

1.° Sácanle los ojos al Capitán Añasco, y ejecutan los indios en él otras crueldades hasta matarle—2.° Sale de Timaná el Capitán Juan del Río al castigo de estos indios—3.° Dánle una guazabara y queda victorioso con muertes de muchos indios—4.° Acometen los bárbaros á cinco soldados y matan á uno de ellos.. 143

CAPÍTULO XXI

1.° Viniendo unos mercaderes de Popayán con ganados para Timaná, les salen algunos indios Yalcones de paz fingida—2.° Matan estos indios á todos los españoles, sin escapar más que uno—3.° Sale el Teniente Juan de Ampudia de Popayán al castigo, y tiene algunos recuentros con los indios—4.° Tiene noticia de una junta de ellos que estaba cerca de allí, y envía una tropa de soldados en su busca.. 147

CAPÍTULO XXII

1.° El caudillo Tobar da un madrugón á los indios y hace gran estrago en ellos—2.° Corre la tierra el Capitán Ampudia con sus soldados, y mátanle de una lanzada los indios—3.° Convoca de nuevo la vieja Gaitana todos los indios contra los nuéstros—4.° Hace una plática Pioanza á sus indios, incitándoles á la guerra, y avisa de ella á los nuéstros el Cacique Inando.............................. 150

CAPÍTULO XXIII

1.° El Capitán Juan del Río anima á sus soldados y hace otras prevenciones contra los indios—2.° Acometen los indios á los nuéstros, y trábase la pelea—3.° Prosigue con gran valor de ambas partes—4.° Vencen los nuéstros con muerte de seis mil indios—5.° Los bárbaros convecinos desocupan el campo de los cuerpos muertos, llevándoselos para comer... 153

CAPÍTULO XXIV

1.° Convoca otra vez la vieja Gaitana los indios contra los nuéstros y entre ellos á los Pijaos—2.° Júntanse quince mil indios y háceles una plática el Cacique Pioanza—3.° Por haber avisado el Cacique Inando á los nuéstros del rebelión de los indios, se previenen para la defensa—4.° Dan arma los postas de los nuéstros, y un soldado libra á otro de las manos de los indios........................... 156

CAPÍTULO XXV

1.° Trábase la pelea con muerte de muchos indios—2.° Unas yeguas que andaban sueltas desbaratan á los bárbaros y vencen los nuéstros—3.° Determinan los españoles desamparar la villa y oblígales Juan del Río con razones á que no lo hagan—4.° Viene Juan Cabrera á gobernarla: salen unos indios de paz y mátalos. 159

CAPÍTULO XXVI

1.º Da el Rey á Pascual de Andagoya la Gobernación del Río de San Juan, y recíbenlo por Gobernador en Popayán y Cali—2.º Toma Juan Cabrera y otros la vuelta de este Reino y sale en su seguimiento Francisco García de Tobar—3.º Vuelve con Tobar Juan Muñoz de Collantes, y prosiguió su camino Juan Cabrera—4.º Hace Tobar algunas entradas en la tierra de Timaná, con pérdida de algunos soldados—5.º Disposición de la tierra de Timaná y granjería que tienen los vecinos de ella. 163

TERCERA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO I

1.º Sale Jorge Robledo de Cali en demanda de las Provincias de Anserma—2.º Prosigue Robledo su viaje y funda la ciudad de Anserma—3.º Hace algunas entradas en la tierra y despacha al Capitán Gómez Hernández á la Provincia de los Chocoes—4.º Entra Gómez Hernández á esta Provincia, dánle los indios algunas guazabaras y vuélvese á Anserma.......... 167

CAPÍTULO II

1.º Costumbre de los indios de Anserma—2.º No se ha podido desarraigar la idolatría en los naturales de todas estas Indias—3.º El Demonio no se aparece en figura de animales humildes, sino disformes—4.º Alturas, frutos y disposición de la ciudad de Anserma—5.º Usan mucho los indios de esta Provincia la embriaguez.......... 171

CAPÍTULO III

1.º El Capitán Robledo sale de Anserma á nuevos descubrimientos, y llega á las Provincias de Carrapa y Picara, que se dan de paz—2.º Pasa á las Provincias de Pozo, y los indios de ella se disponen á la resistencia—3.º Dan una guazabara á los nuéstros y algunas heridas al Capitán Robledo, y quedan los españoles con victoria—4.º Sale el Comendador Sosa al castigo de los indios, mata á muchos, y salen de paz los demás 175

CAPÍTULO IV

1.º Llega el Capitán Robledo á la Provincia de Arma, retíranse los indios y síguelos—2.º Dánse de paz estos indios; traen muchas joyas de oro á los nuéstros y pasan á la Provincia de Quimbaya—3.º Determina Robledo hacer una población en esta Provincia y contradícenla sus soldados—4.º Fúndase la ciudad de Cartago en la tierra de los Quimbayas y nombran Justicia y Regimiento—5.º Sale Robledo de Cartago á verse con el Gobernador Andagoya en Cali, dále nuevos poderes y vuelve á Cartago.......... 179

CAPÍTULO V

1.° Términos de la ciudad de Cartago, y indios que le han quedado—2.° Costumbre de los indios de la Provincia de Carrapa—3.° Riqueza de la tierra de los Quimbayas, donde está fundada la ciudad de Cartago—4.° Granjerías y frutos de la ciudad 183

CAPÍTULO VI

1.° Trátase del volcán de Cartago—2.° Revienta este volcán y cubre la tierra de ceniza—3.° Otros efectos que causó cuando reventó—4.° Aparece el Demonio á una india, predica á los indios y sábelo un religioso de San Francisco—5.° Desengaña el religioso á los indios de la ceguera en que los tenía el Demonio. 186

CAPÍTULO VII

1.° Provee el Rey por Juez de Residencia de Cartagena al Licenciado Santa Cruz. 2.° Llega el Visitador á esta ciudad y fúndase la villa de Mompox—3.° Calidades y granjerías de esta Villa—4.° Hace Alonso de Heredia una entrada en la tierra, y amotínanse algunos soldados contra él—5.° Pretende Don Alonso de Lugo que la Villa de Mompox caiga en su Gobierno, y la Audiencia de Panamá la adjudica á la de Cartagena........ 191

CAPÍTULO VIII

1.° Dale el Rey á Sebastián de Belalcázar el Adelantamiento y Gobierno de Popayán—2.° Recibe Jorge Robledo al Adelantado por su Gobernador—3.° Envía el Rey al Licenciado Vaca de Castro á componer las rebeliones del Pirú—4.° Sale el Adelantado Belalcázar al castigo de los Paeces y tiene con ellos algunos encuentros........ 195

CAPÍTULO IX

1.° Ganan una puente tres soldados y retíranse los indios á un peñol—2.° Suben al peñol los Capitanes Nieto y Tobar, por sendas diferentes—3.° Llega el Capitán Tobar á lo alto del peñol y pónenlo los indios en gran aprieto y á sus soldados—4.° Matan los indios al Capitán Tobar y á otros once españoles—5.° Deja el Adelantado la tierra de los Paeces y llega á Cali........ 199

CAPÍTULO X

1.° Sale Jorge Robledo de Anserma en prosecución de sus conquistas y da vista á algunas provincias—2.° Viénenle de paz algunos Caciques y descubren los nuéstros las sabanas de Aburrá—3.° Da noticia un Cacique de tierras muy pobladas y ricas y sale á descubrirlas el Capitán Vallejo—4.° Matan los indios á unos soldados, cogen á uno vivo, y escápase milagrosamente........ 203

CAPÍTULO XI

1.° Pasa Robledo y sus soldados el río de Cauca y prosigue su jornada hasta llegar á la Provincia de Evégico—2.° Tienen algunos encuentros con los indios; convídales con la paz el Capitán y no la admiten—3.° Funda Robledo la ciudad de Antioquia y nombra Justicia y Regimiento—4.° Sale una tropa de soldados á castigar á los indios comarcanos, que no querían sujetarse, y matan á muchos, con que se pacifica la tierra.. 206

CAPÍTULO XII

1.° Determina Robledo pasar en España y toma con algunos soldados la vuelta de Cartagena—2.° Danles unos indios noticia de la población de San Sebastián de Buenavista y llegan á ella—3.° Pretende el Gobernador Heredia ensanchar los términos de su Gobierno, sale de Cartagena y entra por el Río Darién con algunos bergantines—4.° Vuélvese á San Sebastián de Buenavista, prende al Capitán Robledo y envíalo preso á España 210

CAPÍTULO XIII

1. Intenta el Gobernador Heredia reducir la ciudad de Antiochia á su Gobierno, y sale con gente al efecto—2.° Tienen nueva en Antiochia de la venida del Gobernador, y hace Alvaro de Mendoza una plática á los vecinos—3.° Responde á ella el Capitán Quiñones y determinan no admitir al Gobernador—4.° Llega el Gobernador á Antiochia, desamparan la ciudad los vecinos y trábase una pendencia entre ellos y los soldados del Gobernador—5.° Envía Belalcázar al Capitán Cabrera á Antiochia y éste un recado al Gobernador Heredia 213

CAPÍTULO XIV

1.° Responde Heredia al mensaje, y se determina el Capitán Cabrera venir en rompimiento con él—2.° Prende Cabrera al Gobernador, entra en la ciudad y saquean sus soldados cuanto en ella tenía el Gobernador y los suyos—3.° Lleva Cabrera al Gobernador á Cartago, donde estaba Belalcázar, el cual lo envía preso á Panamá—4.° Belalcázar da comisión al Capitán Miguel Muñoz para hacer una población; hácela con nombre de la Villa de Arma—5.° Trátase de su temple y frutos.. 216

CAPITULO XV

1.° Alonso Besines, Teniente de Cartagena, azota á un piloto, que agraviado convoca unos franceses y viene con ellos á Cartagena—2.° Desembarcan los franceses y entran á la ciudad—3.° Matan al Teniente, prenden al Obispo y otras personas de cuenta y saquean la ciudad—4.° Piden por ella los franceses, danles dos mil pesos, con que la dejan libre y se van.............................. 219

CAPITULO XVI

1.° Algunos vecinos de Antiochia, agraviados del Bachiller Madroñero, se quejan al Adelantado Heredia, que viene con ellos á esta ciudad—2.° Recíbenlo en ella, envía á hacer una población en la Provincia de Maritúe y vuélvese á Cartagena, donde halla por su Visitador al Licenciado Miguel Díaz—3.° Hace Miguel Díaz publicar las nuevas leyes y comienza la Residencia en Cartagena—4.° Nombra por su Teniente de la Gobernación de Popayán al Mariscal Robledo, y despáchase de Cartagena con estos recados—5.° Vuelve otra vez á Antiochia el Bachiller Madroñero y quita las encomiendas á quien las había dado el Gobernador Heredia.......... 222

CAPÍTULO XVII

1.° Conjúranse contra Madroñero algunos vecinos de Antiochia, préndenlo y envíanlo en collera con otros á Cartagena—2.° Belalcázar va al Pirú en socorro del Virrey contra Pizarro, vencen los tiranos, prenden al Belalcázar y dánle después libertad—3.° Viene Jorge Robledo á la ciudad de Arma, donde por no recibirlo los del Cabildo, los prende—4.° Va de allí á Cartago, donde tampoca lo reciben; pasa á Anserma, admítenle allí y envía una embajada á Belalcázar 226

CAPÍTULO XVIII

1.° Vuelve Gómez Hernández á Anserma, aconseja á Robledo se salga de las tierras de Belalcázar, y no toma resolución en nada—2.° Decerraja Robledo la Caja Real de Anserma y saca el dinero de ella—3.° Fortifícase Robledo en la loma del Pozo y envía mensajeros al Adelantado, que los hizo prender.......... 230

CAPITULO XIX

1.° Prende Belalcázar á Robledo; senténcialo á muerte y ejecútase la sentencia—2.° Hace dar la misma muerte al Comendador Sosa y á otros aliados de Robledo—3.° Envía Belalcázar á Juan Coello á la ciudad de Antiochia á hacer justicia de algunos de los de la devoción.......... 233

CAPITULO XX

1.° Junta Belalcázar trescientos hombres y va á dar ayuda al Licenciado Gasca, que iba contra Pizarro—2.° Recíbelo con gusto el de la Gasca. Dase la batalla entre él y Pizarro, y vencen los del Rey—3.° Vuélvese Belalcázar á su Gobierno, viene el Licenciado Briceño á tomarle Residencia, senténcialo á muerte, y yendo á España, muere en Cartagena—4.° Cuéntase la vida del Adelantado Belalcázar, y cómo pasó á las Indias con Pedro Arias Dávila.......... 236

CAPITULO XXI

1.° Belalcázar da noticia á Pedro Arias de Ávila de unos humos que había visto, y envíale por caudillo á descubrirlos—2.° Coge unos indios de sobresalto,

prende algunos, ranchea el oro que tenían y vuélvese al Real—3.° Váse Pedro Arias á Panamá y lleva en su compañía á Belalcázar—4.° Sale Pedro Arias con Belalcázar á descubrir la Provincia de Nicaragua, donde fundan la ciudad de León—5.° Pasa Belalcázar al Pirú con Don Francisco Pizarro, y cuéntase lo que allí y en otras partes le sucedió hasta su muerte 239

CUARTA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO I

1. Sentimiento general que hubo en todas las Indias por las nuevas leyes del Rey—2. Quítanle á Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua, unas encomiendas, de que resulta amotinarse su hijo Hernando de Contreras—3.° Llégasele á éste alguna gente de los rebelados del Pirú; matan al Obispo; van á Panamá y desbarátanlos, con que cesa la tiranía—4.° Conjuración de un religioso que determinaba alzarse con todas estas Indias—5.° Convoca gente para el efecto y trazan el modo que han de tener en el alzamiento.............. 243

CAPITULO II

1.° Tres soldados de los conjurados aconsejan á un mozo se haga de su parte, el cual, vencido de sus ruegos, lo acepta—2.° Descubre este soldado al Sacristán de Cartagena la conjuración, y luégo al Gobernador—3.° Hace prender el Gobernador á todos los amotinados, castigándolos conforme á su delito—4.° Sucede un incendio en la ciudad de Cartagena, que hizo muchísimo estrago—5.° Montó el daño que hizo este incendio á mas de doscientos mil pesos......... 247

CAPITULO III

1.° Fúndase la ciudad de Almaguer en la Provincia de Guachicono—2.° Sale el Capitan Sebastián Quintero á apaciguar los paeces, y lleva en su compañía á Alvaro de Hoyón—3.° Puebla Sebastián Quintero la Villa de San Sebastián de la Plata—4.° Comienza Alvaro de Hoyón á hacer algunas prevenciones para un alzamiento que intentaba.. 251

CAPITULO IV

1.° Mata Alvaro de Hoyón al Capitán Sebastián Quintero y á otros ocho soldados. 2.° Roban á Timaná los tiranos, matan á Diego López Trujillo, Justicia Mayor de ella, y hacen lo mismo en la Villa de Neiva—3.° Prev__iénense los de Popayán á la defensa contra el tirano Hoyón—4.° Vienen nuevas á la Audiencia de Santafé del alzamiento de Hoyón y envían al Licenciado Montaño á su castigo.. 254

CAPÍTULO V

1.º Llegan los tiranos á vista de Popayán y escóndense entre unos cañaverales—2.º Entran á la ciudad y trábase la pelea entre ellos y los vecinos de ella—3.º Retíranse los tiranos mal heridos á un solar—4.º Síguenlos los de la ciudad hasta rendirlos á todos dentro de una casa—5.º Hacen cuartos al tirano Hoyón y á otros, y castíganse los demás conforme sus culpas........................ 257

CAPÍTULO VI

1.º Viene á Cartagena por Visitador de Don Pedro de Heredia el Doctor Juan Maldonado—2.º Publica la Residencia y empiézase á tomar, apretando al Gobernador con algunos cargos que le hacían—3.º Embárcase el Gobernador para España y sucédenle algunas tormentas en la mar—4.º Aflige á toda la flota una cruel tormenta, que los obliga arribar en el puerto de Matanzas—5.º Salen de este puerto, crece la tormenta, en que se ahogan muchos, y se pierde la Capitana 261

CAPÍTULO VII

1.º Llega la flota á la vista de España, y por ir maltratada la Capitana, se pasa el General y gente de más lustre á otra nave—2.º Encalla la nave en que iba el General y perece mucha gente de ella—3.º Ahóganse otros hombres de importancia, y entre ellos el Gobernador Heredia—4.º Provee el Rey la plaza de Gobernador de Cartagena en Juan de Bustos de Villegas y viene á su Gobierno.. 265

CAPÍTULO VIII

1.º Noticias y riquezas de las Provincias del Chocó—2.º Dánsele en Gobierno estas Provincias al Capitán Gómez Hernández. Muerte de nueve españoles—3.º Guazabaras que tiene con los indios el Capitán—4.º Pertrechos de los indios en defensa contra los españoles y una casa fuerte 269

CAPÍTULO IX

1.º Acometen los nuéstros la casa fuerte de los indios—2.º Prosíguese la batería defendiéndose valerosamente—3.º Vencen los nuéstros y quémanse algunos indios—4.º Escápase el Capitán de ellos con una espada española................. 272

CAPÍTULO X

1. Hallan los nuéstros otra casa fuerte y acométenla—2.º Prosiguen la batería, y casos que suceden en ella—3.º Defiéndense de suerte los indios que algunos de los nuéstros son de parecer los dejen—4.º Al fin los rinden los soldados dando fuego á la casa.. 276

CAPÍTULO XI

1. Danse los indios cercados, obligados de la fuerza del fuego, y castíganse los más culpados—2.º Salen soldados á hacer conquistas, y el Capitán Gómez Hernández llega con sus soldados á Cartagena—3.º Vuélvese desde allí á Antiochia con muchos trabajos—4.º Pretende en propiedad aquel Gobierno y muere en Cartagena.. 279

CAPÍTULO XII

1.º Vienen franceses piratas á Santa Marta, queman la ciudad y huyen al monte los vecinos—2.º Encuentran algunos soldados con los indios de guerra, y huyen, dejando uno de ellos un cofre de oro que después lo halló—3.º Hacen los de Santa Marta alguna resistencia á la entrada del puerto á los piratas, en que matan algunos—4.º Avisan á Cartagena, previene el Gobernador su gente, y toma puesto el francés en el de esta ciudad—5.º Hace una plática el Gobernador Bustos animando á sus soldados á la batalla.................................... 283

CAPÍTULO XIII

1.º Trábase la pelea entre los franceses y los nuéstros—2.º Matan los franceses algunos de nuestros soldados, y entre ellos al Alférez Francisco Portés—3.º Retíranse al monte los nuéstros, y apodéranse de la ciudad los piratas—4.º Rescatan el pueblo y presos por algún dinero, y vánse los franceses—5.º Vienen otros Corsarios á la costa de Cartagena, y hace algunas diligencias el Licenciado Arteaga contra ellos, con que no se atrevieron á tomar puerto.............. 287

CAPÍTULO XIV

1.º Trátase de la vida del santo Fray Luis Beltrán, y cómo determinó pasar á las Indias con deseo de padecer martirio—2.º Despídese de los religiosos de su convento, con gran sentimiento de todos, y sale de él en prosecución de su viaje—3.º Llega á Sevilla el bendito santo y embárcase para las Indias, dando muestras en el viaje de su virtud y santidad—4.º Entra en Cartagena, comienza á ocuparse en la conversión de los indios y pasa de allí á Santa Marta... 291

CAPITULO XV

1.º Esconde el bendito Fray Luis Beltrán unos huesos de un Mohán que veneraban los indios, con gran sentimiento de ellos—2.º Vuelve el santo los huesos á los indios por algunos respetos que le movieron á ello—3.º Profetízale un hombre al siervo de Dios los trabajos que había de padecer—4.º Satisface con algunas autoridades de la Escriptura á la duda de si hizo bien ó mal el santo en volver á los índios los huesos en que idolatraban.. 294

CAPÍTULO XVI

1.º Tenía el santo su asistencia en el pueblo de Tubara, donde doctrinaba los indios—2.º Levántanle un testimonio al bendito santo, de que se libra descu-

briendo Dios la verdad—3.° Reprende el santo á un indio de un amancebamiento público, por lo cual lo quiso matar—4.° Échale un hombre al siervo de Dios una mujer, para que le incitase á pecar; queda victorioso de esta tentación, y ellos confundidos........ 298

CAPÍTULO XVII

1.° Baptiza el bendito santo Fray Luis Beltrán á un Cacique con todos los indios de su pueblo—2.° Con la señal de la Santa Cruz hacía muchos efectos milagrosos—3.° Trátase si se pueden derribar los ídolos y templos de los gentiles y pónense algunos ejemplos—4.° Prosíguese la misma materia y confírmase la verdad de esto con algunos lugares de la Escriptura........ 301

CAPÍTULO XVIII

1.° Bebe el santo Fray Luis un vaso de veneno para convertir á un Cacique, sana á una india de lamparones y hace otras maravillas—2.° Embárcase el santo en el Rio Grande para el Nuevo Reino, por cumplir la obediencia que le llamaba, y viénele licencia de su General para volver á España—3.° Llega á Tenerife, hospédale un vecino de allí en su casa, en que sucedieron el tiempo que el santo estuvo en ella algunas cosas notables—4.° Profetízale á su huesped el santo lo que había de suceder; sale de Tenerife, embárcase en Cartagena y llega á España........ 305

CAPÍTULO XIX

1.° Pide el Capitán Domingo Lozano la conquista de los Paeces, entra en ellos dos veces y puebla—2.° Sálenle de paz, con que comienza á labrar las ricas minas de oro que tienen estas tierras—3.° Determinan los indios dar sobre las minas y aviso que tuvo el Capitán—4.° Vienen de hecho y matan á todos los españoles de las minas........ 309

CAPITULO XX

1.° Dan los indios sobre el pueblo de San Vicente de Páez—2.° Envían socorro de Popayán á los cercados, y mátanlos los indios, que dejan el cerco con estratagema—3.° Salen los nuéstros huyendo, y detiénenlos en el camino unas vacas milagrosamente hasta que se volvieron—4.° Viénele socorro y despuéblase la Villa. La campana de Caloto........ 312

CAPITULO XXI

.° Aparece el Corsario Juan en las costas de Cartagena; previene la ciudad á la defensa el Gobernador Martín de las Alas—2.° Sale nuestra gente á la ciudad á hacerle frente al desembarcar—3.° Envía el pirata á un portugués con una carta al Gobernador—4.° A que no teniendo respuesta á propósito, no se atreve á desembarcar el Corsario........ 317

CAPÍTULO XXII

1.º Vuelve el Corsario Acle á enviar otra vez al mismo con otra carta pidiendo le rescatasen negros—2.º Algunos vecinos de la ciudad engolosínanse en esto, de que los divierte el Gobernador—3.º Deniéganle matalotajes y aguadas, con que se despide el Corsario del puerto—4.º Muere el Gobernador y sucédenle otros en el Gobierno.......... 320

CAPÍTULO XXIII

1.º Capitanes que entraron á las conquistas de entre los dos ríos Magdalena y Cauca—2.º Acometen los indios á los nuéstros dentro de un fuerte de empalizada—3.º Casos que suceden á los soldados con los indios, y hácenles retirar—4.º Pretende un vecino de Anserma se le dé en gobierno la tierra de entre los dos ríos.......... 323

CAPÍTULO XXIV

1.º Alteraciones de los indios de Antiochia con graves daños—2.º Sus disposiciones de cuerpos, adoraciones y libertad—3.º Modos de sus dioses y cómo los pintan. Sus casamientos y entierros—4.º Trátase del chocolate y de los modos que hay de beberlo.......... 326

CAPÍTULO XXV

1.º Dáse comisión al Capitán Gaspar de Rodas para hacer la pacificación de los indios de Antiochia—2.º Júntase la gente de la jornada en Santafé de Antiochia, y lo que hubo en orden á la salida—3.º Señálanse oficiales del tercio, y salen á la conquista; sientan ranchos en la Provincia Ibéxico—4.º Hacen junta los indios contra los nuéstros—5.º Á quien envía un indio principal, les diga sus determinaciones.......... 329

CAPÍTULO XXVI

1.º Rancheado Rodas en su sabana, quémanles los indios la paja por excusar emboscadas—2.º Vienen los indios sobre los nuéstros; no se atreven á llegar; vuelven con poca ganancia—3.º Sale una tropa de soldados á buscar el enemigo—4.º Saliendo muchos indios contra ellos, retíranse—5.º Desgracia de un Capitán abrasado en el fuego.......... 333

CAPÍTULO XXVII

1.º Sálenle de paz á Rodas algunas provincias y proveenlos de comidas—2.º Pasan á la Provincia de Ituango, y pegan fuego los indios á sus casas, viéndolos entrar—3.º Plática que hace Rodas á sus soldados y lo que se le respondía—4.º Deja á Rodas el Capitán Francisco de Ospina y toma la vuelta de la Villa de Antiochia.......... 337

CAPÍTULO XXVIII

1.º El Capitán Juan de Velasco da vista al Cauca; despojan á una vieja del oro que llevaba—2.º Revócanle los poderes al General Rodas—3.º Buenos y malos sucesos de un caudillo con sus soldados—4.º Salen los nuéstros desbaratados; socórrelos el General.. 341

CAPÍTULO XXIX

1.º Levanta su Real Rodas y pásase á invernar á Norisco; despacha un caudillo—2.º Quéjanse los indios al General de agravios de los soldados—3.º Sale á correr la tierra el Capitán Juan Velasco; fúndase San Juan de Rodas—4.º Sucesos de Rodas, y cómo llegó de vuelta á la ciudad de Antiochia.............. 344

CAPÍTULO XXX

1.º Discurso de Francisco Bahamón de Lugo, y principios de un suceso suyo en la isla de Puerto Rico—2.º La gente que recoge el Gobernador contra los Caribes—3.º Dieron Santiago en ellos y desbaratáronlos—4.º Siguióse el alcance y quitóseles la presa que llevaban de españoles captivos........................... 348

QUINTA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO I

1.º Comiénzase otra vez á tratar las cosas de Santa Marta, y de cómo le vino por Gobernador Don Luis de Rojas—2.º Halla á pique para salir cierta jornada y prosíguese—3.º Lo que sucede á los soldados de ella—4.º Cógense algunos indios centinelas, que fueron de importancia... 352

CAPÍTULO II

1.º Abominables costumbres de los indios de Santa Marta—2.º Guazabara que dan los indios, y quedan algunos muertos. Muestras en Tairona de haber sido un gran pueblo—3.º Puéblase una ciudad y repártense estancias; sálese á dar vista á otros pueblos—4.º Hallan casas de indios, de que prendieron algunos los soldados.. 356

CAPÍTULO III

1.º Desafía un indio á nuestros soldados, y mátalo un perro—2.º Y á otro que intentó huírse; guazabara que dan á nuestros soldados, de que escapan como de milagro—3.º Socorro que se dan unos soldados á otros, y juntos encuentran muchos indios—4.º Pelean con ellos y véncenlos. Trátase del tabaco y sus virtudes.. 359

CAPÍTULO IV

1.° Baja Rojas con sus soldados de la tierra fría y despuéblase la nueva Ecija—2. Llegan los soldados á Santa Marta, donde les recibe mal el Gobernador por haber despoblado la ciudad—3.° Compónense las acedias del Gobernador con condición que Castro vuelva á fundarla—4.° Hízose así y acuden los indios al servicio con ficciones........ 363

CAPÍTULO V

1.° Determinan los Posigueicas dar sobre los españoles—2.° Sale Juan de Rojas á buscar comidas contra la voluntad del Teniente Castro—3.° Habiéndoles salido indios al encuentro, empala Rojas á uno, y le costó caro—4.° Hace otra salida Rojas, sobrino del Gobernador, con treinta soldados........ 366

CAPÍTULO VI

1.° Valiente guazabara que dan á Rojas y sus soldados—2.° Desampáranle y á él lo cogen los indios á manos vivo—3.° Empálanle en el mismo puesto que él empaló al otro indio—4.° Vales socorro á los nuéstros, y juntos vuelven á la nueva ciudad y de allí á Santa Marta........ 369

CAPÍTULO VII

1.° Negocia el Capitán Andrés de Valdivia en España se le dé en Gobierno la tierra entre los dos ríos y Antiochia—2.° Despáchansele recados de esto, y cómo se había de entender aquel Gobierno—3.° Hace alguna gente en España, embárcase con ella y llega á la Villa de Antiochia, donde le reciben por Gobernador—4.° Hacen una salida y encuéntranse con un indio que parecía encantado, y lo que sucedió de él—5.° Descubre cierta india cristiana un alzamiento de los indios........ 372

CAPÍTULO VIII

1.° Valiente emboscada de que se escapan valientemente los nuéstros—2.° Desgracia notable que les sucede en la embarcación del rio Zenú—3.° Escapan de ella con mil trabajos. Matan los indios á otros nuestros amigos con crueles tormentos—4.° Hácese un alzamiento, de que da noticia una india que luégo se baptizó........ 376

CAPÍTULO IX

1.° Vienen los indios sobre los nuéstros, que hacen valiente riza en los bárbaros—2.° Muere el Capitán Velasco de un flechazo, que no fué pequeña desgracia para todos. Hacen otro caudillo—3.° Buena traza que tuvo para salir de una apretura de entre los indios—4.° Sáleles bien, matan á los indios, y escápanse todos libres........ 379


LIBRARY OF THE UNIVERSITY

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

REC'D LD OCT 25 1965	NOV 13 1978
	APR 28 1979
NOV 13 1965 2	REC. CIR. DEC 4 1978
REC'D	MAY 28 1995
NOV 23 '65 -2 PM	
LOAN DEPT.	JUN 7 1979
DEC 9 1976	
REC. CIR. NOV 29 '76	REC. CIR. DEC 27 1978
MAY 12 1978 IN STACKS	JUL 11 1979 IN STACKS
NOV 12 1977 REC. CIR. APR 21 1979	JAN 11 1979

LD 21A–60m-3,'65
(F2336s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

YD 12208

RETURN TO → CIRCULATION DEPARTMENT
202 Main Library

LOAN PERIOD 1 HOME USE	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
1-month loans may be renewed by calling 642-3405
6-month loans may be recharged by bringing books to Circulation Desk
Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date

DUE AS STAMPED BELOW

IN STACKS MAY 1 9 1975
NOV 20 1973
APR 2 1990
OCT 15 1992
AUTO DISC CIRC
04 1993
AUG 1 2000

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
FORM NO. DD6, 60m, 11/78 BERKELEY, CA 94720

BRARIES
249

